

CONOR

«APUESTO TODO MI DINERO A
QUE ALEC BLUME SE CONVERTIRÁ
EN EL DETECTIVE MÁS CÉLEBRE DE
LA PRÓXIMA DÉCADA.»
AFRIC MCGLINCHY

se

FITZGERALD

LOS QUE VAN A MORIR



Lectulandia

Ha aparecido un cadáver en una céntrica plaza de la ciudad de Roma. Lo que en principio parece el cuerpo sin vida de un vagabundo pronto se revelará como uno de los casos más enrevesados a los que el sagaz inspector Alec Blume ha tenido que hacer frente en su carrera... Cuando Blume descubre el diario del fallecido, se da cuenta de que en realidad es un talentoso falsificador de arte. Entre calles romanas, galerías de arte, las mejores cafeterías y pizzerías de la ciudad, rodeado de intrigas de un libro dentro de otro libro y de un Velázquez inédito, Blume arriesgará la vida enfrentándose a un entramado altamente corrupto...

Lectulandia

Conor Fitzgerald

Los que van a morir

Comisario Alec Blume - 2

ePub r1.0

Titivillus 08.08.2017

Título original: *The Fatal Touch*
Conor Fitzgerald, 2011
Traducción: Rita da Costa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi padre, Seamus F. Deane

En la foto que descansaba sobre el escritorio, Antonio sonreía directamente a la cámara y sostenía una medalla dorada sobre una placa azul con la inscripción «Gerente del año».

Se esforzaba por reproducir aquella sonrisa mientras miraba desde el otro lado del escritorio a una pareja de chinos y a dos policías, hastiado el uno, hostil el otro. El de gesto aburrido, que estaba sentado más lejos, se mimetizaba con la pared gris. Parecía un cura malcriado y apenas hablaba. A primera vista, el de aspecto hostil podría haber pasado por un gran pensador o un poeta gracias a su frente ancha y a una incipiente y precoz calvicie.

—Diles a esos japos de mierda que si ni siquiera se toman la molestia de pasar por la comisaría para denunciar un tirón, difícilmente vamos a darle prioridad a la desaparición de una Nikon. Suerte tienen de que hayamos venido. Sin denuncia ni delito, no hay investigación —resumió el poeta.

Antonio alzó la mano en el aire.

—Por favor, agente... —El policía se palmeó la insignia del hombro, irritado—. Lo siento, no sé qué rango le confieren esas tres uves.

—Asistente capo.

—Se lo ruego, está usted inquietando a mis huéspedes.

—¿Qué pasa, que de pronto entienden lo que digo?

—Es por su tono de voz. Además, no son japoneses, sino chinos.

—¿Se supone que hay alguna diferencia?

Antonio dedicó la mejor de sus sonrisas a los chinos, que volvieron a recostarse en sus asientos con aire compungido. Antonio entregó al policía de la frente ancha dos hojas de papel escritas a máquina sin un solo borrón, al tiempo que decía:

—Aquí tiene una declaración en la que se especifica la hora y el lugar del atraco, así como la lista de objetos robados. La descripción del atracador es más bien vaga, pero sí se menciona que llevaba un cuchillo afilado.

—Conque afilado, ¿eh? —El policía arrojó las hojas sobre el escritorio—. Si quieren que la denuncia tenga algún valor, tendrán que presentarla en comisaría.

Aquella declaración le había costado a Antonio dos horas de adulación, sonrisas, zalemas y palabras persuasorias, seguidas de una hora de minuciosa traducción del chino y el inglés al italiano. Al final, había acabado redactando la mayor parte del informe por ellos, tal como había hecho antes con otros huéspedes. Sospechaba que la pareja china, o cuando menos el marido, había cargado las tintas en lo tocante a las pérdidas. Eran ya las once de la noche. Sería fantástico, pensó, que se abriera un agujero en el suelo y se tragara a los policías y a los huéspedes chinos, arrastrándolos a todos entre alaridos a un foso en llamas. Eso le permitiría deslizarse entre dos

sábanas de hotel lisas y tersas, y dormir a pierna suelta.

El primer atraco de un huésped había tenido lugar hacía un año y medio. Con el de aquella noche iban veintitrés, lo que significaba que la frecuencia era de más de uno al mes. Antonio había preparado incluso una plantilla en el ordenador del despacho para redactar las declaraciones de denuncia y las reclamaciones a las compañías aseguradoras. El hotel empezaba a tener fama de hallarse en una mala zona, pese a que no era cierto. La dirección había enviado una circular para advertir a todos los empleados que se abstuvieran de utilizar la palabra «desafortunado» en relación con el hotel. Las reservas se habían resentido y Antonio había tenido que despedir a tres trabajadores. Su nombre empezaba a asociarse con la mala suerte. Los huéspedes a los que atracaban se marchaban descontentos, se lo contaban a sus amistades, escribían cartas y, en un caso, incluso relataban su experiencia con pelos y señales en un blog muy visitado. Las embajadas estaban al corriente de lo sucedido. Antonio no había obtenido el galardón de gerente del año en la última ceremonia de entrega de premios.

—Me juego el puesto —dijo.

—Eso no es asunto nuestro —replicó el policía.

—Creía que los atracos sí eran asunto de la policía —repuso Antonio—. Por cierto, ¿cómo se llama?

La amplia superficie craneal se volvió roja y el policía se levantó bruscamente.

—¿Qué coño es esto, un interrogatorio? —tronó.

Antonio se volvió hacia la pareja china con una sonrisa de oreja a oreja, al tiempo que hacía un gesto tranquilizador con la mano izquierda para asegurarles que todo iba como una seda y que aquella era precisamente la clase de reacción que buscaba.

—Solo era una pregunta cordial. No puedo estar llamándole asistente capo todo el tiempo.

—Pues llámeme capo. Y no nos haga perder el tiempo con gilipolleces.

Cogió el informe y lo arrojó de nuevo sobre la mesa con la intención de devolvérselo a Antonio, pero las páginas aterrizaron con un suave aleteo ante el huésped chino, que repitió una palabra varias veces y a continuación cogió un bolígrafo con el que tachó dos elementos de la lista de objetos robados.

Antonio tomó aire y trató de disfrutar del traje gris perla y la camisa blanca. Las mujeres solteras del hotel lo miraban con buenos ojos. No había ganado un millón antes de cumplir los treinta, pero esperaba hacerlo a los cuarenta. Por lo menos no era un policía. En cuanto se acabara aquella mala racha, se vería aupado a los puestos más altos de la cadena de hoteles. En dos años tendría un máster en administración de empresas. Dominaba el inglés, una lengua que detestaba, así como el español, que, por el contrario, le resultaba fascinante, y también hablaba francés y algo de alemán. Además, chapurreaba el japonés y tenía nociones de chino, lenguas cuyo aprendizaje le había resultado mucho más fácil de lo que había supuesto.

Se volvió hacia la pareja de chinos y les habló en un inglés trufado de vocativos

reverentes que estos recibieron con total indiferencia. Les aseguró que todo estaba bajo control, que mientras hablaban la policía estaba peinando las calles del Trastevere en busca del hombre que los había atracado. Además, el hotel les aplicaría un descuento sobre el precio del alojamiento y él haría cuanto estuviera en su mano para que el resto de la estancia les resultara lo más grata posible.

Al abandonar la habitación, los turistas chinos lo miraron con un gesto de incredulidad que había visto en los rostros de los huéspedes coreanos, japoneses, españoles, ingleses, alemanes y estadounidenses. Al parecer, la humanidad compartía un modo universal de expresar su indignación hacia los gerentes de hotel.

Antonio guardó el borrador de declaración en el cajón del escritorio y se volvió hacia los dos policías con una sonrisa compungida, encogiéndose de hombros como diciendo: «Esta gente, ya se sabe...».

—Siento mucho todo esto. ¿Puedo ofrecerles una copa?

La frente se llenó de arrugas y dos ojos como dos barrenas se clavaron en él.

—No bebemos estando de servicio.

—Lo siento, no sé en qué estaría pensando. Bueno, si alguna vez les apetece, ya saben, un refrigerio, y me refiero a un tentempié, un bocadillo, lo que sea, no duden en venir a vernos. No tiene usted más que pronunciar mi nombre, señor... mmm... capo.

—Asistente capo Rospo, y mi compañero es el agente Davide Di Ricci.

Antonio ansiaba denunciar a aquellos dos neandertales por negligencia en el cumplimiento del deber, pero tendría que esperar el momento oportuno. Empezaría con las grabaciones de las cámaras de seguridad, en las que ambos saldrían comiendo y bebiendo de gorra. Luego reuniría más pruebas y convertiría al personal del hotel en un batallón de testigos. Algún día, se prometió a sí mismo, cuando estuviera al frente de toda la cadena de hoteles Hudson & Martinetti en Italia, aquel capullo de la cabeza inverosímil se encontraría de patitas en la calle sin haberlo visto venir. Le sonrió de nuevo y dijo:

—Les agradezco mucho que hayan venido.

La puerta del despacho se abrió de golpe. Rospo se levantó al instante, llevándose la mano a la pistola.

Dos jóvenes turistas alemanes, una mujer y un hombre que era poco más que un adolescente, entraron con paso tambaleante y se dejaron caer en las sillas que la pareja china acababa de dejar vacías. La mujer parecía incapaz de contener la risa. Un olor a tabaco y a cerveza vino a sumarse al sudor del policía y al ajo chino que ya contaminaban su impoluto despacho.

—*Wir haben eine Leiche gefunden! Einen Landstreicher* —anunció la mujer. Luego, con gesto teatral, mandó callar a su joven acompañante, que aún no había abierto la boca, y señalando a los policías añadió—: *Schon? Italienische Gründlichkeit.*

Y se le volvió a escapar la risa.

El chico, que había bebido lo bastante para que su mirada apagada reluciera con el brillo del alcohol, sacó un plano turístico de los que se regalaban en el vestíbulo y se lo enseñó a Antonio al tiempo que decía en inglés:

—He señalado el lugar con un círculo. Creo que está bien. La policía ha venido muy rápido.

—Odio a los guiris borrachos. ¿Qué coño dicen estos dos imbéciles? —inquirió el asistente capo Rospo.

—Al parecer, han encontrado un cadáver —contestó Antonio.

No resultaba fácil explicar la diferencia entre querer ver a alguien muerto y desear que alguien se muriera. Los polis de homicidios lo entendían a la primera, pero para el común de los mortales sonaba como la clase de sutil distinción que solo un psicópata podría hacer.

Sopesándolo todo, la inspectora Caterina Mattiola se alegraba de que la sacaran de su cama tibia en plena madrugada para decirle que había aparecido un hombre muerto en las calles del Trastevere y que debía personarse cuanto antes en el lugar de los hechos.

Desde que la habían transferido de la Sección Segunda, Departamento de Inmigración, a la Sección Tercera, Homicidios, y más concretamente a la Squadra Mobile, no había hecho más que trabajo administrativo. Se le daba bien, mejor que a cualquiera de sus compañeros varones, pero sabía muy bien lo que esperaba a las mujeres que se volvían indispensables en una sola e ingrata tarea.

Unos días antes se había jugado el todo por el todo al ir a ver a su jefe, el comisario Blume, para pedirle que la asignara a tareas de investigación. Cuando, más adelante esa misma semana, fue a visitar a sus padres, hizo un esfuerzo por contarle a su padre lo que había hecho. El comisario no le había prometido nada, pero aun así Caterina tenía la sensación de haber dado un gran paso. Se preguntaba si su padre estaría de acuerdo con ella o si, por el contrario, le diría que pecaba de optimista.

Sentada al otro lado de la mesa, viéndolo masticar el último bocado de comida con la cabeza inclinada hacia atrás, sujetando el cuchillo y el tenedor con todas sus fuerzas, como si fueran los extremos del manillar de una bicicleta invisible que no lograra dominar, se preguntó de pronto si su padre había comprendido siquiera lo que acababa de contarle.

—¿Cuándo dices que ha sido eso? —preguntó al cabo.

—¿El qué? —replicó la madre, que acababa de entrar procedente de la cocina con una cafetera de aluminio y dos pequeñas tazas blancas de bordes gruesos—. ¿De qué hablas, Arnaldo?

La mujer rodeó la mesa y depositó una taza delante de cada uno, padre e hija.

—El azúcar está en la cocina, no lo he sacado porque sé que ninguno de los dos va a querer. Ten cuidado, Arnaldo, o volverás a quemarte la mano. Yo que tú la dejaría ahí quietecita hasta que deje de silbar. No te sirvas aún. Yo no tomaré café, por supuesto. Desde que me operaron, ni lo pruebo.

Su marido esperó a que completara el circuito de la mesa, ganando velocidad a medida que enfilaba el tramo recto de vuelta a la cocina. Cuando se hubo marchado,

destensó los puños y dejó los cubiertos sobre la mesa.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace tres días —contestó Caterina—. El martes. Desde entonces, nada. Pero tampoco hay demasiados casos.

—¿Que no hay homicidios en Roma?

—Unos cuantos atracos, probablemente cometidos por la misma persona, pero ni un solo homicidio en nuestro distrito. El fin de semana acaba de empezar —añadió—, y la cosa suele animarse los fines de semana.

—La esperanza es lo último que se pierde —repuso su padre. Se tomó el café y a continuación inspeccionó el fondo de la taza para asegurarse de que lo había apurado hasta la última gota—. Si al final te asignan la investigación de un homicidio —le advirtió—, ni se te ocurra decirle una palabra a tu madre, ¿me oyes? Sigue pensando que te dedicas a hacer pasaportes.

—Entendido —repuso Caterina.

Lo besó en la frente, la parte menos arrugada y trágica de su rostro, y se levantó. Ya en la puerta, se colgó el bolso en bandolera, cogió una pesada bolsa de plástico repleta de fruta que su madre había dejado allí para que se la llevara, pese a haberle asegurado que tenía en casa más fruta de la que podía comer, y se marchó.

Se frotó los ojos y volvió a centrarse en el presente. Debía presentarse directamente en el lugar de los hechos. Trató de recordar la dirección que le habían dado, pero aunque no había pasado más de un minuto desde la llamada, la información se había fundido con el sueño que estaba teniendo sobre fuentes de colores y bebés que se peleaban entre ellos. Elia estaba junto a ella. El niño ya había cumplido nueve años. Demasiado mayor para seguir durmiendo con su madre.

Se incorporó rápidamente, antes de que el sueño volviera a vencerla.

Llamó a sus padres para pedirles que fueran a cuidar de Elia. Su madre dijo que iría enseguida, dando por sentado que Caterina la esperaría para marcharse.

Caterina ya se había puesto la muda del día anterior. Si aquello iba a convertirse en un hábito, se ducharía y prepararía la ropa para el día siguiente antes de acostarse.

—No puedo esperar. Tengo que irme ya. Es una emergencia.

—¿Y si se despierta y no hay nadie en casa?

—Le dije que podría ocurrir. Llamaré dentro de un rato. Sabe que vendrás.

—Ahora mismo voy para allá. Quiero que me esperes. Tienes que hacerlo. ¿Qué clase de madre...?

—Tengo que colgar, mamá. Seguramente nos cruzaremos en la puerta de la calle.

—No entiendo qué puede ser tan urgente como...

Caterina colgó, terminó de vestirse a toda prisa y besó a Elia, que estaba arrebujado en la cama y olía como una hogaza de pan recién horneado. Se colgó la cartera de piel en bandolera, salió y cerró la puerta del piso de golpe, sin echar la llave desde fuera. Su madre siempre protestaba por este hábito, asegurando que los gitanos podían tirar la puerta abajo de una patada, entrar en casa y arrebatarse a su

único nieto.

Caterina había intentado combatir esa fobia específica, pero era solo una de tantas.

—Los gitanos no roban niños, mamá. Es un mito. Bastante tienen con los suyos.

—Menuda policía.

—Precisamente porque lo soy, no dejo a mi hijo encerrado en casa sin un buen motivo.

Llegó hasta el coche sin haberse cruzado con su madre. Se esforzó por reprimir un leve hormigueo de ansiedad, como si tuviera un insecto negro atrapado en el pecho, revoloteando en su interior. Detestaba aquella sensación de que la angustia y el temor de su madre se infiltraban poco a poco en su propia personalidad.

Se metió en el coche y llamó a la comisaría para que volvieran a darle la dirección. Piazza de' Renzi, en el Trastevere. Cerca del trabajo y lejos de casa.

Se internó en las calles del centro y cruzó el Tíber por el puente Vittorio Emanuele II, preguntándose si había elegido la ruta más rápida. Siguió el trazado curvo del río, cogiendo velocidad en las calles desiertas. Luego dobló a mano derecha, aparcó el coche en medio de Piazza Trilussa, para fastidio o diversión —no era fácil saberlo— de un grupo de vagabundos rodeados de botellas de cerveza, y recorrió a pie dos callejones oscuros hasta llegar a Piazza de' Renzi. De entre las sombras le salió al paso un agente tan joven que parecía más bien un niño disfrazado de policía y que examinó la tarjeta identificativa de Caterina y apuntó su nombre. Unos pasos más allá se adentró en la pequeña plaza, el escenario del crimen, donde había ya cuatro policías uniformados, la furgoneta del juez de instrucción, un equipo forense compuesto por cinco personas reunidas bajo un círculo de luz halógena en el otro extremo de la plaza y el médico forense. Incluso en la distancia, reconoció la extraña forma craneal de Rospo. El otro era un tipo cuyo nombre de pila se le resistía, algo Di Ricci.

No había rastro de Blume ni de ningún otro oficial, así que no estaba segura de qué hacer a continuación. Apenas si acertaba a distinguir un bulto oscuro tendido en el suelo, entre un pequeño magnolio y un grupo de utilitarios, visible sobre todo por contraste con las piernas de los técnicos forenses, que se movían de acá para allá enfundados en monos de color blanco. Caterina se percató entonces de que la habían llamado tarde.

Sacó un bloc de la cartera y empezó a tomar notas. La plaza tenía forma trapezoidal y era más estrecha en el otro extremo, donde yacía el cadáver. Ella había subido por Vicolo de' Renzi, y a su izquierda, frente al lugar de los hechos, había un restaurante, el Cassetta Trastevere. A su derecha, saliendo de la plaza en ángulo recto casi antes de que esta empezara, se abría otro callejón cuyo nombre ignoraba. La esquina opuesta de la plaza estaba cegada por un edificio alto de color rosado y otro más bajo de color anaranjado. Allí, dos policías de otro distrito permanecían de pie en la oscuridad, hablando en voz baja. Uno de ellos era robusto, calvo, de mejillas

carnosas y flácidas, y parecía dar instrucciones al otro, que era de constitución normal pero poseía una barbilla descomunal y el labio inferior protuberante, una boca hecha para atrapar gotas de lluvia.

Caterina necesitaba enterarse de algo antes de vérselas con Rospo, así que les preguntó:

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

El policía calvo hizo una breve pausa y la miró de arriba abajo antes de señalar con la cabeza en dirección a Rospo y Di Ricci.

—Han sido esos dos genios de ahí —contestó—. Pregúntaselo al cabezón.

Caterina se acercó a Rospo, que se recreó sin disimulo alguno en la contemplación de sus formas mientras se acomodaba el escroto en la entrepierna del pantalón gris.

—Bueno, bueno. Mirad quién ha venido.

—¿Lo habéis encontrado vosotros? —preguntó Caterina.

Rospo alzó las manos.

—Culpable.

Caterina no sabía qué decir a continuación. Tenía la sensación de que Di Ricci estaba haciendo el ganso a su espalda, probablemente fingiendo que se masturbaba, o entrando y sacando la pelvis, o ahuecando las manos sobre el pecho como si fueran dos senos. No había duda de que Rospo se lo estaba pasando en grande.

Se dio la vuelta a tiempo para pillarlo a media pantomima. Di Ricci tenía casi cuarenta años.

—Tú —le dijo—. Vete con esos dos de ahí al fondo y bloquead los accesos a la plaza. Podéis montar guardia allá detrás, donde casi convergen los dos callejones. — Señaló a su izquierda—. No dejéis pasar a nadie, excepto a los agentes, cuando lleguen.

Di Ricci no se inmutó.

—No es más que un vagabundo muerto —repuso el interpelado—. Se cayó, se dio en la cabeza y pasó a mejor vida.

—Es el sovrintendente Grattapaglia quien está al mando del despliegue —replicó Rospo.

—¿Y acaso está aquí? —preguntó Caterina.

—No, pero viene de camino. Él lo organizará todo.

—¿Quién ha dado aviso?

—Yo —contestó Rospo—. Una pareja de alemanes lo ha visto tirado en la calle y ha vuelto derecha a su hotel para contárselo al gerente. Supongo que así se denuncian los crímenes en Alemania: ves un cadáver, buscas el hotel más cercano y se lo cuentas al gerente. Putos alemanes... —masculló.

—¿Alguien ha identificado a la víctima?

—Sí, claro.

—¿Quién?

—Yo mismo —contestó Rospo—. No es la primera vez que veo a este tipo, es un mendigo inglés. Lleva años viviendo aquí. Pinta cuadros, empina el codo. A veces busca pelea, aunque debe de tener unos setenta años. Resulta casi admirable. La gente del barrio hace años que se queja de él, dicen que se mea en los portales, que canta por la calle.

—¿Un vagabundo?

—Un artista, si lo prefieres. De todos modos, en cuanto he visto quién era le he dicho al alemán que se volviera al hotel cagando leches, y luego Di Ricci y yo hemos intentado levantarlo y conseguir que volviera a casa por su propio pie. Lo hemos arrastrado unos pocos metros, pero enseguida me he dado cuenta de que estaba tieso y bastante frío, así que hemos vuelto a dejarlo en el suelo, hemos llamado a la central y hemos pedido un equipo médico.

—¿Habéis desplazado un cadáver varios metros respecto a su posición original? —inquirió Caterina.

Rospo se encogió de hombros.

—Ya lo habíamos recogido del suelo como unas veinte veces. ¿Cómo íbamos a saber que esta vez estaba muerto? De todos modos, hemos vuelto a dejarlo tal como estaba. Estas cosas ocurren a menudo.

—O sea, que esos técnicos del equipo forense están inspeccionando el lugar en el que habéis encontrado el cadáver, ¿no? —preguntó, señalando dos figuras situadas a escasos metros de los demás que escudriñaban un trozo de suelo desierto.

—Era más o menos allí, quizá un pelín más a la izquierda y un poquito más atrás —precisó Rospo.

—¿Y no crees que podrías acercarte y decirles que retrocedieran un paso o dos, hasta el lugar donde realmente estaba el cadáver?

—No sabría precisar tanto. Además, seguro que ya han mirado allí. No hay nada que ver.

Caterina se acercó al punto señalado y se detuvo a escasa distancia del círculo de técnicos, ninguno de los cuales pareció advertir su presencia. La víctima yacía boca arriba en el suelo, como si contemplara el firmamento. Lucía una barba blanca corta, más cuidada de lo que cabría esperar de un vagabundo. El pelo, canoso y rizado, le caía sobre la nuca formando ondas. La luz de la luna, filtrada por las hojas del magnolio, dibujaba extrañas formas en el rostro vuelto hacia arriba. Caterina se desplazó ligeramente pero las formas no se alteraron, y se percató de que el hombre tenía la mejilla izquierda deformada por una cicatriz. Parecía una quemadura antigua. Hubiese jurado que se había dejado barba para ocultarla. Sintió que se le tensaban los músculos del cuello y que un escalofrío le recorría la columna, y se dio la vuelta para buscar a Rospo.

—Estaba más o menos aquí. —Rospo se arrodilló en el suelo, como si buscara algo, luego se levantó, se sacudió el polvo de las rodillas y asintió—. Sí. No, espera. Quizá fuera un poco más allá. Maldita sea. Pongamos que estaba aquí.

—¿Y luego qué habéis hecho?

—Mientras la ambulancia venía de camino le he buscado el pulso, pero no se lo he encontrado. Los paramédicos han llegado al cabo de veinte minutos, han declarado la muerte en circunstancias sospechosas y alguien ha llamado al equipo forense. La causa probable de la muerte es un traumatismo craneoencefálico.

Caterina apartó la mirada para comprobar si los policías uniformados habían bloqueado los accesos a la plaza, tal como ella había ordenado. No lo habían hecho. Luego, con gran alivio, vio al comisario Blume y al inspector Panebianco avanzando en su dirección. Blume llevaba una bolsa que dejó caer en el suelo junto a ella. Abrió la cremallera, sacó un par de guantes de látex y se los calzó con sendos chasquidos. Panebianco hizo lo propio, y luego se quedaron ambos esperándola. Un poco cohibida, Caterina sacó dos guantes de la caja con un enérgico tirón y se los puso, lo que le llevó el doble de tiempo que a Blume.

Este saludó a Rospo con un leve asentimiento y luego volvió la cabeza hacia la bolsa y señaló con el pie un rollo de cinta para precintar. Rospo recogió la cinta bajo la mirada reprobatoria de Blume, que negó con la cabeza al tiempo que le espetaba:

—¿Qué pasa, acaso hay que decíroslo todo?

Rospo desapareció. Blume pidió a Caterina que empezara a tomar nota de todo lo que viera, por insignificante que pareciera, no sin antes haber apuntado los nombres de los agentes que habían acudido al lugar de los hechos y de todos los presentes.

Luego le preguntó si se había producido algún cambio en el escenario del crimen desde que ella había llegado, o si alguien había tocado el cadáver. Sin embargo, no bien Caterina había empezado su embrollada respuesta, Blume la interrumpió.

—No pasa nada. Estoy al tanto de los esfuerzos de Rospo por levantar el cadáver. Solo quería saber si tú también lo estabas.

—¿Me estás poniendo a prueba? —De pronto, se le ocurrió algo—. En realidad no acabas de llegar, ¿verdad?

—No. Llevo aquí un rato.

—No has cerrado los accesos —señaló Caterina, molesta por sentirse examinada.

—Sí que lo he hecho. No lo has comprobado. La zona de exclusión que has definido está muy bien, pero yo he decidido cerrar Vicolo del Moro. Si se corta ese acceso, se cierran todas las entradas a la plaza sin necesidad de establecer dos controles. Con uno basta, lo que significa que hacen falta menos efectivos. Más tarde estrecharemos el cerco, cuando la gente empieza a despertarse para ir a trabajar.

—Ya veo —asintió Caterina.

Blume señaló una pila de adoquines y arena amontonados contra el muro de un bar y dijo:

—Cuando hayas acabado, usa la cinta para precintar esos adoquines. Puede que quieran echar un vistazo ahí.

—De acuerdo —repuso Caterina.

Blume juntó las palmas de las manos.

—Y bien, inspectora, ¿te lo estás pasando bien?

—Me alegro de estar aquí, si es eso lo que quieres decir —contestó Caterina.

—Si quisiera decir eso, te habría preguntado si te alegras de estar aquí —replicó Blume—. ¿No te parece divertido?

Caterina pensó en su hijo despertándose sin ella, en el cadáver del vagabundo de la barba blanca a tan solo unos metros de distancia, en la burla que había visto en los ojos de los policías cuando había intentado darles órdenes.

—No, yo no diría que es divertido, no exactamente, sino más bien...

Se detuvo al darse cuenta de que en realidad Blume no tenía el menor interés en comprobar cómo ella intentaba dar forma a sus pensamientos.

Blume confirmó sus sospechas yendo directamente al grano.

—Así que Rospo y su compañero movieron el cuerpo. Bueno, no está mal para empezar. Supongo que de entrada daremos por sentado que se trata de otro atraco. Era extranjero, de eso no hay duda...

Se agachó, y Caterina comprendió que debía proseguir.

—La víctima... —empezó.

—Puede que ni siquiera sea una víctima —la interrumpió Blume—. A no ser que amplíemos la categoría a las víctimas de la mala suerte y la estupidez, en cuyo caso todos nosotros lo somos.

—No era más que un vagabundo, se golpeó la cabeza y se murió de frío —afirmó Caterina—. Me tocó ver escenas bastante parecidas cuando trabajaba con inmigrantes ilegales.

—Así que no era más que un vagabundo...

—No he querido decir que sea menos importante por el hecho de serlo —aclaró Caterina.

—No era un reproche moral, inspectora. Lo que pasa es que nunca sabes adónde te puede llevar un cadáver. Los casos de homicidio pueden ser cortos o largos. Ve a echar un vistazo a esos adoquines. Te volveré a llamar dentro de nada. Ah, y dibuja un croquis, ¿quieres? De... ya sabes... —hizo un gesto con la mano abarcando el espacio a su alrededor—... este lugar. Es una plazoleta agradable. Recuerda un poco a un ruedo, ¿no crees? O a un teatro griego. O algo así.

Caterina cogió un rollo de cinta, se acercó a la pila de adoquines y se quedó mirándolos fijamente, tratando de descifrar su significado. El inspector Panebianco, que no se había molestado en saludarla, seguía apostado junto a Blume, tomando notas como un poseso.

Caterina miró el bloc de notas que llevaba en la mano y, sin quitarse los guantes de látex, hizo un boceto rápido de la plaza, incluidos los dos árboles, el restaurante, el bar, una higuera sagrada en un tiesto, los coches aparcados en espiga en medio de la plaza. Contó los vehículos, las mesas atornilladas al suelo y los tiestos con plantas de la terraza del restaurante, así como las ventanas y los edificios que daban al lugar de los hechos. La cornisa que bordeaba el tejado del edificio alto de color rosado emitía

un extraño resplandor blanco, y Caterina se dio cuenta de que el sol estaba a punto de salir por encima de los tejados que se alzaban tras ella. Pronto tendría que llamar a Elia para asegurarse de que estaba bien. Mientras contaba las ventanas, un par de postigos marrones se abrieron de golpe. Alguien asomó la cabeza fugazmente y reapareció al cabo de unos segundos, acompañado por otras dos personas. Las tres cabezas saludaron con gesto amistoso cuando se abrió otro postigo a su izquierda y asomó una nueva cabeza.

Caterina observó la pila de adoquines cuidadosamente amontonados como si se tratara de munición para un disturbio callejero planeado con todo detalle para aquella misma tarde. Recogió uno de los que coronaban la pila, le dio la vuelta y escudriñó la parte inferior de color gris. ¿Qué se suponía que debía buscar? ¿Sangre, pelos incrustados, fragmentos de hueso? Puede que el asesino usara un adoquín para golpear a la víctima, pero ¿qué clase de asesino volvería a dejar el arma homicida en su sitio para que la encontraran a la primera de cambio? Antes la arrojaría al río, sin duda, o la tiraría a un contenedor de basura, o sencillamente la lanzaría debajo de un coche aparcado.

Si el comisario estaba poniendo a prueba su capacidad de aguante o su obediencia, no pensaba defraudarlo. Examinó unos treinta de los prismas alargados que formaban la parte superior de la pila y apartó dos que presentaban extrañas muescas en los bordes. La idea de que un asesino se hubiese dedicado a reconstruir con esmero la pila de adoquines tras golpear a su víctima hasta la muerte en medio de una plaza a la que daban sesenta ventanas y puertas era sencillamente ridícula.

El fotógrafo estaba sacando fotos de un punto en el suelo. Parecía moverse despacio, pero Caterina se percató de que, en el minuto aproximado que llevaba observándolo, había sacado por lo menos media docena de fotos distintas, todas ellas primeros planos. Estaban montando una especie de tienda alrededor del cadáver, que quedaba casi oculto desde arriba por el magnolio y apartado de las miradas de los transeúntes por los coches aparcados, pero cada vez eran más los postigos marrones que se abrían y las cabezas que se asomaban por las ventanas. El sol bañaba ya los pisos superiores del edificio rosado de delante, y ahora los focos halógenos de los técnicos forenses parecían proyectar una luz amarillenta y mortecina. Habían llegado más agentes uniformados y los accesos a la plaza estaban ahora debidamente controlados. Los técnicos estaban recogiendo el instrumental y no se veía a Panebianco por ninguna parte.

El comisario la llamó por su nombre, invitándola a acercarse. Caterina respiró hondo. No le daba miedo ver un cadáver de cerca, pero era la primera vez que lo hacía en calidad de inspectora de homicidios.

—El cráneo está hundido por detrás —afirmó Blume cuando Caterina llegó junto a él. Dicho esto, se agachó y apartó suavemente el pelo blanco y rizado de la nuca del cadáver—. Se nota la hendidura cóncava, aquí. —Ahuecó ligeramente la mano, haciendo desaparecer los dedos—. ¿Quieres tocarlo?

—No, gracias —respondió Caterina.

—No lo digo por diversión —replicó Blume—. Pon la mano aquí. Toca la herida. Tienes que reconocerlo.

Caterina se agachó, echándose la cartera a la espalda, y tocó con la mano la parte posterior de la blanca cabeza del difunto, torciendo el gesto ante el fuerte olor a alcohol, orina y algo más que no acertó a distinguir.

—Más hacia dentro —ordenó Blume—. Eso de ahí es el foramen magnum, donde tienes los dedos ahora mismo, y es el hueco natural de la columna vertebral. Desplaza los dedos hacia arriba, hacia el cogote... ¡ahí! —exclamó mientras Caterina se estremecía, cerraba los ojos y casi perdía el equilibrio—. Lo has encontrado. Es casi como si el foramen magnum siguiera avanzando más de lo debido y se insertara en el cráneo, pero si ahora lo tocas con el dedo índice notarás los bordes circulares. Es como un terrón de tierra arrancado al vuelo por un jugador de golf algo torpe.

Caterina concluyó el examen, se levantó y se apresuró a quitarse el guante de látex. Sonriendo, Blume cogió el guante usado y le ofreció otro nuevo, que parecía tener preparado en la mano.

—Tienes que llevarlos puestos mientras estés aquí —señaló.

—Claro, no sé por qué lo he hecho. Ha sido una estupidez.

—Lo estás haciendo muy bien. ¿Has encontrado algún adoquín sospechoso?

—No, no lo creo. Dos, quizá. Pero las probabilidades son mínimas.

—No olvides dárselos a los técnicos forenses antes de que se marchen —apuntó Blume—. Pero de momento quiero que te quedes aquí. ¿Sueles rezar?

—A veces.

—¿De veras? —repuso Blume—. Yo no. No hay nada ahí fuera a lo que rezar. Pero creo que ayuda quedarse así un rato, como si estuvieras rezando. Es algo que devuelve un poco de dignidad a la víctima y de paso te ayuda a vaciar la mente de pensamientos ruidosos. Que no es lo mismo que concentrarse. Eso es lo que haremos a continuación.

Se quedó allí plantado, con las manos cruzadas en la espalda, la cabeza inclinada hacia delante, y Caterina hizo lo mismo, consciente de que podía tratarse de un humillante ritual iniciático y que en aquel preciso instante Rospo podía estar inmortalizando con la cámara su pose solemne y devota para luego colgar las fotos en el tablón de anuncios de la comisaría.

Sin embargo, se resistía a creer que el comisario fuera a hacerle algo semejante, así que se quedó junto a él y no se dio la vuelta ni levantó la cabeza. El cadáver, que parecía mirarlos fijamente desde el suelo, no presentaba signos evidentes de violencia en el costado vuelto hacia ellos. No había rastro de sangre ni contusiones. Tenía los brazos tendidos a ambos lados del cuerpo y las piernas estiradas en perfecta simetría, aunque eso podía deberse al cuidado con que los dos policías lo habían dejado en el suelo. Cubriendo sus manos había sendas bolsas de papel verdes, como las que su madre traía a casa repletas de cebollas. Llevaba un pantalón oscuro ceñido por un cinturón marrón, camisa azul de pana fina y una chaqueta de color oscuro. Los zapatos eran robustos, marrones y estaban sucios y llenos de marcas, como los de Blume.

Los labios del comisario parecían moverse. ¿Acaso rezaba? Deseando que su osadía no le valiera una reprimenda, Caterina volvió a agacharse y levantó el brazo del difunto con extrema delicadeza. Luego miró de nuevo a Blume.

—Ya han hecho todo eso —señaló, pero su tono era de aprobación—. Se ha instalado el *rigor mortis*. La medición de la temperatura corporal sitúa la hora de la muerte más o menos cuando los turistas alemanes dicen haberlo encontrado. El juez de instrucción, Bianchi, ya ha estado aquí y se ha marchado. Está entrevistando a los turistas alemanes y luego le pasará el caso a su colega, De Santis.

—¿De Santis lleva la investigación de los atracos? —preguntó Caterina—. ¿O sea que Bianchi da por sentado que estamos ante un atraco que acabó mal y le transfiere el caso sin más?

—No tengo el privilegio de conocer los entresijos de su refinado raciocinio jurídico —repuso Blume—. Pero rara vez he visto a un hombre menos proclive a aceptar un caso nuevo.

Caterina se levantó y notó la reconfortante calidez de un rayo de sol en la nuca mientras el sol bañaba el edificio a su espalda. De pronto, la víctima parecía extremadamente pálida.

—Se llamaba Henry Treacy —informó Blume, todavía a media voz—. Era irlandés, nació en 1949 en un lugar llamado Killken... No, Killarney... No, tampoco era así. «Kill» algo —concluyó, y le tendió un carnet de identidad para que lo comprobara con sus propios ojos—. Esto estaba en su cartera.

—¿En su cartera?

—Sí. No te has acordado de preguntarle a Rospo sobre eso, y él, por supuesto, no iba a darte esa información por propia voluntad. Aún podría ser un intento de atraco. Forcejeo, violencia, muerte, y un atracador que se da a la fuga sin el botín. Pero la presencia de una cartera abre la puerta a nuevas posibilidades, qué duda cabe. Como las abre el hecho de que puede que este tipo fuera extranjero, pero de turista no tenía nada. Llevaba años viviendo aquí. Rospo lo conocía de vista. ¿Te has fijado en las marcas de quemaduras que tiene en la mejilla izquierda?

—Sí —repuso Caterina—. Parecen antiguas. Supongo que se dejó la barba para

ocultar las cicatrices.

—Justo lo que he pensado yo —confirmó Blume—. Ya llevaba barba en el carnet de identidad, que es de hace ocho años. Apenas se distingue la cicatriz, ¿ves? —preguntó, mostrándole el maltrecho carnet de identidad.

Caterina leyó el documento: «Color de ojos: azul; estatura: 1,82 m». Hasta el momento, la descripción casaba mejor con el propio Blume que con la triste sombra que yacía a sus pies. Le costaba trabajo creer que pudiera ser tan alto. Cogió el carnet de la mano de Blume y leyó el resto de los detalles: «Nacionalidad: italiano; estado civil: soltero; profesión: artista; rasgos distintivos: zurdo».

—Qué raro —comentó.

—¿El que fuera italiano pero de origen extranjero? —repuso Blume—. No, es algo perfectamente normal. Hay mucha gente que ha nacido en otro país.

—No, lo de que era zurdo. En este apartado suelen constar cosas como un lunar, un dedo amputado o, en su caso, una cicatriz en la mejilla izquierda. Cosas que se ven a simple vista.

—O sea, que debió de pensar que el hecho de ser zurdo era importante no solo para él, sino también para los demás —reflexionó Blume—. En mi opinión, es justo la clase de tontería egocéntrica que cabría esperar de un artista. Habría que volver a bajarlos en la escala social, ponerlos como mucho al nivel de los barberos. Lo mismo vale para los dentistas, los cirujanos y los músicos. Son todo manos, sin nada de cerebro. Cobran sumas exorbitantes por el hecho de tener cierta destreza manual. Igual que los jugadores de fútbol, puestos a comparar.

—Pero no era un vagabundo —apuntó Caterina, osando interrumpirlo.

Estaba satisfecha. No quería que su primer cadáver fuera un don nadie.

—En la cartera había tres euros en monedas —repuso Blume—. Ni un solo billete.

Hizo una pausa, y Caterina se dio cuenta de que esperaba sus aportaciones.

—Así que debió de gastarse el dinero que llevaba encima.

—¿Tú crees? ¿Por qué no dar por sentado que alguien se lo robó? Si estamos trabajando sobre la hipótesis de que alguien lo golpeó en la nuca, sería lógico suponer que se produjo un robo; si es que elaborar suposiciones a partir de una hipótesis es una forma lógica de proceder, que no lo es, dicho sea de paso.

Caterina guardó silencio unos instantes, fingiendo comprender, y luego habló con cautela, escrutando el rostro de Blume en busca de alguna señal de irritación.

—Un ladrón habría cogido la cartera y no solo el dinero que había en su interior. Y si estaba en el bolsillo, habría tenido que sacarla, coger el dinero y luego volver a ponerla donde estaba, con sus huellas dactilares. No me cuadra.

—Bien. Estoy de acuerdo —dijo Blume—. Pero, por supuesto, la cartera la han metido en una bolsa y se la ha llevado el equipo forense, que de todos modos buscará en ella huellas dactilares. Pero, volviendo a esa contusión en la parte posterior del cráneo, ¿qué clase de arma podría haberla causado?

Caterina no sabía por dónde empezar.

—Yo tampoco lo sé, pero me cuadra más que se cayera por ir borracho y se golpeará accidentalmente en la cabeza con un adoquín levantado, que imaginar a alguien asestándole un golpe con un arma pesada, como un bate. A lo mejor me equivoco, lo sabremos cuando se haga la autopsia. Se han encontrado dos recibos en el bolsillo con los nombres de dos bares. En uno de ellos estuvo anoche, y en el otro hace días. Ya tengo a dos hombres sobre la pista. Ambos bares están cerrados a estas horas, así que estamos buscando a los propietarios para averiguar quién estaba en la barra anoche. Lo principal es identificar a las personas con las que estuvo Treacy, si es que estuvo con alguien. Tenemos que descubrir quién fue la última persona que lo vio con vida.

Caterina oyó el sonido de un motor de dos tiempos resonando entre los muros de las casas. Aguardó unos instantes y vio aparecer un motocarro Piaggio Ape de tres ruedas negro y azul, cargado de manojos de zanahorias envueltos en mallas. Al volante iba un hombre enjuto que enseguida entabló conversación con el policía que custodiaba el acceso de Via della Pelliccia y luego dio marcha atrás con un gruñido del motor.

—Ese tipo acaba de romper mi cordón de seguridad —dijo Blume.

—A lo mejor vive en una de las tres casas que hay entre Via del Moro y la plaza —aventuró Caterina.

—Lo que demuestra que tu idea de cerrar solo los accesos directos a la plaza era mejor que la mía de bloquear las calles adyacentes —concedió Blume—. Cuando me veas cometiendo una estupidez házmelo saber, ¿quieres? Tenemos que cerrar los accesos a la plaza cuanto antes.

Caterina se percató de que la ciudad empezaba a desperezarse. Oía los vehículos circulando por Lungotevere Farnesina, acelerando mientras podían. Los postigos estaban abiertos y el olor a café llegaba hasta la plaza. Se oían las radios encendidas, las puertas de los edificios se abrían una tras otra y sus habitantes intentaban abandonar la plaza desde los edificios colindantes, pero se detenían en cuanto un policía uniformado les daba el alto a voz en grito. Casi ninguno de los vecinos volvía a entrar en su casa, pero el hecho de que no rompieran el cerco policial ni contaminaran el escenario del crimen ya era suficiente.

—Se ha hecho de día, inspectora —observó Blume.

—Buenos días, comisario —repuso Caterina.

Pensó que tenía que llamar a su hijo, que se despertaba temprano, incluso los sábados. Sobre todo, los sábados.

—Ahora empieza el caos —le advirtió Blume—, y quiero que hagas cuanto esté en tu mano para mantenerlo bajo control. Dispones de ocho policías uniformados, sin contarte a ti. Yo no estaré aquí, ni Panebianco, ni ninguno de los técnicos forenses. No podremos ayudarte. El sovrintendente Grattapaglia no tardará en llegar. Él te enseñará cómo funciona esto. Tiene mucha experiencia en el control de masas, sabe

cómo organizar entrevistas puerta por puerta, seleccionar posibles testigos, esa clase de cosas. Dicen que tiene mal despertar, así que procura no cabrearlo. Todos los civiles con los que hables van a tener un motivo irrefutable para cruzar la zona, así que no hables con ellos. Vas a encontrarte con médicos de guardia, cirujanos de los que depende la vida de un niño, políticos con influencias de camino a una importante votación, un sorprendente número de personas que trabajan en servicios básicos, ingenieros que deben ir a rescatar a alguna ancianita encerrada en un ascensor, profesores que deben poner exámenes, abogados con casos urgentes, jueces que deben dictar sentencia, delincuentes y rebeldes que querrán invalidar por principios las pruebas del escenario del crimen, así que ya sabes lo que te toca. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí.

—Te apuesto un desayuno a que no podrás retenerlos durante más de veinticinco minutos. Pero con eso tenemos bastante, o, mejor dicho, no podemos aspirar a más. No hay forma humana de mantener aislado un lugar así durante mucho tiempo.

Caterina hubiese preferido que la invitaran a proseguir la investigación con Blume y Panebianco a quedarse allí montando guardia, pero hizo lo que le ordenaban. Primero recorrió el perímetro de la plaza, caminando junto a las fachadas de los edificios que la conformaban y advirtiéndoles a los vecinos que volvieron a entrar en los portales, pero era como jugar al gato y al ratón. En cuanto les daba la espalda, volvían a asomar por la puerta. Se acercó a un grupo de tres policías apostados en la esquina de Via della Pelliccia, que habían cerrado con cinta de precintar, pegándola por un lado a una señal de prohibido el paso y por el otro a la pata de una silla del bar aledaño. El camarero, que había sacado las sillas y las mesas a la terraza, estaba introduciendo la barra de una sombrilla en su base metálica.

Caterina llamó al policía más cercano, que era el más joven de los dos que había visto en la oscuridad, y le ordenó que caminara alrededor de la plaza en sentido inverso a las agujas del reloj, asegurándose de que los vecinos no salieran de los edificios.

—No hables con ellos, límitate a ordenarles que se metan en casa —le dijo.

El joven se demoró un poco, reacio a acatar sus instrucciones, pero finalmente echó a andar con mucha parsimonia. La inspectora se volvió hacia el camarero, que acababa de desplegar una sombrilla de plástico con el rótulo de cervezas Tuborg.

—Eso puede esperar.

El camarero levantó la vista al cielo y luego colocó la barra de la sombrilla en su base.

—Lo sé. El sol no da aquí hasta las dos. Pero a los clientes les gusta ver las sombrillas puestas. Hace que se vea más el bar.

—Está usted montando la terraza en medio del escenario de un crimen. Le he dicho que eso puede esperar. Haga el favor de entrar en el bar y no abra hasta que nosotros le digamos que puede hacerlo. ¿Ha quedado claro?

—Entonces, ¿quiere que eche a los dos policías que están dentro tomándose un cappuccino? —replicó el camarero, y abrió la sombrilla.

—Sí.

El camarero apoyó la mano en la jamba de la puerta y proclamó a voz en grito:

—Agenti, los reclaman.

Di Ricci salió limpiándose un reguero de leche con el dorso de la mano. Rospo lo siguió, sosteniendo un cruasán. Caterina lo señaló con el dedo.

—Tú. Ve y plántate a unos veinte metros de la entrada de Via del Ciproso. Ahí abajo. —Señaló hacia el lugar—. Así podrás detener a la gente antes de que llegue a la plaza. Di Ricci, tú colócate ahí, en la esquina de Vicolo de' Renzi.

Rospo partió el cruasán en dos con delicadeza, se metió la mitad a un lado de la boca y se quedó allí plantado, con la mejilla abultada, moviendo los carrillos sin dejar de mirarla.

—Es una orden directa de Blume —añadió Caterina.

Rospo se encogió de hombros, se embutió la mitad restante del cruasán en el otro lado de la boca y se marchó.

Caterina había completado dos rondas sin perder de vista el centro de la plaza, donde Blume y Panebianco se movían de un lado a otro en una estrecha cuadrícula, aproximadamente en la zona en la que Rospo decía haber hallado el cadáver. El equipo forense estaba cerrando la cremallera de la bolsa negra y el último técnico desmontaba una cámara de vídeo cuando Caterina se dio de bruces con un hombre de baja estatura que vestía traje gris y se le había plantado delante sin disimulo alguno.

—Tengo inmunidad diplomática —anunció el hombre trajeado, haciéndose a un lado para seguir cortándole el paso.

Hablaba con un acento extraño y olía ligeramente a bálsamo y a musgo. Sostenía una tarjeta plastificada. En la chaqueta, justo por debajo del ojal de la solapa, lucía una diminuta cruz de plata alargada y enmarcada en un círculo.

—Trabajo en la embajada del reino de España en la Santa Sede —aclaró—. Debo ir a mi despacho ahora mismo.

Caterina consultó su reloj. Eran las 7.12. Los forenses ya tenían su reluciente camilla de cinc montada junto a la bolsa negra, lo que significaba que estaban listos para irse.

—Creo que ya casi hemos acabado, ambasciatore —repuso—. ¿Sería tan amable de concedernos cinco minutos más?

—Ya he esperado suficiente. He tenido mucha paciencia. Y no soy embajador, de momento.

Dicho esto, el hombre esquivó a Caterina y se adentró unos tres metros en la zona acordonada. Sin despegar las manos de los costados, Caterina adelantó al español y lo interceptó. Al hallarse de nuevo ante ella, este siguió avanzando, presionando con su pecho los senos de Caterina, e incluso en dos ocasiones tocando con la rodilla entre sus muslos.

Caterina echó un vistazo a su espalda y vio a otros vecinos del mismo edificio a la espera de salir, contemplando el forcejeo que tenía lugar ante sus ojos. Entonces uno o dos abandonaron el portal, mirando a derecha e izquierda, y de nuevo a derecha, como si se dispusieran a cruzar una calle muy transitada, y avanzando deprisa, pegados a los muros cubiertos de grafitis como si así fueran a pasar inadvertidos. Caterina giró sobre los talones en busca de ayuda. Vio a Blume de pie bajo el sol, a Panebianco en la sombra. Avistó al sovrintendente Grattapaglia, seguramente recién llegado.

—Espere, por favor. Veré qué puedo hacer —le aseguró al diplomático—. Llamaré al agente de más rango para que venga a hablar con usted. Pero mientras tanto, hágame el favor de volver a entrar en el edificio. Estoy segura de que el comisario querrá escoltarlo personalmente hasta el límite de la zona acordonada.

El representante eclesiástico resopló, pero accedió a dar media vuelta. El policía que montaba guardia en el otro extremo de Via della Pelliccia había cortado el paso a los demás fugitivos y los trataba con hosca indiferencia. Bien.

Caterina no tenía la menor intención de interceder en favor del diplomático. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que seguía donde estaba durante cinco minutos más, a lo sumo diez. Se acercó rápidamente a Grattapaglia.

—Plántate allí y no dejes pasar a ese tipo. Tiene muy malas pulgas. Diez minutos. Dile que he ido en busca de un superior para que hable con él.

Grattapaglia abrió la boca para decir algo.

—No —atajó Caterina—. No me hagas repetirme. El comisario me ha puesto al frente, y te estoy dando una orden directa. Como la cagues te las tendrás que ver con él, no conmigo.

Grattapaglia parecía a punto de decir algo, pero finalmente desechó el pensamiento, o a su interlocutora, por considerarlos indignos de su atención. Carraspeó ruidosamente y tragó moco, y luego echó a andar con mucha parsimonia hacia el diplomático airado.

Entre el grupo cada vez más numeroso de personas que esperaban arracimadas tras la puerta del edificio rosado se alzaron voces impacientes:

—*Aho, guardie?* ¿Hasta cuándo vamos a tener que esperar?

—*Ehi, annamo.*

—*Anvedi 'sta ficona che cefa aspettà.*

—*Macché ficona.*

Caterina se acercó a ellos.

—¿Serían tan amables de concedernos cinco minutos? Les prometo que no tardará más que eso. Quien necesite un justificante por llegar tarde al trabajo, que se ponga en contacto conmigo, aquí tienen mi tarjeta. —Ofreció tarjetas de visita y tres o cuatro personas alargaron la mano—. Además —añadió—, si alguien oyó o vio algo hacia las dos de la madrugada de anoche, le ruego que llame al número que consta en la tarjeta.

—¿Quién era? —preguntó una mujer que impedía que su hijo echara a correr sujetándolo por la mochila colgada a la espalda.

—Era ese borracho inglés —contestó otra mujer.

Caterina se fijó en ella. Era una mujer delgada hecha toda ella de arrugas, y había salido al vestíbulo ataviada con albornoz, medias marrones y zuecos blancos.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Caterina.

—¡Ja! —exclamó la mujer, mirando alrededor en busca de unos gestos de aprobación que no tardó en recibir de sus convecinos—. ¿Veis como tenía razón? Vivo en la cuarta planta —reveló la anciana—. Lo veo todo desde allá arriba. Reconocí su barba blanca. Ya no volverá a cantar a grito pelado a las tantas de la madrugada, ¿a que no?

—¿Sabe cómo se llama?

—¿Cómo iba a saberlo?

Caterina apuntó el nombre de aquella mujercita de gesto triunfal y preguntó si alguno de los presentes conocía la identidad del hombre muerto.

—Amigo mío no era, desde luego —declaró la misma anciana, blandiendo un dedo en el aire.

Caterina abandonó el portal y miró en dirección a Blume y Panebianco. Seguían allí plantados, pero los forenses ya estaban cerrando las puertas de la furgoneta. Aquello estaba a punto de acabarse.

Ya podía llamar a Elia. Hurgaba en el bolso en busca del móvil cuando un alboroto a su izquierda la obligó a desistir del empeño.

Grattapaglia había sacado la porra y golpeado con ella al diplomático español, que había quedado tendido en el suelo.

—Arrebatarle la tarjeta de diplomático y tirarla al suelo podía haberse interpretado erróneamente como una muestra de inquina, pero además tuviste el detalle de aprisionarla —señaló Blume—. Qué elegancia la tuya.

El sovrintendente Grattapaglia sonrió de oreja a oreja. Tardó lo suyo en comprender que su alegría no era correspondida, y Caterina se removió en su asiento, muerta de vergüenza ajena, preguntándose cómo había podido Grattapaglia no ver la ira en el rostro de Blume. Al cabo, con desafiante lentitud, el sovrintendente dejó que la sonrisa se le borrara de los labios. Luego se encogió de hombros y dijo a modo de excusa:

—No sabía que fuera diplomático.

El rostro de Blume expresaba una mezcla de desprecio y perplejidad, como si se dispusiera a aceptar pero aún se esforzara por sondear la profundidad de la estulticia de Grattapaglia. Para ser alguien que poco antes había empleado la violencia física de un modo tan natural, este parecía ahora extrañamente indefenso, como un niño grande pillado en falta. Caterina se compadeció de él y decidió tomar la palabra.

—Antes de que el sovrintendente agrediera... quiero decir, antes del incidente, el diplomático...

Grattapaglia la señaló con el índice, como si le lanzara una advertencia. Caterina enmudeció, tratando de comprender por qué rechazaba su apoyo. Sin dejar de señalarla, Grattapaglia se volvió hacia Blume y dijo:

—¡Lo sabes tan bien como yo, me cago en todo, ha sido culpa de ella! Si no sabe hacer su trabajo, ni siquiera tendría que haber estado allí.

Caterina lo miró de hito en hito, boquiabierta. Era consciente del asombro que reflejaba su rostro, pero no podía hacer nada por impedirlo.

—¿Me lo puedes explicar, por favor? —dijo Blume.

—¿Explicar el qué? Es evidente. Ella no me lo advirtió. Solo me dijo que el tipo tenía malas pulgas, como si hubiera bastante con eso. Si hubiese sabido que era diplomático, ¿crees que habría hecho lo que hice? Ya te he dicho que no está preparada para el trabajo de campo.

Blume fingió reprender a Caterina.

—¿Cómo no se te ocurrió advertirle que no aporreara a un ciudadano delante de tres docenas de testigos hostiles en medio de un escenario del crimen?

—Vale, me he equivocado —concedió Grattapaglia—. Pero ella debió avisarme.

A medida que el rostro de Blume se ensombrecía, Grattapaglia iba adoptando un tono menos agresivo, entre conciliador y quejumbroso.

—Lo único que digo es que ni siquiera se digna hablarme.

—¿Te refieres a que nunca ha acudido a ti en busca de consejo?

—No, nunca.

—¿Consejo sobre qué, Salvatore? ¿Sobre cómo tratar a los diplomáticos airados que tienen línea directa con nuestros superiores?

Grattapaglia volvió a hundirse en el asiento, derrotado.

Se habían sentado los tres en la terraza de un bar de Via Giulia tras haber cruzado el puente Sisto. Blume se había empeñado en invitar a desayunar a Caterina porque había ganado la apuesta y se las había arreglado para mantener el orden en la plaza durante veinticinco minutos. Se mostraba amable; en realidad, le habían faltado diez minutos.

Grattapaglia había pedido un zumo de pulpa de melocotón. Vertió el contenido del vaso en la cavidad formada entre los dientes inferiores y el dorso de la lengua, y allí lo retuvo, mientras miraba fijamente a Caterina desde el lado opuesto de la mesa.

—Oye, Salvatore —empezó Blume—, no hay forma humana de mantener tu nombre alejado de esto, ni mucho menos de fingir que no estabas presente, lo que hubiese sido buena idea. Te mereces lo que se te viene encima. Lo que pasa es que yo no me lo merezco. Sabes que esto va a convertirse en un problema disciplinario para mí en cuanto ese tipo presente una reclamación.

El sovrintendente Grattapaglia tragó el espeso zumo y torció el gesto como si fuera de limón.

—Sí, lo sé.

—Veremos qué se puede hacer para impedir que la bola de nieve siga creciendo —concluyó Blume—. ¿Verdad que sí, inspectora Mattiola? Vamos a cerrar filas en torno a esta cuestión.

Miró a Caterina, que asintió sin entusiasmo. Estaba pensando en Elia. Lo había llamado al cruzar el puente, sacando el móvil a hurtadillas mientras Blume y Grattapaglia caminaban unos pasos por delante de ella. Elia le había recordado que había prometido asistir a un partido de fútbol sala que su equipo disputaba esa mañana contra el San Gaspere del Bufalo, el único equipo al que tenían alguna posibilidad de vencer en el campeonato de alevines.

—¿Volverás a tiempo para llevarme al partido? —había preguntado.

—No, cariño, no podré. Estaré por la tarde, eso sí. Podré acompañarte a natación.

—Entonces, ¿le pido a la abuela que me lleve?

—Sí, díselo. Y marca muchos goles.

—Soy defensa. No marco goles.

—Bueno, pero a veces los defensas también juegan al ataque, ¿no?

—Para eso hay que ser muy bueno, y yo no lo soy.

—Claro que lo eres. Llamaré a la abuela durante el partido para ver cómo va.

Grattapaglia le iba diciendo a Blume:

—Estaba un poco tenso, ya sabes lo que pasa. Ese tipo me ha puesto de los nervios, no me preguntes por qué. Tendrías que ver cómo me miraba. Y no paraba de cecear.

—Es español, Salvatore. Todos los españoles cecean. —Blume hizo una pausa y cerró los ojos como si sintiera una leve punzada de dolor—. Muy bien, os diré lo que haremos: si vienen directamente a por ti, nos desentendemos del tema. Te va a tocar tragarte la sanción, o suspensión, o lo que sea. Pero si vienen buscando a un poli agresivo sin identificar, puede que nos hagamos los tontos mientras podamos, pero solo si nos das un buen motivo. El otro día le dije a Caterina que te quitara de encima algo de papeleo. Lo hizo, ¿verdad?

—Algo sí —contestó Grattapaglia—. No mucho, la verdad.

—Me alegro de que así fuera, porque ahora te toca a ti. Caterina va a estar ocupada con este caso, no tendrá tiempo para encargarse del papeleo que no guarde relación directa con él, así que lo harás tú por ella. Fuera de las horas de oficina, sin cobrar. También quiero que redactes un segundo informe del incidente con el español. No lo archives. No hables sobre ello. Me lo das directamente a mí. ¿Ha quedado claro? Y deja ya de acribillarla con la mirada.

Grattapaglia apartó los ojos de Caterina y miró con odio a los gorriones que daban saltitos y picoteaban entre las migas de la mesa contigua.

—Ahora necesito que organices un puerta a puerta como Dios manda.

Grattapaglia se levantó sin mirar a ninguno de los dos.

—Una última cosa —lo detuvo Blume—. Paga antes de irte. Y ya que vas, pídemelo otro cappuccino. ¿Inspectora?

—No quiero nada, gracias —dijo Caterina.

—Recuerda que invita él —la animó Blume, guiñándole el ojo y moviendo la cabeza de forma casi imperceptible en dirección a Grattapaglia.

—No, no quiero nada —insistió Caterina.

—Tráeme también una pasta, Salvatore. Y ya que estás, pide una bandeja de pastas y café para llevar, y se la das a Cara Picasso, Di Ricci y los demás. Seguro que lo agradecerán. Diles que invito yo.

—¿Quién es Cara Picasso? —preguntó Caterina.

—Rospo, evidentemente.

Cuando Grattapaglia se hubo marchado, Blume se reclinó en la silla y volvió el rostro hacia el sol.

—Necesito un trabajo que me permita tomar café, comer pastas y sentarme a tomar el sol por las mañanas. Un trabajo sin gente como Grattapaglia. Me quedaría con los cadáveres y las víctimas, eso sí. No sabría qué hacer sin ellos. Y bien, ¿cuáles son tus impresiones hasta el momento?

—Es difícil saberlo. Ha habido muchas distracciones. No he tenido ocasión de examinar a fondo el lugar de los hechos —contestó Caterina.

—Eso ha sido cosa mía, inspectora. Tienes que saber controlar todos los elementos periféricos, las distracciones, los errores, los curiosos, el tráfico, los españoles con malas pulgas, gente como Grattapaglia. No es tarea fácil. Los técnicos forenses pueden hacer la mayor parte del trabajo delicado porque no los distraen con

todo lo demás. Pero sin las distracciones tampoco llegas a tener una perspectiva global, que es lo que hace falta para resolver un caso. La perspectiva global, dicho sea de paso, se reduce a menudo a una total ausencia de perspectiva. Toda la información de fondo que vas sacando es en su mayoría caótica o irrelevante, pero tienes que recrearte en ella de todos modos. La mayor parte de las veces es una gran pérdida de tiempo. Como la vida de la mayoría de nosotros, en realidad. Lo único que puedo aconsejarte es que intentes no complicar todavía más un caso añadiendo demasiadas interpretaciones personales. ¿Has hecho un croquis del escenario, como te pedí?

Satisfecha por tener algo que enseñar al fin, Caterina sacó el bloc de notas del bolso y se lo tendió a Blume, que lo hojeó hasta encontrar la página con el boceto que había dibujado a lápiz y tinta, y a doble pagina. El comisario lo contempló en silencio unos instantes, ladeando el bloc a derecha e izquierda de vez en cuando, asintiendo en silencio.

—¿Has estudiado dibujo artístico? —preguntó al cabo de un rato.

Caterina sintió un cosquilleo alrededor de la garganta y supo que estaba a punto de ruborizarse.

—No. Se me daba bien en la escuela, pero...

—Te voy a decir una cosa —la interrumpió Blume—. Es evidente que tienes talento natural, buena mano... —Cerró el bloc de golpe—. Pero eso no nos sirve de nada.

La sonrisa de Caterina se desvaneció.

—La calidad artística del dibujo es excelente —afirmó Blume—, pero eso a nosotros nos da igual. Supón que este boceto acaba de llegar a tu escritorio. Piensas: «Ah, mira, aquí hay algo que puede resultar útil para la investigación», y lo abres y te encuentras...

—Que no hay medidas. Me he olvidado de las medidas —cayó Caterina—. Iba a hacerlo, pero me he distraído.

—Tomar medidas es prácticamente lo único importante. Eso y el hecho de que tú estabas allí para tomarlas, que es la razón de ser del boceto. Las fotos, las reglas, la cinta métrica y la videocámara registran todo lo demás. Cuando yo lo hago, lo convierto todo en rectángulos o, si se trata de un coche, en un triángulo con círculos. Símbolos más que imágenes, ¿entiendes?

Blume sacó su propia libreta y le enseñó un conjunto de cuadrículas, líneas y garabatos, más ininteligibles si cabe a causa de las flechas que partían de las cuadrículas en dirección a una serie de números.

—La cámara mató el arte figurativo —sentenció Blume—. Nos olvidamos fácilmente de las cosas, nos olvidamos fácilmente de nosotros mismos. Ese es uno de los motivos por los que te conviene estar a buenas con gente como Grattapaglia. El otro motivo es que no debes tener enemigos en el departamento. Tener enemigos que están por encima de ti es malo, pero tenerlos por debajo es peor aún. No tardarás en

comprobarlo. Así que vas a tener que hacer las paces con Grattapaglia de un modo u otro. A lo mejor podrías empezar reconociendo que deberías haberle dicho que ese tipo era un diplomático.

—Y lo reconozco, comisario.

—No, a mí no. Díselo a él. Conmigo no hay ningún problema.

—No es esa la impresión que tengo yo.

—Pues es así. ¿A quién has llamado en el puente?

Caterina vaciló. Estaba segura de que Blume no la había visto llamar a Elia. No había apartado los ojos de su espalda en ningún momento. Había llamado pulsando las teclas de marcación rápida, había hablado durante veinte segundos a lo sumo, y Blume no se había vuelto una sola vez.

—¿Cómo sabes que he llamado a alguien?

—Te has quedado rezagada adrede, fingiendo interesarte en el quiosco por una revista sobre oposiciones a la administración pública, así que deduje que buscabas algo de intimidad para llamar a alguien. Cuando nos has dado alcance, te he notado un poco distraída. Y me he fijado que te pasas el pelo por detrás de la oreja derecha mientras hablas por teléfono. Cuando te has sentado ahí, todavía lo llevabas así.

Caterina se llevó la mano a la oreja.

—No, ahora ha vuelto a su sitio —observó Blume—. La cuestión es que me gusta saber con quién hablan mis agentes mientras están de servicio.

—Con mi hijo.

—Ah, vale. No sabía que tuvieras un hijo. O a lo mejor sí lo sabía pero lo había olvidado. Tampoco sabía que estabas casada. ¿O no lo estás?

—Lo estuve. Mi hijo acaba de cumplir nueve años. No me gusta que se sepa. Bastante difícil es que te tomen en serio siendo mujer, pero si encima eres madre soltera, bueno, te lo puedes imaginar.

—Pues la verdad es que no. A duras penas puedo imaginar cómo es ser madre soltera. Podrías habérmelo recordado el otro día, cuando viniste a pedirme que te dejara hacer trabajo de campo.

—¿Habría influido eso en tu decisión, si lo hubieses sabido?

—No lo sé —contestó Blume—. Me gustaría creer que no. Pero hagamos una prueba. Dime qué tenemos hasta el momento. Dame una hipótesis. Adelante.

Caterina se aclaró la garganta y dijo:

—La verdad, no tenemos gran cosa...

—Vas por buen camino —observó Blume—. Nunca olvides la ley de la sencillez, inspectora. La mejor teoría es la que se sostiene sobre menos suposiciones.

—El atracador de turistas lo oyó cantar en inglés y decidió ir a por él. Hubo un forcejeo, y el atracador lo golpeó en la cabeza. O lo hizo caer al suelo.

—De momento con eso hay bastante —dijo Blume—. La mayor parte de los informes sobre el atracador sugieren que actúa solo, lo que no deja de ser extraño, ya que suelen trabajar en grupos de dos o tres. Ahora mismo no es un dato demasiado

relevante, pero tenlo presente de todos modos. Y lo que es más importante, todos los informes mencionan que lleva un arma blanca inusual, como un estilete o algo similar. Así que, puestos a matar, ¿por qué no usarlo?

—No lo ha usado todavía —apuntó Caterina.

—Siempre hay una primera vez —objetó Blume.

—Sí, pero evidentemente no ha sido esta —replicó Caterina, sorprendida al notar la creciente irritación en su propia voz—. Puesto que la víctima no ha sido apuñalada.

—En tal caso descartemos esa hipótesis y pensemos en otra todavía más probable y sencilla —propuso Blume—, como esta: el hombre había estado bebiendo. Tenía poco más de setenta años...

—Espera... —Caterina volvió a echar cuentas—. Tenía poco más de sesenta años, no setenta.

—¿De veras? —Blume parecía dudar, y se pasó unos instantes contando con los dedos—. Tienes razón. Por Dios, es terrible.

—¿El qué?

—No me falta tanto para tener la misma edad que él.

—Aún tienes cuerda para rato —repuso Caterina, sonriendo.

—No bebo, supongo que eso es una ventaja —comentó Blume—. Lo dejé hace dieciocho meses y ni siquiera lo echo de menos. La intoxicación etílica disminuye los reflejos protectores de los músculos, y hace que el cerebro sea más vulnerable a las conmociones traumáticas. Me refiero a Treacy, dicho sea de paso. Pero a lo que íbamos: el viejo se cae al suelo, se golpea la cabeza, se las arregla para levantarse y avanzar unos cuantos metros más, quizá a cuatro patas. Se arrastra un poco más, pero tiene una hemorragia cerebral, así que apoya la mejilla en el suelo, se mea en los pantalones y muere tirado en la calle, como les suele pasar a los borrachos. Fin de la historia.

—Ah —dijo Caterina—. Este no va a ser mi primer caso de homicidio, ¿verdad?

—Lo dudo. El juez ya ha perdido todo el interés en él. Prepárate para una gran decepción —le advirtió Blume.

Mientras volvían a cruzar el puente peatonal que conducía a la plaza, el teléfono de Blume empezó a sonar.

—Estupendo. Bien hecho, Linda. —Se volvió hacia Caterina—. Es esa chica rubia...

—Sí, la conozco —dijo Caterina.

—Linda acaba de hacer su primer trabajo de investigación y nos ha conseguido la dirección de Treacy.

—¿Quieres decir que la ha buscado en la guía telefónica?

—Sí, bendita sea. En cuanto a la dirección, está a unos tres minutos andando. Treacy no volvió a casa por poco.

Se encaminaron al coche de Blume, que estaba aparcado en medio de Via della Pelliccia con una luz azul destellando a modo de excusa por entorpecer el tráfico. Blume se acercó al vehículo, sacó una bolsa del maletero, se quitó la chaqueta, que parecía demasiado pequeña cuando la llevaba puesta pero enorme ahora que la veía en su mano, y a continuación el jersey de cuello de pico que, se fijó Caterina, estaba acribillado por la polilla. Dobló ambas prendas con más dificultad que esmero, abrió la puerta trasera del coche y las arrojó al interior.

—La ropa ha caído al suelo del coche —apuntó Caterina mientras Blume cerraba la puerta de golpe y se colgaba la bolsa al hombro.

—Da igual.

Se dirigieron de nuevo a la plaza, que volvía a estar abierta a los residentes. El pequeño toldo que la policía había colocado en el lugar de los hechos prestaba al lugar un aire vagamente festivo, como si alguien hubiese montado un puesto de comida, aunque esta ilusión se veía contrarrestada por la presencia de una furgoneta azul de la policía forense.

—Esos cabrones se lo toman con calma —observó Blume—. El cadáver lleva cuarenta minutos en la furgoneta.

Blume se acercó al vehículo y pareció entablar una agria discusión con uno de los hombres que ocupaban el interior de la furgoneta, pero cuando volvió lo hizo entre risas.

—No arranca. Se han quedado sin batería. Dice que les pasa a menudo. Es un consuelo saber que los coches de la policía no son los únicos que fallan.

—¿Tanta gracia te hace? —preguntó Caterina.

—No, me río por algo que ha dicho el conductor sobre la suerte del fiambre, que está allí detrás tumbado y disfrutando del aire acondicionado mientras él tiene que esperar sentado en la cabina... Olvídalo, ahí está Grattapaglia.

El aludido salió del edificio rosado de la izquierda acompañado por dos agentes

de policía. Caterina y el comisario vieron cómo los enviaba al siguiente edificio. Luego se acercó a ellos.

—Nada, ni un solo testigo. La mayor parte de los vecinos están trabajando. Tengo a seis agentes recorriendo los bares de los alrededores para comprobar si anoche hubo algún incidente o discusión.

—La inspectora Mattiola y tú podéis seguir juntos con el puerta a puerta. Volved aquí para reuniros conmigo dentro de un cuarto de hora, o en cuanto veáis que arranca la furgoneta.

Blume se acercó al inspector Rosario Panebianco, que se había quedado supervisando el escenario del crimen, controlando al equipo forense y reexaminando la zona.

—¿Alguna novedad?

Panebianco chasqueó la lengua.

—Nada, comisario. Doy por sentado que estamos ante un accidente, o al menos yo así lo intuyo.

—Sí —convino Blume—, pero está el tema del atracador. Puede que fuera un atraco que acabó mal.

—Llevaba la cartera encima.

—Pudo haberle plantado cara al atracador, y este pudo haber huido sin cogerla. La víctima es extranjera, y los extranjeros son el objetivo preferido del atracador. Por la Questura y por la prensa, debemos andarnos con pies de plomo al tratar con ciudadanos extranjeros.

—Vaya por Dios, ¿y no le ha comentado nadie eso a Grattapaglia?

—No me hables de ese tema —repuso Blume—. Bueno, en resumidas cuentas: ¿has encontrado algo nuevo?

—Nada. No hay pruebas de que se haya cometido ningún delito.

Blume vio cómo los últimos integrantes del equipo forense guardaban sus cosas. Un hombre delgado con mono de algodón azul dobló la esquina y avanzó en su dirección. Bajo el largo brazo, como si no pesara nada, llevaba una batería gris Magneti Marelli. Saludó alegremente al conductor de la furgoneta, como si fueran viejos amigos. Dos agentes se afanaban desmontando el toldo, y el mecánico se puso manos a la obra bajo el capó de la furgoneta ante las miradas curiosas de los transeúntes. Diez minutos después, la furgoneta del equipo forense arrancó, con el electricista apretujado en la cabina entre el conductor y su acompañante, charlando y fumando los tres. Tras su partida, la única señal de que algo anómalo había ocurrido en la plaza era el inusual número de policías que entraban y salían de los edificios de alrededor y los jirones de cinta de precintar que ondeaban en las esquinas de la plaza.

Pasados algunos minutos, la inspectora Mattiola y el sovrintendente Grattapaglia salieron del edificio que quedaba a su derecha.

—¿Con cuántos vecinos habéis podido hablar? —preguntó Blume.

—Dos —contestó Grattapaglia.

—Cinco —dijo Caterina.

—¿En qué quedamos —inquirió Blume—, cinco o dos?

—Siete —repuso Grattapaglia.

—Ah —observó Blume—. Os habéis dividido.

—Para ganar tiempo —explicó Caterina.

—Claro. —Blume se echó la bolsa al hombro—. Treacy vivía a escasos minutos de aquí. Vamos a echar un vistazo a su casa, a ver qué encontramos.

Grattapaglia dio un paso adelante.

—Puedo llevarte la bolsa.

—No, no pesa. Además, tú te quedas aquí. Sigue coordinando las entrevistas puerta a puerta, controla la zona, fíjate en quién entra y quién sale.

Grattapaglia retrocedió sin decir palabra.

Blume se volvió hacia Caterina.

—¿Lista, inspectora?

Blume tomó la palabra mientras avanzaban calle abajo:

—Nuestra obligación es abordar cualquier muerte por causa desconocida como si fuera un homicidio. Porque podría serlo. Y para hacerlo como es debido tenemos que convencernos de que se trata de un homicidio, lo que implica hacer caso omiso de toda mi experiencia, que apunta en sentido contrario. ¿Me sigues?

—Habría preferido que no humillaras a Grattapaglia de ese modo delante de mí —dijo Caterina—. Has sido tú quien ha dicho que tenía que congraciarme con la gente.

—Pues lo siento por ti. Has perdido tu oportunidad. Por algo os he dicho que hicierais las entrevistas puerta a puerta juntos, y no lo habéis hecho.

—¿Así que te empeñas en seguir cabreándolo para castigarme a mí también?

—Algo así. Tienes que aprender a manejar nimiedades como esta. No sé qué tal te iban las cosas en Inmigración, pero da la impresión de que estabas rodeada de seres superiores y altruistas a los que el resto de las fuerzas policiales no les llegamos ni a la suela de los pies.

Caterina apretó el paso para no quedarse atrás mientras Blume avanzaba a grandes zancadas por Via Benedetta. Le dio alcance cuando estaban llegando a Piazza della Malva.

—La mayor parte de mis antiguos compañeros también eran unos cabrones. ¿Estaba casado?

—¿Treacy? No según el carnet de identidad, pero podía estar viviendo con alguien. Pronto lo sabremos. ¿Sabes?, no paro de darle vueltas a ese nombre, me resulta familiar. Era artista, según el carnet.

—¿Pintor? —aventuró Caterina.

—Supongo. Poner «artista» como profesión es bastante triste, pero si fuera pintor estaría casi justificado.

—O músico.

—Hombre, sí, un músico podría hacerlo, pero no sería justificable. Mientras no fuera escritor ni fotógrafo, estoy dispuesto a perdonarle sus pretensiones.

Delante de la Universidad John Cabot, Blume esperó a que un puñado de estudiantes norteamericanos pasaran y luego dobló hacia Via Corsini. Caterina se acercó a la primera vivienda de una corta hilera de casas adosadas para mirar el número.

—¿Cuál de ellas es? —preguntó.

—El número quince. En el otro extremo, seguramente —apuntó Blume.

Solo había edificios a uno de los lados de la calle. Al otro se alzaba una verja que cercaba el jardín asilvestrado de Villa Corsini. El último inmueble de la calle tenía el

número catorce.

Ante ellos quedaba la entrada al jardín botánico, a su izquierda el cuartel de Podgora de los carabinieri.

—¿Dónde demonios está el número quince? —preguntó Blume.

—Podríamos pedir ayuda a los carabinieri —sugirió Caterina.

—Eso nos haría quedar estupendamente —ironizó Blume—. Llama a la encantadora Linda, que te confirme el número de la casa.

Blume se apostó ante la verja del jardín botánico y se encontró mirando directamente al guarda del parque, que vestía uniforme oscuro, lucía una poblada barba y permanecía sentado en su caseta blanca contemplando la calle atípicamente bucólica como si fuera el amo y señor de aquellas tierras, como un *gabellotto* siciliano. Blume se cruzó de brazos y asintió a modo de saludo ante la total indiferencia del guarda. Decidió hacer caso omiso de él, avanzó unos pasos hasta abandonar el campo de visión del hombre y de pronto se encontró ante una puerta de madera verde que parecía una entrada lateral al jardín botánico. Junto a la puerta, en la pared, había una losa de mármol con el número quince grabado a golpe de cincel, hueso sobre blanco. Bajo la losa había un interfono con un botón de plástico claro y un solo nombre: «Henry Treacy».

Para cuando llegó Caterina con la confirmación de la dirección, Blume había llamado al timbre tres veces.

—No hay nadie —dijo al cabo. Dejó la bolsa en el suelo y se inclinó hacia atrás para mirar a lo alto de la fachada, como si se planteara escalarla—. Parece un acceso secundario al jardín botánico —dijo—. ¿Es que Treacy vivía en un parterre floral o algo así? Tenemos que dar la vuelta y entrar por el otro lado.

El guarda de la caseta blanca los observaba atentamente cuando entraron por la puerta principal. Blume dio unos pasos a la derecha, y fue cuanto le bastó para saber que no había nada más que muro al otro lado.

—¡Eh!

Blume se detuvo y dejó la bolsa en el suelo, pues empezaba a pesarle. Esperó que Caterina enseñara al hombre una tarjeta identificativa de la policía, tras lo cual este volvió a su caseta a regañadientes.

Juntos pasaron al otro lado de una cadena de plástico blanquirroja que acordonaba un cuadrado de césped perfectamente cuidado y orlado de gigantescas margaritas amarillas.

Caterina miró al muro, luego a Blume de nuevo, y se encogió de hombros. Este se acercó al muro, apartó una pesada cortina de hiedra, tocó el muro de color ocre oscuro que había detrás y luego se sacudió el polvo de las manos dando palmas.

—Este es el muro que rodea el jardín botánico —dijo—. La puerta verde del otro lado estaba más o menos a esta altura, lo que significa que debe de haber dos muros y un estrecho pasadizo entre ambos. Y debe de conducir a esa casita de ahí. —Señaló una pequeña vivienda de dos plantas con tejado rojo que quedaba a su izquierda—.

Podemos entrar por este lado, o bien dar la vuelta y hacerlo por la puerta verde. Llevo algunas ganzúas en la bolsa.

Minutos más tarde, Blume trataba de forzar el bombín de la cerradura.

—Ya casi está —anunció al cabo de cinco minutos—. He perdido algo de práctica.

Al poco sacó una palanca de la misma bolsa, la insertó entre el marco y la hoja, junto a la cerradura, y embistió contra la puerta con todas sus fuerzas. La madera de la jamba estaba tan húmeda y reblandecida que cedió sin emitir más que un leve crujido y una especie de suspiro.

Ante sus ojos tenían ahora el muro que habían estado contemplando desde el interior del jardín botánico. Blume entornó la puerta sobre el marco astillado y dobló a la derecha para enfilar un pasadizo que apenas si era lo bastante ancho para que avanzaran dos personas en paralelo. Las paredes a ambos lados estaban cubiertas de hiedra y musgo húmedo. El pasadizo tendría unos nueve metros de longitud y conducía a otra puerta un poco más robusta. Olvidado ya el afán de demostrar su habilidad para forzar entradas, Blume introdujo la palanca debajo del mecanismo de la cerradura, la zarandeó con brusquedad hasta notar que se introducía más, y luego empezó a tirar de la puerta y a empujarla con fuerza. Al cabo de varios intentos, indicó a Caterina que se acercara.

—A la de tres —dijo, apoyando las manos en la palanca.

Segundos después, embistieron ambos contra la puerta, aunque ligeramente a destiempo. Repitieron la operación, y esta vez la puerta cedió tan fácilmente que a punto estuvieron de caer el uno sobre el otro.

La súbita claridad de la habitación en la que ahora se hallaban resultaba desconcertante. Se quedaron inmóviles unos segundos, parpadeando. Caterina intentaba comprender cómo podía haber tanta luz en el interior de una casa. A medida que sus ojos se iban adaptando a la claridad, se percató de que estaban bajo un tejado de vidrio. Ficus, bambú, drácenas y pequeños árboles que no acertaba a identificar crecían en tiestos rechonchos con vidriado azul dispuestos sobre el suelo de barro.

—Estamos en uno de los invernáculos del jardín botánico.

—No —discrepó Blume—. Esto forma parte de la casa. Es una especie de invernadero acoplado a la vivienda y usado como taller. Qué calor hace aquí dentro.

Se agachó, hurgó en la bolsa, extrajo de su interior una caja de guantes de látex y se calzó un par, meneando los dedos como si fuera un importante cirujano.

En la sala acristalada había sillones de mimbre con cojines amarillos y una mesa con sobre de cerámica en la que descansaba una tacita de café. Blume se fijó en que había unas baldas con libros y, en el rincón izquierdo del extremo opuesto de la estancia, un voluminoso escritorio como los que recordaba haber visto en el aula de ciencias en sus tiempos de estudiante, con la diferencia de que este estaba hecho de caoba. Un libro en folio con tapas de piel descansaba sobre el escritorio bajo tres libros en cuarto, también forrados en piel. Junto a estos descansaba una caja de ébano

abierta, en cuyo interior había cinco hileras de frascos con tapa plateada repletos de polvos de colores. Tres tarros de vidrio contenían docenas de pinceles.

Blume inspeccionó el libro que coronaba la pila, pero las letras de la cubierta estaban demasiado desvaídas para descifrar el título. Lo hojeó; estaba escrito en latín.

En un rincón del invernadero, junto a una cortina de cuentas, había una estufa de hierro fundido de silueta achaparrada sobre la que descansaba una olla de cobre y, junto a esta, una cacerola de doble fondo.

Un tableteo lo hizo volverse para descubrir que Caterina había apartado la cortina de cuentas de bambú que cubría lo que en tiempos debió de ser la puerta trasera de la vivienda.

—Aquí hay una cocina —anunció—. Y otra estufa.

Blume la siguió. La luz era menos intensa en aquella estancia, y las paredes encaladas, el fregadero de mármol gris y los pesados grifos de latón hacían que pareciera más fresca. En medio de una gran mesa rectangular con sobre de mármol color marfil había una tabla de amasar, junto con tres cajas de huevos y una jarra de barro que contenía lo que parecía ser leche. Una bandeja de cubitos de hielo albergaba un líquido negro que se estremecía levemente cada vez que Blume daba un paso. Este bordeó la mesa, asimilando cuanto veía. En una caja de cinc había hierbas aromáticas, trozos de carbón, hojas secas y una colección de frutos retorcidos y leñosos que no acertó a identificar. En la estancia había otra estufa, más moderna, compacta, hecha de acero de color gris plomo y aspecto bruñido.

Blume abrió la nevera.

—Hay un montón de huevos. Leche, queso —anunció.

La leche estaba rancia.

—Cerveza. Ajos, queso feta, unas pocas verduras mustias. La nevera de un hombre soltero.

Las botellas de cerveza verdes y heladas tintinearón de un modo tentador cuando cerró la nevera. Tuborg y Peroni. Solía beber ambas marcas. Sintió sed. En realidad, no tenía ninguna necesidad de abstenerse de tomar alcohol. No es que tuviera un problema, aparte de la cuestión del peso, pero dejar de beber no le había servido de gran cosa en ese sentido. Pensaría sobre ello más tarde.

La habitación contigua, el salón, recibía la luz que entraba por dos ventanas de cristales sucios. Blume se fijó al instante en tres caballetes. Uno de ellos estaba plegado y apoyado en un rincón. El segundo sostenía un tablero inmaculadamente blanco sobre el que había un papel teñido de rojo con los primeros trazos grises de lo que parecía un pie.

Apilada detrás del tercer caballete había una colección de cuadros y dibujos de distintas medidas, algunos enmarcados con paspartú, otros desprovistos de marco. Blume calculó que habría alrededor de treinta lienzos, y se dispuso a revisarlos. El mobiliario era viejo e incómodo. El sofá estaba relleno de crin, las sillas tenían respaldos duros y estaban desvencijadas, las paredes y los marcos de las ventanas

mostraban la pátina amarilla y gris de la pintura vieja. La puerta principal estaba hecha de madera maciza y se sostenía mediante bisagras herrumbrosas. El polvo y las telarañas confirmaban que nadie la había abierto en años. El invernadero por el que habían accedido a la casa era la única entrada posible. Las paredes de la habitación en la que se hallaban estaban cubiertas de cuadros enmarcados. Había algunas pinturas, pero sobre todo bocetos, en su mayoría inacabados.

—No hay tele —señaló Caterina—, y los muebles están hechos polvo.

—¿No te gusta?

—Me encanta. ¿A quién no le gustaría? Solo trato de no sentirme demasiado mal por el hecho de vivir en un pisito de alquiler y tardar una hora en llegar a la comisaría, mientras un guiri borracho sin oficio ni beneficio tiene la gran suerte de vivir en el jardín botánico, en pleno centro de la ciudad. ¿Parezco un poco resentida?

—¿Quieres comprar mi piso? —repuso Blume—. Está cerca de San Giovanni.

—¿Lo has puesto a la venta?

—Puede que no me quede más remedio. El vecino de abajo me ha puesto una demanda y me pide una indemnización de ochenta y cinco mil euros.

—¿Qué ha pasado?

—Problemas de cañerías en mi cuarto de baño. Hubo un escape y el agua se filtró hasta su piso. No te aburriré con los detalles.

—Vale, pero ochenta y cinco mil euros es una burrada. Salta a la vista que se está aprovechando de la situación —opinó Caterina.

—Te diré dos cosas. Primera, es abogado. Segunda, ni siquiera vive allí. Por eso hubo tantos daños. Al parecer, el agua llevaba por lo menos siete meses cayendo en su piso sin que nadie se diera cuenta. Él no lo supo hasta que volvió al piso con la idea de alquilarlo. Lo he visto con mis propios ojos. Si te digo la verdad, no creo que esté exagerando. Aquello tenía muy mal aspecto. Arreglar el escape no me costó más de doscientos euros, pero es posible que me vea obligado a vender el piso para pagar los daños que causé en el suyo.

—Cuánto lo siento, comisario. ¿Y qué hay del seguro del hogar?

—Ja, ja.

—¿Tienes un buen abogado?

—No creo que me convenga contratar a un abogado. Solo serviría para perder más dinero, y no hay mucho que alegar cuando resulta que has inundado el piso de abajo de... Guercino.

—¿Guercino?

—Mira. Es el autor de ese cuadro. Su verdadero nombre era Barbieri. Era bizco, así que lo llamaban Guercino.

Blume observaba con ojos achinados una figura dibujada a pluma y aguada.

—No hay duda de que es un Guercino —concluyó, sorprendido por haber reconocido tan fácilmente la autoría del dibujo, y más aún por oír en su mente la torpe pronunciación de su propio padre. Recordó los esfuerzos del hombre por

articular la suave «ce» italiana en lugar del fonema «tsch» de su lengua materna, tratando de aparentar en todo momento que aquello no le suponía dificultad alguna—. ¿Qué te lleva a suponer que no tenía oficio ni beneficio?

—¿Quién?

—Treacy. A ver si nos concentramos, inspectora. Te has referido a Treacy como un guiri borracho sin oficio ni beneficio.

—El hecho de que muriera en plena borrachera y el modo en que iba vestido. Pero si vivía aquí y tenía estos cuadros... ya no sé qué pensar de él.

—Hay muchos europeos del norte que no visten tan bien como podrían pese a tener dinero —apuntó Blume. Recordó la costumbre de su padre de ponerse calcetines con las sandalias Birkenstock, sus piernas blancas, sus camisas a cuadros—. Igual que los estadounidenses. Y no le guardes ningún rencor: Treacy ya no vive en ninguna parte.

—Me he expresado mal —se excusó Caterina. Se lo quedó mirando mientras Blume volvía a revisar los lienzos y hojas que descansaban sobre la mesa, esta vez más despacio—. Estás mirando esas pinturas como si tuvieran algún significado.

—Mi madre era especialista en trabajos como estos. Este grabado de Fontana... Si alguna de estas obras fuera auténtica, la gran pregunta sería por qué no vivía Treacy en un lugar mucho más lujoso.

Siguieron registrando la casa. En el otro extremo de la habitación, una escalera de caracol de hierro fundido conducía a una habitación individual que, a su vez, daba a un cuarto de baño más espacioso en el que se alzaba una descomunal bañera de hierro esmaltado con patas de garra y un gran botiquín de madera de palisandro con puertas de celosía. El techo era bajo e inclinado.

Blume abrió el botiquín y retrocedió.

—A lo mejor también regentaba una farmacia. Nadie puede estar tan enfermo.

—Podría ser peor —discrepó Caterina—. Mi padre toma más o menos la misma cantidad de pastillas.

—Lo siento por él —dijo Blume.

—Se te van acumulando las recetas, y cuando te das cuenta estás tomando diez o veinte pastillas al día.

—Entonces tienes que dejar de tomarlas —repuso Blume—, antes de que se te acumulen. Eso fue lo que hice yo. Primero fue el Zantac, luego querían que tomara el Zocor. Si al menos no se empeñaran en ponerles esos nombres de villano de cómic...

—Palonosetron, Venlafaxine, Baclofen —leyó Caterina—. Este hombre sufría mucho. Creo que tenía cáncer.

—Bueno, eso es distinto —opinó Blume—. En ese caso, seguramente lo mejor es tomarte las pastillas.

Caterina cogió otro frasco.

—Nexavar. —Le dio la vuelta—. No pone para qué sirve.

—Mételas todas en una bolsa —dijo Blume—. Podemos averiguar para qué

sirven, quizá pedir a los de laboratorio que les echen un vistazo.

Cuando bajaron al salón, Caterina empezó a estudiar más detenidamente los cuadros enmarcados de las paredes.

—¿Y dices que era coleccionista, además de pintor? —preguntó—. Parecía preferir los dibujos inacabados a las pinturas.

—Falsificación de obras de arte —explicó Blume—. Su nombre llevaba un tiempo dándome vueltas en la cabeza, y ahora caigo. Treacy. Mi padre lo mencionó algunas veces. Con admiración, si mal no recuerdo. No era artista, sino falsificador de obras de arte.

Caterina se golpeó los incisivos inferiores con la uña del pulgar.

—Eso es sinónimo de marchantes corruptos, robo, comercio ilegal, precios exorbitantes. Quizá podamos añadir algo de contexto a la muerte. Como mínimo hemos identificado un elemento de sospecha.

Los lienzos y libros hallados en el dormitorio de Treacy evocaron en la memoria de Blume el recuerdo de sus padres y del piso familiar, en el que seguía viviendo. Los libros, reproducciones y documentos que les habían pertenecido y que, a la muerte de estos, Blume había conservado en su mayoría, seguían en el estudio, pero no acumulando polvo. Él se encargaba personalmente de limpiarlo y pasaba horas allí encerrado, tal como había hecho de niño, sencillamente contemplando las ilustraciones de los libros de arte.

Se acercó a un escritorio con carpeta de piel, cogió un fajo de papeles y los hojeó. Eran en su mayoría extractos bancarios, facturas de servicios básicos, recibos desechados, unos pocos resguardos de billetes de avión. Revisando los extractos bancarios descubrió que Treacy tenía un saldo de 243.722 euros en su cuenta corriente de Unicredit. No estaba mal. Los resguardos de los billetes de avión eran todos de trayectos entre Londres y Roma. Treacy había hecho al menos dos viajes de ida y vuelta a lo largo del último año. Las facturas de los servicios básicos sumaban cantidades exiguas. Una orden judicial que exigía el pago de la cuota de abono a un canal de televisión privado descansaba sobre un folleto turístico de casas de alquiler en Umbría.

—Copiar pinturas es legal, ¿sabes? —dijo al tiempo que dejaba caer los documentos sobre el escritorio—. Solo en el momento en que la pintura falsa se pone a la venta como un original se convierte en delito, e incluso entonces es difícil demostrar que había intención de delinquir. ¿Ves esto?

Blume señaló un desnudo masculino dibujado con tiza roja y negra sobre lo que parecía papel antiguo.

—Un hombre desnudo —repuso Caterina—. ¿Lo dibujó él?

—Parece un Pontormo, pero está firmado por Treacy —aclaró Blume—. Además, lo colgó aquí, en su propia habitación.

—¿Qué significa eso?

—Nada. Solo que era muy buen dibujante.

Blume vagó por la habitación y se detuvo frente a una librería de caoba. Las baldas inferiores se habían retirado para hacer sitio a las obras más voluminosas, en su mayoría libros de arte y facsímiles, pero Blume también distinguió diccionarios sin las cubiertas, mapas de carretera, atlas y revistas apiladas.

Las baldas de arriba contenían sobre todo novelas. Amis, Arpino, Atwood, Banville, Barnes, Beckett, Brontë. Un hombre ordenado. Un hombre ocioso. Abierto sobre el escritorio había un cuaderno tipo folio con cubiertas de papel marmolado.

—No hay fecha —dijo Blume, estudiando la letra de trazo delgado y vacilante, escrita con pluma estilográfica negra.

—Pues para ser dibujante no tenía muy buena letra que digamos —señaló Caterina, que se había acercado—. No entiendo una sola palabra.

—Los años empezaban a pesarle, y si sufría dolores es de suponer que se notara en la escritura.

Marcando la página abierta con el pulgar, Blume buscó la cubierta interior del cuaderno de notas y comprobó que Treacy había escrito en ella su nombre, y debajo «Diario», aunque luego lo había tachado y puesto «Sin título», que también aparecía tachado y sustituido por «Pintando mis muros externos», también tachado. El título final era, al parecer, «Manual (poco) práctico para...», pero era evidente que no había decidido a quién iba destinado. Blume regresó a la página por la que estaba abierto el cuaderno.

—Ya veo por qué te cuesta entender lo que pone —dijo—. Está en inglés.

—No es por eso —repuso Caterina. Parecía muy ofendida—. Mi padre era oficial de enlace de la OTAN con el ejército. Estudié en escuelas anglófonas de Alemania, Turquía y Canadá hasta que cumplí los quince, y luego viví en Londres durante cuatro años. ¿No has leído mi expediente?

—Claro que sí. Lo habré olvidado.

—No lo has leído. Tampoco sabías que tengo un hijo.

—Vale, pues no lo he leído. Solo leí los informes sobre ti del Departamento de Inmigración, las cartas de recomendación de dos jueces, los detalles de unos pocos casos. Lo demás me lo salté. Lo que hayas hecho durante la infancia no es relevante.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre pintura?

—Mis padres eran historiadores del arte, así que yo solía... Ah, bien hecho. Muy lista. De acuerdo, a veces el pasado sí es relevante. Pero solo de forma tangencial. Aun así, me alegro de saber que hablas inglés, ya que vamos a tener que revisar los papeles de este tipo.

Tomó el cuaderno entre las manos y, frunciendo un poco el ceño ante la escritura casi ininteligible y los tachones, leyó:

Desde el punto de vista químico, el cinabrio, también conocido como bermellón, es sulfuro de mercurio rojo (HgS), un mineral común y parte esencial de la paleta. Asegúrate de que el cinabrio que compras procede

realmente de la China, ya que los comerciantes italianos tienen fama de falsear su procedencia usando papel chino para envolver el polvo. A mí la mezcla perfecta me la dio un monje, qué cosas, al que conocí un día en el puente de San Francesco in Subiaco...

Blume interrumpió la lectura al distinguir los lomos de dos cuadernos de notas similares entre las novelas y los libros de arte de la editorial Giunti. Cuadernos de notas tamaño folio. Imposibles de encontrar en Italia. Blume tenía unos idénticos en casa. Habían pertenecido a su padre. Si algo había intentado inculcarle este, por más que Blume hiciera caso omiso de sus consejos, había sido no apuntar jamás nada importante en una hoja suelta. Bueno, a lo mejor sí que le había hecho caso aun sin querer, ahora que lo pensaba. «Usa siempre un cuaderno de notas de los buenos, con tapas duras y hojas pautadas», solía decirle su padre, que hacía que se los enviaran desde Nueva York, y eso antes de que internet se lo pusiera fácil. Luego lo habían matado en un atraco a un banco y había dejado media estantería llena de cuadernos, entonces nuevos y en blanco, y que ahora seguían en blanco pero amarillentos.

El cuaderno que había sobre el escritorio estaba escrito a medias y parecía contener exclusivamente recomendaciones técnicas sobre los óleos, el proceso de molido, las telas. También había algunas ilustraciones interesantes hechas a lápiz claro, incluidas tres versiones de la liebre de Durero y una página dedicada a la imitación de firmas, como las que solía llenar Blume cuando quería firmar en nombre de su padre los informes escolares con malas notas. Los otros dos cuadernos de notas estaban repletos de entradas, algunas de las cuales parecían doblemente fechadas, mientras que en otras no había la menor indicación temporal.

Aquí y allá, Treacy había blanqueado la pauta para hacer desaparecer las líneas y así poder incluir algún boceto, en su mayoría de partes anatómicas aisladas. Una mano, un pie, la curva de un cuello.

Caterina había cogido uno de los primeros cuadernos de notas y lo estudiaba con detenimiento.

—Parece un manual para pintores —señaló Blume—. Está lleno de recetas... —Pasó unas cuantas páginas—. Cómo envejecer el papel... manchas convincentes. El dibujo a mano alzada... Estamos llegando al punto en que la prudencia recomienda aguardar las instrucciones del juez que investiga el caso. Aun así, creo que deberíamos llevarnos los cuadernos.

Blume encontró tres bolsas de plástico en las que guardar los cuadernos, los envolvió con ellas y estaba a punto de meterlos en su bolsa cuando se fijó en la cartera de Caterina.

—¿Qué llevas ahí?

—¿Aquí? —preguntó Caterina, dando una palmadita a la cartera y sonrojándose ligeramente—. Nada, está vacía. No sabía qué clase de bolso es mejor para investigar el escenario de un crimen.

Blume asintió con gesto comprensivo.

—Yo tampoco lo tengo claro, no creas. A menudo uso una bolsa, otras veces una vieja cartera de piel que perteneció a mi padre. Pero también puedes usar uno de esos maletines oficiales reforzados, son grandes y resistentes. ¿Y no llevas nada en esa cartera?

—El monedero, un boli, el móvil. Nada más.

—Pues ten, guarda estos cuadernos.

Caterina levantó la solapa de la cartera y encajó los cuadernos en su interior. Apenas sobresalían, pero no permitían cerrar la solapa.

—Te hace parecer una estudiante —dijo Blume—. Te queda bien.

—Soy demasiado mayor para ser una estudiante.

—Tenemos que tomar nota de los objetos que saquemos de aquí —señaló Blume.

—¿También nos vamos a llevar estos cuadros? Deben de ser valiosos.

—No estoy seguro de que lo sean —repuso Blume—. Necesito volver a examinarlos. No estaría de más dejar a alguien de guardia. Alguien que va a pasarse horas ahí fuera, bajo un sol de justicia, asegurándose de que nadie entra. Creo que llamaré a Grattapaglia.

El móvil de Blume empezó a sonar.

—Tengo que cogerlo. Tú llama a Grattapaglia y dile que venga. Será mejor que le expliques dónde está la puerta.

Caterina negó con la cabeza.

—No quiero ser yo quien se lo ordene.

—Hazlo —replicó Blume en un tono que no admitía réplica.

Caterina sacó el móvil.

—Lo siento —dijo Blume a su interlocutor telefónico—. ¿Qué? Ah, entiendo. Bien, gracias, sí...

Sacó su cuaderno y garabateó unas pocas notas.

—Treacy era socio de una galería de arte llamada... —lo buscó en sus notas—... Galleria Orpiment S.n.c., muy cerca de Via Giulia. En la base de datos de la Cámara de Comercio de Roma aparece registrada como sociedad anónima. Treacy poseía el cincuenta por ciento de la galería, y un tal John Nightingale la otra mitad. Al parecer, sale en el directorio de comercios de Roma como «galería especializada en pinturas y dibujos antiguos», y en «reproducciones de originales». Por cierto, ¿has localizado al sovrintendente Grattapaglia?

—Viene de camino —contestó Caterina—. Dos minutos. Aún estaba con el puerta a puerta.

—Bien —dijo Blume—. En realidad, la galería de Treacy que acabo de mencionar no está en Via Giulia sino en una bocacalle llamada... a ver si lo adivinas.

Caterina miró alrededor en busca de pistas, y luego se encogió de hombros.

—Via in Caterina —contestó Blume—. No está mal, ¿no crees? Via in Caterina.

—Mi nombre es bastante común.

—Aún estoy esperando encontrarme una Via Alec —repuso Blume.

—Bueno, ¿hay algún santo que se llame así?

—Aún no —replicó Blume.

—¿Alec no es un diminutivo de Alexander? —preguntó Caterina.

—Sí. Me lo pusieron en honor a un griego genocida y homosexual. Lo eligió mi madre. Tu calle queda a unos diez minutos de aquí, así que lo mejor será que vayamos caminando.

—Lo dices como si fuera un inconveniente.

—Todo esto resulta un poco claustrofóbico. Lo que uno espera de cualquier investigación es más bien que se expanda, ¿no crees? Lo primero es esperar a Grattapaglia. Luego empezaremos a seguirle la pista al dinero.

—¿Qué dinero?

—La galería es un negocio —apuntó Blume al tiempo que se tamborileaba con los dedos el mentón—. Veamos, nuestros siguientes pasos serán: hacer una visita a la galería, quizá investigar a los camareros que vieron a Treacy, y luego convocar una reunión de coordinación. ¿Qué hora es?

Caterina consultó su reloj.

—Las diez pasadas.

—Bien —dijo Blume—. Vamos a poner la reunión a la una de la tarde. No, mejor a la una y media, para que la gente pueda comer.

—¿Por qué no llevas reloj, comisario?

—Odio los relojes. Nunca me he acostumbrado a llevar uno. Lo noto todo el tiempo en la muñeca.

—Pero ¿no lo necesitas?

—Puedo usar el del móvil. O sencillamente pedirle la hora a una insolente mujer policía.

Un chirrido estridente surgió del viejo interfono de baquelita colgado de la pared junto a la cortina de cuentas.

—Será Grattapaglia —aventuró Blume—. Lo dejaremos fuera, montando guardia, y nos iremos a la galería.

Cuando abrieron la puerta verde encontraron a Grattapaglia al otro lado, escrutando la pared. El sovrintendente dio un paso adelante como si se dispusiera a entrar, pero Blume le cortó el paso con la bolsa al tiempo que le decía:

—Ten, coge esto. Haz que alguien traiga mi coche hasta aquí y mételo en el maletero.

Dejó caer la bolsa a los pies de Grattapaglia y le dio las llaves del coche. Luego se volvió y cerró de golpe la puerta verde, que había quedado algo combada a causa de sus esfuerzos de antes.

—¿Hasta cuándo tengo que estar aquí? —preguntó Grattapaglia—. Si quieres que haga el puerta a puerta y luego esos informes extra, y que ponga por escrito el incidente de esta mañana...

Blume lo interrumpió con un ademán.

—Después de comer habrá una reunión del equipo de investigación. Por lo menos, hasta entonces. —Se volvió hacia Caterina, que se había apartado un poco para no oír lo que se decían los dos hombres—. Venga, inspectora. Ha llegado la hora de hacer una visita a la galería de Treacy.

Al llegar a Via in Caterina, la inspectora Mattiola y Blume se detuvieron delante de una reluciente placa de latón en la pared con la inscripción «Galleria Orpiment, 1.º piano». La puerta del edificio estaba entornada, y la franquearon para acceder a un pequeño patio. Nada más entrar se hallaron ante una amplia escalinata de piedra con numerosos escalones de mármol bajos que parecían diseñados para facilitar la tarea de subir, pero también para remarcar al visitante que en aquel edificio había espacio de sobra. Cuando llegaron al rellano que coronaba el primer tramo de escalones se encontraron ante otra escalera perpendicular a la primera, ligeramente más corta y empinada, que conducía al *piano nobile* y a la entrada de la galería, señalada por una puerta alta rematada con dintel de mármol rojo, sobre el que descansaba un descolorido escudo de armas con el lema «Ingenium superat vires». La gran puerta de roble de doble hoja estaba abierta y daba paso a un pequeño vestíbulo, al fondo del cual se alzaba un gran panel de cristal ahumado. Blume llamó al interfono y la puerta de cristal se abrió al instante.

En el interior de la galería, los techos eran altos y sus pasos resonaban con estrépito cada vez que abandonaban las alfombras persas que se iban solapando, una tras otra. El vestíbulo olía a cera para muebles y a lavanda, y el aire frío creaba un ambiente delicado y solemne a la vez. Era un lugar propicio para los negocios tranquilos entre personas bien avenidas. Los pesados marcos dorados custodiaban pinturas que parecían barnizadas con una capa de melaza, pero su disposición irregular en las paredes impedía que el conjunto resultara sobrecargado. Todos los cuadros retrataban a personas de rostro dieciochesco y gesto complaciente, ataviadas con ropajes extravagantes, apoyadas en jarrones ornamentales y rodeadas de ruinas clásicas.

Al fondo de la habitación, tras un escritorio de color claro sobre el que descansaba un monitor de pantalla plana sin teclado a la vista, una joven los observaba. Blume no pudo evitar fijarse en su figura perfecta, tan estilizada y atlética.

Se presentó a sí mismo y a la inspectora Mattiola, y la joven dijo llamarse Manuela Ludovisi. Tuvo el cuajo de no levantarse, pero los invitó a tomar asiento por señas. Dirigiéndose a ellos con el tratamiento cortés del pronombre *lei*, les ofreció té, café y agua, hasta que al fin se convenció de que no iban a aceptar ninguna bebida.

—¿Estás sola? —Blume decidió pasarse al tuteo cuanto antes.

La joven asintió. Las mujeres hermosas poseen a menudo cabezas ovoides, concluyó Blume. Eso les permite tener rostros ovalados y pómulos marcados.

El móvil de Blume empezó a sonar. Lo abrió y vio el nombre de Grattapaglia. Lo dejaría sufrir una hora o dos más antes de dejarlo ir. Cerró el teléfono, se volvió hacia la recepcionista con una sonrisa y dijo:

—Disculpa. ¿Sabes por qué estamos aquí?

La chica cerró los ojos sin apretar los párpados, sin fruncir el ceño, sin llevarse una mano al rostro. Era un modelo de contención. Cuando volvió a abrirlos, parecían más azules y claros que antes. Solo entonces se percató Blume de que tenía ante sí dos ojos rebosantes de lágrimas.

—Le ha pasado algo a Henry —dijo—. ¿Está muerto? El policía que ha llamado antes solo me ha dicho que me quedara aquí hasta que viniera alguien, pero no ha querido explicarme nada.

—Sí —contestó Blume—. Está muerto.

La joven asintió despacio, y una lágrima rebosó su ojo izquierdo y cayó sobre la mesa. Fue la única.

—¿Dónde lo han encontrado?

Caterina se inclinó hacia delante e intervino:

—¿No te lo ha dicho el policía que ha llamado antes?

—Lo único que ha dicho es que vendría alguien a hablar conmigo por un asunto relacionado con Henry Treacy y que no me moviera de aquí.

—¿Por qué preguntas dónde lo han encontrado? —inquirió Caterina en un tono que a Blume le pareció agresivo—. ¿Qué te hace pensar que no murió en su casa?

—Si hubiese muerto en su casa, ¿cómo iba nadie a saber que había desaparecido? —replicó la chica—. Solo son las diez y media. No creo que tuviera mujer de la limpieza, y no imagino quién podría haber ido a su casa.

—¿Quieres decir que no tenía visitas? —preguntó Blume.

—No, aparte de Nightingale. Me refiero a John Nightingale, su socio en la galería y mi jefe.

—¿Dónde está Nightingale ahora?

—No lo sé. Se supone que debería haber vuelto de Florencia esta mañana, pero no ha pasado por aquí y aún no está en casa, así que a lo mejor se ha quedado allí. Ya le he llamado a su casa.

—¿Y al móvil? —preguntó Blume.

—No tiene. Henry tampoco tenía.

Caterina acercó más la silla al escritorio.

—¿Qué te ha hecho estar tan segura de que era Treacy quien había muerto? ¿Por qué no podría haber sido tu otro jefe, Nightingale?

La chica se echó hacia atrás y torció ligeramente el gesto, como si Caterina hubiese soltado una bocanada de mal aliento.

—Solo podía ser Henry. Estaba enfermo, bebía. Era él quien se odiaba a sí mismo y a todos los demás. Ya saben, el típico artista torturado.

—¿No te gustan los artistas? —preguntó Caterina.

—Siempre que estén sobrios y no se las den de genios, no me molestan.

Blume mostró su acuerdo asintiendo con la cabeza.

—Buena observación —dijo.

—¿Se creía Henry un genio? —preguntó Caterina.

—En otro tiempo quizá sí, pero no desde que yo lo conozco. Para entonces había empezado a torturarse a sí mismo. Por eso he sabido que era él quien había aparecido muerto. Y aún no me han dicho dónde.

—Piazza de' Renzi. ¿La conoces? —preguntó Blume.

—No. ¿Queda cerca de su casa?

—Sí —repuso Blume.

La muchacha se tocó la diminuta depresión que coronaba su labio superior.

—Tengo que irme a casa, de verdad —dijo—. No puedo quedarme aquí como si nada hubiese pasado.

—Me temo que necesitamos que nos enseñes todo esto —replicó Blume—. ¿Hay muchas más salas?

—Solo dos. Un poco más pequeñas que esta. Una para Nightingale, otra para Treacy.

Caterina se removió en su asiento y se inclinó hacia delante.

—¿Dónde vives, por cierto?

—Via della Lupa, número 82b.

Caterina apuntó la dirección.

—¿Código postal?

—Cero cero uno ocho seis.

—Es muy céntrico.

—Sí. Vengo caminando. —La joven miró a la inspectora con un leve aleteo de los párpados—. Me ayuda a mantenerme en forma.

—Yo también voy caminando a todas partes —dijo Blume.

—¿Cuánto cuesta el alquiler? —preguntó Caterina.

La chica movió los ojos rápidamente a ambos lados, como si tratara de hacer memoria.

—Sobre los dos mil seiscientos o dos mil setecientos, creo.

Caterina posó el cuaderno de notas.

—¿Lo crees? ¿No lo sabes?

—Yo no lo pago.

—¿Quién lo hace?

—Galleria Orpiment.

—¿Galleria Orpiment o uno de tus jefes, o ambos?

—Viene a ser lo mismo, ¿no cree?

—No.

—Pues John Nightingale. Es él quien lo organiza casi todo.

—¿Cuánto te pagan por tu trabajo en la galería?

La recepcionista miró a Blume.

—¿Tengo que contestar?

Blume asintió.

—Sí, me temo que sí. Aunque no veo por qué iba a ser eso un inconveniente.

—Tengo la sensación de que están invadiendo mi intimidad.

—Bueno, es posible —repuso Blume—. Somos detectives de policía. Invadir la intimidad ajena forma parte esencial de nuestro trabajo.

Caterina blandió el cuaderno de notas con gesto impaciente.

—¿Cuánto?

—Gano cuatro mil setecientos euros al mes, ¿vale?

«Virgen santa», pensó Blume. Era aproximadamente lo que ganaban Mattiola y él juntos.

Caterina arqueó las cejas, y a continuación preguntó:

—¿A qué se dedica tu madre? —Alargó la mano para atajar una incipiente protesta de la joven—. Todo es relevante. Tú límitate a contestar.

—Trabaja en un banco. Es cajera. Pero si se lo preguntarais, diría que es artista.

—Otra vez la palabra maldita. ¿Tu aversión hacia los artistas tiene algo que ver con el hecho de que tu madre lo sea?

Manuela se humedeció los labios con la punta de la lengua, y Blume se levantó bruscamente y se alejó para echar un vistazo a las pinturas expuestas en las paredes.

Caterina se instaló en la silla que él había dejado libre, más cercana a Manuela, y le dijo:

—¿Acaso no se venden sus obras?

—No, no se venden. Ni siquiera consigue regalarlas.

—¿Y tu padre?

—Yo no tengo padre. Solo madre.

—Así que Ludovisi es el apellido materno.

Manuela vaciló.

—No, es el apellido de mi padre.

—Pero si acabas de decir que no tienes padre.

—Y no lo tengo. Mi madre me puso su apellido para que se avergonzara y volviera con ella, pero no lo hizo.

—Así que tu madre se llama...

—Angelini. Chiara Angelini.

—¿Dónde vive?

—En Pistoia.

—¿Y tú también eres de allí? —La chica pareció dudar—. Tú solo contesta sí o no. No es una pregunta con trampa —le aseguró Caterina.

—Sí.

—¿Estudiaste en Pistoia?

—Sí.

—¿Dónde?

—Mmm... Liceo Classico «Niccolo» Forteguerri.

—¿Me enseñas tu carnet de identidad, por favor?

La chica sacó de debajo del escritorio un bolso cuadrado de color negro, y Blume se acercó para observarlo. De entre sus pertenencias meticulosamente separadas, la joven cogió un monedero compacto Fendi del que extrajo un carnet de identidad sorprendentemente maltrecho que Caterina estudió con detenimiento antes de devolvérselo.

—¿En qué banco trabaja tu madre?

—Carismi.

—¿Carismi?

—Es la abreviatura de Cassa Di Risparmio Di San Miniato.

Blume siguió observando los apagados retratos de las paredes mientras Caterina interrogaba a la joven acerca de su madre, Pistoia, la escuela, sus amistades. Anotó unos pocos nombres y direcciones, así como el número de móvil de la muchacha. Lo estaba haciendo bien, así que dejó el interrogatorio en sus manos y se dio una vuelta por el vestíbulo, contemplando los retratos, volviéndose de vez en cuando para echar un vistazo a las dos mujeres sentadas a uno y otro lado del escritorio. Había una tensión subyacente entre ambas, una suerte de tira y afloja subliminal, pero ninguna de las dos parecía dispuesta a perder la compostura. Pensó en los gritos y obscenidades, las amenazas, escupitajos, bofetadas y patadas, la arrogancia, la estulticia, las mentiras y la nula cooperación que caracterizaba a menudo las «entrevistas» entre sospechosos masculinos y policías cansados y agobiados. Viendo el rostro y los labios de la joven, el modo en que doblaba el codo al enderezar una hebra de pelo claro mientras Caterina escrutaba su rostro, toda aplomo y serenidad, pensó que la humanidad, o al menos una parte de esta, no estaba del todo perdida.

Los ocho retratos mostraban a hombres y mujeres jóvenes con ropajes en tono rojo o azul que posaban de pie ante ruinas romanas con paisajes idealizados al fondo. Los rostros eran de un realismo fotográfico, y algunos eran mucho más apuestos que otros, pero de algún modo el artista había logrado dotarlos a todos de un aire ligeramente bobalicón. Era algo que se intuía en los labios fruncidos y una sonrisita apenas esbozada.

La entrevista entre Caterina y Manuela parecía haber concluido. La joven se levantó de su asiento con aire de adolescente liberada de un castigo y se acercó a él.

—Cinco de esos retratos son obra de Pompeo Batoni —dijo—. Tres son de Treacy. Y nadie sabe distinguirlos unos de otros sin comprobar la firma en el dorso.

Lo dijo con franco orgullo, como si no hubiese nada indecoroso en el hecho de que Treacy imitara el trabajo de otro pintor.

—Batoni cobraba a sus clientes por adelantado. Los retratados son todos turistas ingleses y alemanes. Esbozaba los retratos en dos o tres sesiones y luego añadía todo lo demás y se los enviaba. Los detalles los cobraba aparte. Si querías un perro o una columna clásica, por decir algo, tenías que pagar más.

—Vaya —dijo Blume. Volvió a centrarse en los retratos—. No me gustan demasiado —confesó al cabo.

La chica soltó una carcajada y Blume sonrió con aire cómplice, como si su objetivo no fuera otro que hacerla reír.

—A nadie le gustan —replicó, y luego se puso seria de nuevo—. A nadie excepto a Henry. Le encantaba Batoni. Siempre que venía a la galería, saludaba a los retratos y gritaba: «¡Buenos días, cretinos ingleses!». Decía que Batoni no tenía pretensiones artísticas. Quienes sí las tenían eran sus clientes, aquellos cuyo rostro aparece en los retratos. Reunirlos le costó mucho dinero.

Blume miró a su alrededor y vio a Caterina abriendo una puerta de doble hoja en el otro extremo de la estancia. La cruzó para reunirse con ella, seguido por Manuela. La habitación en la que ahora estaban tenía un escritorio con carpeta de piel muy similar al anterior, así como una hermosa librería de roble. Todo estaba meticulosamente ordenado y no había cuadros en las paredes. La mayor parte de los libros parecían haberse comprado como elemento decorativo.

—Este es el despacho de Nightingale —informó Manuela—. En realidad nunca lo usa, a no ser para llamar por teléfono.

La otra habitación estaba llena a rebosar de objetos, libros y pinturas, algunos de ellos apilados en el suelo. Detrás del escritorio se alzaba un retrato de cuerpo entero, pintado con acrílico, de un joven de rostro enjuto que posaba apoyado en una columna rota y miraba ligeramente de soslayo, con los ojos azules entornados, como si los protegiera del humo del cigarrillo, pero tendiendo la mirada hacia el espectador. El joven sostenía el cigarrillo entre los labios, curvados como dos tildes, y llevaba la camisa negra abierta hasta el punto de dejar al descubierto un pecho terso cuya musculatura el artista había exagerado casi hasta la parodia. Había algo extremadamente familiar en el retratado, y Blume no pudo por menos de quedarse contemplando el cuadro durante un buen rato.

—Esa cara me suena de algo —dijo Blume—, pero ahora mismo no caigo.

—Es Henry Treacy —repuso Manuela—. Es un autorretrato de 1966. Es uno de los pocos originales que llevan su firma, y vale bastante dinero. O por lo menos eso es lo que solía decir el propio Treacy.

El rostro del cadáver que había visto horas antes no se parecía en absoluto al del apuesto joven de labios sensuales.

Caterina, que había rodeado el escritorio e inspeccionaba con disimulado interés el contenido de un cajón, dijo:

—¿A qué te refieres cuando dices que es uno de los pocos originales que llevan su firma?

—Treacy dejó de pintar poco después de hacer ese autorretrato —contestó Manuela—. Quiero decir que dejó de pintar como Treacy.

—¿En quién se convirtió después?

La joven miró de reojo a Blume, como dándole la oportunidad de intervenir para explicar lo obvio. Al ver que no se inmutaba, prosiguió:

—Henry Treacy se convirtió en restaurador y comerciante. Era un dibujante

excepcional y es cierto que podía imitar a muchos de los grandes pintores. Cinco de los retratos de Batoni que hay ahí fuera los hizo él, pero no se dedicaba a copiar.

—¿De veras? —replicó Caterina—. Dime una cosa, Manuela: ¿qué diferencia hay entre copiar e imitar?

—Una copia es tan solo una reproducción del original. La imitación es lo que se hace cuando creas algo nuevo partiendo de algo viejo. Eso es lo que hacía Treacy. Creaba cosas nuevas.

—¿Nuevas falsificaciones, quieres decir? —preguntó Caterina.

—No, es distinto. Sus obras eran creaciones propias. Hoy en día todo el mundo se dedica a copiar.

—¿Te lo dijo él?

—No estoy segura de que me lo dijera, pero creo que esa era su opinión.

—¿Y la tuya también?

—Inspectora, yo solo soy la recepcionista. Aún estoy aprendiendo. Debería hablar de todo esto con Nightingale, no conmigo.

Blume oyó un suave chisporroteo de procedencia indeterminada.

—Es el interfolio —señaló Caterina—. Ya que eres la recepcionista, será mejor que vayas a ver quién es.

Blume volvió la mirada hacia Caterina y por primera vez reparó en el atuendo de su compañera. Lucía una chaqueta que le tiraba ligeramente de las sisas, y en los pantalones negros distinguió algunas bolitas de pelusa e hilos sueltos.

—Es muy... —empezó Blume, pero no había preparado un adjetivo prudente.

—Es muy guapa, si te refieres a eso, comisario. Y muy joven, también. —Caterina jugueteó con el puño de la blusa, a la que faltaba un botón—. ¿Crees que deberíamos declarar la galería como posible escenario?

—Eso es el juez quien tiene que decidirlo, y ni siquiera estamos todavía ante un homicidio confirmado. Vamos a ver si el tal Nightingale da señales de vida.

Blume y Caterina salieron del despacho de Treacy y se toparon con un grupo de ocho carabinieri, todos ellos con las manos enfundadas en guantes blancos, como si se dispusieran a acudir a una ceremonia de graduación. Se afanaban descolgando los cuadros de la pared y metiéndolos en cajas de plástico traslúcidas. Tras ellos estaba Manuela, que sostenía un papel en la mano y hablaba con un hombre que rondaría los cuarenta y lucía una larga melena entrecana que caía formando bucles sobre el cuello vuelto del chaleco amarillo y negro.

—¿Quién es ese? —preguntó Caterina al tiempo que el hombre se daba media vuelta, advertía la presencia de ambos y les dedicaba una sonrisa radiante.

—Ese ser —informó Blume— es el juez de instrucción Franco Buoncompagno.

—Por fin le veo la cara —dijo Caterina.

—¿Habías oído hablar de él?

—Por supuesto.

El juez de instrucción se acercó a Blume y Caterina, al tiempo que este se alejaba

dando un rodeo para apostarse delante de uno de los pocos cuadros que aún quedaban en la pared, como si le perteneciera. Si el juez se percató de ello, no lo dio a entender. El magistrado tomó la mano de Caterina y la estrechó brevemente entre las suyas mientras decía:

—Tú debes de ser...

—Yo debo de ser la inspectora Mattiola, Sección Tercera, Squadra Mobile —contestó Caterina, retirando la mano.

—Pues yo soy... Eres tan guapa que he olvidado quién soy. Es broma. Como dijo el pingüino gordo, era por romper el hielo. De nada sirve el exceso de formalidades. Juez de instrucción Franco Buoncompagno.

—Encantada —dijo Caterina.

Blume se interpuso entre Caterina y Buoncompagno, y miró por encima de la cabeza de este hacia los jóvenes carabinieri que retiraban los cuadros.

—¿Qué está pasando aquí, dottore? —preguntó Blume.

Un joven carabinieri aguardaba detrás del juez, esperando a que terminaran para descolgar el cuadro de la pared que había detrás. Blume lo ahuyentó con la mano.

—¡Comisario Blume! —saludó Buoncompagno mostrando gran sorpresa y regocijo—. ¡Por fin! —Se dio unos golpecitos en la nariz, como si se dispusiera a revelar un secreto—. Te he llamado al despacho. Dos veces.

—¿Has probado a llamarme al móvil?

—Por supuesto.

Mientras Blume sacaba su móvil y buscaba la lista de llamadas perdidas, Buoncompagno añadió:

—No te he llamado yo personalmente, claro está. He estado muy ocupado. Dejé dicho que te llamaran, eso sí.

Blume encontró tres llamadas sin contestar, todas de Grattapaglia, y nada más.

—Pues no lo han hecho —replicó.

—Eso ha sido una negligencia. Me van a oír cuando vuelva. Pero ahora da igual, ya estamos aquí. Puedes relajarte, comisario. Este es sin lugar a dudas un caso para los carabinieri, más que para la policía.

—¿Por qué para los carabinieri? —inquirió Blume, dignándose al fin bajar la vista para mirar al juez a la cara.

—¿Has oído eso? —exclamó Buoncompagno, dirigiéndose a Caterina—. ¡Este hombre adora trabajar! Me alegro de poder darle órdenes en lugar de tener que acatar las suyas. Odia perder el control. Debe de ser un auténtico negrero, ¿no?

Caterina no se permitió ni tan siquiera esbozar una sonrisa. Vio cómo los ojos de Blume parecían encuadrar el torso y la cara del juez como si seleccionaran el blanco de un disparo.

—Vale, ya veo que no está el horno para bollos —concluyó Buoncompagno al fin—. No pasa nada, puesto que no tenemos que trabajar juntos.

—Lo que yo quiero saber es qué hacen los carabinieri aquí ahora mismo, con

estos cuadros —repuso Blume.

—Hemos venido a embargar todas las obras de arte de esta galería, y cualquier otra cosa que nos pueda resultar útil, claro está, como parte de la investigación por la muerte de Henry Treacy, el falsificador. Acabo de entregar la orden de embargo a la recepcionista maciza. —Guiñó un ojo a Blume y luego añadió, dirigiéndose a Caterina—: Mejorando lo presente, claro está.

Caterina se apartó de él.

—Esto es lo que me pasa por intentar ser caballeroso. Como si pudieran siquiera compararse ella y...

Blume se abalanzó hacia delante de improviso y Buoncompagno retrocedió para esquivarlo, pero tropezó con un carabiniere, que empujó al juez con malos modos antes de reconocerlo. El carabiniere se disculpó y se alejó. Buoncompagno colgó los pulgares de los bolsillos de los vaqueros y miró a Blume, que seguía a escasos palmos de él sobre la alfombra persa.

—Muy bien. Quiero que te largues de aquí ahora mismo. Y llévate a tu inspectora contigo. He asignado el caso a un verdadero experto en la materia, el coronel Orazio Farinelli.

Blume tardó un par de segundos en asimilar la información.

—¿Un coronel?

—De los carabinieri. ¿Acaso te parece mal, comisario?

Buoncompagno se alejó taconeando con sus botines de fina piel y se encaminó a la recepción, donde estaban las dos mujeres. En cuanto llegó hasta ellas, ambas cruzaron la estancia para reunirse con Blume. Caterina le tocó el codo y dijo:

—Creo que deberíamos irnos. Los tres, si es posible.

Blume asintió.

Buoncompagno rompió a reír en tono afable.

—¡Eh, vosotros dos, ni un paso más! ¿Adónde creéis que os lleváis a esa preciosa joven? Cariño, no tienes que irte con ellos. Ahora estoy yo al mando.

Se inclinó hacia Manuela y le asió el brazo con delicadeza.

La interpelada apartó el brazo y, con una dulce sonrisa, dio un paso adelante como si fuera a cambiar de bando y quedarse con el juez. Acto seguido posó la palma de la mano abierta sobre el pecho del hombre en lo que parecía un ademán protector y, sin previo aviso, le propinó un fuerte empujón en el plexo solar. Buoncompagno retrocedió trastabillando y respirando con dificultad.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —le advirtió Manuela.

—¡Pero si no he hecho nada!

Buoncompagno miró a su alrededor en busca de testigos, pero al parecer los carabinieri no estaban prestando atención.

—No me siento cómoda dejando a una joven sola en compañía de tantos agentes varones y de un solo juez del mismo sexo —anunció Caterina—, así que se viene con nosotros.

—Tú harás lo que yo ordene —afirmó Buoncompagno—. Ahora el que está al mando soy yo, y yo digo que se queda.

Haciendo caso omiso del juez, Blume miró a su alrededor y reconoció a un carabinieri maresciallo con el que había coincidido en alguna ocasión. El maresciallo, cuya edad y experiencia le otorgaban una autoridad muy superior a la que le correspondería por su modesto rango militar, movió la cabeza de forma apenas perceptible en dirección a la puerta. Luego llamó al juez y lo condujo hasta el otro extremo de la estancia.

Blume, Caterina y Manuela salieron.

Cuando llegaron a la calle, Manuela se volvió hacia él y preguntó:

—¿Puedo irme ya?

Pero Blume le indicó por señas que guardara silencio mientras hacía una llamada. La joven se volvió entonces hacia Caterina y le hizo la misma pregunta.

—Claro —contestó esta, al tiempo que escrutaba el rostro de Blume en busca de alguna reacción—. Asegúrate de que te podamos localizar. Llámame si necesitas ayuda.

Miró hacia Blume en busca de confirmación, pero estaba demasiado agitado por algo que le decían por teléfono para percatarse de nada.

—Soy imbécil —anunció, como si ni tan siquiera recordara la presencia de Manuela, y echó a andar a grandes zancadas, casi arrollando a una pareja de turistas que se vieron obligados a separarse para dejarle pasar y siguieron su camino indignados.

Caterina, lastrada por la cartera que contenía los tres pesados cuadernos de notas, se vio obligada a correr para alcanzarlo.

—No he contestado las llamadas de Grattapaglia. Me he quedado ahí dentro como un idiota oyendo hablar a ese hijo de puta. Adivina dónde está ahora mismo el coronel al que ha asignado el caso...

No bien formuló la pregunta, Caterina supo la respuesta.

—En casa de Treacy —contestó—. Por eso te llamaba Grattapaglia.

—Sí, y acaba de decirme que ha tenido que dejar entrar al coronel, el muy cretino. Esta me la paga. Ni se imagina lo que le va a caer.

Caterina se preguntó qué habría hecho ella en el lugar de Grattapaglia.

—Podría haber llamado a otros en busca de ayuda —añadió Blume en respuesta a sus pensamientos—. No soy el único superior al que conoce. Para lo que ha servido, podría haber puesto un puto cono de tráfico en su lugar.

—¿Ha estado Buoncompagno allí también, en la casa de Treacy?

—Eso parece —contestó Blume, aflojando ligeramente el paso—. Buoncompagno. ¿Qué más puede pasar? Por cierto, veo que lo tenías calado. ¿Has sufrido en tus propias carnes las consecuencias de su incompetencia y su moral corrupta?

—No personalmente —repuso Caterina—. Archivó una investigación que debió

seguir abierta. Estábamos a punto de dismantelar una red que se dedicaba a introducir chicas rumanas en Italia, te hablo de antes de la entrada de Rumania en la Unión Europea, y Buoncompagno llegó y se cargó toda la operación sin más ni más. Alguien lo compró.

—Es muy típico de él... —comentó Blume—. Hace seis años, Paoloni... Ya no está en el cuerpo, pero era un gran poli...

—Yo llegué pocas semanas antes de que él se fuera —apuntó Caterina—. Lo recuerdo.

—Ya —repuso Blume, despacio, sin acabar de creérselo.

—Eso también lo has olvidado. Yo llegué justo después de que se cargaran a ese policía joven... Ferrucci.

—Ya —repitió Blume—. Por supuesto.

—No espero que te acuerdes. Es evidente que tenías otras cosas en las que pensar.

—No, no. Me acuerdo —insistió Blume.

—Solo intentas ser cortés.

—Que no. Que me acuerdo de ti. Y bien, dime, ¿recuerdas a Paoloni?

—Sí.

—Yo no estaba de acuerdo con algunas de las cosas que hacía, pero era amigo mío. Lo sigue siendo. La gente nunca llegó a saber lo íntimos que éramos porque teníamos estilos muy distintos, y ahora tienden a olvidarlo cuando hablan de él delante de mí. Así que trata de no cometer el error de criticarlo a él o sus métodos cuando hables conmigo.

—¡Pero si no he dicho nada!

—Ya, pero lo estabas pensando, y me fastidiaría mucho tener que discutir contigo. Tú compararías a Paoloni con alguien como Buoncompagno. Hay un abismo moral entre ambos.

—Yo no... —empezó Caterina, pero Blume siguió hablando como si nada, apretando el paso en la bajada del puente Sisto.

—Te contaré algo sobre Buoncompagno: hace seis años, Paoloni y yo estábamos investigando el asesinato de un inspector del Instituto Sanitario, un tipo llamado Lazzarini, que también trabajaba como naturalista para la Universidad La Sapienza. Le había dado por investigar los niveles de dioxinas en los tomates San Marzano...

Caterina se detuvo en seco mientras Blume cruzaba la calle a las bravas, completamente ajeno al tráfico, y golpeaba con fuerza el capó de un coche que hizo sonar el claxon al verlo. No solo eso, sino que cuando el vehículo ya aceleraba, le propinó una patada en el lateral del chasis. Cuando llegó a Piazza Trilussa, al otro lado de la calle, aún parecía estar desgranando la historia de los tomates San Marzano. Caterina lo vio alejarse y esperó que el semáforo se pusiera en verde. Para cuando eso ocurrió, había perdido de vista al comisario.

Mientras ella cruzaba la calle, Blume sacaba el móvil del bolsillo y llamaba a Kristin Holmquist a la embajada estadounidense.

—¡Alec!

Su tono era cálido. Blume cerró los ojos y la imaginó de pie, con el pelo de un tono cobrizo encendido, los vaqueros azules, la blusa blanca, el olor a polvos de talco.

—Estoy trabajando en un caso interesante —dijo.

—¿De veras? ¿Quieres contarme de qué va primero o pasamos directamente a la parte en la que me pides que te averigüe algo?

—Bueno, ya sabes que no es seguro ni sensato hacer esta clase de cosas por teléfono, así que se me ocurre que puedo darte un nombre, y luego a lo mejor podemos quedar para cenar y contrastar puntos de vista —sugirió Blume.

—¿O sea, que quieres sacarme información y de paso también una cita?

—Lo sé, Kristin, para ti no debe de ser fácil intercambiar los papeles... —El aroma a jengibre y ajo del restaurante indio Surya Maha que tenía ante sí le dio una idea—. Haré yo la cena. Esta noche, en mi casa.

—¿Qué nombre es ese que tanto te interesa?

—Coronel Orazio Farinelli, de los carabinieri. Me suena de algo. Ha llegado y me ha arrebatado el caso como si tal cosa.

—¿Cómo ha podido pasar?

—El juez de instrucción es Franco Buoncompagno, más conocido como el Títere. No necesito que busques nada sobre Buoncompagno. Sé más que suficiente sobre él.

—Nunca se sabe demasiado —replicó Kristin.

—Siento llevarte la contraria, pero a menudo me encuentro en la tesitura de saber más sobre la gente de lo que desearía. ¿Trato hecho?

—No estoy segura, Alec. No siempre te has mostrado todo lo amable que hubiésemos esperado. Y cuando digo «no siempre» en realidad quiero decir «nunca».

—Eso es porque no me gusta compartir información sobre mis casos con agentes de una embajada extranjera.

—Cariño, yo no soy una agente. Y no puedes ir por ahí llamando extranjeros a tus compatriotas.

—Vale, empecemos de nuevo. Nunca me has dejado claro qué querías exactamente de mí, a no ser cuando estábamos, ya sabes...

—Cuando estábamos ¿qué?

—Perdona, ha sido una broma de mal gusto.

—Desde luego que sí. Recuerdo perfectamente habértelo explicado en términos inequívocos. Estaba buscando a alguien que pudiera estar atento a lo que pasa aquí en

Roma, que me ayudara a desarrollar los informes que envío cada mes. Evidentemente, tú no eres esa persona. Así que, dejando a un lado los sentimientos personales y la amistad, me has llamado para...

—Me han quitado un caso de las manos y esperaba que pudieras agilizarme el acceso a la información disponible sobre el coronel. Si no es así, puedo hacerlo yo mismo.

—Sigo sin comprender por qué crees que haré lo que me pides. O por qué crees que tengo acceso a esa información.

—Sé que lo tienes. Hasta yo puedo tenerlo si me esfuerzo lo bastante. Lo que pasa es que todo iría más rápido si me ayudaras.

—Supón que lo hago. ¿Lo tomarías como un favor que hay que devolver?

—Por supuesto. Nunca me he negado a lo que propones. Ya me conoces, adoro compartir. También adoro mi país.

—No lo sé, Alec. Quizá.

—Genial. Farinelli se escribe con dos eles. Y quedamos a las ocho en mi casa. Voy a hacer tacos al más puro estilo americano y... —intentó pensar en algo apetitoso—... guacamole.

Minutos más tarde, cuando Blume llegó a casa de Treacy, el sovrintendente Grattapaglia estaba apostado delante de la puerta verde con los brazos cruzados, como si se dispusiera a impedir el paso a todo ser viviente, y no le quitaba ojo a un coche de los carabinieri, azul oscuro con las características rayas rojas, aparcado a escasos metros de distancia.

El conductor, un maresciallo, había dejado el vehículo bajo la copa de un plátano y permanecía apoyado en la puerta entreabierta. Cuando Blume se acercó al coche, una voluta de humo salió flotando por la ventanilla trasera.

El comisario se inclinó para mirar hacia el interior del vehículo, haciendo visera con la mano sobre los ojos, como si saludara a los ocupantes del mismo. Las ventanillas estaban ligeramente tintadas, y apenas si logró distinguir a dos o quizá tres siluetas que llenaban todo el asiento trasero. Alguien lo cogió del hombro, pero Blume no se inmutó.

—Quítame la mano de encima —ordenó—. Soy comisario de policía.

El carabinieri aflojó la presión, pero no lo soltó. Blume se incorporó, se dio la vuelta y empujó hacia abajo el brazo extendido del maresciallo.

—Si llevas algún tiempo de servicio en Roma, seguramente te suena mi cara —dijo Blume—. Así que no debería tener que decirte que te apartes ahora mismo.

El carabinieri retrocedió, asintiendo.

A espaldas de Blume se oyó el zumbido característico de un elevador eléctrico. La ventanilla se abrió y un remolino de humo azul pasó rozando el hombro del comisario. Este se volvió y miró hacia el coche. El asiento trasero estaba completamente ocupado por un solo hombre.

Su voz era ligeramente gutural, el tono amable y sereno. El rostro, surcado de

arrugas y muy moreno, recordaba una cáscara de nuez.

—Debe de ser usted el comisario Blume.

Había visto gente así de obesa siendo niño, de viaje con sus padres por los pueblos de Iowa, Indiana u Ohio, pero todas las prendas que llevaban aquellas personas eran elásticas. Y había visto a delincuentes napolitanos obesos que no podían alcanzar a verse las tiras de velcro de sus propias zapatillas de deporte, pero jamás había visto a un hombre tan corpulento ataviado con un traje de seda de corte impecable.

—Y usted debe de ser el coronel Farinelli —repuso Blume.

—Ha cortado usted los accesos a la casa —señaló el coronel—. Bien hecho. Me gusta trabajar en un entorno debidamente aislado.

—Espero que mi sovrintendente lo tratara con la debida cortesía durante el registro —ironizó Blume.

—Oh, ha hecho cuanto ha podido para detenernos —repuso Farinelli. Soltó una bocanada de humo y asintió envuelto en la niebla resultante—. Pero ¿qué iba a hacer? El juez ha intentado echarlo de aquí, pero no ha habido manera. Hasta se empeñó en quedarse mirando mientras recogíamos pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Las pinturas, claro está. Por eso me han llamado. El fraude artístico es mi especialidad.

—Y el homicidio la mía.

—Sí. No me cabe duda de que pronto tendrá usted algún homicidio del que ocuparse. ¿Cuál es la media en su distrito, dos, tres al mes?

—¿Está usted insinuando que Treacy no murió asesinado? —replicó Blume—. ¿Acaso tiene pruebas de ello?

—Por supuesto que no. Eso es cosa suya, comisario. Deberíamos tener la respuesta dentro de unas horas o quizá mañana, cuando salgan los resultados de la autopsia, ¿no cree? Mientras tanto, yo me encargo de esto.

El coronel arrojó la colilla por la puerta del coche. El traje empezó a tensarse como si las costuras fueran a reventar en cuanto Farinelli hizo ademán de desplazarse en el asiento para alcanzar la puerta.

Blume se alejó en dirección a Grattapaglia, dejando en manos del maresciallo la tarea de sacar a su jefe del coche.

—Dime al menos que has intentado detenerlos —le espetó en cuanto lo tuvo cerca.

—¿Que si traté de detener a un equipo de carabinieri, un coronel y un juez con una orden de registro? He hecho cuanto he podido.

—Vale, vale. Debería haber cogido el teléfono cuando me has llamado. Ya puedes volver a la comisaría.

Grattapaglia señaló con la cabeza por encima del hombro de Blume.

—Ya están aquí otra vez. Y veo a la inspectora Mattiola al cabo de la calle. Parece un poco perdida.

—Llévatela contigo.

—¿Va todo bien? ¿Te ayuda mucho?

—Lárgate. Escribe el informe sobre lo de esta mañana.

Grattapaglia se alejó, dejando a Blume cara a cara con el coronel Farinelli, que sostenía dos cajas blancas con la palabra «Franchi» en letras cursivas de color azul. El coronel se percató de que Blume las miraba y alzó las cajas ligeramente.

—Una pausa para comer, comisario. Eso me disponía a hacer ahora mismo. ¿Le gusta la comida para llevar de Franchi?

Claro que le gustaba, ¿a quién no? Pero se abstuvo de contestar.

Blume empujó la puerta verde, que ahora apenas colgaba de las bisagras, y enfiló el angosto pasadizo imaginando al coronel atrapado allí dentro como un cerdo en una madriguera.

—La última vez que me vi obligado a meterme ahí no lo pasé demasiado bien —dijo el coronel—. Si fuera usted tan amable... —insinuó, y le pasó las cajas a Blume.

Este se las devolvió, replicando:

—Que se las lleve su maresciallo.

—Ah, pero es que él se queda aquí.

—En ese caso, llévelas usted mismo.

Para cuando llegó a la puerta que daba al invernadero, el coronel respiraba con dificultad y le costó lo suyo subir los dos escalones que conducían al interior de la vivienda.

Cuando por fin llegó arriba dejó las cajas, se llevó las manos a la parte baja de la espalda y sacó el vientre todavía más hacia fuera, como si sopesara si debía comprarse o no la casa.

Al cabo de un rato, cuando hubo recobrado el aliento, dijo:

—Treacy apenas ha cambiado este sitio.

—¿Treacy? —inquirió Blume—. ¿Lo conocía?

—Por supuesto. Lo conocía bien. O al menos lo conocí bien hace un tiempo. Esto debía de ser la casa del servicio de Villa Corsini.

Blume cruzó la cocina y entró en la estancia contigua. Las paredes estaban ahora casi desnudas, aunque habían dejado algunas pinturas. Los bocetos sin enmarcar y las pinturas que antes había visto apiladas sobre el escritorio habían desaparecido, y alguien había revisado a conciencia los documentos que descansaban sobre este, algunos de los cuales yacían esparcidos por el suelo. Quizá los recibos de los servicios y los extractos bancarios no fueran pruebas cruciales pero podían resultar útiles, y Blume había previsto llevárselos. Sin embargo, Farinelli y sus hombres los habían tirado al suelo. La única razón que se le ocurría a Blume para ello era que estuvieran buscando otra cosa, algo muy específico.

El coronel Farinelli entró en la estancia procedente de la cocina.

—¿Qué busca? Le recuerdo que no está al frente de ninguna investigación.

—Me pica la curiosidad —repuso Blume.

—Lo que tenemos aquí es un caso de muerte natural. Su Squadra Mobile no tiene nada que hacer. El difunto era un falsificador, de ahí que yo esté en el caso —dijo el coronel—. Pero, si mal no recuerdo, no le gusta demasiado trabajar con los

carabinieri.

—Por lo general no tengo ningún problema con los carabinieri —replicó Blume—. La última vez que los tuve, Buoncompagno también dirigía la investigación. Solo quiero comprobar un par de cosas personalmente antes de apartarme del caso.

—Entonces venga conmigo —sugirió el coronel.

Blume volvió a la cocina, donde el coronel había abierto la puerta de la nevera de par en par.

—Es usted anglosajón —afirmó—, así que doy por sentado que consume más mantequilla, cerveza y leche que vino, aceite y agua, ¿no?

Blume no contestó, pero el coronel tampoco lo esperaba.

—Su dieta es muy rica en colesterol. Debe andarse con cuidado. —Cerró la puerta de la nevera—. ¿Qué ha visto usted ahí dentro que pueda resultar interesante?

—Un montón de huevos —contestó Blume.

—Ah, así que se ha dado cuenta... —repuso el coronel, uniendo las palmas de las manos.

Lucía un gran anillo con un rubí en el dedo corazón.

—Sí —dijo Blume—. Y he pensado que a lo mejor los usaba para pintar al temple, y no solo para comérselos.

El coronel se dio unos golpecitos en la aleta de la nariz.

—¿Y qué le llevó a pensarlo?

—Estoy investigando la muerte en extrañas circunstancias de un hombre que se ganaba la vida falsificando cuadros. Los huevos se usan para pintar al temple, así que es una deducción obvia.

—No para todo el mundo —discrepó el coronel, sacando una silla plegable de madera verde de debajo de la mesa de mármol sobre la que ahora descansaban las dos cajas de comida, junto con un tarro de miel, una bolsa de azúcar, un cartón de leche, un frasquito de pimienta y una botella de salsa Worcester—, pero supongo que posee usted el bagaje cultural adecuado.

El coronel levantó la endeble silla con una mano, la miró con desdén, la volvió a dejar en su sitio y arrastró en su lugar un pesado taburete de roble salpicado de pintura. Barrió el asiento con el dorso de la mano, se sentó, alargó el brazo y se acercó las dos cajas blancas que había dejado al otro lado de la mesa.

—Sus padres eran historiadores del arte, comisario. Confiaba en que hubiese aprendido usted algo de ellos, y parece que así ha sido.

—¿Ha indagado usted a fondo, coronel?

—Me he limitado a echar una ojeada, solo para saber con quién me las iba a ver. Estoy impresionado, comisario. De veras. Lo que les ocurrió a sus padres fue una desgracia terrible. ¿Qué lo empujó a quedarse en este país espantoso después de aquello?

Blume blandió el dedo índice en la dirección del coronel a modo de advertencia.

—No era mi intención inmiscuirme en su pena ni en su vida privada —repuso el

coronel—. Pero tuvo que haber sido difícil. ¿Todos estos años con un sueldo de policía? Nosotros, los funcionarios públicos, arriesgamos la vida a cambio de salarios miserables, sin recompensas, sin reconocimiento alguno. Los policías se las ven y se las desean para pagar la hipoteca, asumen riesgos insensatos, algunos hasta se quitan la vida de pura desesperación, a veces llevándose por delante a sus propias familias. No cuesta demasiado caer en el abismo, sobre todo si nada más empezar te toca bregar con los bajos fondos y no solo velar por la aplicación de la ley. Un buen día descubres que no consigues vender la casa, que tu niño necesita aparatos dentales, que algún capullo te demanda por una tontería y te quedas con el culo al aire. Vulnerables, vendidos, mal pagados, endeudados.

Abrió una de las cajas con un suspiro y meneó la cabeza en un ademán taciturno que le hizo temblar los mofletes.

—Acérqueme esas dos copas de ahí, las que están junto al fregadero, si no le importa.

Blume no movió un dedo.

—Vamos —insistió el coronel—. Hice que las lavaran antes. El sacacorchos también, si es tan amable. Y en ese cajón de ahí encontrará cuchillos, tenedores, cucharas.

Blume abrió las manos como si se disculpara y dijo:

—Lo siento, coronel. Si quiere usted un criado, haga venir a su maresciallo.

El coronel suspiró con aire teatral.

—Oiga, comisario, soy un hombre obeso. Lo que para usted es sencillo a mí me resulta difícil. Tengo diabetes. Y gota en el pie izquierdo.

—¿Gota? Ya nadie tiene gota.

—Hoy día lo llaman artritis metabólica. Ha ido a peor de un tiempo a esta parte. Empieza en la primavera, se queda todo el verano y cuando llega el invierno desaparece. Como una especie de cruel ave migratoria.

Blume sacó las copas, el sacacorchos y los cubiertos, y los dejó sobre la mesa.

—Al lado de la nevera, en la rejilla, la tercera botella desde arriba... no, la otra. Esa —indicó el coronel.

Blume sacó la botella de vino y la dejó delante del coronel, que se afanaba sacando comida de una de las cajas blancas.

—El caso —prosiguió el coronel— es que nuestro hombre no solía falsificar pinturas al temple, y de hecho no he encontrado más que dos en la casa. Su verdadera especialidad era el dibujo a pluma o tinta, la aguada, los bocetos, los estudios para grabados. Era un gran dibujante, pero quizá no tuviera muy buen ojo para el color. A lo mejor hay que ser italiano para apreciar toda la gama cromática.

—¿Acaso la aprecia usted? —inquirió Blume—. Bueno, pues puede que sencillamente le gustaran mucho los huevos.

—También había mucha leche en esa nevera —repuso el coronel—. Tanto fresca como agria. Hay que ver la cantidad de leche que beben los anglosajones.

—La leche fresca nos dice que Treacy estuvo aquí no hace mucho —apuntó Blume—, aunque es poco probable que esa información nos sirva de algo.

—¿Por qué iba a guardar leche agria, comisario?

—La leche se usa como fijador en los dibujos a lápiz y tiza, que según usted eran los materiales que más usaba Treacy. Y para eso tanto da que esté fresca como agria. O quizá se hiciera su propio pan irlandés.

—¿Pan irlandés? Está muy bueno. ¿Lo hace usted con leche agria? Tiene que contármelo, quizá en otro momento —dijo el coronel—. Y ya que hablamos de pan, ¿se ha fijado en la cesta de pan duro?

Blume se acercó a una cesta de mimbre que estaba sobre la encimera, le quitó la tapa y sacó de su interior dos mendrugos de pan rancio que sacudió golpeándolos contra la encimera.

—Frotando migas de pan sobre un dibujo a tiza se obtiene un aspecto envejecido —informó el coronel—. Treacy era un poco guarro, pero no creo que guardara el pan sucio para comérselo.

—Hay muchas otras formas de conseguir que un dibujo parezca antiguo —señaló Blume.

—Tiene usted razón de nuevo —concedió el coronel—. Es tan solo una de muchas técnicas.

—Por lo que quizá solo sea pan duro —concluyó Blume.

—¿En qué más se ha fijado? —preguntó el coronel.

—Había gelatina en la nevera, que tal vez usara para hacer pegamento o preparar el papel, o algo parecido.

—Veo ajos, patatas, vinagre. También podrían tener utilidad, ¿no cree?

El coronel había hundido la cuchara en el tarro que descansaba sobre la mesa. La giró entre los dedos con destreza al tiempo que la sacaba, abrió la boca y dejó caer en su interior una cucharada de miel.

—La miel se usa para los dibujos al pastel —apuntó el coronel, vocalizando despacio, con voz espesa.

—Vinagre, vino, harina de avena —enumeró Blume—. Hay un molde de cubitos de hielo lleno de tinta ahí detrás, y parece que usaba la tabla de amasar como mesa de dibujo. Debajo del fregadero del invernadero encontré alcohol desnaturalizado, White spirit, benceno y trementina, que se huele desde aquí. Además, estaba haciendo algo con aceite en esa cacerola de doble fondo.

—No se le escapa una —dijo el coronel.

—Se equivoca —repuso Blume. Se acercó a los cuencos de cinc con fruta y cogió un puñado de bellotas pequeñas, las sacudió en el hueco de la mano y luego las dejó en el cuenco de nuevo—. ¿Por qué cogía bellotas secas? —Alargó un brazo hacia otro cuenco y cogió los frutos leñosos que había examinado antes—. Y ni siquiera sé qué es esto.

—Agallas —explicó el coronel—, o cecidias.

—¿Agallas?

—Capullos para las larvas de insectos.

—Lo siento, sigo sin entenderlo —dijo Blume.

—No sé gran cosa sobre el fenómeno natural —repuso el coronel—. Estas cosas crecen en los robles, y puede que también en otros árboles. Contienen larvas de avispa. Lo que se suele hacer es arrancarlas, ponerlas a secar en el horno o al sol y luego aplastarlas en el mortero. También se suelen mezclar con bellotas, pero ignoro las proporciones. Se mezcla con agua y quizá alguna otra cosa, y se obtiene tinta de hierro para dibujar.

—¿Y el resultado es eso que está en el molde de cubitos de hielo? —preguntó Blume.

—No le saca usted provecho al olfato, comisario. Acerque la cara a esa tinta, inspire despacio, use la boca además de la nariz. Que le llegue hasta la garganta, que le note el gusto.

Blume asomó el rostro al molde y olfateó.

—Nada —dijo—. Quizá huela un poco como la corteza de un queso grasiento.

—Tiene usted que aprender a usar los cinco sentidos, comisario, y nunca menospreciar el olfato, que es el más básico, el más reptiliano de nuestros sentidos. Eso no es tinta de agallas. Eso es tinta de sepia. Huele a sal. Por Dios, si noto el sabor desde aquí. Maravillosa sustancia. Parece negra, y sobre el papel se ve marrón. Pero la tinta de agallas quema el papel, aunque eso puede ser bueno si todo el papel que tienes a mano no está en las mejores condiciones. Es una buena excusa para justificar su mal estado.

El coronel señaló la chimenea de obra vista en la que un leño medio quemado yacía entre cenizas.

—Hace demasiado calor para encender la chimenea por gusto —apuntó—, así que podemos suponer que lo hacía por otro motivo. Si mezclamos el hollín con agua de lluvia obtenemos bistre, que casualmente era la tinta que Treacy más usaba.

—¿Tiene que ser agua de lluvia? —preguntó Blume.

—Sin duda. Sobre todo aquí en Roma. Demasiada cal en el agua del grifo, demasiadas sales minerales en la embotellada. Además, es gratis. ¿Sabe quién usaba mucho el bistre?

—¿Quién?

—Nicolas Poussin —contestó el coronel—. ¿Y sabe usted cuándo conocí a Henry Treacy?

—¿Cuándo?

—En 1973, cuando se le acusó de intentar vender un falso paisaje de Poussin. Un óleo. El óleo no se le daba tan bien. Era bueno, pero no tanto.

Blume echó cuentas.

—El trece de noviembre cumpliré sesenta y tres, comisario, si es eso lo que trata de calcular. Hace dos años me trasladaron del Departamento de Falsificación

Artística y Patrimonio, en el Trastevere, a Madonna del Riposo.

El coronel cogió una espátula de la mesa, la clavó en la parte superior de la segunda caja de comida y la abrió. De su interior sacó varios paquetes planos y otros voluminosos, así como media hogaza de pan Genzano, y luego se dedicó a abrir y desenvolver cada uno de los paquetes. Los planos contenían salami y jamón curado, los voluminosos queso.

El coronel partió un trozo de queso con forma de cuña y se lo metió en la boca. Introdujo el sacacorchos en la botella negra antes de tendérsela a Blume.

—Si es usted tan amable, estoy un poco falto de aliento.

Blume sacó el corcho y devolvió la botella al coronel, que le sirvió una copa y se la tendió. El comisario rechazó la invitación.

—No, gracias —dijo.

—Pero si es un Sassicaia. No la famosa añada del ochenta y cinco, qué más quisiera, pero aun así...

—No bebo —repuso Blume.

El coronel asió la copa por el pie y la levantó para resaltar los reflejos de color rubí del vino oscuro.

—Entiendo —dijo—. ¿Porque es usted alcohólico?

—No. Sencillamente porque llegué a la conclusión de que debía dejar de beber alcohol —repuso Blume—. Prefiero mantenerme en forma.

El coronel acercó las fosas nasales al borde de la copa, inhaló, tomó un sorbo de vino, hizo una pausa, frunció los labios y luego se bebió media copa de una sentada.

—Tiene que ser usted alcohólico. No puede haber ningún otro motivo para negarse a beber el vino de la Toscana. Me decepciona usted, pero estoy seguro de que aun así podremos trabajar juntos. De manera informal, claro está.

Abrió un paquete envuelto en papel encerado que contenía lonchas de jamón. Cogió la de arriba con sus gruesos dedos.

—Este *culatello* está especialmente tierno. Pruébelo.

Blume vaciló, pero al cabo cogió una delgada loncha de jamón. Estaba rico.

El coronel cortó un trozo de queso amarillo con corteza negra y se lo ofreció a Blume al tiempo que decía:

—Gran Bastardo.

—¿Quién?

—El queso. Así lo llaman. Es del Veneto —explicó el coronel—. Por cierto, si insiste usted en tratar este caso como un asesinato, tenga en mente que el socio de Treacy, John Nightingale, es quien más tiene que perder y a la vez que ganar con su muerte. Es quien más tiene que ganar porque quizá sepa dónde escondió Treacy su fortuna y esté a punto de quedarse con ella, pero también es quien más tiene que perder porque tal vez haya matado a la gallina de los huevos de oro. ¿Sabe qué?, no soporto verlo ahí sentado sin beber nada. Hay agua mineral en la nevera, sírvase un vaso.

—No bebo agua mineral. Con el agua del grifo tengo bastante.

El coronel partió un trozo de pan.

—No está comiendo nada. Tenga. —Empujó en su dirección un envase de plástico con un queso blanco de aspecto tierno—. Testa del Morto. Está muy rico untado en el pan. Se le pone una loncha de jamón encima, se dobla y...

—No, gracias.

—Usted verá. Más para mí. —El coronel masticó durante un rato, y luego empezó a hurgarse la boca con los dedos—. Siempre se me meten trocitos de jamón entre los dientes... ¿Por casualidad no llevará usted palillos encima, verdad?

Al cabo, el coronel Farinelli llegó a la conclusión de que la solución a sus molestias bucales consistía en trasegar otra copa de vino.

—Como le iba diciendo, hace mucho tiempo llegué a ser íntimo de Treacy. También traté bastante a su socio, John Nightingale, aunque menos. Supe de la existencia de ambos en los años setenta.

El coronel apartó el plato y prosiguió:

—Henry Treacy y John Nightingale formaban una pareja muy eficaz. La especialidad de Treacy era falsificar pinturas del siglo dieciséis. Solía decir que, de 1620 en adelante, no había ningún pintor digno de ser imitado.

—En Estados Unidos se nos enseña que esa es la fecha en la que arranca la historia —comentó Blume.

—Estoy por creer que Treacy estaba en lo cierto —replicó el coronel—. No, no tendría que hacer esto.

—¿El qué?

—Reírme de las culturas ajenas. Sobre todo de los estadounidenses. Ellos son los nuevos romanos. Pragmáticos, homicidas y eficientes. Ya sé que insiste usted en hacerse pasar por italiano, pero no me negaré que para nosotros resulta raro ver apellidos extranjeros en la policía, aunque también es verdad que tenemos un buen número de jueces medio extranjeros, cientos de periodistas mestizos.

—No hace mucho conocí a tres reclutas filipinos —apuntó Blume—. Y hay bastantes croatas y serbios en el cuerpo. Y algún que otro alemán. No es tan raro.

—Como puede suponer, todos estos cambios no me gustan.

—Coronel, a lo mejor deduce usted, por la expresión de mi cara, lo mucho que me fascinan sus comentarios sobre la pureza racial.

—Tiene usted que aprender a dar tiempo a las conversaciones para que maduren y se expandan, comisario. Dejar que la gente diga lo que tiene que decir, permitir que tenga sus pequeñas flaquezas y creencias absurdas. No sea siempre tan directo. De lo contrario, nadie querrá hablar con usted ni confesarle nada. Esa forma de ser expeditiva que, si no le importa que abunde en el tema, es algo intrínsecamente americano, no propicia la confianza. Es usted un hombre que vive al margen de los demás, comisario. Tiene que aprender a buscar la sintonía con sus congéneres. Necesitamos charlar, conocernos el uno al otro. Resulta que no me gusta ver a un

negro en la tele leyendo las noticias locales sobre mi ancestral ciudad de Roma, ¿y a usted qué más le da? Usted me escucha, disiente en silencio, charlamos. Así es cómo se hace.

Blume se apartó de la mesa arrastrando la silla.

—Si tiene usted algo importante que decirme, hágame un favor y empiece por el final contándome lo que quiera que sea.

—¿Y qué sugiere que haga a partir de entonces, hablar hacia atrás? De ningún modo. Además, veo que sigue usted investigando. Lo sé por el modo en que recorre la habitación con la mirada, buscando pistas. Por eso sé también que le interesará saber lo que yo sé sobre Nightingale y Treacy Pero antes de seguir adelante, dígame, ¿por casualidad no habrá encontrado en su visita de antes algún manuscrito o texto mecanografiado, unas memorias, cuadernos de notas, diarios o documentos similares?

—No —mintió Blume.

—¿Escritos en inglés, quizá? Seguramente a mano; dudo que Treacy hubiese reconocido siquiera un ordenador.

—No.

—Es una lástima. ¿Ha hablado ya con Nightingale?

—No —contestó Blume—. Estoy aquí con usted, esperando que me cuente algo.

—Reproducir un cuadro o hacerlo siguiendo el estilo de un viejo maestro no es delito, pero eso ya lo sabe usted, claro está. El delito se produce cuando ese cuadro se pone a la venta como si fuera auténtico, pero Treacy jamás vendía los cuadros. Era Nightingale quien lo hacía.

—¿Nightingale ha pasado por la cárcel?

—No —repuso el coronel—, y me alegro de que ahora estemos hablando como hombres civilizados. A Treacy lo pillaron con documentos de procedencia falsa unas pocas veces, pero siempre se las arregló para hacerse pasar por una víctima inocente. En lo que respecta al precio de venta, Nightingale fingía una total carencia de sensibilidad artística. Solía sugerir al comprador que pusiera precio a la pieza, y a veces hasta le advertía de la existencia de falsificaciones. Permitía a los clientes que recabaran la opinión de expertos, si así lo deseaban. Si estos volvían para acusarlo de haber intentado endilgarles una imitación, cosa que rara vez ocurría, ¿sabe qué hacía él?

—¿Sacaba el cuadro de circulación?

—No. Se disculpaba y luego les preguntaba si estaban interesados en comprarlo como copia o imitación. A menudo accedían, y la pintura se vendía firmada con el apellido del artista, sin el nombre de pila, como manda la tradición en el caso de las imitaciones. Lo importante es que seguía siendo legal. La falsificación de obras de arte, el comercio, incluso el robo y la propiedad, son categorías un tanto vagas. Desde el punto de vista legal, el arte es un terreno de lo más resbaladizo.

Sin previo aviso, el rostro del coronel Orazio Farinelli se volvió del color de una

ciruela damascena. Solo cuando diminutas gotas de sudor perlaron su frente comprendió Blume que lo que había tomado por un gesto de inexplicable ira era en realidad el resultado de los esfuerzos del coronel por incorporarse. Cuando logró levantarse del taburete, puso las manos sobre la mesa y bajó la cabeza como un penitente hasta que el rostro y la cabeza recobraron su habitual tono blanco. Entonces tomó la palabra de nuevo.

—¿Está usted absolutamente seguro de que no ha encontrado ningún manuscrito, diario o algo similar? Si lo prefiere, puedo ir directo al grano y preguntarle dónde los tiene guardados.

Blume abrió las manos como un sacerdote que bendijera el pan partido sobre la mesa, y luego se levantó también.

—No he encontrado nada parecido. Pero su insistencia ha despertado mi curiosidad por esos documentos. A lo mejor podríamos buscarlos juntos...

El coronel no contestó, pero se encaminó de nuevo al salón de Treacy, donde se dejó caer con cuidado en un sillón de piel.

Blume sacó algunos libros de arte del desvencijado sofá, se acomodó en él y dirigió la mirada hacia la pared que había visto cubierta de pinturas y bocetos.

—Veo que ha hecho limpieza.

—Cierto —concedió el coronel—. Como puede comprobar, he dejado en su sitio ese cuadro del puerto marítimo, las ruinas clásicas y los barcos. Descuélguelo, sáquelo del marco y échele un buen vistazo.

Blume estaba lo bastante interesado en saber adónde conduciría todo aquello como para someterse a la voluntad del coronel. Descolgó el cuadro y no bien lo hizo examinó el dorso, donde encontró un monograma compuesto por las letras «HRTR» en el que la T tenía forma de torre.

—Le ha faltado tiempo para buscar la firma en la parte posterior, eso me complace —lo felicitó el coronel—. Fíjese en que también hay una firma en el propio lienzo. El caso es que HRTR corresponde a las iniciales de Henry Treacy. Es su marca, así que no pretendía vender ese cuadro como original. Y ahora dígame, ¿da la impresión de que podría haber sido pintado trescientos treinta años atrás?

—No lo sé. Los colores son oscuros. La pintura está agrietada por todas partes. Miles de diminutos cuadrados.

—¿A qué huele?

Blume compuso un gesto escéptico, pero acercó la nariz al lienzo.

—A polvo, a madera. A algo ligeramente dulce. Huele a viejo —concluyó—. Brilla mucho y cuesta verlo tan de cerca.

—Y viéndolo así de cerca, ¿distingue usted algún agujero de carcoma?

—Sí —contestó Blume—. Unos cuantos, ahora que lo dice.

—Eche un vistazo al interior de uno de esos agujeros. ¿Qué ve?

—No veo nada. ¿Qué se supone que debo buscar?

—Tinta o pintura.

Blume inclinó la cabeza ligeramente hacia atrás y se percató de que así veía mejor el lienzo. ¿Acaso empezaba a necesitar gafas para la vista cansada?

—No veo ni rastro de pintura dentro de los agujeros.

—Claro que no. Si el cuadro es auténtico, no puede haberlo. La carcoma aparece una vez hecha la obra, así que no puede haber color en el interior de esos orificios a menos que sea falso, pintura nueva sobre un lienzo antiguo, ¿entiende?

—Entiendo.

—Y sin embargo, por convincente que parezca, este cuadro no era lo bastante bueno para que lo pusiera a la venta. Le gustaba lo bastante para firmarlo. A lo mejor lo usó para demostrar de lo que era capaz. Personalmente, opino que se le fue un poco la mano oscureciendo el tono. Treacy asumía riesgos increíbles. Tenía la mejilla izquierda toda desfigurada a causa de las quemaduras que se hizo en los años ochenta, cuando intentaba producir aceite negro para oscurecer una pintura y lo mezcló con barniz de almáciga. Conociéndolo, seguramente lo hizo cerca de latas de trementina y benceno.

—Sí. Llevaba una barba que le cubría la mayor parte de las cicatrices.

—¿Se había dejado barba? Vaya, vaya —dijo el coronel—. Ha llovido mucho desde la última vez que lo vi. No me lo imagino con barba. Qué vanidoso era. Hasta creía que esa cicatriz le daba un aire romántico.

Blume volvió a examinar la parte posterior del lienzo.

—Hay sellos descoloridos, moho, incluso los restos de una vieja malla o algo por el estilo, como si el cuadro hubiese sido transportado. Resulta convincente.

—Y sin embargo fue uno de sus descartes —dijo el coronel—. ¿Sería tan amable de pasarme ese cuenco?

Blume le tendió un cuenco con fruta de cuyo interior el coronel sacó una manzana que partió en dos de un bocado.

—Harinosa, vieja. Una manzana de bodegón —apuntó—. Asquerosa. —La despachó con cuatro mordiscos más y dejó el corazón de la manzana en precario equilibrio sobre el brazo del sillón—. Déjeme decirle qué hacía de Henry Treacy un hombre especial. No tenía personalidad artística. No me refiero en la vida real. En esa le sobraba. Pero en lo que se refiere a la pintura no tenía ni pizca de personalidad.

El coronel cogió el corazón de la manzana y lo arrojó hacia la chimenea. Falló el tiro, por lo que este fue a caer junto a la librería, justo por debajo del hueco que habían dejado los dos cuadernos de notas con tapas marmoladas. El coronel guardó silencio unos instantes, y Blume tuvo la certeza de que también él contemplaba aquel espacio vacío. Luego oyó un resoplido y a continuación el crujir de otra manzana mordida por el coronel.

Con movimientos pausados, Blume apartó la mirada del espacio vacío en la estantería y dijo:

—¿Eso de no tener personalidad se considera bueno o malo?

—Para un falsificador es bueno. —El coronel dio otro bocado a la manzana y lo

engulló sin masticar—. Conocer sin ser conocido. —Terminó la manzana y esta vez dejó caer el corazón en el cuenco. Luego toqueteó como de pasada la piel moteada de un plátano—. Conocer sin ser conocido —repitió—. Es una buena filosofía de vida para los policías y los artistas serios, al igual que para los falsificadores. Es lo opuesto a los políticos y los famosos de medio pelo, que quieren ser conocidos sin conocer.

—¿Y Treacy?

—Creo que empezó a sentirse atraído por la notoriedad. Así que en algún momento quiso darse a conocer, lo que, tratándose de un falsificador es sencillamente suicida.

—¿Suicida o un motivo por el que alguien podría querer matarlo? —replicó Blume.

—Bien visto. En todo caso, lo último que necesitaba era la notoriedad o la personalidad. No podía permitirse el lujo de que la gente señalara una obra suya y dijera: «Es un Treacy».

—¿Así que adoptaba la personalidad del pintor al que copiaba? —preguntó Blume.

—La personalidad, no. Lo que quiero decir es que no dejaba que la suya saliera a relucir. Es usted estadounidense, así que debió de criarse viendo películas del Oeste, ¿cierto?

—Las películas del Oeste son más bien cosa de su generación, coronel. A mí me iba más *Starsky y Hutch*.

—¿Qué es eso?

—O *Kojak*. ¿Ha oído hablar de *Kojak*?

—Sí —contestó el coronel.

—Bien, pues *Starsky y Hutch* eran... Da igual. No se parecían en nada a *Kojak*. ¿Y *The Rockford Files*, le suena? ¿*Harry O*?

El coronel meneaba la cabeza, impaciente.

—*Hawai 5.0*. Dios, cómo me gustaba esa serie —dijo Blume.

Recordó a Jack Lord en el papel de Steve McGarrett, volviéndose para mirar directamente a la cámara con aquellas tres hebras de pelo fuera de sitio, un efecto que él trataba de imitar delante del espejo. Jack Lord también tenía una cicatriz en el rostro, ahora que lo pensaba. Volvió a centrar su atención en el coronel.

—Estaba usted diciendo algo sobre las películas del Oeste.

—Las películas de vaqueros siempre transcurren en las últimas dos décadas del siglo diecinueve.

—Bueno, usted es el experto —repuso Blume—, pero la historia del Viejo Oeste americano se remonta como mínimo a la fiebre del oro, que empezó en 1848.

—Eso ahora no me interesa —atajó el coronel.

—Primero saca el tema, y ahora dice que no le interesa.

—No me sea obtuso, comisario. —El coronel cogió el plátano, lo peló, examinó la fruta y asintió con gesto aprobatorio. Se metió medio plátano en la boca, hizo una

pausa, y luego prosiguió—: Cuando uno ve una película del Oeste, siempre sabe cuándo se hizo. Intentan vestirse como si estuvieran en el siglo diecinueve, pero se reconoce claramente el estilo de los años cuarenta, cincuenta o sesenta en la ropa, el maquillaje, los peinados. Y eso sin contar siquiera el uso del color. Se tarda unos cinco segundos en reconocer la década en la que se rodó la película, incluso antes de que salga el primer actor. La personalidad del período sale a relucir.

—Cierto —concedió Blume.

—Y sin embargo, por lo general, los directores del momento se esforzaban por lograr que todo pareciera lo más genuino posible. —Engulló la otra mitad del plátano—. Lo mismo ocurre con los falsificadores. Si uno observa detenidamente cualquiera de sus obras, acaba saliendo a relucir el período en que se pintó de veras, y no aquel en que supuestamente se pintó. Por supuesto, es algo que facilita la detección de falsificaciones de cuadros antiguos hechas en los años cuarenta o cincuenta, por ejemplo. Las falsificaciones que se hacen ahora son más difíciles de descubrir, no porque sean mejores, sino porque somos incapaces de distinguir el estilo de nuestro propio tiempo. Lo tenemos demasiado cerca. Vemos una película del oeste hecha en los últimos años y nos parece más fidedigna que las dirigidas en los años cincuenta. En eso reside el mérito de la obra de Henry Treacy. No posee una fuerte personalidad. No hay nada que salga a relucir. Es atemporal.

El coronel dejó la piel del plátano sobre la mesa, se levantó con gran esfuerzo y se dirigió al buró. Abrió un cajón que a Blume se le había pasado completamente por alto y extrajo de su interior un papel enrollado que sostuvo con gesto reverencial para enseñárselo a Blume.

—Un papel gamuza maravilloso, pero hecho a máquina, así que nunca podría intentar colarlo como auténtico. No obstante, fíjese qué trazo.

Blume contempló la figura amarilla y gris de una mujer que se miraba el pie.

—Esto es lo que se le daba realmente bien. Esto es lo que vendía. Por supuesto, usaba papel de la época.

—¿De dónde lo sacaba?

—De los lugares más insospechados. De las guardas de libros antiguos, de viejas pinturas o dibujos. Viejos cuadernos de bocetos. ¿Ha visto ese misal en latín de la cocina? Habría dado una buena fuente de papel. ¿Qué cree que representa este boceto?

—A una mujer remangándose el vestido y asomando el pie. Parece inacabado —dijo Blume—. No dibujó el otro pie.

—Lo que hacemos es buscar entre las obras de Rafael, Bronzino, Parmigianino o Annibale Carracci.

—¿Lo que hacemos?

—Usted y yo. Déjeme acabar, comisario. Si encontráramos a esta mujer, o a una mujer en una pose idéntica, o algo que nos la recordara de un modo inequívoco, lo que haríamos sería poner esta obra a la venta como un boceto previo del artista.

Setenta mil euros, menos los portes y dando por sentada una respuesta positiva por parte de los expertos que examinen la obra. Eso arrojaría quizá unos veinte mil para usted, treinta para mí. Y estamos hablando solo de un ejemplar. Claro que las cosas no siempre salen tan bien.

—Ha dicho usted que este boceto estaba hecho con papel moderno y por eso no se podía vender.

—Tiene usted razón. Este en concreto no vale apenas nada. Pero luego Treacy hizo otro idéntico, usando la clase de papel adecuado. Mis hombres se lo han llevado antes. Y hay ocho falsificaciones más. Tendría que estudiarlas con detenimiento para asegurarme de que son comercializables, pero debo decir que a primera vista me han impresionado. Más que a usted, es evidente, puesto que las ha dejado aquí sin más protección que la de un subalterno agresivo y sin demasiadas luces.

El coronel sacó un grueso estuche para puros del bolsillo superior de la chaqueta. Desfundó el cigarro, rebanó el extremo con un cortapuros plateado y luego, con profusión de chupadas y resoplidos, lo encendió. Una vez envuelto en su humareda azul y dulzona, dijo:

—Bueno, ¿estamos juntos en esto o no?

Blume decidió dejar que la pregunta flotara en el aire, junto con el humo del cigarro, mientras pensaba en una estrategia.

—¿Y bien? —insistió el coronel.

Blume soslayó la pregunta con otra:

—¿Qué me dice del socio de Treacy, John Nightingale? Debía de conocer la existencia de estas obras.

—Buena pregunta —repuso el coronel, volviendo a tomar asiento—, pero lo más probable es que Nightingale no tenga ni la más remota idea de lo que hay aquí. No se llevaban demasiado bien, Treacy y él. Incompatibilidad de caracteres, o de nacionalidades, o algo por el estilo. Uno de los motivos por los que abrieron la galería fue disponer de un espacio neutral en el que reunirse. El propio Treacy me lo contó en una ocasión. No creo que Nightingale haya estado nunca en esta casa.

—Sabe usted muchas cosas, coronel. Así que también tiene que saber cómo funcionaba su sociedad. La lógica sugiere que Nightingale debía de saber lo que Treacy tenía entre manos. Para organizar las cosas con antelación.

—La lógica quizá lo sugiera —discrepó el coronel—; sin embargo, las cosas funcionaban de un modo muy distinto. Al igual que tantos otros falsificadores anglosajones, se veían básicamente como dos hombres íntegros que se habían visto obligados a transigir con la realidad mediterránea. Treacy no solo no contaba a su socio lo que tenía entre manos, sino que sé de buena tinta que ni siquiera le había dicho que se dedicaba a hacer falsificaciones. Me lo aseguraron ambos, y aunque en un primer momento me costó creerlo, he llegado a la conclusión de que es cierto. A ambos les gustaba fingir que Treacy se había topado casi por casualidad con una pintura valiosa, o bien que había creado un pastiche sobre un lienzo de época y luego

había olvidado mencionarle a Nightingale ese pequeño detalle. Nightingale siempre decía que podría pasar el examen de un detector de mentiras, si hiciese falta. Siempre cabía la posibilidad de que Treacy hubiese encontrado originales antiguos auténticos y quisiera deshacerse de ellos.

—¿De veras? —inquirió Blume.

El coronel sonrió tras las volutas de humo.

—Por supuesto que no. Pero los buenos mentirosos se mienten a sí mismos una y otra vez hasta que acaban por creerse sus propias mentiras. Treacy era un especialista en «encontrar» detalles verosímiles que pudieran haberse pasado por alto. Nightingale se dedicaba a inventar la procedencia de las obras.

—¿Y no necesitaba Treacy de vez en cuando alguna obra real de la que copiar y poder estudiar?

—Supongo que sí. Es posible que uno de estos sea real. Nos movemos en un mundo de falsas verdades y mentiras dobles, y casi nunca pillan a nadie. También es lo más parecido que existe a un delito sin víctimas.

—¿Las personas que compran falsificaciones no se consideran víctimas? —preguntó Blume.

El coronel miró despacio a izquierda, luego a derecha, y a izquierda de nuevo. Lo hizo unas pocas veces más, hasta que por fin Blume comprendió que estaba negando con la cabeza, el ademán lento y pesado.

—¿Siente usted... —el coronel vaciló, buscando la palabra adecuada—... compasión por alguien que se gasta varios millones en un cuadro que nunca llegará a saber que es falso?

Se permitió una pausa silenciosa mientras seguía fumando el puro entre ocasionales chasquidos apreciativos. Dejó caer la ceniza en el brazo del sillón, y cuando el cigarro se había consumido hasta convertirse en una colilla incandescente, empezó a producir la elaborada secuencia de gruñidos y forcejeos que precedían al acto de incorporarse. Cuando por fin lo logró, la habitación pareció llenarse con su mole corporal y el humo que dispersaba al moverse en busca de un cenicero.

—Ahí —dijo Blume, señalando un pesado trozo de vidrio que descansaba sobre la repisa de la chimenea, pero el coronel dejó caer el puro en la losa de piedra del umbral y lo apagó con el pie.

—Demasiado lejos —dijo.

El cigarro apagado olía como el mal aliento. El coronel cogió una naranja del frutero y empezó a pelarla, dejando caer los trozos de gruesa piel al suelo, junto al puro. Dividió la naranja en cuatro segmentos y se comió tres antes de tomar la palabra:

—Deje que le cuente un truco infalible al que Treacy y Nightingale eran bastante aficionados. El primero hacía una obra de factura impecable, por lo general un retrato de pequeñas dimensiones que bien podría pasar por, pongamos, una obra de Colberti, de su etapa italiana; luego pintaba por encima de este una falsificación de mala

calidad, por lo general calcada directamente de una obra existente de algún pintor bastante conocido... un Van Dyck, por decir algo.

—Nunca he oído hablar de Colberti —confesó Blume.

—Eso es porque acabo de inventármelo —repuso el coronel, y se metió un cuarto de naranja en la boca—. Es interesante que lo haya señalado. —Torció el gesto ligeramente, como si la naranja estuviera amarga—. Significa que entiende usted de arte bastante más de lo que me ha dado a entender.

—Solo he dicho que nunca había oído hablar de él —repuso Blume.

—Le ha desconcertado un nombre inventado, comisario. —El coronel se secó el zumo de los labios con el dorso de la mano—. Ahora déjeme acabar. Pongamos que se trata de Dosso Dossi en lugar del inexistente Colberti. ¿Mejor así?

—Deje de ponerme a prueba y vaya al grano, coronel.

—Bien dicho, comisario. Nightingale ponía a la venta ese falso Van Dyck fácilmente desenmascarable y cuando aparecía un comprador le preguntaba si estaba absolutamente seguro de que quería el cuadro. Fingiendo una gran honradez, a veces hasta revelaba al cliente en tono de confidencia que tenía sus sospechas respecto a la autenticidad de la obra. Esto respondía a tres motivos. El primero era cubrirse las espaldas frente a posibles demandas o trampas por parte de la policía. El segundo era asegurarse de que el comprador examinaba el retrato meticulosamente, incluyendo lo que había debajo. En cuanto el comprador miraba bajo la superficie y descubría lo que creía ser un original de algún viejo maestro oculto debajo, corría a comprar el cuadro sin molestarse en regatear, y por lo general insistía en que este había pasado todas las pruebas de autenticidad a las que lo había sometido. Astuto, ¿no cree?

—Ha dicho que había tres motivos —observó Blume—. Protegerse frente a posibles demandas, persuadir al comprador de que mirara bajo la superficie para descubrir la «verdadera» falsificación que había debajo... ¿y el tercero?

—Diversión. Puro deleite —contestó el coronel—. El placer de comprobar cómo la gente cae presa de su propia codicia.

—¿Y es usted inmune a ese peligro?

—No. ¿Lo es usted?

Blume se libró de responder gracias a su móvil, que empezó a sonar. Contestó sin mirar quién llamaba y se sintió ligeramente eufórico al reconocer la voz de Kristin.

—Alec, ese nombre que nos has dado es realmente interesante. ¿Estás solo?

—No. Lo tengo delante.

El coronel asintió con gesto aprobatorio.

—¿Comprobando mis antecedentes? Buen trabajo.

—Y ahora sabe que estoy hablando de él —añadió Blume.

Kristin pareció vacilar, y finalmente dijo:

—Te llamaré más tarde.

—No, dímelo ahora. No me llamarías tan pronto si no hubieses averiguado algo interesante.

—Trabajó para los servicios secretos, el antiguo SISDE. Es una de las muchas manzanas podridas en las que Italia es tan pródiga desde hace años —reveló Kristin—. Un *deviato*, como suele llamarlos la prensa. Se supone que está jubilado. También estuvo implicado de un modo muy interesante en la investigación por el asesinato de Moro. De un modo al que esta embajada no es del todo ajena. Pero no pienso decir una sola palabra más por teléfono.

—¿Esa es tu forma romántica de confirmar que vienes a cenar esta noche?

Kristin hizo una pausa antes de contestar.

—Sí. Tenemos que hablar. Estabas de broma cuando me has dicho que lo tenías delante, ¿verdad?

—Claro que sí —mintió Blume.

—Alec, ten cuidado con ese tío. Solía estar en el meollo de un montón de cosas.

—¿Solía... ya no lo está?

—Ahora no, pero conservará sus contactos. No debe saber que le sigues la pista.

Blume colgó y durante un momento acarició con los dedos el brazo del sillón mientras reflexionaba sobre la advertencia de Kristin. Luego dijo:

—Así que estuvo usted en el SISDE.

—Veo que tiene buenas fuentes —repuso el coronel—. ¿Puedo preguntar quién era?

—Estoy seguro de que podrá usted averiguarlo, si tanto le interesa —contestó Blume.

—Sí que me interesa. Pero puesto que ha averiguado ese detalle, que de todas formas pensaba contarle, puedo ir directo al grano. Puede que Treacy escribiera un diario o varios cuadernos de notas que contienen detalles, no los llamaría hechos, comprometedores, relacionados con actividades que tuvieron lugar hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —replicó Blume.

—Mucho, mucho tiempo. En el año 1978. Había un bar en Via Avicenna, en el barrio de Marconi. Era muy frecuentado por monárquicos, nacionalistas, patriotas, activistas. Uno de los clientes habituales era un tal Tony Chichiarelli, un falsificador al que mataron en 1984. Junto con su hijo, de apenas unos meses. Verá, Tony Chichiarelli tenía un buen amigo llamado Luciano Dal Bello, y puede que se tope usted con ese nombre si decide empezar a hurgar en mi pasado, cosa que espero de veras no se sienta obligado a hacer.

El coronel hizo una pausa para conceder a Blume la oportunidad de prometerle que no lo haría. Al comprobar que no era así, prosiguió:

—Dal Bello era un delincuente, pero también un informador de gran importancia, y yo era su contacto. Ahora bien, otra de las personas que solía frecuentar ese bar era Henry Treacy, al que todos llamábamos Harry. También era amigo de Chichiarelli. Ignoro si trabajaban juntos como falsificadores. No parece probable, ya que Chichiarelli era especialista en copiar textos manuscritos, firmas, talones, títulos de

acciones, todo eso. Pero se conocían. Chichiarelli también conocía a Nightingale. Veamos, ¿el año 1978 significa algo para usted?

—Argentina ganó la copa del mundo. Crystal Gayle y los Bee Gees estaban en lo alto de las listas de éxitos. Fue el año de «Disco Inferno» —respondió Blume.

—Siempre que se haga en el momento y el lugar oportunos, no hay nada mejor que tomarse la vida con buen humor —replicó el coronel.

—No lo he dicho solo para molestarlo, coronel. Esas eran las cosas que me importaban en aquel entonces. Quizá usted lo recuerde como el año del secuestro del primer ministro Aldo Moro, más tarde ejecutado por las Brigadas Rojas, en marzo. Yo era poco más que un niño y vivía en otro país. Ahora que lo pienso, seguramente ni siquiera sabía lo de Argentina y la copa del mundo. Me enteraría más tarde. Me suena el apellido Chichiarelli, de los libros y los informes policiales, no de primera mano. Estuvo implicado de un modo que nunca llegó a aclararse en la campaña de desinformación. ¿No fue él quien envió los falsos mensajes de las Brigadas Rojas, y de aquel pobre diablo?

—¿Qué pobre diablo? —preguntó el coronel.

—Aldo Moro —repuso Blume.

—Ah, ese. Sí, esa era la clase de cosas que hacía Chichiarelli. No porque yo se lo ordenara, claro está.

Al cabo de unos instantes, Blume dijo:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, comisario?

—Estoy esperando el final de la historia.

—No lo hay. No un final propiamente dicho.

—Si usted controlaba a Chichiarelli, debe de saber mucho sobre lo que ocurrió realmente en el caso Moro.

—Nadie sabe nada —sentenció el coronel—. Hay demasiados centros de poder, ninguno de los cuales confía en el otro, y demasiados agentes transversales como Chichiarelli. Aparte de mí y de unos pocos más, la mayoría de quienes vivieron aquello están muertos, o en el Parlamento, claro está. Y ahora Treacy también está muerto. Solo necesito saber qué dejó escrito. ¿Está usted completamente seguro de que no encontró ningún diario ni nada que se le parezca?

Blume negó con la cabeza. Lo hizo con energía y entusiasmo, pero no pudo evitar la sensación de que quizá había sobreactuado.

—Sería mala idea mentirme —le advirtió el coronel—. Sobre todo ahora que estamos negociando una posible colaboración que, permítame recordárselo, no implica víctimas, ni coste alguno para el contribuyente, ni traicionar a ningún colega. Digamos que la persona a la que más molestaría la idea de una colaboración fructífera a sus espaldas entre usted y yo sería Buoncompagno.

—Creo que podría vivir con ese peso en mi conciencia —reconoció Blume.

—Bien. Tampoco hay que olvidar que se han extraído de la casa ciertas obras

menores, fáciles de transportar, y por desgracia no se han consignado como es debido. Es como si nunca hubiesen existido, o como si hubiesen estado aquí cuando llegó usted, pero hubiesen desaparecido durante el registro que llevó a cabo con la inspectora. Si por casualidad esas obras se pusieran a la venta y, pongamos, Buoncompagno recibiera un chivatazo, y luego los archivos demostraran que ni usted ni nosotros consignamos esas obras, pero fue usted el primero en entrar aquí sin la supervisión de un juez... bueno, por injusto que pudiera parecer...

—Comprendo —dijo Blume—. Ya es suficiente.

—Estupendo. Entonces, ¿tenemos trato?

Blume guardó silencio.

—Lo tomaré por un sí a regañadientes y por principios —repuso el coronel—. Verá, odio tener que insistir, pero en calidad de su socio temporal, me resulta extraño el escaso interés que revela por los papeles de Treacy.

—Es curioso —replicó Blume—, porque yo estaba a punto de preguntarle, en calidad de policía permanente, cómo puede estar tan seguro de que existen.

—Una advertencia —anunció el coronel, inclinándose hacia delante en el asiento. Los párpados caídos prestaban un aire manso y cansado a su rostro, pero, según tuvo ocasión de comprobar Blume, tenía los ojos de un hombre más joven y su mirada era intensa y penetrante. Blume se la sostuvo con ligero interés, a la espera de que el coronel formulara su aviso—. Nadie me interroga, ¿queda claro? —dijo el coronel—. Nadie, no toleraré que me interroguen. —Dejó que se le cerraran los párpados un instante, y su voz adquirió un tono más jovial—. Por lo menos no antes del almuerzo. ¿Le apetece acompañarme?

Blume se levantó.

—Es demasiado pronto para mí, coronel. Pero le deseo suerte en la búsqueda de esos papeles.

—Gracias, aunque soy pesimista. No tardaremos en volver a vernos, lo sabe, ¿verdad?

—Lo estoy deseando —repuso Blume.

En el momento en que Blume abandonaba la casa de Treacy, se oyó un estruendo que resonó con fuerza y retumbó contra el muro que tenía al lado. Le llevó dos segundos reconocer el cañonazo del mediodía, disparado desde el lugar más elevado de los jardines que había a su espalda. El sonido era marcial y causaba sobresalto, nada que ver con el ruido sordo y amortiguado que oía desde su despacho al otro lado del río. El maresciallo estaba sentado en el coche justo delante de él, observando la escena. Debió de haber visto cómo saltaba y se agachaba al dispararse el cañón, pero nada en su rostro hacía sospechar que se estuviera divirtiendo con la escena. Blume pasó por delante de él haciendo caso omiso tanto del vehículo como de su ocupante.

Llegó a la esquina de la calle en la que había dejado el coche aparcado en diagonal. A su espalda, un grupo de estudiantes estadounidenses bebían cerveza en la terraza de un café. Blume sopesaba la idea de sentarse a tomar un café cuando una mujer se levantó de una de las mesas de la terraza y lo saludó con la mano. Tardó unos instantes en reconocer a Caterina. Se dirigió a ella y se sentó al otro lado de la mesa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Acabo de comer.

—¿No te dije que volvieras al despacho?

—No, en realidad no. Y mi turno ha terminado.

—Bien, pues tienes que volver, redactar informes, archivar... ¿Aún tienes los cuadernos de notas?

—Sí.

Caterina sacó la cartera de debajo de la mesa.

—¿No los has consignado como prueba relacionada con el delito?

—No.

—Las cosas no se hacen así, inspectora.

—Lo sé. Pero con Buoncompagno y los carabinieri de por medio... Pensé que querrías echarles un vistazo primero.

Blume se inclinó sobre la mesa y sacó los cuadernos de notas.

—¿Los has mirado? —Abrió el primero al azar, por una página del centro—. ¿Sabes?, vas a tener que dejar de hacer eso.

—¿El qué? —preguntó Caterina.

—Tocarte el hoyo de la garganta cuando estás nerviosa.

Caterina apartó la mano del cuello y la escondió bajo la mesa.

—Así que estabas aquí sentada leyéndolos, como una estudiante... no, como una profesora, creo que dijimos, bebiendo Coca-Cola.

—Solo quería hacerme una idea de lo que hay en ellos.

—¿Y?

—Dos de ellos parecen ser una especie de diario que se remonta hasta los años sesenta, y el otro es un manual, lleno de instrucciones. Está repleto de fórmulas, ingredientes, nombres comerciales. Te estaba esperando, comisario. Y en realidad no he tenido tiempo de mirármelos con calma. Yo también he estado haciendo otras cosas.

—¿De veras? ¿Qué clase de cosas?

Caterina limpió con la mano las gotas de agua que perlaban su vaso y dijo:

—¿Sabes cómo llama mi padre a la Coca-Cola? —Hundió el dedo en el vaso y removió los fragmentos de hielo que flotaban en su interior—. La llama «joja-jola». No sabe pronunciar la letra ce porque es de la Toscana. De un pueblo llamado Signa, ¿lo conoces?

—Claro. Es la salida de la A1 en la que siempre hay largas colas, alarga el trayecto en media hora.

—Es famoso por otras cosas —replicó Caterina—. Sus sombreros de paja, por ejemplo.

—¿De veras? —repuso Blume.

—Ya veo que te interesa mucho. Solo lo he sacado a colación por esa chica de la galería de Treacy, Manuela.

—La que te cae mal, no he podido evitar fijarme —comentó Blume.

—Te equivocas. Posee la arrogancia propia de la juventud, nada más —dijo Caterina—. No creo que sea mala persona en absoluto. Mimada e infeliz, quizá. Pero ya que te fijas en tantas cosas, ¿te has fijado en su acento?

—¿Su acento? No, la verdad. Debe de ser una de las muchas cosas que se me han escapado.

—A mí también —repuso Caterina—. En un primer momento, al menos, porque su acento no es fácil de reconocer. Pero se supone que es natural de Pistoia. Eso es lo que nos ha dicho, ¿verdad?

—Ya veo adónde quieres llegar —replicó Blume—. Pero los jóvenes no tienen el acento tan pronunciado como sus mayores. Todos los dialectos italianos están en vías de extinción. Y ya que lo mencionas, su acento no era puramente romano, así que a lo mejor tenía algo de toscano.

—No tiene ni pizca de acento toscano. Ni pizca. Lo habría reconocido. Quizá de Umbría, del norte del Lacio o de algún lugar cercano.

—Eso es más o menos la Toscana —repuso Blume—. ¿Qué diferencia hay? ¿Por qué iba a decir que es toscana si no lo es? Solo un toscano podría pensar que todo el mundo quiere presumir de ser de allí.

—No sé por qué lo dijo. Además, en los archivos del Registro Civil no hay ni rastro de su nacimiento.

—¿Lo has buscado?

—Claro —contestó Caterina—. Puedo llamar por teléfono desde aquí. —Se

inclinó por encima de la mesa para coger su cartera, sacó su bloc de notas y lo hojeó rápidamente—. Según el APR, hay tres Manuelas Ludovisi nacidas en Italia, pero la mayor de ellas solo tiene ocho años.

—Vale, pues nació en el extranjero —dedujo Blume—. ¿También lo has buscado?

—No, no he tenido tiempo —dijo Caterina—, pero sí que he buscado matrículas escolares, carnets de identidad y permisos de conducir. O, mejor dicho, lo ha hecho Rosario. Él me ha ayudado desde el despacho. También ha descargado e impreso la foto de Manuela que consta en el Registro Civil. La misma que aparece en su falso carnet de identidad.

—¿El inspector Panebianco se ha prestado a hacer eso? Le ordené que sacara copias de la foto de carnet de Treacy; me alegro de saber que también ha sacado tiempo para satisfacer tus peticiones.

—Es evidente que le ha parecido digno de investigación —replicó Caterina sin poder evitar que la irritación se adueñara de su voz—. Al principio me ha dado largas, pero luego ha descubierto un par de cosas y me ha llamado para decirme que había dejado una copia de la foto de Manuela en mi mesa.

—¿Qué clase de cosas ha descubierto?

—Manuela Ludovisi se sacó su primer carnet de identidad hace tres años. Su código fiscal es de la misma fecha. Es decir, tanto el código fiscal como el carnet se expidieron un mes o dos antes de que empezara a trabajar en la galería.

—Necesitaba el código fiscal para trabajar —observó Blume—. No hay nada de extraño en eso. Ocurre lo mismo en todos los países: pides el número de la seguridad social, el código fiscal, el número de identificación fiscal, la cartilla laboral...

—Cierto. Hasta ahí ningún problema. Pero el código fiscal te lo asignan cuando naces, así que me gustaría saber por qué Manuela no lo obtuvo hasta hace tres años.

—No —replicó Blume—. El código fiscal te lo asignan al nacer solo en el caso de que hayas nacido en Italia. Si has nacido en el extranjero, tienes que solicitarlo. A mí me lo dieron cuando cumplí dieciséis años. Cuatro horas de espera en Via della Conciliazione, y luego tuve que volver y pedir que lo cambiaran porque me habían puesto como mujer.

—¿A ti, como mujer?

—Es por el nombre de pila, Alec. Debí de sonarle femenino al burócrata de turno.

—¿Llevas el código fiscal encima?

Blume sacó la cartera y extrajo de su interior una tarjeta blanquiverde plastificada.

—Me lo cambiaron, así que ya no consto como mujer.

—¿Me permites? —preguntó Caterina. Blume dejó caer la tarjeta sobre la mesa entre ambos—. «BLMLCA67B09Z404X» —leyó—. Lo que significa que tu cumpleaños es el nueve de febrero. La secuencia Z404 significa que naciste en Estados Unidos, ¿entiendes?

—Lo sé —repuso Blume—. Sé cómo interpretar estos códigos.

Caterina giró el bloc de notas, para que Blume pudiera leer lo que había apuntado en él: «MMELDV88M57G713L».

—Este corresponde al nombre Manuela Ludovisi, nacida en agosto de 1988 —dijo—. Es el código fiscal con el que la galería inscribió a Manuela. La secuencia G713 corresponde a Pistoia, que es precisamente lo que ella dijo. Todo cuadra, a excepción de su acento y el hecho de que este código fiscal se asignara por primera vez tres años atrás.

Caterina hizo una pausa para que Blume sacara la conclusión obvia, pero siguió mirándola con aire impasible.

—O bien nació en Pistoia, o en el extranjero —resumió Caterina—. El código nos dice que fue en Pistoia, pero el hecho de que no tuviera código asignado hasta hace tres años nos dice que nació fuera. Y bien, comisario, ¿cuál de las dos será?

—La administración pública italiana no es precisamente el colmo de la eficiencia —aventuró Blume—. Puede que no le asignaran un código, y que tuviera que pedirlo cuando consiguió su primer trabajo. Y a lo mejor se ha librado del acento en estos últimos años. Yo cambié de lengua, y para los del Registro Civil también cambié de sexo, así que ¿por qué no iba ella a cambiar de acento? Hasta donde se me alcanza, lo único que pasa es que te cae mal.

—Yo creo que lo que pasa es que a ti te cae demasiado bien.

—No soy un adolescente.

—Es muy guapa. Cuesta ver más allá de eso.

—¿De qué la acusas, exactamente? —preguntó Blume.

—No la acuso de nada. Solo me pregunto si es quien dice ser.

—¿Sugieres que vive bajo una identidad falsa? ¿Por qué iba a hacerlo?

Caterina apuró el refresco.

—No lo sé, pero trabajaba para dos hombres que eran más bien expertos en ese tipo de cosas.

Caterina se marchó; tenía que recoger a su hijo, Elia. Blume volvió al despacho y puso los cuadernos de notas a buen recaudo en el tercer cajón de su escritorio, el único cuya cerradura no estaba estropeada. Sobre el escritorio había otra circular relacionada con «los episodios concentrados de microcriminalidad perjudiciales para la imagen de Roma en zonas cruciales del patrimonio cultural».

—Hablando de lo cual —dijo el inspector Panebianco mientras Blume le enseñaba la circular justo antes de amasarla entre las manos y lanzarla con una ambiciosa parábola en dirección a la papelerera—, creo que Rospo tiene algo que contarle.

—Eso quiere decir que ya te lo ha contado a ti —repuso Blume, acercándose a la papelerera para coger el gurrúño de papel, que había ido a parar detrás de la pata de una silla, y volver a lanzarlo desde una distancia más razonable—. Ahórrame una reunión innecesaria con Rospo y cuéntamelo tú mismo.

—No tardará en llegarle su informe. Le he dicho que redacte uno como es debido. Anoche, varias horas antes de que Treacy apareciera muerto, atracaron a una pareja de ancianos asiáticos. No presentaron denuncia formal y Rospo, sin encomendarse a nadie, decidió no abrumarnos con tan inquietante noticia.

—¿No pensaba decir ni mu? —preguntó Blume, recogiendo el papel otra vez y dejándolo caer en la papelerera.

—Vaya usted a saber. Pero ahora sí lo hará. La pareja se hospeda, o se hospedaba, puesto que se han marchado hace unas horas...

—En el hotel Noantri —completó Blume—. El lugar es un buen objetivo. Todos esos bronceos, los techos altos, los cristales ahumados, y los huéspedes, gordos, lentos, ricos y ancianos. ¿De veras creía Rospo que podría no mencionarlo siquiera?

—Podría haberlo hecho, comisario. Y el caso es que sí lo mencionó.

Pelo oscuro, penetrantes ojos azules, treinta y pocos años, facciones angulosas, delgado y en forma. Panebianco tenía toda la pinta de un donjuán, pero por algún motivo no lo era. Tenía un modo especial de mirar a la gente, con el aire de un adulto que no se deja embaucar por las incorregibles mentiras de un niño. Blume no sabía a ciencia cierta qué entendía por diversión, pero fuera lo que fuese no parecía probable que incluyera la insensatez, la falta de respeto o el mal gusto. Blume lo contaba entre sus colegas más dignos de confianza, pero recelaba un poco de su madura circunspección.

—El departamento no necesita otro problema de disciplina —apuntó Panebianco—. Y menos ahora, y menos aún si se trata de un incidente con ciudadanos extranjeros. Bastante tenemos ya con Grattapaglia y el diplomático.

Blume masculló una maldición.

—¿Lo de Grattapaglia ya está en marcha?

—Al parecer, el diplomático se ha puesto directamente en contacto con el questore, que nos ha dado veinticuatro horas para resolver el problema. Creo que quieren la cabeza de Grattapaglia en una bandeja, y algún que otro chivo expiatorio. En otras palabras, solo con Grattapaglia no será suficiente. Quieren expedientar a un agente de rango superior que estuviera presente en el lugar de los hechos, lo que significa que le toca a usted, a mí... o a la inspectora Mattiola.

—Tú ni siquiera cruzaste media palabra con Grattapaglia, Rosario. Mattiola acaba de ocupar el puesto, así que...

—Solo queda usted, señor. —Panebianco no reveló el menor amago de admiración por el sacrificio personal que insinuaba Blume—. Hablando de Mattiola —prosiguió—, me ha pedido que tirara del hilo de un par de ideas que tenía sobre la chica de la galería. ¿Se lo ha comentado?

—Sí —contestó Blume.

Pero Panebianco lo miraba fijamente, a la espera de una respuesta más prolija, tal como solía hacer el padre de Blume cuando este intentaba despachar con cuatro monosílabos algún altercado en la escuela. Decidió cambiar las tornas.

—¿A qué conclusión has llegado?

—Parece un simple caso de evasión fiscal —opinó Panebianco—. Podríamos pasarles los detalles a nuestros colegas de delitos financieros.

—Podríamos —convino Blume—, si sirviera de algo. Se limitarán a decir amén y seguirán sin mover un dedo a la espera de una orden judicial que muy probablemente nunca se emitirá. Igual que nosotros.

—Hay otro aspecto del caso que ha despertado el interés de la inspectora Mattiola —prosiguió Panebianco—. Cree que puede haber una conexión entre la supuesta documentación personal falsa de esa chica y el hecho de que Treacy y su socio John Nightingale se dedicaran al negocio de las falsificaciones artísticas.

—¿Así que has estado indagando? —repuso Blume.

—Bueno, no tanto yo como un muy buen amigo mío —reveló Panebianco—. Trabaja en el Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico de los carabinieri.

—Otro más, genial —ironizó Blume a media voz.

Panebianco se llevó una mano a la cadera y preguntó:

—¿Cómo dice?

—Nada. ¿Confías en él?

—Ciegamente.

—¿De qué lo conoces? —inquirió Blume.

Panebianco retrocedió un poco y se ajustó la chaqueta con gesto digno.

—Jugamos juntos al fútbol.

—Ah, ¿fútbol sala? —preguntó Blume, esperanzado.

Todo el cuerpo de policía parecía estar compuesto por jugadores de fútbol aficionados, y él estaba deseando que alguien lo invitara a jugar. Era bueno como

defensa.

—No, fútbol de verdad. En un campo de fútbol de medidas reglamentarias. Tenemos una liga. Hay un montón de jugadores que habían sido semiprofesionales. Serie C. Así que la cosa va bastante en serio.

—¿Con uniformes y árbitros y toda la pesca?

—Sí. Tenemos un uniforme propio. Verde y blanco. Pero yo no me lo tengo que poner, porque soy el portero. Mi amigo es centrocampista.

—¿Y qué dice tu amigo?

—Al parecer, Treacy se encargaba de la parte artística y Nightingale era el que hacía el papeleo y colocaba las obras. Así que le pregunté a mi amigo si el tal Nightingale hacía facturas falsas de supuestas ventas de cuadros, pero no lo sabía.

—¿Eso es todo?

—No quise indagar más sin tener un motivo oficial.

—Entiendo —repuso Blume—. ¿Crees que podría hablar con ese amigo tuyo? —Blume levantó el auricular del teléfono de sobremesa más cercano y lo alargó en dirección a Panebianco—. ¿Qué tal ahora mismo? —añadió—. Puedes llamarlo desde aquí.

Panebianco cogió el auricular y lo volvió a dejar en su sitio al tiempo que decía:

—No me sé el número de memoria. Tengo que volver a mi escritorio.

—De acuerdo. Pásame la llamada al despacho —ordenó Blume.

Dos minutos más tarde, el teléfono del escritorio de Blume empezó a sonar.

—Lo tengo en espera, le paso con él —informó Panebianco.

—Bien —dijo Blume—. Espera, ¿cómo se llama?

Pero Panebianco ya no estaba al otro lado de la línea.

—¿Diga? ¿Diga? —preguntó una voz con acento sureño.

—Hola, soy el comisario Alec Blume, de la Squadra Mobile. ¿Con quién hablo?

—Con el teniente coronel Faedda —contestó la voz.

Blume creyó reconocer un acento sardo. Lo imaginó como un hombre joven, delgado y moreno, vestido con el uniforme de gala, sentado a su escritorio y colocando lápices con ociosa minuciosidad.

—El inspector Panebianco no nos ha presentado como es debido —observó Blume.

—Es un caso perdido, ¿verdad? —concedió el carabiniere—. Tendría que verlo en el campo de juego. Un desastre. ¿Qué puedo hacer por usted, comisario?

La familiaridad de su tono lo dejó un tanto desconcertado. Borró la imagen del uniforme y los lápices, y se lo imaginó con los pies encima del escritorio.

—Quería hablar con usted acerca de John Nightingale y Henry Treacy —dijo.

—Sí, llevo toda la mañana repasando los archivos —reveló el carabiniere—. No solo porque me lo haya pedido Rosario, claro está, sino porque nos han asignado el caso. Desde luego, agradecería toda la ayuda que pudiera prestarme.

La conversación discurría en el sentido equivocado.

—No puedo decirle nada que le sirva de ayuda —repuso Blume.

—Soy consciente de que estamos en los primeros días de la investigación —concedió Faedda—. Podemos esperar a la autopsia y luego quizá reunimos para comparar puntos de vista...

—Eso es el juez quien debe decidirlo —contestó Blume con cierta frialdad.

—He oído que el juez instructor es Buoncompagno.

—Sí, así es —confirmó Blume.

—Buoncompagno es la clase de hombre que prefiere que decidan por él.

Blume receló de la informal franqueza de su afirmación. Faedda prosiguió:

—Oiga, hay un antiguo colega mío... bueno, en realidad es de una época anterior a la mía, que ha entrado en el caso, el coronel Farinelli. ¿Ha hablado con él?

—Sí —contestó Blume, precavido.

—¿Ya lo ha hecho? Bueno, en tal caso sabrá usted quien lleva la voz cantante, comisario. Y la influencia del coronel va bastante más allá de su rango. ¿Ha hablado ya con John Nightingale?

—No.

Blume se sintió juzgado.

—Yo tampoco, y no creo que tenga ocasión de hacerlo, pero puede que usted sí. Verá, no sé qué ha descubierto hasta ahora, pero basándome en nuestros archivos puedo asegurarle que Nightingale es especialista en falsificar la procedencia de las obras de arte. Al parecer, se le da extraordinariamente bien.

—Continúe —lo animó Blume, al tiempo que cogía un bolígrafo y una hoja de papel en blanco para apuntar el apellido «Faedda».

—Nightingale conoce al dedillo todas las ramas de las familias burguesas ricas o de la pequeña aristocracia de Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y Francia. Cuando inventa una historia, jamás lo hace partiendo de un personaje puramente ficticio. En realidad, tendríamos que estar hablando en pasado, ya que lleva unos años sin apenas dedicarse a esto. Cuando se disponía a revender un cuadro, siempre se servía del nombre de alguien que hubiese existido realmente como anterior propietario de la obra.

Blume apuntó la palabra «procedencia» debajo del perro triste que había estado dibujando.

—¿A qué se refiere con lo de que se servía de su nombre? —preguntó mientras empezaba el boceto de un árbol.

—Decía que la persona en cuestión había posado para el cuadro, lo había encargado, comprado, vendido o perdido. Para el caso, daba igual. Lo importante era establecer una relación importante con alguien que tuviera reputación, fortuna o títulos nobiliarios y que hubiese fallecido algún tiempo atrás.

Blume golpeteó con la punta del bolígrafo sobre las ramas del árbol, pero los puntos resultantes parecían más gotas de lluvia que hojas. Decidió convertirlo en una escena tormentosa.

—¿Y las familias no lo niegan?

—Que yo sepa, nunca ha ocurrido. Es más, las familias suelen tomarse grandes molestias para confirmar que sus ancestros eran gente dotada de gran perspicacia, adelantada a su tiempo, poseedora de buen gusto o que tenía amistad con algún artista de renombre. Es la cultura de la fama, comisario, y nadie es inmune a ella.

Yo sí, pensó Blume para sus adentros. Garabateó unas pocas nubes de tormenta y anotó la palabra «familia».

—Otro de los trucos que usaba Nightingale consistía en asociar las pinturas a alguna de las grandes casas, castillos y mansiones que resultaron destruidas en alguna gran guerra. Si el lugar ya no existe porque los americanos lo bombardearon, ¿quién puede asegurar lo que en tiempos había colgado en sus paredes?

Blume dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Sería más probable que los alemanes lo hubiesen bombardeado, ¿no? —observó.

—No, no. Los alemanes ocuparon, pero los americanos fueron responsables de la mayor parte de los bombardeos. Igual que ahora.

—Ya, bueno... ¿Acaba usted de averiguar todo esto acerca de Treacy y Nightingale?

No hubo respuesta.

—Porque no es esa la impresión que tengo yo —continuó Blume—. Es casi como si estuviera usted siguiendo el caso desde antes de que existiera, lo que resulta un poco extraño... ¿Cuál es su nombre de pila, coronel?

—Nicu. Es un nombre sardo.

—Bien, Nicu. ¿Por qué tengo la sensación de que lleva siguiendo el caso desde antes de que existiera?

—Lo único que ocurre es que estoy bien informado de los hechos que lo rodean. ¿Sabe?, tendríamos que vernos pronto.

—Sí, creo que sería buena idea —concedió Blume.

Después de colgar, añadió unas pocas raíces al árbol. Luego arrugó la hoja de papel, la arrojó a la otra punta de la habitación y, en ausencia de espectadores, entró limpiamente en la papelera.

Primero se había encontrado al coronel sentado en el salón de Treacy buscando unos cuadernos de notas cuya existencia no tenía por qué conocer, y ahora acababa de toparse con otro carabiniere que parecía muy bien informado acerca de las actividades de Nightingale. Blume sacó del bolsillo una pequeña llave y abrió el cajón en el que había guardado los cuadernos de notas.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Blume cerró el cajón de nuevo, giró la llave en la cerradura y la deslizó bajo la alfombra de piel de color verde que tapizaba el escritorio antes de contestar:

—*Avanti!*

La puerta se entreabrió apenas lo bastante para dejar pasar a un gato, y un agente

asomó la cabeza y pareció olisquear el aire antes de abrirla del todo y entrar en el despacho.

—¿Qué?

—Hay un tal John Nightingale abajo. He pensado que le gustaría saberlo —dijo.

Ciertos ingleses parecen dedicar tanta energía a preservar su idiosincrasia que eso los priva de vigor natural. Si no acabara de oír hablar de la habilidad de John Nightingale para falsear la procedencia de las obras de arte, Blume hubiese descartado por corto de entendederas al hombre de gesto apático que encontró en la zona de espera de la planta de abajo. Blume le echó sesenta y pocos años. Tenía el pelo gris y muy rizado, como un estropajo de aluminio. Parecía el tipo de hombre que se sentiría cómodo con pantalones de pana y quizá una chaqueta con coderas, pero en realidad su atuendo, si bien arrugado, era sobrio, de un tono gris plateado, y a todas luces caro. Blume se presentó. Nightingale se levantó, le estrechó la mano y sonrió, curvando la comisura izquierda de los labios hacia arriba y la derecha hacia abajo. Luego volvió a tomar asiento y preguntó:

—*E' tutto vero?*

—¿El qué es verdad? —replicó Blume, pasando directamente al inglés tan pronto como oyó el acento de Nightingale.

—Que Harry ha aparecido muerto en la calle.

—¿Hahwy? —repitió Blume, momentáneamente confuso.

—Sí, Harry.

—¿Se refiere a Henry? —preguntó Blume, resistiendo la tentación de remedar a su interlocutor pronunciando «Henwy».

—Sí. Harry. Yo nunca lo llamé Henry.

—Henry Treacy. ¿Cómo lo ha sabido? —inquirió Blume.

—¡Dios santo! —Nightingale lo miró de hito en hito—. Entonces es cierto.

—¿Cómo lo ha sabido? —insistió Blume.

—Me lo ha contado Emanuela. Manuela, quiero decir. Mi recepcionista. Manuela me lo ha dicho... bien, veamos... hace media hora. Me ha sugerido que viniera directamente aquí y preguntara por usted o por la inspectora Mazzola o algo parecido. Me alegro de encontrar a alguien que hable inglés de verdad. No logro identificar su acento... Por Dios, no será usted irlandés, ¿verdad?

—No.

—No, es usted estadounidense. Qué tonto soy. Verá, Harry era irlandés.

—Entiendo —repuso Blume—. Doy por sentado que ha venido a declarar voluntariamente.

—¿Cómo dice?

—Que si ha venido a prestar declaración. Puesto que no hay ningún abogado presente y yo no soy juez, nada de lo que diga podrá usarse como prueba en un juicio.

—He venido para obtener información, no al revés. ¿Estoy detenido?

—No, en absoluto. Una declaración voluntaria no puede usarse como prueba a

favor ni en contra de nadie, punto. Nada de lo que nos diga ahora tendrá validez judicial, pero podría sernos de gran ayuda, desde luego. Si el juez lo llama para un interrogatorio, deberá buscarse un abogado, pero por ahora no. Además, mientras sigamos hablando en inglés y nadie más tome parte en la conversación, se considerará extraoficial, por así decirlo.

—¿Por así decirlo?

Los ojos de Nightingale se achinaron de pronto y su mirada se avivó, borrando por unos instantes su aspecto desconcertado y exhausto. Pero luego volvió a pasarse las manos por el pelo y afirmó:

—En realidad, me da igual. Solo quiero ayudar.

Se levantó y empezó a pasearse por la pequeña estancia arrastrando los pies, al tiempo que se frotaba una de las sienes alargando la mano hasta el nacimiento del pelo, que empezaba a ralearse.

Nightingale calzaba robustos zapatos de factura artesanal. Blume había pensado a menudo que, si fuera rico, invertiría en calzado hecho a mano y de calidad superior. Alguien que llevara un buen par de zapatos no debería andar demasiado perdido. Un hombre con unos zapatos así no tenía derecho a deambular arrastrando los pies, alargando las aces y convirtiendo las erres en uves dobles.

—Deje de dar vueltas por la habitación y acompáñeme a mi despacho —ordenó Blume, y abandonó la antecámara.

Con una mezcla de obediencia y suspicacia, Nightingale lo siguió por el pasillo hasta los dos ascensores situados junto a la escalera.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, Nightingale insistió en dejar pasar a Blume primero.

—Haga el favor de entrar de una vez, señor Nightingale —zanjó Blume.

Malditos británicos. Su padre no podía con ellos, y Blume, que nunca se había detenido a pensar en la cuestión, parecía haber heredado los prejuicios paternos como un regalo envuelto que solo ahora acertaba a abrir.

Mientras cruzaban la sala central de operaciones, algunos de los presentes levantaron la cabeza para ver quién acompañaba a Blume. Este indicó a Nightingale por señas que entrara en su despacho y se encaminó al otro lado del escritorio. Se sentó, se reclinó hacia atrás y señaló con un ademán el espacio ante sí, en el que había una silla de plástico roja de aspecto barato y un cómodo sillón negro de asiento bajo. Nightingale eligió el segundo tras apenas unos segundos de duda, luego cruzó los tobillos y esperó que Blume tomara la palabra.

—Bien —empezó este—, ya creía que tendríamos que salir a buscarlo. ¿Puede decirme dónde ha estado hoy?

—Dice usted que han matado a Harry.

—¿He dicho yo eso?

—Entonces habrá sido Manuela. Alguien ha debido de decírmelo. Apenas retengo nada de lo que escucho. Es evidente que estoy en un profundo estado de *shock*. Ahora

mismo me siento sereno y lúcido, pero supongo que en algún momento me vendré abajo. —Ladeó la cabeza y repitió el mohín de antes—. Inspector...

—Comisario —corrigió Blume—. ¿Dónde estaba esta mañana, señor Nightingale?

—En Florencia, pero... mmm... Me temo que... Oiga, lo siento mucho, pero lo mío es deformación profesional: siempre hay que leer la letra pequeña, para que no te den gato por liebre y todo eso, y la verdad es que no acabo de fiarme de lo que me ha dicho usted hace unos momentos abajo.

—No recuerdo qué he dicho —repuso Blume—. Aparte de no haber mencionado en ningún momento que Treacy había sido asesinado, ¿qué es lo que he dicho abajo?

—Ya sabe, que nada de lo que yo diga podrá usarse como prueba. Siento muchísimo poner en duda su palabra, pero son gajes del oficio.

—Confiar es bueno; desconfiar es mejor aún —dijo Blume.

—Fantástico, ese dicho italiano —repuso Nightingale—. Es uno de mis favoritos.

—Tendrá usted que fiarse de mí —dijo Blume.

—Me encantaría hacerlo, pero me temo que... Verá, aceptaría su palabra como caballero sin dudarle un segundo, pero como funcionario público italiano...

—Como funcionario público italiano, ¿qué?

—Bueno, ya sabe cómo funcionan las cosas en este país.

—No, no lo sé —replicó Blume—. Cuéntemelo.

Nightingale descruzó las piernas y se incorporó en el sillón.

—Solo digo que como funcionario público tiene usted ciertos deberes y responsabilidades que estarían por encima de cualquier garantía que me dé, lo que no deja de ser natural.

—Esto es una entrevista, no un interrogatorio. No hay ningún juez presente, ni ningún agente tomando notas —observó Blume.

—Me temo que soy escéptico por naturaleza.

—Entiendo. —Blume se levantó y se encaminó a la estrecha librería que había detrás del escritorio. Sacó un grueso volumen de tapas moradas y azules, lo hojeó y ofreció el libro a Nightingale, abierto boca abajo—. Código de Procedimiento Penal, edición decimoséptima, que es también la más reciente. Tenga, busque el artículo 350, párrafo 7.

Nightingale se mostró desconcertado durante unos instantes, pero enseguida sacó un par de gafas de lectura plegables del bolsillo superior de la chaqueta. Se las puso, apoyándolas en la punta de la nariz, y dio la vuelta al libro. Blume lo vio articular para sus adentros algunas palabras, cerrar los ojos y volver a leer el mismo párrafo.

—Lleva usted razón, comisario. ¿Le importa que lea todo el artículo?

—En absoluto —contestó Blume.

Nightingale se inclinó sobre el libro y siguió leyendo. Luego, señalando la página con el pulgar, pasó varios cientos de páginas.

—Lo siento, pero ya sabe cómo es esto: esta ley se aplica con arreglo a otra, que a

su vez remite a otra más, y así sucesivamente. Es un fastidio terrible.

Siguió leyendo.

Al cabo, Nightingale cerró el libro, lo dejó sobre el escritorio de Blume y anunció:

—De acuerdo. Anoche estaba en Florencia, y esta mañana también. Creo que acabo de decírselo. Fui allí porque tenía una cita con un marchante de arte. —Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó el resguardo de un billete—. Aquí tiene mi billete de tren. Como puede ver, el viaje de ida se validó a las 20.03 de ayer, mientras que el de regreso es de las 9.35 de esta mañana. He llegado a Termini a las once y media, a las doce estaba entrando en mi casa y poco después me ha llamado Manuela. Cuando he llegado a la galería, los carabinieri ya habían estado allí, pero ella me ha recomendado que acudiera a ustedes, y no a ellos.

—¿Con quién estuvo en Florencia?

—El marchante se apellida Ricasoli, igual que el vinicultor. Son familia. Estaba interesado en adquirir un Giovanni Benedetto Castiglione que había llegado a nuestras manos.

—¿Ha conservado el resguardo del billete de tren? —inquirió Blume, alargando la mano para cogerlo—. ¿Siempre lo hace?

—Solo cuando me acuerdo. Puedo deducirme los gastos de desplazamiento del *imponibile* de la galería. Si se molesta uno en rellenar los formularios fiscales correspondientes, claro está.

—¿La galería es de su propiedad?

—Solo la actividad comercial y los bienes muebles. El local no, por desgracia. ¿Sabe?, fundamos la Galleria Orpiment en 1974. Ha llovido mucho desde entonces. No sé qué voy a hacer sin Harry. Tendré que cerrar. De todos modos, estábamos pensando hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque nos hacemos viejos, comisario. A veces me levanto a media noche, me apoyo en el lavamanos y me pongo a contar los latidos de mi corazón, esperando que se detengan. Algún día también le pasará. O tal vez sea usted distinto.

—Voy a serle sincero, señor Nightingale —dijo Blume—. De momento, la Squadra Mobile se encuentra en alerta mientras esperamos el informe de la autopsia y las instrucciones explícitas del juez instructor del caso. Mientras tanto, ha entrado en escena un antiguo peso pesado de los carabinieri, el coronel Orazio Farinelli, exdirector del Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico y, según tengo entendido, agente de los servicios secretos nacionales en los tiempos en que el SISDE se apartó del buen camino. Habla con tanta familiaridad de Treacy y de usted que doy por sentado que se conocen.

Nightingale se hundió en su asiento. Se llevó la mano a la ceja y pareció contemplar sus magníficos zapatos. Para cuando tomó la palabra, era evidente que su respuesta solo podía ser afirmativa:

—Sí, conozco a Farinelli. Ojalá no fuera así, pero lo conozco. Desde hace mucho tiempo. Era teniente cuando coincidimos por primera vez. ¿Me asegura que esta conversación es realmente extraoficial?

—Hasta cierto punto —concedió Blume.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro. Espero poder contestarle —repuso Blume.

—¿Colabora usted con el coronel en la investigación?

—Ambos somos funcionarios públicos —contestó Blume.

—Entiendo.

Blume esperó pacientemente mientras Nightingale elegía con suma cautela sus siguientes palabras. Al igual que tantos otros sospechosos, estaba a punto de caer víctima de la ilusión de que las palabras pronunciadas despacio son menos reveladoras.

—Puede que le digan que últimamente Harry y yo no nos llevábamos bien. Solo quiero que sepa que, en realidad, nunca nos llevamos bien. Nos necesitábamos el uno al otro y habíamos compartido muchas experiencias, pero éramos demasiado distintos. A decir verdad, sentía una mayor afinidad cultural con Farinelli.

—¿Considera al coronel amigo suyo?

—¡Amigo no, por Dios! —exclamó Nightingale al instante, olvidándose de elegir las palabras con antelación—. En absoluto. El coronel no es amigo de nadie. Oiga, ¿le importaría mucho que le hiciera otra pregunta?

—Dispare —repuso Blume.

—¿Han encontrado el coronel y usted algún manuscrito?

Blume lo miró como si no comprendiera a qué se refería.

—¿Papeles escritos a mano, textos mecanografiados, algo por el estilo?

—Es una pregunta interesante —comentó Blume—. Dígame por qué me la ha hecho.

—¿Han encontrado algo? Contésteme primero.

—No —repuso Blume. Advirtiendo que la tensión cedía levemente en torno a los ojos de Nightingale, curioso por ver el efecto que tendrían sus palabras, añadió—: Pero no puedo hablar por el coronel.

Nightingale pareció relajarse un poco al oír que Blume no había encontrado nada, y se relajó todavía más al insinuar este que el coronel sí podría haberlo hecho.

—Ya le he dicho que no he encontrado nada, ahora le toca a usted explicarme por qué me lo ha preguntado.

—Sí. Bueno, hará un mes aproximadamente Harry me dijo que estaba escribiendo sus memorias, pero temía no vivir lo bastante para verlas publicadas. También me dijo que estaba trabajando en un segundo libro, que se había desgajado de las memorias e iba camino de convertirse en un manual para «los del oficio», como solía decir él. Se refería a los pintores, restauradores, falsificadores, algunos marchantes, incluso los fabricantes de lienzos y pinceles. Los galeristas y los historiadores del arte

quedaban excluidos del concepto. Le dije que, si moría, yo editaría sus memorias y me aseguraría de que vieran la luz, pero se echó a reír y dijo que no podía consentirlo porque estaba seguro de que yo las destruiría, y que de todos modos tenía intención de sobrevivirme... ¡Ja! Puede que suene un poco cruel, usted perdone.

»El caso es que lo interpreté como una especie de amenaza, sobre todo después de mi generoso gesto de comprometerme a publicar su obra, y nos enzarzamos en una discusión. No fue una bronca cualquiera, sino una de las peores que habíamos tenido nunca, y ahora sé que fue también la última. Le pregunté por qué iba a querer destruir sus memorias, y me dijo que había alusiones directas a mi persona. Le dije que tenía el deber de enseñarme lo que había escrito en sus notas. Me provocó, dijo que había mucho donde hurgar, que la gente no tardaría en saber qué clase de persona era yo. Eso ya era bastante grave, porque a nadie le gusta que se airee su vida personal, pero había otra cuestión de la que Harry ni siquiera era consciente y que tenía que ver con su... bueno, con nuestra línea de actividad.

Nightingale titubeó y Blume intervino para tranquilizarlo.

—Sus falsificaciones, ¿es eso lo que le da reparo decir?

—No, en realidad, no me da ningún reparo —replicó Nightingale—. Verá, comisario, el mundo del arte se rige según sus propias reglas. Tiene sus propios principios y normas de conducta. Supongamos por un momento que yo reconociera haber vendido falsificaciones a lo largo de los años. En primer lugar, la ley de prescripción me protegería en la mayor parte de los casos frente a cualquier acción judicial. Pero incluso si hablara sin tapujos de una falsificación vendida ayer, casi todas las demás partes interesadas y las personas implicadas en la transacción, sobre todo aquellas que invirtieron una buena suma de dinero en ella, tendrían tanto interés en dar fe de la autenticidad de la obra que nadie podría creerme. Tendría que esforzarme mucho para demostrar que lo que vendí no era auténtico. Lo tendría realmente difícil. En este oficio no es fácil autoinculparse.

—¿En los escritos de Henry hay pruebas de que se cometieron falsificaciones?

—¿En los escritos que usted no ha encontrado?

—Sí, en esos —repuso Blume.

Nightingale se acomodó mejor en el sillón.

—En los años treinta, comisario, había un coleccionista estadounidense llamado Joseph Duveen, quizá haya oído hablar de él.

Blume negó con la cabeza.

—Bueno, el caso es que el tal Duveen era un verdadero experto en el tema; no solo tenía buen ojo sino también conocimientos históricos, lo que es bastante raro. En un artículo que escribió, a Duveen se le ocurrió mencionar que cierta versión de un cuadro muy famoso, *La Belle Ferronnière*, atribuido a Leonardo da Vinci, era una falsificación. Hay que tener en cuenta que quienes trataban de vender el «hallazgo» se habían sacado de la manga una historia bastante increíble, para empezar. Pero increíble de verdad. Vamos, que apenas se habían esforzado en que fuera

convinciente, lo que no les impedía defender su autenticidad a capa y espada, con una... *sfacciatezza*, no creo que en inglés exista siquiera una palabra que defina esa clase de actitud.

—*Chutzpah* —aventuró Blume.

—Si lo aceptamos como palabra inglesa —repuso Nightingale—. El caso es que la obra era supuestamente una copia hecha por el propio Da Vinci, famoso por no terminar los originales, no digamos ya hacer copias de estos. Así que cuando Duveen los señaló con el dedo acusador, uno podría pensar que los vendedores se encogieron de vergüenza y retiraron la obra del mercado. Todo lo contrario. Declararon que Duveen había hecho mermar sus beneficios, lo demandaron por daños y perjuicios y ganaron el juicio. Dejaron al pobre hombre en la ruina. El cuadro se vendió con todas las de la ley y aún se atribuye, es un decir, a Da Vinci, por más que a estas alturas nadie se lo crea.

—Si es usted intocable, no entiendo por qué iba a inquietarle lo que Treacy haya podido escribir —observó Blume.

—La reputación, comisario. Con el paso de los años, Harry se volvió cada vez menos discreto sobre su actividad falsificadora, hasta que prácticamente lo gritaba a los cuatro vientos, aunque cabe añadir que no empezó a hacerlo hasta que dejó de producir obras de cierta calidad. El negocio ya no dependía tanto de él. En realidad, era más bien al revés. Aunque produjera una interpretación magnífica de los grandes maestros al mes...

—¿Interpretaciones, dice? Creía que no tenía reparos en emplear la palabra «falsificación».

—De acuerdo, falsificaciones. Difícilmente podríamos vender un gran maestro recién descubierto cada mes. El mercado tiene una capacidad de absorción limitada. Yo manejaba grandes volúmenes de negocio en áreas ajenas a Harry, incluida la escultura. Pero hace dos años le dio incluso por enviar cartas a los museos de medio mundo reclamando la autoría de varias obras. Ninguno se planteó siquiera tomarlo en serio, aunque sí hubo uno o dos viejos maestros que desaparecieron de las salas a raíz de aquello, supuestamente para someterlos a «tareas de mantenimiento». Algunas de las reclamaciones de Harry eran faroles, y a veces llegué a pensar que tenía delirios de grandeza y creía de veras que era el artífice de obras que jamás había tocado. El caso es que Harry se desvivía por contarle al mundo lo que había hecho, y eso no es precisamente lo que uno desearía oír.

—Así que no habría editado usted sus memorias, sino que las habría destruido.

Nightingale pareció ofendido.

—Las habría editado, no destruido. Quizá me hubiese empleado a fondo con las tijeras, eso sí. Los buenos editores cortan más de lo que dejan.

—Entiendo —dijo Blume—. Así que ¿a quién podía contarle lo de los cuadernos de notas sino a un buen conocedor del oficio, que los conocía a ambos y poseía la autoridad necesaria? Se puso usted en contacto con el coronel Orazio Farinelli y le

habló de los cuadernos, ¿verdad? Al coronel no le hubiese costado demasiado hacerse con ellos, pero a lo mejor tardó un poco más de la cuenta. A lo mejor trataba de llegar a un acuerdo con Henry.

—No alcanzo a imaginar siquiera qué insinúa, comisario.

—De acuerdo, imagine lo siguiente: cuando nosotros o los carabinieri llegamos al escenario de un posible delito, nuestra misión no es reunir pruebas contra una persona específica, sino pruebas de que se haya cometido un delito. Esa es la primera fase. La ley es muy clara en ese sentido. En realidad, la acusación no puede usar las pruebas que reunimos a menos que haya obtenido permiso para un *incidente probatorio*. Me temo que no sabría traducir el término al inglés. Significa que es libre de usar las pruebas preliminares con carácter retroactivo siempre que se demuestre que hubo comisión de delito. Tras la fase preliminar, presentamos un informe al juez instructor, que decide qué diligencias se emprenden, y a partir de ahí es él quien dirige los interrogatorios. Por supuesto, seguimos teniendo capacidad de iniciativa y podemos hacer sugerencias, pero todo esto viene después de haber declarado la existencia de un supuesto delito. ¿Me sigue?

—Sin demasiado interés, me temo.

—Entonces siga escuchando. Hoy no hemos llegado hasta el punto de informar de un delito, y ese es uno de los motivos por los que tiene usted poco que temer de esta conversación. Nadie de esta comisaría ha enviado una notificación a un juez. Partíamos de la suposición de que se trataba de una muerte accidental. Pero puesto que al parecer hay también un atracador chiflado que actúa en el Trastevere y elige a los extranjeros como víctimas, hemos decidido indagar en ese asunto e incluir la muerte de Treacy en una investigación que ya estaba en marcha y que había ordenado un juez. Hasta aquí, todo claro. Sin embargo, unas horas más tarde se han sumado a la investigación un nuevo juez instructor y el susodicho carabinieri. Bueno, eso tampoco es de extrañar. Estas cosas ocurren de tarde en tarde, sobre todo cuando nos topamos con algo que otro departamento lleva algún tiempo investigando. Ocurre que el carabiniere que entra en escena es un coronel, nada menos. Antiguo director del Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico. El fallecido es un falsificador. Bueno, todo esto sugiere sin lugar a dudas la existencia de una investigación previa, ¿no le parece? Y si la había, usted estaba en el centro de la misma, al igual que Treacy, pero no lo ha mencionado. ¿Deduzco que no sabía nada al respecto?

—Si había una investigación en marcha sobre nosotros, yo no tenía conocimiento de ello —afirmó Nightingale.

—Por ley, debió recibir usted una notificación judicial conforme estaba siendo objeto de investigación. ¿No la recibió?

—No.

—Entonces no hay ninguna investigación en curso, o no la había hasta esta mañana. Pero el juez de instrucción, un hombre muy flexible y susceptible de dejarse persuadir por los poderosos, dice que sí hay una investigación en marcha. Y entonces

tengo el placer de departir un buen rato con el coronel en persona, y resulta que Treacy, usted y él son viejos amigos.

—Sigo sin estar seguro de entender lo que sugiere —dijo Nightingale—. ¿Le importaría ser un poco más claro?

—La repentina investigación de una muerte sospechosa que aún no se declarado sospechosa se me antoja sospechosa.

—Ah, ahora me ha quedado mucho más claro. Quién dijo que el arte de la oratoria...

Blume lo interrumpió.

—No ponga a prueba mi paciencia, señor Nightingale. La conclusión obvia es que usted avisó al coronel de la existencia de los cuadernos de notas.

—Esa no es la única conclusión obvia.

—Es la que yo elijo sacar —zanjó Blume—. Refútelo.

Nightingale contestó con gran parsimonia, enfatizando cada sílaba:

—Yo no le dije nada de los cuadernos al coronel.

—Eso no es una refutación. Es solo una negación.

—También es la verdad.

Mentía, Blume estaba seguro de ello. Pero también estaba complacido. Aquello era mucho más de lo que esperaba sacar de la entrevista.

—Y ahora dígame, comisario, ¿cómo sabe usted que esos escritos que niega haber visto tienen forma de cuadernos de notas?

Blume y Nightingale se miraron en silencio. Ninguno de los dos se avergonzaba de sus propias mentiras desenmascaradas, pero a ambos les irritaban las del otro. Al cabo, Blume dijo:

—Si tengo los manuscritos de Treacy, pronto los leeré y descubriré qué es lo que tanto deseaba mantener en secreto. Podría ahorrarme la molestia y decirme de qué se trata ahora mismo.

—Acabo de hacerlo: sus reclamaciones y revelaciones acerca de las obras que yo vendí...

—Entiendo —repuso Blume—. Espera usted que, sea lo que sea, Treacy no lo haya incluido en sus memorias. Puede que alguien lo matara antes de que lo hiciera...

Nightingale se levantó.

—Creo que la próxima vez que nos veamos mi abogado estará presente.

Blume tenía suficiente información para elaborar tres hipótesis interesantes. La primera, casi una certeza, era que Treacy había escrito algo que ni el coronel ni Nightingale querían que saliera a la luz, de lo que se deducía que era algo que habían hecho los dos juntos. La segunda, probable pero no segura, era que el coronel había descubierto la existencia de los cuadernos poco tiempo atrás, pues de lo contrario habría buscado el modo de hacerse con ellos antes. La tercera hipótesis, posible pero poco probable, era que el coronel había hecho matar a Treacy para mantenerlo callado. En tal caso, Nightingale tampoco debía de sentirse demasiado seguro.

Blume sacó el primer cuaderno de notas del cajón, pero antes de que tuviera ocasión de abrirlo sonó el teléfono de sobremesa.

—El questore desea hablar con usted —dijo una secretaria al otro lado del teléfono.

Aquella formalidad en el trato, concebida para resaltar la dignidad del cargo, sacaba a Blume literalmente de sus casillas. «Si quiere hablar conmigo —dijo para sus adentros, en una réplica íntima y muchas veces ensayada—, lo único que tiene que hacer es coger el teléfono y empezar a hablar, no ordenar a la cursi de la secretaria que me informe de su interés por mantener una...».

—Comisario, tiene usted un grave problema disciplinario en su brigada, y sus estadísticas de casos investigados y cerrados son desastrosas.

El muy cabrón sabía ir directo al grano cuando quería. Lo que siguió fue un informe detallado de la queja presentada por el segundo secretario de la embajada española ante la Santa Sede. En su réplica, Blume trató de imprimir una nota de sorpresa en su voz respecto a la inexplicable queja del diplomático español, pero el questore no estaba para monsergas.

—*Nuri ci prova', Commissa'*. Si intenta usted fingir que ignora lo que está pasando, quedará como un incompetente.

—De acuerdo —concedió Blume—, lo he captado.

—Entréguelo, sea quien sea, o le tocará asumir toda la responsabilidad de lo ocurrido.

—Sí, señor.

—Y bien, ¿de quién se trata?

—¿Cree que podría darnos algo de tiempo para intentar arreglarlo, saber si mi hombre necesita algunos testigos que lo apoyen, o si está dispuesto a asumir toda la responsabilidad?

—Quiero poder hablar de una sola manzana podrida en una brigada compuesta por héroes de integridad incuestionable, Blume. No quiero un espectáculo de solidaridad que involucre a todo el puto cuerpo de policía en la agresión a un

diplomático. Tiene usted hasta mañana por la mañana. No estará demasiado ocupado para encargarse de esto, ¿verdad?

Blume empezó a contestar, pero el questore lo interrumpió.

—No, escuche. No quiero oírle decir que está ocupado.

—De acuerdo. No me oírás decirlo.

—Y si con algo no está ocupado es con la muerte del falsificador extranjero. Déjeselo a los carabinieri, hágame el favor, antes que se las arregle para ofender a otra sociedad de naciones.

—Solo me quedan unos pocos cabos sueltos que atar, y luego el caso se va directamente a ellos —prometió Blume—. Aunque no me negará que esta repentina investigación resulta cuando menos misteriosa...

—No, a mí no me lo parece. No hay misterio alguno. Páseles el caso cuanto antes. ¿Sabe por qué quiero que lo haga? Se lo diré: para que pueda concentrar sus esfuerzos en mejorar las relaciones internacionales en la zona. ¿Recuerda el turista estadounidense al que robó su atracador el mes pasado? Pues resulta que su cuñado, primo o alguien de su familia es el dueño de General Motors en Italia, un pez gordo. Otra de las víctimas era un negociador de la OTAN, lo que, dicho sea de paso, eleva a dos el número de diplomáticos agredidos.

Aquel no era a todas luces el momento adecuado para mencionar que Rospo no había presentado un informe sobre el atraco a una pareja china.

—No es mucho pedir, ¿verdad que no? Haga usted el favor de coger a un atracador. Limpie las calles de escoria, y métalos a todos en cinco celdas contiguas. Al final, acabarán señalando o matando a quien quiera que los hizo dar con los huesos en la cárcel. Vamos, Blume. Se lo diré una vez más: manténgase lejos del falsificador muerto antes de que también ofenda a la embajada británica.

—Creo que era irlandés —replicó Blume.

—¿Intenta hacerse el gracioso?

—No, señor. Solo digo que era irlandés.

—Genial. Bueno, eso significa que seguramente su atracador ha actuado ya contra toda la Unión Europea, incluidos los estados menores. Así que quiero ver en una bandeja la cabeza del policía que va por ahí pegando a diplomáticos; hoy mismo pondré en marcha una investigación interna. Y coja al atracador. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo.

Blume acababa de colgar, y seguía dedicando gestos obscenos al teléfono, cuando Panebianco llamó a la puerta y entró sin esperar a que lo invitaran. Siempre lo hacía; formaba parte de su eficiencia, así que Blume había decidido no pedirle que dejara de hacerlo. Aun así, resultaba irritante.

Blume cerró el cuaderno de notas de golpe.

—¿Qué?

Cogió una hoja de papel y la dejó caer sobre el cuaderno, con lo que consiguió atraer la atención de Panebianco hacia este.

—Tenemos un atropello con fuga —informó Panebianco.

—Querrás decir que la policía municipal tiene un atropello con fuga —corrigió Blume—. Nosotros, a diferencia de ellos, tenemos un atracador.

—Sí, pero resulta que días atrás habían denunciado el robo del vehículo implicado. Al parecer, el propietario está en el extranjero y es, por más señas, un delincuente de poca monta con antecedentes por atraco. Hay dos víctimas mortales, y una tercera en estado crítico. Al parecer, eran inmigrantes no comunitarios.

—Ah, bueno, en ese caso no pasa nada —repuso Blume, y no bien lo hizo lo lamentó, pues Panebianco jamás detectaba la ironía.

—Una de las víctimas mortales era un niño —prosiguió Panebianco—, y el que está en estado crítico también lo es.

—Vaya —repuso Blume. A lo mejor Panebianco hacía bien en no tener sentido del humor—. ¿A quién has mandado?

—De momento hay un coche patrulla yendo hacia allá. Estaba pensando en ir yo mismo, con el sovrintendente Grattapaglia.

—No, elige a otro —replicó Blume—. Grattapaglia no puede ir. Mantenme informado.

Cuando Panebianco se fue, Blume sacó los otros cuadernos de notas del cajón y los hojeó. Calculó que le llevaría unas ocho horas leerlos, quizá un poco menos. Con las notas manuscritas era difícil saberlo a ciencia cierta. Al día siguiente era domingo, y a no ser que el atropello con fuga se convirtiera en un caso de grandes proporciones o el atracador volviera a las andadas, tendría tiempo suficiente para revisarlos. A partir de ahí, decidiría qué hacer. Se preguntó si el coronel tendría un buen inglés; quizá tuviera que leer los cuadernos con Nightingale a su lado. Los imaginó repasando las páginas, arrancándolas, arrojándolas a las llamas.

Se los llevaría a casa y les hincaría el diente aquella misma noche. Los metió en la vieja cartera de piel de su padre, que era lo bastante grande para guardar libros de arte, y recordó cómo asomaban por fuera de la cartera de Caterina, haciéndola parecer una estudiante. Una estudiante madura. Se preguntó qué habría estudiado en la facultad. Seguramente jurisprudencia, como él.

La mayor parte de los estudiantes que acudían a escuelas anglosajonas en el extranjero acababan desempeñando profesiones muy bien remuneradas, pero no era el caso de Caterina. Había vivido fuera de Italia, había vivido en otra lengua distinta, lo que le daba una segunda alma. ¿Quién había dicho eso? Y todo para acabar convirtiéndose en una funcionaria pública mal pagada. No solo funcionaria pública, sino policía por más señas. Parte del personal de limpieza de la sociedad. Debió de volver a Italia al jubilarse su padre. Posiblemente otro coronel.

De pronto, tomó una decisión. Abandonó la comisaría y cruzó la calle hasta una librería que tenía máquina fotocopidora. Zalib, se llamaba, y se hallaba en las entrañas de la inmensa galería Pamphili. Paolini, que nunca había visto una librería por dentro, solía referirse a ella despectivamente como «la tienda mora», convencido

de que Zalib era algún apellido árabe. La librería olía a cigarrillos, a ozono de la fotocopidora y a papel húmedo.

Al señor Zalib, que resultó ser un italiano lacónico llamado Marco, le llevó media hora fotocopiar todas las páginas, y otros veinte minutos unir las mediante una espiral. Cobró una cantidad irrisoria por su trabajo, se disculpó por la demora y se despidió de Blume, que salió del local con la cartera abarrotada. Treacy había escrito en ambos lados de las hojas, y las versiones fotocopiadas a una sola cara abultaban más del doble que los originales.

Llamó a Caterina, sin saber muy bien dónde la encontraría. Resultó que estaba en la piscina, donde Elia estaba a punto de salir de clase de natación. Blume le pidió las señas del lugar y le dijo que lo esperara allí.

Veinte minutos después estaba sentado al volante de su coche, parado en una calle tan repleta de vehículos detenidos que más parecía un aparcamiento. No acertó a distinguir a Caterina entre todas las demás madres, canguros y niños que pululaban alrededor de la verja del centro deportivo y cruzaban la calle en enjambres, pero Caterina y su hijo lo encontraron a él.

La inspectora golpeteó la ventanilla del lado del pasajero, pero el chico abrió directamente la puerta trasera, se dejó caer en el asiento con la bolsa deportiva y tocó a Blume en el hombro.

—¿Eres policía? —preguntó.

—Sí —contestó este.

—Entonces, ¿no eres su novio?

Caterina se sentó en el asiento del pasajero.

—Lo siento —se disculpó—. Comisario, este es mi hijo Elia. Saluda.

—Hola —dijo Blume.

—No, tú no. Me refería a Elia. Elia, haz el favor de saludar.

—Hola —dijo Elia.

—¿Y tu coche? —preguntó Blume.

—Siempre venimos en autobús. Es más rápido que buscar aparcamiento por estas calles y luego otra vez al volver a casa. Es un trayecto de solo diez minutos. Elia, cariño, nos llevan en coche. Ponte el cinturón.

—¿Cinturón? ¿En el asiento de atrás?

—Sí, es lo que manda la ley.

—No veo ningún cinturón —replicó el chico.

—Pues búscalos. Seguro que están por ahí.

—Nunca me habías dicho que me pusiera el cinturón en el asiento de atrás.

—Pues ahora te lo digo.

—¿Vamos a tener un accidente?

—Nunca se sabe.

—¿Tu amigo no sabe conducir o qué?

—Elia, por favor.

Blume tampoco encontró sitio para aparcar el coche, así que los dejó delante del edificio de apartamentos y volvió diez minutos después, cargado con su fajo de papeles. Buscó el botón del interfono señalado con el apellido Mattiola, llamó al timbre y empujó la puerta al oír el zumbido del portero automático. Solo cuando se abrió la puerta del piso comprendió que no habían ido a casa de Caterina, sino a la de sus padres.

—Lo siento, creía que te lo había dicho —comentó Caterina—. Yo vivo a diez minutos de aquí, yendo hacia la piscina. He querido venir a dejar a Elia porque pensaba que teníamos trabajo.

—Lo tenemos —concedió Blume—. Pero es voluntario, en tu caso. Es solo que se me ha ocurrido algo, ya que sabes inglés... No era mi intención molestar.

Diez minutos más tarde, con la abultada cartera pegada al pecho en ademán protector, Blume volvía a dar las gracias a la señora Mattiola por su hospitalidad.

—No diga tonterías, comisario. ¿Le sirvo otro café?

—No, gracias, señora Mattiola.

—¿Otra galleta, quizá?

—No, de veras, gracias.

—No se me ocurre nada más. ¿Un yogur, quizá?

—No, se lo aseguro... Yo...

—¡Madre! Ha dicho que no.

—¡Yo sí quiero un yogur! —exclamó Elia.

La madre de Caterina se fue a la cocina para cogerle un yogur a su nieto y, aprovechando la oportunidad, el señor Mattiola se levantó con gran dificultad de la silla con la intención de abalanzarse sobre la cafetera que descansaba en la mesa. Pero su esposa regresó con notable rapidez.

—¿Sirves tú el café, Arnaldo? —preguntó, al tiempo que ofrecía el yogur a Elia—. Ten, tesoro, cómetelo. —Acto seguido, se volvió hacia su esposo—. Ten cuidado con el asa, está un poco suelta. Antes solías atornillar las cosas.

El señor Mattiola, que no tenía demasiado aspecto de coronel, volvió a hundirse en la silla sin producir sonido alguno.

—Este yogur tiene trozos de fruta —anunció Elia con una mueca de asco.

—Cómetelos y punto —le ordenó Caterina, y luego añadió en un tono más dulce—: Oye, ¿te importa quedarte con los abuelos hasta tarde? Tengo trabajo que hacer con el comisario.

—Pues claro que puedes dejar a Elia con nosotros —repuso su madre.

—Estupendo. —Caterina se levantó—. Será mejor que nos vayamos.

Blume también se levantó.

—Entonces, ¿os vais los dos a tu piso? —inquirió la señora Mattiola.

—A la comisaría, nos vamos a la comisaría —contestó Caterina.

—Ah. Me había parecido que... ¿Necesitas algo de fruta?

—No, tengo mucha fruta —replicó Caterina.

Pero su madre había lanzado la pregunta al aire como una maniobra de distracción para encubrir su retirada, y antes de que Caterina hubiera dado un beso a su hijo y llegado a la puerta principal ya estaba de vuelta con dos bolsas de plástico azul repletas.

—Hay manzanas, me las ha dado el mismísimo dueño del huerto. Cultiva manzanas y repollos en Santa Severa, los vende en un puesto del mercado local, en Via Catania. No encontrarás manzanas como estas en el súper. Te he puesto también unas zanahorias, hinojo, dos lechugas, unas alcachofas, unas pocas patatas nuevas y un puñado de cebollas, y también unas peras marrones de esas que tanto le gustan a Elia. Peras Kaiser, se llaman. Y llévate también estas chocolatinas Kinder. Dicen que cada chocolatina contiene un vaso y medio de leche entera. ¿Crees que será verdad? Eso es mucha leche. Le gusta comerse dos para desayunar, eso son tres vasos, y las suele mojar en la leche, así que ya van cuatro. La leche es buena para los niños.

Blume se ofreció para ayudar a llevar las bolsas, aunque bastante lastrado iba ya por su cargamento de papel.

—No hace falta. Ábreme la puerta de la calle —contestó Caterina.

Tan pronto como lo hizo, esta lo empujó con el hombro en dirección al rellano.

—Encantada de conocerlo, comisario. Espero volver a verlo pronto.

—Ha sido un placer, señora Mattiola —repuso Blume.

—Llama al ascensor —ordenó Caterina.

Caterina terminó de apilar los platos sucios en el fregadero. Por lo general, su cocina estaba impecable. Bueno, impecable quizá no, pero tampoco tan desordenada.

Blume le contó los detalles de su entrevista con John Nightingale.

—Así que tenemos que revisar los cuadernos para comprobar si hay en ellos alguna alusión a algo que tanto el coronel como Nightingale pudiesen desear mantener en secreto. Pero no sabemos seguro si estará ahí.

—¿Los miramos por encima ahora mismo?

—O eso o leemos los cuadernos de cabo a rabo, lo que seguramente sería lo mejor, porque el demonio suele esconderse en los detalles, ¿verdad? —dijo Blume—. Si puedo los leeré de pe a pa, pero es muy probable que no me dé tiempo. Además, me han ordenado expresamente que me aparte de la investigación. Pero antes de rendirme, lo que puede suponer renunciar a las notas, quiero contar con otro par de ojos. Eso sí, tendrás que trabajar en la sombra. Se trata, en resumen, de trabajo extra no remunerado y sin reconocimiento alguno. Como solía decir el padre de Caterina: «¿No querías una bici? Pues ahora pedalea».

Blume abrió el primer cuaderno y leyó en tono ampuloso:

—«Como remarcó en su día William Wordsworth, el niño es el padre del hombre».

El teléfono empezó a sonar.

—¿No vas a contestar?

—Es mi madre —replicó Caterina.

—¿Consigues ver el número desde aquí?

—No, pero lo presiento.

Caterina sacó las manos del fregadero cuando el teléfono ya había dejado de sonar, y Blume se volvió de nuevo hacia el cuaderno, ceñudo.

—Este tío, Treacy, empieza a caerme mal —comentó.

—«El niño es el padre del hombre» —repitió Caterina en inglés, y luego siguió hablando en esta lengua sin darse cuenta—. Es decir, que lo que vives en la infancia determina la clase de adulto en que te convertirás. ¿Qué tiene eso de malo?

Su acento sonaba ligeramente inglés al oído de Blume.

—La idea en sí no me molesta —repuso Blume—. O quizá sí. No he pensado en ello. Lo que me irrita es que diga que Wordsworth lo remarcó. No lo remarcó, lo escribió y punto.

—¿Te sabes el poema? —preguntó Caterina—. Algo estudié de Wordsworth.

—Por supuesto que no me sé el poema —repuso Blume en tono exasperado—. Solo sé que Wordsworth era poeta, así que escribió ese verso, no lo remarcó en el transcurso de una conversación con Treacy en un bar.

Caterina se sentó al otro lado de la mesa, barrió hacia el suelo unas migas de cereales, se pasó el pelo castaño liso por detrás de la oreja, cogió un bolígrafo y abrió uno de los cuadernos que había sacado de la habitación de su hijo y que tenía en la cubierta una criatura similar a un robot.

—Si vas a criticar cada línea, comisario, no acabaremos nunca.

—Vale, ¿crees que podrás leerlo? —preguntó Blume.

Caterina escudriñó la página, se encogió de hombros.

—La verdad es que no parece demasiado...

—Creo que seguramente me resultará más fácil a mí desentrañar las palabras inglesas. Así que si yo voy leyendo pasajes y tú acompañas la lectura con la copia, te acostumbrarás antes a la letra de Treacy, y ya podrás seguir tú sola.

—Me parece buena idea —concedió Caterina.

—Estupendo. Entonces eso es lo que haremos, para empezar. Luego te dejaré la versión fotocopiada para que te la vayas leyendo, y yo me iré a casa y me pondré con el original. En algún momento de la semana que viene nos sentaremos a cotejar notas. Ya lo veremos sobre la marcha.

—Probemos, entonces —asintió Caterina.

—Bien. Agradezco tu ayuda —dijo Blume.

Abrió el primer cuaderno y empezó a leer, a trancas y barrancas primero y luego con creciente fluidez, a medida que se iba familiarizando con la letra.

Como remarcó en su día William Wordsworth, el niño es el padre del hombre. Cuando vuelvo la vista atrás, veo a un extraño niño de nueve años al que apenas reconozco. Y sin embargo fue él quien decidió cómo iba a ser mi vida, y todo porque se encaprichó de una niña de ocho años.

Aquella niña de ocho años se llamaba Monica, nombre que sonaba de lo más exótico en la Irlanda de los años cincuenta. Cuando me di cuenta de que la quería iba con los «bebés de segundo» (que, para los no iniciados, significa un año por delante de los «bebés de primero»). Monica lucía un vestido de color naranja con cuello redondo de encaje blanco.

Un día la señorita Woods, que era la profesora de expresión plástica, nos encargó la tarea de dibujar nuestros objetos preferidos, tantos como consideráramos oportunos. Disponíamos del plazo de tres clases para completar los dibujos. Los que se consideraran dignos de ello se colgarían en las paredes y permanecerían expuestos el día del deporte, cuando los padres podían visitar la escuela para ver cómo sus hijos daban largos saltos que sin duda no podían haber sido tan largos, y hacían carreras sosteniendo en la mano una cuchara con un huevo.

En un primer momento, la señorita Woods solo nos permitió usar colores oscuros, aunque podíamos elegir entre ceras o lápices. Nos dijo que podríamos colorear los dibujos a lo largo de las siguientes dos clases. Yo observé a Monica cuidadosamente, fijándome en los objetos que elegía; vi cómo el lápiz amarillo se movía entre sus

dedos mientras su mano sobrevolaba la página, dejando a su paso cuidadosos perfiles de color gris. La mayor parte de los demás niños aún usaban los puños para mantener bajo control las blandas ceras rojas y azules.

Durante la segunda clase, cuando parecía que Monica había acabado de perfilar los objetos y se disponía a colorearlos, dividí mi página en cuatro columnas y cinco filas simétricas: veinte celdas en total. En la primera celda, dibujé una réplica en miniatura de la página entera de Monica, sin olvidar un solo objeto. En la segunda celda hice lo mismo, pero esta vez coloreé los objetos con los tonos que supuse que ella escogería. En la tercera celda apliqué al dibujo un esquema cromático distinto, y así sucesivamente hasta agotar casi todas las combinaciones posibles. Cuando por fin Monica concluyó su trabajo, el dibujo y los colores se correspondían exactamente con mi miniatura de la celda diecisiete. Aún sigue siendo mi número de la suerte.

Los objetos preferidos de Monica eran: un peine (yo lo había pintado marrón o negro hasta la versión doce, cuando se me ocurrió que podía ser plateado), un osito de peluche marrón dorado con una pajarita verde, un par de zapatos de baile negros, una muñeca de trapo pelirroja, una jirafa y un molino de viento azul con velas blancas.

La señorita Woods se mostró encantada con mi trabajo. La señora Walsh, la directora del colegio, no compartía su opinión y lo despreció delante de toda la clase por considerarlo demasiado... «algo». Entonces no comprendí la palabra altisonante que empleó y ahora no la recuerdo.

Pero era evidente que a la muy zorra no le gustaba mi trabajo.

En lo que respecta a Monica, cuando se dio cuenta de lo que había hecho, descolgó su dibujo de la pared y lo destrozó añadiéndole un gato enorme y mal dibujado y una especie de palmera en primer plano, tras lo cual volvió a colgarlo.

De aquella experiencia aprendí tres cosas. En primer lugar, que podía dibujar con el estilo de otra persona como si fuera el mío; en segundo lugar, que las mujeres podían ser impredecibles y vengativas; en tercero, a no imitar jamás a un artista vivo. Si hubiese olvidado la primera lección y recordado las otras dos, mi vida habría sido mucho más llevadera.

Mi madre nunca acudía a los actos de la escuela, así que no llegó a ver mi dibujo. Aparte de no tener el menor interés por mi rendimiento escolar, creo que el espíritu del colegio le generaba cierta incomodidad. El centro era protestante, más concretamente de la Iglesia de Irlanda. Mi madre había sido criada en la tradición católica, pero no era practicante. No es que hubiese dejado de creer, sino que se había visto desamparada y expulsada del seno de la Iglesia cuando un hombre cuya identidad jamás reveló a nadie, ni siquiera a mí, la dejó embarazada. Cuando comprobó que era imposible reconciliarse con su propia familia y la mayor parte de sus vecinos, adoptó una actitud bohemia y fingió que todo le daba igual. Al cabo de un tiempo, con la ayuda de unas cuantas copas por las tardes y varias cartas de rechazo por parte de editores a los que no interesaba en absoluto su poesía rica en imágenes, todo le daba realmente igual.

Cuando tenía once años, un hombre llamado Manfred Manning se convirtió en mi padrastro, muy a su pesar. Lo llamo padrastro pero cuando entró en mi vida estaba casado con otra mujer de la que no se podía divorciar, tratándose de la Irlanda de aquella época. Solo se decidió a abandonar a su primera mujer cuando a esta le diagnosticaron cáncer de páncreas. La mujer aún vivió casi tres años más, lo que bien podría ser un récord. Quizá aguantaba solo por fastidiar a los amantes, quizá con la esperanza de que él volviera a casa, cuando menos para acompañarla en los últimos días de su vida. Cuando murió, Manfred y mi madre estaban de vacaciones en Edimburgo, una ciudad que no me importaría visitar si tan solo tuviera algún motivo para hacerlo.

A los doce años, tras una educación primaria protestante, mi madre me envió como interno a Clongowes Wood. Resulta un poco extraño que los jesuitas aceptaran al hijo de una mujer de moral dudosa que se había ido a vivir con un luterano bígamo, pero la razón es bastante sencilla: Manning hizo una gran contribución económica a la construcción de una nueva ala y mi madre mintió acerca de todo. Les dijo que estaba casada, y aun reconociendo que su marido era protestante, insistió en que me había criado en la doctrina católica. Puede que hasta falseara algún documento para demostrarlo.

El verano previo a mi partida me impartió un cursillo acelerado de catolicismo, que incluía acudir a misa y recorrer a regañadientes la nave de la iglesia para recibir la comunión. La lengua fuera, la mirada baja, nada de masticar, se supone que es la carne de Jesús. Sí, Henry, es una idea repugnante, pero te ayudará a no masticar. También me explicó en qué consistía la confesión y me advirtió que me abstuviera de comentar ciertos temas, concretamente las dudas de fe y la identidad de mi padre. «Lo estarán esperando», me dijo.

Me contó con profusión de detalles la fiesta de mi primera comunión que nunca se celebró y los regalos en dinero contante y sonante que jamás recibí de parientes a los que nunca llegué a conocer. Al cabo de un tiempo, empecé a recordar todos aquellos hechos que nunca habían ocurrido y me percaté de lo fácil que resultaba recrear un pasado ficticio.

Lo más sorprendente que aprendí durante mi conversión temporal al catolicismo fue que Dios era una apacible mujer ataviada de azul. En la iglesia católica de Cabinteely, a la que mi madre, irreconocible con un pañuelo en la cabeza y un aspecto de lo más piadoso, me llevó a aprender los rudimentos de la fe, había un tondo con la figura de Jesús encastrado en la columna que se alzaba a la derecha del altar. Un incensario rojo pendía sobre el altar, y en la columna de la izquierda había otra imagen circular, de una persona de rostro dulce y ropajes azules. Puesto que los protestantes me habían enseñado el truco de las tres personas en una de Dios pero no habían dicho ni mu sobre María, la madre de Dios, yo lo interpreté como sigue: a la derecha estaba Jesús, en medio el Espíritu Santo, y Dios tenía que ser la mujer de atuendo azul de la izquierda.

No pasó mucho tiempo antes de que alguien me sacara de mi error, pero las imágenes son más poderosas que las palabras. Dios era entonces, y a veces aún es, una señora de rasgos bellinianos vestida de azul celeste...

Blume pasó la página y, miró, consternado, la maraña de tachones e insertos que tenía ante sí.

—No entiendo qué pone aquí, pero creo que me lo voy a saltar. Esto no nos sirve de nada. Apenas has tomado notas, por lo que veo. ¿Me vas siguiendo?

Caterina volvió los ojos hacia su cuaderno.

Blume pasó unas cuantas páginas hacia delante.

—Esta sección parece acabar aquí.

—Ya puestos, será mejor que lo leas.

Puede que los jesuitas dieran pie al mito de la Inmaculada Concepción, pero el capítulo irlandés de la orden se aseguraba de que los chicos comprendieran que se trataba en esencia de una diosa creada para los campesinos. Uno de los problemas que suscitaba esto, según nos explicó el padre Ferchware, era el siguiente:

—Si María fue concebida y nacida sin pecado, pues tal es el significado de la Inmaculada Concepción, ¿verdad, Treacy? —«Así es, padre»—, no necesitaba en absoluto la intervención redentora de su hijo Jesucristo, ¿verdad que no? No intentes contestar, chico, solo dime qué nombre recibe esta pregunta.

—Es una pregunta trampa, padre.

—Una pregunta retórica, condenado hereje. Pero sigamos adelante. Así que, si ya existía una persona perfecta en el mundo, Jesús no podía haber sido el Salvador Universal. Podríamos concluir, por tanto, que Su universalidad es imperfecta, y por consiguiente El también lo es, por lo que no puede ser Dios. ¿Y qué nos demuestra esto?

—Las evidentes limitaciones de la lógica y la fragilidad del razonamiento humano a la luz de lo divino, padre.

—Buen chico, Treacy.

Lo que pasa con los jesuitas es que surgieron como una especie de tropa de élite, a menudo llamada a dar un golpe militar en el seno de la Iglesia, pero acabaron enseñando geografía a los colegiales. Creo que eso —junto con la castidad— hizo que la mayoría perdiera la chaveta.

Me expulsaron a los dieciséis años. La causa inmediata o aparente fue el hecho de que envenenara a O'Leary, un matón de rostro colorado y dientes separados que creía que podía amargarme la vida solo porque el *rugby* no se me daba demasiado bien. Lo esperé pacientemente una tarde, detrás del ala de ciencias, inaugurada aquel mismo año con la contribución pecuniaria de mi padrastro, o lo que fuera. Cuando por fin O'Leary entró en el ala nueva, venía solo. Pensándolo ahora, con la benevolencia que dan los años, supongo que no era tan malo. No tenía una pandilla, ni se pasaba la vida

buscándome las cosquillas. El suyo era un acoso ocasional, impremeditado, que venía dado por su estatura. Cuando O'Leary dobló la esquina, le aticé con una piedra en la cabeza. Él se quedó allí parado y se frotó la cabeza como un personaje de dibujos animados que no acabara de reaccionar, así que volví a golpearlo, ahora en la sien, y esta vez sí se desplomó en el suelo. Me senté sobre su pecho y abrí tres envoltorios de papel que había cogido del laboratorio de química. El primero contenía ácido tartárico, básicamente gaseosa sin azúcar. Le apreté la nariz entre los dedos y dejé caer el contenido del envoltorio en su boca abierta. El ácido burbujeó, él se atragantó y yo le dije que era arsénico. El siguiente paquete contenía bicarbonato sódico, pero le dije que era plutonio. Aunque no fuera lo que se dice una sustancia accesible para los colegiales irlandeses, el plutonio era un término nuevo y tan pavoroso en aquellos años que pensé que su alcance dramático compensaría con creces su escasa credibilidad. El último envoltorio contenía sulfato de cobre, que había cogido por su color tan bonito, y por desgracia este sí era tóxico, aunque no letal.

Nunca hubiese tomado a O'Leary por un chivato, pero el plutonio y el arsénico lo tenían preocupado. Aun así, sus balbuceantes quejas podrían no haber surtido efecto de no ser por el hematoma negro de la sien, la lengua de color azul y la mirada aterrada. Todo el mundo salió a despedido con aire solemne al sendero de grava por el que se accedía a la escuela mientras la ambulancia se lo llevaba, acompañado por el director.

Mientras hacía la maleta, el padre McCarthy entró sosteniendo su «flagelo» negro, una correa de cuero con plomo en su interior. Me propinó doce latigazos en cada mano, apuntando también a la muñeca. Se fue tras decir:

—Hace tiempo que todos sabemos quién eres en verdad, Treacy. El efecto del flagelo en las manos se parece en cierto sentido al infarto de miocardio, pues tiene la peculiaridad de causar dolor y entumecimiento a la vez. Con las manos inflamadas y temblorosas, no podía acabar de guardar mis pertenencias, y menos aún cerrar la maleta y cargarla escaleras abajo hasta la puerta principal, y creo que fue eso, más que ninguna otra circunstancia, lo que me entristeció tanto. Sea como fuere, fue el padre Ferchware quien subió a buscarme, me ayudó a cerrar la maleta y me acompañó hasta la puerta principal. Antes de hacerlo, me dijo:

—Habrà mucha gente mirándote, Henry. No puedes salir con esa cara. —Dicho esto, sacó del bolsillo un pañuelo de un blanco rabioso, doblado a conciencia y perfectamente limpio, y me lo tendió—. Sécate los ojos, suénate la nariz.

El pañuelo olía a espliego y a sol, los olores de Francia, de Italia y de mi futuro. Lo llené de mocos grises y sal, el color y el sabor de Irlanda y de mi pasado.

—¿Quién viene a buscarme? —pregunté—. ¿Mi madre?

—No, hijo. Han enviado un taxi.

Cuando era joven, cada mes era una unidad compacta que contenía tantos hechos significativos y cambios que había que comprimirlos solo para que

cupieran todos. Pero ahora puede pasar todo un año sin pena ni gloria, vacío de significado. Cuando empecé este diario pensaba que quizá pudiera desdoblar algunos de aquellos hechos comprimidos y examinarlos en detalle, pero ahora compruebo que los he olvidado casi todos. Entonces la vida era algo desbordante, pero debo seguir contando los años pasados como si apenas hubiesen tenido lugar.

Tras mi expulsión de Clongowes me enviaron a los Hermanos de la Presentación, en Bray, que también acabaron echándome, esta vez por prender fuego a un excusado. Nadie me vio, pero fui tan tonto como para presentarme en clase apestando a parafina y humo, y me enviaron directamente al despacho del director, desde cuya ventana aún se veía la pila de escombros humeantes. Había un coche de bomberos rojo en medio del campo, y un hombre apuntaba con la manguera al suelo calcinado mientras otro lo observaba. El director señaló la ventana con el brazo y dijo:

*¿Acaso no ves esa lóbrega llanura,
yerma y abandonada, hogar de la desolación,
sin más luz que el trémulo resplandor,
pálido y atroz, que las lívidas llamas arrojan?*

Luego rompió a reír a carcajadas, y tardó algún tiempo en recobrar la compostura. Mientras se enjugaba los ojos llorosos con el dorso de la mano, me dije a mí mismo que, si todo aquello le parecía tan gracioso, quizá me librara de un buen castigo, pero entonces dijo: «He llamado a tu casa, pero no contestan, por lo que me temo que te va a tocar contarles que te han expulsado. También nos planteamos emprender acciones judiciales, y desde luego pediremos una indemnización por daños y perjuicios. Eso es todo».

Acabé recalando en la Escuela Ballybrack de artes y oficios y, entre el trabajo metalúrgico, las clases de recuperación de inglés y los palos que me dieron, por fin aprendí algo útil: nociones básicas de carpintería. Sin embargo, al cabo de menos de un año, también abandoné aquella escuela. En esta ocasión no me expulsaron, sino que un buen día decidí no volver y nadie pareció darse cuenta.

Una mañana, estaba sentado en el autobús número 45 e iba de camino a Bray cuando un grupo de jóvenes, tres chicos y una chica que iban sentados delante de mí, empezaron a rajar los asientos de plástico azul con navajas. Uno de ellos se volvió para ver si yo manifestaba algún tipo de oposición, y luego codeó a su compañero. «Voy listo», pensé. Entonces la chica se dio la vuelta y exclamó:

—¡Henry!

Yo me la quedé mirando un buen rato, hasta que finalmente dije, decepcionado pero también algo así como sobrecogido:

—¡Monica!

Ella estaba en plena fase de rebelión contra la autoridad. Vivía sin ataduras de ningún tipo y sin que nadie le impidiera hacer su voluntad. Yo era el compañero perfecto para ella.

En el verano de 1966, una tal señora Heath, que tenía una vaga relación con alguien que conocía a mi padrastro, me permitió instalarme en las antiguas caballerizas de su jardín. El trato era que yo la ayudaba en las tareas de mantenimiento de la casa, como limpiar sus cuarenta y dos ventanas (cada una de las cuales tenía cuatro cuarterones y, por supuesto, dos caras, así que fregarlas no era moco de pavo), arrancar las malas hierbas del jardín, limpiar el cieno que se formaba en torno al estanque, cortar la hierba, hacer recados. Pero a cambio disponía de agua corriente, un baño, una cama siempre húmeda, algunos muebles de roble negro, y la que fue a todos los efectos mi primera vivienda. Era aquella libertad sin precedentes la que me hacía atractivo a los ojos de Monica.

Para ser irlandesa del sur, la señora Heath no era mala persona. Me animaba a pintar y me compraba material. Cada vez que pintaba algo, lo ponía a «airear» en la casa, puesto que en las caballerizas había demasiada humedad. Yo la veía como poco menos que una anciana, pero seguramente tendría treinta y pocos años. Al cabo de unos meses, confiaba en mí lo bastante para no seguirme por la casa mientras limpiaba las ventanas o trajinaba con las sillas y mesas de caoba de una habitación a otra, pues la mujer se pasaba la vida reorganizando su vida, lista para empezar de cero.

Cierta mañana, Monica y yo nos quedamos a solas en el salón. La señora Heath se había ausentado unas horas y me había pedido que limpiara el polvo de la estancia. Mientras retiraba la plata y los adornos de porcelana de la repisa de la chimenea, Monica dijo:

—Deberíamos robar algo.

Me volví para comprobar si lo decía en serio.

—Algo realmente valioso, para que valga la pena. Algo que pudiéramos vender y luego usar el dinero para largarnos a algún sitio.

Sugirió que nos fuéramos a Londres, la ciudad en la que todo sucedía. A mí también me tentaba la idea, pero no quería robar a la señora Heath. Sin embargo, sabía que Monica se llevaría una decepción si hacía objeciones de moral burguesa a su plan, así que me limité a señalar las dificultades prácticas que tendríamos para alquilar un piso, pagar una fianza, encontrar trabajo. Puesto que ella seguía viviendo con sus padres y yo era el independiente, me hizo caso en eso. Pero el resultado fue que Monica empezó a concebir un plan más ambicioso.

Un día, la señora Heath nos dejó a solas en la casa para salir a coger unas cuantas manzanas, y Monica señaló un gran cuadro al óleo colgado sobre la repisa de la chimenea, en el que aparecían soldados de casaca roja, caballos encabritados y un elefante.

—¿De quién es ese cuadro? —preguntó.

—Solo porque es el más grande no tiene por qué ser el mejor ni el más valioso de la habitación —afirmé, intentando sonar más seguro de lo que me sentía en un esfuerzo por desviar la conversación del rumbo que sabía no tardaría en tomar.

—No sabes quién lo pintó —replicó Monica (era un Francis Hayman, pero tenía razón: entonces no lo sabía)—. ¿Y qué me dices de ese de ahí, el de los dos perros tristes? Me gusta.

—No es arte de calidad —repose, dándome importancia—. Lo pintó un tal Landseer. De hecho, es malísimo.

—¿De veras? —preguntó Monica—. Pues a mí me parece espléndido. Pero si es tan terrible, podrías hacer uno igual de bueno, ¿no? —Señaló otro cuadro—. Mira, aquí hay dos bocetos que hasta yo podría copiar. Todas esas rayitas y garabatos, los hombrecillos vestidos de negro.

—Son de Jack Yeats. Esos sí que podría hacerlos.

Monica me sonrió.

—Bueno, por algo se empieza. ¿Cuánto podrían darnos por ese boceto del hombre cargando turba?

—No lo sé. ¿Unas veinticinco libras?

—Si es así, el grande de los perros debe de valer sus buenas mil libras. ¿Crees que la señora echaría de menos su Yeats si lo quitáramos de la pared?

Yo estaba pensando que, si hacía una copia rápida, quizá pasara un día o dos hasta que alguien se diera cuenta de que no era el original. Se me ocurrió un plan y se lo expliqué, pero le pareció demasiado complejo.

—Demasiado esfuerzo a cambio de veinticinco libras.

—Es una buena cantidad de dinero, suficiente para pagar la fianza de un piso en Londres, si es allí donde vamos.

Blume recordó algo de pronto e interrumpió la lectura.

—Aquí hay media página en blanco, luego más tachones, y nada de esto es demasiado relevante.

Caterina no despegó los labios hasta que acabó de escribir la última nota. Le dolía el brazo y tenía la muñeca agarrotada como la pinza de una langosta, pero quería seguir.

—¿Acaba copiando el cuadro? —preguntó.

—Habida cuenta de lo que hizo con el resto de sus días, diría que sí. De lo contrario, ¿por qué iba a contarlo?

—A lo mejor quería hablar sobre Monica. Déjame ver. —Se acercó más a Blume para observar mejor el cuaderno de notas—. No sé cómo puedes leer esta letra sin apenas detenerte. Yo avanzaré mucho más despacio.

—Usa abreviaturas y signos de más en lugar de conjunciones, y la ortografía no es su fuerte —observó Blume—. Bueno, tú tienes las fotocopias. No le digas a nadie

que las tienes, ¿de acuerdo? Sigue leyendo si quieres, pero a lo mejor puedes saltarte los años de juventud.

—Creo que funcionamos bien así, tú leyendo y yo tomando notas —dijo Caterina—. Podrías quedarte a cenar y seguimos después. Solo para acabar la primera parte esta noche.

Blume cerró el cuaderno y se levantó.

—Es muy amable por tu parte. Pero acabo de recordar que he quedado para cenar. Tardaré por lo menos media hora en llegar a casa desde aquí, así que...

Caterina recogió sus notas y las sostuvo contra el pecho.

—Ah, bueno, no pasa nada.

—En realidad, es más trabajo.

—Da igual. Seguiré leyendo por mi cuenta cuando te hayas ido. —Me refería a la cena. Digo que es por trabajo.

—Ah, sí. Bueno, esto también lo es —señaló Caterina.

—Sí. Trabajo y nada más que trabajo —repuso Blume.

Tenía ganas de ver a Kristin. Si bien ninguno de los dos había reconocido de modo oficial la existencia de un vínculo afectivo entre ambos, habían mantenido una relación intermitente que llevaba algún tiempo en punto muerto.

En Via degli Umbri, se desvió unos metros de su camino a casa y enfiló una bocacalle de un solo sentido en busca de un bar que tenía una buena selección de vinos, donde compró una botella de Mater Matuta, de Casale del Giglio. Lo más probable era que no llegaran a abrirla, pero Kristin bebía a veces.

Volvió dando marcha atrás hasta Piazza dell'Immacolata y se reincorporó al tráfico de la calle con temeraria audacia, amparándose en el hecho de que cualquiera que lo golpeará por detrás tendría que pagarle la reparación. Finalmente obligó a una furgoneta blanca a cederle el paso. El coche que iba detrás de esta hizo sonar el claxon, y Blume miró con gesto ausente por el espejo retrovisor para comprobar qué clase de idiota iba al volante, pero la furgoneta se lo ocultaba. Lo único que alcanzó a ver fue un Skoda gris y un Lancia azul algo más atrás, calle abajo.

En Porta Maggiore había un atasco monumental, como siempre. Un antiguo tranvía verde parecía haber muerto por el esfuerzo de cambiar de carriles, y los coches tenían que maniobrar en torno a este para sortearlo, unos por delante, otros por detrás. Blume pasó por delante, lo que significaba que tenía que meterse con el coche por una zona ajardinada y esquivar un banco de piedra que habían cubierto de pintadas antes de partirlo en dos.

Cruzó en diagonal el flujo de coches para pasar por un arco de las fortificaciones aurelianas y logró llegar sano y salvo al otro lado. El conductor al que había cortado el paso estaba demasiado distraído escribiendo un mensaje de texto en el móvil para darse cuenta de ello. En el coche que iba detrás de este, un brazo peludo y un codo flexionado asomaban por la ventanilla, revelando una tranquilidad total. Tampoco el Lancia azul que iba detrás de ambos parecía tener la menor prisa.

Blume encontró un lugar para aparcar no demasiado lejos de su bloque de apartamentos, cogió la cartera con los cuadernos de notas y la botella de vino, y subió por Via Orvieto. En el cruce de esta con Via la Spezia, un coche azul maniobraba para aparcar. Blume se preguntó si tendría tiempo para darse una ducha antes de que llegara Kristin.

Ya en casa, majó un puñado de guindillas de Calabria en el mortero y las espolvoreó sobre la carne picada que se estaba dorando en la sartén. Le añadió unos ajos prensados, unas cebolletas, y lo removió todo con una cuchara de palo al tiempo que retiraba la sartén del fuego y volvía a arrimarla a las llamas, y agitando su contenido enérgicamente. Por último, añadió un poco de concentrado de tomate para dar un toque de color a la carne. Encendió el horno para calentar las tortillas y luego

preparó una mezcla de comino molido, cacao, cilantro y su ingrediente secreto, mostaza en polvo, que vertió sobre la carne. La dejó cociendo a fuego lento. El reloj de la cocina daba las nueve menos diez. Cortó la lechuga en juliana, añadió una pizca de sal a los tomates cortados que había dejado en el bol azul, metió las tortillas en el horno. Kristin había dicho a las nueve, y nunca llegaba tarde. Las tortillas estarían listas justo a tiempo. Vertió unas gotas de tabasco sobre la mezcla. En el salón, el teléfono empezó a sonar.

Era Kristin.

—Hola, Alec. ¿Ya has puesto la mesa?

—Claro. Pero más que cubiertos vamos a usar las manos. Te he preparado una cena tex-mex al estilo calabrés. ¿Qué te parece?

—Estupendo —dijo—, pero tendrás que esperar. Por lo menos, una hora. Me ha surgido un imprevisto.

De pronto, un pitido agudo y estridente llenó la habitación, y al cabo de unos segundos Blume creyó que resonaba en el interior de su cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kristin.

—Que se me han quemado las tortillas —informó Blume.

Blume se quitó los zapatos, se subió a la encimera, abrió la alarma antiincendios, le quitó la pila y suspiró de alivio cuando el ruido cesó de repente. Solo entonces se dio cuenta de que había puesto la función de gratinar en vez de la de hornear. Apagó el horno, abrió la puerta y se vio envuelto al instante en una nube de humo negro. Abrió la ventana de la cocina, y no bien lo hizo la estancia se llenó con el estruendo del tráfico, que resultaba casi tan molesto como la alarma. Se asomó a la ventana, inspiró el aire fresco del anochecer y echó un vistazo calle arriba. El coche azul estaba encajonado detrás de un contenedor verde.

Tiró las tortillas ennegrecidas a la basura y abrió dos latas de tomate y otras tantas de judías pintas. Las vertió en una olla y añadió la carne guisada y un chorro de tabasco. Comerían chile con carne en lugar de las tortillas. Añadió un puñado de hierbas aromáticas y rebuscó entre su menguante colección de especias de Castroni hasta dar con un frasquito de Sambal Setan, cuyo contenido añadió al guiso.

Luego se fue al salón, sacó los cuadernos de Treacy de la cartera y, en lugar de retomar la lectura donde la había dejado con Caterina, hojeó rápidamente los tres volúmenes en busca de algún pasaje que hiciera referencia al coronel. Tras dejar a un lado el único cuaderno que parecía íntegramente dedicado a los aspectos técnicos del trabajo de Treacy, y que contenía no solo palabras sino también bocetos y diagramas, calculó cuánto habría tardado el autor de aquellas notas en pasar de la infancia y la juventud al momento en que había conocido al coronel. Se centró en el primer tercio del segundo volumen y, tras estudiarlo durante diez minutos, sus ojos fueron a posarse por fin en un pasaje prometedor.

Mientras lo leía, se preguntó si sería lo bastante comprometedor para que el coronel quisiera verlo suprimido. Parecía consistir en el enésimo relato —no

demasiado congruente y basado en un supuesto testimonio presencial— de las circunstancias que rodearon la muerte de Aldo Moro. ¿Acaso seguía importándole aquello a alguien? Lo dudaba. También Treacy pareció aburrirse enseguida del tema, ya que le daba carpetazo en un breve párrafo intercalado sin venir a cuento en medio de una encendida diatriba contra un historiador del arte ya fallecido llamado Federick Hartt, cuyo gran delito, al parecer, había sido afirmar que ningún falsificador podría imitar los *pentimenti* de un artista, aquello que lo impulsaba a rehacer un dibujo, a corregirlo, a cambiar de idea.

Blume se rindió. No le quedaba más remedio que leer el cuaderno de cabo a rabo. Volvió al capítulo inicial, preguntándose si Caterina seguiría en la cocina haciendo lo mismo, o se habría llevado las fotocopias a la cama, movida por la curiosidad de saber cómo acababa la relación de Henry Treacy y Monica antes de que el sueño la venciera.

Mi réplica del boceto de Jack Yeats fue una experiencia de lo más instructiva en varios sentidos, no todos buenos.

Jack Yeats poseía una visión impresionista del color, pero no era un gran dibujante. Era bueno, desde luego, y tenía un gran dominio de la técnica, pero comprendí que acabara inclinándose por el color y trabajando con trazos gruesos y sinuosos, empleando tonos de gris y azul cada vez más mezclados entre sí, en un intento de captar la luz irlandesa. La obra que yo había copiado, sin embargo, era de sus años mozos, una aguada a pluma y tinta, sin color. A primera vista no parecía mucho mejor que las ilustraciones anónimas que uno podría encontrar entre las páginas del *Saturday Evening Post*, pero su estilo poseía una peculiaridad que solo cobraba interés cuando se intentaba copiar. Las líneas eran ondulantes, a menudo de trazo grueso, hechas con una pluma cargada de tinta y guiada por una mano segura. Nunca se solapaban ni delataban el menor rastro de duda. Del mismo modo, había un espacio de separación que se distinguía nítidamente incluso entre los trazos más finos y cercanos entre sí, por lo que, si bien Yeats cubría buena parte del papel con tinta, y aunque se tratara de dibujos diminutos, acertaba a crear una sensación de espacio y movimiento.

Entrando y saliendo de la casa de la señora Heath, que a veces me dejaba a solas durante unas horas, logré hacer un esbozo de la obra en un trozo de papel que guardaba doblado en el bolsillo. Se me hacía raro copiar un cuadro línea a línea en arrebatos frenéticos. Si se lo hubiese pedido, claro está, la señora Heath me hubiese dejado quedarme allí todo el día copiándolo sin tapujos. Creo que hasta me hubiese dejado llevarme prestado el original, la pobre. Pero yo me había embarcado en una empresa furtiva, y me interesaba llegar hasta el final.

Al cabo de varios días, había terminado la copia. Me la llevé a casa y la desdoblé sobre la mesa de pino. Aquello era un auténtico desastre. Era tan malo que rompí a reír mientras lo contemplaba. Parecía un boceto hecho por una comisión cuyos

integrantes solo pudieran dibujar un cuadrante cada uno, completamente ajenos a lo que hacían los demás. Cada vez que había copiado un trozo, parecía haberle aportado un estilo diferente. Peor aún, los distintos elementos del boceto no guardaban ninguna proporción entre sí. Joven e histriónico como era, lo quemé allí mismo, cuando hubiese bastado con tirarlo a la basura.

Y así aprendí cómo no copiar una obra de arte. Pero también aprendí que el modo más fácil de captar el estilo de un artista era hacerlo a mano alzada, sin la referencia directa del original. A lo largo de los siguientes dos días, trabajando de memoria en mis aposentos y sin echar un solo vistazo al original del salón, bosquejé mi propia versión de los portadores de turba de Jack Yeats. El resultado, si bien era claramente distinto del original, reproducía su estilo de un modo muy fiel. Había hecho mi primera falsificación digna de ese nombre, aunque por entonces no lo sabía. El siguiente paso sería ponerlo en el marco como un reemplazo temporal para poder llevarme el original y copiarlo a mis anchas.

La oportunidad de dar el cambiazó llegó un viernes por la tarde. La señora Heath tenía invitados y me pidió que la ayudara a limpiar y sacar la plata y la cristalería. Compró algo de vino y me pidió que abriera una botella para probarlo. Así lo hice, y luego me indicó que lo vertiera en una copa de cristal y le diera un sorbo. Bebí, y el sabor era agradable, aunque me pareció una bebida muy propia de ancianos.

La señora Heath se me acercó, se sirvió una copa de vino, lo probó y acto seguido lo escupió al suelo, cosa que, lo confieso, me dejó algo perplejo. Al parecer, estaba picado. Y lo mismo ocurrió con la siguiente botella, y con la otra, y con todas las que había comprado.

—¡Qué fastidio! Tengo que salir a comprar más vino. Eso significa que tendré que coger el coche para ir a Dalkey —comentó.

Me pidió que, en su ausencia, sacara brillo a las fuentes de servir.

Tan pronto como vi el coche alejándose tras la verja descolgué el Yeats, bajé corriendo al jardín y me fui a las caballerizas. Saqué el original del marco y lo escondí entre las páginas de un libro. Con las prisas, perdí dos grapas de la parte posterior del marco y rasgué el papel del dorso. Cuando fui a poner mi boceto provisional en el marco, resultó que era demasiado grande. También era de un blanco deslumbrante, y a diferencia de la tinta original, la mía relucía. No daría el pego ni por un segundo. Corrí hasta la cocina y saqué el cubo de basura de debajo del fregadero. Vací su contenido en el suelo y cogí puñados de viejas hojas de té y cáscaras de huevo rotas (en aquellos tiempos apenas comía ni bebía nada más). Arroqué los despojos sobre mi dibujo impoluto. Si lo hubiese destruido, me hubiese limitado a devolver el original a su sitio y empezar de cero, o quizá hubiese abandonado la empresa y hubiese llevado una vida distinta y me hubiese convertido en una persona mejor.

Dejé las hojas de té y las cáscaras de huevo sobre el dibujo durante veinte minutos, las humedecí ligeramente y luego las barrí con cuidado, primero con la

mano y después con una brocha de cerdas gruesas que algún día usaría para pintar. Funcionó, por lo menos hasta el punto de satisfacer mis exigencias de entonces. Para cuando terminé, la señora Heath debía de haber salido de la tienda de Dalkey y seguramente estaba ya a medio camino por Killiney Hill Road. El papel ya no era de un blanco inmaculado, sino que parecía haber envejecido como por arte de magia. La humedad de las hojas de té incluso lo había alabeado ligeramente, lo que contribuía a darle un aspecto auténtico. Pasé cerca de diez minutos recortando los bordes, lo que acható y rebajó el cielo, aniquilando el escaso equilibrio que había logrado alcanzar. Pero era un dibujo de proporciones diminutas, y los detalles no se distinguían fácilmente, ni siquiera de cerca. Solo tenía que llenar un hueco durante unos días. Todo iría bien mientras nadie se detuviera a contemplarlo. Recé para que ninguno de los invitados de la señora Heath fuera un entendido en la materia. Aún estaba clavando las grapas en la parte posterior del marco con el mango de un destornillador cuando un crujido en la grava y el sonido de un motor me anunciaron que la señora Heath había vuelto.

Cogí el dibujo enmarcado y salí corriendo al jardín, justo a tiempo para verla entrando en la casa. El marco era demasiado grande para intentar ocultarlo bajo la camisa. Estaba convencido de que tan pronto como entrara se percataría de su ausencia. Me llamó a voz en grito. No tenía sentido esconderme.

—¡Ya voy! —contesté.

Apareció en el umbral de la puerta y me llamó de nuevo desde el otro extremo del jardín, sin darse cuenta, al parecer, de que llevaba algo en las manos.

—Por favor, coge la caja de vino que está en el asiento de atrás. Pesa demasiado para mí.

Dicho lo cual, entró en la casa de nuevo.

Me asomé al coche. En el asiento trasero había una caja de madera de las que se usaban para transportar leche, y contenía una docena de botellas de vino. Coloqué el cuadro sobre la caja y la cogí con ambas manos. La señora Heath estaba en lo cierto: pesaba como un muerto.

—Tráela aquí, Henry. Al salón.

Entré como pude y me la encontré contemplando con gesto ceñudo la mesa a medio poner.

—No has limpiado la plata, como te había pedido —observó—. ¿Has hecho algo en mi ausencia?

Miré de reojo hacia la chimenea. En el lugar del cuadro, sobresalía un rectángulo de papel pintado de un verde más claro que el resto.

—He tenido que ir al baño —me excusé.

Dejé la caja en el suelo, colocándome entre ella y el hueco vacío de la pared, y cuando se volvió para examinar la cristalería saqué el cuadro de la caja.

—Vaya por Dios. Bueno, por lo menos habrás vuelto a tu piso para hacerlo, ¿verdad que sí, Henry?

Se dio la vuelta y yo escondí el cuadro en la espalda casi por instinto, pero no bien lo hice supe que aquello no podía salir bien, así que, prolongando el extrañamiento que había iniciado, di un paso atrás, me tambaleé y acabé dándole una patada al escritorio sobre el que descansaban las dos botellas de vino abiertas y desechadas. Una de estas se estrelló contra el suelo y la señora Heath gritó algo sobre su alfombra persa y se dejó caer de rodillas. Yo aproveché para colgar la falsificación en la pared que quedaba a mi espalda, y luego me desplomé en el suelo como si me hubiese desmayado.

La señora Heath logró salvar su alfombra persa, tras lo cual me cubrió de atenciones, convencida de que el esfuerzo de cargar la caja me había hecho perder el conocimiento. Me dijo que me fuera a descansar, pues llamaría a una amiga para que la ayudara a preparar la cena.

Cuando Monica llegó, aquella misma noche, le conté mis peripecias y le enseñé el original sustraído.

—¿Esto es? —preguntó, ladeando la cabeza para observar la obra—. No puedo decir que me parezca gran cosa.

—Ni yo —recuerdo haber dicho.

—Entonces debe de ser fácil. ¿Por qué no haces unas cuantas copias, ya puestos? Podríamos venderlas todas como si fuesen el original y así ganaríamos mucho más.

—No tenemos tiempo —objeté—. Si alguien se fija en el boceto que dejé en la pared del salón, se dará cuenta enseguida de que es falso. Cuanto antes lo devolvamos a su sitio, mejor.

—Pues entonces dedícate a copiar tu propia copia. ¿Es que tengo que pensar yo en todo?

Media hora después, Monica retomó su idea anterior.

—Si hicieras una copia lo bastante buena, ¿no podrías usarla para hacer otras?

—He estado pensando en todo esto, Monica —le dije—. No sabemos nada sobre el comercio de obras de arte. Seguro que hay un montón de cosas que cualquier comprador buscaría y que no he hecho bien. El tipo de papel, filigranas, números de registro, y todo eso. Creo que podemos venderlo una sola vez, pero si no queremos que nos pillen habrá que vender el original, y aprovechar para averiguar qué clase de cosas buscan los compradores. Y necesitaremos una buena historia para justificar el hecho de tenerlo, y asegurarnos de que ella no denuncia su desaparición.

Creía que Monica empezaba a perder el interés por el proyecto, pero entonces hizo algo muy grosero y al mismo tiempo revelador, aunque ella estaba convencida de que era una idea de lo más astuta. Tras trabajar durante toda una semana había dado la réplica por terminada, pero no estaba del todo satisfecho con mi obra. Parecía la copia de un original. Había solucionado el problema del lustre del papel y el brillo de la tinta nueva, pero la composición seguía careciendo de fluidez. Cuando volví al salón de la señora Heath y contemplé la obra improvisada y envejecida que tanto había desdeñado, comprendí con horror que era la mejor de las dos que había hecho.

Era mala, pero seguía siendo mejor que la otra porque la había hecho a mano alzada. De algún modo, aquellos trazos hechos de memoria componían una obra de arte original que reproducía el estilo de Yeats. La que había copiado directamente, en cambio, era una réplica sin vida. Solo entonces me di cuenta de que falsificar no tenía nada que ver con copiar, sino que era una forma de arte, el proceso de meterse en la mente de un artista.

Cuando volví a las caballerizas aquella noche, Monica estaba en el sofá, consultando la cartelera cinematográfica de Bray. Eché un vistazo a mi copia de Jack Yeats y me quedé atónito. Me fui al fregadero para coger una taza de suero de mantequilla tras la que esconder el rostro mientras recobraba la compostura. En el vértice superior izquierdo de la hoja, Monica había pintado un diminuto punto negro. Supongo que daba por sentado que nadie lo vería, pero cantaba tanto que bien podría haberlo hecho con tinta roja. Lo había plantado en una de las mejores partes del boceto, allí donde había logrado que las líneas se curvaran y solaparan sin llegar a tocarse. Más allá de su alarde de ignorancia estética, estaba la cuestión de por qué lo había hecho, a la que solo cabía dar una respuesta: no confiaba en mí. Había querido asegurarse de que me quedaba realmente el original en lugar de devolvérselo a mi benefactora.

Vimos la película *Nacida libre*.

Dios santo, cómo llegué a odiar esa película y esa canción. Monica la estuvo tarareando sin cesar durante semanas. Incluso ahora me parece oír a Matt Monroe cantando «libre como la hierba que crece». Cuando devolvieron a la leona Elsa a la selva, Monica lloró a moco tendido.

—No es tan fiera la leona como la pintan —bromeé, pero al parecer no le hizo ni pizca de gracia.

En parte por lo difícil que resultaba conseguir anticonceptivos en Irlanda, y en parte también por mi falta de arrojo, Monica nunca se había quedado a dormir. Aunque por lo general me lamentaba de ello, aquella noche me alegré de quedarme a solas. Mi habilidad como falsificador había mejorado de un modo tan vertiginoso que ahora mi copia se me antojaba un fracaso estrepitoso. Mi réplica de la firma del artista no estaba mal del todo. Había estado practicando y había descubierto un truco por mí mismo. Para falsificar la firma de alguien, lo que hay que hacer es darle la vuelta al cuadro y copiarla de ese modo.

El otro error elemental que había cometido había sido el de dibujar sobre una hoja de papel nueva y luego intentar envejecerla. Tras el experimento con el té como agente envejecedor, descubrí la solución que habría de usar a lo largo de los siguientes años (hasta que decidí no emplear más soporte que el papel original de la época), que consistía en ahumar las hojas al fuego de leña verde. También se puede usar madera de plátano, si uno tiene la suerte de encontrarla, claro está. Para añadirles algunas manchas que dieran la impresión de que el papel empezaba a enmohecer y a descomponerse, había humedecido ambas hojas. A una la había rociado con el café

que Monica había comprado, y sobre la otra había restregado trozos de herrumbre de uno de los viejos clavos que asomaban de las paredes de las antiguas caballerizas. Al examinarlos de nuevo, comprobé que la hoja que había tratado con herrumbre había seguido envejeciendo de forma espontánea y tenía un aspecto mucho más natural que la otra (aunque más tarde descubrí que el proceso puede resultar demasiado agresivo, hasta el punto de agujerear el papel). Cogí la hoja y le apliqué una capa de cola en el dorso que en unos días le daría una consistencia más dura, aportándole así otra señal de autenticidad, si alguien decidía examinarla más adelante.

Aquella noche me quedé despierto copiando de nuevo la aguada a pluma y tinta. Trabajé de prisa y obtuve un resultado mucho mejor, así como un aspecto mucho más natural. Cuando terminé, despuntaba el alba. Aparté las plumas, flexioné la mano dolorida, me recliné hacia atrás y me quité los calcetines, que olían un poco. Entonces froté ligeramente el dibujo con uno de ellos, con mucha suavidad, asegurándome de que solo tocaba las zonas en las que la tinta se había secado. El efecto que buscaba era desdibujar y romper algunos trazos de forma casi imperceptible, como si una raya formada por limaduras de hierro que se mantienen juntas gracias a un imán se viera ligeramente deformada por una o dos virutas mal alineadas. El resultado era casi perfecto. Mi siguiente misión era volver a dejar el original de la señora Heath en su sitio sin que Monica se enterara. Prefería arriesgarme a que me pillaran antes que robar a una mujer que solo me había tratado con bondad. Antes falsificador que ladrón.

Quiso la suerte que tuviera ocasión de volver al salón aquella misma mañana, cuando la señora Heath cruzó el jardín presa del pánico para decirme que había algún bicho atrapado en la chimenea del salón. Metí en el bolsillo una navaja, algo de cola y un pequeño destornillador antes de salir hacia la casa. Cuando llegué allí, una paloma mugrienta y sin cola yacía en el hogar, aleteando desesperadamente. Una vez limpias, algunas de sus plumas servirían para dibujar.

Aplasté la cabeza de la paloma con el atizador, luego saqué el Jack Yeats que llevaba escondido debajo de la camisa y, con sumo cuidado, lo volví a dejar en su marco, donde espero que siga.

Mientras cruzaba el jardín de vuelta a casa, abollé entre los dedos mi primer intento de copia y lo arrojé al cubo de la basura sin ni siquiera mirarlo. Unas horas más tarde, allí estaba Monica, escrutando mis dos falsificaciones, sin poder evitar que los ojos se le fueran hacia la fea mota negra que había pintado.

—¡Son idénticos, Henry! Dime cuál es el original.

—Adivínalo.

Señaló con gesto inocente el dibujo que ella misma había alterado. Se suponía que aquella era mi gran prueba de fuego. Su rostro era el fiel reflejo de la duda que la corroía. Por un lado, deseaba que yo asintiera, que dijera que aquel era el original, para así ver confirmadas sus sospechas de que el mundo entero era tan desleal como ella. Pero por otro lado quería creer en la verdad y la bondad humanas. Sentí

vergüenza ajena.

—No, no. Esa es mi copia. Este de aquí es el original.

Monica me miró con una sonrisa de oreja a oreja, los ojos arrasados en lágrimas de confianza, y dijo

El timbre sonó. Blume dejó el cuaderno en lo alto de la nevera y fue a abrir.

Kristin lucía una blusa de seda azul turquesa con tres botones desabrochados y una falda oscura que apenas si le cubría las rodillas. Llevaba el pelo suelto, y parecía bastante más largo y ligeramente más pelirrojo de lo que Blume recordaba.

Entró, rozó sus dos mejillas con las de Blume y luego, tocándole el hombro y empujándolo muy suavemente hacia delante, hizo pasar a un joven de poco más de treinta años que se quedó plantado a escasos centímetros de Blume. Vestía gruesos pantalones de color *beige* y camisa de sarga con bolsillos de solapa en la pechera.

—Te presento a Greg —dijo Kristin—. Greg, te presento a Alec.

—Me alegro mucho de conocerte, Alec —saludó Greg, cogiendo la mano de Blume para estrecharla.

Aumentó ligeramente la presión de los dedos justo antes de soltársela, y al pasar al salón apoyó una mano en el codo de Blume.

—Kristin me lo ha contado todo sobre ti. Menuda historia.

Cuando sonreía, se le formaban dos pliegues simétricos en las mejillas.

—¿Qué historia?

—La historia de tu vida, Alec. O una parte de ella —repuso Kristin.

—¿Eso le has contado?

—Solo las partes relevantes. O cómo un ciudadano estadounidense acaba convertido en comisario de la policía italiana.

—¿Por qué? —inquirió Blume—. ¿Acaso piensas escribir un manual para principiantes? Primer paso, viajar a Italia; segundo paso, hacer que alguien mate a tus padres a balazos...

—Esto... Alec, ¿puedo ir al cuarto de baño? —preguntó Greg.

Mientras Blume se lo pensaba, Kristin le indicó el camino por señas. Luego Blume y ella pasaron a la cocina, que seguía oliendo a humo.

—Quién coño... —empezó Blume, pero Greg ya estaba de vuelta con las cejas enarcadas y un simpático gesto de perplejidad estampado en el rostro.

—Perdona —dijo Greg—, pero me he perdido. Creo que he entrado en tu dormitorio, Alec.

—No, no te has perdido —le aseguró Kristin—. Para llegar al cuarto de baño hay que cruzar la habitación. Es lo que se llama un baño en *suite*.

—No me gusta entrar en habitaciones ajenas —replicó Greg—. ¿No hay... esto... otro baño que pueda usar?

—No, no lo hay —repuso Blume.

—¿Solo tienes un baño?

—¿Acaso te molesta? —preguntó Blume.

—No, qué va, me parece perfecto —aseguró Greg, y desapareció otra vez.

La mesa de la cocina aún estaba puesta para dos. Kristin añadió otro mantel individual y luego abrió el cajón de los cubiertos.

—Solo necesitamos cucharas y cuencos. Vamos a comer carne con chile. Los tacos se han quemado.

—Me preguntaba de dónde venía este olor —repuso ella—. ¿Puedo cerrar la ventana?

Blume se encogió de hombros. Apagó una vela roja que descansaba sobre la mesa.

—Se supone que sirve para eliminar el mal olor, pero no lo ha hecho —se excusó.

Llenó una jarra con agua del grifo, la dejó en el centro de la mesa y aprovechó para quitar el candelabro plateado.

Kristin se sentó a la mesa y Blume volvió a los fogones. Apagó el fuego de la carne con chile, que empezaba a pegarse, y lo removió.

Greg regresó del cuarto de baño, miró a su alrededor con gesto de aprobación y fue a sentarse delante de Kristin.

—Alec, está muy bien este pisito. Oye, ¿dónde te sientas tú? ¿Quieres que vaya a buscar una silla? Solo dime dónde están.

Blume abrió la boca para decírselo, pero Kristin se le adelantó.

—Ya voy yo a por una silla del salón.

—Gracias —dijo Blume—. No suelo tener tantos invitados.

—Me pregunto por qué —le espetó Kristin al pasar por su lado.

—Me ha comentado Kristin que no tomas alcohol —observó Greg—. Me parece admirable.

Blume dio unos golpecitos con la base del pesado cucharón de servir contra la palma de su otra mano, dice su peso y potencial.

—De admirable no tiene nada —repuso.

—Eso me dice que sabes cómo manejar los problemas personales.

Greg se sirvió agua de la jarra.

—¿Eso te dice?

Blume dejó la olla sobre la mesa y sirvió tres raciones con el cucharón.

Greg levantó su vaso.

—¿No tendrás unos cubitos de hielo y unas rodajas de limón para echarle al agua?

—Ni idea —repuso Blume—, pero puedes buscarlos. Como si estuvieras en tu casa.

Greg sonrió y miró alrededor como si buscara un intérprete.

—Ahí, en la nevera —precisó Blume.

Cuando Kristin regresó con la silla, Greg tenía la cabeza metida en el congelador y preguntaba:

—¿Cómo es que no tienes hielo?

Kristin dejó la silla junto a la cabecera de la mesa, se acercó a Greg y lo condujo de vuelta a la mesa.

—Tengo un limón en la nevera —informó Blume.

Kristin tiró con fuerza de la puerta de la nevera, hasta que esta se abrió a regañadientes con un suspiro, y sacó medio limón arrugado y cubierto de moho azul que sostuvo en alto.

—¿Te refieres a este?

—Ajá, ese es —confirmó Blume.

Se sentaron los tres, Greg enfrente de Kristin y Blume presidiendo la mesa. Greg

se inclinó para servirle agua a Kristin y aprovechó para decirle algo en susurros.

—No —contestó Kristin—, primero comemos y luego hablamos. ¿Cómo se come esto, con cuchara?

—Parece lo más razonable —repuso Blume—. Me ha quedado un poco más líquido que de costumbre.

Cogió una cucharada, sopló para enfriarla y se la llevó a la boca. Sal, necesitaba una pizca más de sal. En cambio había guindilla más que suficiente. Bastante más. Notó cómo la cara interna de los labios y el suelo de la boca reaccionaban al picante.

En un primer momento le encantó la sensación de calor que le abrasó la garganta y ascendió en dirección a los senos nasales. Con la segunda cucharada, Blume se percató de que la quemazón de la primera aún no se había disipado. Se le empezaron a entumecer los labios por dentro, y la sensación de ardor en la garganta se hizo casi insoportable. De pronto, le picaban los lados de la lengua como si los tuviera en carne viva, y empezó a moquear sin remedio. Para entonces, la llamarada del picante le había bajado hasta el esófago y le atacaba la boca del estómago. Sus intestinos ya empezaban a contraerse y relajarse de forma rítmica y repetitiva, tratando al mismo tiempo de cerrarle el paso a la toxina que se acercaba y de expulsarla lo antes posible, de un modo explosivo si fuera necesario. Tenía los ojos llorosos y empezó a aspirar aire por la boca en un intento por refrescarla.

Alargó la mano hacia la jarra del agua exactamente al mismo tiempo que Greg, que se le adelantó por unas décimas de segundo. Con un revés de muñeca, Blume apartó la mano de Greg, se llenó el vaso de agua y la engulló sin soltar en ningún momento la jarra, que mantenía secuestrada y apartada de la mesa con la otra mano. Volvió a llenarse el vaso y bebió. El agua parecía no servir sino para oxigenar e intensificar el efecto del picante. Kristin se había llevado las manos a ambos lados del rostro, se presionaba la barbilla con los pulgares y parecía estar llorando. Blume le pasó la jarra y Kristin se bebió lo que quedaba de agua. Greg ya se había acercado al fregadero y tragaba vasos llenos de agua del grifo, uno tras otro, indiferente de pronto a la ausencia de hielo. La nariz de Blume moqueaba sin cesar y todo su cuerpo había empezado a sudar profusamente. Se levantó de la mesa y se fue a toda prisa a su habitación y de allí al cuarto de baño, donde se mojó la cara con agua, se sonó la nariz, se sentó en el váter y se llevó las manos al estómago.

Quince minutos más tarde, volvió a la cocina. Greg se presionaba la mejilla con la mano, como si tuviera dolor de muelas, y Kristin, cuyo rostro refulgía, se había sacado la blusa de la cinturilla de la falda y se había desabrochado otro botón.

—Se te ha ido un poquito la mano con la guindilla, ¿no? —dijo Kristin.

—Se supone que comer pan ayuda —repuso Blume.

—Sí, eso dicen —replicó Kristin—. Lástima que en la panera no haya más que piedras con forma de pan.

Dejaron los platos en la mesa de la cocina y pasaron al salón. Kristin se acomodó en el sofá, Blume en el sillón y Greg volvió a la cocina para coger la silla de madera.

Se quedaron allí sentados como tres nadadores exhaustos, chorreando de sudor y respirando pesadamente durante un buen rato, hasta que Kristin dijo, al tiempo que enderezaba la espalda y se abrochaba un botón de la blusa:

—Greg lleva aquí tres meses. Es agregado cultural, como yo. Lo han asignado al Departamento de Cultura.

—¿Habla italiano? —inquirió Blume, mirando a Greg mientras formulaba la pregunta.

—Mi dominio del italiano fue calificado de excelente —contestó Greg—. Por eso me han enviado a mí. También hablo español y francés.

—Eres más raro que una mosca blanca, ¿verdad? —le espetó Blume.

—No sé a qué te refieres. Escucha, Alec, hace dieciocho meses te comprometiste, como ciudadano estadounidense, a emplear los recursos que tuvieras a tu alcance para contribuir a aumentar la base de datos de la embajada, ¿no es cierto?

Blume miró a Kristin, pero no halló ni rastro de compasión.

—Alec, te estoy hablando, ¿sabes? —lo reconvino Greg.

Blume cogió el mando a distancia y encendió la tele. En la cadena elegida, los invitados del plató comentaban a voz en grito la repetición a cámara lenta de un controvertido fuera de juego de Zlatan Ibrahimovic.

—Alec, apaga la tele —ordenó Kristin.

—No, espera un segundo... Quiero escuchar esto. Por Dios, la Roma ha perdido contra el Siena, ¿os lo podéis creer? ¡Contra el Siena!

—¡Alec! —Kristin se levantó y apagó el televisor—. Venga, no nos lo estás poniendo fácil.

—Pues deja de hacerme perder el tiempo —replicó Blume—. Hablemos del coronel Farinelli. Es evidente que te interesa, pues de lo contrario ni tú ni el niño prodigio estaríais aquí.

Kristin soltó una carcajada.

—A ver si creces de una vez, Alec. Greg tiene algo que contarte, algo relacionado con hechos que tuvieron lugar mucho antes de que él naciera, pero cuyos detalles conoce a fondo.

—Muy bien, Alec —empezó Greg—. Iré directo al grano, si no tienes inconveniente: la embajada teme verse en una situación incómoda. —Hizo una pausa para comprobar si sus palabras ejercían algún efecto en Blume antes de proseguir—: Todo esto ocurrió hace siglos, así que tampoco es tan importante, pero estaría bien que Farinelli y esta investigación abierta por la muerte de Treacy no se salieran de madre ni abrieran viejas heridas.

—No es que todo esto ocurriera hace siglos; lo que pasa es que tú eres demasiado joven —dijo Blume—. Después del asesinato de Moro, Cossiga tomó las riendas del poder y luego se las traspasó a Andreotti, que las compartió con Craxi, que a su vez se las pasó a Berlusconi, y aquí estamos todos, felices y contentos de vuelta al presente.

—Un resumen bastante simplista —opinó Greg—. Y te has dejado en el tintero a unos cuantos primeros ministros.

—¿Simplista? Te diré lo que es simplista... —empezó Blume, pero Kristin lo atajó.

—Tranquilo, Greg, ya sigo yo —dijo—. Alec, ¿has oído hablar de Richard Gardner?

—¿No era el embajador estadounidense por entonces? Recuerdo que mis padres recibieron invitaciones para unos cuantos estrenos cuando él estaba al mando.

—Correcto. Estuvo en Roma como embajador entre 1977 y 1981.

—Durante el mandato de Carter —puntualizó Greg.

—Gracias por recordármelo, Greg —ironizó Blume—. ¿Y qué pasa con él?

—Escribió un libro sobre su estancia en Roma titulado *Misión Italia*. Se publicó hace unos años —explicó Kristin—. Es un libro bastante bueno. Bien escrito, elegante, cortés, erudito... un poco como el propio Gardner.

—Bueno, eso está bien —dijo Blume.

—Sí que lo está. Aporta una buena imagen de la embajada y ofrece un relato lúcido y sincero sobre la postura política de Estados Unidos en Italia durante el secuestro y el asesinato de Moro.

—¿A qué postura te refieres?

—Ayudar en lo posible sin involucrarse demasiado. No interferir. Nuestro jefe de seguridad, un tipo llamado Arthur Brunetti, escribió una especie de biblia sobre las Brigadas Rojas y el asesinato de Moro. El gobierno de Estados Unidos envió a un hombre llamado Steve Pieczenik, experto mediador en casos de secuestro, para ver si podía ayudar al gobierno italiano hablando con todas las partes implicadas. Pero resultó que no pudo hacerlo, así que se volvió a casa.

—¿Qué no pudo hacer, hablar?

—Quizá. No lo sé. Hablaba francés, ruso. Se pasó cincuenta y cinco días en compañía de Cossiga y de unos cuantos carabinieri.

—¿Incluido Farinelli?

—Es posible.

—¿Si que vivo ese tal Pieczenik?

—Sí. Tiene más de setenta años. ¿Conoces a Tom Clancy, el escritor? Bueno, pues Pieczenik es su mano derecha. Escriben a cuatro manos todas esas novelas de suspense de las series Net Force y Op-Center.

—¿Cómo se escribe Pieczenik?

Kristin deletreó el apellido.

—Uno de sus libros habla sobre el secuestro de Moro —apuntó—. No logró que se lo publicara ninguna editorial...

—Si escribe con Tom Clancy y no consiguió que se lo publicaran, solo se me ocurre que alguien se lo impidió.

—No logró que se lo publicara ninguna de las grandes editoriales, así que optó

por la autoedición, y ese dato debería bastar para desterrar tus delirios conspiratorios y la idea de que alguna agencia gubernamental intentó impedir que sus revelaciones vieran la luz. El libro se titula *Terror contra terror*, y puede que contenga versiones ligeramente noveladas de personas reales.

—Alguien se dispone a abrir la caja de Pandora, ¿es eso?

—Básicamente, sí. Preferimos de lejos los elegantes relatos de aquellos años firmados por Gardner y Brunetti a los de cualquier otro. Si Farinelli empieza a salir de nuevo en los diarios y a evocar los tiempos que pasó con los falsificadores Treacy y Chichiarelli, puede que nos veamos obligados a saltar a la palestra para evitar males mayores. Podemos hacerlo, pero preferiríamos que no fuera necesario.

—No hay problema. Creo que el coronel Farinelli comparte la opinión de la embajada de que cuanto menos se diga, mejor.

—En realidad sí, así es. Pero anoche murió un hombre que quizá escribiera un borrador o un libro que habla precisamente sobre esas cosas que tanto la embajada como Farinelli, el gobierno y la mayor parte de los partidos de la oposición preferirían olvidar.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Blume.

—Lo que son las cosas... Poco después de que me llamaras para sondearme sobre el coronel, él llamó para sondearme acerca de ti. Al parecer, está convencido de que tienes esos manuscritos en tu poder. ¿Es cierto?

Greg decidió que había llegado su turno de intervenir.

—No es que queramos suprimir nada, no somos como... Irán, ni la China. Pero estaría bien saber qué clase de cosas podemos encontrarlos.

—Más vale prevenir que curar, aunque solo se trate de un simple resfriado —abundó Kristin.

—¿Incluiría eso impedir la publicación de los escritos? —preguntó Blume.

—De ninguna manera —contestó Greg—. Sencillamente no es nuestra forma de trabajar.

—Además, ¿quién iba a querer publicar los delirios de un falsificador caído en desgracia? —apuntó Kristin—. A propósito, a mí me da en la nariz que sí los tienes, Alec.

Blume se levantó, fue a la cocina, abrió la ventana y se asomó para inspeccionar la verja del patio y la calle, tres plantas más abajo. El coche azul seguía allí.

Se apartó de la ventana, cogió el cuaderno que había dejado sobre la nevera y regresó con sus invitados.

—Oye, Greg —dijo en tono afable—, voy a leerte un pasaje de uno de los cuadernos, a ver qué te parece.

Localizó el pasaje sobre Moro que había visto antes y lo leyó en voz alta:

En mayo de aquel año, los dos estudiantes estadounidenses con los que J. había estado hablando encontraron una cartera de piel en el asiento trasero de

un taxi. Contenía una Beretta, un paquete sin abrir de cigarrillos Muratti, la marca que solía fumar el primer ministro asesinado, once balas del 7.65, el mismo número y calibre de las balas con las que habían acribillado a Moro, una bola manchada de tinta, un llavero con un manojito de llaves, un falso permiso de conducir, recargas de *flash*, un trozo de papel, un paquete de pañuelos Paloma, la misma marca que embutieron en los agujeros de bala del cuerpo de Moro, y un mapa que mostraba la zona del lago de Vigo y varias páginas escritas en un código secreto (...). Los dos estudiantes llevaron la cartera al cuartel de los carabinieri de Podogora, donde los entrevistó el capitán Farinelli. Farinelli jamás reía, pero hasta él debió de sonreír con sorna al ver cómo las pruebas que Tony y él habían colocado con tanto cuidado en el taxi volvían directamente a su propio escritorio. Si aquellos chicos americanos hubiesen tenido el detalle de llevarse las pruebas a otro cuartel, o mejor aún, a la policía... Pero lo que ocurrió fue que regresaron a su punto de partida, como un bumerán, y de pronto todo el mundo sospechaba de Farinelli. Mucha gente sospechaba que los dos estudiantes americanos también estaban en el ajo, pero no era así.

Greg parecía atónito.

—Once balas del 7.65. El mismo número de balas que se halló en el cuerpo de Moro... ¡no falta detalle! —Miró a Kristin y añadió—: Eso sí, no entiendo lo de la bola manchada de tinta.

Blume contestó por ella:

—Se refiere a una bola de tipos, una pieza de las máquinas de escribir eléctricas.

—Claro, joder. Lo sabía —dijo Greg.

—Nadie puede recordar todo lo que ha aprendido, Greg —repuso Blume—. Dime, ¿has venido hasta aquí tú solo o te ha acompañado Kristin?

La interpelada arqueó las cejas.

—¿Estás celoso o algo? —preguntó Greg—. Porque te aseguro que no...

—¿Sí o no? —insistió Blume.

—Por supuesto que he venido en mi propio coche. Kristin me llamó y acordamos vernos aquí.

Blume alzó una mano en el aire.

—Muy bien, eso es lo que quería saber. Bueno, eso y tu número de móvil.

—¿Para qué lo necesitas? —Greg sonaba preocupado.

—Ya lo verás. ¿Tienes tú el mío? —Greg pareció vacilar, y Blume añadió—: Ya veo que sí. Bien, llámame.

Greg cogió el móvil y segundos más tarde el de Blume empezó a sonar en su bolsillo.

—De acuerdo. Luego guardaré el número.

—Alec, por favor dime qué estás haciendo —intervino Kristin.

Blume cogió el cuaderno del regazo de Greg.

—Este es solo uno de los cuadernos —dijo—. Los otros dos están en el estudio.

Se dirigió al estudio de sus padres y escondió los cuadernos de Treacy bajo el sofá con relleno de crin. Luego sacó tres de los cuadernos en blanco de su padre, los puso dentro de una bolsa de plástico que encontró en la cocina y la llevó al salón, donde dejó que Greg echara un vistazo a su contenido.

—No quiero seguir teniendo estos cuadernos —afirmó. Greg hizo amago de sacarlos de la bolsa para mirarlos, y Blume dijo—: No, de verdad. Ya me he hartado de toda esta historia. Como estoy seguro de que ambos sabéis, el questore me ha apartado del caso. Esto es útil para mi país, y me alegro de poder ser de ayuda, pero estas notas también forman parte de una investigación que yo había empezado y... bueno, digamos que me gustaría poder volver a echarles un vistazo algún día, nada más.

—Te lo agradecemos, Alec —contestó Greg—. Nos será muy útil.

—¿Qué te traes entre manos, Alec? —preguntó Kristin.

—Estoy siendo amable. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—Pues sí, la verdad es que sí —replicó Kristin.

—Greg —dijo Blume—, al darte estos cuadernos infrinjo la ley italiana, pero estoy seguro de que el coronel no se opondrá a ello mientras sepa que están en buenas manos. Pero es una gran responsabilidad la que asumes. Estos cuadernos no pueden extraviarse, ¿entendido?

—Claro, no les pasará nada.

—No, Greg. Necesito que me lo prometas solemnemente. Quiero que cojas estos cuadernos y los pongas en un lugar seguro de la embajada. Ahora mismo. Puede ser en tu habitación, pero tiene que ser en la embajada estadounidense. No habrá un lugar mejor custodiado en toda la ciudad. ¿Harás lo que te pido?

Greg vaciló, intuyendo que estaba a punto de caer en una trampa pero incapaz de reconocerla.

—Tan pronto como llegues, podrás leerlos, fotocopiarlos, lo que haga falta. Pero estos originales deben estar a salvo, ¿me entiendes?

—¿Por qué me los confías a mí y no a Kristin? Tengo entendido que sois buenos amigos.

—Exacto —repuso Blume, guiñándole un ojo al joven y bajando el tono de voz—. Por eso mismo, si tengo que elegir cuál de los dos quiero que se quede aquí conmigo esta noche...

Greg sonrió abiertamente.

—Ya, lo entiendo perfectamente.

Blume se acercó a Greg y le puso la bolsa de plástico en las manos con gesto apremiante. Greg buscó la aprobación de Kristin, que se limitó a encogerse de hombros.

No bien se hubo marchado Greg con la bolsa en la mano, Kristin dijo:

—No sé a qué juegas.

—No estoy jugando —contestó Blume con aire distraído—. Perdona. Maldito chile. Tengo que ir al cuarto de baño otra vez.

—Creo que yo también me voy a ir.

—Por lo menos espera hasta que salga del baño.

Kristin torció el gesto.

—¿Tienes que ser tan explícito?

—Franco, querrás decir. Ser explícito implicaría una descripción... Dame tres minutos.

Blume cerró el pestillo de la puerta del baño, se metió en la bañera, abrió la ventana y sacó la cabeza. Oyó un chirrido seguido del estrépito de la verja al cerrarse, y entonces Greg salió a la acera y entró en su campo de visión. Blume sacó el móvil y le dio a la tecla de rellamada mientras veía a Greg sujetando la bolsa entre las rodillas para buscar el teléfono.

—Soy yo —susurró cuando Greg contestó—. ¿Te he dado los tres cuadernos?

Vio cómo Greg abría la bolsa, miraba dentro y cogía uno de los cuadernos sin acabar de sacarlo de la bolsa.

—Sí, están los tres.

—Estupendo —repuso Blume—. A lo mejor deberías dárselos a los marines de la verja de la embajada, ¿sabes?

—Sé qué hacer, Alec. Me dedico a esto.

—Genial.

Blume colgó y vio cómo Greg apretaba los volúmenes bajo el brazo antes de desaparecer en la noche.

Salió del cuarto de baño. Kristin se había abrochado los botones de la blusa y lo miraba con gesto severo.

—No nos estás ayudando, Alec. Se te ve el plumero.

—¿No te apetece quedarte?

—No creo. Tengo la sensación de que quieres que me quede para tener algún tipo de coartada. Ya hablaremos en otro momento. Gracias por la cena, ha sido un placer.

Se marchó. Blume se asomó a la ventana de la cocina, que ofrecía una vista más amplia de la calle de abajo. Ya no se veía a Greg. Entonces el coche azul arrancó y su brillo metálico destelló fugazmente al pasar bajo una farola. Tres minutos después, Kristin apareció en la acera. Miró hacia arriba y Blume le dijo adiós con la mano.

Ella no contestó.

Blume se preparó un espresso dulce en la cocina y echó un montón de azúcar en la pequeña taza. Sopló el café para enfriarlo y lo engulló como si fuera un trago de *bourbon*, manteniendo la taza inclinada para que los posos azucarados del fondo se deslizaran en su boca. Llamó a Greg de nuevo.

—Soy yo otra vez. ¿Os enseñan contravigilancia?

—¿De qué hablas?

—Puede que te estén siguiendo. Yo de ti no me iría a casa hasta haberlo comprobado. Lleva los cuadernos a la embajada. Te vuelvo a llamar en cinco minutos.

—Espera, yo...

Blume se tomó otro café, esta vez con menos azúcar. Cinco minutos más tarde volvió a llamar a Greg.

—¿Y bien?

—Tienes razón, me están siguiendo, sin la menor duda. Creo que no se molestan ni en disimularlo.

—Seguramente lo están intentando —repuso Blume—, lo que pasa es que no saben cómo hacerlo. Carabinieri... No dan una.

—¿Son carabinieri?

—Me imagino que sí. Cuanto más corta sea la distancia desde tu coche hasta la verja de la embajada, mejor.

—Tengo permiso, puedo entrar con el coche —repuso Greg.

—Bien, menos mal —dijo Blume.

Abrió el primer cuaderno y empezó a leer por la página en la que había interrumpido la lectura. Dos horas más tarde, puso otra cafetera al fuego. Eran las seis de la mañana cuando por fin cerró el segundo cuaderno.

Blume durmió a pierna suelta durante cuatro horas. A las diez salió a correr por el parque, que ya empezaba a llenarse de gente, como todos los domingos. Aún estaba disfrutando del dolor y el estiramiento de los músculos de las piernas cuando llegó a la comisaría. Las noches de los sábados eran las más ajetreadas, las mañanas de los domingos eran las más tranquilas. Grattapaglia estaba de pie junto a la máquina de café del pasillo, removiendo el azúcar de la diminuta taza de plástico que hacía que el café y todo lo demás que dispensaba la máquina supiera a petróleo. Blume lo tocó en el codo.

—¿Estás preparando los informes?

—Sí.

—Me alegro de saberlo. Las cosas no pintan nada bien para ti. Mañana se nombrará un investigador especial. Le llevará uno o dos días arrancar. Será mejor que sigas trabajando hasta el mismo momento de la suspensión.

Grattapaglia asintió con gesto tranquilo.

¿Dónde estaba aquella serena resignación del veterano ayer por la mañana?, se preguntó Blume.

Se encaminó a su despacho, y no bien lo hizo empezaron a desvanecerse los efectos tonificantes de la carrera. Estaba a punto de llamar a Caterina para averiguar hasta dónde había avanzado en la lectura de los cuadernos de Treacy cuando empezó a sonar el teléfono de su escritorio. Era el questore, que lo llamaba desde casa para recordarle que debía colaborar en la imposición de medidas disciplinarias al policía que había agredido al diplomático. Blume le dio largas y no le colgó el teléfono a su jefe mientras hablaba, pero poco le faltó.

Kristin lo llamó al móvil.

«Ha tardado más de lo que creía», se dijo Blume. Esperaba que lo llamara en plena madrugada.

—Supongo que te crees muy listo, ¿no? —le espetó Kristin nada más oír su voz.

—Sobre todo ha sido divertido —repuso Blume, aunque se oyó a sí mismo pronunciar la palabra «divertido» en tono neutro y desabrido—. ¿Cuándo se ha dado cuenta Greg?

—Esta mañana. Solo me lo ha dicho a mí, como puedes imaginar. Ahora mismo quiere matarte.

—Me encantaría ver cómo lo intenta.

—Dudo mucho que te encantara, de verdad. Escucha, Alec, necesito saber qué estás haciendo. Que no colabores con la embajada es una cosa. Eso nos da igual, hasta cierto punto. Pero esto de actuar contra nosotros...

—No es eso. Pienso colaborar contigo. Solo necesito un poco de tiempo para

revisar los cuadernos.

—¿Y lo de darle esos cuadernos en blanco qué era, una broma? —inquirió Kristin —. *Uno scherzo da prete.*

—Sí, claro.

—¿Y lo que me ha dicho Greg de que lo estaban siguiendo y tú le diste aviso? ¿También era una broma?

—¿Qué pasa, que ya no crees nada de lo que te diga Greg? —replicó Blume.

—¿Lo has usado como una especie de señuelo?, ¿es eso?

El móvil de Blume emitió un pitido para indicarle que había otra persona intentando ponerse en contacto con él. Apartó el teléfono de la oreja y miró la pantalla. Otro número desconocido.

—... esperando una respuesta, Alec.

—Oye, Kristin, te llamaré para seguir hablando de esto.

—Creo que te conviene hacerlo, de verdad.

Quienquiera que estuviese llamando había desistido. Entonces empezó a sonar el teléfono de sobremesa.

—Comisario Blume. —La voz de Farinelli sonaba más dulce por teléfono, casi afeminada—. Está usted en su despacho un domingo por la mañana... ¿Qué reconocimiento recibimos los funcionarios?

—¿En qué puedo ayudarlo, coronel?

—He pensado que quizá le interese conocer el informe de la autopsia de Treacy.

—¿Ya está listo?

—Aún no. Mañana por la tarde. Podríamos echarle un vistazo juntos mientras comemos. Y antes de que me lo pregunte: no, no tengo ni idea de lo que podemos esperar de ese informe.

—Suena divertido, pero no estoy seguro de poder quedar para comer.

—Soy flexible con los horarios de las comidas. Las tres de la tarde es buena hora para un tentempié. Las cinco también. Estoy seguro de que podrá usted escaparse en algún momento de la jornada. Es usted un oficial de mando. Delegue, y llámeme para saber en qué restaurante estoy.

—Veré qué puedo hacer, coronel.

Tras colgar, Blume se dio una vuelta por los despachos, saludó a las pocas personas que había por allí y luego decidió que sería más productivo si trabajaba en casa. Eligió tres carpetas sobre gestión de personal que supuestamente debía leer y comentar, y las metió en su cartera, por más que en el fondo supiera sin lugar a dudas que allí se quedarían hasta que las cargara de vuelta al día siguiente. Cuando estaba a punto de abandonar su despacho, llamaron a la puerta. La abrió él mismo, y se sorprendió al ver a Caterina.

La inspectora entró en el despacho y se quedó de pie en medio de la estancia, de nuevo ligeramente incómoda.

—¿Estás de servicio hoy? —preguntó él.

—Sí, media jornada.

—Ah.

—Quería preguntarte algo sobre el caso.

—Entiendo. En realidad, Caterina, la investigación por la muerte de Treacy no es una prioridad ahora mismo. Primero tenemos que resolver el nuevo caso de atropello y fuga. Krishnamachari, se apellidaba la víctima. Al igual que su hijo. Y también la hija fue víctima de intento de homicidio. No debería llevarnos mucho tiempo, ya que no se trata de un trabajo de investigación propiamente dicho. Solo tenemos que hacer de enlaces con el juez instructor, mediar en la negociación de los cargos con los abogados, comprobar los registros telefónicos, las coartadas, tratar de conseguir que alguien más dé un paso al frente. También habrá que poner al corriente a la DIA, puesto que la extorsión se relaciona directamente con la mafia. Pero será mejor que no comentes lo de Treacy con nadie, de momento.

—Solo lo he comentado contigo —replicó Caterina.

Blume se percató de que estaba pálida, y tenía los ojos tan hundidos y oscurecidos por las ojeras que parecían magullados.

—¿Te encuentras bien?

Caterina cruzó el despacho y se dejó caer en un sillón roto que Blume había relegado a aquel rincón.

—Estoy agotada —contestó—. He estado leyendo los cuadernos, y no puedo dejar de pensar en Manuela y lo de Pistoia. Quiero pedirte un favor. Estaba pensando en ir hasta allí mañana por la mañana. A primera hora. Solo para poder quitármelo de la cabeza de una vez.

—No —repuso Blume—. Andamos escasos de personal, tenemos el caso Krishnamachari, los atracos, y a Grattapaglia le va a caer una suspensión. Deberías saber que no es momento de pedir favores especiales.

—Mañana libro por la mañana.

—Afortunada tú. No querrás desperdiciar el tiempo. Aprovecha para estar con Elia. Haré unas pocas llamadas y resolveremos el misterio del código fiscal de Manuela.

—Si vas a hacer alguna llamada, preferiría que te pusieras en contacto con los nuestros en Pistoia, para que sepan que iré a verlos mañana. Sin contarlos como horas extra, claro está. Hasta me pagaré el viaje en tren de mi propio bolsillo.

—No, quédate el billete. Ya buscaremos el modo de reembolsártelo, aunque... Bueno, lo haríamos si fueras a ir, pero no vas a hacerlo.

—Sé que no has leído a fondo mi historial, pero ¿sabes al menos cuál fue mi mayor éxito en Inmigración, hace tres años?

—¿El desmantelamiento de la red croata de tráfico de personas? —repuso Blume—. Fue un buen trabajo policial. Y un buen trabajo en equipo. Por supuesto que me enteré de aquello.

—Te voy a contar cómo empezó todo —dijo Caterina—. Había un equipo que

llevaba algún tiempo vigilando un piso, casualmente no muy lejos del mío, con la esperanza de poder establecer un vínculo entre dos croatas que vivían allí y un traficante de armas albanas, pero no hubo ocasión de relacionarlos. Tres días más tarde ese equipo empezó a relajar la vigilancia porque no se había obtenido ninguna prueba concluyente. Nos habíamos resignado a confiar en las escuchas telefónicas, pero esos tíos no paraban de cambiar de números de teléfono y el juez ya estaba cansado de firmar autorizaciones para pinchar nuevas tarjetas SIM. Aquel día yo no estaba de servicio y pasé por pura casualidad a pocas calles del bloque de apartamentos que había estado bajo vigilancia, cuando iba a recoger a Elia. Me llamó la atención un BMW gris plateado. No recuerdo el modelo, pero parecía recién salido de fábrica, con ese brillo que hace que a algunos les entre el impulso de rayar los coches con una llave.

»Mientras caminaba me fijé, casi sin darme cuenta, en que la placa de la matrícula de atrás estaba ligeramente combada y cubierta de insectos muertos, pero pasé de largo y seguí avanzando hasta que, unos pasos más allá, tuve un presentimiento, como cuando sabes que una cosa no está donde la habías dejado. No, no es eso. Es más bien como cuando te sobresaltas al reconocer algo, aunque no sepas qué es lo que acabas de reconocer.

—Conozco esa sensación —dijo Blume.

—La matrícula sucia, ligeramente torcida en los bordes, no cuadraba con un BMW nuevo y reluciente. Estoy segura de que tú, y muchos otros, lo hubieseis visto enseguida, pero para mí fue como una revelación. Una revelación de que quizá sirviera para esto, de que no había cometido la clase de estupidez que hace que acabes odiando tu trabajo. Era una buena sensación. La matrícula era una DX, lo que se correspondía más o menos con la antigüedad del coche, pero aun así me acerqué para echarle un vistazo. Los bordes de la placa estaban ligeramente abollados hacia dentro, como páginas marcadas de un libro. Es la clase de daños que los pequeños golpes, los roces al aparcar y cosas así dejan en la matrícula delantera del coche, pero no en la de atrás. Además, la carrocería alrededor de la placa no presentaba ningún desperfecto. Daba la impresión de que habían puesto una vieja matrícula delantera en la parte de atrás del vehículo. Llamé en el acto para comprobar la matrícula. Resultó que la placa estaba asociada a un vehículo distinto, que pertenecía a un residente de Turin, que acababa de presentar ante la delegación general de tráfico una petición de sustitución de la misma, junto con la denuncia por el robo de las originales. El equipo de vigilancia llegó en media hora y, efectivamente, era el albanas. Había ido a visitar a los croatas justo cuando había cesado la vigilancia. Aquello fue el principio del fin de la banda.

Blume asintió.

—Entiendo tu punto de vista. Tienes una corazonada similar respecto a Manuela, su identidad y ese código fiscal.

—Ya sé que suena tonto...

—No. Tienes toda la razón del mundo. Eso es lo que hay que hacer. Lo que pasa es que... —Blume cerró el puño y se golpeó la barbilla lenta y repetidamente con él—. Déjame pensar... Mañana no estás de servicio, así que no es como si... Escucha, no te molestes en mencionarle el viaje a nadie. Solo te pido que guardes silencio sobre todo lo relacionado con el cuaderno de notas durante unos días, o hasta que tengamos algo más de margen de maniobra.

—O sea, nunca.

—No quiero que piensen que me dedico a malgastar recursos, y además se supone que debo mantenerme apartado de la investigación sobre la muerte de Treacy. Pero tienes razón en querer seguir esa corazonada. Haré lo que me pides. Llamaré a Pistoia para que estén sobre aviso. ¿A qué hora les digo que llegarás?

—A las 8.15 de la mañana. Hay un tren que sale de Termini a las 5.45.

—Ya has consultado los horarios de los trenes, por lo que veo.

—Bueno —contestó Caterina, al tiempo que sacaba una hoja impresa del bolso—. A decir verdad, ya he comprado el billete.

Tras llamar a Pistoia para avisar de la inminente llegada de Caterina y asegurarse de que la recibirían con todos los honores, Blume se fue a casa, donde pasó las siguientes horas leyendo el tercer cuaderno de Treacy, sin duda el esbozo de un manual para artistas que tenía intención de escribir. Le pareció muy técnico y más bien aburrido, y se alegró de poder dejarlo a un lado por irrelevante. Volvió a repasar el primer cuaderno y tomó notas hasta la hora de cenar. Luego hirvió arroz, salando el agua más de la cuenta, le echó aceite y parmesano y se lo comió directamente de la olla mientras empezaba a releer el segundo cuaderno.

Lo sorprendió la noche, y se dio cuenta de que estaba disfrutando más de lo que había supuesto con la situación. Ante todo, lo complacía su capacidad para desbaratar los planes del coronel, de John Nightingale y —justo era reconocerlo— de Kristin, Greg y el resto del personal de la embajada. No es que ella ni nadie más de la embajada tuviera motivos para preocuparse por los recuerdos lejanos de Treacy, pero su trabajo consistía en adelantarse a aquella clase de cosas, informar de ellas, avisar y minimizar las probabilidades de que algún periodista formulara una pregunta inesperada a algún responsable de la embajada. Algo que era hartamente improbable. El periodismo de investigación llevaba muerto más de una década. Pero darle los cuadernos a Kristin, o tan solo revelar algunos detalles de lo que contenían, era un favor que podía permitirse el lujo de hacerle, y le gustaba estar en posición de hacerle favores.

Antes de irse a dormir, dejó las memorias de Treacy en el estudio, llenando el hueco que habían dejado los tres cuadernos en blanco que le había dado a Greg.

La reunión del lunes por la mañana sobre el asesinato de Krishnamachari se celebraría a las diez en punto en la sala de conferencias, con sus mesas dispuestas en forma de herradura. Cuando llegó ya había ocho personas en la sala, incluido el juez asignado al caso. Blume buscó asiento entre los agentes de menor rango, un gesto campechano que molestó a algunos de sus superiores sin congraciarse con sus subordinados. Era consciente de que aquello no era lo más apropiado, pero la intención era buena, de modo que allí se quedó, haciendo que cuantos estaban a su alrededor se sintieran incómodos. Lo que necesitaba era que alguien como Paoloni le dijera que se fuera cagando leches a su sitio, junto a los demás mandamases.

La reunión empezó. El inspector Rosario Panebianco se levantó y se llevó un dedo a los labios para pedir silencio antes de tomar la palabra.

—No fue un atropello accidental, sino intencionado —empezó—. La víctima es... a ver cómo se pronuncia esto... Krishnamachari, ciudadano indio. Regentaba un

comercio en un barrio en el que no existe una comunidad india a la que acudir en busca de ayuda. Un lugar aislado muy cerca de Via Pamphili, en una sucia callejuela llamada Via Busiri Vici. Se pasaba todo el día solo en la tienda. Un objetivo fácil. Tenía dos hijos a los que mantener. Lo presionaron para que pagara un *pizzo* del diez por ciento de la facturación, y lo denunció. Esto fue el año pasado.

Panebianco se sentó y señaló con la cabeza al juez de instrucción Gestri.

El rostro de Gestri mostraba la mueca tensa de un hombre que viaja en moto a gran velocidad hacia un destino importante. Tenía el pelo peinado hacia atrás, la barbilla puntiaguda, los pómulos altos, los tendones del cuello abultados. Permaneció sentado, con una mano aferrada al borde de la mesa.

—Aquí están los expedientes —anunció, al tiempo que señalaba una pequeña pila de carpetas sujetas con cinta roja que descansaba sobre la mesa. Mordió un lápiz amarillo, se lo sacó de la boca y examinó las marcas de los dientes—. Cogedlos. Poco más puedo añadir. Todo está más claro que el agua, solo hay que sumar dos más dos. Apenas habrá que hacer trabajo de investigación. Yo concentraré mis energías en echar por tierra el acuerdo entre los inculpados y quienes les permitieron actuar.

Gestri soltó el borde de la mesa, hizo crujir los nudillos, echó una mirada fulminante a los documentos, como si quisiera prenderles fuego con los ojos, y añadió:

—Los extorsionadores son un delincuente reincidente que atiende por Leo Leporelli y su sicario, Giacomo Scariglia. Volvieron a la tienda de Krishnamachari una y otra vez, y él siguió denunciándolos una y otra vez.

Panebianco se levantó de nuevo.

—Pasó lo habitual en estos casos —explicó—: inutilizaron las cerraduras con pegamento, llenaron el escaparate de pintadas, hicieron explotar tres o cuatro bombas caseras por la noche, rompieron los cristales, siguieron a Krishnamachari hasta su casa, hicieron lo mismo con su esposa. Ella trabaja en una fábrica de Pomezia y todos los días coge un autobús desde la EUR para llegar hasta allí, así que Krishnamachari acompaña a sus dos hijos a pie hasta la escuela y los recoge por la tarde. Sarjan tiene ocho años y Sabina cinco. La tarde de los hechos, al salir de clase, iban los tres cruzando la calle por el semáforo que hay justo delante de la escuela, la hija a un lado, el hijo al otro, cuando un todoterreno Pathfinder que iba a unos cincuenta y cinco kilómetros por hora se saltó el semáforo en rojo, los arrolló y siguió adelante sin detenerse. Había cientos de personas en la calle y nadie anotó la matrícula. Pero sabemos quién era. Lo sabemos porque uno de los amigos de Leporelli había denunciado pocos días antes el robo de un Pathfinder.

—Vamos, que encima se ríen de nosotros —comentó Rospo desde detrás de Blume.

Este sintió que ya llevaba bastante tiempo entre sus hombres y se levantó. Se encaminó a la mesa, se apostó al lado de Panebianco y se dirigió a los presentes.

—No creo que pretendieran reírse de nosotros, sino que sencillamente, como la

mayor parte de los delincuentes, son idiotas perdidos. Seguramente creen que denunciar el robo del vehículo les servirá como coartada.

Panebianco deslizó un informe por encima de la mesa y Blume lo miró de reojo.

—El inspector Panebianco y el subinspector La Magra llegaron al lugar de los hechos cerca de treinta y cinco minutos después de que se produjeran. —Miró a Panebianco—. ¿Algo que añadir, Rosario?

—Bueno, el hijo murió en la calle, a veinte metros del padre. Seguía con vida y tendido en el suelo cuando nos personamos, porque la ambulancia tardó lo suyo en llegar, y luego los paramédicos pasaron un buen rato tratando de inmovilizarlo y, al final, de reanimarlo. Estaba vivo y consciente. Normalmente la conmoción afecta al habla, pero en su caso no fue así.

—¿Y la niña?

—Está grave. Los médicos dicen que podría tener daños cerebrales, pero es demasiado pronto para saberlo. La operaron anoche para aliviar la presión intracraneal, pero no sé qué tal fue la intervención.

—¿Eso es todo? —preguntó Blume.

—Sí —repuso Panebianco—. No se me ocurre nada más... en lo que se refiere al escenario del crimen.

—¿La Magra?

El subinspector se levantó. El año anterior, La Magra se había casado y había invitado a la boda a todo el departamento. Blume había contribuido gustosamente al regalo. Como no sabía qué implicaba exactamente la invitación, había preguntado a unos y otros en la oficina. La mayoría se encogió de hombros, puso cara de no saber de qué iba todo aquello o incluso farfulló entre dientes que ni siquiera conocía al novio. Parecía evidente que nadie iba a ir a la boda, así que Blume puso una excusa poco convincente y decidió no acudir a la celebración. No fue sino cerca de un mes más tarde cuando se enteró de que era la única persona de todo el departamento que no había asistido al enlace. Desde entonces, La Magra había empezado a informarle de todo por persona interpuesta, con tal de no tratar directamente con Blume. Lo estaba haciendo en aquel preciso instante, pues no apartaba la mirada del juez instructor, que a su vez miraba hacia delante con ojos achinados. Sin embargo, mientras oía al joven subinspector, Blume tuvo la sensación de que sus palabras iban dirigidas a él.

—Sí, bueno... Yo no vi nada... Nada que pueda resultar útil para la investigación, quiero decir. Ni siquiera había marcas de derrape que medir. Los muy cabrones no frenaron, sino que pisaron el acelerador. —Hizo una pausa, y su mirada se detuvo un instante sobre Blume, que asintió con gesto alentador. La Magra le caía bien, tenía que acordarse de felicitarlo por la boda—. Un poco más tarde —prosiguió el subinspector—, cuando los paramédicos se habían dado por rendidos y habían cubierto los dos cadáveres con sábanas, llegaron los del depósito de cadáveres con las bolsas de plástico. —Se detuvo como si quisiera comprobar que Blume estaba

visualizando la secuencia de los hechos—. Entonces uno de los paramédicos retira las sábanas que cubren los cadáveres. Primero la del padre, que tenía los brazos tan extendidos a los lados que una de las manos había quedado a la vista todo el tiempo. Tira de la sábana, la coge por las dos puntas de un extremo, y entonces uno de los hombres del depósito se acerca a ayudar. Coge las otras dos puntas y, juntos, doblan la sábana. Luego el paramédico se dirige a donde está el niño, recoge la sábana que lo cubre, la sacude un poco y la hace restallar, así. —La Magra imitó el gesto del hombre—. Luego la dobla en dos y se la mete debajo del brazo.

La Magra se frotó la frente y desplazó la mirada hacia un espacio situado por detrás del hombro derecho de Blume.

—¿Lo veis? La sábana que cubría al niño no necesitó más que un pliegue.

Blume sacó un bolígrafo y abrió su cuaderno de notas. No necesitaba apuntar nada, pero La Magra sí necesitaba un espacio en el que recobrar la compostura sin que Blume le estuviera escrutando el rostro.

—¿Sabemos que han sido esos tíos? —preguntó Blume, apoyando la punta del bolígrafo sobre la página. Intercambió una mirada con Panebianco, que asintió—. Bien. Entonces cogeremos a esos cabrones. Como ha dicho el juez, no necesitamos a demasiada gente. Tú, yo, Grattapaglia hasta que... bueno, cuando Grattapaglia se coja un permiso, quizá la inspectora Mattioli pueda sustituirlo.

Al finalizar la reunión, Gestri se acercó a Blume y le dio un golpecito en el brazo.

—¿Podemos hablar un momento, en privado?

—Claro —contestó Blume. Dio unas sonoras palmadas para llamar la atención de los presentes y anunció—: Venga, despejad la sala. Tengo que hablar con el juez Gestri a solas. ¡Venga, moveos!

Cuando la sala quedó desierta, se volvió hacia el juez.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

—No has sido precisamente sutil.

—¿No querías que nadie supiera que íbamos a hablar en privado? ¿Y por qué no me lo has dicho?

—No, si en realidad supongo que da igual. Quería hablarte sobre la estrategia que vamos a seguir y sopesar la posibilidad de tomar un atajo. Esos dos extorsionadores actuaban con el permiso explícito de una banda de la Camorra en Ostia que habrá pagado lo suyo y estará que trina con lo ocurrido. Para tenerlos todavía más contentos, voy a ir a por sus intereses comerciales, o voy a hacer que crean que lo hago. ¿Podríamos correr la voz de que, tan pronto como aparezcan esos dos, dejaremos de apretarles las tuercas? Es por acelerar un poco las cosas. Me han pedido que zanje este asunto lo antes posible.

—El plan no suena mal —opinó Blume—. Pero podrían aparecer muertos.

—No suelo encausar cadáveres, así que sería mejor cogerlos vivos.

—De acuerdo. Veré qué puedo hacer.

—¿Conoces a alguien que pueda hacer llegar un mensaje a la banda de Ostia? A

ser posible, a través de circuitos no oficiales.

—Sí —contestó Blume—. Sé de alguien que tiene bastante mano para esa clase de cosas.

Blume se dirigió a su despacho, tras pedirle a Panebianco que enviara a Rospo a verlo. Se presentó diez minutos después, apestando a humo de tabaco.

—¿Has terminado el informe sobre el atraco de la pareja china?

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo que hablar con el agente Di Ricci, que estaba de servicio conmigo aquel día, y ahora mismo no está localizable.

—Acáballo de una vez. Con o sin Di Ricci. Mientras tanto, quiero que me averigües si el informe preliminar de la autopsia de Henry Treacy está listo, y si es así, que me lo consigas. No van a enviarte una copia, así que tendrás que hacer uso de todos tus encantos.

Un gesto de fastidio crispó la ancha frente de Rospo.

—¿Qué hago primero?

El móvil de Blume empezó a vibrar en su bolsillo.

—Las dos cosas —contestó—. Y ahora lárgate, tengo que hablar por teléfono.

—Seguro que el restaurante Largo Argentina le irá bien para quedar. Está a cuatro minutos a pie de la comisaría, y eso a mi paso.

Era el coronel. Blume tamborileó con los dedos sobre el escritorio mientras pensaba.

—Para entonces ya tendré el informe de la autopsia de Treacy —insinuó el coronel.

—Puedo leerlo cuando me apetezca.

—Cierto. Pero tenemos otros asuntos que tratar, asuntos de los que depende el informe de la autopsia.

Blume acordó que se verían para comer al cabo de dos horas. Pasó la siguiente hora revisando el papeleo atrasado. Leyó un informe sobre cómo alcanzar la eficiencia en el área de los recursos humanos y se sintió satisfecho de habérselo quitado de encima. No bien lo hizo, se dio cuenta de que no había retenido una sola palabra del documento.

Poco después del mediodía, Panebianco llamó a la puerta, entró y le dijo que la inspectora Mattiola quería verlo.

—Dile que entre sin más. Tendría que hacerlo sin más, maldita sea —rezongó Blume.

Panebianco lo miró con gesto perplejo y se fue, dejando la puerta abierta. Caterina entró y cerró la puerta a su espalda.

—Y bien —empezó Blume—. ¿Qué tal por Pistoia?

—Genial. Los compañeros hasta han enviado un coche a recogerme a la estación.

—Todo un detalle —comentó Blume—. Bueno, ilumíname.

—He encontrado a la madre de Manuela, la pintora.

—¿Dónde?

—Trabaja, muy a su pesar, en algo muy alejado del mundo del arte: un banco, Cassa Di Risparmio Di San Miniato SpA>, para ser precisos.

—Tal como nos dijo su hija ayer en la galería.

—Su hija nos contó un montón de mentiras, pero, como buena mentirosa, lo hizo sobre una base de verdad —repuso Caterina con evidente regocijo al tiempo que tomaba asiento en el sillón—. He hecho que la policía local me acompañara al banco, y el de seguridad me ha dejado entrar sin más. He tenido que esperar al director en su despacho. Ha llegado a las nueve. Le he preguntado si trabajaba en el banco una tal Chiara Angelini. Según Manuela, así se llama su madre, Chiara Angelini. Y la respuesta ha sido no.

Hizo una pausa en busca de efecto, así que, por seguirle la corriente, Blume preguntó:

—¿No era ese banco?

—El banco sí era ese, lo que estaba mal era el nombre.

Volvió a guardar silencio para que el comisario sacara sus conclusiones.

—Oye, ¿por qué no vas directa al grano? —repuso Blume.

Caterina se tomó su tiempo para sacar el cuaderno de notas de la cartera, y luego al parecer no atinaba con la página en cuestión. Blume reprimió un suspiro, lo que hizo que se le destaparan los oídos. Finalmente, cuando consideró que ya lo había hecho esperar suficiente, Caterina continuó:

—El director del banco se ha mostrado seguro de que allí no trabaja nadie con ese nombre, y ha añadido por más señas que el personal de la oficina se reduce a veinte personas y que él lleva diez años trabajando allí. Así que le he pedido que hiciera correr discretamente la voz de que yo había venido de Roma por una investigación cuyos detalles no podía divulgar, pero sí que había una chica llamada Manuela Ludovisi en graves apuros. El hombre ha salido y se lo ha comentado por lo bajo a tres trabajadores que estaban por allí, y cinco minutos después tenía sentada ante mí a la madre de Manuela, que no se llama Chiara Angelini sino Angela Solazzi, con el rostro desencajado de angustia y suplicándome que le dijera qué estaba pasando y la tranquilizara.

—Así que la madre de Manuela Ludovisi se llama Angela Solazzi —dijo Blume—. Angelini... Angela. Siempre es bueno que los nombres inventados no se alejen demasiado de los verdaderos. Supongo que eso significa que Manuela Ludovisi no se llama así realmente, y que tenías razón desde el principio...

—Sí, tenía razón. El verdadero nombre de la chica es Emma.

—Emma... Manuela, otros dos nombres de sonoridad similar. ¿Emma qué más?

—Emma Solazzi. Al final conservó el apellido de su madre. Pero al parecer la historia sobre el padre ausente sí es cierta.

—Solazzi y Ludovisi no se parecen demasiado.

—Cierto —concedió Caterina—. Ya no tiene importancia después de lo que he averiguado esta mañana, pero también tenía razón en lo del acento. Madre e hija se mudaron a Pistoia hace pocos años. Antes, Angela y Emma, que para ti aún seguirá siendo Manuela, vivían en una aldea cerca de Nettuno. Ah, y la madre dice que su hija detesta Pistoia y quería volver a vivir cerca de Roma lo antes posible.

—¿A cuento de qué nos contó todas esas mentiras?

—Eso es lo que quería averiguar —repuso Caterina—. Hemos salido las dos juntas del banco, ha sido idea de Angela, y el director estaba tan aliviado de ver cómo me marchaba que no le ha importado. Nos hemos sentado en un banco de un parque cercano, pero entonces se ha cerrado en banda y no parecía muy dispuesta a colaborar. He tenido que hacerla sufrir un poco.

—¿A qué te refieres?

—No es algo de lo que me sienta orgullosa. De hecho, aún no he podido digerirlo del todo. La he asustado con lo de su hija, como si le hubiese ocurrido algo malo. No paraba de pedirme que la tranquilizara, pero me he negado a hacerlo hasta estar segura de que me había dicho cuanto sabía.

—Es una estratagema perfectamente válida —repuso Blume—. Y además es legal.

—Pero también inmoral. Y he evocado la imagen de Elia en mi propia imaginación para hacerlo aún más real, para que ella también me viera angustiada. Debería haber buscado otro modo de hacerlo, pero estaba a punto de perder el tren de vuelta y tenía que acabar cuanto antes.

—Cuando el tiempo apremia, a todos se nos agudiza el ingenio —dijo Blume.

—Angela sabía que Emma había adoptado una identidad falsa en Roma para poder trabajar en una galería de arte. Entonces le he preguntado por qué había hecho su hija algo así, pero se ha negado a contestar. Le he preguntado si Emma tenía antecedentes penales de algún tipo, y se ha puesto como una fiera, muy indignada por haber puesto en duda la rectitud de su chica, así que le he dicho que Emma estaba a punto de tener antecedentes penales por falso testimonio y posesión de documentación falsa, según lo estipulado en los artículos 476-480 del código penal, etcétera, etcétera, lo que no ha contribuido precisamente a tranquilizarla. Entonces me ha dicho que se opuso a la idea desde el principio, porque sabía que antes o después acabaría mal. Llegados a este punto, ha sugerido que nos fuéramos a tomar una copa, aunque no eran ni las diez de la mañana.

—Parece que estaba nerviosa —apuntó Blume.

—Yo diría que no es la primera vez que bebe alcohol antes de comer. Debió de ser muy guapa en sus tiempos, como la hija, y aún es atractiva, aunque se la ve ligeramente hinchada y tiene una de esas miradas acuosas y lánguidas típicas de los alcohólicos. Al final solo hemos tomado un par de cappuccinos. Lo único que he podido sacarle es que Emma necesitaba una identidad distinta para trabajar en la galería, pero en ningún caso se trataba de engañar a la policía, ni tan siquiera a

Hacienda, o eso me ha asegurado, y poco más puedo añadir. A no ser que he acabado perdiendo el tren, como me temía.

Blume consultó el reloj del móvil.

—Has vuelto bastante pronto.

—Los chicos de Pistoia me han llevado en coche hasta Florencia y me han acompañado hasta el andén del Eurostar. Se han portado muy bien.

—Me alegro de oírlo —dijo Blume—. No estoy seguro de adónde nos conduce todo esto, pero es interesante. Al final tenías razón. Te pido disculpas por haber estado a punto de impedir que siguieras tu intuición.

—Pero aún no te he contado lo mejor.

—Te lo estás pasando bomba, ¿verdad? —preguntó Blume, y era cierto.

Nunca había visto a Caterina tan contenta, nunca una sonrisa le había iluminado el rostro de aquel modo.

—Estaba dejando unas monedas sobre la mesa para pagar mi café —dijo Caterina— cuando he visto a Angela mirando al infinito, por así decirlo, y de pronto he tenido una iluminación, o una corazonada, llámalo como quieras.

—Cuando sepa de qué va, decidiré qué nombre darle —repuso Blume.

—Le he soltado de buenas a primeras que sabemos que John Nightingale es el padre de Emma. Se ha puesto pálida como la cera. Luego me ha preguntado cómo lo hemos averiguado.

Caterina estiró las piernas y se reclinó hacia atrás, disfrutando a todas luces tanto del recuerdo como del gesto de sorpresa de Blume.

—Es una buena pregunta, sin duda —contestó Blume—. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía. Pero lo he adivinado a partir de un detalle que creo te va a interesar. En el trayecto de ida me he dedicado a hojear las fotocopias de las notas de Treacy en busca de alguna mención conjunta a Nightingale y al coronel. Encontré una, y no me extraña que tanto uno como otro quisieran impedir la publicación de las memorias de Treacy, aunque solo fuera por ese pasaje en concreto.

—¿Y dices que lo has leído en el tren? —inquirió Blume.

—Sí.

—He repasado los cuadernos dos veces —repuso él—. ¿A qué pasaje te refieres?

—Sobre todo a la parte en la que cuenta que Nightingale y el coronel vendieron falsificaciones de pinturas a un capo de la Cosa Nostra en Trapani —explicó Caterina.

—Eso está hacia el principio del segundo cuaderno —recordó Blume—. ¿Llevas las fotocopias encima?

—Sí.

Caterina se levantó de un brinco y volvió al cabo de un minuto, sosteniendo las fotocopias.

Blume la recibió con una mirada fulminante.

—¿Dónde estaban?

Caterina se detuvo, vacilante.

—En mi escritorio. Cerradas bajo llave.

—¿Las has traído aquí?

Ella asintió.

—Y por lo que acabas de decir, también las llevabas en el tren. ¿Y si te las hubieses olvidado allí? ¿Y si Panebianco o Rospo o cualquier otra persona las hubiese visto en tu escritorio?

—Estaban guardadas en un cajón bajo llave.

—Joder. Con eso no basta, Caterina. Te pedí que fueras especialmente cuidadosa.

—¿Y dónde están los originales, comisario?

—En un lugar seguro —replicó Blume.

—¿Aquí? —Blume vaciló—. ¿O quizá en algún lugar de tu apartamento? Así que ¿cuál de nosotros está custodiando físicamente los documentos, protegiéndolos de forma activa? ¿Tú o yo?

—Lo siento —se disculpó Blume—. Más que nada, ha sido la idea de que estuvieran ahí fuera, en tu escritorio.

—No en mi escritorio, sino en un cajón de mi escritorio. Hay una pequeña diferencia. —Caterina volvió a sentarse, el rostro crispado. En tan solo un minuto, parecía haber envejecido diez años—. Podrías haberme dado las gracias por lo que he hecho esta mañana. Ni siquiera las gracias, aunque tú y yo sabemos que esto se ha convertido en tu pequeña investigación privada. Pero no hubiese estado de más un «Buen trabajo, Caterina» o algo por el estilo.

Blume levantó las manos en un exagerado gesto de rendición.

—A veces no se me da demasiado bien esto de las relaciones personales. Es algo que no puedo evitar al parecer.

—Entonces no eres un buen líder.

En el silencio que siguió, el ruido más audible era el rascar del bolígrafo de Blume mientras corregía algo en su cuaderno de notas. Caterina permaneció sentada y callada, oyendo la lenta y pesada respiración de Blume, puntuada por un sonido extraño que parecía llegar de muy lejos pero, se percató entonces, era él quien lo emitía. Tarareaba compases sueltos de alguna canción, muy bajito y para sus adentros, de forma intermitente y al parecer sin percatarse de que lo estaba haciendo. Caterina se dio cuenta de que podía levantar la mirada, ya que él estaba inclinado sobre la mesa, concentrado en la escritura. Las fotocopias seguían intactas sobre la mesa.

Al cabo de un rato, Caterina dijo:

—¿Quieres al menos que te enseñe la parte a la que me refiero?

—Bueno, para estar seguros.

Buscó la página en cuestión, que había señalado con una nota adhesiva.

—El negocio del coronel con Trapani. ¿Qué te hizo asociar eso con la posibilidad de que Nightingale fuera el padre de Manuela?

—Manuela no, Emma —corrigió Caterina—. Su verdadero nombre es Emma.

—Correcto.

—Mis propios temores.

—¿Qué temores?

—A menudo me pregunto qué haría si algún caso o suceso criminal irrumpiera en mi vida privada. Y también me dio que pensar el generoso sueldo de Emma, el piso, su aire confiado y seguro. Me gustaría haber visto a Nightingale.

—Es verdad, había olvidado que no estabas el otro día, cuando vino.

—No. De hecho quería preguntarte por su aspecto y su color de ojos.

—Es calvo. Gris... rosado. No tengo ni idea. ¿Quién se fija en esas cosas?

—Emma tiene ojos azules, piel clara, pelo claro —explicó Caterina—. Más que italiana, parece del norte de Europa, en realidad. Su madre, Angela, tiene el pelo oscuro, ahora encanecido, pero castaño oscuro, unos grandes ojos marrones y piel cetrina. No se parecen en absoluto. Pero la cosa no acaba ahí. Si Nightingale se sentía realmente amenazado por la Cosa Nostra, es lógico que quisiera mantener en secreto la identidad de su hija. Es lo que haría yo si supiera cómo. Nightingale sí lo sabe. Se dedica a inventar historias. Cuando comprobé que la historia de Emma solo era inventada en parte, pensé en él. Nightingale se inventa la procedencia de las obras de arte que vende, y Emma es su gran obra de arte. El temor a posibles represalias me pareció una razón tan buena como la que más para ocultar su identidad.

—Si deseaba mantener en secreto la identidad de su hija, no tiene mucho sentido que la pusiera a trabajar con él —replicó Blume—. Así la ponía de nuevo en peligro.

—Lo sé. Lo pensé más tarde. Pero al mismo tiempo le permitía tenerla cerca.

—Así que tenemos a Nightingale, Angela y la hija de ambos, Emma. —Blume trazó un triángulo imaginario en el escritorio—. Madre, padre, hija. ¿Sabes?, me da la impresión de que, más que nada, se trataba de algún tipo de añagaza para excluir a Treacy. Así que Nightingale no confiaba o no apreciaba lo bastante a Treacy para revelarles la existencia de su hija.

—Lo que plantea una posibilidad interesante —apuntó Caterina—: Que Nightingale invitara a su hija a trabajar en la galería para dejar en ridículo a su socio. Imaginemos que una chica sumamente atractiva llega a la galería; a lo mejor Treacy cree que se la puede camelar, haciendo caso omiso del abismo de edad que los separa, pero la chica se lo cuenta a su padre, o quizá Nightingale lo ve con sus propios ojos, se cabrea, se encara con el socio y discuten, o bien paga a alguien, o sencillamente se le acerca por la espalda una noche y le atiza con una barra de hierro.

—Lo tuyo de esta mañana ha sido una deducción brillante —concluyó Blume.

—En realidad estaba dando palos de ciego. Si lo hubiese pensado con más detenimiento, tal vez la hubiese descartado.

—Treacy queda como un capullo poniéndolos en peligro dejando constancia escrita de que engañaron a la mafia.

—Lo mismo opino —dijo Caterina—. Creo que no me habría caído demasiado

bien.

No soy un ladrón. No es algo que forme parte de mi identidad. Lo decidí el día que devolví el Jack Yeats a la señora Heath. Pero, como cualquier otra persona cabal, no soy inmune a la presión.

Nightingale hizo un par de jugadas estúpidas con unos marchantes de peso, y de pronto nos las tuvimos que ver con el teniente Farinelli, que por primera vez tenía algo a lo que aferrarse en forma de testigos y pruebas de falsa procedencia. Farinelli tenía contactos en todos los escalafones de la jerarquía criminal, política e incluso militar, que por entonces planeaba sobre todas las cosas en Italia, como una fina niebla que se veía mejor desde la distancia, difícil de percibir pero aun así limitante cuando uno se hallaba inmerso en ella. Farinelli estaba allí en el 69, cuando los carabinieri formaron la llamada «Unidad para la Protección del Patrimonio Artístico», y ocupaba un cargo importante en el 71, cuando la unidad se convirtió en un departamento totalmente independiente. Más que independiente, era el feudo personal de Farinelli hasta que, en una de esas oscuras intrigas que nadie acierta a comprender del todo, ni siquiera quienes participan en ellas, su autoridad se vio cuestionada. El desafío llegó de fuera, en el 83, cuando alguien robó una serie de obras de De Chirico de la casa de Angelica Savinio, sobrina del artista y —me enorgullece decirlo— amiga mía.

Daba la casualidad de que Giorgio de Chirico era por entonces poco menos que un ídolo para mí. No solo compartíamos la creencia de que el verdadero arte es una imitación del arte pasado, sino que incluso era aficionado a poner falsas fechas en sus obras. A veces firmaba cuadros que imitaban su propio estilo. Se falsificaba a sí mismo. Me animaba, se mostraba amable conmigo y era un hombre de una pieza.

Cuando llegaron los carabinieri para investigar el robo, Farinelli hizo la recomendación habitual en estos casos, es decir, procurar que el asunto trascendiera lo menos posible. Se le dijo a Angelica Savinio que el mejor modo de recuperar los cuadros era sencillamente esperar hasta que, con un poco de suerte, los ladrones dieran algún paso en falso o intentaran vender los cuadros, momento en que Farinelli y su equipo entrarían en escena.

Luego le dijo que a menudo los objetos de arte se recuperaban a través de la negociación. Le explicó que funcionaba un poco a la manera del sistema judicial, que toleraba una rebaja de la condena a cambio de una confesión. La cosa consistía en pillar a uno de los ladrones intentando vender una obra robada, usarlo para conocer el paradero de las demás obras y, si cooperaba, renunciar a presentar cargos contra él. En ocasiones era posible incluso que se le consintiera vender alguna obra menor a

cambio de la devolución de los objetos importantes. Angelica me dijo que, cuanto más hablaba Farinelli, más tenía la impresión de que las obras de su tío habían sido secuestradas. Para recuperar lo que le pertenecía, Farinelli parecía exigirle el pago de un rescate.

El caso es que ella le dijo amén a todo, pero luego fue e hizo exactamente lo contrario. Le faltó tiempo para llamar a la prensa. Lo gritó a los cuatro vientos. La noticia salió en todos los diarios, las cadenas de televisión. Hasta llamó a la prensa extranjera. Su marido hablaba inglés y se encargó de contactar con los diarios británicos y estadounidenses. Hizo cuanto pudo por mantener viva la noticia, dando por sentado que De Chirico era tan famoso que nadie podría vender sus cuadros en el mercado negro en cuanto se supiera que los habían robado. Y estaba en lo cierto. Nunca llegaron a venderse.

Aquel acto de desafío fue un catalizador o una señal de algo, pues el poder de Farinelli dio muestras de empezar a ceder, al fin. Para empezar, lo trasladaron al cuartel general de Piazza Sant' Ignazio, impidiéndole así el acceso directo a algunas de las obras de arte recuperadas y mermando su capacidad de interacción con el submundo de la delincuencia. No perdió demasiado poder, solo era el principio del fin, pero él lo vio venir, y fue en plena campaña de prensa de Savinio cuando vino a verme.

Previo coacción de algún juez pusilánime para que me acusara de estar implicado en el robo de obras de arte, se presentó en mi casa con una orden de registro y procedió a ejecutarla con más brutalidad que eficiencia. Arrancó mis obras firmadas de las paredes, volcó muebles, vació cajones sin ni tan siquiera examinar su contenido, abrió la despensa y barrió con el brazo todas las botellas, que fueron cayendo al suelo una tras otra. Me alegra poder decir que permanecí impasible de principio a fin. Después empezó a destruir mis herramientas de trabajo, y ahí empecé a perder la serenidad. Finalmente cogió un cuchillo de cocina y se dispuso a rajar el lienzo que tenía en el caballete, en el que llevaba trabajando bastante tiempo y al que había cogido un gran cariño pese a no estar orgulloso de él. La obra en cuestión era una restauración de un cuadro religioso de Bassano robado décadas atrás y que había acabado cortado en trozos, cada uno de los cuales se había vendido por separado a marchantes poco escrupulosos. Con la aprobación y la ayuda de Nightingale, había adquirido con todas las de la ley tres trozos de aquel cuadro y me había dedicado a reproducir el que faltaba. El trato era que, o bien vendíamos la obra resultante (aún no habíamos decidido si la parte que faltaba se me atribuiría a mí o no), o bien, una vez concluido mi proyecto, volveríamos a dividir la obra para revender los trozos.

Así que cuando vi aquella mole humana avanzando con aire altanero hacia el caballete cuchillo en mano, me abalancé sobre él. Todo formaba parte de un plan, claro está, y no bien lo hice tres de sus hombres me apartaron violentamente y la emprendieron a patadas conmigo hasta casi dejarme inconsciente, pero no sin que antes lograra asestar dos puñetazos muy rápidos en aquella cara rechoncha, uno de

los cuales hizo que su nariz emitiera un crujido de lo más gratificante. Era evidente que había subestimado mi capacidad de respuesta.

Pasé cuatro semanas en Rebibbia, las semanas más aterradoras de mi vida. Me acusaron de resistencia a la autoridad, de atentar contra un representante de la ley y otros cargos menores. Allí me quedé, a la espera de que me acusaran de falsificación, fraude, engaño, contrabando y un sinnúmero de cargos más, y daba por sentado que en cualquier momento vería entrar por la puerta a Nightingale. Sin embargo, para mi asombro, el juez instructor me acusó de posesión de sustancias ilegales y productos químicos peligrosos con la intención de causar daño. A esas acusaciones se sumaron las de fabricar artefactos explosivos y ejercer actividades terroristas. Bien mirado, según Farinelli, el queroseno, la gasolina, los aceites, las sustancias químicas, los hervidores, las bombonas de gas, la lejía, las botellas de nitrocelulosa, de aguarrás, los fertilizantes de las plantas, los frascos, tarros y latas esparcidos por la casa no dejaban lugar a dudas. «Es un milagro que esa casucha tuya no haya ardido por combustión espontánea», concluyó. Yo estaba convencido de que volvería a Rebibbia. Si por lo menos me declarase prisionero político, quizá lograra un poco de respeto y protección.

Pero lo que ocurrió fue que me condujeron a una pequeña habitación con *compensato* en las paredes. Una habitación de la que no podía salir demasiado ruido. Tenía las manos esposadas detrás de una silla cuando entró Farinelli. Busqué en vano el ojo a la funerala o la nariz rota a causa de mi puñetazo, pero en su rostro no había la menor señal de violencia. Sacó el mismo cuchillito de pelar con que había atacado mi lienzo sin dejar de mirarme en ningún momento, con una sonrisa bailándole en los labios. Luego hurgó en el bolsillo y sacó un melocotón. Lo peló, luego cortó una fina rodaja y se la metió en la boca.

Cuando hubo terminado, dijo «Pegajoso» y salió de la habitación, dejando las peladuras sobre la mesa.

Regresó al cabo de unos minutos.

Hablando en susurros y asintiendo como si ya hubiésemos llegado a un acuerdo, me dijo que podía sacarme de allí enseguida, y no lo dudé ni por un instante.

—Voy a hacerte una propuesta que creo resolverá nuestros problemas.

—¿Acaso puedo elegir?

—Por supuesto que sí. Los seres humanos siempre podemos elegir.

—Si digo que sí, ¿cuánto tiempo más pasaré detenido?

—El tiempo que me lleve acercarme al respaldo de tu silla y quitarte las esposas.

—¿Tiene algo que ver con mis habilidades artísticas?

Asintió en silencio.

—¿Implica daño físico para alguien?

—Por supuesto que no.

Acepté el trato.

Farinelli me llevó de vuelta a mi casa enseguida. Apoyadas contra la pared del

salón, envueltas en plástico y protegidas por una de las sábanas de mi propia cama, había ocho cajas de contrachapado que contenían otras tantas pinturas, cuidadosamente sujetas a unos tableros con acolchado de gomaespuma. Me explicó que las obras eran de De Chirico y Guttuso, y que debía copiarlas todas.

Protesté, claro está, y le dije que jamás copiaba directamente obras de artistas vivos. En lugar de amenazarme con la cárcel otra vez, habló en tono alentador de los beneficios que nos esperaban. Pero comprendí que su motivación era la venganza, pura y dura.

Me dio dos meses de plazo.

Coronel Farinelli, pues tal es ahora su rango, ignoro si algún día leerá estas líneas. Si lo hace, ¿de veras creía que no me daría cuenta de que había señalado usted la parte de atrás de cada uno de los originales con diminutos pinchazos y puntos visibles tan solo bajo los rayos ultravioleta? Es evidente que no tenía ni la más remota idea del esmero que ponía en mi trabajo. Antes incluso de estudiar la pintura en sí, examiné a fondo el lienzo, su translucidez y tamaño, el yeso, la urdimbre y la trama de las fibras, las protuberancias y concavidades, las imperfecciones y tensiones. No era usted más listo que Monica y su torpe mota de tinta. Una de las primeras cosas que hice fue cerrar los postigos de la habitación y examinar las obras con un fluorescente ultravioleta. Basta que haya un solitario punto morado brillando en la oscuridad para saber que el lienzo está marcado. ¿Y qué me dice de Guttuso, coronel? ¿De veras creía que no iba a tener ningún escrúpulo moral a la hora de copiarlo? Un artista que dedicó su vida a resistir al fascismo, a la mafia y a gente como usted.

No fue hasta el segundo mes de aquel encargo no deseado, estando yo salpicado de tinta china mientras me esforzaba por imitar las curvas sensuales de todos aquellos muslos de *La piscina*, cuando comprendí con claridad meridiana que su intención era consumir su venganza contra Savinio, De Chirico y Guttuso vendiendo sus obras precisamente a la clase de compradores que este detestaba. Advertí de ello a John Nightingale, pero lo único que hizo fue manotear el aire como un mariquita y negarlo.

Luego, para acabar de redondearlo, decidió usted que lo acompañáramos a la reunión, que tuvo lugar en una habitación de hotel en Via del Tritone, donde nos obligó a asistir a la entrega de las obras a la mafia para asegurarse de que quedábamos tan comprometidos como usted, rehenes del azar. Un jefe de la mafia siciliano-canadiense. Hasta esa reunión, yo ni siquiera sabía que hubiese mafia en Canadá.

La misión de Nightingale consistía en soltar una perorata sobre la autenticidad y la procedencia de las obras, cosa que hizo con la voz aflautada y quebradiza de un adolescente mientras el coronel lo observaba sonriente, como un profesor orgulloso de un estudiante dotado, aunque raro. El comprador permanecía parapetado tras unas gafas de sol amarillas, junto a sus tres hombres, y asentía cada vez que alguien sacaba otro cuadro.

Y de pronto el coronel me presenta como un destacado marchante y experto en arte. Les dice a los hombres que me dispongo a enseñarles cómo detectar una falsificación y a demostrar, casi como de pasada, que aquellas obras eran originales. Yo improvisé cuatro tonterías sobre el craquelado de los lienzos antiguos, que nada tenía que ver con las obras modernas hechas a acrílico y tinta. Luego seguí hablando sobre defectos técnicos, soportes que se agrietaban, filigranas y todo eso, y me explayé sobre los colores complementarios, la importancia de la luz. Cuando empecé a hablar sobre los juegos de sombras de De Chirico perdí la noción del tiempo y el espacio, hasta que levanté la vista casi por casualidad y me topé con dos lunas de cristal tintadas que parecían mirarme fijamente, y me oí a mí mismo decir en voz alta que si le interesaba ver algo de lo que le estaba explicando, tenía que quitarse las putas gafas amarillas.

Se produjo un silencio sepulcral. La blanda sonrisilla de Farinelli quedó suspendida, como si se hubiese convertido en mármol. La única persona que seguía moviéndose en la habitación era yo.

Entonces el jefe se quita las gafas un momento para que le pueda mirar a los ojos, afortunadamente se las vuelve a poner y dice:

—*Tutt'è bbonu e binirittu. Bel quàtru questo, Prufissùri.* Si me quito las gafas no veo bien. Están graduadas, ¿comprende? —A continuación hace un gesto con la mano, como abarcando toda la habitación y a sus hombres, y añade—: Me he pasado la vida ocultando mi debilidad, y ahora saben que no veo ni torta.

Como chiste no era demasiado afortunado, pero todos nos reímos, incluido yo, lamento reconocerlo. Luego me preguntó si le daba mi palabra de honor de que las obras eran auténticas. Le di mi palabra de honor, y él me rodeó con el brazo, me dijo que no me preocupara, que estaba muy contento con mis servicios y que había olvidado el incidente de las gafas.

—Sus amigos y usted solo tendrían motivo para preocuparse, Prufissùri, si estas obras resultaran no ser originales. Pero me niego a creer que lleve usted una hora tomándole el pelo a alguien como yo delante de mis hombres.

Sacaron una maleta llena de billetes usados, en su mayoría de veinte mil liras. Luego se quedaron allí hasta haberse asegurado de que tanto Nightingale como yo recibíamos la misma cantidad que el coronel, algo que nunca hubiese esperado, y después cada cual siguió su camino. Nightingale jamás volvió a mencionar aquel asunto, y el coronel nunca vino a reclamarme la parte que me tocó en suerte.

Ah, casi me olvido de la prueba de que no eran originales.

Midan ustedes la sombra que arroja el cubo que aparece en primer plano en el De Chirico. Obtendrán una longitud de exactamente 2,84 cm, es decir, 2 mm más que en el original. No les privaré del placer de comprobar por sí mismos la excesiva longitud de las sombras en las demás obras de De Chirico. Sí les diré que he añadido entre 1 y 2 mm en todos los casos.

En lo que respecta a Guttuso, debo reconocer que, en cierto sentido, me inspiré en

Monica y en su puntito impertinente, pero sobre todo en el propio Farinelli. Prueben a encender una luz potente delante del cuadro; recomiendo usar un halógeno o un proyector. Ahora observen el cuadro por la cara posterior. ¿Ven ustedes esos agujeritos por los que se cuele la luz? Únanlos con un lápiz empezando por el ángulo superior izquierdo, bajen hacia el centro, sigan hasta la base del cuadro y tracen a continuación una raya perpendicular hasta el siguiente orificio. Sigam uniendo los puntos y obtendrán mis iniciales, H. T. Dicen que el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón. En lo que respecta a los lienzos de Guttuso, vuelven a estar en manos de sus legítimos propietarios. Farinelli, Nightingale y yo vendimos ocho falsificaciones a la mafia a sabiendas de que lo hacíamos. Es algo de lo que yo, al menos, me siento orgulloso.

—Es un concepto interesante, algo que de entrada no me hubiese tentado, pero me alegro de que me hayan persuadido para probarlo —afirmó el coronel—. Grosellas en lo que no deja de ser una salsa carbonara. No tendría que funcionar, y sin embargo... La acidez de la fruta compensa el sabor ahumado del beicon y la untuosidad del huevo y el parmesano. Si de algo puedo quejarme es de que la ración no fuese más generosa. —Rebañó el centro del plato con un trozo de pan, dejando una estela blanca a su paso, y luego sacó un fajo de documentos de una cartera que descansaba a su lado, en una silla vacía—. Aquí tiene. Es el informe preliminar de la autopsia.

Blume dejó a un lado el vaso de agua y cogió los papeles.

—No hace falta que se lo lea —le advirtió el coronel, llevándose un trozo de pan rosado a la boca al tiempo que alargaba la otra mano hacia la cesta—. La conclusión es que no se puede demostrar que alguien matara deliberadamente a Treacy, y que dicha posibilidad resulta poco probable. Su muerte fue casi con toda seguridad accidental. No hay homicidio, lo que debería bastar para eliminar cualquier resquicio de duda que pudiera usted tener sobre la intervención de su departamento en este caso. El juez no tiene el menor interés en autorizar una investigación por homicidio. ¿Sabía que Buoncompagno tiene nada menos que ochocientos veintitrés casos atrasados?

Mientras el coronel mojaba pan en la salsa, Blume repasó el informe.

Se concluye que la intoxicación etílica mermó los reflejos musculares del sujeto, aumentando así la vulnerabilidad del tronco encefálico al trauma por contusión (...). El estiramiento de células nerviosas vitales causó apnea, que se determina como la causa de la muerte (véase...).

—¿Le apetece probar un poco de *ricotta* curado? —preguntó el coronel. Blume negó con la cabeza y agitó el informe sin levantar la vista a modo de respuesta—. Comer a solas es llevar una vida de lobo —insistió el coronel—. Me gustaría que me hiciera compañía.

—Ajá —repuso Blume, leyendo, sin prestarle demasiada atención.

En lo que llevaba leído, el patólogo no había esgrimido ningún argumento en contra de un posible ataque violento.

El examen revela señales evidentes de una contusión por contragolpe. Los daños se concentran en los lóbulos frontal y temporal, diametralmente opuestos al punto de impacto, como correspondería a una caída hacia atrás.

Las graves laceraciones resultantes sugieren de forma clara la existencia de una presión negativa con efecto de succión y un contragolpe, lo que incrementa la posibilidad de que se produzcan daños como los descritos anteriormente, causados por una caída y no por un golpe o contusión.

—Las conclusiones no son vinculantes, y dejan la puerta abierta a unas cuantas posibilidades —apuntó Blume.

El coronel se vertió media copa de vino tinto en la boca.

—¿Se ha fijado usted en los niveles de etanol en sangre? Es un milagro que pudiera caminar siquiera. Su historial médico demuestra que padecía cáncer de hígado, enfermedad coronaria, y ya había tenido dos derrames cerebrales. Su colon tampoco estaba demasiado fino. Según el informe, resulta poco probable que le golpearan en la cabeza con un objeto contundente. Eso es casi tanto como decir que estamos ante una muerte por causas naturales, aunque lo más prudente en este caso tal vez fuera emitir un dictamen abierto. El tiempo dirá. A lo mejor aparece un culpable de quién sabe dónde. Por cierto, puede quedarse el informe, es una copia. Siempre hay que hacer copias de los documentos importantes.

Blume tamborileó con los dedos sobre la mesa. Aparte de dos altos cargos ministeriales ataviados con deslumbrantes camisas blancas y no menos deslumbrantes corbatas de seda que estaban acabando de almorzar, los únicos comensales que quedaban de la multitud del mediodía eran el coronel Farinelli y él. El camarero, que también era el propietario, estaba departiendo con la cocinera.

—Ha sido su mujer quien lo ha hecho —me informó el coronel.

—¿La mujer de quién?

—La de Vito, la cocinera. También ha sido ella la que ha hecho el *strozzapreti* con langostinos y jamón asado. —El coronel abrió la cartera que descansaba a su lado—. Dígame, ¿se va a quedar ese informe o no?

—Sí, será mejor.

—Por cierto —añadió el coronel—, ha pasado algo curioso durante la autopsia. ¿Suele asistir a autopsias?

—No tan a menudo como quisiera —ironizó Blume.

—Personalmente, no me molesta hacerlo, pero lo que es Buoncompagno... Sería razonable suponer que, después de tantos años ejerciendo como juez, se habría acostumbrado. El caso es que llegamos allí y empieza a echar sapos y culebras porque se ha olvidado de coger el tarro de Vicks. Me cuenta que se frota el dedo embadurnado de Vicks bajo la nariz para mantener a raya los olores de la autopsia. Bien, da la casualidad de que suelo llevar encima un pequeño envase de ungüento de alcanfor para los dolores de espalda, así que se lo he ofrecido con la mejor de las intenciones, pero se me ha olvidado comentarle lo fuerte que es. Aquello penetra directamente hasta el músculo. Tendría que haber visto a Buoncompagno, allí de pie, con los ojos enrojecidos, llorando a lágrima viva y sonándose la nariz, y va el

patólogo y le pregunta, no se lo pierda, ¡le pregunta si Treacy era amigo suyo!

El coronel también lloraba, pero de risa, al recordar lo sucedido.

—Cuanto más se frotaba la cara, más le escocía. Al final, tuvo que marcharse. — El coronel se fue serenando—. Bueno, hay que verlo supongo. Pero hubiese disfrutado usted de lo lindo. Sé qué opina de Buoncompagno, claro está. Y lleva usted razón. Un payaso. Una veleta.

Inspeccionó el interior de su cartera abierta y dijo:

—A lo que iba: he hablado con algunas personas, y creo que podemos conseguir una buena cantidad a cambio de esos siete dibujos y las dos pinturas. Si escalonamos las ventas de las obras que hallamos en su casa a lo largo de... pongamos, dos años, podemos ganar trescientos mil limpios. Hablo de cifras netas. El beneficio bruto se acercará más a los cuatrocientos cincuenta, pero luego están los gastos y comisiones, y lo que costará borrar todo rastro de nuestra presencia en la operación de venta. Repartido al cincuenta por ciento, a usted le tocan ciento cincuenta mil, pagaderos a lo largo de dos años, es decir, una prima de setenta y cinco mil este año, y otro tanto el año que viene. ¿Qué tal le suena eso?

—Tentador —concedió Blume, y le dio un sorbito al vaso de agua.

—Ya verá. En cuanto empiece a gastárselo, le encantará. ¿Necesita ayuda para abrir una cuenta bancaria? Conozco a alguien que trabaja en las afueras de Lugano. ¿Sabe eso que dicen de que los suizos no pagan intereses por el dinero depositado? No es cierto. Bueno, técnicamente sí lo es, pero el banco invierte el dinero a nombre del cliente en fondos del mercado monetario, lo que equivale a que te cobren intereses por el dinero depositado. Ya habrá tiempo para hablar de eso más tarde. El primer ingreso llegará dentro de dos meses, así que no tarde demasiado en abrir esa cuenta. ¿Tiene usted unos veinticinco mil euros disponibles para abrirla?

—No.

—No pasa nada. Llame a este número. —Farinelli le tendió una tarjeta de visita—. Abra la cuenta cuanto antes. No nos interesa que el dinero llegue a entrar en Italia.

—Estupendo —dijo Blume, y se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Ay, espere. Creo que me he equivocado de tarjeta. ¿Qué nombre pone en esa?

Blume sacó la tarjeta y leyó en alto:

—Claudio Neri, dottore commercialista.

—Sí, esa es la buena —confirmó el coronel—. Es justo la persona que usted necesita. Esto funciona sobre la base de la confianza, comisario. Por eso me inquieta sobremanera el paradero de los diarios de Treacy, que si no me equivoco ocupan varios cuadernos de notas.

Blume abrió mucho los ojos, como si las palabras del coronel lo pillaran por sorpresa.

—Le pedí expresamente que me los diera. Di por sentado que los fotocopiaría y los leería de cabo a rabo, y nunca he tenido la menor intención de privarlo de ese

placer. Pero se los llevó usted sin decir nada, y luego intentó ocultármelos. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Blume sopesó la posibilidad de negarlo, pero de pronto se le antojó que eso sería una gran pérdida de tiempo.

—Si nuestra relación de trabajo se basa en la confianza, ¿por qué hizo que me siguieran anoche?

—Eso fue después.

El coronel alargó la mano hasta la mesa contigua para coger el menú.

—¿Después de qué?

—De que me mintiera, y de que un equipo mío peinara a fondo la casa de Treacy. Estaba escribiendo un libro, eso lo sé a ciencia cierta. El manuscrito no se encontraba allí. Usted estuvo allí antes que yo y se le ha visto con unos manuscritos.

—A lo mejor esos cuadernos o manuscritos o lo que sean no existen más que en su imaginación.

—Se los dio usted a un funcionario de la embajada estadounidense, lo que aparte de ser un error por su parte me resta margen de maniobra. Doy por sentado que los fotocopió antes de entregárselos.

—Le diré algo más para que pueda ir dándole vueltas mientras elige postre. Sus hombres nunca me han visto con los cuadernos en las manos. Lo único que vieron fue a un funcionario de la embajada con lo que parecían unos cuadernos de notas salir de mi casa y dirigirse a la embajada.

—¿Espera que crea que un empleado del gobierno de Estados Unidos accedió a hacer de señuelo a petición suya?

—No descarte esa posibilidad, coronel. Puede que los americanos tengan los cuadernos de Treacy, y puede que no. Me divierte mantenerlo en vilo.

Un hombre rechoncho con forma de manzana y mejillas relucientes se acercó a la mesa y el coronel lo ahuyentó con un gesto impaciente.

—Ahora no, Vito. Gracias al comisario, he perdido todo el apetito. Tráeme solo un café, un *vin santo* y unos pocos *cantucci* de almendra.

Volviéndose hacia Blume, dijo:

—¿A qué juega usted? ¿Intenta sacar una tajada más grande, es eso?

—Quizá —repuso Blume—. Recuérdeme por qué son tan importantes esos cuadernos de notas.

—¿Los ha leído?

—Sí. Son interesantes. Darán un buen libro, algún día.

—Ya se lo he dicho —afirmó el coronel—, es probable que Treacy haya hecho algunas imputaciones inquietantes relacionadas con hechos que tuvieron lugar entre 1978 y 1982. Me sería de gran utilidad conocerlas. Es agua pasada, a nadie le interesa ya todo eso, pero sigue siendo asunto mío ocuparme de estas cosas, del mismo modo que los compañeros jóvenes se ocupan de asuntos más vigentes relacionados con la seguridad nacional.

Blume asintió como si le diera la razón.

—Exacto. Ese fue, casi palabra por palabra, el argumento que esgrimió la embajada estadounidense. Es agua pasada, a nadie le importa ya, pero estaría bien no airearlo de nuevo. Y bueno, hasta donde yo sé, la embajada estadounidense y usted siempre han estado en el mismo bando. Por lo general.

El coronel se lo quedó mirando de hito en hito.

—Sí, así es. Les alegrará saber que el manuscrito no verá la luz. Pero además puede haber otros detalles que me atañen personalmente y de los que me gustaría tener constancia. Tal vez ya se haya topado usted con ellos...

—No sabría decirle. A no ser que se refiera a la mafia, o al secuestro de Moro, o... déjeme pensar... Lo cierto es que sale usted bastante.

El camarero trajo el café del coronel, acompañado de una copa de vino generoso y unas galletas de almendras. Este rasgó dos bolsitas de azúcar, lo vertió en la taza, removió el café y dijo:

—Una selección de pasajes, eso es lo que tiene usted intención de darme. —Se metió una galleta en la boca—. Sun Tzu sostiene que los agentes dobles deben ser tratados con la máxima generosidad —afirmó—. Creía que lo estaba haciendo con usted. Pero no es usted un agente doble, ¿verdad? Le daré el setenta por ciento de lo que saquemos de la venta de las pinturas de Treacy.

—Tampoco soy un espía —repuso Blume.

—No, quizá no. Y otra cosa: ha aceptado mi oferta sin rechistar. Si fuera usted tan venal me habría enterado, así que lo único que se me ocurre es que pretende traicionarme.

—¿En nombre de quién? —inquirió Blume.

—Esa es la parte que no logro entender —repuso el coronel, lamiéndose el pulgar reluciente—. *Cui bono?*

—A lo mejor trabajo por el bien del Estado —sugirió Blume.

El coronel se rió con ganas.

—No me importa echar un pulso con usted, hasta me parece rejuvenecedor. Pero no tensemos la cuerda más de lo necesario.

—Las obras que salieron de casa de Treacy, ¿dónde están ahora?

—Solo para demostrarle mi buena voluntad, le diré que están almacenadas en el Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico de los carabinieri. Más seguras, imposible. Mezcladas, eso sí, con objetos de la galería y pruebas necesarias para la investigación. Una pesadilla logística. Es imposible tener un control a rajatabla de estas cosas. Ahora hay unos chicos con ordenadores al frente del almacén. No tienen ni punto de comparación con la vieja guardia. Es como si las tuviera en mis manos.

Blume se levantó.

—Gracias por la comida, por cierto.

Diez minutos más tarde, Blume estaba apoyado en un bolardo junto al elefante de Bernini, pensando en el coronel y en Treacy. Los niveles de etanol en sangre, orina y

bilis que el informe de la autopsia había revelado eran los de un alcohólico empedernido. El hígado de Treacy era un trozo de grasa inflamada e impregnada de citoquinas. Los niveles de etanol hallados en su humor vítreo confirmaban todo lo demás. Iba bebido hasta las cejas, literalmente.

Un grupo de turistas japoneses se arracimó en torno a Blume empuñando equipos de alta tecnología por valor de varios miles de euros y empezó a fotografiar y grabar el elefante de piedra.

El comisario se levantó, inmortalizándose a sí mismo en una docena de vídeos caseros japoneses, y recorrió los doscientos metros que lo separaban de su comisaría, en Collegio Romano.

Mientras se dirigía al despacho, se tropezó con el asistente capo Rospo.

—¿Has ido por el informe preliminar de la autopsia, como te pedí?

—No —repuso Rospo—. Lo he intentado, pero no está listo aún. Ni siquiera han hecho la autopsia todavía.

—¿Estás seguro?

—Es lo que me han dicho —repuso Rospo.

—¿Y el informe del atraco?

—Casi listo.

—Buen trabajo, Rospo.

—Ya, bueno. He tenido mucho que hacer.

Blume buscó a Panebianco y le preguntó si había visto a Caterina.

—Ha tenido que ir a recoger a su hijo —contestó este—. ¿Sabes?, no debe de ser nada fácil esto de ser madre y tener que salir pitando en cualquier momento de la jornada laboral.

Blume se fue a su despacho y llamó a Caterina al móvil. Este sonó y sonó hasta que alguien lo silenció apagándolo.

La clase de Elia siempre era la última en salir al patio de la entrada, no porque la profesora estuviera tan absorta en su labor que hiciera caso omiso de la campana, sino porque era demasiado sorda y despistada para oírla.

Supuestamente la hora de salida de la escuela era de 14.15 a 14.25, y Caterina y las demás madres se congregaban en el patio formando varios corrillos en los que poder compartir su descontento y lamentarse de lo rápido que pasaba el día, y sus vidas. Luego, de pronto, los niños salían en tromba. La profesora, a la que quedaban dos años para jubilarse pero conservaba intacta la estupefacción del primer día, saludaba vagamente a los árboles del patio y volvía dentro con paso cansino.

La mitad de la clase formó una breve piña y luego se dispersó por el patio como un banco de peces huidizos. Pronto habían organizado un tumultuoso juego consistente en chutar un envoltorio arrugado por el suelo de hormigón. Los chicos más rollizos se pegaban a sus padres y pedían algo de comer. Caterina dio una vuelta completa buscando a Elia, pero no acertó a verlo en medio de la confusión y siguió escuchando a otra madre que se quejaba de tener que pagar por aparcar delante de su propia casa. El delegado de clase empezó a recoger dinero para comprar papel higiénico para los lavabos de la escuela.

Los amigos de Elia fueron llamados al orden y se marcharon cada uno por su lado. El número de jugadores del improvisado partido de fútbol era cada vez menor. El conserje advirtió a voz en grito a los que quedaban que pararan de jugar, y a los padres que abandonaran el patio. Elia seguía sin aparecer. Lo llamó por su nombre de pila, dos veces. Y una tercera vez, más alto. Los corrillos de padres se iban deshaciendo, y Caterina empezó a preguntar por su hijo. Nadie lo había visto.

El siguiente latido de su corazón pareció desencadenar un súbito cambio de presión en su oído interno. Por un momento, no pudo oír bien. Ni pensar tampoco.

«¿Dónde está?». Trató de hacer memoria. Aquella mañana había sido su madre la que había llevado a Elia al cole, ¿verdad? Sí. ¿Había sido aquella misma mañana que había ido a Pistoia y había conocido a la madre de Emma? ¿Acaso importaba eso? No. Quizá. Era algo en lo que pensaría más tarde, cuando tuviera a Elia entre sus brazos.

Paró a un niño de la clase de su hijo que se disponía a marcharse con su madre y lo acribilló a preguntas. Sí, sí, le aseguró, Elia había ido a clase aquella mañana.

Se quedó inmóvil hasta que el discurrir lógico de su mente logró sobreponerse de nuevo al pánico abrumador y ruidoso. Era evidente que había olvidado algo y había vuelto a la clase para cogerlo. Eso era. Niño tonto, tonto, que siempre se olvidaba de todo. Caterina esperó junto a la puerta, ensayando un gesto severo para cuando lo viera aparecer. El patio ya estaba casi desierto, y el alboroto y el ruido se alejaban

calle arriba, despacio, mientras los padres tiraban de sus hijos para llevárselos a casa, al parque, a clase de baile, a catequesis.

Entró en el edificio, pero le salió al paso una mujer de busto voluminoso.

—No puede usted entrar.

Caterina explicó lo que suponía que había sucedido.

—Ningún niño puede volver a la clase una vez que la campana deja de sonar. Si ha olvidado algo, ya lo cogerá mañana.

Caterina se dio cuenta de que hablar con aquella mujer solo serviría para aplazar el momento de enfrentarse a su gran temor. Entró empujándola a un lado, sin apenas oír sus palabras de protesta, y apretó el paso hasta la escalera. Subió los escalones de dos en dos sin detenerse hasta llegar a la tercera planta. La escuela olía a papel, cola, cuero, cera para madera, pintura de dedos, zapatos, sudor, rotuladores, niños. Elia no estaba en el aula, y no había un alma en los pasillos. Una de las paredes estaba revestida con las fotos de todos los alumnos del colegio. Caterina sabía exactamente dónde se hallaba la de Elia. Vislumbró su pelo ondulado y sus ojos marrones al pasar por delante como una exhalación, mientras sus tacones resonaban en el pasillo desierto, y se encaminó de nuevo a la escalera. Le escocía la piel, y algo gélido había brotado en el centro de su pecho. Mientras bajaba la escalera, el móvil le empezó a sonar. Lo cogió y vio el nombre de Blume. No. No necesitaba oírlo en aquel momento.

«Cuelga, cuelga de una vez, necesito la línea libre».

El teléfono siguió sonando una y otra vez. «Cuelga ya, joder. Que cuelgues de una puta vez. Por favor, déjame la línea libre». Abrió la solapa del teléfono y la volvió a cerrar. Por fin dejó de sonar.

Caterina volvía a estar delante del colegio. No quedaba nadie en el patio. El conserje salió a cerrar la verja.

«Por Dios, Elia. Cualquier cosa menos esto. Dios mío, te lo ruego, no dejes que le pase nada. Te lo ruego, Dios mío, escúchame... Espera, piensa. ¿Puede que se fuera a casa de algún amigo sin preguntármelo, sin que la madre del otro niño me dijera nada?».

El móvil volvió a sonar. No. Aquella línea tenía que seguir libre. Eso era vital. No sabía muy bien por qué, pero lo era. Si por una vez Blume no tuviera que ponerse a hablar, si se limitara a escucharla... Abrió la solapa del móvil.

—¡Alec, escúchame! Ha pasado algo terrible. Creo...

—No soy Alec, cariño. —Era la voz de su madre—. ¿Te encuentras bien?

—No. No. Necesito que cuelgues. Mierda...

—¡Caterina! —exclamó su madre en tono severo—. ¿Qué ocurre?

—Elia...

—Elia está aquí conmigo —dijo su madre.

Caterina la obligó a repetirlo. Dos veces.

—Y ahora explícame qué está pasando —insistió su madre—. ¿Tengo que llamar

a alguien?

Era como si de pronto se hubiese evaporado hasta la última gota de humedad que había en su cuerpo, dejándole la garganta seca. Le costaba hablar.

—Está ahí. Contigo.

—Por supuesto que sí. Pero si veías que no llegabas a tiempo, lo único que tenías que hacer era llamarme. No entiendo por qué has tenido que enviar un coche patrulla a recogerlo.

—¿Qué coche patrulla?

—¿Seguro que va todo bien? El coche de tus compañeros. Lo han traído derecho a casa, aunque para mí que se han presentado en el colegio un poco antes de la hora, porque lo han sacado de clase. Para otra vez, llámame.

—¿Me puedes poner con él?

Oyó a su madre llamando a Elia, y luego este se puso al teléfono. Su voz era el sonido más cristalino, puro y dulce que había oído jamás.

—¿Mamá?

Caterina notó que le fallaban las piernas, así que se sentó sin más en medio del patio. El conserje la observaba desde la verja, vacilante, mostrando su impaciencia de lejos pero sin atreverse a acercarse.

—¿Quién te ha llevado a casa de la abuela? ¿Qué te tengo dicho sobre los desconocidos?

—No eran desconocidos. Eran policías. Dos hombres.

—¿Los conocías de algo?

—No, pero me han dicho que venían de tu parte, y me han enseñado una placa, y... Ha sido como el otro día, cuando el comisario nos llevó a casa en su coche.

—El otro día yo estaba contigo, Elia. ¿Y luego qué ha pasado?

—Me han traído directamente a casa. Pero han llegado demasiado pronto, así que el conserje ha tenido que sacarme de clase.

—Ahora mismo voy para allá, Elia. Tengo que hablar contigo sobre esto.

—Vale. ¿Luego puedo irme a casa de Giacomo, a jugar con la Wii?

—¿Cómo puedes preguntarme algo así? No, hoy no vas a ir a ninguna parte. Ahora mismo voy para allá.

Caterina se levantó con dificultad y se fijó en la mujer del busto prominente, que la miraba sin molestarse en disimular el regocijo que le producía su angustia.

—¿Ha dejado usted salir a un niño del colegio en compañía de dos desconocidos? —le espetó a bocajarro, acercándose a ella.

—Por supuesto que no.

—De acuerdo. ¿Ha venido un coche patrulla a recoger a un niño?

—Sí, pero eran carabinieri.

—Oiga, le explicaré lo fácil que es falsificar una placa de...

La melodía del móvil la interrumpió. Alguien la llamaba desde un número oculto. Mientras contestaba, la mujer se alejó.

—Inspectora Mattiola, espero no haberla inquietado. Al parecer, ha habido un pequeño malentendido con la hora de salida del cole.

—¿Con quién hablo? ¿Quién eres? Conozco tu voz, capullo, puedo identificarte.

—Será más sencillo que me identifique yo mismo, inspectora. Así se ahorra tener que adivinarlo. Soy el coronel Farinelli. El comisario Blume y yo estamos trabajando en estrecha colaboración, pero creo que no está siendo del todo sincero con usted, ni conmigo. Me gustaría que nos viéramos dentro de... pongamos, media hora, en la esquina de Via Catania con Via Bari. Allí hay una tienda de material de oficina, lo que nos vendrá de perlas.

—¿Para qué?

—Para fotocopiar las fotocopias de los cuadernos que Blume le dio. No quiero que él se entere de esto, así que le devolveremos las fotocopias que hizo para usted, ¿me explico? Vuelva a llamar a su madre, dígale que llegará un poquito más tarde de lo previsto. No llame a nadie más. Sobre todo no llame a Blume. De hecho, lo mejor que puede hacer es apagar el móvil. Esos trastos son poco menos que aparatos de escucha para espiar a quien los lleva encima.

Cuando trabajaba en Inmigración, a Caterina le gustaba pensar que lucharía más, que se rendiría menos fácilmente que algunas de las personas con las que tenía que tratar. Había inmigrantes duros, independientes, incluso temibles. Pero también los había visto débiles, explotados y atormentados porque ya no tenían nada que perder. Venderse a uno mismo siempre es la última de las opciones. A lo sumo, consigues comprar algo de tiempo, pero a la que ese tiempo se agota, tu vida pertenece a otra persona.

Era algo que no habían acertado a comprender quienes morían asfixiados en la caja de un camión. Algo que no habían previsto las adolescentes chinas, esas polillas polvorientas y blancas que jamás veían la luz del sol, que vivían, dormían, daban a luz y morían en fábricas subterráneas como las de Prato. Caterina deseaba compadecerse de aquellas mujeres, pero muy en el fondo sabía que las despreciaba, como despreciaba su estupidez, su rostro chato de rasgos exóticos, su total y absoluta indefensión. Ellas la habían hecho abandonar el Departamento de Inmigración para trasladarse a la Squadra Mobile de Blume.

Y ahora ella seguía el mismo camino, con los ojos bien abiertos. En su caso, había bastado con una simple llamada y una amenaza velada contra la vida de su hijo.

Veinte minutos más tarde, Caterina aparcó el coche en una plaza de estacionamiento reservada para minusválidos y trató de desenredar la maraña de sus propios pensamientos. ¿Iba a satisfacer las exigencias del coronel con la intención de tenderle una trampa más adelante? ¿O acaso trataba de engañarse a sí misma? Su padre le hubiese dicho que pensara con las entrañas y se fiara de ellas. El cuerpo no miente. Era algo que solía decir hasta el día en que su propio cuerpo, de forma silenciosa e indolora, lo traicionó al llegar a viejo.

Pese a haber llegado antes de lo acordado, el maresciallo ya la estaba esperando. Lo vio hacer un gesto fugaz mientras avanzaba en su dirección, a lo que el coronel reaccionó apeándose de un Alfa Romeo 159 de color rojo. Lo vio arrojar un toscano al suelo, y Caterina se llevó la mano a la Beretta de servicio. Para verlo caer muerto a sus pies, tendría que empezar a disparar en el acto, como un cazador que tratara de abatir a un hipopótamo en plena carga.

Cuando llegó junto a ella, el coronel alargó una gran mano alabastrina de uñas perfectamente recortadas y limadas. Caterina la miró con repugnancia.

—Veo que sigue usted molesta. No importa. ¿Ha traído las fotocopias? Bien. Vayamos dentro.

Solo había otro cliente en la tienda, del tipo estudiante nervioso. Farinelli alzó la mano, chasqueó los dedos y señaló a Caterina como si fuera un vaso que había que volver a llenar.

—Necesitamos fotocopias, tenemos mucha prisa. No hace falta ponerle tapas. — Sacó tres billetes de veinte euros—. Aquí tiene. Le pagaré por adelantado a cambio de un servicio rápido.

Cogió el fajo de papeles de las manos de Caterina y, alargando el brazo por encima de la cabeza del estudiante, se los entregó al hombre que estaba tras el mostrador, que los cogió y se fue derecho a la trastienda.

—¡Eh, yo estaba primero! —osó protestar el estudiante, dirigiéndose a la tersa y sedosa espalda negra de la chaqueta del coronel sin que ningún gesto de este provocara la más leve arruga en la tela.

El estudiante se volvió hacia Caterina con ademán acusador, pero la mirada que ella le devolvió hizo que bajara los ojos, y a continuación la cabeza.

Unos minutos después, el dependiente regresó con tres fajos de papel de impresora perfectamente alineados.

—¿Está seguro de que no los quiere encuadernados ni grapados?

—Así están perfectos, gracias.

Farinelli metió las fotocopias en un maletín y devolvió a Caterina su original. Luego la cogió del brazo y la condujo hasta la puerta al tiempo que decía:

—Hay un hotelito a cuatro porterías de aquí, el hotel Málaga. Conozco al dueño. Podemos ir a tomar algo, o a comer un sándwich si no ha almorzado aún.

Caterina se zafó sacudiendo el brazo.

—No tengo hambre, ni intención de seguir en su compañía.

—No era una sugerencia —replicó el coronel—. Necesito hablar con usted, ponerla al tanto de la situación. No quiero que sucumba al pánico como esta tarde. Pronto habrá recuperado toda la serenidad, se lo prometo. Se alegrará de saber lo que estoy a punto de decirle.

—Dígame ya.

—No. Solo son cuatro porterías. Sígame.

Cuando llegaron al hotel, el coronel la hizo pasar primero, y Caterina se sintió ridícula y torpe por no saber adónde dirigirse. Quería matar al coronel por haber amenazado a Elia, y su cabeza bullía con las mil y una maneras de materializar su venganza, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirse incómoda e incluso avergonzada por no conocer el camino. El vestíbulo daba al comedor y a un angosto pasillo, seguramente demasiado estrecho para el coronel. Caterina hizo caso omiso del recepcionista, cuya presencia solo advirtió segundos después de haber entrado en la estancia. Se sentó a la reluciente mesa de madera que quedaba vuelta hacia la puerta. Sobre una mesa a su izquierda descansaban los recipientes de acero inoxidable en los que se calentaba la comida del bufet y los cuchillos de la carne. Las paredes estaban pintadas a la esponja en tonos de amarillo y naranja. Un espejo colgado en la pared hacía que la mesa pareciera el doble de larga. Se sentó de espaldas al espejo, y se dio cuenta de que así el coronel podría verla entera, por delante y por detrás, al mismo tiempo.

Si intentara sacar un arma, lo vería venir, pero estaba demasiado obeso para echar a correr, y era imposible fallar el tiro. Justo antes de apretar el gatillo, tendría que decirle por qué lo hacía. «Esto le pasa por amenazar a Elia. Para que nada pueda hacerle daño nunca jamás». Luego sonarían dos, quizá tres estallidos amortiguados al hundirse las balas en su cuerpo. Sintió náuseas. El coronel entró en la habitación y se sentó al otro extremo de la mesa.

—Conozco al dueño. Aquí podremos estar a solas. ¿Le pido algo de beber?

Caterina no contestó. Se preguntaba a cuántas personas tendría que matar para que Elia siguiera a salvo. Al coronel, al maresciallo que lo acompañaba. Y a otros, sin duda. Nunca se saldría con la suya. Sabía que aceptaría cualquier cosa que el coronel le propusiera con tal de salvaguardar la vida de su hijo.

El fajo de fotocopias que Blume le había dado descansaba ante ella, sobre la mesa. No recordaba haberlas llevado ni haberlas dejado allí.

—Ha secuestrado usted a mi hijo —dijo.

—En absoluto. Lo han llevado directamente a casa de su abuela. Ha ido feliz y contento todo el camino. Parlanchín, según me ha dicho uno de mis hombres. ¿Sabe?, ordené que lo recogieran y lo llevaran derecho a casa. Si les hubiese ordenado que raptaran a un niño, no me hubiesen obedecido. Son carabinieri. Sus sonrisas eran sinceras y su hijo no ha tenido miedo. Estaba en las mejores manos.

—Como le pase algo, lo mato. Como alguien vuelva a acercarse a él, lo mato. ¿Le ha quedado claro?

El coronel inclinó la inmensa cabeza y murmuró algo, como si se previniera a sí mismo de algo. Tenía los labios de un color marrón rojizo, casi el mismo tono de su rostro bronceado. Tras una pausa, levantó los ojos y elevó ligeramente el tono de voz para que Caterina pudiera escucharlo.

—Felicidad negativa, eso es lo que acabo de darle. La felicidad negativa consiste en levantarse cada día y recordar que tiene un hijo, y que está sano y salvo.

Farinelli sacó un delgado dispositivo de color blanco que semejava el mando a distancia de un aparato de aire acondicionado y lo hizo deslizar hasta el otro lado de la mesa.

—Tenga. Los botones de ese maldito chisme son demasiado pequeños. Mi maresciallo me lo había configurado de antemano para activar la función de voz. Ahora lo ha vuelto a programar y me ha dicho que lo único que tiene usted que hacer es darle al *play*.

Caterina cogió el aparato, sosteniéndolo con aprensión. Era una grabadora de voz digital. Teclas por delante, un diminuto altavoz detrás. De la marca Olympus.

—Lo he grabado hace tan solo una hora, mientras comía con su comisario. Hemos estado hablando de negocios, como podrá comprobar.

Caterina pulsó el botón, y a lo largo de los siguientes minutos escuchó la conversación que habían mantenido el coronel y Blume durante la comida. Hablaban de vender los cuadros falsificados de Treacy.

Mientras oía a Blume apuntarse el nombre de un experto en evasión fiscal y exigir una mayor participación en los beneficios de la venta de las obras, se sintió traicionada pero al mismo tiempo indiferente. Seguía pensando en Elia por encima de todo lo demás.

Al finalizar la grabación, devolvió el artilugio al coronel deslizándolo por encima de la mesa. Todo aquello le daba igual. Lo que hiciera Blume era asunto suyo. Lo único que le importaba era Elia.

El coronel replegó los labios y descubrió los incisivos, seguramente con la intención de esbozar una sonrisa comprensiva.

—Decepcionante, ¿verdad? Crees que conoces a alguien hasta que... —dejó la frase inacabada, al tiempo que abría las manos vacías—... descubres que no es la persona que creías.

—Blume jamás amenazaría a un niño —repuso Caterina.

—¿Está usted absolutamente segura? Y, dicho sea de paso, nadie ha amenazado a su hijo. Hable usted con Elia y lo comprobará. Si no le menciona el inusual trayecto en coche de hoy, lo olvidará sin darle más importancia. Como se vaya a casa y le empiece a hacer preguntas, lo asustará.

—Deje de pronunciar su nombre.

El móvil de Caterina empezó a sonar.

—¿Es Blume?

Caterina miró la pantalla. Era su madre.

—Sí —contestó—, es él.

—No lo coja.

Caterina dejó el móvil sobre la mesa, donde siguió sonando con fuerza y girando lentamente por efecto de la vibración. Por el ademán del coronel, que había cruzado los brazos y aparentaba una estudiada indiferencia, Caterina dedujo que aquel sonido lo incomodaba. Cuando dejó de sonar, el coronel le dijo:

—Será mejor que se vaya usted a casa, o a la comisaría, o donde quiera que se supone que debería estar. Recuerde, ni una palabra de esto a Blume, del mismo modo que él no se ha molestado en mencionarle el trato que ha hecho conmigo. Otra cosa que no le ha dicho el comisario es que ha confiado lo que con toda probabilidad eran los diarios manuscritos de Treacy a una tercera persona, así que ahora hay más gente envuelta en esto. Esperemos que no se complique demasiado.

El móvil de Caterina empezó a sonar de nuevo. Esta vez sí era Blume.

Blume colgó con gesto brusco, contrariado. Su estado de ánimo no había mejorado tras la conversación que acababa de mantener con Grattapaglia, que se había limitado a encogerse de hombros y a componer un gesto resignado cuando Blume le había dicho que en pocas horas enviaría el informe en el que daba fe de su mala conducta.

Fue la actitud indiferente de Grattapaglia lo que más lo molestó, pues era como decir que no habría esperado otra cosa de él, como si Blume acostumbrara a dejar a los suyos en la estacada.

El comisario empezó a estampar su firma en una pila de informes que debía remitir al juez instructor, informes en los que se suponía que debía anotar todas sus decisiones, así como los avances logrados en el caso, y luego presentarlos a Buoncompagno, el títere de Farinelli. La última anotación rezaba: «Caso traspasado a los carabinieri».

Alguien llamó a la puerta dos veces y, tras una pausa de la misma duración, Panebianco entró en el despacho.

—¿Recuerda a mi amigo Nicu, de los carabinieri? —preguntó—. ¿El que es teniente coronel del Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico?

—Ese con el que juegas al fútbol —repuso Blume—. ¿Qué pasa con él?

—Quiere quedar con usted.

—No tengo tiempo —replicó Blume.

—Me dijo que si esa era su respuesta, le dijera que buscara tiempo. Lo siento, señor. Por lo general no es tan arrogante. Le pregunté a qué se refería concretamente, y me dijo que le mencionara su trato con el coronel Farinelli.

Blume escrutó los ojos serenos de Panebianco en busca de alguna señal de advertencia, conocimiento, ironía o desprecio, pero en vano.

—¿Cuándo pretende que nos veamos?

—Ahora mismo. Le gustaría que se acercara usted a su departamento, en el Trastevere. Estaré encantado de transmitirle cualquier réplica desabrida que tenga a bien hacerle llegar.

—No. Gracias, inspector. Ya me encargo yo.

Mientras pasaba en coche por delante del Ministerio de Justicia, Blume sacó el móvil y llamó a Beppe Paoloni, que era a la sazón mejor amigo suyo de lo que nunca había sido mientras trabajaban juntos. Una amistad nacida de expectativas frustradas, así la había descrito Blume en cierta ocasión. La versión de Paoloni era que en el fondo el comisario no era tan capullo como él había creído. Cuando, dos años antes, Blume había descubierto que Paoloni estaba a punto de matar a un asesino de policías, le

había ordenado que abandonara el cuerpo y Paoloni había obedecido sin rechistar. Blume nunca había informado del incidente a sus superiores, motivo por el que Paoloni sostenía que no era un capullo integral. En cuanto a Blume, le habían sorprendido gratamente el inmediato arrepentimiento y resignación de Paoloni, pues no era lo que había esperado de él.

La amistad entre ambos se había visto fortalecida cuando ambos comprobaron que abandonar el cuerpo de policía había sido la mejor decisión, y la más rentable, que había tomado Paoloni en la vida. Tras haber trabajado durante algún tiempo como guardia de seguridad en un banco, ahora se ganaba muy bien la vida como consultor de seguridad privada. Entre las condiciones del acuerdo al que habían llegado en su día, Blume le había endilgado a su amigo un gran perro ingobernable, y de tarde en tarde aparecía por su casa para ver qué tal se llevaban los dos. A Paoloni le gustaba fingir que el perro seguía siendo de Blume y que se lo devolvería algún día, y a Blume le gustaba fingir que Paoloni se había encariñado con el animal.

—¿Sí?

La voz de Paoloni sonaba cautelosa. Jamás miraba la pantalla para saber quién llamaba.

—Soy yo, Alec.

—¡Alec!

—¿Interrumpo algo?

—No, estoy sacando a tu perro de paseo.

—No es mi perro, te lo di —repuso Blume.

—Eh, perro, saluda a tu verdadero amo.

Paoloni debió de acercarse realmente al auricular al hocico del animal, o bien sabía imitar de forma muy creíble la respiración jadeante de un gran cane corso negro.

Tras asegurarse de que su interlocutor volvía a ser Paoloni, Blume dijo:

—¿Aún no le has puesto nombre?

—No. Si lo hiciera, no sería un nombre agradable. Esta bestia come más en dos días que yo en una semana —informó Paoloni—. La mayor parte de la factura del súper se me va en comida para perros.

—Seguramente fuma menos que tú, Beppe, así que vaya una cosa por la otra. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Estoy parado delante de una tienda de ropa deportiva, esperando a que tu perro se cague en el portal. Llevamos haciéndolo cada tarde desde hace un mes, desde que el dueño se negó a devolverme el dinero de un polo Lacoste que le compré y me venía demasiado pequeño. A veer... Ahí está.

—Beppe, me vendría bien conocer tu opinión de experto sobre un par de cosas...

—Blume oyó a Beppe alabando y acariciando al perro—. ¿Sigues ahí?

—Claro que sigo aquí.

—¿Te has enterado del asesinato del comerciante indio?

La voz de Paoloni se volvió grave.

—He oído hablar de ello. Arrollaron a dos chicos con un cuatro por cuatro. ¿Estás buscando pistas?

—Sabemos quién ha sido —repuso Blume—. He pensado que si te doy los nombres, quizá puedas ayudarnos a dar con ellos.

—Claro. Dame los nombres.

—¿Tienes un boli a mano?

—¿Un boli? Sí, claro.

—¿Y algo en lo que escribir?

—Usaré al perro. Dame los nombres, Alec.

—Leporelli...

—Y Scariglia —completó Paoloni—. ¿Para qué quiero el bolígrafo? ¿De qué va esto?

—Se supone que van a entregarse. Tienen hasta mañana a mediodía, justo a tiempo para salir en el telediario.

—Estupendo —contestó Paoloni—. ¿Y por qué iban a hacerlo?

—El juez instructor es Gestri, ¿te acuerdas de él? Un tipo de lo más enérgico. Ha cerrado un multicines en Ostia, y hay por lo menos cinco clubes de playa que no abrirán sus puertas en una semana. Va a paralizar las actividades de la Camorra hasta que los entreguen. Es un mero trueque. Creo que les conviene entregarse ahora, mientras aún respiran. No debería costar demasiado localizarlos, dadas las circunstancias, y estaba pensando que tú podrías hacer de intermediario.

—¿Qué saco yo de todo esto?

—La sensación de paz interior que da hacer lo correcto.

—Esa nunca me abandona. ¿Y qué más?

—Te toca darle a los de Ostia la buena noticia de que se levanta la veda, decirles que ya pueden volver a abrir su multicines y sus clubes. Y además puedes fardar de haber arreglado el problema. La gratitud de la mafia, ¿qué más se puede pedir?

—¿Estás seguro de que Gestri retirará la presión policial?

—Claro que sí. No puede tener a todos esos hombres movilizados durante más de un día o dos, lo sabes de sobra.

—De acuerdo —repuso Paoloni—. Veré qué puedo hacer.

—Voy a pedirte otro favor, quizá dos. Pero te lo explicaré cuando nos veamos.

—Tu perro se muere de ganas de verte —contestó Paoloni.

El Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico de los carabinieri se hallaba en Via Anicia, junto a una iglesia franciscana. Blume se dirigió al elevado muro que cercaba el edificio y pasó por delante del puesto de seguridad tras enseñar el carnet de policía a los tres hombres que había en su interior. Un joven appuntato que custodiaba la puerta lo desafió brevemente, pero se hizo a un lado y lo dejó pasar tan pronto como vio el carnet. A continuación fue un brigadiere capo apostado tras un escritorio quien

le dio el alto.

Justo entonces un joven alto, elegante y de rostro extrañamente pálido apareció al otro lado de los torniquetes.

—Déjalo pasar —ordenó al brigadiere—. ¿Comisario Blume?

El interpelado firmó el registro de visitantes y esperó que le dieran el distintivo correspondiente.

—Necesito un documento de identidad, si es tan amable.

Blume arrojó su carnet de policía sobre la mesa.

El carabinieri apuntó la hora con meticulosa parsimonia, abrió un cajón, sacó una tarjeta de visitante y, muy a regañadientes, se la dio a Blume.

Este se encaminó al torniquete, que se negaba a girar.

—Lo siento —se disculpó el joven teniente coronel—. Tiene que pasar la tarjeta de visitante.

Blume logró entrar al fin. El joven alargó la mano en su dirección.

—Encantado de conocerlo. Me llamo Nicu Faedda. Por favor, acompáñeme a mi despacho.

A Blume le fascinaba el hecho de que un hombre de piel tan blanca pudiera tener acento sardo. No pudo evitar la sensación de estar ante un cómico o un actor al que le había tocado interpretar a un sardo, como si fuera un programa de cámara oculta, y eso lo puso en guardia.

—¿Escaleras o ascensor? Vamos a la segunda planta.

—Escaleras —respondió Blume.

Faedda salvó el primer tramo de diez escalones saltándolos de tres en tres y se detuvo en el rellano.

—¿Sabía que según la UNESCO el setenta por ciento del patrimonio artístico mundial está en Italia?

—Sí. No. Qué más da. —Blume llegó al rellano—. ¿Es usted realmente sardo?

—¿Lo dice porque soy alto?

—Y blanco —repuso Blume.

—En realidad no soy tan blanco. En verano me pongo muy moreno.

—¿También encoge? —preguntó Blume.

Faedda negó con la cabeza y sonrió.

—Hay que ver la cantidad de prejuicios que tenemos. Yo creía que todos los americanos eran gordos y políticamente correctos, pero está visto que no. —Alcanzó el último rellano, abrió la primera puerta del pasillo y la sostuvo para que Blume pasara primero—. ¿Sabía que en Italia se roba de media una obra de arte cada dos horas, y que el cincuenta y ocho por ciento de los objetos robados jamás se recuperan? —preguntó mientras este entraba en el despacho.

Faedda tomó asiento en una cómoda silla de oficina al otro lado del escritorio, completamente despejado a no ser por unos pocos objetos de adorno metálicos y placas con medallas que llevaban la insignia de los carabinieri o los emblemas del

cuerpo: plumas, fusiles, una granada en llamas... Desde luego, esta gente adora sus símbolos, pensó Blume. La policía se contentaba con un calendario en el que salieran fotos de los coches patrulla y alguna que otra bandera italiana.

—¿Y sabía usted que nuestra tasa de recuperación de objetos robados ha mejorado en un cuarenta y cinco por ciento a lo largo de los últimos quince años?

Blume se sentó.

—¿Se presenta de candidato a algo?

—No, no —repuso Faedda—. Solo trato de decirle que las cosas han mejorado muchísimo.

—Y me lo cuenta porque... —Blume reflexionó sobre ello—. ¿Porque sus métodos han mejorado en los últimos quince años?

—Hay otro motivo —apuntó Faedda.

—Porque ha habido un relevo generacional en el departamento y hay jóvenes sardos, altos y dinámicos como usted ocupando puestos que antes estaban en manos de la vieja guardia, a la que pertenece gente como el coronel Farinelli —aventuró Blume.

—A veces las fuerzas del orden defienden a un colega por el simple hecho de ser, o haber sido, uno de los suyos, no porque merezca ser defendido —afirmó Faedda—. El coronel saca provecho de esa circunstancia desde hace mucho tiempo, pero tiene los días contados, así que le agradecería que me dijera de policía a policía, y le prometo que no saldrá de aquí, si el coronel le propuso sacar tajada de la venta de las obras halladas en la casa y la galería del falsificador de arte Henry Treacy.

—¿Qué le hace sospechar que pueda haber pensado siquiera en hacer algo así? Y dando por sentado que fuera cierto, ¿por qué iba a ofrecirme una tajada a mí? —replicó Blume.

—Bien. Bueno, deduzco que la respuesta es «no» —dijo Faedda.

—Un «no» consiste en una ene seguida de una o —repuso Blume—. Mi respuesta pretendía averiguar cómo había llegado usted a semejante conclusión.

—Estuvo usted allí. Vio las pinturas. Es una deducción lógica. Por lo que respecta al plan del coronel para vender las obras, es una suposición que se basa en su conducta anterior.

Blume escrutó el rostro liso y terso, de gesto confiado, del teniente coronel, y le espetó:

—Acusa usted de corrupción y robo al oficial al mando de su departamento y a mí.

—A él, sí. A usted, no. Al contrario, creo que se avino usted a hacer tratos con él solo para intentar pillarlo en falta, y quiero formar parte de su plan, sea cual sea. O mejor dicho, quiero ayudarlo en todo lo posible.

—¿Qué le hace estar tan seguro? ¿Qué le hace estar tan seguro de que no estoy conchabado con el coronel, de que no me iré corriendo a avisarlo en cuanto salga de aquí, de que no nos dedicaremos a joderle la vida entre los dos?

Faedda frunció ligeramente el ceño.

—He hecho mis averiguaciones.

—¿Y qué es lo que ha averiguado?

—He preguntado por usted a Panebianco. Quería saber qué clase de persona es, y él me ha asegurado que jamás se dejaría usted comprar de ese modo.

—¿Eso ha dicho Panebianco?

—Sí, claro.

—¿Y le parece suficiente?

—Sí.

A lo mejor, pensó Blume, el chico se había convertido recientemente al cristianismo o algo así. Eso explicaría aquel derroche de fe en el prójimo.

—Bueno —añadió Faedda—, también he comprobado su historial. Y tengo un amigo que... Hemos revisado el estado de sus cuentas en los últimos diez años. También he hablado con unos pocos jueces, y repasado algunos de sus casos anteriores. No sabría decir qué le hace levantarse cada mañana, comisario, pero no es el dinero. Por todo ello, he creído que valía la pena correr el riesgo. ¿He hecho bien?

—No... no tengo ni idea.

—Bueno, yo confío en usted —le aseguró Faedda—. Detesto la falta de escrúpulos. El cuerpo se merece mejores líderes. La polizia tiene suerte de...

Blume levantó un dedo para detener el discurso de Faedda. Cuando se hubo asegurado de que no brotarían más halagos de sus labios, dijo:

—¿Tiene usted idea del abismo de poder que hay entre Farinelli y usted? Dejando a un lado el rango, que también está por encima del suyo, el coronel puede hacer cuanto le venga en gana, y en lo que respecta a esas pinturas, dudo que las haya mandado todas al depósito. De hecho, puede que no haya ninguna allí.

—Espero que no sea el caso, porque eso querría decir que algunos de los nuestros son cómplices de una operación fraudulenta que... Bueno, son cosas que pasan —concluyó Faedda, abriendo las palmas de las manos en un gesto de piadosa resignación—. El coronel es famoso por su discreción. Es de los que manejaban a su antojo a quienes trabajaban entre bastidores. Ejerce su influencia, o solía hacerlo, dos o tres niveles por debajo del suyo. Pero tiene cada vez menos poder. Sus contactos se han ido desvaneciendo. Sus antiguos protectores se han ido muriendo de puro viejos, y algunos de los que trabajaban a sus órdenes han pasado página, se han buscado nuevos amos o ejercen algún cargo público.

Faedda entornó el ojo izquierdo como si quisiera dar la impresión de que la idea se le acababa de ocurrir.

—En el caso que nos ocupa, el coronel se muestra atípicamente franco y directo. Ha intentado sobornarlo, quizá con la intención de pagarle su parte, quizá con la de cargarle el muerto y que quede usted como el malo, el extorsionador, quizá ambas cosas. En el fondo es bastante sencillo.

—Yo soy un tipo sencillo —repuso Blume—. No recuerdo haberle confirmado

que el coronel me haya ofrecido participar en ningún chanchullo.

—Pero lo ha hecho, ¿verdad?

Blume no sabía muy bien qué pensar de la mezcla de sinceridad y audacia de aquel joven.

—Pongamos por caso que así fuera —dijo.

—Como he dicho, Panebianco responde por usted, y con eso tengo bastante. Pero me estaba preguntando si no tendrá usted algo que el coronel quiere.

Blume se encogió de hombros.

—Salta a la vista que sí.

—¿Y qué es?

—No tengo ni idea.

—De acuerdo. Acepto esa respuesta —repuso Faedda—. Pero si de veras no tiene ni idea, permítame sugerir que se trata de dinero. O de algo que vale mucho dinero.

—También podría ser algo que le diera poder, capacidad de influencia, o que lo exculpara de algo. O bien algo que no quiere que salga a la luz.

—Todos son motivos más que plausibles —repuso Faedda—, y podría ser cualquiera de ellos, o todos a la vez. Pero sigo pensando que se trata de dinero.

Blume, recordando un interesante pasaje de las memorias que había leído la noche anterior, contestó:

—Si de entrada no era el dinero, pronto lo será.

Antes de volver al despacho, Blume pasó por su apartamento, se duchó, se cambió y recogió los tres cuadernos. La idea de tenerlos allí desprotegidos le producía incomodidad. Aquellos malditos manuscritos se estaban convirtiendo en una carga para él. Había una caja fuerte en el despacho, pero él no era el único que podía abrirla. Lo mejor que podía hacer era dejarlos al cuidado de Paoloni.

El teléfono del escritorio sonaba cuando entró en el despacho. Era el questore otra vez, o mejor dicho, su alambicada secretaria. Blume empezaba a sospechar que el questore no tenía nadie más con quien hablar. Y siempre lo llamaba al despacho, como si quisiera comprobar que efectivamente estaba allí.

—Me han llegado quejas de usted —anunció el questore cuando la secretaria le pasó la llamada—. Un juez, Buoncompagno, asegura que ha estado usted interviniendo sin autorización en la investigación que él dirige sobre el falsificador de arte. Creía haberle dicho que se olvidara del tema.

Blume clamó a los dioses del techo blandiendo el auricular en el aire y luego volvió a llevárselo a la oreja.

—A Buoncompagno le han ordenado que le diga eso, señor —repuso Blume—. No es más que un rifirrafe sin importancia con un carabinieri. Mientras tanto, he estado trabajando con el juez Antonello Gestri en un doble asesinato.

—¿Se refiere al atropello y fuga de los indios?

—El vehículo era el arma homicida.

—No me cambie de tema —replicó el questore—. Le dije que se mantuviera apartado del caso Treacy.

Blume metió los cuadernos en el cajón.

—Tenía que asegurarme de que no había ninguna relación con los atracos, que según sus propias palabras son nuestra prioridad ahora mismo.

—¿Me está diciendo que hay una conexión entre Treacy y los atracos?

—Bueno, solo que Treacy era extranjero, al igual que las demás víctimas.

—Como argumento, no se sostiene demasiado —opinó el questore—. ¿Hay alguna prueba?

—No —dijo Blume—. Por eso mismo tengo que seguir la pista.

—No la siga hasta el infinito, a menos que crea que puede ayudarnos a detener los atracos.

—Nunca se sabe, señor —replicó Blume.

—Yo sí que nunca sé nada con usted —repuso el questore y finalmente colgó el teléfono.

Panebianco sacó la cabeza por la puerta.

—Hay un tal señor Nightingale esperando abajo, en compañía del avvocato Feltri.

Quieren hablar con usted.

—Diles que suban.

—Entendido.

Panbianco se quedó donde estaba.

—¿Qué? —preguntó Blume, irritado.

—¿Qué tal ha ido la reunión con Faedda?

—No veo por qué... —empezó Blume, pero entonces recordó que, según Faedda, Panbianco habría puesto la mano en el fuego por él, y suavizó el tono—. Ha ido bien, gracias. Ha sido esclarecedora.

—Bien, me alegro. Haré que suban esos dos.

Cinco minutos más tarde el abogado de Nightingale, un hombre de aspecto pulcro cuyo pelo negro relucía como si lo hubiese mojado, tomó asiento frente a él. Nightingale, que lucía un traje de lino surcado de arrugas, parecía fatigado, acalorado, y se movía con aires de superioridad. Tomó asiento junto al abogado, que se volvió hacia él y, dirigiéndose más a Blume que a su cliente, dijo:

—Recuerde, puede usted levantarse e interrumpir la entrevista en cualquier momento. No tiene que contestar a ninguna pregunta si no desea hacerlo, y nada de lo que diga podrá usarse como prueba contra usted en un juicio. Ningún testigo puede autoincriminarse.

El abogado se volvió entonces hacia Blume.

—Puesto que algunas de estas declaraciones voluntarias serán consideradas inadmisibles como pruebas, no querrá usted hacerle demasiadas preguntas relacionadas con el tema que está investigando. Estamos dispuestos a cooperar siempre que se nos asegure que la investigación del caso no le ha sido asignada a usted, y sé de buena tinta que las pruebas científicas señalarán de forma abrumadora determinados factores accidentales como causantes de la muerte, un hecho del que usted reconoce tener conocimiento en esta declaración que he preparado y que me gustaría que firmara.

Blume hizo caso omiso del documento que le tendía el abogado, descolgó el teléfono y llamó a Caterina, que estaba sentada a su mesa. Segundos después entró en el despacho de Blume, lo cruzó sin ni siquiera mirarlo y se sentó en una silla de plástico a su izquierda, cerca de la pared. Volvía a estar de muy mal humor, era evidente.

—Por favor, explíquenos a qué se debe la presencia de la inspectora —solicitó el abogado.

—Necesito tenerla bajo control —replicó Blume.

—Verá, no tenemos tiempo para bromas, comisario. Lo considero un abuso de la buena voluntad y la disponibilidad de mi cliente.

—Inspectora Mattiola —empezó Blume—, ¿por qué cree usted que la he invitado a venir?

—Para que pudiera ver a Nightingale con mis propios ojos.

—Si la agente ha venido hasta aquí solo para satisfacer su curiosidad... — empezó el abogado.

Pero Caterina, que en efecto observaba detenidamente a Nightingale, prosiguió:

—Y para decirle al señor Nightingale en persona que sabemos que es el padre de Emma Solazzi.

En el silencio que se instaló a continuación el zumbido de la impresora láser del despacho contiguo se hizo audible. Permanecieron los cuatro inmóviles en sus asientos hasta que incluso ese ruido cesó. Ahora oían palabras sueltas de conversaciones que llegaban desde otros despachos. El súbito estruendo de un *motorino* que pasó por la calle surgió como un posible tema de conversación.

Al cabo, Nightingale dijo:

—Avvocato, creo que ha llegado el momento de que nos deje a solas.

El abogado parecía ofendido.

—Al contrario. Ahora me necesita más que nunca. Si lo he entendido bien, esto implica errores en documentos y archivos públicos, cuestiones relacionadas con pensiones alimenticias, herencias...

—Sí, el tema da mucho de sí —concedió Nightingale—. Pero de veras prefiero que esto no se sepa ni se comente, ni siquiera en presencia de mi abogado, en quien deposito toda mi confianza. Podemos hablar de ello más tarde. Ahora mismo quiero conversar a solas con el comisario y la inspectora.

—Le recomiendo vivamente que no lo haga —objetó el abogado, pero tenía los labios tensos y ya se había levantado para marcharse.

La experiencia de ser la única persona en la habitación que ignoraba algo le resultaba humillante. Blume casi temió que anunciara que dejaba de representar a su cliente.

Se hizo el silencio de nuevo, mientras esperaban que el abogado reuniera sus papeles y su orgullo herido, y abandonara la habitación.

—Él no lo sabía —se disculpó Nightingale, pasándose al inglés no bien se cerró la puerta—. Tendría que habérselo dicho, pero también era el abogado de Henry. Nunca me he sentido cómodo con la idea del secreto profesional. Curas, médicos y abogados pueden acogerse a él, pero no son gente especialmente entrañable, ¿verdad que no?

—¿Cómo es posible que Treacy no sospechara nada? —preguntó Blume—. ¿No había, qué sé yo, algún tipo de interacción entre Emma y usted, el hecho de que se tocaran, o incluso de que no se tocaran en absoluto? ¿Treacy no se dio cuenta de nada? Siendo Emma su hija, debía de ser difícil no plantarle un beso en la coronilla de vez en cuando, o algo así. Yo no tengo hijos, pero... —señaló a Caterina—, ella sí.

Blume miró a Caterina. Una vez más, solo alcanzó a ver el perfil de su rostro, el contorno rígido de su cuerpo, las piernas estiradas en línea recta, como si fuera una figura bidimensional en un espacio tridimensional.

Caterina no contestó a su alusión ni lo miró siquiera, así que prosiguió:

—Otra cosa: se tomó usted grandes molestias para ocultar su identidad y mantener las apariencias, pero solo a primera vista.

—No lo entiendo —replicó Nightingale.

—A la inspectora Mattiola le bastó menos de media jornada laboral para confirmar que Emma era hija suya. Lo sospechó de inmediato, lo pensó durante un rato y luego hizo unas comprobaciones elementales de identidad, empezando por el código fiscal. Estamos hablando de unas pocas horas de trabajo para descubrir la identidad de su hija. Es una extraña mezcla de meticulosidad y descuido que me tiene intrigado.

Nightingale parecía estudiar las espirales que formaban sus huellas dactilares. Finalmente, dijo:

—Permita que empiece justificando la ausencia de instinto paternal que tanto les escandaliza. —Nightingale se volvió hacia Caterina al decir esto, pero al no obtener apenas respuesta, decidió dirigirse a Blume—. Antes de que Emma empezara a trabajar en la galería, la había visto exactamente cinco veces.

Alzó una mano con los dedos estirados.

—La cogí en brazos una sola vez, el día que la conocí. Tenía tres años. Me estaba enseñando que podía saltar más alto que nadie, aterrizó sobre un libro que había estado mirando, resbaló y se golpeó la cabeza con fuerza en el canto de una mesa de centro. Yo la cogí y traté de calmarla, pero se había hecho un buen chichón y Angela, que no había visto lo ocurrido, dio por sentado que había sido culpa mía, y quizá lo fuera. Así que, ya lo ve, comisario, en realidad éramos extraños. Si no me molesté demasiado en ocultar su identidad era porque ya estaba bastante oculta. No había el menor peligro de una demostración de afecto espontánea. La propia Emma no supo quién era yo hasta unas semanas antes de empezar a trabajar para nosotros.

—¿Tenía usted una relación difícil con la madre de Emma?

—En realidad, no se puede llamar relación a mis últimos encuentros con Angela. Lo nuestro se había acabado antes de que naciera Emma. La culpa fue toda mía. Fui yo el que rompí con ella.

Finalmente, Caterina tomó la palabra, en inglés:

—¿Angela no le dijo que tenía una hija hasta que Emma cumplió tres años?

—¿Es usted inglesa? —preguntó Nightingale, sorprendido.

—No. Contesté a la pregunta —replicó Caterina.

—A veces la madre de Emma quería ser artista y otras veces quería ser crítica de arte, como si fuera posible ser ambas cosas a la vez, y aunque así fuera no era su caso, desde luego. Solo cuando empezó a necesitar dinero desesperadamente se tragó su orgullo y me llamó.

Blume borró una sonrisita que le despuntaba en las comisuras de los labios frotándose la barbilla con gesto pensativo.

—Así que le presentó a la niña, y usted...

—Oiga, comisario, sé lo que está pensando. Se pregunta cómo puedo estar tan

seguro de que sea hija mía.

Blume alzó ambas manos en el aire para negar que semejante idea le hubiese cruzado la mente.

—Verá, para empezar —dijo Nightingale—, ¿la ha visto usted bien?

—¿Que si he visto bien a Emma? Bueno, sí... Es muy hermosa.

—Gracias. Sí que lo es. ¿Y no se ha fijado en el parecido físico que nos une?

Blume escrutó al hombre que tenía delante. Nightingale tenía la mirada azul pálida típica de los europeos del norte. Los ojos de Emma también eran azules, recordó, aunque los suyos eran almendrados y tenían visos de color verde. Sus ojos se empapaban de luz y la volvían más oscura, mientras que los de él simplemente la reflejaban. Nightingale tenía pómulos elevados y un rostro triangular; ella también tenía los pómulos marcados, pero su rostro era ovalado. Lo recordaba bien. Los separaban el sexo y cuarenta y pico años.

Blume decidió mostrarse diplomático.

—Sí, creo que sí lo veo.

—Eso es lo más obvio, claro está, y siempre temí que Treacy se diera cuenta. Tenía buen ojo para los detalles, aunque lo usaba para la pintura, no para el día a día. Además, Angela me enseñó la partida de nacimiento de Emma.

—¿Y con eso tuvo bastante? Quiero decir, si de alguien no hubiese esperado que se fiara de un trozo de papel es precisamente...

Nightingale lo interrumpió:

—Emma nació seis meses después de que rompiera con Angela. Mientras estuvimos juntos, ella y yo éramos literalmente inseparables. Llevábamos tres años saliendo, viviendo juntos desde hacía año y medio, y teníamos intención de casarnos. Cuando nos acostábamos no tomábamos precaución alguna, y lo hacíamos a todas horas. Nos liamos la manta a la cabeza y viajamos por todo el país, por Europa y mucho más allá. Estuvimos en la India, Sri Lanka, México, Guatemala y Nueva York. Y cuando se nos acabaron las ganas de viajar nos compramos... bueno, yo me compré... un *casale* casi en ruinas cerca de Anzio, y nos dedicamos en cuerpo y alma a arreglarlo.

—¿Y compaginaba todo eso con lo que hacía en la galería?

—En realidad, no. Ahora me avergüenza decirlo, pero por entonces tenía intención de renunciar al mundo del arte para convertirme en poeta. Creía que si arreglábamos la casa podríamos ofrecer alojamiento a turistas holandeses e ingleses. Ya sabe, la clase de huéspedes cultivados que pasarían largas temporadas entre nosotros. Angela creía que podría encargarse de los fogones, aunque lo de cocinar se le daba incluso peor que pintar...

—Bueno, con huéspedes ingleses y holandeses, eso no debería ser un problema —bromeó Blume—. ¿Cómo acabó el idilio?

—Nos fuimos distanciando por pequeñas tonterías que, en el fondo, tienen su importancia. Comentarios con muy mala uva que yo le hacía, o que ella me hacía a

mí, como cuando me dijo que había convertido en un remedo del original un poema de Tasso que estaba traduciendo, lo que tenía bastante delito viniendo de alguien que apenas sabía hablar inglés y que, la verdad sea dicha, era una auténtica nulidad como pintora. Tampoco sabía juzgar un cuadro ni redactar un texto. Largas frases pretenciosas repletas de jerga, juicios desdeñosos sobre cosas que no alcanzaba a comprender, que era casi todo... Un buen día, me dio a elegir: o ella, o mi trabajo. Así que volví a la especulación en el mercado del arte. Ella siguió aferrada a su sueño durante tres años, tal vez un poco más, tratando de vivir del arte, hasta que se puso en contacto conmigo para pedirme dinero. Yo ya le había dejado la casa de Anzio, así que la mandé a freír espárragos. Fue entonces cuando me reveló la existencia de Emma.

—¿Le amenazó con exigirle una pensión? —preguntó Blume.

—No. Angela no era así. No era la avaricia lo que la impulsaba, aunque por entonces yo tenía mis dudas. Después de haberse quedado la casa, solo me pidió dinero en aquella ocasión, una suma nada desdeñable para la época: noventa millones de liras. Pensemos que un coche de gama media costaba alrededor de diez millones de liras, un pequeño apartamento en Roma cerca de doscientos millones. Por entonces renunció a la pintura y empezó a trabajar en un banco. Yo creía que volvería a pedirme dinero, pero nunca lo hizo. Los años fueron pasando sin que volviéramos a saber nada el uno del otro, y sin que ella me pidiera nada. Cuando Emma estaba a punto de empezar secundaria, la llamé para preguntarle si quería ayuda para costear sus estudios. Entonces me dijo que las escuelas públicas en Italia eran mejores que las privadas, por lo que no necesitaba mi ayuda, así que me ofrecí a pagarle los libros, las vacaciones, el gimnasio, esa clase de cosas. Dijo que se lo pensaría y al cabo de un mes, más o menos, me llamó y me invitó a la casa.

—La que está en las afueras de Anzio. ¿Aún vivía allí?

—Sí. Ahora vive en Pistoia, pero desde hace poco. Así que para allá que me fui. Era la segunda vez que veía a Emma. Angela me dijo que estaría encantada de aceptar mi dinero, y que podía estipular la suma que considerara adecuada, pero puso una condición: que el dinero entrara en una cantidad fija y a intervalos regulares. Dijo que no quería ver cómo la suma subía o bajaba en función de mi humor o mi opinión sobre ella.

—¿Por qué se confabularon para dotar a Emma de una falsa identidad?

—No lo hicimos. Es cierto que ocultamos su identidad, pero en rigor tampoco creamos otra nueva.

—Manuela Ludovisi, cuyo verdadero nombre es Emma Solazzi, código fiscal falso, orígenes falsos...

—Sí, pero, como usted mismo ha dicho, no lo hicimos a conciencia. Nos limitamos a velar su identidad, no a crear otra nueva con la que tuviera que convivir para siempre. Solo queríamos ocultársela a Harry.

—¿Por qué?

—Para evitar una situación violenta. Verá, hace mucho tiempo, antes de estar conmigo, Angela pertenecía a Harry.

Caterina intervino:

—¿Cómo dice? ¿Que le pertenecía, como si fuera un objeto?

—Sí, eso es exactamente lo que he dicho —repuso en tono molesto—. Él era su dueño. Así era Harry. Fue él quien la persuadió para que pintara, quien le metió en la cabeza que tenía talento cuando era evidente que no era así, quien la arrastró a un modo de vida bohemio, quien la moldeó para que encajara con su ideal de mujer. Luego, cuando se cansó de ella, simplemente la dejó, tachándola de burguesa. Por aquel entonces, aún se usaba como insulto. Al menos la gente como Harry.

—No veo la necesidad de ocultarle la existencia de Emma, tantos años después —opinó Caterina.

—Angela le había dicho a Harry que se había hecho una ligadura de trompas. A mí también me lo había dicho. A lo mejor lo hizo, a lo mejor volvió a operarse para desligarlas, o puede que el nacimiento de Emma fuera un milagro. Angela solía decir que jamás querría tener hijos, era casi una filosofía de vida. Que si los niños convertían a los padres en seres asexuados, que si eran pequeños capitalistas obsesionados con Disney, que si te robaban la juventud para reemplazarla por la suya... Además, el planeta ya estaba bastante poblado, y...

—Y sin embargo... —aventuró Caterina.

—Y sin embargo, nada. No he hecho más que empezar a enumerar los motivos que daba Angela para no tener descendencia.

—Y sin embargo Angela tuvo una hija, a eso me refería —repuso Caterina.

—Ah. Sí, desde luego. Al final tuvo una hija. Creo que se sintió avergonzada de ello durante mucho tiempo, hasta que por fin desistió de convertirse en una artista independiente y sin ataduras. Pero tenía otro motivo para no gritarlo a los cuatro vientos. Cuando Angela y yo empezamos a salir, Harry... bueno, se portó como un cerdo. Un día, poco después de que volviéramos de México y yo empezara a trabajar con él otra vez, lo invitamos a la casa de Anzio para intentar pactar una especie de tregua entre los tres. Cuando llegó ya venía algo achispado, y luego se dedicó a beber como un cosaco hasta coger una cogorza monumental, de esas que solo un irlandés resistiría, y se puso violento hasta el punto de llamarla zorra y puta... ahí le salió todo el acento irlandés... pero también *puttana*, *troia*, *zoccola* y otras lindezas similares para rematarlo arrojándole una botella de vino a la cabeza. La botella se estrelló contra la pared que Angela tenía a su espalda y se hizo trizas, y un trozo de cristal se le clavó en el cuello, a escasos milímetros de la yugular. Había sangre por todas partes, y el hospital hizo venir a la policía, que me interrogó a mí, puesto que Angela se negó a mencionar a Harry. A la mañana siguiente, él sostenía que no recordaba nada. Pero fue el fin de su relación con Angela, que hizo cruz y raya con él. Comprenderán que no quisiera verlo cerca de su hija, ni que supiera de su existencia. Ni Harry ni yo volvimos a mencionar a Angela jamás. Ni siquiera se enteró de

nuestra ruptura.

—Así que Henry Treacy tenía un lado oscuro —sugirió Blume.

—Más bien un insondable pozo de crueldad.

—Tenía mal beber, pero ¿cómo lo recuerda estando sobrio?

—Irascible. Confuso. Gracioso. Cascarrabias. Listo. Un artista mediocre dotado de un inmenso talento. Generoso. Taimado. Depende de lo que busque. Lo conocía desde hacía tanto tiempo que había visto todas sus facetas.

—¿Podría explicarme a qué se refiere cuando dice que era un artista mediocre dotado de un inmenso talento?

—Copiaba a otros —repuso Nightingale—. Lo hacía bien, pero no dejaban de ser copias. Además, había cosas que no era capaz de copiar. Podía dibujar cualquier cosa, ese era su gran talento, pero había cosas que no podía pintar. Era como un niño con un don prodigioso.

Blume negó con la cabeza.

—No. No lo entiendo. Oyéndolo, cualquiera diría que sus limitaciones eran evidentes, cuando salta a la vista, teniendo en cuenta el dinero que ha hecho usted a su costa...

—Y él a la mía —interrumpió Nightingale.

—Cuando salta a la vista, habida cuenta de la cantidad de dinero que ganaron entre los dos, que no era así. ¿Cuál era su gran defecto? Como pintor o falsificador, me refiero, no como persona.

—No podía pintar el aire —replicó Nightingale—. Verá, si hablamos de obras del Quattrocento, no había problema, porque en la mayoría de los casos el color era algo que quedaba supeditado a la composición. Pero con las obras que vinieron después, cuando los pintores del norte de Italia empezaron a pintar lienzos en los que se podía ver y sentir el aire, la luz del sol y las sombras, Harry lo tenía difícil.

—¿A qué pintores se refiere? —preguntó Blume.

—Ya sabe, Tiziano, Tintoretto, Giorgione, y prácticamente cualquiera de los pintores que les siguieron, mientras tuvieran un modo especial de tratar la luz, o pintaran del natural, como Caravaggio o incluso Turner, pero también...

—¿Qué me dice de Velázquez? —preguntó Blume—. ¿Habría podido copiar un Velázquez?

—No, no lo creo. ¿Por qué lo pregunta, comisario?

—Por nada en particular —replicó Blume.

—Algún motivo tendrá —insinuó Nightingale—, y seguramente es algo relacionado con lo que ha leído en los diarios de Harry, porque los ha leído.

—Esta mañana no me apetece compartir mis lecturas —replicó Blume—. ¿Lo odiaba a usted Henry Treacy?

—Quizá. Pero con la edad se había ido ablandando. Es posible que hubiese acabado hablándole de Emma, algún día.

—¿Cree que lo hubiese traicionado?

—Es posible. No estoy seguro. Depende de lo que entendamos por traición.

—Eso fue lo que lo llevó hasta el coronel Farinelli, ¿verdad? —inquirió Blume—. Sabía usted que Treacy estaba escribiendo sus memorias, y que habría en ellas detalles que lo comprometían. Ignoro si le inquietaba su contenido en general o algún pasaje en concreto, pero se me ocurre por lo menos uno que habría despertado el interés de Farinelli. Me refiero a la venta de unos cuadros falsos a un capo de la Cosa Nostra.

Nightingale se tiró de las perneras de los pantalones, dejando a la vista unos calcetines finos de color granate.

—¿Falsos?

—Sí, eran falsos. Lo afirma de modo bastante inequívoco en sus diarios. Hasta da instrucciones para comprobar que lo son. Le creeré si me dice que no lo sabía, porque eso también lo deja bastante claro.

—Hijo de puta...

—Así que lo traicionó dos veces —concluyó Blume—. La primera al cambiar las pinturas reales por otras falsas, y la segunda al ponerlo por escrito. Los cuadros robados volvieron a manos de sus legítimos dueños. O eso dice Treacy. Si esto llegara a salir publicado, los pondría en un buen aprieto al coronel y a usted, aunque seguramente él tiene más herramientas que usted a la hora de defenderse de la mafia —apuntó Blume.

—Podría largarme de este maldito país. No creo que les saliera a cuenta enviar a alguien a por mí.

—Se sorprendería usted... —insinuó Blume.

—Y a usted puede que le sorprenda saber que la amenaza de la mafia no es lo primero que me ha venido a la mente. Esa fue la única ocasión en la que me vi envuelto en la venta de obras robadas, y ahora usted me dice que en realidad no fue así. En cierto modo, me siento aliviado. No hay duda de que en algún momento tendré que sentarme a sopesar las consecuencias de haber vendido cuadros falsos a la mafia, aunque seguramente fue en el momento de la venta cuando hubo mayor peligro. Puede incluso que el comprador esté muerto.

—Yo que usted no confiaría demasiado en esa posibilidad —repuso Blume—. La mafia posee memoria colectiva.

—Me sirve usted de gran consuelo, comisario. Y dígame, ¿ha leído los manuscritos de cabo a rabo?

Blume asintió.

—Sí. Tres cuadernos. Dos dedicados a su vida, uno a los aspectos técnicos de su oficio.

—Entonces el coronel estaba en lo cierto respecto a usted —señaló Nightingale—. Antes de que empezara esta conversación, tenía la vaga esperanza de que Harry pudiera haber destruido los manuscritos. Por desgracia, no ha sido así. Si llamé al coronel en un primer momento fue para persuadir a Harry. O forzarlo, si prefiere. Era

de esperar que en sus memorias Harry pusiera al coronel en más de un apuro. Estoy seguro de que la venta de los cuadros robados, o lo que creíamos que eran cuadros robados, es solo uno de los muchos negocios turbios que cuenta. ¿Por casualidad se pregunta Harry en algún momento qué me llevó a romper el hábito de toda una vida aquel día y seguirle el juego al coronel? ¿Se pregunta qué sentí al tener que tratar con delincuentes de la peor calaña?

—No. No se pregunta nada. Solo cuenta que estuvo usted presente usted el día de la venta en aquella habitación de hotel.

—Ni siquiera se le pasó por la cabeza que podía tener mis propios motivos. Que el coronel podía haberme obligado a participar en todo aquello. Es tan típico de Harry... Siempre es él la única víctima. Es el irlandés que lleva dentro.

—¿Cómo lo coaccionó el coronel?

—Amenazó a Angela y a Emma —reveló Nightingale—, mientras que para persuadir a Harry lo único que tuvo que hacer fue amenazarlo a él. ¿Ve usted la diferencia?

—Sí —contestó Blume—. Hay muchas ventajas en el hecho de ser soltero. —Hizo una pausa—. Sin embargo, Henry Treacy solo fingió ceder a las amenazas del coronel, y dio el cambiazco a las obras para devolvérselas a sus legítimos propietarios.

—Qué noble por su parte.

—¿Así que el coronel sabía que Emma era su hija? —preguntó Blume.

—Sabía lo de Angela. Ignoro si sabía quién era Emma. Sus amenazas siempre eran muy sutiles. Nunca mencionó a la niña de forma directa.

Finalmente Caterina tomó la palabra. Le temblaba la voz de emoción.

—No le entiendo, Nightingale. Después de lo que le hizo, ¿cómo se le ocurrió acudir al coronel y contarle lo de los diarios de Treacy? ¿Cómo pudo hacer algo así? Ninguna persona en su sano juicio habría vuelto a meter al coronel en su vida.

Nightingale miró de refilón a Blume, como si tratara de valorar hasta qué punto debía tomar en serio la intervención de Caterina.

—Conteste a la pregunta.

—Tiene razón, claro está. Cometí un grave error. Solo puedo decir que el coronel siempre ha estado ahí, en las sombras. Estoy acostumbrado a su presencia. Además, todo aquello pasó hace mucho tiempo y nunca llegó a hacerle daño a Emma ni a Angela, así que di por sentado que había sido un farol.

—¿Por qué está tan empeñado en destruir los manuscritos de Treacy, hasta el punto de dejar entrar de nuevo en su vida al hijo de puta del coronel? —preguntó Caterina.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, se trata de una cuestión de principios. No me gusta pensar que Harry ha escrito una autobiografía, o lo que quiera que sea, en la que yo salgo bastante a menudo y seguramente en términos poco favorecedores. Soy celoso de mi intimidad, lamento mis errores y reclamo el derecho a envejecer tranquilamente. ¿Cómo se atreve a incluirme en su versión del pasado?

—Así que llamó usted al coronel para que este lo disuadiera —concluyó Caterina.

—Sí —confirmó Nightingale. Se frotó la mejilla con el dorso de la mano—. El caso es que llamé al coronel hará cosa de un mes, para advertirle de que Harry estaba escribiendo sobre el pasado, sobre algunos de nuestros tratos, cosas que podrían resultar embarazosas para ambos. Farinelli me dijo que se encargaría de ello, y ahora Harry está muerto.

—Un momento —intervino Blume—. ¿Está usted insinuando que el coronel lo mató o hizo que lo mataran?

—En absoluto —replicó Nightingale—. Y si quisiera insinuar algo semejante no se lo diría a usted, comisario. Sería absurdo.

—¿Por qué no?

—Porque el coronel Farinelli lo ha comprado, o quizá le haya tendido una trampa. Mi abogado recibió la grabación de una conversación entre ambos en la que acepta usted participar de la venta de las obras halladas en casa de Treacy. Es usted un corrupto, comisario, y si no le importa voy a decirle a mi abogado que vuelva a entrar.

El primer impulso de Blume fue mirar a Caterina. Estas había inclinado hacia delante en la silla y parecía sentir cierta curiosidad por oír la respuesta. Se percató con horror de que la revelación no la había pillado por sorpresa.

Su segundo impulso fue coger el objeto que tuviera más a mano sobre el escritorio, que resultó ser un ejemplar del código penal, y arrojarlo directamente a la cara de Nightingale. Aunque el hombre no estaba a más de dos metros de él, falló el tiro.

Entonces cogió un enorme cenicero de cristal tallado que usaba como pisapapeles.

Caterina se levantó de un brinco.

—¡Comisario!

Nightingale ya se precipitaba hacia la puerta del despacho.

—Solo era una broma —dijo Blume, dejando el cenicero en su sitio.

Nightingale abrió la puerta y llamó a su abogado, al que acompañó hasta el mismo asiento que había ocupado poco antes. Luego se apostó detrás de su propia silla y permaneció de pie.

Caterina se acercó a los dos hombres, recogió el libro y lo volvió a dejar sobre el escritorio.

—No te lo has tragado, ¿verdad? —preguntó Blume en un susurro.

—A mí me da lo mismo, pero te grabó en el restaurante, hablando de vender los cuadros —repuso Caterina.

—Les ruego que nos concedan un momento, caballeros —dijo Blume—. Inspectora, vamos fuera. Ahora.

Blume cerró la puerta del despacho tras de sí y se llevó a Caterina a un lado, hablando a media voz para que no lo oyeran desde el despacho ni desde el centro de operaciones, donde vislumbró a Grattapaglia y a Rospo, así como a Panebianco, mirando en su dirección.

—En primer lugar —dijo Blume en un susurro ronco—, quedas apartada del caso. Quiero que sustituyas a Grattapaglia en el caso de los atracos. Sea lo que sea lo que está haciendo, lo relevas. Panebianco te pondrá en antecedentes.

—No lo necesito —replicó Caterina—. Llevo meses entrando y saliendo del caso, como todo el mundo.

Se dio media vuelta para marcharse.

—Espera —dijo Blume—, aún no he terminado.

Caterina se encogió ligeramente de hombros y se volvió de nuevo.

—¿Qué más queda por decir?

—Le diste tu copia de los cuadernos al coronel, ¿verdad?

Caterina levantó un pie, lo giró hacia fuera y flexionó la pierna, como una bailarina, para volver a situarse a medio paso de distancia de Blume. A continuación levantó la cabeza con gesto desafiante, pero evitó su mirada.

—Sí. Los fotocopió. ¿Te lo ha dicho él mismo? Supongo que le gusta regodearse en esa clase de detalles.

—Quizá —repuso Blume—, pero lo que más le gusta es dividir, meter cizaña, generar desconfianza. No me dijo que fuiste tú quien le dio los manuscritos de Treacy. No le interesa que yo lo sepa. Seguramente te advirtió que no me lo dijeras, ¿verdad? De lo contrario, ¿por qué iba a molestarse en hacer fotocopias de los diarios en lugar de coger las tuyas?

Caterina asintió despacio, recordando.

—Eso lo acabo de deducir porque confío en ti. Debe de haber algún motivo para que de pronto te hayas avenido a colaborar con el coronel. Aunque le hayas facilitado los manuscritos, estoy dispuesto a creer que tenías un buen motivo para hacerlo, del mismo modo que tú debiste creer que yo estaba actuando de buena fe al margen de lo que hayas podido oír en una grabación. Y no te imagino haciendo algo así a no ser que esté en juego la vida de tu hijo. ¿Se encuentra bien Elia?

—Sí. Lo siento.

—Si Elia estaba en peligro, no tienes por qué disculparte.

—Solo puedo pensar en él, y eso está afectando a mi capacidad de juicio.

—¿Le hizo daño al chico?

—No. Como ha dicho Nightingale, lo ha hecho todo de un modo muy sibilino. Elia está perfectamente. De verdad.

—Y así va a seguir —repuso Blume—. Como he dicho, quedas apartada del caso. Eso para empezar. Ahora voy a volver ahí dentro, pero te prometo una cosa, ¿me oyes? Te prometo que sacaré al coronel de tu vida.

—Quiero que hablemos de esto.

—Ya lo haremos más tarde. Ahora vuelve ahí fuera y ponte a trabajar en lo tuyo. Asegúrate de que todos sepan que ya no tienes nada que ver con el caso Treacy, que de todos modos ya no llevamos nosotros. Ese es el primer paso.

Caterina sonrió.

—Lo siento. No creo que estés conchabado con el coronel. Ni siquiera presté atención a la cinta cuando me la puso.

—No pasa nada.

Caterina se inclinó hacia delante y le tocó el codo.

—No le tirarás nada al abogado a la cabeza, ¿verdad?

—Nada demasiado pesado —repuso Blume.

No bien abrió la puerta del despacho, descubrió con irritación que Nightingale estaba justo detrás.

—No estaría escuchando, ¿verdad?

—¡No!

Blume volvió a sentarse al escritorio.

—*Per l'amor di Dio, si sieda.*

Nightingale permaneció de pie.

—Dicen que hay que hablar en alemán o en inglés para dar órdenes a un perro —dijo Blume—. Veamos si funciona: *Sit*, señor Nightingale. No le arrojaré más objetos, a menos que me vea obligado a oír otro juicio moral de labios de un mercachifle sin escrúpulos.

—Jamás he vendido una obra de arte robada —se defendió Nightingale, pasándose de nuevo al italiano como deferencia hacia su abogado.

Se apostó en el otro extremo de la habitación y finalmente tomó asiento en la silla que Caterina había dejado vacía.

—¿Y qué? Sigue siendo usted un timador, un estafador, un farsante, el cómplice de un falsificador, un charlatán de tomo y lomo. Si no le gusta alguno de estos términos, se me ocurren muchos más.

—Me dedico a brindar felicidad y perpetuar el buen gusto —repuso Nightingale—. A eso me dedico, y así me gano la vida. Desde el punto de vista moral, no tengo el menor problema. —Miró hacia su abogado, que contemplaba la tela manchada de su asiento con profunda aprensión—. Explíquese, avvocato.

—Si necesita usted que un abogado explique en qué consiste su ética profesional, dudo mucho que vaya derecho al cielo —señaló Blume.

—Lo que quiere decir el señor Nightingale —señaló Feltri, acariciando el aire como si quisiera así restar tensión al ambiente— es que al cliente le ayuda a sentir que la compra es legítima, esa es la base de todo valor en el mundo del arte. Paralelamente, esto ayuda al marchante a cerrar una transacción provechosa, y parte de ese beneficio acaba yendo a parar a los artistas, a los ojeadores de obras de arte y a los coleccionistas menores que le suministran obras. Siendo usted policía, no necesito recordarle qué es un sesgo de confirmación, pero explicaré en qué consiste para información del señor Nightingale. Se podría resumir diciendo sencillamente que la gente cree lo que quiere creer.

—¡Bien dicho! —aplaudió Nightingale desde su rincón.

Feltri se inclinó ligeramente en respuesta al halago.

—Cuando a uno se le mete algo en la cabeza, y cuando digo «uno» no lo hago a la ligera, puesto que las mujeres son un poco menos propensas a vivirlo de ese modo, solo ve las pruebas que confirman su idea y se cierra en banda ante cualquier cosa que la cuestione. No digo que haga caso omiso de las pruebas que lo contradicen o que las pase por alto de forma deliberada, sino sencillamente que no las ve como lo que son. Estoy seguro de que ocurre a menudo en su trabajo.

—Algo de eso he oído, sí —repuso Blume.

—No me cabe duda. Por tanto sabrá exactamente a qué me refiero. Así que en el supuesto de que Nightingale descubriera una obra de procedencia dudosa, lo primero que tendría que hacer sería convencerse a sí mismo de su valor. Luego tendría que

persuadir a otro marchante o a un comprador de lo mismo. Una vez hecho eso, no toma parte activa en nada de lo que ocurre a continuación. Los marchantes y compradores se dedicarán, de forma consciente e inconsciente, a reunir pruebas que confirmen aquello en lo que desean creer. A la que tenemos un creyente verdadero, se produce a menudo un efecto de arrastre, por el cual cada vez son más las personas convencidas de la misma tesis, hasta que adquiere carta de naturaleza. Se trata de un proceso que se retroalimenta, y a menudo el valor atribuido a la obra en un primer momento queda muy por debajo del que finalmente le asignan los demás. Tampoco tiene nada que ver con la inteligencia. Cuanto más inteligente es un comprador, más convincentes serán sus argumentos a favor de la autenticidad de la obra que ha adquirido.

—¿Y usted está aquí porque...?

—El señor Nightingale le ha proporcionado una gran cantidad de información. Mucha más de la que a mí me hubiese gustado. A cambio, pide ver las notas que dejó el señor Treacy. Sabemos que obran en su poder, y que fueron sustraídas de forma ilegal de casa de Treacy.

—¿Nada más?

—Oiga, Blume —intervino Nightingale—. Le he contado un montón de cosas. No creo que lleve usted este caso, y ni siquiera estoy seguro de que tenga derecho a leer esos manuscritos. Creo que ese derecho me corresponde a mí.

—Casi todo lo que me ha contado lo había descubierto ya en los diarios de Henry —replicó Blume—. Y no, no se los puedo dar. No todavía, no a cualquier precio. Le diré qué podemos hacer, sin embargo... —Tiró de su cuaderno de notas y lo abrió—. He apuntado algunas cosas, y... Aquí está... Veamos si puede usted arrojar algo de luz sobre esto.

—¿Por qué iba yo a ayudarlo si usted no me ayuda a mí? —preguntó Nightingale.

—En eso le doy la razón —replicó Blume—. No tiene motivo alguno para hacerlo. Lo que pasa es que el discursito de su abogado me ha recordado un pasaje del diario de Henry, o Harry, como lo llama usted, que concluye con una nota algo misteriosa. Veamos... aquí está. Verá, justo antes del pasaje en cuestión, Treacy hizo una especie de nota en la que enumera las tres leyes de la falsificación. Las he copiado pero no estoy seguro de haberlas entendido bien. Sin embargo, vuelven a aparecer en este tercer volumen, que era a todas luces el primer borrador de un manual para falsificadores y pintores. Avvocato, me temo que está escrito en inglés. Espero que pueda seguirme:

Reglas básicas para falsificadores, intérpretes, emuladores, admiradores y artistas genuinos:

- Los materiales auténticos cuentan más que la calidad.
- La calidad acaba marcando la opinión general, pero puede llevar tiempo.

- La opinión general es más importante que los materiales auténticos.

—¿Son cosas más o esto es como un pez que se muerde la cola? —preguntó Blume.

Nightingale se encogió de hombros y dijo:

—A Harry le gustaba soltar frases grandilocuentes. Apenas si tenía educación, ¿sabe usted?

Para su propia sorpresa, Blume sintió el impulso de defender a Treacy, o por lo menos de contrariar a Nightingale, tan pagado de sí mismo. Sin pensarlo, sacó los cuadernos del cajón y los dejó sobre el escritorio.

Nightingale se levantó de un brinco y se acercó al instante. Su abogado también se levantó y avanzó hacia el escritorio.

—¿Son los cuadernos? —preguntó Nightingale.

—¿Esto? —repuso Blume con aire distraído—. Sí, así es. Siéntense los dos. *Avvocato, si siedo, perfavore*. Y usted también, Nightingale, siéntese.

Esta vez Nightingale decidió sentarse al lado del abogado, lo más cerca posible del escritorio.

Despacio, por más que supiera exactamente dónde quería ir a parar, Blume fue pasando las páginas, dando golpecitos con el dedo aquí y allá, como si buscara una palabra en concreto. Finalmente dijo:

—Ajá. Aquí está. Permítanme que se lo lea:

Una de las formas más sencillas y eficaces de otorgar procedencia y valor a una obra consistía en comprarla. John se llevaba la palma a la hora de poner en práctica este truco. No creo que usara dos veces la misma ruta para colocar un cuadro en una subasta, por lo que no había un patrón claro, aunque eso tampoco hubiese importado demasiado a las casas de subastas, que a menudo se dedican a hacer falsas pujas para inflar los precios. Hoy en día lo hacen a menudo tanto marchantes como subastadores. Tienen que hacerlo porque han invertido en arte contemporáneo pese a que, en el fondo, todos ellos saben que su valor es intrínsecamente nulo.

Nosotros comerciábamos sobre todo con obras auténticas, así que John, o la persona a la que pagaba para que pujara por él, se dejaba ver a menudo en las subastas, comprando pinturas. A veces pagaba más de la cuenta por una obra y luego la vendía por menos. Pero no ocurría a menudo.

Pongamos que yo creaba un paisaje de Corot, que a mi entender es lo más fácil del mundo...

Nightingale dio un respingo tal que Blume apartó la vista del cuaderno, sobresaltado:

—¡Ja! Harry jamás podría hacer un Corot. Se lo he dicho, no sabía pintar el aire.

Hasta en el viejo Corot había demasiada meteorología para él. Era un mentiroso patológico.

—¿Sigo leyendo?

Nightingale farfulló algo, y cuando se calló Blume reanudó la lectura:

Nightingale llevaba la pintura a un marchante de confianza que, a cambio de una comisión, accedía a pasársela a otro marchante. Este, a su vez, y a cambio también de una comisión, se la pasaba a un «comprador» que era el que decidía venderla a la casa de subastas y establecía un precio mínimo. John se presentaba en la subasta y, si no había ningún licitador, uno de sus agentes secretos se encargaba de pujar contra nosotros hasta alcanzar un precio razonable. De pronto, la pintura tenía una historia y un valor adscrito. Esta práctica no entrañaba riesgo legal, puesto que si alguien denunciaba que la obra era falsa, John quedaría como una víctima. Pero sí que entrañaba cierto peligro moral. Si todo el mundo se entera de que has comprado una falsificación, quedas señalado o bien como un estafador de medio pelo o bien como una víctima digna de lástima. «Estafador» es un calificativo con el que se puede vivir en el mundo del arte. No ocurre lo mismo con «víctima». A nadie le gustan las víctimas.

Debo decir, en honor a la justicia, que cuanto más importante es alguien, o se supone que lo es, menos probabilidades hay de que me resulte simpático. Detesto en particular a los artistas engreídos, esos modernistas apologetas de sí mismos que creen tener algo que decir porque ignoran hasta tal punto la historia del arte que no saben que otros lo han dicho y hecho ya, e infinitamente mejor que ellos. Peores aún, claro está, son los nihilistas, los que viven por y para el espectáculo, los charlatanes, los artistas de mierda como Pietro Mazoni, con el que tuve la desgracia de coincidir en una fiesta. Pero fue un honor para mí conocer a Giorgio de Chirico. He ahí un hombre que ha sabido reconocer la crisis del arte. Está de acuerdo conmigo en que, puesto que ya no queda nada más que decir y nada se puede hacer mejor de lo que se ha hecho ya, la única salida consiste en convertirse al surrealismo o imitar. De Chirico domina ambos terrenos, y no solo eso, sino que además falsifica sus propias obras, firmando pinturas ajenas con su nombre (solo si se lo piden, claro está, pues ante todo es un caballero).

Sin embargo, a diferencia de casi cualquier otro pintor surrealista, cuyas obras no soporto contemplar siquiera, y mucho menos honrar emulándolas, De Chirico es un dibujante. Nadie es más acreedor de estima y admiración que los artistas modernos que aún saben dibujar. Sus obras surrealistas (que él insiste en llamar *pittura metafísica*, aunque yo opino que el término «surrealista» es perfectamente válido) demuestran un dominio del trazo, las sombras y la perspectiva que nada tiene que envidiar al de los viejos maestros. Siempre ha estado más cerca de Mantegna que de Dalí, ese showman español aficionado a retorcerse el bigote. Tiene que trabajárselo un poco, sin duda, pero sabe cómo se hace.

Otra cosa que lo distingue de los demás es el alcance y profundidad de su cultura. Sus dotes lingüísticas, sin ir más lejos, lo convierten en alguien excepcional. Habla italiano, griego, alemán, francés, inglés, latín y, por descontado, ruso (y qué hermosa mujer rusa, la suya).

Si cuando practica el surrealismo aflora el dibujante que lleva dentro, cuando se pone posmoderno (cómo odio esa palabra), se convierte en clasicista. Al igual que yo, sabe que los grandes —Tiziano, Rafael, Rubens y Velázquez— pertenecen al pasado. Al igual que yo, hace recreaciones a mano alzada de sus obras, pero a diferencia de mí, les impone su propio estilo. Yo, en cambio, dejo que el estilo de los maestros hable directamente a través de mí.

Prefiero su estilo «clásico». Por encima de todo, adoro sus referencias a Velázquez, sus reelaboraciones de los Villa Medici y Villa Falconieri de Velázquez. Y todo esto sin olvidar que el español, a su vez, interpretaba a los grandes arquitectos italianos, algunos de los cuales también estaban locos, como Jacopo Zucchi. Así que cuando copio a De Chirico, estoy dibujando sobre capas y más capas de tradición con mayúsculas.

Pero a lo que iba: esto es importante. Prestad atención quienes me queréis. Mientras pintaba algunas obras al estilo de De Chirico, descubrí que no tenía un estilo completamente suyo. No estaba cómodo consigo mismo. En otras palabras, era un modernista. Así que mi interpretación del Villa Medici de De Chirico es distinta. He hecho leves cambios. Podría ser la misma villa, pero también podría tratarse de otra muy similar. Un observador atento debería poder distinguirlas. A lo mejor me remito más a Velázquez en esta obra, que lleva mi firma y mi marca. Algún día valdrá millones. Y me refiero a la obra en sí, a mi pintura, no solo a lo que se esconde detrás de esta.

—¡Todo esto es absurdo! —explotó Nightingale—. Ese cretino no sabría pintar un Tiziano, ni un Rafael, ni un Rubens, ni un Velázquez. Se lo acabo de decir. A De Chirico, sí. Como ha dicho Harry, en su obra todo se reducía al dibujo.

—Eso es lo que me tiene intrigado —repuso Blume—. ¿Y qué me dice de ese último apunte sobre De Chirico y Velázquez? ¿Y eso de «Prestad atención quienes me queréis»?

—No tengo ni la más remota idea —reconoció Nightingale—. Nadie lo quería. Ni siquiera su madre, si no me falla la memoria, y por desgracia recuerdo perfectamente sus confesiones de borracho. Pero no dispongo de contexto suficiente para analizar el significado de esas palabras. De veras creo que debería usted darme los cuadernos.

—Lo haré —prometió Blume—. Tan pronto como logre sacar en claro un par de cosas. Por cierto, a juzgar por la sonrisa atípicamente cálida de su abogado, no creo que haya entendido ni jota. Será mejor que se lo explique usted al salir.

El joven no abrió la boca pero tomó asiento, tal como se le pidió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Caterina.

—Sandro.

—Sandro, quiero que me digas todo lo que sepas sobre los atracos a turistas extranjeros.

—No sé nada.

A Caterina le dolían los pies. La goma del sostén se le clavaba en el costado como si fuera de alambre y le escocían los ojos y la nariz.

—Tus amigos no tardarán en llegar. Como mucho, veinte minutos.

—No sé nada.

—¿Y cómo es que me han dicho que sí, que habías visto algo? —preguntó, sin demasiada esperanza de obtener una respuesta significativa.

Seguramente era una trampa; Grattapaglia se vengaba haciendo que se enfrentara a la clase de cosas con las que estaba seguro de que ella no podría lidiar.

Solo era cuestión de horas que lo suspendieran de sus funciones, algo de lo que seguía culpando a Caterina, era evidente. Pero no le hacían falta las artimañas de Grattapaglia para demostrar que no podía hacer lo que él hacía. Eso lo sabía ella de sobra. Carecía de la corpulencia, la arrogancia, la experiencia, la edad, los instintos intimidatorios y la capacidad para la violencia súbita, la astucia y el ademán amenazador del sovrintendente. Era posible que también Blume quisiera castigarla.

«Quédate ahí e interroga a ese», le había ordenado Grattapaglia. Se lo había ordenado pese a ocupar un rango inferior al suyo. «Voy a seguir con la redada». Luego la abandonó, contraviniendo el reglamento, con un sospechoso de sexo masculino y nadie que lo supervisara.

El joven negaba con la necia cabeza rapada y hueca, al tiempo que farfullaba algo incoherente. ¿Qué había que hacerle a un niño para que se convirtiera en algo así? No hacerle ni puñetero caso. Seguramente con eso había suficiente. Eso y la mala suerte de haberlo traído al mundo, para empezar.

Lo intentó de nuevo. Trató de sonsacarle información por las buenas, luego con más insistencia. Lo único que obtuvo fueron monosílabos. Al cabo de veinte minutos, había llegado a la conclusión de que Sandro no sabía nada de los atracos a turistas. Lo único que sabía el chico era que, cuando un coche patrulla había ido a desalojarlos a él y a sus amigos del puente, había acusado a los policías de ser unos cobardes por intimidarlos en lugar de detener a los violadores.

—¿A qué violadores te referías? —preguntó Caterina sin pensarlo, y no bien lo hizo deseó no haberse molestado siquiera en preguntar.

—A lo mejor no era un violador. No lo sé.

Por eso no debería haberse tomado la molestia de preguntar.

—¿Cuándo ocurrió?

—El martes, cuatro de abril.

Tanta precisión no era habitual, y ese dato llamó su atención.

—¿Recuerdas la fecha?

—Fue tres días después de mi cumpleaños.

—Felicidades. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Ya eres mayor de edad. ¿A qué hora ocurrió eso que dices?

—Sobre las tres o cuatro de la mañana.

—¿Dónde?

—En esa plaza con un bar que hace esquina, ya sabe. Con árboles. Por detrás de Vicolo del Moro.

—¿Te refieres a Piazza de' Renzi?

—No recuerdo cómo se llama.

—¿Recuerdas el nombre de algún bar, o algo?

Sandro se limpió la nariz con el dorso de la mano. Caterina sacó del bolso un paquete de pañuelos de papel.

—Usa un pañuelo, por el amor de Dios. Límpiame la mano, anda.

El chico se frotó la mano con la manga y dijo:

—Hay un bar con dos sombrillas. El camarero es un imbécil. Le planté mi firma en toda la fachada.

—¿Hiciste una pintada en la pared? No voy a hacer nada al respecto, así que solo contesta sí o no.

—Una vez me pilló pintando una pared. Ni siquiera era de su bar, pero le dio la gana de meterse conmigo. Me denunció a la poli, pero antes casi me deja ciego rociándome los ojos con el *spray* de pintura. Así que llevamos algún tiempo bombardeando su bar.

—Explícame qué viste.

La conversación se vio interrumpida por un estrépito de gritos, maldiciones y pasos atropellados que anunciaba la llegada de Grattapaglia y tres jóvenes más: dos chicas que no tendrían más de dieciséis años y un chico que aparentaba unos quince.

Todos lucían tatuajes y *piercings* en la cara, y tan pronto como entraron en el sótano sus miradas convergieron en Caterina. Parecían agresivos, pero la rodearon como un enjambre de niños en torno a la maestra, o de pequeños glotones alrededor de una madre con chuches. Dos de ellos sujetaban sendas botellas de cerveza por el cuello.

—¿No les has quitado la bebida? —preguntó Caterina a Grattapaglia, que había apoyado la espalda y un pie en la pared.

—¿Temes que usen las botellas como armas? ¿Estas dulces criaturas?

Una chica con tantos *piercings* como abscesos caminaba inclinada hacia un lado,

como si la botella de Ceres que llevaba en la mano pesara lo indecible.

—Muy bien —dijo Caterina—. Vosotras dos, dejad las botellas en el suelo. Las dos.

Esperó pacientemente mientras la cubrían de insultos, avanzando y retrocediendo unos cuantos pasos para demostrar que no la impresionaban, aunque no era cierto.

Cuando se cansaron de maldecirla, se miraron entre ellos en busca de ideas. Entonces el chico se separó del grupo, cogió una botella de cerveza y la hizo oscilar entre los dedos. Se acercó a Caterina, se inclinó hacia delante y soltó un sonoro eructo a escasos centímetros de su rostro, con la boca bien abierta.

Era lo más gracioso que habían visto en sus vidas.

Grattapaglia apartó el pie de la pared, avanzó dos pasos y, con un gesto cansino, amplio y lento del brazo izquierdo, propinó una bofetada al chico. En el último momento abrió los dedos para mitigar el golpe, pero aun así el chico cayó de lado como si le hubiesen disparado. La botella de cerveza se precipitó al suelo, se agrietó y echó a rodar.

La joven de los *piercings* acudió corriendo entre gritos. Se arrodilló junto al chico y tomó su rostro entre las manos. Las otras dos merodeaban cerca, topándose la una con la otra como animales enceguecidos en un redil, incapaces de decidir si quedarse o marcharse. La joven de los *piercings* rompió a llorar y se frotó la nariz perforada con el dorso de la mano.

Caterina estaba ahora al lado de Grattapaglia. Tenía los labios tensos, y los tendones del cuello se le marcaban, tirantes.

—¿Por qué coño has hecho eso? El chico no tendrá más de quince años, puede que menos.

—Si apenas lo he tocado. Le he dado un cachete, no un puñetazo.

—No es manera de tratar a un menor.

—Es más alto que tú —replicó Grattapaglia.

Caterina miró al chaval, mientras la chica trataba de levantar y acunar su cabeza. El verdugón escarlata en el rostro del chico mostraba el contorno blanco de los dedos de Grattapaglia.

—Cabrones de mierda, os voy a demandar —masculló el chico, apartando a su amiga y levantándose con esfuerzo.

—Sí, es probable —replicó Grattapaglia—. Ya se ve que eres la clase de persona que tiene un abogado a sus órdenes las veinticuatro horas del día.

—Mis padres pondrán la demanda en mi nombre. Cuando se enteren de esto, pondrán el grito en el cielo. Mi padre tiene buenos contactos. Cuando se lo cuente, van a... van a... —Señaló a Caterina—. ¿Cómo te llamas? Vas a acabar en la cárcel, *puttana*.

Caterina intentó tocar el rostro del chico, pero este apartó su mano con gesto brusco.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Y una mierda lo sientes. Os voy a demandar.

—Déjalo ya —repuso Caterina—. Nadie va a demandar a nadie. —Ya era suficiente—. Sovrintendente, llévate a estos chicos de aquí. Déjalos dondequiera que los hayas encontrado, mándalos a servicios sociales, donde sea, con tal de perderos de vista a todos de una puñetera vez. ¡Vamos!

—Pensé que a lo mejor habían visto algo.

—Sandro se queda aquí conmigo —replicó Caterina al tiempo que se volvía hacia el chico, que estaba blanco como la cal.

Se había metido el pulgar en la boca, y cuando notó su mirada empezó a morderse la uña, a frotarse los dientes y a revolver los ojos, como si la policía lo sacara de quicio en lugar de infundirle pavor.

Para su sorpresa, el sovrintendente Grattapaglia hizo lo que ella le pidió.

Cuando el alboroto de voces y pasos se desvaneció escaleras arriba, volvió a formular la pregunta:

—¿Qué fue lo que viste?

—Ya se lo he dicho. Vi a un viejo intentando retener a una chica. Vi cómo lo hacía. Pero ella se volvió, le pegó un puñetazo y se largó corriendo. Y el viejo se cayó al suelo y no se levantó.

—¿Cómo sabes que no se levantó?

—Fui hacia él. Iba a darle una patada, no me importa decirlo. Pero cuando lo vi de cerca me di cuenta de que estaba... ya sabe, más muerto que vivo.

—¿Quieres decir que estaba inconsciente?

—Casi. Movía los ojos a un lado y a otro como si se le fuera la cabeza, y de repente los puso en blanco, así.

Sandro revolvió los ojos.

—Puedo prescindir de los efectos especiales, gracias. ¿Dijo algo?

—Sí. Me soltó: «Dile que vuelva». Me pareció alucinante que dijera algo así.

—¿Y ya está?

—Fue lo único que le oí decir.

—¿Tenía un acento extraño?

Sandro frunció el ceño.

—No sabría decirlo. Hablaba con voz ronca y medio ahogada. A lo mejor sí que tenía acento. ¿Qué clase de acento?

—Olvídalo. —Caterina no quería empezar a sugerirle detalles—. ¿Llamaste a una ambulancia?

—¿Para un violador?

—Veo que eres muy rápido a la hora de juzgar a los demás, Sandro. Igual que esa gente que os mira por encima del hombro a ti y a tus amigos.

—Unos tíos intentaron violar a mi novia, Elvira.

—¿Esa chica más mayorcita que acaba de irse? ¿La que llevaba una extensión pelirroja?

—¿Qué es una extensión?

—El mechón rojo de tu novia. El pelo no es suyo.

—Creía que era teñido. Sí, un día atacaron a Elvira, pero no lo denunció.

—Has dicho que lo habían intentado. ¿La violaron o no?

—Ella me dijo que no. Me contó que uno la cogió por detrás mientras el otro empezó a arrancarle la ropa. Me dijo que se lio a patear y a escupir, y que cuando gritó que era seropositiva se largaron corriendo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace unos meses.

—¿Dónde?

—En Monte Mario.

—¿También era un viejo en aquella ocasión?

Sandro parecía desconcertado.

—No, no. Me dijo que habían sido dos tíos jóvenes.

Un día distinto, un lugar distinto, un agresor distinto.

—¿Así que decidiste vengar a tu novia, por así decirlo, aunque se tratara de otra persona?

Sandro se encogió de hombros.

—Era un viejo que estaba abusando de una chica.

—¿Viste cómo la atacaba?

—No. Intentaba sujetarla. Un viejo baboso.

—¿Cómo sabes que ella era joven? Estaba oscuro, y se fue corriendo antes de que tú te acercaras.

—Tenía el pelo largo, rubio platino. Oí su voz, era una voz joven, y cuando echó a correr lo vi claro. Se puede saber la edad de alguien por cómo se mueve, ¿sabe?

—¿Qué edad dirías que tenía?

—No lo sé. Podría tener dieciséis años, lo mismo podría tener treinta, pero no más.

Caterina hizo que Sandro repasara los hechos una vez más, y luego le pidió que lo hiciera en orden cronológico inverso mientras contrastaba el testimonio con sus notas. Su versión de los hechos se mantenía intacta. Había visto cómo la joven empujaba al hombre y luego echaba a correr. Este había quedado tendido en el suelo. Sandro se le acercó pero no lo socorrió. No veía nada reprobable en su propia reacción. Relató los hechos por cuarta vez, y de nuevo mencionó la razón que lo había empujado a acercarse al hombre para asestarle una patada en lugar de socorrerlo. Al no pegarle, Sandro creía haber demostrado un buen dominio de sí mismo.

—Tampoco le robé dinero ni nada.

—Eso está muy bien, Sandro. —Caterina hurgó en el interior de su bolso y sacó una copia ampliada de la foto de carnet de Emma.

—¡Menudo bombón! —exclamó Sandro—. ¿Quién es?

—¿No te suena de nada?

—Una cara así no se me olvidaría. ¿Qué tiene que ver esto con todo lo demás?

—Nada —contestó Caterina—. Era solo una idea.

Caterina acompañó a Sandro de vuelta con sus amigos, que estaban sentados en un banco de plástico del vestíbulo de la primera planta, comiendo *pizza* y bebiendo Coca-Cola en lata.

—Puede que vuelva a llamarte.

Lo despidió en el pasillo con un gesto a medio camino entre un empujón y una amistosa palmada en el hombro.

Vio cómo la lamentable pandilla daba a Sandro un recibimiento digno de un héroe que regresaba del campo de batalla. Salieron de la comisaría y se precipitaron a la calle y al aire nocturno con energías redobladas y la pasajera euforia que les brindaba haber recobrado el exceso de libertad que los estaba matando.

Caterina regresó al centro de operaciones, donde Grattapaglia empezaba a despejar su escritorio.

—¿Has sacado algo en claro? —preguntó.

—Nada que nos sirva para el caso de los atracos.

Grattapaglia se encogió de hombros y volvió a lo suyo.

—¿De dónde han sacado la *pizza* y las Coca-Colas? —preguntó Caterina.

—De la *pizzeria a taglio* que hay calle abajo, supongo —contestó Grattapaglia.

—Los has acompañado, ¿no?

—Por supuesto. Me habías dicho que no les quitara ojo a esos mocosos.

—Te los has llevado y los has vuelto a traer. ¿También les has comprado la *pizza*?

—Esos niñatos de mierda se gastan todo el dinero en droga —replicó Grattapaglia—. ¿Quién iba a pagar si no?

A lo largo de la siguiente media hora, Grattapaglia se dedicó a aporrear su escritorio con toda clase de objetos y a propinar patadas a las sillas mientras Caterina se plantaba delante de un mapa a gran escala del Trastevere y recolocaba las chinchetas que señalaban los puntos en los que se habían producido los atracos. El mapa llevaba tres meses colgado en la pared, y el número de chinchetas había ido aumentando gradualmente.

Para encender las luces del techo tuvo que pasar por delante del escritorio del asistente capo Rospo, que aprovechó la oportunidad para espetarle:

—Esas chinchetas no quieren decir una mierda.

—Todas convergen alrededor de dos puntos —señaló Caterina.

—Sí, dos hoteles. Vaya una sorpresa, que haya turistas cerca de los hoteles.

—Ese hotel era más que...

Se vio obligada a dejar de hablar porque el cajón metálico del escritorio de Grattapaglia se negaba a deslizarse sobre las guías, a lo que este reaccionó aporreando repetidamente el cajón y barriendo al suelo cuanto había sobre el escritorio.

—*Ma vaffanculo a tutto!*

Grattapaglia cerró los puños, los volvió a abrir, se frotó el bíceps izquierdo y se puso pálido.

De pronto, Rospo parecía muy ocupado con sus cosas.

Caterina se acercó al sovrintendente.

—Ya te ayudo —dijo—. No dejes que el estrés acabe contigo.

—Qué estrés ni qué coño —masculló Grattapaglia—. Lo que me mata es estar metido entre cuatro paredes. Aquí dentro nunca averiguaré quién puñetas es ese maldito atracador. ¿Te vienes?

Caterina vaciló. Su turno acababa en media hora.

—Claro —dijo—. Solo déjame llamar a mi madre, para decirle que volveré a llegar tarde.

Para sorpresa de Caterina, Grattapaglia le sugirió que fueran caminando.

—Me tranquilizará. Si cogemos al atracador, siempre podemos llamar a una patrulla.

Mientras cruzaban el puente Garibaldi, Caterina sacó del bolso la foto ampliada de Emma y se la enseñó a Grattapaglia.

—Ese chico, el que no sabía nada sobre los atracos... —empezó—. Creo que es posible que la viera, pero no ha podido identificarla.

Grattapaglia estudió la foto con atención. Emma esperaba oír un comentario grosero, pero no fue así.

—¿Quién es?

Caterina lo puso en antecedentes. Grattapaglia asintió, al tiempo que afirmaba, más que preguntaba:

—Esto no tiene nada que ver con los atracos.

—Lo sé. Pero he pensado que debería decirte qué he estado haciendo allá abajo con ese chico. Escucha, ya sé que eres tú el que hará todo el trabajo y el que llevará la voz cantante durante las próximas horas, y que yo no haré mucho más que estorbarte... Pero me preguntaba si podrías...

Volvió a hurgar en el bolso y sacó una foto de Treacy.

Grattapaglia miró sucesivamente la foto de Treacy, que sostenía en una mano, y la de Emma, en la otra.

—Quieres que, además de los atracos, pregunte por la chica y por Treacy, ¿es eso?

—Como un favor personal.

Se desviaron hacia la escuela judía, al parecer sin más motivo que satisfacer el deseo de Grattapaglia de pegar la hebra con los cuatro guardias que custodiaban la entrada. Caterina se quedó a la espera en la penumbra, donde tuvo ocasión de oír un torrente de comentarios misóginos y aparentemente descacharrantes.

Luego entraron en un bar cuyo camarero recibió a Grattapaglia como si fuera un viejo amigo y a Caterina con gesto receloso.

—Espérame aquí —le ordenó Grattapaglia, y desapareció con el camarero en una habitación del fondo, de la que regresó diez minutos después.

Salieron del bar. Grattapaglia iba por la calle silbando y caminando como si esta le perteneciera, ocupando el centro mismo de la acera y obligando a los jóvenes y turistas con los que se cruzaban a esquivarlo por uno u otro costado.

Caterina comprendió que el precio que debía pagar por el favor que le había pedido era tener que sonsacarle la información.

—¿Vio ese camarero a Treacy o a Emma?

—Emma. Ni siquiera sabía cómo se llamaba —contestó Grattapaglia—. Conocía al inglés de vista. Pero no recuerda si lo vio la noche de autos.

—Mierda, acabo de acordarme de algo —dijo Caterina—. No podemos preguntar por una chica llamada Emma. Mejor pregunta por Manuela.

—Lo que tú digas. Yo sigo sin saber quién es.

Caterina se lo contó. Grattapaglia la escuchó con atención, inclinándose de un modo que le recordó un poco a Blume. Ambos eran hombres altos. Y corpulentos también, aunque Grattapaglia estaba en baja forma.

—Ahora que sé de qué hablo, tal vez pueda preguntar con más criterio. Hubiese estado bien saberlo antes. Al parecer, el comisario te tiene en gran estima.

Caterina se alegró de que su rostro quedara oculto en la oscuridad. Cambió de tema lo más sutilmente que pudo.

—El camarero con el que acabas de hablar, ¿trabajó aquella noche?

—*Porcaccia la misera!* No me he acordado de preguntárselo.

Grattapaglia se lo pasaba en grande, pero también estaba haciendo lo que ella le había pedido, así que Caterina se mordió la lengua.

El sovrintendente avanzó un poco, y luego dijo:

—Sí, estaba en el bar aquella noche. Y no, no los vio.

En el siguiente bar, situado en Piazza Santa Maria, un camarero con uniforme blanco almidonado y botones dorados negó categóricamente que Treacy hubiera estado allí no bien echó un vistazo a las fotos. De la chica no sabía nada.

—¿Está usted completamente seguro?

El camarero roció el mostrador de cinc con detergente azul en *spray* y, valiéndose de una bayeta, lo dejó aún más reluciente.

—No digo que no lo conozca. Lo conozco. Por eso ya no viene aquí.

—¿Se niega usted a servirle?

El camarero se atusó el bigote de cepillo con el dedo y habló en tono bajo, confidencial, al tiempo que miraba con recelo a dos hombres trajeados con sendas carteras que se habían sentado a la mesa de la terraza.

—Llenó de vómito y sangre toda una mesa de alemanes. No sé qué le pasa, pero a su edad y enfermo como está, no debería beber de ese modo. ¿Se ha muerto?

—Sí.

—No me sorprende —repuso el camarero, y secó las gotitas de agua que perlaban el fregadero.

Abandonaron la piazza y se dirigieron al tercer bar. Una nube de marihuana flotaba sobre la cincuentena aproximada de personas que llenaba la terraza.

Un ultra de la Roma, delgado, con la cabeza rapada y los brazos azulados, trató de intimidarlos con la mirada.

Grattapaglia guió a Caterina hasta la más distante de las dos viejísimas mesas de cinc que quedaban a su izquierda. A su alrededor había tres hombres, dos de los cuales apenas les habían quitado ojo desde que habían llegado.

—Vamos a tomarnos algo. Siempre resulta de lo más instructivo.

Caterina no las tenía todas consigo, pero se sentó y pidió una *granita*, mientras que Grattapaglia se decantó por una cerveza. Cuando el camarero regresó con las bebidas, este le preguntó quién había estado allí la noche del viernes anterior.

—No sabría decirle —contestó el camarero, inclinándose para dejar la cerveza y la *granita* sobre la mesa.

Caterina hizo amago de sacar las fotos, pero Grattapaglia se lo impidió posando una enorme mano sobre su brazo.

—No. Primero los atracos. Y aquí no. No puedes preguntar esta clase de cosas a Danilo delante de todo el mundo. A los ojos de esa gente podría estar diciéndonos cualquier cosa, así que lo único que puede hacer es no decirnos nada y asegurarse de que todos lo ven diciendo que no sabe nada. ¿Me sigues?

—Eso creo —repuso Caterina.

—Muy bien. —Grattapaglia le devolvió las fotos—. Quédatelas. Eso es asunto tuyo, y quiero que lo entiendan así. ¿Ves a ese brasileño de ahí?

Caterina miró en la dirección señalada y vio a un sujeto menudo que lucía la camiseta de la selección brasileña y una gorra de béisbol.

—Cada vez que nos topamos con él, le arrancamos la gorra y la tiramos. Luego tiene que comprarse otra para que no se note que tiene la cabeza como una bola de billar. No veas cómo se pone.

Grattapaglia reprimió una carcajada sin apartarse el vaso de los labios, y el resultado fue un sonoro resoplido. Sin duda recordaba la última vez que se había divertido a costa del brasileño.

Junto a este había un cincuentón de aspecto apático con largos rizos de pelo gris y bigote descuidado sobre unos labios sin expresión.

—Ese es Fabio el Fracasado —informó Grattapaglia—. Siempre que me deprimó por seguir siendo sovrintendente a mis años y me da por pensar que he echado a perder mi vida, pienso en Fabio y me animo. Allá por los años setenta actuó como figurante en una película, y desde entonces vive de las rentas. Bueno, de las rentas, de una pensión de invalidez y de desvalijar algún que otro piso. Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

El tercero de los hombres sentados a la mesa, el único que se abstenía de mirar a Grattapaglia y Caterina, y por eso mismo llamaba la atención, lucía una camiseta muy ceñida, grandes gafas de montura naranja, quincalla de proxeneta y tatuajes étnicos en los brazos. Llevaba los calzoncillos subidos hasta la boca del estómago y la cinturilla de los vaqueros colgando de las caderas. Los otros dos lo trataban con deferencia principesca.

Grattapaglia cogió la cerveza y se dirigió a la mesa con una gran sonrisa en el rostro. Parecía moverse como pez en el agua. Invitó por señas a Caterina a reunirse con él y sus amigos.

—El tiempo está muy cambiante, ¿verdad? —dijo Grattapaglia—. Tan pronto llueve como hace calor. Vaciad el contenido de los bolsillos y dejadlo sobre la mesa.

—Que te den por culo —le espetó el diminuto brasileño, mirando de reojo al Gafotas para comprobar si este apreciaba lo duro que podía ser.

Caterina se percató de que ceceaba ligeramente.

Grattapaglia alargó la mano sin previo aviso, le arrebató la gorra de béisbol y se la volvió a poner igual de rápido.

—¿Todavía mondo y lirondo, Luis? —comentó en tono compasivo, y luego centró su atención en el Gafotas, que contemplaba los tejados en la lejanía con regia indiferencia—. Creo que no nos han presentado.

No hubo respuesta.

—Eh, *pardon* —insistió Grattapaglia, pronunciando la palabra a la francesa—, hablas shqiptar, ¿verdad?

La mirada se apartó de los tejados y se clavó en el rostro de Grattapaglia. Sus ojos

parecían los de una corneja. Caterina se alegró de no ser el objeto de aquella mirada fulminante.

Grattapaglia, sin embargo, parecía encontrarla divertida. Tras sonreír durante un rato al rostro impertérrito que tenía ante sí, alargó las manos y le quitó suavemente las gafas, que dejó sobre la mesa metálica. Caterina notó que los otros dos se removían en sus asientos y se echaban hacia atrás, y ella hizo lo mismo.

—Oye —dijo Grattapaglia—, a lo mejor puedes ayudarme. Estoy buscando traductores del albanés. Apenas damos abasto, con tanto chulo y tanto ladrón que nos viene de Albania. Hemos estado buscando un profesor de albanés como locos, pero no ha habido manera. Mi novia dice que es porque no existen. Dice que es imposible enseñarles nada a los albaneses, a menos que tenga que ver con las cabras.

El albanés siguió midiendo cada gesto suyo, y ladeó la cabeza para estudiar el rostro de Grattapaglia, como si anticipara una interminable escena de muerte. Luego dijo:

—No es tu novia. Estás casado. Recuérдалo la próxima vez que me insultes.

Grattapaglia alzó una copa imaginaria.

—*Gëzuar*, amigo mío. ¡Danilo! —bramó al pasar el camarero—. Ven y siéntate con nosotros.

El camarero obedeció con mirada recelosa.

—Ha habido atracos en nuestra zona —dijo Grattapaglia—. Recuerdo perfectamente haberos dicho hace ya algún tiempo que tenían que parar. Pero no ha sido así, ¿verdad?

El albanés bostezó.

—Y ahora es demasiado tarde. Ya no hay bastante con que paren. Ahora necesitamos al hijo de puta que ha estado haciendo esos atracos, y rapidito.

Caterina escrutó los rostros de los hombres sentados en torno a la mesa. Ninguno de ellos parecía haber tomado nota de una sola palabra de Grattapaglia. Todos componían el gesto indiferente de los pasajeros hechos al trayecto diario en un tren abarrotado. Incluso la hostilidad había desaparecido.

—¿Habéis oído hablar de ese tipo indio y su hijo, a los que mataron? —tanteó Grattapaglia. Se diría, a juzgar por la reacción, que nadie se había enterado del suceso, pese a lo cual Grattapaglia prosiguió, impertérrito—. No me gustaría estar en el pellejo de los que lo hicieron. Muerte segura, en algún momento del día de mañana. Y si no, al tiempo.

—Creía que querías hablar sobre los atracos, no sobre la muerte del indio y su hijo —repuso Danilo.

—¿Cómo sabes que no están conectados?

—Oye, tengo cosas que hacer —dijo Danilo, haciendo amago de levantarse.

—Espera, Danilo. Inspectora, enseñales las fotos a estos caballeros. Veréis, para vuestra información, estas sí que no tienen nada que ver con los atracos, ni con el atropello y fuga. Nos han caído tantos marrones que necesitamos vuestra ayuda para

comérmolos.

Caterina dejó las fotos de Treacy y Emma sobre la mesa. El albanés les echó un vistazo fugaz, se levantó, recogió las gafas y se marchó con total naturalidad, como si acabara de decidirlo. Grattapaglia ni siquiera levantó la mirada.

—¿Y bien? —Grattapaglia volvió a quitarle la gorra de béisbol al brasileño, y esta vez se la metió en el bolsillo—. ¿Qué me decís vosotros dos?

—El hombre está muerto —dijo Fabio el Fracasado señalando a Treacy.

—Eso ya lo sabemos, Fabio. Lo que queremos saber es si estuvo aquí el viernes por la noche.

—Ajá. Eso creo.

—¿Y tú, Danilo? ¿Le serviste a alguno de los dos?

—Oye, que yo no estaba aquí el viernes —intervino el brasileño.

Grattapaglia alzó una mano para hacerlo callar.

—Estamos hablando, Luis. ¿No ves que estamos hablando? Haz el favor.

De pronto, el camarero sonrió.

—A ella la conozco. ¡Como para olvidarla! La mayor parte de las copas le salen gratis porque invita la casa, y todavía no he conseguido que me mire de verdad. A lo mejor, cuando lo haga, le gusta lo que ve.

—Esos labios alrededor de mi polla... —dijo el brasileño.

—Danilo, ¿estuvo aquí el viernes por la noche con Treacy? —Grattapaglia miró a Caterina—. Eso es lo que necesitamos saber, ¿verdad?

Caterina asintió.

—Sí, estuvo aquí —contestó Danilo—. Les serví por lo menos cinco copas.

—Ya veo, ¿y estaban solos? —preguntó Grattapaglia, echándose hacia atrás y estirando los brazos con aire perezoso por encima de la cabeza. Mientras deshacía el gesto, y sin previo aviso, asestó un fuerte codazo en la oreja al brasileño—. Muérdete la lengua delante de la inspectora Mattiola, Luis.

El brasileño abrió la boca de dolor, pero apenas hizo ruido. Caterina se percató de que le faltaban los incisivos inferiores.

Grattapaglia sonrió al camarero.

—Te he preguntado si estaban solos.

—No hagas eso aquí. Nos harás perder clientes.

—Nadie se ha dado cuenta —replicó Grattapaglia—. Luis es tan pequeño que ni se ve.

—A veces viene con un tipo que tiene pinta de universitario. Pero el viernes por la noche, no. Manuela y Henry estaban solos.

Caterina clavó su mirada en él.

—¿Sabes cómo se llaman?

—Henry poco menos que vivía aquí. Y en cuanto a Manuela, su nombre se me quedó grabado desde el primer día que la vi. Pregunta por ahí, apuesto a que no encontrarás un solo cliente varón que no sepa su nombre. Semejante beldad no pasa

desapercibida. Espero que no se estuviera acostando con el viejo ese. Sería un desperdicio.

—Una última pregunta —intervino Grattapaglia—. ¿A qué hora se marcharon?

—A la hora de cierre, la una y media.

—Eh, yo ni siquiera estaba aquí aquella noche —protestó el brasileño.

—Es una lástima, Luis, porque entonces no te devuelvo la gorra —le espetó Grattapaglia—. Fabio, ¿estabas tú aquí...? Vaya, pero ¿qué digo? ¿Dónde ibas a estar, si no? Bueno, creo que nos vamos a quedar en esta mesa, así que ya os estáis largando.

Antes de marcharse, Fabio derramó cerveza en su silla, mientras que Luis carraspeó con fuerza y escupió un gargajo plateado y reluciente sobre el adoquinado. Grattapaglia se recostó en la silla y pareció disfrutar de la hostilidad que irradiaban los clientes a su alrededor.

—El albanés ha visto las fotos y les ha hecho saber a todos que le daba igual lo que dijeran al respecto. No tiene nada que ver con lo suyo, así que ni le va ni le viene, por lo que Danilo, el camarero, nada tiene que temer. Era el único modo de preguntarlo. Pero ¿has visto cómo ha saltado Danilo cuando ha dicho que el asesinato del indio no tuvo nada que ver con los atracos?

—Me he fijado, sí.

—No lo habría dicho de ese modo si no supiera algo. Alguien tiene que hablar con él, y no puedo ser yo, puesto que me ha caído una suspensión gracias a ti.

Caterina no respondió.

—Bueno, en fin, el caso es que... deberías seguir esa pista. Tú sola no, claro está.

—De acuerdo —contestó Caterina—. Gracias.

—No hay de qué —repuso Grattapaglia, levantándose—. Bueno, ya he cumplido por hoy, y por los próximos tres meses, y quién sabe si para siempre. —Se llevó la mano a un bulto que sobresalía ligeramente en el bolsillo de la chaqueta—. Oye, ¿adónde vas ahora?

A Caterina se le encogió el estómago como si estuviera a punto de precipitarse al vacío desde una gran altura. ¿Un tenue deshielo en su relación con Grattapaglia y ya se creía con derecho a intentar ligar con ella?

—¿Yo? Me voy a casa.

—¿Directamente?

—Sí, derecha a casa. Estoy cansada.

No, lo estaba empeorando por momentos. Nada de excusas.

—Muy bien. —Grattapaglia le sonrió—. Tienes un hijo, ¿verdad?

—Sí, tengo un hijo.

Grattapaglia sacó el bulto del bolsillo.

—¿Le vendría bien una gorra de béisbol?

Elia caminaba dormido y era su madre quien guiaba sus pasos en dirección al piso. A la abuela le pareció imperdonable que Caterina insistiera en arrancarlo de la cama y arrastrarlo de vuelta a casa. Pero Caterina quería tenerlo consigo.

«Porque es mi hijo», le había dicho a su madre.

Mientras abría la puerta del edificio, una silueta oscura que había vislumbrado detenida en la esquina empezó a avanzar a grandes zancadas hacia ella.

—Entra —le ordenó a Elia, dándole las llaves—. Ten, ¿sabes abrir la puerta de arriba?

—No.

—Coge el ascensor. Espérame arriba... ¡Vete ya!

El chico entró en el edificio a regañadientes, y no bien lo hizo Caterina tiró de la puerta para cerrarla, retrocedió unos pasos y se llevó la mano a la pistola. Instantes después recuperaba una postura más relajada, al reconocer la figura alta y el andar desgarbado del hombre.

—Grattapaglia me ha llamado para decirme que te ibas derecha a casa —dijo Blume al llegar junto a ella—. Pero has tardado más de lo que esperaba. Tenías que recoger a Elia.

Caterina se apartó del portal.

—Y ahora él tiene las llaves y nosotros nos hemos quedado fuera.

—Espera a que haya entrado en el piso, y luego llamas al interfono —sugirió Blume.

—No sabe abrir la puerta del piso. Estará plantado en el pasillo, igual que yo estoy plantada aquí fuera. ¿No podías llamar?

—Quería verte en persona, y no acabo de fiarme de mi móvil. ¿Tienes algún vecino que se acueste tarde?

—La de arriba. A veces se trae los ligues a casa y tengo que oírla taconeando y cosas peores hasta las tantas de la madrugada. Me lo debe.

Caterina llamó al timbre y al cabo de un rato, no sin que antes se sometiera a un beligerante interrogatorio, la puerta se abrió con un clic.

—Supongo que hoy no se ha traído a ningún ligue —apuntó Blume.

Caterina sujetó la puerta con el pie.

—Será mejor que pases.

Llamó al ascensor y se apretujaron los dos en su interior. Caterina presionó el botón de la tercera planta. Cuando salieron, vieron a Elia con la cabeza apoyada en la puerta del piso, con los ojos cerrados.

—Ahora mismo vuelvo.

Caterina acostó a Elia y lo besó en la frente, que ya estaba sudada. Le tocó las

manos. Ligeramente pálidas. Más firmes de lo que las recordaba, más grandes también. Su aliento era normal. Un niño de su clase tenía diabetes. Elia no, por supuesto. No tenía por qué preocuparse.

Cuando volvió a la sala de estar, Blume empezó a hablar como si hubiesen dejado una conversación a medias, como si no fueran las once y media de la noche y no estuvieran en su piso tras un largo día cargado de estrés, el día en que su hijo había estado desaparecido durante un rato, el día en que había traicionado sus propios principios... Caterina cerró los ojos.

—Bien —dijo Blume, en un incoherente tono alegre y jovial—, así que desde esta mañana el coronel tiene una copia de los cuadernos.

—Sí, lo siento. Tendría que habértelo contado todo enseguida —se disculpó Caterina.

—Lo que has hecho es justificable, aunque no creo que haya sido correcto, ni sensato. He traído los originales, voy a ponerlos a buen recaudo.

Caterina suspiró y se levantó.

—Estás cansada. Prepara un poco de café. Yo también tomaré.

—Si quieres café, háztelo tú —le espetó Caterina.

Minutos después, Caterina estaba sentada en el sofá mientras la voz de Blume, indiferente al sueño del pequeño, resonaba desde el otro lado del tabique de la cocina, en el extremo opuesto de la estancia.

—Dime qué has averiguado sobre Emma esta tarde —dijo, asomando la cabeza por la puerta.

Caterina lo miró de hito en hito.

—¿Que Grattapaglia ha estado chivándose de mí?

—Le había pedido que me dijera cuándo te ibas a casa. Fue idea suya contarme lo de que Emma y Treacy habían sido visto juntos en el bar. También me ha dicho que al parecer uno de esos chavales colgados te ha contado algo interesante, pero que no podía tener nada que ver con los atracos, puesto que no le dijiste nada al respecto. ¿Dónde está la cafetera?

—Sobre el fogón, justo delante de tus narices. ¡No! Justo delante quiere decir justo delante. Ahí.

Caterina resumió el breve relato de Sandro sobre lo ocurrido entre el hombre y la joven en la plaza, mientras Blume fregaba la cafetera y se pasaba un buen rato buscando el cubo de la basura para tirar los posos de café.

—Si relacionamos eso con la prueba de que Emma había estado con Treacy en el bar poco antes —señaló Caterina—, tenemos al camarero como testigo y... bueno, hay algo más.

—¿Dónde está el café?

—Segunda balda, a la izquierda, en una caja azul con estrellas doradas.

—Ya la veo —dijo Blume—. ¿A qué te refieres?

—Emma tiene una BlackBerry. Sería fácil rastrear sus movimientos usando la

triangulación de antenas repetidoras y la localización por GPS. Podemos comprobar si estuvo realmente en el bar y si estaba en la plaza cuando Treacy murió. Ya deberíamos haberlo hecho.

—Tienes razón —concedió Blume—. Lo que pasa es que no tenemos ningún juez que emita la orden a la compañía telefónica. A diferencia del coronel.

—Pero hay modos de obtener información sin el permiso de un juez.

—Desde luego —concedió Blume—, siempre que no intentemos usarla como prueba. Pero te doy la razón. El coronel ya habrá obtenido esa información.

—No me gusta ni un pelo que sepa todo eso sobre Emma. Creo que lo utilizará en su propio beneficio.

—Un día u otro, sí. Pero creo que de momento hay otra cosa en los manuscritos de Treacy que lo mantendrá ocupado. A menos que ya lo supiera, cosa que no hay que descartar, puesto que Treacy era un borracho y los borrachos suelen fardar, delatarse y luego olvidar... ¿Cómo se enciende el gas? Los fogones, quiero decir. Creo que lo había encendido, hace algún tiempo.

—Aprieta el botón negro, pero primero...

Una llamarada azul brotó del quemador, y el desplazamiento de aire fue lo bastante contundente para sacudir la vajilla de los armarios de arriba.

—Ya lo tengo —anunció Blume.

Pasó algún tiempo girando los mandos del gas, tratando de disminuir la potencia del fuego. Luego se frotó las manos de satisfacción por el café que se disponía a saborear y por el trabajo bien hecho.

—Que los cuadernos estén en inglés puede retrasar al coronel, pero no demasiado. En algún punto de la ciudad, en este mismo instante, el maresciallo y él deben de estar sentados a la misma mesa, revisando las fotocopias y descubriendo lo mismo que descubrí yo anoche. Tenemos que seguir yendo un paso por delante de él.

Blume le llevó a Caterina una taza de café saturada de azúcar. Luego se sentó en la silla de enfrente, golpeteó con los dedos la cubierta marmolada del primer cuaderno, y empezó a hojearlo.

—Hoy, después de que te fueras, le he leído a Nightingale un pasaje relacionado con mi hallazgo. Quería saber si algo de lo que decía Treacy en él tenía sentido para Nightingale, y estoy seguro de que no.

Apuró el café de un trago.

Pero, por supuesto, nadie ha descubierto jamás ninguna de mis obras. Ni una sola. No es solo que sea bueno —y llegados a este punto no le veo ningún sentido a la falsa modestia—, sino que además ejerzo la autocrítica y no me hago ilusiones. Si uno de mis trabajos no era lo bastante bueno, jamás lo poníamos en circulación. Yo lo estudiaba, veía dónde me había equivocado y luego o bien reaprovechaba el lienzo, si era antiguo, o bien destruía la obra. En más de una ocasión, no me duele reconocerlo, he tenido quince o veinte

obras fallidas desperdigadas por mi casa...

Blume se detuvo.

—Lo siento, he empezado antes de la cuenta. Aunque esto también resulta interesante, ¿no crees? De sus palabras se deduce que las obras que encontramos en su casa, esas que supuestamente estoy tratando de vender con el coronel, no valen gran cosa.

Caterina lo vio pasar unas cuantas páginas más y se preguntó si leer aquellas pocas líneas había sido realmente un error o si Blume sospechaba que ella no estaba del todo convencida de su honestidad. Su enorme pie golpeó la taza de café que descansaba en el suelo y que salió rodando sin que él se diera cuenta.

—Ajá, aquí está. Está hablando de cómo trabajaban Nightingale y él, de cómo Treacy se encargaba de buscar los materiales, sobre todo los lienzos antiguos, y del funcionamiento de la Galleria Orpiment. Estamos en el año 1996.

A veces había un licitador auténtico en la sala, lo que siempre era de agradecer. Si superaba determinada cantidad, suficiente para sufragar los gastos que John había tenido y para recompensar mi trabajo, entonces renunciábamos a la obra.

Así ocurrió un día, estando yo presente en la subasta, cosa que ocurría muy de tarde en tarde. La puja se celebraba en la sala Christie's de Roma, y era un espectáculo de lo más aburrido. No teníamos el menor interés en la mayor parte de las mercancías, mayormente cubiertos de plata y bustos de mármol de sabe Dios quién, ejecutados por artistas justamente olvidados. Todo ello legítimo, todo ello soporífero.

Entonces salió a la venta un objeto interesante. Yo había examinado aquella obra en el catálogo, antes de la subasta. Se anunciaba como la pintura de un «artista español desconocido, circa 1680-1681». Huelga decir que solo un estudioso se atrevería a fechar de un modo tan preciso —y equivocado— una obra que, según acababa de reconocer, no había podido identificar. El cuadro era una mancha borrosa. Las capas de barniz que le habían aplicado a lo largo de los años lo habían oscurecido hasta tal punto que cuando los subastadores lo colocaron en el caballete de exposición, lo único que se veía era un cuadrado negro y reluciente como la pez. Según rezaba el catálogo, la obra se titulaba *Retrato de una dama*, pero bien podría haberse titulado *Estudio de grietas sobre betún*.

Yo no creo en el sexto sentido, ni en el destino, ni tan siquiera en Dios. Pero sí creo que la mente inconsciente posee una enorme capacidad de información y que a veces envía señales claras a la mente consciente. Había algo en aquella pintura que yo deseaba con todas mis fuerzas.

El precio de salida era bajo, así que levanté el dedo, lo que pilló a John desprevenido.

—¿Queremos eso? —preguntó.

—Sí. Es interesante. Y me gusta el marco antiguo.

—De acuerdo. Ya pujo yo —dijo John.

Tres o cuatro pujas más tarde, el precio había subido a cerca de tres millones de liras, poco más o menos, pero ya superaba la cantidad que en opinión de John valía la obra.

—Hay alguien pujando contra nosotros —dijo, moviendo la cabeza en dirección al subastador, que estaba al otro lado de la sala—. Que se lo quede.

—No. Tú sigue pujando.

El precio se elevó a cinco millones de liras, luego seis. John empezaba a ponerse nervioso. No era por la suma en sí, que no ascendería a más de tres mil libras esterlinas, sino por el hecho de que se trataba de una puja imprevista y no tenía la situación bajo control.

—Sigue pujando —le susurré.

En la sala, el presentimiento de que allí había gato encerrado hizo que se produjera una escalada de la tensión, y un nuevo postor entró en liza. El precio, que se iba incrementando en doscientas cincuenta mil liras con cada nueva puja, ascendió hasta los siete millones, momento en que el tercer licitador decidió plantarse. Por siete millones y medio de liras, el precio de un Fiat de segunda mano, el cuadro era mío al fin.

Me lo traje directamente a casa y lo puse en el cobertizo que, a modo de invernadero, y con permiso de mis amables caseros, los Pamphili, había adosado a un muro lateral de la casa. El armazón tiene la madera justa para considerarse una estructura temporal, por lo que me libré de pedir permiso de obras. En el invernadero entra el sol a raudales y da una luz mucho más potente y penetrante que cualquier foco de luz artificial de una sala de subastas. Me quedé allí estudiando mi adquisición durante un buen rato. Era como intentar adivinar lo que se esconde en el fondo de un barril de brea. Saqué una botella de acetona y empapé algunas bolas de algodón. Luego dejé que el exceso se escurriera entre mis dedos y se evaporara, dejando en el aire un inconfundible aroma a gominolas que inhalé con fruición mientras trataba de apaciguar la energía frenética que me hormigueaba en los músculos y los nervios. Con mano temblorosa, cogí un segundo trozo de algodón y lo empapé en trementina (para contrarrestar el efecto destructivo de la acetona), que desprende el mejor olor del mundo. Aquello ejerció sobre mí un efecto tranquilizador.

Empezando por el ángulo inferior izquierdo, allí donde el moho y la humedad habían hecho mella en el lienzo, apliqué el disolvente y comprobé que el negro se convertía en verde. Me pasé todo el día trabajando en el cuadro, hasta que la luz del atardecer se volvió demasiado anaranjada para que pudiera apreciar lo que estaba haciendo. Me fui a la cama, descabecé un sueño inquieto de unas pocas horas y volví al trabajo con las primeras luces del alba, que al ser débiles y grises tienden a hacer que peques de prudente, que es exactamente lo que te conviene si te pones a trabajar a primera hora de la mañana envuelto en los vapores de la trementina y la acetona. Al

atardecer había conseguido una pintura cubierta de verde. Ahora, en lugar de escrutar un barril de petróleo, sonreía frente a un estanque cubierto de limo.

Al caer la noche, el verde se había convertido en gris, y yo empezaba a estar seguro de lo que tenía entre manos. Me sentía nervioso, y tuve que obligarme a comer. Pero estaba concentrado y ya no me temblaba la mano.

Pasé otro día entero limpiando con algodón y refrenando el efecto de la acetona. Cuanto más me acercaba al final, más a menudo cambiaba las bolas de algodón para que no se me confundieran los colores, y las iba dejando caer al suelo, una tras otra, donde se amontonaban como vendajes sembrados de manchas oscuras en un hospital de campaña. Seguí trabajando sin parar, y en la tercera mañana me di cuenta de que llevaba dos días sin beber.

Creí reconocer el rostro que empezaba a perfilarse, que hizo que el corazón se me desbocara y la sangre bullera en mi pecho con una mezcla de euforia y amor que ninguna persona real ha logrado despertar en mí jamás. La última vez que había visto a aquella hermosa joven, estaba apartando una cortina e inclinándose para observar una ruca en el Museo del Prado de Madrid. Incluso en la obra que se halla expuesta en el Prado está pintada con trazos poco definidos, casi impresionistas, que transmiten movimiento y energía, pero en mi cuadro el trazo era más leve aún. Además, la postura era levemente distinta. Se trataba de un estudio para una obra posterior, de eso no había duda, pero era un estudio salido de la mano del *signor* Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Es sencillamente imposible confundir el toque de esa mano.

Por unos instantes, Blume y Caterina se quedaron sumidos en sus respectivos silencios. Ella se había quitado los zapatos, había acomodado las piernas en el sofá y tenía un pie enterrado debajo de un cojín.

—Encontró un Velázquez —dijo, sin poder evitar que su voz se tiñera de escepticismo—. ¿Tú te lo crees?

—¿Que si me creo la historia de cómo lo encontró? Es posible. Puede que Nightingale recuerde la subasta, pero también puede que no, dado que nunca llegó a saber la importancia del hallazgo. ¿Que si me creo toda la historia? No lo sé. Podría ser inventada.

—Aun suponiendo que todo esto sea cierto —repuso Caterina—, ¿cómo vamos a fiarnos de Treacy y de su identificación del Velázquez? Pudo haber falsificado el original. Todos estos manuscritos pueden no ser más que una larga y elaborada patraña. O también puede que se equivocara.

—Otra cosa —apuntó Blume—. No dice dónde está el cuadro. Tengo que repasar los cuadernos, o al menos el segundo. Está lleno de pistas y alusiones, y hacia el final suena más como una carta que como una autobiografía. No fechó todas las entradas, pero las últimas las escribió el año pasado. Suena como si supiera que se estaba muriendo, dice cosas como que la vida se le escapa con cada latido del corazón, habla

de la oscura morada del alma...

—Seguramente el lienzo está en su casa, y si es así, el coronel lo encontrará.

—No creo que esté en su casa —discrepó Blume, pasando las páginas—. No creo que lo dejara allí. Más adelante... aquí está... Parece querer decirle a Angela dónde lo escondió. Esta parte suena más bien como una carta de arrepentimiento. Creo que Nightingale no exageraba al decirnos lo mal que Treacy se había portado con ella.

He guardado el Velázquez donde debe estar, Angela, y quiero que tú te lo quedes. Lo obtuve por medios legítimos, y quiero que uses estas notas y mi historia personal para ayudarte en el proceso de establecer su procedencia, ya que, por desgracia, pasará algún tiempo antes de que te crean. No he vuelto a ver el cuadro en los últimos años, pero eso no me ha costado tanto como no verte a ti, ni mucho menos.

¿Recuerdas cuando coincidimos con Francis Bacon? Puede que no, puesto que por entonces no sabías quién era. En Italia nadie lo sabía en aquellos tiempos, e incluso hoy siguen tratándolo con esa mezcla de condescendencia y hastío que los italianos reservan a los artistas experimentales del norte. Yo lo vi en Londres en 1972. Me gustaría decir que nos conocimos entonces pero eso sería exagerado. Sin embargo, John nos presentó en 1976.

Durante un tiempo se interesó por mí. Para empezar, ambos éramos irlandeses. Bueno, tal como solía añadir él, «medio irlandeses». Él era irlandés del mismo modo que la señora Heath lo era, es decir, un inglés residente en Irlanda. Mucha gente sigue pensando que es una lástima que el IRA arrasara todas aquellas grandes casas en los años veinte, pero a mí me cuesta no simpatizar con aquella oleada de incendios, por más que también se perdieran numerosas obras de arte.

Aunque yo era el más joven de los dos, a medida que nos íbamos conociendo e intercambiando puntos de vista, mi admiración por él empezó a decaer. El hombre era todo menos un dechado de virtudes, y no me refiero a sus inclinaciones sexuales, por más que me produjeran asco. Tampoco me refiero a su gran cabeza redonda ni a su narizota. No, ese no era el problema. El problema es —era— que no sabía dibujar.

No sabía dibujar. Y no tenía el menor empacho en reconocerlo. Al contrario, lo tenía muy a gala. Tal como ocurría con sus inclinaciones sexuales. Francis Bacon y su salchicha.

Tampoco sabía preparar un lienzo como está mandado. No sabía nada de imprimación, y haciendo de la necesidad virtud (es un decir), le dio por pintar sobre lienzos sin imprimir. Hacía unos cuadros llenos de hilachas e irregularidades, ásperos al tacto, que parecían inspirados todos ellos en *El grito* de Munch. Parecía no tener el menor respeto por los Viejos Maestros, y sin embargo creía tener algo nuevo que aportar, lo que en el fondo son las dos cosas que más me molestan del arte contemporáneo.

Sin embargo, en su descargo debo añadir que consintió que yo, un joven desconocido de modales agresivos, lo criticara. Me dijo que no estaba imitando a

Munch, y sostuvo que el hombre de su famoso cuadro no estaba gritando, sino tapándose las orejas para aislarse de un mundo que le gritaba a él. También me aseguró que sí respetaba a los Viejos Maestros, en particular a Velázquez y más concretamente su retrato del papa Inocencio X, nacido Giambattista Pamphili, famoso por su carácter irascible y antepasado directo de la mismísima familia que me había tratado con tanta amabilidad a lo largo de los años y me había permitido vivir en su propiedad, ahora por desgracia en manos de la Comune di Roma. En opinión de Bacon, dicho cuadro de Velázquez era la perfección hecha retrato. Llevaba años pintando variaciones sobre el mismo, y esperaba seguir haciéndolo durante muchos años más.

Le dije que conocía a los Doria Pamphili, mis benefactores, amigos y caseros, y le prometí que la próxima vez que viniera a Roma le conseguiría una visita privada para ver la obra de Velázquez, pero —y entonces supe que su respeto por los Viejos Maestros era menos genuino que el mío— me contestó que no tenía interés en contemplar el cuadro físicamente, que prefería trabajar a partir de fotografías.

Al final resultó que, con aquel carácter hosco, extraño y empecinado, Bacon, que tampoco le hacía ascos a la bebida, sí tenía bastante de irlandés. Y gracias a él me interesé por ese retrato del papa Inocencio X hasta que también yo acabé obsesionándome con él y con su autor. En 1982, el año en que España entró en la Comunidad Europea (y se vio eliminada de su propio Mundial de fútbol por Irlanda del Norte), pasé tres meses en Madrid, yendo cada día al Prado a contemplar *Las Meninas*, *La fragua de Vulcano* y el retrato de Felipe IV, sobre todo este último. Me sumergí en la vida de Velázquez, y hasta aprendí algo de español, lo que no resulta demasiado difícil si uno habla italiano. Me propuse ver el resto de su obra en Nueva York, Londres, Viena y, válgame Dios, esa nefasta ciénaga conocida como Washington. Lo que me fascinaba, supongo, era el hecho de saber desde el primer momento que no podía imitar a Velázquez. Hice una prueba con *Los borrachos*, solo por ver qué tal me salía. Ironías de la vida, lo hice basándome en fotografías. El resultado era impresentable. No podía imitar a Velázquez, pero creo poder afirmar sin temor a equivocarme que ningún pintor vivo lo conoce mejor que yo. Aunque no acertaba a captar su estilo, sabía precisamente cómo debía ser. Es como cuando no consigues hablar una lengua o imitar una voz como es debido. Oyes el acento, la entonación y las características de la voz en tu cabeza, pero no logras que tu propia voz articule los sonidos adecuados.

No hizo falta más que el atisbo de una silueta femenina asomándose por la izquierda en una obra desconocida para que notara el cosquilleo de la emoción ante un hallazgo que hizo que el corazón me diera un vuelco en el pecho y a punto estuviera de detenerse para siempre. Lo juro, al reconocer el trazo inconfundible y la paleta del artista en el cuadro que descansaba sobre mi caballete casi me muero, por más que hubiese intuido algo nada más ver aquel lienzo y lo hubiese desvelado. Lo había buscado, pero el hecho de encontrarlo me había sumido en la más completa

estupefacción.

—Lo que queda de página —apuntó Blume— está tachado con una raya diagonal. Solo una, lo que me hace sospechar que no estaba seguro de querer desechar estos pensamientos:

Angela, he empezado estas memorias y un manual sobre cómo emular a los Viejos Maestros con la intención de que se publiquen, y te estaría agradecido si pudieras buscar a alguien que los terminara y corrigiera en el caso de que no me dé tiempo de hacerlo, lo que parece hartó probable. Ni se te ocurra darle la única copia a John. Mejor dicho, mantén a ese cabrón alejado de estos cuadernos.

Un año como mucho, eso me dijo el médico el otro día. Y mi médico no es de los que hacen apuestas a menos que esté seguro de que va a ganar. Como todos los médicos, no sabe nada. Son los augures de nuestros tiempos. Llevan siglos adivinando y recetando en consecuencia sin que nadie les tosa. Igual que los economistas y los críticos de arte, pero lo suyo es peor. Cuando el paciente se muere, se limitan a encogerse de hombros. Me dio un año, como si la traslación de la Tierra alrededor del Sol tuviera algo que ver con el ritmo de autodestrucción de mi cuerpo. Escribo esto en primavera. Dentro de un año volverá a ser primavera, así que espero que esté equivocado. No quiero morir cuando todo lo demás despierta a la vida. Tampoco quiero morir antes de que eso ocurra, claro está. La verdad es que no quiero morir. Tengo muchas cosas que resolver primero. Y luego quiero tener tiempo para disfrutar de la vida una vez que haya resuelto esas cosas. ¿Alguien llega a disfrutar de veras la vida?

Angela, lo siento. Sé que suena interesado, pero debes aceptar mi perdón. Tienes que perdonar a la gente antes de que se muera, porque vivir enfadado con los muertos es lo más frustrante e inútil que se puede hacer en esta vida, y créeme: sé de qué hablo. Una vez que se han ido, no puedes llegar hasta ellos, no puedes hacerles preguntas, no puedes hacer nada excepto rabiarse por dentro. Te diré algo: si existe un más allá, estará lleno de muertos recientes buscando pelea con los más antiguos.

«La paz os dejo; mi paz os doy».

Cuanto poseo te lo dejo a ti. Pero ya te he dado lo más valioso que he poseído jamás. Lo tienes delante de los ojos, lo tienes en estas palabras, en nuestros corazones y recuerdos. ¿Te acuerdas de las fiestas con Gustav, aquel arqueólogo tan modesto que también resultó ser un monarca? ¿Recuerdas el día que nos sentamos en una grada del teatro a contemplar la pelea de los querubines, convencidos de que teníamos todo el jardín para nosotros solos? Me besaste, y una cosa llevó a la otra, y allí estábamos entre los tejos, después de que te hiciera aquella broma, y de repente apareció aquella inglesa loca, que nos miró y nos preguntó qué creíamos que estábamos haciendo. No podía creer que yo viviera en el jardín, que fuera huésped y amigo de Pogson y de su esposa, la princesa Pamphili. «Babs» Johnson, la vieja bruja

con su enorme sombrero de paja. Me echó los perros encima. Escribía bajo un seudónimo, Georgina Masson, y suya es la mejor guía de Roma que se haya escrito jamás. ¿Te acuerdas de aquello?

Mira ese cuadro. Míralo con ojos de artista y con ojos de amante. Entonces lo entenderás. Quizá no sea mala idea borrar este párrafo de la versión final antes de que vea la luz.

—Aquí hay una página en blanco, que aprestó con yeso, como si tuviera intención de dibujar en ella. Las páginas siguientes también están en blanco, y luego Treacy retoma la narración. He estado a punto de leerle este pasaje a Nightingale, porque habría sido interesante comprobar su reacción.

Créeme: los escépticos serán legión.

John Nightingale y yo tuvimos éxito porque éramos sutiles e invisibles. A lo largo de los años, las obras que hice fueron conquistando cada vez mayor credibilidad, adquiriendo valor y legitimidad, como bolas de nieve que ruedan ladera abajo, siempre cogiendo impulso y haciéndose mayores cuanto más se alejaban de nosotros. He visto mis propias obras expuestas en algunos de los museos más importantes del mundo. Te daré una lista de los museos y las obras en el apéndice, pero no esperes que ningún museo acepte mis reclamaciones.

El tiempo que transcurre entre el momento en que enviamos una obra al vasto orbe en busca de fortuna y el momento en que se la reconoce más allá de toda duda como la obra perfectamente documentada de algún Viejo Maestro y pasa a ocupar plaza en uno de los museos más prestigiosos del mundo es de cerca de veinte años. En este tiempo he ido sofisticando aún más mis técnicas, así que si lees esto dentro de veinte años y algún museo acaba de anunciar la adquisición de un Viejo Maestro italiano que se daba por perdido desde hacía siglos, párate un momento a pensar, y quizá a sonreír.

Los precios que llegaban a alcanzar algunas de mis propias obras me hacían ponerme verde de envidia a veces, pero así funcionan las cosas. Cuanto más cerca estaba de nosotros, menos valía una obra y más sospechas levantaba. Porque, claro está, éramos dignos de sospecha. Muchos marchantes se olían algo, al igual que los carabinieri, las casas de subastas, los historiadores del arte y los museos. Pero ninguno sabía nada con seguridad, y la mayor parte de las obras que vendíamos eran auténticas.

Y ahí precisamente reside la ironía del caso. En los últimos años he ido hablando cada vez con más naturalidad sobre lo que he hecho, los artistas a los que he emulado, las pinturas y dibujos que he inventado —porque yo invento, no copio, como tampoco robo—, pero precisamente porque me he vuelto famoso, y porque soy tan bueno, y porque he sido lo bastante sincero para hablar de estas cosas, soy la última persona en el mundo que puede anunciar el hallazgo de un Velázquez que

lleva siglos desaparecido y esperar que me crean. Si los expertos lo fueran de veras, sabrían al instante que se trata de una obra auténtica, pero no lo son, y les llevará algún tiempo hacerlo. Nightingale lo colocaría en el mercado, sin ninguna duda, pero por una milésima parte de lo que vale, y te robaría el dinero, Angela. Se conservan menos de ciento veinte obras de Velázquez. Añadir otra al repertorio sería una gran noticia. He tenido en la cocina un cuadro que valía decenas de millones de euros sin saber cómo venderlo.

Precisamente porque sabía que no podía fiarme de Nightingale, empecé a rastrear la historia del cuadro por mí mismo, y descubrí que estaba muy bien documentada. La pintura había pertenecido a Adam Brookes, un coleccionista privado que comerciaba con materias primas en Chicago y al que la fortuna había sonreído hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando se fue a la quiebra. Al parecer, Brookes a su vez había comprado la pintura a Joseph Duveen en 1918, un año de esos que levanta sospechas, me temo, al igual que 1946. Tras las grandes contiendas en Europa, muchas obras de arte cambiaron de manos a resultas del saqueo y el pillaje, y se sabe que uno de los trucos más utilizados por gente como John consiste precisamente en sacarse de la manga documentos dudosos fechados en esas épocas, en las que reinaba el caos. Sea como fuere, parece ser que el cuadro era propiedad del conde Johann Ludwig von Wallmoden-Gimborn, hijo natural de Jorge II de Gran Bretaña. Permaneció en manos reales hasta el reinado de Jorge V, ese ignorante redomado que ocupaba el trono cuando Irlanda proclamó la independencia en 1916.

Cuando lo descubrí, busqué la ayuda de John sin contarle lo que estaba haciendo. Me limité a decirle que quería saber cómo se las arreglaba en lo suyo y aprendí qué libros debía buscar, cómo consultar un catálogo, cómo hacer llamadas de teléfono engañosas y enviar cartas de tono inocente en las que me hacía pasar por algún estudiante, viajero, autor de guías de viajes, una asociación de defensa del patrimonio, una sociedad artística, cosas así.

Se lo habría dicho a John, le hubiese pedido que me ayudara y juntos habríamos compartido los ingentes beneficios si no me hubiese tratado de un modo tan mezquino. Aún estaba tratando de asimilar el hallazgo, seguro de lo que tenía entre manos y sin embargo temeroso de decirlo en voz alta, cuando me enteré de que John y Angela me habían traicionado. Si John lee esto algún día, le sorprenderá saber que me enteré tan pronto de lo suyo con Angela, pero así fue.

Unos días más tarde, pasé por la galería y John me preguntó por el cuadro.

—Ah, sí —contesté—. Nada interesante. El marco sí era bueno. Lo he limpiado a fondo con solvente. Le daré buen uso al lienzo en blanco.

—¿No crees que para tratarse de un lienzo usado y un marco nos ha salido un poco cara la broma?

—No, en absoluto, John.

Que te zurzan, John. John Bull.

—¿Qué significa «Bull»? —preguntó Caterina.

—¿Bull? —repitió Blume—. Es la forma abreviada de *bullshit*. Embustero, cantamañanas, embaucador.

—No se tenían demasiado cariño —apuntó Caterina.

—No —concedió Blume.

Caterina estiró más los pies debajo de los cojines y deseó poder hacer lo mismo con todo el cuerpo. Le zumbaban los oídos de puro cansancio, y por un instante una inhalación mal calculada hizo que el aire que le entraba por la nariz produjera, al llegar a la garganta, un sonido muy similar al de un ronquido, a lo que Caterina reaccionó irguiendo la cabeza bruscamente. Blume seguía allí, sentado en el sillón. ¿Qué protocolo debía seguir para decirle al oficial al mando que se fuera a su casa y la dejara dormir? No era una simple cuestión de protocolo. Tampoco quería herir sus sentimientos. Pero allí estaba él, como un gran perro. A lo mejor si tirara un palito por la ventana saldría corriendo escaleras abajo, loco de contento. Pero al mismo tiempo quería que siguiera allí, protegiéndolos a Elia y a ella mientras dormían. Si al menos le dijera que se fuera a la cama, que él se quedaría montando guardia...

—En un minuto me voy —dijo Blume—. He quedado con alguien, pero no sabré dónde hasta que me llame.

Caterina bajó los pies al suelo, se estremeció de frío y bostezó. Estaba demasiado agotada para sentir decepción o tan siquiera inquietud.

—¿Con quién has quedado?

—Con Paoloni. Dijiste que te acordabas de él. Ha sorprendido a todo el mundo, incluido él mismo, convirtiéndose en un solicitado «consultor de seguridad». Voy a darle los cuadernos para que los ponga a buen recaudo, y luego quizá me deshaga de tus fotocopias, para que podamos dejar todo esto atrás de una vez.

—¿Paoloni es de confianza?

—Sí —contestó Blume—. Lo es. Además, creo que puede echarme una mano para asegurarme de que el coronel no vuelve a molestarte.

Caterina se olvidó del cansancio por un momento.

—¿Y cómo lo hará?

—No lo sé. Ya veremos —repuso Blume—. También es posible que pueda acelerar la resolución del caso de Krishnamachari y su hijo.

El teléfono de Blume empezó a sonar, y Caterina volvió a estremecerse. El comisario pronunció unas pocas palabras y se levantó con ademán de marcharse. Caterina también se levantó, no sin esfuerzo.

Después de que él se fuera, recogió la pila de notas de Treacy, y sin querer se le fueron los ojos al «Que te zurzan, John» garabateado de mala gana. Y sin embargo seguro que habían sido amigos, tiempo atrás. Hojeó el cuaderno de vuelta, hasta el principio, y se detuvo poco después de las primeras experiencias en Irlanda, que ya había leído. Allí hablaba de su llegada a Londres con Monica. El nombre de John aparecía por primera vez en las siguientes páginas. Se las llevó a la cama, se

desvistió, se puso un pijama de algodón rojo que era la prenda más cómoda del mundo y encendió la lámpara de la mesilla de noche. El diccionario estaba en la habitación contigua, y allí podía quedarse. Al día siguiente ya buscaría las palabras que no entendiera.

Monica y yo llegamos a Londres y nos las arreglamos para vender mi triste falsificación a un marchante fracasado, dispuesto a todo. Me dio doce libras por el cuadro, lo que nos permitió alquilar una miserable habitación amueblada en Queensway. Yo había llevado conmigo algunos de mis utensilios de pintura, pero no los bastantes, y no podía permitirme comprar ninguno más. El dinero del paro nos permitía ir tirando, mal que bien. Al mes, Monica encontró trabajo en la sección de cosmética de Selfridges. Al cabo de una semana, le habían pedido citas ocho hombres distintos. A la octava, aceptó. Yo lo descubrí y me puse hecho una furia, y le dije que iba a tener que elegir: o se olvidaba de salir con clientes, o se olvidaba de mí. Se tomó mis palabras al pie de la letra, hasta el punto de que, seis meses después, cuando nuestros caminos volvieron a cruzarse por casualidad en Hampstead Heath, no se acordaba de mí en absoluto, y por tanto no vio razón alguna para detenerse y presentarme al inglés con dientes de conejo y risa caballuna que la acompañaba, enfundado en un traje corbata de raya diplomática, y que debía de estar contándole algo absolutamente desternillante, a juzgar por cómo se reía ella.

Cuando Monica me dejó, me sentí más solo pero también más libre, y sin su presión para que buscara trabajo, pude deambular a mis anchas por las calles de la ciudad. Así fue como descubrí la tienda de material artístico Ramsauer de Cecil Court. Hoy día, Londres es una ciudad en la que reinan el orden y la limpieza de un modo casi enfermizo (algo que difícilmente pasará en Roma), pero en aquellos tiempos las calles estaban más sucias y los alquileres eran más asequibles. La tienda es ahora un local de planta rectangular sin pizca de encanto, con mobiliario minimalista y libros inútiles que versan sobre las más perfectas naderías (sobre todo el «arte fotográfico», como si existiera algo semejante) que leen clientes aquejados de aburrimiento eterno. Entonces, la planta rectangular estaba dividida en una parrilla de angostos pasillos cuyas paredes estaban hechas de antigüedades, caballetes, material excedente del ejército, pinturas, jarrones a punto de caerse. Yo vagaba por el local sin que nadie controlara mis movimientos, y podría haber robado cualquiera de los diminutos cubiertos de plata, piezas de porcelana o adornos de madera pulida que quisiera, o quizá un recado de escribir del siglo XVIII. Pero no soy un ladrón. Solo cuando había recorrido todos los pasillos, aunque no todos los objetos, apareció el propietario, procedente del sótano. Me saludó con un gesto de la cabeza, me preguntó si necesitaba ayuda y cuando dije que solo estaba mirando volvió a desaparecer.

En mi tercera visita, descubrí una pintura interesante que me parecía obra de Coello. No lo era, por supuesto, pero casi podía haberlo sido. El retratado era un noble español. El moho se había adueñado del lienzo hasta el punto de que el rostro

del noble parecía haber sucumbido a la putrefacción y explotado hacia fuera con un estallido de gris y verde, como si se tratara de un personaje de *La noche de los muertos vivientes*.

También me llamó la atención el monograma que había en el dorso del lienzo, que parecía sugerir que el cuadro había pertenecido a lord Mountbatten, así que me lo llevé al fondo del local, esperé pacientemente que Ramsauer apareciera y le pregunté cuánto pedía por él. Dos guineas, contestó.

—Pero ¿ve usted esta marca de tiza? Significa que ya está vendido.

—¿A quién?

Puede parecer una pregunta impertinente, pero hasta el momento no había visto a nadie más entrar en la tienda y me preguntaba por qué habría dejado el comprador una marca de tiza en el cuadro en lugar de llevárselo a casa, puesto que no era una pintura demasiado voluminosa. Ramsauer me explicó que el día en cuestión el comprador no llevaba suficiente dinero encima, pero que iba a volver.

—¿Cuándo? —pregunté en tono desafiante.

Ya empezaba a caerme mal el tal comprador.

—Hoy mismo, a lo largo del día de mañana o el jueves que viene a más tardar.

El viejo cabrón no tenía ni idea, claro está, pero en el fondo le importaba un comino. Lo único importante para él era respetar su propia marca de tiza. Hubiese querido ofrecerle más dinero por el cuadro, pero Ramsauer no lo hubiese aceptado y yo tampoco lo tenía. Además, no era lo que se dice una ganga, habida cuenta del estado en que se encontraba la obra. Al final el comprador resultó ser un joven más o menos de mi edad que tampoco tenía pinta de poder desembolsar grandes sumas. Lo vi el miércoles siguiente (y no el jueves, dicho sea de paso), cuando volvió por la pintura, se la llevó al viejo Ramsauer y se la pagó.

Me fui hacia él y exigí saber qué pensaba hacer con el cuadro. Me miró con perplejidad y sujetó la obra con más fuerza.

—¿Eres artista? —pregunté.

—No.

—Entonces, ¿para qué lo quieres? Está destrozado.

—Eso es asunto mío, comepatatas.

Le podía haber dado un tortazo allí mismo, pero si se caía podía romper unos mil objetos.

—Retíralo.

—¿El qué?

—Me has llamado comepatatas. Vuelve a hacerlo y tendrás que meterte un cepillo por el culo para lavarte los dientes.

El desconocido dejó el cuadro sobre el mostrador y dijo:

—Comepatatas.

Su colmillo me cortó el nudillo cuando lo golpeé. Retrocedió, tambaleándose.

—Joder. Cuidado con el jarrón que tienes detrás —le advertí—. Es una cratera de

campana.

Él se alejó obedientemente, y yo lo golpeé en la nariz.

Se llevó ambas manos a la nariz y gritó:

—¡La madre que te parió! ¡Me has hecho daño! ¡Voy a llamar a la policía! — Estaba indignado, como si yo acabara de cometer un terrible error. Luego añadió, con voz nasal y ojos llorosos—: No es una cratera original, ¿verdad?

—Claro que no —repuse.

Cogí la pintura.

Salí de la tienda y me quedé en la acera, esperando que el joven saliera a buscarme.

—Venga, devuélvemela. No llamaré a la policía, y tampoco volveré a llamarte comepatatas.

Le entregué el cuadro.

—Puedo restaurártelo —sugerí—. Cobrando.

—Gracias, pero yo también puedo restaurarlo.

—¿Con qué? El lienzo está a punto de echar flor. ¿Cómo vas a deshacerte de ese moho?

—Congelándolo.

Su respuesta me dejó petrificado. Esperaba oírle decir que le echaría desinfectante y lo pondría al sol, que era lo que hubiésemos hecho la mayoría por entonces. De hecho, es un método mejor que la congelación. Pero en aquella época los congeladores eran un bien escaso.

—Muy listo —dije.

—Pues sí, modestia aparte —repuso—. Bueno, si no te llamas comepatatas, ¿cómo te llamas?

—Henry. Henry Treacy.

Alargó la mano.

—Bueno, Harry. ¿Qué te parece si me invitas a una copa en el Lamb and Flag?

—He dicho Henry, no Harry. Tienes problemas para retener los nombres. ¿Cuál es el tuyo?

—John Nightingale.

Sujetaba la maldita pintura como si le fuera la vida en ello (...). Nos tomamos una cerveza, y en un momento dado yo dije (...). En aquellos tiempos había leña ardiendo en las chimeneas londinenses, y los ceniceros siempre estaban llenos a rebosar (...). Uno nunca está tan solo como cuando...

El manuscrito cayó al suelo con un ruido seco, y Caterina abrió los ojos un momento y apagó la luz de la mesilla de noche. ¿Qué había sido aquel ruido? El manuscrito. Era el mismo sonido que había hecho el gas cuando Blume había encendido el fuego. Había esperado una eternidad y luego lo había encendido. Pobre Blume. Como si de un féretro en una funeraria se tratara, al acostarse la cama volvió

a su lugar con un agradable balanceo.

—No. Es la una y media de la mañana, Beppe. No pienso entrar en un McDonald's —dijo Blume mirando el espejo retrovisor por décima vez.

Por el auricular del móvil, la voz de Paoloni sonaba metálica y cercana a la vez.

—Pues menudo americano estás hecho. ¿Quieres que quedemos?

—Por supuesto.

—¿Quieres saber si te están siguiendo o no?

—No creo que lo estén haciendo —contestó Blume.

—¿Quieres salir de dudas?

Blume pitó a un coche que le venía de frente y parecía avanzar demasiado pegado a su carril, le sacó un dedo en respuesta a las luces que le hizo el conductor y dio un volantazo en su dirección para obligarlo a desviarse.

—Supongo que sí.

—¿Conoces el McDonald's de la gasolinera Agip de Via Aurelia? Ve allí. Entrarás por Piazza Irnerio. Llámame tan pronto como entres en la plaza. No te lleses el teléfono a la oreja o sospecharán algo, sobre todo si te han pinchado el móvil. Como empieces a hacer llamadas sin que oigan nada, sabrán que lo sabes. Usa el manos libres.

—Ya estoy usando el pinganillo del Bluetooth —repuso Blume.

Paoloni le pidió una descripción de su coche, incluida la marca, el color y la matrícula, y calcularon que se verían en media hora.

Cuando estaba a un kilómetro del lugar acordado, Blume volvió a llamar.

Paoloni contestó al instante.

—Voy unos trescientos metros por detrás de ti. De momento no veo nada. Ahora, justo cuando llegues al desvío a la derecha para ir hacia los almacenes Euronics, frena de golpe dos veces.

—De acuerdo, estoy llegando... ya.

Blume pisó el pedal del freno dos veces al pasar por delante del desvío.

—Te he visto. Bien, ahora no vas a girar hacia el McDonald's, pero yo sí. Pasa de largo por delante del aparcamiento, sin ni siquiera aminorar la marcha. Vete hacia el siguiente paso elevado, que queda como a un kilómetro y medio, quizá menos. Aprovecha para cambiar de sentido y vuelve a dirigirte a la ciudad. Cuando veas el letrero que señala los límites del municipio, coge la carretera de entrada y el paso elevado para cambiar otra vez de sentido y venir hasta el McDonald's por el que estás pasando ahora. Te estaré esperando.

Quince minutos más tarde, Blume detuvo el coche en el aparcamiento del McDonald's. Había cinco vehículos estacionados lo más cerca posible de la puerta. Uno de ellos, un Audi Q5 de color blanco, estaba más cerca de la salida. Tenía que

ser el de Paoloni.

Blume aparcó frente a la entrada y esperó. Cinco minutos más tarde, el Audi se detuvo junto a su coche y Paoloni se apeó de él. Blume cogió los cuadernos, se bajó del coche y le tendió la mano, pero Paoloni prefirió saludarlo con un amistoso puñetazo en el hombro, al tiempo que decía:

—Ninguno de los treinta y pico coches que han pasado después de ti han vuelto por la rampa por la que has llegado. Solo otros dos coches tomaron la vía de acceso a la ciudad y el paso elevado en los cinco minutos posteriores a tu paso. Puede que decidieran dejarlo cuando cambiaste de dirección en Via Aurelia. Si saben lo que se hacen, no iban a dejar que un coche te siguiera hasta el segundo paso elevado. Si te iban detrás, los has despistado, al menos de momento, aunque puede que luego retomen la pista. Doy por sentado que existen, aunque también podría ser que por fin hubieses perdido la chaveta. Me muero de hambre. Puedes contarme quiénes son los malos mientras me como un Big Mac.

La cruda luz blanca del McDonald's no favorecía demasiado a Paoloni pero, pensándolo bien, tenía mejor aspecto que durante sus últimos días en el cuerpo. Había engordado un poco de cara y parecía haberse aficionado a los rayos uva, pues tenía la piel de un deslumbrante tono anaranjado en lugar del amarillo icterico que Blume recordaba. Al parecer, dejar la policía también había liberado al hortera que llevaba dentro. Le colgaban pulseras de las muñecas, le había dado por ponerse anillos en los pulgares y llevaba al cuello una cadena de plata de eslabones planos. Se había esculpido el pelo para que se irguiera como un hirsuto cubo gris sobre su cabeza. Lucía una sudadera blanca sin mangas y con capucha, y sus brazos tatuados sugerían que se entrenaba con pesas. El estilo gimnasio se completaba con unos pantalones pirata con los cordones de los bajos sin atar y colgando sobre sus pantorrillas desnudas.

—Tienes buen aspecto —dijo Blume.

—Gracias. No me va nada mal. Debería haber dejado el cuerpo hace años.

Blume se puso detrás de un hombre de vientre prominente que calzaba chancletas y hablaba en ruso por el móvil. Paoloni se colocó delante del ruso, que interrumpió la conversación, la zanjó con unas pocas palabras y colgó. Un hombre con uniforme de portero acabó de hacer su pedido y Paoloni avanzó hasta el mostrador, pero el ruso lo siguió y le dio una palmadita en el hombro.

—Yo estaba delante —dijo, al tiempo que señalaba con el pulgar hacia atrás.

Al otro lado del mostrador, la camarera miró hacia la cocina en busca de refuerzos.

Paoloni miró al ruso de arriba abajo, le propinó un leve manotazo en el estómago y meneó un dedo en el aire.

—No es la primera vez que vienes al McDonald's, ¿eh? —Dejó que el ruso le pasara delante, se acercó a Blume y dijo—: ¿Qué vas a pedir?

—Algo que no empiece por «Mc», creo.

Paoloni consultó el menú desplegado frente a ellos.

—¿Coca-Cola o Fanta?

—Coca-Cola, por favor.

Mientras se sentaban junto a un ventanal de cristal blindado, Paoloni dijo:

—Esos tíos que crees que te siguen no querrán matarte de paso, ¿verdad? Lo digo más que nada porque ahora mismo somos como dos peces de colores nadando en una pecera iluminada.

Abrió el envase de la hamburguesa, echó las patatas fritas en la tapa y rasgó dos bolsitas de *ketchup*.

Blume le dio un sorbo a la Coca-Cola y negó con la cabeza.

—No, no creo que eso vaya a pasar.

Paoloni cogió al vuelo el disco de carne gris que se había salido del panecillo y, con los dedos rojos de *ketchup*, volvió a meterlo en su sitio.

—Vale, pero lo primero es lo primero. Leporelli, Scariglia... ya está todo arreglado. Hasta he visto personalmente a esos dos imbéciles, y están deseando entregarse. El juez Gesti ha cabreado mucho a la banda de Ostia. Esos dos pringados van a pagar los platos rotos en cuanto entren en la cárcel.

—Eso ya no es de mi incumbencia —repuso Blume—. ¿Dónde están ahora?

—En algún lugar de Casetta Mattei.

—¿No van a resistirse a la autoridad, ni intentar escapar ni nada por el estilo?

—Eso no tendría sentido.

—Lo que hicieron tampoco tiene sentido —replicó Blume—. ¿Por qué suelen ser tan tontos los delincuentes? Hasta los relativamente listos parecen elegir a subnormales perdidos como compinches.

—Eso pasa porque no pueden poner un anuncio para reclutar a gente buena —contestó Paoloni con el aire de quien había pasado algún tiempo reflexionando sobre el particular—. Así que se ven obligados a depender de los lazos de sangre, que no son ninguna garantía de eficiencia, o bien a confiar en la gente que conocen del barrio de toda la vida. Pero, si siguen viviendo en el mismo barrio, lo más probable es que no sean lumbreras que digamos.

—Hablando de gente sin demasiadas luces, ¿has oído hablar del berenjenal en que se ha metido Grattapaglia?

—Sí, me he enterado. Tuvo mala suerte. El caso es que no deja de tener su gracia. ¡Un diplomático, nada menos! ¿Podrías presentarlo como el genio que ha resuelto algún caso gordo, hacerle quedar bien? Es lo único que se me ocurre.

—Lo que más les quita el sueño ahora mismo es ese atracador que ataca a turistas y extranjeros —repuso Blume—. Y la investigación está estancada. No sabrás nada al respecto, ¿verdad?

Paoloni se lamió el *ketchup* del dedo y luego, viendo que aún quedaba un rastro naranja, lo restregó en el tablero de formica de la mesa.

—Qué va. Nada. Lo único que puedo asegurarte es que nadie, y quiero decir

nadie, sabe quién es ese atracador.

—¿Quieres decir que no es del mundillo?

—Esa es la impresión que me da —confirmó Paoloni—. Desde luego, tiene que ser alguien sin antecedentes. Y que además trabaja solo, lo cual es muy raro. Suena más bien como el perfil de un violador. Venga, cuéntame quiénes son esos seres imaginarios que te siguen y por qué lo hacen.

Blume empezó hablando de la investigación por la muerte de Treacy, saltándose la mayor parte de los detalles y centrándose en su reunión con el coronel Farinelli.

—Me suena ese nombre, aunque nunca he coincidido con él —comentó Paoloni—. Sigue.

Blume le contó todo lo que le pareció relevante. Mientras le explicaba que el coronel había grabado la conversación en la que hablaban de repartirse las ganancias por la venta de las pinturas, Paoloni lo interrumpió:

—¿Te lo planteaste en algún momento? Me lo puedes contar, ¿sabes?

—Ya lo sé —repuso Blume. Agitó los cubos de hielo del vaso y luego miró hacia la ventana, que la oscuridad de fuera y la luminosidad de dentro habían convertido en un espejo—. Si pudiera valerme de esas pinturas para coger al coronel y luego encima consiguiera venderlas de algún modo, sacarme un dinerillo... no sé qué haría. En vista del mundo en que nos movemos, me pregunto hasta qué punto sería realmente reprochable. Pero, gracias a los diarios de Treacy, ahora sé que seguramente apenas valen nada, o no lo bastante para justificar el riesgo. Así que la tentación ha desaparecido.

Paoloni asintió con gesto cómplice y se levantó.

—Creo que voy a comerme unos McNuggets y una hamburguesa con queso —anunció.

Al cabo de un minuto estaba de vuelta.

—Dice la camarera que me llamará cuando la comida esté lista. Tampoco le costaría tanto traérmela. No parece que tenga mucho más que hacer ahora mismo, y no hay duda de que el ejercicio le vendría bien. He pedido un Happy Meal. Cuéntame más cosas sobre Treacy y sus diarios.

—Se me ocurre algo mejor —dijo Blume—. Aquí los tienes.

Los deslizó sobre la mesa.

Paoloni se chupó un dedo y, con sumo cuidado, abrió uno de los diarios y le echó un vistazo.

—¿Está escrito en...?

—Inglés —contestó Blume—. Te lo dije.

—Por mí como si es árabe. No esperarás que me los lea, ¿verdad?

—No. Te los doy para que los pongas a buen recaudo.

—Has dicho que el coronel ya tiene una copia. ¿Para qué esconderlos?

—No quiero que me pillen con ellos —repuso Blume.

—Pues no dejes que te pillen.

—No quiero tenerlos. Me dan mala espina.

—¡Alec...! Nunca hubiese dicho que fueras supersticioso.

—No lo soy.

—Así que crees que los diarios traen mala suerte, ¿y por eso quieres que me los quede yo?

—Yo no creo en la mala suerte. Ocurre que no los quiero tener cerca durante una temporada, nada más.

—De acuerdo, pero antes se los leerá tu perro que yo. Así que mejor me cuentas un poco de qué van.

Blume empezó a hablarle de la infancia de Treacy.

Llamaron a Paoloni para que fuera a recoger el Happy Meal y los McNuggets. Cuando volvió, abrió el envase de la hamburguesa, destapó la caja de los nuggets y con un gesto magnánimo invitó a Blume a probar los relucientes trozos de pollo dorado.

—No, gracias —dijo Blume.

Paoloni le dio un bocado a la hamburguesa.

—Esto te lo puedes comer aunque no tengas dientes —dijo. Se limpió la boca con el dorso de la mano, la restregó en la cara inferior de la mesa y añadió—: ¿Qué coño me importa a mí la infancia de Treacy? ¿Qué te importa a ti? ¿Por qué te molestas siquiera en leerlo? —Apartó dos rodajas de pepinillos—. ¿Cuál es la estructura básica?

—Dos de los cuadernos son autobiográficos. El tercero está lleno de información técnica sobre pintura y falsificaciones, agentes fijadores, pinceles de toda clase, una historia de los pigmentos, instrucciones para fabricar papel, pintores famosos, estilos artísticos, fondos, lienzos, carpintería...

—Suenan fascinante. ¿Y dices que era holandés?

—Irlandés.

—Ya, bueno, una isla de esas. Algo te ha llevado a meterte de lleno en la vida de ese tío. No sé qué habrá podido ser. Verlo muerto, quizá. Pero no estás trabajando con lucidez. Y otra cosa: ¿quién es la chavala con la que se supone que estás repasando los diarios?

—La inspectora Mattioli. Entró en el departamento justo antes de que te fueras.

—Sí, creo que sé quién es. Pelo castaño, liso. Buenas tetas. Te mira así. —Paoloni se metió un trozo de pollo rebozado en la boca, inclinó la cabeza hacia abajo y, alzando la vista, le lanzó una mirada exageradamente lasciva.

—Así seguro que no mira.

—Ya sabes a qué me refiero: agacha un poco la cabeza y luego te hace una caída de ojos, como si te estuviera juzgando. Buenas piernas. Se le empieza a pasar el arroz, eso sí. Y bien, ¿qué hay entre vosotros dos?

—Nada.

—Ah, solo vas a su casa a leerle un cuento antes de que se meta en la cama, ¿es

eso?

—Creo que tiene buena intuición —replicó Blume.

—¿Por qué lo dices?

Blume le habló del viaje de Caterina a Pistoia aquella misma mañana, y de lo que había descubierto acerca de Emma y Nightingale.

—No paras de añadir detalles —protestó Paoloni—. ¿Ya está, ya me lo has contado todo?

—Más o menos —replicó Blume.

Decidió que de momento era mejor morderse la lengua en lo tocante a Velázquez.

—Vale, pero hay algo que sigue sin cuadrarme en todo esto. El coronel te va poniendo la zancadilla, y tú a él, pero ambos sabéis que las pinturas no valen gran cosa. Farinelli dice que quiere los cuadernos por los comentarios sobre los agentes Gladio, la operación encubierta de la CIA en los setenta, sus trapicheos con Treacy en el pasado, toda esa movida de agentes secretos. Pero yo no me lo trago. A nadie le importa una mierda todo eso. Andreotti es senador vitalicio, Cossiga logró que le concedieran el mismo título, Berlusconi está en el poder, hay setenta delincuentes declarados culpables sentados en el Parlamento. A nadie le importa un carajo.

—Me olvidaba: en los diarios también se habla de que Nightingale y el coronel tuvieron tratos con la mafia.

—Y ahora me lo cuenta —rezongó Paoloni, volviendo la cabeza como si se dirigiera a los cuatro asientos vacíos del reservado de la derecha.

Mientras Blume se lo explicaba, Paoloni se dedicó a destruir con metódica precisión los envases de cartón que había sobre la mesa. Luego los barrió hacia la bandeja, que dejó sobre la mesa contigua, abolló la cañita dentro del vaso y chasqueó la lengua.

—Insisto: todo eso no son más que chorradas, Alec. Puede que el coronel se enterara de la existencia de los diarios a través de Nightingale, pero si su gran preocupación fuera algún capo siciliano de poca monta al que estafó quince años atrás, sabiendo que has leído los diarios, habría ido directamente a verte, te lo habría comentado y habría intentado comprar o forzar tu silencio. Pero no lo ha hecho. No creo que le importe demasiado. Tal como me lo has contado, me da la impresión de que quería saber qué se decía en los diarios, y que tiene buenos motivos para no querer que salgan del todo a la luz. Pero no parece demasiado preocupado por el hecho de que tú los hayas leído. Puede que la cosa empezara así, pero ahora se han vuelto las tornas. Eres tú el que se preocupa por lo que el coronel pueda llegar a descubrir en los diarios. Hay algo más que no me has dicho, ¿verdad?

Blume vio al ruso caminando como un autómatas en su dirección y se preguntó si los abordaría o pasaría de largo. Podía ser un asesino a sueldo. Podía estar a punto de dispararle a quemarropa. No tenía por qué ser así, pero era una posibilidad.

—Creo que busca algo más en los diarios —dijo Paoloni—. Y creo que, sea lo que sea, tú lo has descubierto.

El ruso de las chancletas avanzó sin detenerse y salió por la puerta.

—No quieres contármelo —dedujo Paoloni. Blume no contestó—. Oye, Alec, somos buenos amigos, ¿verdad?

—Sí, lo somos.

—Entonces no pasa nada. Los amigos no tienen que contarse las cosas si no quieren. Un amigo no es alguien que duda de tu palabra, te atosiga, te sonsaca y te cuestiona. Para eso ya están las esposas. Hay muchas cosas que yo no te cuento.

—No sabes cuánto me alegro de que así sea —repuso Blume.

—¿Lo ves? La amistad se basa en no compartir —continuó Paoloni. Le tendió la mano para que la chocara, cosa que Blume hizo—. Quizá me lo cuentes más adelante, ¿no?

—¿Contarte el qué? —replicó Blume.

—Así me gusta.

Blume se duchaba tras haber dormido cuatro horas cuando su móvil empezó a sonar. Acabó de secarse, pasó la fregona, hizo la cama, y solo entonces cogió el teléfono y pulsó la tecla de rellamada.

Era el inspector Rospo, que hablaba con voz cansina y un tonillo insolente. Le dijo a Blume que a las cinco de la madrugada Leporelli y Scariglia, acompañados por un abogado, se habían presentado en la comisaría de Corviale y confesado un atropello accidental. Su pánico era tal que solo lo superaban los súbitos remordimientos que, según el abogado, los afligían. Ambos habían testificado que era Scariglia el que iba al volante en el momento del atropello.

Aquello había dejado de ser asunto de la policía. En adelante, serían la fiscalía y la defensa quienes tendrían que vérselas entre sí, y a juzgar por los antecedentes, no parecía probable que el fiscal los dejara salirse con la suya.

Rospo también le dijo que estaba listo para que le asignara otro caso. Al parecer, el motivo de la llamada consistía en transmitir a Blume el alcance de sus esfuerzos infructuosos. Blume le dijo que se pusiera a disposición de la inspectora Mattiola para la investigación de los atracos, y colgó.

Enjuagó la fregona y decidió fregar también el suelo de la habitación y del pasillo. Roció el suelo con detergente y fue pasando la fregona y retrocediendo hasta llegar a la cocina. Entonces se dedicó a lavar y guardar los platos y cacharros de su fracasada cena mexicana. Vertió el agua sucia del cubo en el fregadero y luego limpió la cal y la suciedad acumulada en el aluminio con vinagre. Cuando la encimera, los frontales de acero y la nevera quedaron relucientes, abrió la ventana para airear y secar la casa, y de paso comprobar si alguien lo estaba vigilando. Las furgonetas del mercado, aparcadas sin orden ni concierto en la calle, le devolvieron el inocente reflejo de la luz matutina. Frotó la cafetera hasta dejarla resplandeciente, se preparó una buena taza de café Illy y se sentó a tomarlo. La luz del sol iluminaba una irritante huella en la ventana.

Su teléfono volvió a sonar.

—¿Comisario?

Era aquel teniente coronel del Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico de los carabinieri cuyo nombre no le venía a la mente. En su esfuerzo por recordarlo, Blume no atendió a lo que le decía el hombre.

—¿Qué, quién?

—El teniente coronel Nicu Faedda.

—Sí, lo sé. ¿Qué quiere?

Faedda respondió con un silencio ofendido al otro lado de la línea.

Blume dio unos golpecitos con el pulgar en la parte lateral del móvil. Un solo

golpecito un milímetro más a la izquierda, poco más o menos en el botón rojo, era cuanto bastaba para poner fin a la conversación.

—Lo llamo por mera cortesía.

Estirado y susceptible como él solo. Sobre todo tratándose de alguien tan joven. Debía de ser el carácter sardo.

—Hace unas horas han salido del almacén las obras que el coronel había depositado allí.

—¿Quién las ha retirado, el coronel?

—Personalmente, no. Quien las haya sacado es irrelevante. Ha sido un carabiniere que seguramente actuaba de buena fe y sin duda acatando órdenes. Eso es algo que no le concierne y que algún día será objeto de una investigación interna.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Blume, pero ya conocía la respuesta.

Más de una vez había ocurrido algo similar con pruebas policiales. Lo único que hacía falta era alguien con permiso para entrar en el almacén.

—Creo que ha ocurrido durante la retirada de un grupo de bajorrelieves romanos recuperados que... bueno, no importa. El caso es que no están, y han desaparecido menos de un día después de que usted y yo nos reuniéramos. Sospecho que el coronel se enteró de que nos vimos.

Al fin Blume cayó en la cuenta de que aquella información contenía una acusación velada.

—¿Cree que yo se lo dije al coronel? ¿Cree que tengo algo que ver con esto?

Recibió un elocuente silencio por toda respuesta. Blume contó un latido cardíaco, dos, tres, y justo cuando el oficial de los carabinieri tomaba aliento para empezar a hablar, colgó el teléfono.

El mercado de Via Orvieto ya era un hervidero de señoras mayores que compraban pescado y palpaban las verduras. Aunque no era sino una sombra de lo que había sido en tiempos, cuando el pequeño Blume y sus padres habían llegado al barrio, seguía ocupando toda la calle, que los días de mercado permanecía cerrada al tráfico. Se podía aparcar allí la noche anterior, pero en cuanto abría el mercado no había manera de sacar el coche hasta la hora de comer. Así pues, el único punto desde el que alguien podría espiar su piso era la esquina con Via La Spezia. Se dirigió al bar de la esquina, pasando por delante de un Ford Mondeo verde metalizado en cuyo interior había un hombre enfrascado en la lectura de algo. Mientras bebía un cappuccino a sorbos, Blume vio al hombre del coche mordisqueando el bolígrafo y apuntando algo en un librito o revista.

Se dirigió al puesto más cercano a su portal y compró una lubina. La haría a la sal, con un par de patatas hervidas. Quizá hervidas y luego fritas. El pescadero le preguntó si quería que le limpiara el pescado. Blume asintió. ¿Acaso había alguien que se negara? ¿Alguna de aquellas ancianas limpiaba el pescado con sus propias manos para pasar el rato, o le daba alguna utilidad a las tripas, como si fueran menudillos?

El pescado tenía grandes ojos relucientes y escamas brillantes. Se conservaría durante dos días. A lo sumo, tres. Se lo llevó a su piso, lo guardó en la nevera, enderezó los cojines del sofá, pasó una bayeta atrapapolvo de la marca Pledge por encima del piano y el televisor, y luego se marchó.

El hombre del Mondeo seguía allí.

Cuando Blume entró en el piso de Paoloni, el cane corso saltó a sus brazos como una enorme bola feliz, y a punto estuvo de tirarlo al suelo.

Blume llevaba algún tiempo sin pisar aquella casa, pero, pese a que las circunstancias de Paoloni habían mejorado de forma notable, poco había cambiado en ella. Saltaba a la vista que había decidido invertir el dinero en tecnología y no en mobiliario. El sofá anaranjado era el mismo de siempre, y la silla plegable en la que Blume estaba sentado pasaba la mayor parte de su vida en un rincón, apilada junto a las demás. Dominaba la estancia una inmensa pantalla de televisión, y había dos ordenadores portátiles nuevos sobre la mesa.

Blume se sentó y el perro se le acercó y apoyó el gran morro negro en su regazo. Pasó el pulgar por la base del cráneo del animal, ligeramente a contrapelo. Habían pasado dos años desde que se lo había endosado a Paoloni y se había marchado a Estados Unidos para estar con Kristin. La vio, se acostó con ella, habló con ella y luego volvieron a Italia, cada uno por su cuenta. Ella regresó a su trabajo como agregada cultural en la embajada, y él siguió ejerciendo de policía en la Squadra Mobile de Roma. Seguían viéndose de tarde en tarde. La suya era una relación con chispa, pero sin ningún futuro.

Paoloni apagó un cigarrillo en un cenicero negro cuadrado que descansaba en el centro de la mesa y rezaba: «Cortesía del Jolly Hotel Cagliari». Blume recordaba aquel congreso. Tres días aprendiendo cómo trazar mapas de delincuencia y hacer perfiles geográficos. No había estado mal como curso, y además quiso la suerte que aquel domingo tuvieran ocasión de ver a la Roma contra el Cagliari.

Blume le habló del hombre que había visto apostado cerca de su edificio.

—Es un carabinieri, sin duda. Creo que vigilan mi piso, pero no me siguen. ¿Podrías llamar a alguien y pedirle que venga a echar un vistazo? Ya lo sé, es la segunda vez que te pido lo mismo.

Paoloni parecía encantado de la vida, y cogió el teléfono al instante.

—Llamaré a mi primo —reveló—. Ha empezado a trabajar para mí. Treinta y cinco la hora, en negro. Se le da bien, disfruta trabajando y tengo plena confianza en él, siempre que no se trate de dinero.

Blume consultó su reloj. Tenía que ir al despacho.

—¿Y cuánto crees que tardará tu primo?

—Vive aquí enfrente, le llevará unos quince minutos comprobar si alguien nos está vigilando.

—Y llegado el caso, ¿se dedicará a seguir al tío que supuestamente me está siguiendo?

—Sí —confirmó Paoloni—. A no ser que tengas una idea mejor.

Blume sintió que debería tener una idea mejor, pero no se le ocurrió ninguna.

Su móvil empezó a sonar. Era Panebianco, quien no tuvo el menor empacho en preguntarle a Blume dónde estaba.

—Eso es lo que te pregunto yo a ti —replicó este—. No al revés.

—Lo siento, comisario. Es lo que quería saber el questore. Me ha dicho que me pusiera en contacto con usted y le contara las novedades.

—¿Qué novedades?

—Ha habido otro atraco. Ocurrió anoche, a eso de las tres.

—¿Algún otro detalle?

—La víctima resultó ilesa.

—¿Otro extranjero?

—Sí. La inspectora Mattiola ha decidido abordar el caso desde otro ángulo. Dice que anoche averiguó algo con Grattapaglia que le ha hecho replantearse las cosas.

—Llegaré tan pronto como pueda —dijo Blume.

Quince minutos más tarde, el primo de Paoloni llamó para informar de que nadie lo seguía, tal como había supuesto Blume. Dio las gracias a Paoloni y se marchó.

Estaba aparcando en la comisaría cuando Paoloni lo llamó de nuevo para decirle que el tipo que apostado en el exterior de su casa seguía allí, montando guardia y haciendo sudokus. Más lo segundo que lo primero.

—Ya puede hacer sudokus, sabiendo como sabe que no estoy en casa —concluyó Blume—. Dile a tu primo que no pierda el tiempo.

—Deja que me encargue de esto, Alec. Hasta ahora, la vida de mi primo ha sido una total pérdida de tiempo.

Cuando llegó a la comisaría, Caterina estaba en el otro extremo de la habitación, clavando chinchetas en un mapa del Trastevere. Grattapaglia se había sentado cerca de ella, con los brazos cruzados, un gesto homicida en el rostro. Aquella tarde tenía su primera entrevista con el responsable de la investigación interna.

—Intenta sonreír durante la entrevista, sovrintendente —le dijo Blume.

Grattapaglia enseñó los dientes y tensó más los brazos. Parecía un hombre intentando asfixiarse a sí mismo.

—En serio. Te sacaremos de esta. Tú límitate a no intimidar al inspector ni a llevarle la contraria. Sal a dar un paseo, venga. Sé que eso te relaja. Tómate una copa también, si te sirve de ayuda. Intenta distanciarte un poco de todo esto.

Grattapaglia no se movió.

—En realidad, no era una sugerencia —dijo Blume, señalando con el pulgar en dirección a la puerta—. Largo de aquí, sovrintendente. Vuelve cuando te hayas tranquilizado.

Grattapaglia pasó entre ambos a grandes zancadas, ahuyentando a Rospo, que fue a atrincherarse detrás de un escritorio, y abandonó la habitación con gesto airado.

Blume se acercó a Caterina.

—Estoy señalando los puntos en los que se han producido los atracos —le

explicó, y a continuación señaló a Rospo—. El asistente capo lleva un rato ofreciéndome sus críticas constructivas.

—Le he dicho que ya hemos hecho todo esto —intervino Rospo—. Lo único que demuestra es que los atracos se produjeron en el Trastevere, que todos convergen allí y que esa información no nos sirve de nada. Ha sacado todas las chinchetas, no me preguntes por qué, y las ha vuelto a clavar exactamente donde estaban.

—Es un buen modo de captar el patrón general —dijo Caterina clavando otra chincheta en el mapa—. Listos. Creo que ya está, más o menos.

Blume observó las chinchetas, que parecían formar el inicio de una espiral.

—¿Cuántos hay?

—Treinta y siete atracos. Treinta y ocho con el de hoy —informó Caterina—. Estos son de hace veinte meses —añadió, señalando un grupo de siete chinchetas clavadas cerca de la estación ferroviaria del Trastevere—. Estos de aquí coincidieron en el tiempo y el lugar, pero hemos cogido al responsable de dos de estos atracos y estamos bastante seguros de que no guardan relación con los otros.

—Estamos totalmente seguros —precisó Rospo.

—De acuerdo —concedió Caterina, mirando a Rospo al tiempo que asentía—. Esos no están conectados con los demás. Dentro de esta espiral puede haber dos o tres atracos obra de imitadores y oportunistas, o bien atracos corrientes que coincidieron en el tiempo y el espacio, pero si aislamos el hecho de que las víctimas eran extranjeras en su casi totalidad, entonces el patrón...

—Eso ya lo sabemos —protestó Blume.

—Espera —dijo Caterina, recogiendo un listado del escritorio que tenía al lado—. Las víctimas eran... veamos: japonesas, españolas, griegas, alemanas, japonesas otra vez, francesas, japonesas de nuevo, chinas, francesas otra vez, suizas, austríacas, eslovenas, irlandesas, belgas, japonesas, japonesas... y así sucesivamente. Pero al llegar al número veintitrés nos encontramos con un italiano, un hombre de negocios de Milán. Es algo que rompe el patrón, pero apunta hacia otro. Aparte de hallarse en esa zona y a esa hora de la noche, el hombre de negocios milanés, un tal Natale Rosa, se alojaba en el hotel Noantri.

—Eso también lo hemos comprobado —dijo Blume—. Dos de cada tres víctimas, aproximadamente, se alojaban en ese hotel, que es el más grande de la zona con diferencia, así que tampoco resulta tan sorprendente.

—Cierto —confirmó Caterina—, y hemos contemplado la posibilidad de que hubiese algún empleado del hotel involucrado en los atracos.

—Nunca hemos llegado a descartar esa posibilidad —repuso Blume—. Pero los atracos parecen bastante aleatorios. Su otra principal característica es que el atracador actúa solo, lo que es bastante raro, y que muchos de los testigos dicen que los amenazó con un cuchillo enorme. Si no recuerdo mal, uno o dos mencionaron incluso la palabra espada o sable.

—He encontrado otra anomalía —anunció Caterina—. Hay algo que no cuadra en

la proporción de las nacionalidades de las víctimas.

—Treinta y ocho son muchos atracos —señaló Blume—, pero desde el punto de vista estadístico es un número irrisorio. No se puede deducir gran cosa de una cifra tan pequeña.

—Lo sé... pero...

—¿Pero?

—¿Dónde están todos los alemanes, holandeses e ingleses? He consultado las estadísticas de turismo en la Cámara de Comercio de Roma. Los alemanes, holandeses, franceses e ingleses son los que más visitan la ciudad. Los estadounidenses salen un poco más abajo en la lista, pero aun así son más numerosos que los españoles y los japoneses. Pero no hay una sola víctima holandesa, ni estadounidense, y solo una inglesa. En cambio, hay una clara preponderancia de los japoneses y unos pocos españoles. ¿Por qué?

—Quizá porque los japoneses son unos taponés —soltó Rospo con una risotada.

—Tienes razón —confirmó Caterina—. Eso es exactamente lo que pensé yo.

Rospo dejó de reír y por unos instantes se enderezó en el asiento, satisfecho de sí mismo.

—Eso era antes —discrepó Blume—. Las generaciones anteriores eran de baja estatura, y por eso tendemos a imaginarlos así, pero los japoneses jóvenes son tan altos como el que más.

—Los holandeses son los más altos del mundo —apuntó Caterina—. Cuando vi que no había víctimas estadounidenses, busqué ese dato, pero resulta que los holandeses son más altos todavía. Y el dato es más significativo aún teniendo en cuenta que hay más turistas holandeses que estadounidenses en Roma, pero ni uno entre las víctimas del atracador.

—¿De verdad estás intentando elaborar una teoría a partir de eso? —preguntó Blume.

—No, en realidad, no —contestó Caterina—. Pero me hizo pensar en la estatura de las víctimas, y eso me llevó a pensar en su edad. He comprobado los perfiles, y resulta que la media de edad de las víctimas es de cincuenta y cinco años. Lo que, en el caso de los japoneses, los devuelve a la categoría de personas de baja estatura.

—Básicamente, lo que estás diciendo es que el atracador ataca a personas mayores —intervino Rospo.

—Sí —asintió Caterina—. Eso es lo único que estoy diciendo. Gente baja, mayor, frágil. No es que sea gran cosa, pero sí revela una especie de patrón, y no se había incluido en ninguno de los informes hasta ahora.

—Lástima que no nos sirva de una mier...

Rospo se mordió la lengua al percatarse de la mirada fulminante de Blume.

—De acuerdo, veamos: por lo general, un atracador es un bravucón —señaló Blume—, y en ese sentido este sigue la norma: elige a gente mayor y de baja estatura. Al ser turistas no se orientan demasiado bien y es más probable que lleven encima

bienes valiosos. Creo que hasta ahí hemos llegado, inspectora, aunque el patrón no se haya mencionado de forma explícita.

—De acuerdo. Tenemos a un atracador que elige a gente mayor porque es más vulnerable. También tiende a llevar más cosas encima. Pues bien, he consultado la lista de objetos robados —reveló Caterina—, y el atracador se ha llevado sobre todo dinero, pero también hay tres pulseras de plata, colgantes, un collar valioso, un reloj de precio astronómico, pendientes de diamantes, una pluma de oro, cámaras de fotos y de vídeo, una cruz de plata, etcétera. Luego volveré sobre esta última, porque hay un detalle interesante que os quiero comentar. Cuando aumentó la presión para coger al atracador, hicimos cuanto estaba en nuestras manos por averiguar el paradero de esos objetos. Grattapaglia, tú mismo, Rospo, las patrullas, los vigili urbani, los de delitos financieros y hasta los carabinieri estabais ojo avizor, y sin embargo nadie localizó uno solo de esos objetos. Paralelamente, también sabemos casi con total seguridad que nadie en la calle sabe siquiera quién es esta persona, ¿cierto, Davide?

—Sí, da la impresión de que se trata de un recién llegado o alguien ajeno al mundillo de la delincuencia —concedió Rospo, contrariado por tener que darle la razón—. Y los de delitos financieros también han revisado los anuncios de eBay, Craigslist y sitios similares, y no ha salido a la venta ninguno de los bienes robados.

—La pregunta es: ¿cómo se deshace el atracador de todas esas cosas? —dijo Caterina—. No ha comerciado con ellas. Podríamos dar por sentado que es endemoniadamente listo, pero si lo fuera no se ganaría la vida atracando a la gente.

—Así que se queda los objetos robados —concluyó Blume—. Como trofeos o algo por el estilo.

—Lo que significa que tiene otra razón para atracar a los turistas.

—Podría tratarse de alguien que sencillamente los odia —aventuró Rospo—, como yo.

Esta vez no se percató de la mirada de Blume y se permitió una buena carcajada.

—Odia a los turistas —sentenció Caterina—. No tiene antecedentes, nadie lo conoce en el mundillo, no necesita dinero, trabaja solo y es posible que también sea de baja estatura. Atípico.

—El juez de instrucción debería haber averiguado todo esto —protestó Rospo.

—Para él no se trata de una prioridad —replicó Blume—. Para nosotros, sí. Adelante, inspectora.

—De acuerdo. He revisado las declaraciones policiales de las víctimas. Digamos que se podría haber hecho un mejor trabajo por lo que se refiere a anotar detalles o apuntar cosas básicas como los nombres y apellidos, la hora a la que se produjo el atraco, la dirección postal en el país de origen... Y, por cierto, tenemos intérpretes en el cuerpo de policía, no sé si lo sabéis.

—Nos tomas por el Departamento de Inmigración, inspectora. Yo jamás he encontrado a un traductor ni a un intérprete. Pero sigue.

—Pese a todo, tenemos diecisiete descripciones bastante completas de los atracos.

En ninguna de ellas se dice que el atracador parecía una persona mayor o más baja de lo habitual, pero en todas se afirma que era difícil verle el rostro bajo la capucha del chándal y en la oscuridad. Cuatro de los testigos mencionan que era bajo, pero los demás no dicen nada al respecto —señaló Caterina—. Aquellos a los que se les preguntó si trabajaba solo contestaron que sí, excepto una mujer suiza que no estaba segura.

—Tampoco es que nos sirva de gran cosa todo eso —apuntó Rospo.

—¿Qué decías sobre la cruz de plata que robaron a una de las víctimas? —preguntó Blume.

—Sí. Eso es interesante. Hará cosa de un año, atracaron a un español llamado José María Carvalho, que denunció el robo de una cruz de plata sumamente valiosa, «de profundísimo valor religioso y simbólico». Carvalho había acudido al hotel para asistir a una conferencia, pero de hecho vive en el Trastevere. Trabaja como diplomático ante la Santa Sede.

—¿Ese Carvalho? ¿El tío al que Grattapaglia golpeó? —preguntó Blume.

Caterina asintió.

—Así que ya no tenía a la policía en gran estima, puesto que nunca encontramos su cruz de plata. Ahora fijaos en esto. —Caterina cogió un pliego de hojas mal impresas—. Es el *Pigna*, un boletín informativo local que sale de vez en cuando.

Blume asintió. Él tampoco se lo perdía. Las noticias locales siempre eran interesantes, y cuanto más locales, mejor.

—Si miráis las cartas de los lectores, veréis que hay tres nuevas aportaciones al debate sobre el nuevo hotel, el que ocupa el centro de la espiral en nuestro tablón, el lugar en el que se alojaban veintidós de las treinta y ocho víctimas. El debate tiene que ver con lo que algunas voces consideran la degradación de los edificios históricos y el desprecio hacia el patrimonio arquitectónico de la zona.

Rospo parecía no tener ni idea de todo aquello, pero Blume había seguido la polémica. Se acusaba a la cadena de hoteles de no haber respetado la singularidad arquitectónica de una serie de edificios del siglo XVIII. Concretamente, de haber derribado viejos muros y, lo peor de todo, de haber levantado una nueva planta que tapaba la luz del sol a los edificios vecinos. Los firmantes de las cartas parecían saber mucho sobre las leyes que regían los permisos de obras y las directivas municipales, pero nada sobre concisión.

—Si lees estas cartas o sigues el debate en la sección de noticias locales de *Il Messaggero*, no tardarás en toparte con el líder de la campaña en contra del hotel: Alfonso Corsi. Es un hombre amargado. Un aristócrata venido a menos cuya familia se ha dedicado a vender propiedades en la zona desde que se acabó la guerra.

—¿Crees que es el atracador? —preguntó Rospo, y en su tono de voz el escepticismo dio paso a la sorna.

—Tiene ochenta y dos años —repuso Caterina—, pero aun así su pongo que valdría la pena ir a hablar con él.

—Es mucho suponer —replicó Blume.

—Hay algo más —añadió Caterina—: Leporelli y Scariglia.

—Eso dos cretinos se han entregado esta mañana —dijo Ropso—. Esperemos que les den su merecido en Rebibbia.

—De eso puedes estar seguro —apuntó Blume—. Inspectora, ¿qué tienen que ver esos dos con el atracador?

—Ninguna que se me ocurra —repuso Caterina—, pero en su expediente hay una lista, corta por desgracia, con los nombres de las personas que alzaron la voz para protestar contra sus prácticas mafiosas. Hay un caso en particular que llama la atención. Hace tres años se inauguró un hotel Corsi en el Trastevere. Era una casa aristocrática particular, y sus propietarios decidieron habilitarla como pensión turística. No pidieron los permisos necesarios, o por lo menos no todos, pero pusieron en marcha el negocio de todos modos, y poco después se presentaron esos dos buitres exigiendo dinero a cambio de protección. Los Corsi, padre e hijo, acudieron directamente a nosotros y denunciaron a los aspirantes a mafiosos. No se hizo nada.

—Ya, bueno... —dijo Ropso.

—Y entonces, dos meses después, se declaró un misterioso incendio en el hotel Corsi. No fue nada grave, una pared ennegrecida y poco más, pero tanto los vigili urbani como los bomberos inspeccionaron el local, hallaron cerca de ochenta infracciones en materia sanitaria y de seguridad, y cerraron el hotel justo después. Nunca volvió a abrir. He ido tirando de la madeja, y resulta que Agnolo Corsi...

—¿Agnolo? —interrumpió Ropso—. Debe de ser el nombre más gay que he oído en mi vida.

Caterina sonrió.

—Al parecer, el pobre hombre se llama así. Agnolo Corsi presentó una denuncia en la que acusaba a Leporelli y Scariglia de trabajar para la cadena de hoteles Hudson & Martinetti, propietaria del hotel Noantri, que es donde se hospedan la mayor parte de las víctimas del atracador. Los de Hudson & Martinetti lo demandaron por difamación, y el caso está pendiente de juicio. El juez encargado de estudiar la denuncia de Corsi escribió al respecto que consideraba las imputaciones «harto improbables» y «delirantes», que lo son, dicho sea de paso. Unos meses más tarde se produjo el primer atraco, y la víctima era un huésped del hotel Noantri.

—Es mentira que Leporelli y Scariglia estuvieran trabajando para la cadena Hudson & Martinetti —señaló Ropso.

—No lo dudo —repuso Caterina—. Pero no deja de ser interesante que Corsi lo afirmara.

—Es una extraña... —empezó Blume, pero se interrumpió porque su móvil empezó a sonar.

Se disculpó para contestar, alejándose de Caterina y Ropso en dirección a su despacho. Era Paoloni, y parecía muy satisfecho consigo mismo.

—He pensado que te gustaría saberlo —anunció—. Dos hombres acaban de

entrar en tu piso.

Cuando Blume se llevó el móvil a la oreja y se alejó con aire ausente hacia el despacho dejando la frase a medio acabar, y Rospo, molesto por haber quedado en evidencia ante Caterina por la mañana, volvió a su escritorio encogiéndose de hombros, esta hubo de hacer un gran esfuerzo por disimular la decepción y la ira.

Decidió esperar que Blume saliera del despacho y la aconsejara respecto al siguiente paso que debía dar. Pero cuando este salió lo hizo precipitadamente, cruzó el centro de operaciones como una exhalación y desapareció por el pasillo.

Caterina empezó a preparar un enfoque investigativo, y se preguntaba qué tarea podía asignar a Rospo que este no considerara denigrante y a la vez pudiera hacer razonablemente bien cuando recibió una llamada de abajo. Al parecer, había dos mujeres que preguntaban por ella: Emma y Angela Solazzi.

Blume la había apartado del caso de forma explícita, pero Caterina sabía que aquello le interesaría sin la menor duda. Su mano planeó sobre el teléfono, pero no llamó a nadie. Puesto que él no tenía inconveniente en marcharse a media conversación sin decirle adónde iba, y las mujeres habían preguntado por ella, no por él, Caterina ordenó que las hicieran pasar a la sala de interrogatorios.

Madre e hija, que se parecían en la forma de la nariz y en la postura, pero poco más, estaban sentadas una junto a la otra en un extremo de la mesa cuando Caterina entró en la estancia.

—He pensado que entrevistándonos a la vez mataría usted dos pájaros de un tiro —dijo Emma Solazzi.

—¿Se puede fumar aquí dentro? —preguntó Angela—. Estoy nerviosa.

—Nadie le ha pedido que viniera —repuso Caterina—. Y no, no se puede fumar.

—El tabaco me ha dado estas patas de gallo alrededor de los ojos, y seguramente tengo cáncer de algo, pero me gusta esta voz ronca. —Y, con su voz ronca, añadió—: Quería aclarar unas cuantas cosas sobre John Nightingale. Y también sobre Henry Treacy.

Caterina desvió la mirada hacia Emma.

—¿Y tú?

—He venido para escuchar lo que tiene que decir mi madre.

Caterina echó un vistazo al reloj a modo de aviso.

—De acuerdo, pero que sea breve. Tengo otros asuntos que atender. ¿Qué clase de persona es John Nightingale, Emma?

El hecho de que se lo preguntara a Emma sumió a madre e hija en el desconcierto durante unos instantes. Luego Emma se encogió de hombros y dijo:

—Es una persona bastante decente, supongo. Caballeroso. Generoso. Un poco... ¿insulso? Apenas lo conozco. Pregúnteselo a ella, que fue quien se acostó con él.

—Es cierto —confirmó la madre, asintiendo—. John es muy insulso, lo que en su caso tiene más ventajas que inconvenientes. Es un rasgo que he llegado a valorar en las personas. La gente desapasionada es más segura, más fiable, menos violenta. Por eso he venido, básicamente. Quería decirle que John Nightingale no es un hombre violento. Es imposible que tuviera algo que ver con la muerte de Henry Treacy.

—¿Quién ha dicho lo contrario?

—Nadie —repuso Angela—. Pero sé que si están ustedes haciendo averiguaciones sobre su muerte, seguro que surgirá como una posible línea de investigación. John no sería capaz de matar una mosca. El que era peligroso era Henry.

—¿También mantuvo usted una relación amorosa con Henry?

—Sí, por supuesto. Creía que eso estaba claro. —Angela parecía sorprendida, y su hija abochornada—. ¿No han estado ustedes investigando? Yo trabajaba para ambos, igual que Emma ahora. Henry era mi... Emma, como sigas apartándote de mí, te vas a caer de la silla.

—No me siento demasiado cómoda con lo que cuentas. Es normal —replicó Emma.

—Por supuesto, cariño. Pero Henry era mi amante. Hala, ya está. No suena tan mal, ahora que lo he dicho. Henry entró en mi vida mucho antes que Nightingale, y era... bueno, él era Henry, y John solo era John. Pero tuve que alejarme de Henry.

—¿Era violento? —preguntó Caterina.

—Era un fuego voraz que quemaba cuanto tenía cerca. Literalmente. Mire.

Angela se remangó la manga de la rebeca de cachemir, descubriendo una larga cicatriz blanca que le culebreaba por el antebrazo, ramificándose a medida que subía.

—Me llega hasta la clavícula y baja hasta el pecho. Ahora no tiene muy mal aspecto, pero durante años, cuando me ponía morena, esta parte de la piel se empecinaba en seguir pálida, como una serpiente blanca.

—¿Se lo hizo Treacy?

—De forma accidental. Un chorro de aceite de linaza ardiendo. Sacó un cucharón de la olla, se le fue de la mano y yo estaba justo detrás. Levanté el brazo para protegerme el rostro. Henry estaba borracho.

—Por favor, mamá —protestó Emma.

—¿Qué? Lo estaba.

—Es evidente que estabas desnuda. De lo contrario, no te hubiese quemado el pecho. No tenía ninguna necesidad de imaginarme la escena.

—Eso fue accidental —replicó Caterina—. Al parecer, también se quemó a sí mismo en más de una ocasión. ¿Alguna vez le hizo daño de forma deliberada?

—Sí, claro. Me pegó en la boca dos veces. Una vez me golpeó en el hombro con tanta fuerza que tardé semanas en poder levantar el brazo. Se disculpó por haberme pegado en la boca, pero nunca se lomó en serio aquel puñetazo en el hombro... En cierta ocasión me arrojó una botella, pero falló a propósito, o eso quiero creer.

—¿Cuántas escenas de esas aguantó antes de dejarlo?

—Ya lo había dejado cuando me tiró la botella. Por eso me la tiró, de hecho.

—¿Desde cuándo conoces a Henry Treacy?

—Desde 1974 —contestó Angela.

—Perdone, me refería a Emma —dijo Caterina.

—¿Yo? Desde que entré a trabajar en la Galleria Orpiment. Hace tres años.

—¿Y sabías todo esto?

—Bueno, más o menos.

—Se lo advertí —intervino Angela—. Le advertí que no le diera ninguna confianza a Henry, pero ninguna. Le conté parte de la historia, sin entrar en detalles escabrosos. No quería que se llevara una imagen demasiado negativa de él. Aun así, le dije que no revelara su identidad, que se anduviera con mucho ojo y que nunca, jamás, se fuera de copas con él.

—¿Y qué pensaste cuando viste al hombre que había hecho tanto daño a tu madre?

—No lo sé. No era como me lo esperaba. Era mucho mayor. Sabía que habría envejecido, pero cuando lo tuve delante no podía creerme que se tratara de la misma persona. Me había hecho una imagen de él a partir de una foto que mi madre me había enseñado unas pocas veces a lo largo de los años. Entonces era joven, y también guapo. Como en ese autorretrato que hay colgado en su despacho de la galería. Yo veía a aquel carcamal allí sentado, con el retrato de un Adonis rubio a su espalda, y era como si el joven se hubiese marchado y Henry fuera su padre, allí sentado, envejeciendo, esperando a su hijo. A veces casi llegaba a creer que algún día aparecería por la puerta.

—¿Y qué tal se portaba contigo?

—Era encantador —dijo Emma, sin poder evitar estremecerse.

—Espera, ¿qué entiendes por «encantador»?

—Era zalamero, tenía mucha labia. Siempre decía cosas que... como si estuviera diciendo otra cosa. No es que jugara con palabras de doble sentido, sino más bien que decía lo contrario de lo que quería decir. Ironizaba a todas horas. Por ejemplo, solía decirme que yo era un murciélago feo capaz de «asustar a los caballos», una expresión rara que solo le he oído a él, y yo sabía que lo decía como un cumplido. Si me compraba un vestido nuevo, me preguntaba en qué vertedero lo había encontrado, qué le pasaba a mi pelo, por qué había nacido bizca, paticorta... Pero se notaba que quería decir todo lo contrario, y si me sentía un poco triste lo captaba enseguida y ese día se abstenía de hacer bromas. Podía llegar a ser muy gracioso.

—¿Y nunca sospechó que eras hija de Nightingale? ¿Nunca hizo ninguna referencia a tu madre, ni a él?

—No. No tenía ni idea.

—Emma, ¿estás segura de que Henry Treacy no sabía quién eres? ¿Absolutamente segura, sin sombra de duda?

Por el rabillo del ojo, Caterina vio a Angela toqueteándose la cicatriz.

—No veo qué tiene eso de tan importante —contestó Emma.

—Pues la verdad —dijo Caterina, abarcando con la mirada también a Angela—, yo tampoco, fuisteis vosotras las que os conchabasteis para ocultárselo a Henry Treacy, que por entonces era un hombre mayor y ya había dejado de ser su pareja, Angela, muchos años atrás, décadas tal vez. Vosotras os empeñasteis en ocultarlo. Vosotras decidisteis que era tan importante hacerlo, y ahora habéis creído oportuno venir a contármelo.

—Tampoco es que tuviera un fuerte vínculo paternal con Nightingale —apuntó Emma—. Era más como un padrino o un tío abuelo. No me costaba fingir que no lo conocía, porque en realidad no fingía.

Caterina se volvió hacia Angela.

—Me ha preguntado si podía fumar. Pues bien, ahora tiene ocasión de hacerlo. Hay una máquina expendedora de café en la segunda planta, al final del pasillo, y luego un pequeño balcón con buenas vistas a la Galleria Pamphili. Si alguien le pregunta qué hace allí, diga que yo la he enviado.

—¿Debo preocuparme por mi hija?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque quiere usted hablar con ella a solas. ¿Se ha metido en algún lío?

—Fúmesese dos cigarrillos, con una pausa de unos cinco minutos entre ambos, y luego vuelva.

Angela cogió el paquete de tabaco del bolso, y sacó un elegante encendedor de plata.

—Dejo el bolso aquí.

—Perfecto.

Cuando Angela salió de la habitación, Caterina se volvió hacia Emma.

—Has dicho que Treacy podía ser gracioso. ¿Cuándo ocurría eso?

—Cuando empezaba a beber. Antes de emborracharse.

—¿Bebía mientras trabajaba?

—No. Apenas pisaba la galería.

—Y entonces, ¿cuándo lo veías beber?

Emma vaciló unos segundos antes de descartar la posibilidad de negar la mayor.

—Salí algunas veces con él por la noche.

—Justo lo contrario de lo que tu madre te había dicho que hicieras.

—Mi madre es demasiado protectora. Cree que sigo siendo una niña.

—Cosa que no eres, claro está —repuso Caterina—. ¿Salíais los dos solos?

—No, no. Con Pietro. Es algo así como un novio.

—¿Algo así como un novio de quién?

—De acuerdo, era mi novio.

—¿Cómo te llamaba?

—Me da un poco de vergüenza decírselo... A veces me llamaba su pequeña...

—¡No en ese sentido! Me refiero al nombre de pila.

—¡Ah! —repuso Emma, ruborizándose—. Me llamaba Manuela. La verdad es que me he acostumbrado a ese nombre.

—No te merecía demasiada confianza, si ni siquiera le dijiste tu verdadero nombre.

—Sí que confiaba en él.

—Pero no lo creías capaz de guardar un secreto.

Emma se mordió el labio.

—Bueno, creo que le gustaba. Todavía le gusto, por cierto. Y mucho.

—¿Siempre os acompañaba Pietro cuando salías con Treacy?

—Casi siempre. Aunque tampoco es que saliéramos juntos muy a menudo. Cuando lo hacíamos, íbamos al bar San Callisto. Nos tomábamos una o dos copas y luego nos íbamos, y Treacy se quedaba. Treacy era divertido. Lo bueno de él es que sabía muchísimo y había conocido a un montón de famosos: Woody Allen, De Chirico, Francis Bacon, Samuel Beckett, Mitterrand, Gore Vidal, Mick Jagger, Harold Pinter, Charles Saatchi, Van Morrison, Damien Hirst, Gigi Proietti, Christian De Sica, la familia Pamphili al completo, Patricia Highsmith y hasta a George Clooney, que es seguramente el único de todos ellos que sigue vivo.

—Así que disfrutabas de su compañía.

—Era bastante guay, para ser un vejestorio. Lo admiraba.

—Sabes que no era tan mayor. Sigues insistiendo en lo viejo que era. A lo mejor es porque estaba enfermo.

Emma la miró sin comprender a qué se refería.

—Olvídalo. ¿Estuviste con él la noche en que lo mataron?

—La noche en que murió, querrá decir. No, pero sabía que acabaría preguntándomelo.

—¿Por qué?

—Porque le caigo mal.

—Eso es rotundamente falso, pero no tengo el menor interés en persuadirte de ello. ¿Dónde estabas aquella noche?

—En casa, con Pietro.

—Así que él es tu coartada.

—Sí.

—¿Te importaría darme su número de teléfono?

Emma se encogió de hombros con lo que a Caterina le pareció afectada indiferencia.

—Claro —dijo.

—Ahora —insistió Caterina.

—No me lo sé de memoria.

—Lo tendrás en la agenda del móvil, imagino.

—Ah, sí, claro.

Emma cogió el teléfono, lo abrió deslizando la tapa del aparato y pulsó las teclas con una uña lacada de color claro. Leyó el número en voz alta para que Caterina lo apuntara.

—Gracias —dijo la inspectora.

—No hay de qué.

—¿Me prestas tu teléfono un momento?

—¿Para qué?

—Solo quiero comprobar el número. —Emma deslizó el teléfono sobre la mesa, haciéndolo girar con brusquedad, pero Caterina lo cogió—. ¿Lo tienes guardado por Pietro o por su apellido? ¿Cuál es, por cierto?

—Quaglia.

—Vamos allá. —Caterina frunció los labios, miró su cuaderno de notas y luego la pantalla del móvil—. Al parecer has invertido los últimos dos dígitos. Acaba en 37, no en 73 —dijo.

—O se ha equivocado usted al apuntarlo.

—Estoy bastante segura de que lo he apuntado exactamente como me lo has cantado tú —replicó Caterina.

—Bueno, soy prácticamente disléxica —repuso Emma—. A veces me pasa. Puede preguntárselo a mi madre.

—Voy a llamar a este tal Pietro, lo sabes, ¿verdad?

—Sé que lo hará.

—¿Cómo es?

—Ya lo verá —replicó Emma—. Pietro besa el suelo que piso.

—Tú no eres la clase de mujer que se deja pisotear por los hombres —apuntó Caterina—, a diferencia de tu madre.

—Eso era antes, pero ha aprendido de sus propios errores. Ningún hombre volverá a hacerle daño. Me enseñó que la mejor defensa es un buen ataque. Me dijo que si la vida volvía a darle otra oportunidad, eso es lo que haría, ser la primera en golpear.

—¿Conserva fotos de Treacy?

—Un puñado de fotos, sí. Donde no las viera John. No porque le tuviera miedo, sino para no herir sus sentimientos.

—¿Algún otro recuerdo?

—Bueno, en las paredes hay algunas imitaciones de los Viejos Maestros hechas por él. Llevan su firma, así que no intentaba hacerlas pasar por obras auténticas. Siempre han estado allí. Y luego hay otro cuadro que mi madre tiene en su dormitorio. Es el más importante de todos, con diferencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando llegó me lo dijo enseguida, y estaba muy contenta, pero luego le entró el pánico y me pidió que no se lo contara a nadie, como si fuera un gran secreto. Si no me hubiese comentado nada, ni siquiera lo recordaría.

—No quería que se lo contaras a Nightingale.

—Supongo. Pero Nightingale tampoco venía a visitarnos muy a menudo. Lo habré visto en nuestra casa unas seis veces en veinte años. Sé que solían quedar en su piso de Roma, pero eso también ocurría de forma muy esporádica.

—¿Qué aparece en el cuadro de Treacy?

—No es más que un paisaje. Un parque, una fuente, unos pocos árboles. Nada del otro mundo. Como un divertimento dominical. Cuesta imaginar siquiera que lo pintara él. No debió de llevarle más de cinco minutos.

—Y sin embargo tu madre lo conserva en su habitación.

—Sí. Ella también reconoce que no vale nada. Dice que es la intención lo que cuenta. Treacy se lo envió un día, con una carta en la que se declaraba arrepentido y aseguraba que jamás volvería a ponerle la mano encima.

—¿Volvió a hacerlo?

—¡Yo qué sé! No lo creo.

Alguien llamó a la puerta suavemente, y Angela asomó la cabeza.

—Solo se ha fumado un cigarrillo —apuntó Caterina—. Pero no pasa nada. Creo que ya hemos terminado. Por ahora.

Mientras abandonaba la sala de interrogatorios, Caterina llamó al novio de Emma. Lo más probable era que ya se hubiesen puesto de acuerdo, pero no tenía sentido darle a Emma otra oportunidad para buscarse una coartada. La voz que contestó le recordó enseguida a la de Elia. Era una voz que pretendía sonar áspera y desde luego era más grave que la de su hijo, pero conservaba la curiosidad y la expectación propias de una persona joven. Caterina se identificó, le ordenó que se presentara en la comisaría de inmediato y, antes de que él pudiera preguntarle por qué o ni tan solo pensar en negarse a hacerlo, exigió saber cuánto tiempo tardaría en llegar.

El chico vaciló y dijo que tenía una conferencia a la que asistir.

—Pues sáltatela —ordenó—. ¿Estás en la universidad ahora mismo?

—Sí, en la Facultad de Ingeniería.

—Entonces no tardarás más de media hora. No me hagas esperar. Pregunta por mí abajo, en recepción, y te harán subir a la primera planta. Inspectora Mattiola. Mattiola, sí. Eso te lo diré cuando llegues.

Pulsó el botón del ascensor y al abrirse las puertas se topó con Grattapaglia.

—¿Qué tal el paseo?

—No me ha venido mal. Pero no me he tomado ninguna copa. El alcohol no me sienta bien. Hasta un Campari me pone de mala uva.

—¿Has probado alguna técnica de control de la ira?

—Sí, y no me ha funcionado.

Salieron del ascensor y se dirigieron al centro de operaciones, que estaba desierto. La ausencia de Rospo era normal y bienvenida, pero Caterina se sorprendió de que Panebianco tampoco estuviera allí. Grattapaglia arrastró los pies hasta su escritorio.

Caterina trató de animarlo.

—No despejes el escritorio. A lo mejor no te suspenden.

—La suspensión de diez días entra en vigor de forma automática a partir del momento en que se celebra la primera reunión con el responsable de asuntos internos, y eso ocurrirá hoy. La duda es si me suspenden también de sueldo o no, y lo que pasará después.

—Ah. —Caterina debió de imaginárselo—. A lo mejor vuelves de aquí a diez días.

—Claro.

Grattapaglia abrió un cajón y vació cientos de grapas y gomas elásticas de colores en una bolsa.

—Estás llenando la bolsa con gomas elásticas.

—Pues denúnciame.

—Puede que tenga una pista sobre el atracador —reveló Caterina—. Aunque sea

un poco traída por los pelos.

—¿Ah, sí? —Caterina se fijó en la vena del cuello de Grattapaglia, que empezaba a latir y a hincharse—. Pues me parece que no voy a poder ayudarte con eso. Me van a suspender, ¿sabes? Y todo porque cierta inspectora no...

—¿No qué, sovrintendente? ¿No te cambió la personalidad? ¿No calmó tu ira a tiempo? ¿Necesitas que te vigile, que te haga de madre, es eso?

Grattapaglia avanzó un paso en su dirección con ademán amenazador, y Caterina también avanzó hacia él.

—¿Sabes cuál es el secreto para no enfadarse? —le espetó mientras él retrocedía, sorprendido por su reacción—. No enfadarse.

—Muy útil. ¿Te enseñaron eso en algún curso de control de la ira?

—Yo nunca he ido a ningún curso de esos, imbécil. Lo he aprendido yo solita. Escucha, la mitad de las veces que te cabreas seguramente tienes un buen motivo para hacerlo, y la otra mitad no. O elige la proporción que te guste. Pongamos que el noventa y nueve por ciento de las veces que te enfadas tienes más razón que un santo. ¿Y qué ocurre? Que por lo general crees que tienes no solo el derecho sino también la obligación de enfadarte, como si fuera inevitable. Pero no lo es. La próxima vez que pase algo que te ponga de los nervios, no hagas nada. No te molestes. No te enfades. Tienes razón, el mundo ha sido injusto contigo, al igual que con los mineros atrapados, los niños que se mueren de hambre, las víctimas de accidentes de tráfico y de las bombas, la gente que se ve arrastrada por las inundaciones, o consumida por las llamas mientras duerme, las mujeres violadas por soldados. Con la diferencia de que seguramente en tu caso esa injusticia ha sido un poquito menos sangrante. Pues cágate en las injusticias. Ni siquiera te estoy pidiendo que dejes de odiar. Puedes reservar el odio para más adelante. Pero no vuelvas a cometer una injusticia contigo mismo. No te estoy dando lecciones morales, sino un consejo basado en el sentido común. Enfadarse es como intentar curar una quemadura quemándote otra vez exactamente en el mismo punto. Una estupidez.

—¿Me estás llamando estúpido?

—No era mi intención, pero me estás dando motivos para hacerlo. Ve a esa entrevista. Odia al inspector, odia las preguntas, odia toda esta injusticia, a mí, al español, a Blume, al questore... Tienes razón, de acuerdo. Sientes que la ira te consume por dentro, de acuerdo. Pero no consientas que ese sentimiento se transforme en acción, no lo hagas tuyo.

—¿Y exactamente por qué te consideras una experta en el tema?

—Porque soy mujer y trabajo en la policía. Mal pagada, infravalorada, explotada. Porque perdí a mi marido por culpa de un conductor negligente y homicida al que ni siquiera retiraron el carnet y porque tengo una madre que desapruueba el modo en que estoy criando al que considera su nieto antes que hijo mío. Porque me hago mayor, empiezo a cansarme de todo esto y encima me llueven los palos. Ruido, suciedad e ignorancia, eso es lo que encuentro cuando salgo a la calle, y cuando entro aquí todo

es violencia, desprecio y mezquindad. ¿Quieres que siga?

—No. Ya entiendo a qué te refieres.

—Vaya. Puede que al final no seas estúpido.

Grattapaglia sonrió.

—Nadie del cuerpo ha osado jamás llamarme estúpido. A no ser el comisario, que antes o después se lo dice a todo el mundo. Pero tienes razón. Soy un perfecto imbécil.

—La ira nos empuja a hacer tonterías. Toma el control de nuestras acciones antes incluso de que nos demos cuenta de que está ahí.

—Lo has descrito a la perfección —dijo Grattapaglia—. No la veo venir, hasta que de pronto... ¡pam!

—Y érase una vez un diplomático español.

—Bueno, en realidad hicieron falta tres golpes.

—Tampoco te vayas al extremo de empezar a hacer bromitas sobre ello —le advirtió Caterina.

—No lo haré. Escucha, lo de que no me avisaras...

—En eso te doy la razón, debería habértelo dicho.

—¿Cómo ibas a saber lo que iba a hacer? Coño, ni siquiera yo lo sabía.

—Ya.

Un joven apareció en el otro extremo de la habitación.

Grattapaglia lo señaló al tiempo que preguntaba:

—¿Quién es ese?

Caterina miró al recién llegado.

—Un testigo. Seguramente una falsa coartada. Casi me había olvidado de él. Y yo que quería irme pronto a casa...

—Pues espabila y desmóntale la coartada cuanto antes —sugirió Grattapaglia—. Si quieres le pego una hostia. Total, ya no tengo nada que perder... A juzgar por tu cara, diría que no sabes cuando hablo en broma. Me suele pasar con las mujeres.

Caterina se acercó al muchacho y lo guió hasta su escritorio. Pensó que en lugar de veintiséis años aparentaba trece. Parecía estar a punto de vomitar de puro miedo.

Lo invitó a tomar asiento al otro lado del escritorio, enfrente de ella.

—¿Eres Pietro Quaglia?

El joven se aclaró la garganta y volvió a aclarársela, pero aun así se le quebró la voz.

—Sí. ¿Puedo preguntar por qué...?

—No. Límitate a contestar. Manuela Ludovisi. ¿Sabes quién es?

—Mi novia.

—Entiendo. ¿Dónde estabas el viernes pasado por la noche? El 26 de septiembre.

—Con ella. Toda la tarde y toda la noche.

—¿De veras?

—Sí.

—¿No salisteis por ahí, no fuisteis al bar San Callisto?

—No. Nos quedamos en casa, viendo una película de vídeo.

Caterina se percató de que estaba listo para escupir el título de la película, así que ni se molestó en preguntárselo. Lo que hizo fue inclinarse a un lado para dirigirse a Grattapaglia.

—¿Sabes si la celda de detención está libre?

El joven se volvió con torpeza en la silla para mirar al interlocutor de Caterina.

Grattapaglia hizo un alto en la tarea de trasladar pilas de papeles de su escritorio a la papelera de Rospo.

—¿Qué celda de detención? —repuso—. Pero si no tenemos... —Entonces captó la mirada de Caterina—. No tenemos ninguna libre. Coño, no sé ni por qué me lo preguntas. Tendrás que meterlo ahí dentro, con esos dos... —Cerró los puños y movió los brazos en un gesto obsceno—. Ya sabes, los dos tíos esos...

Pietro se dio media vuelta y miró a Caterina con ojos desorbitados.

—¿Qué dos tíos? ¿Qué pasa con ellos?

—Nada, si son muy cariñosos —insinuó Grattapaglia a su espalda, y soltó una carcajada—. A mí me da la impresión de que le gustará.

—Por el amor de Dios, ¿de qué está hablando? —preguntó Pietro—. Quiero un abogado.

—¿Tienes abogado? —replicó Caterina.

Pietro miró alrededor, buscando desesperadamente a alguien que se pareciera a un abogado. Pero allí dentro solo estaban Caterina y Grattapaglia.

—No. ¡Pero tengo derecho a uno!

—Iré a buscarte un abogado, Pietro. Quizá tarde unas horas. —Caterina sacó un par de esposas de plástico—. Así que si no te importa, te las pondré y te dejaré en la celda de detención hasta que...

—¡Ni hablar!

—No pasa nada, Pietro —le aseguró Caterina con dulzura—. Tú hazle caso al sovrintendente, que te dará un par de consejos, y todo irá bien.

Grattapaglia se acercó.

—Mientras estés ahí dentro, límitate a hablar con el bajito del peluquín castaño. Pero ni se te ocurra mirarle el peluquín, y sobre todo no le des a entender que lo sabes. Si le caes bien, su amigo apenas te tocará.

—¿Por qué me lo ha dicho? Si no hubiese mencionado el peluquín, puede que ni me hubiese dado cuenta. Ahora notará que lo miro.

—*Managgia*. Debería haberlo pensado antes —se lamentó Grattapaglia—. A los de mi rango no nos enseñan psicología.

—¡Espere! —exclamó Pietro, volviéndose hacia Caterina.

Esta se quedó inmóvil, haciendo girar las esposas de plástico en el aire y arqueando una ceja con gesto interrogante.

—¿Qué?

—¿No podemos hablar aquí mismo?

—¿Aquí? —Lo miró con aire confuso—. ¿Te refieres a prestar declaración voluntaria como testigo? Claro. Pero eso solo podemos hacerlo si existe plena cooperación. Cuando los testigos se ponen hostiles, pasamos de la entrevista al interrogatorio, lo que significa...

Hizo girar las esposas de plástico alrededor del dedo con gesto distraído.

—Entendido.

—Entonces, cuando empiece a hacer preguntas, tienes que decirme lo que necesito saber.

—Por supuesto.

—No estoy segura de que lo digas en serio —repuso Caterina—. Demuéstramelo.

—¿Cómo se lo puedo demostrar? ¿Qué se supone que debo decir?

—No lo sé. De acuerdo, empecemos de nuevo. Manuela Ludovisi. ¿Sabes quién es?

—Ya se lo he dicho, es mi novia.

—Bien. ¿Y Emma Solazzi?

—No conozco a nadie que se llame así.

Caterina lo miró a los ojos, que se movían de un lado a otro, tratando de evitar su mirada.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! Esto tiene que ser un error. Conozco a Manuela, pero no a esa tal Emma.

—De acuerdo, olvidémonos de Emma. Acabas de decir que estuviste con Manuela la noche del viernes, toda la noche. ¿Es verdad? Límitate a contestar «sí» si lo es o «no» en caso contrario.

—No.

—Hace medio minuto has dicho que sí. Manuela me ha dicho que pasó la noche contigo. ¿Qué está pasando aquí?

—Le estaba haciendo un favor. Pero no pasé la noche con ella.

—Muy bien. Pero ahora voy a hacerte otra pregunta que puede suponerte un importante dilema moral. ¿Entendido?

—Entendido.

—Manuela te está usando como coartada para esa noche. ¿Sigues afirmando que no estabas con ella?

—No estaba con ella.

—Se meterá en un buen lío, ¿lo sabes? Manuela confiaba en que respaldarías su versión de los hechos.

—¡No puedo hacerlo, acaba usted de decirme que sea sincero!

—Bueno, pues entonces se ha metido en un lío.

Pietro clavó los ojos en sus propios pies, bajo la mesa.

—Y bien, ¿dónde estabas esa noche?

—Ni siquiera estaba en Roma, sino en Terracina, con unos amigos. Pasé toda la

semana allí.

—¿Podrán corroborarlo tus amigos?

—Sí.

—Dime cómo se llaman.

Pietro obedeció y Caterina apuntó los nombres. Luego le dijo que podía marcharse.

—¿Adónde voy ahora?

—Me da igual. Vuelve al terrario de reptiles o dondequiera que vivas.

Pietro salió del despacho con paso tambaleante y Caterina cogió su bolso. Grattapaglia seguía de pie junto al escritorio, sonriendo.

—Gracias por echarme una mano. Has estado ocurrente y rápido.

Grattapaglia la miró.

—Ha sido muy divertido. Nunca había visto a un sospechoso venirse abajo tan deprisa.

—No era un sospechoso, solo un testigo.

—Le ha faltado tiempo para cantar. Ojalá lo hubiésemos metido en una celda de detención. ¿Quién era?

—El novio de Emma —contestó Caterina—. Preferiría ver a mi hijo detenido injustamente antes que comportándose así.

Caterina llamó al móvil de Rospo y le pidió que se encontrara con ella al cabo de veinte minutos en Via Jandolo, pero habían pasado treinta y cinco minutos y seguía sin dar señales de vida. Tampoco cogía el teléfono. Llamó a la comisaría, les dio las señas y pidió que se las pasaran a Rospo en cuanto llegara.

Ahora estaba sola ante una puerta imponente, aunque cubierta de pintadas. Solo había un timbre, y daba la impresión de que nadie lo usaba desde hacía años. Llamó de todos modos. Esperó tres minutos pulsando el timbre de vez en cuando, convencida de que estaba estropeado. Justo cuando estaba a punto de dar media vuelta para ir en busca de alguien que supiera decirle cómo localizar a los habitantes de la casa, si es que existían, la puerta se abrió con un chirrido y un hombre alto apareció en el umbral, recortado a contraluz, abriendo y cerrando los aperegaminados párpados como si tratara de acostumbrarse a la luz del sol y a la presencia de Caterina.

—Inspectora Mattiola, de la policía —se presentó—. ¿Es usted Alfonso Corsi?

—Conte Alfonso Corsi, y no hace falta que levante la voz.

El anciano suspiró y chasqueó la lengua, pero sorprendió a Caterina haciéndose a un lado e invitándola a pasar con ademán elegante. Luego cerró la puerta tras ella, con lo que Caterina se vio engullida por un pasillo que olía a ladrillo húmedo y a herrumbre. Moviéndose con una celeridad que ella nunca hubiese imaginado, la alargada silueta del anciano la adelantó y, con paso enérgico, enfiló un pasillo de baldosas hexagonales rojinegras.

—Espere.

Pero Caterina no estaba segura de haber hablado lo bastante alto. Lo siguió apresuradamente, pero él ya había alcanzado el tramo de escaleras que había al final del pasillo y subía los peldaños con pasitos eficientes, ligeros, como de insecto, mientras ella se quedaba atrás, sintiéndose lenta y pesada. Al llegar al primer rellano, donde la escalera formaba un ángulo y giraba sobre sí misma, le preocupó que el anciano pudiera abalanzarse sobre ella desde allí. Pero él ya estaba arriba del todo, y le gritó desde las alturas:

—Gracias a las escaleras me he mantenido en forma todos estos años.

Para cuando Caterina alcanzó la segunda planta, el conte Corsi se había internado en una habitación de techos altos y ventanas amarillentas completamente desnuda, a no ser por un escritorio y unas pocas sillas al fondo. Detrás del conde había una puerta de doble hoja entornada por cuyo umbral se colaba una rendija de luz más intensa. Caterina tuvo la sensación de que la habitación que se abría tras ella era igual de inmensa y de vacía. Se acercó al conde y tomó asiento, contemplando con disimulo la sala desierta en la que resonaban sus pasos. El conde volvió hacia ella su

palidísimo rostro y dijo:

—No queda gran cosa, ¿verdad? Alguien tendrá que reconstruir la fortuna familiar, pero no seré yo. Tengo ochenta años. Mi linaje se remonta hasta los tiempos de Enea Silvio Piccolomini por un lado, y de Jacopo Corsi por el otro. ¿Sabe usted quiénes fueron?

Caterina negó con la cabeza.

—He oído hablar de Piccolomini. ¿No era artista?

El conde negó con gesto abatido. Cogió un par de gafas de lectura del escritorio, las sostuvo a la luz de la ventana como si se tratara de un pescado de escamas relucientes y a continuación se las colocó sobre la nariz.

—Veamos qué trae.

Alargó la mano por encima del escritorio.

—Solo quiero hacerle unas preguntas —repuso Caterina.

—¿No trae ninguna orden judicial?

—No —repuso Caterina, conteniendo la respiración—. Todavía no, pero la habrá, si es necesario.

Su padre le había dicho en cierta ocasión que la mejor manera de evitar que la voz le temblara a causa de la emoción era imaginar que tenía la boca y la garganta recubiertas de miel, grandes cucharadas de densa miel que se deslizaban despacio por la garganta, suavizando los altibajos de la voz. Habla despacio, deliberada y tranquilamente. Ahora notaba el sabor de la miel en la boca, y se concentró en apaciguar los latidos de su corazón mientras el anciano posaba el brazo en el escritorio y se quitaba las gafas para mirarla con ojos de color café y gesto reprobatorio.

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió.

Buena pregunta. Por muy ágil que estuviera, aquel octogenario no podía atracar turistas a punta de navaja. Y sin embargo no le hubiese sorprendido verla llegar con una orden judicial.

Decidió jugársela al todo o nada.

—Bueno, para empezar, sabemos que los objetos robados nunca han salido al mercado. ¿Podrían devolverse a los turistas?

—¿Cree usted que eso serviría de algo?

—Sí, sin duda. —¿Habría sonado demasiado impaciente? Trató de hablar en un tono más formal y severo—. La cooperación es muy importante en estos casos. Lo que yo escriba en mi informe tendrá una enorme repercusión en las decisiones que tome el juez. Lo ideal sería poder presentar alguna prueba que demostrara voluntad de cooperación por su parte. Algo que demuestre que lo lamenta. Que se arrepiente.

—Tengo pruebas de sobra —repuso el anciano—. ¿Qué le pasará?

—¿A qué se refiere?

La verdadera pregunta, la única pregunta posible, no era qué, sino quién. El conde le atribuía unos conocimientos que no poseía pero estaba en un tris de obtener. Lo

fundamental era no romper el hechizo. Un comentario a destiempo revelaría el alcance de su ignorancia, pero el conde parecía más interesado en formular sus propias preguntas, como un abogado incompetente que se dedicara a desmontar su propia defensa.

—¿Cuántos años pueden caerle? ¿Es posible que no vaya a la cárcel?

De pronto lo entendió. Lo que estaba ocurriendo empezó a tomar forma en su mente. Comprendió a quién se refería el anciano, a quién trataba de defender. Sabía quién era el atracador y lo que significaba para el conde. Mientras ataba cabos, notó que había una mayor penumbra en torno a la figura del anciano. La rendija de luz de la puerta se había transformado en sombra, y esa sombra se movía.

Caterina se levantó de un brinco y se colocó detrás de la silla en el preciso instante en que la puerta se abrió de par en par y entró en la habitación un hombre fornido pero de baja estatura, con la espalda ancha y el rostro terso y rechoncho. El desconocido se colocó detrás del conde, sobre cuyo hombro posó una mano regordeta, infantil. Daba la impresión de querer hundir al anciano en la silla.

—Has llamado a la policía, papá —dijo.

—Esto tenía que acabar, Agnolo. Alguien iba a salir mal parado. Y no los he llamado yo. Lo han descubierto ellos solos, como era de esperar, antes o después. Pregúntaselo tú mismo.

El hombre, que no tendría más de cincuenta y cinco años, apartó los ojos de la calva de su padre para clavarlos en Caterina, pero no articuló palabra. Despacio, empezó a rodear el escritorio, y Caterina desplazó la silla ligeramente para mantenerla entre ambos. Entonces el hombre le enseñó las palmas de las manos para demostrar que no iba armado, y sonrió.

—Las reservas en el Noantri han bajado un setenta por ciento este año. No se recuperará. La reputación lo es todo. Ya lo verá. Nadie se mete con esta familia.

—Quédese al otro lado del escritorio, por favor, y deje las manos donde yo las pueda ver —dijo Caterina.

Ahora ya no quedaba ni rastro del sabor a miel, solo la sensación áspera de la piel de tomate y el cobre en la parte posterior de la garganta. Le temblaba la mano levemente. El hombre le dio la espalda en lo que parecía un encogimiento de hombros, pero de pronto se volvió, empuñando ahora en su mano una estilizada arma blanca. Un tenue rayo de sol se coló por la ventana del extremo opuesto de la habitación, haciendo relucir el metal, que parecía más duro y brillante bajo aquella luz.

Pero Caterina había desenfundado la Beretta, que sostenía con pulso firme, el dedo sobre el gatillo, el cañón azulado apuntando directamente a la frente del hombre. Despacio, despacio, inspirando por la nariz y espirando por la boca, desplazó el objetivo hasta el centro de su pecho. Capacidad para retener al enemigo, un arma de mayor alcance, un objetivo más fácil, no vaciles, aprieta el gatillo con suavidad, sin gestos bruscos, tu precioso Elia de las mejillas tan suaves te necesita viva.

—¡No!

Sin que ninguno de los dos se diera cuenta, el conde se había levantado de la silla y, con la sorprendente agilidad de antes, se había interpuesto entre Caterina y su hijo.

—Suelte el arma —ordenó Caterina—. ¡Suelte el arma, suelte el arma! Dispararé, suelte el arma o dispararé. ¡Suelte el arma ahora mismo!

Caterina repitió la orden y la amenaza en otra sucesión de frases cortas, al tiempo que desplazaba ligeramente el cañón de la pistola a uno y otro lado, estabilizándola en previsión de movimientos bruscos por parte del sospechoso. No fallaría el tiro, y el conde era tan delgado y su hijo tan ancho que las posibilidades de fallar eran... Pero no quería disparar.

—Me has traicionado.

—No, hijo —repuso el conde—. Pero me has decepcionado mucho.

—Suelte el arma. *Signor* conte, apártese. Apártese ahora mismo.

Con un quiebro como de *ballet*, el conde dobló una rodilla y cayó a un lado, apartándose de la línea de fuego. Caterina apuntó al ancho pecho de su hijo, que seguía empuñando el cuchillo de hoja delgada cuya punta resplandecía ahora viscosa de sangre.

El conde yacía en el suelo oscuro y emitió un gemido. Bajo su cuerpo iba tomando forma un pequeño charco reluciente.

Caterina empezó a apretar el gatillo, pero entonces el hombre dejó caer el cuchillo al suelo y se arrodilló junto a su padre.

—Lo siento, papá. Me ha podido el pánico.

Caterina siguió su movimiento con la pistola, apuntándole a la nuca cuando inclinó la cabeza hacia abajo, y la tensión del dedo que apretaba el gatillo se fue aligerando poco a poco.

—Me duele mucho, Agnolo. Mucho.

—Solo quería apartarte, no ha sido más que un rasguño. No... —Se restregó los dedos en el suelo—. ¿De dónde sale toda esta sangre? —Se volvió hacia Caterina—. Ayúdenos. Por favor, ayúdenos. O *Signore*, *perdonami*.

Caterina se acercó despacio.

—Apártese.

—Me necesita.

—Apártese del cuchillo. Yo lo cogeré, y entonces podrá volver con él. ¿Entendido?

—Haz lo que te dice, Agnolo —susurró el anciano—. Me pondré bien enseguida. Ya noto menos dolor.

Obedientemente, sin levantarse, Agnolo Corsi retrocedió gateando. Caterina alejó el cuchillo con el pie, luego lo cogió y retrocedió a su vez. El hijo, ahora ajeno a su presencia, se inclinó sobre el padre y apoyó su enorme cabeza sobre el frágil pecho de este, que recordaba al de un pájaro. Caterina retiró la mano izquierda de la culata de la Beretta para coger el móvil. Pidió una ambulancia y refuerzos y ordenó que

entraran por la fuerza, porque, contraviniendo las normas, había ido sola hasta allí y no podía salir a abrir. Durante quince minutos permaneció allí en silencio, apuntando sin demasiado afán a los mechones de pelo rizado de Agnolo Corsi, que lloraba sobre su padre mientras este se desangraba.

Media hora más tarde, Agnolo abandonaba la casa bajo escolta, manso como un cordero. Delante de él, pálido como la cera y tendido en una camilla de color naranja, iba su padre. Caterina hizo caso omiso del interrogatorio al que la sometieron los dos agentes del coche patrulla que acudió a su llamada. Nada más llegar, ambos le habían preguntado dónde estaba su compañero varón. Caterina les ordenó que se quedaran donde estaban y se encaminó a la habitación de la que había salido Agnolo. Era más luminosa pero también más pequeña que la anterior, y hubiese estado completamente desnuda de no ser por las finísimas alfombras persas del suelo.

—¿Es esta el arma? —preguntó el policía, señalando el afilado puñal que Caterina había dejado sobre la mesa.

Alargó la mano para tocarlo.

—¡No! Contaminarás la prueba —le advirtió Caterina.

—Pero si has dicho que la has cogido. Ya la has contaminado.

—Aun así —replicó Caterina—. Déjalo donde está.

El policía observó el delgado puñal. El mango parecía hecho de plata, aunque había perdido el brillo. La sangre de la punta ya se había coagulado y empezaba a oscurecerse. Resultaba difícil resistir la tentación de limpiar la hoja.

—Es preciosa —dijo el policía, con la mano todavía suspendida sobre el arma.

—Puedes meterla en una bolsa —repuso Caterina—. Cuando la tengas envuelta en plástico, podrás examinarla.

—Gracias. ¿Ves esas marcas en el mango, el león de la empuñadura? Es antigua.

—Un estilete —aventuró Caterina.

—Una misericordia —corrigió el policía—. Se usaba para dar el golpe de gracia a los heridos de muerte tras la batalla. Tengo una réplica en casa, pero esta parece auténtica.

—Embólsala con cuidado —dijo Caterina.

A su derecha, una puerta baja parecía conducir a las estancias interiores de la casa, y tras enfundarse un par de guantes de látex, Caterina asió el pomo y escudriñó la habitación en penumbra. Encontró un interruptor y encendió la luz. En medio de la estancia se alzaba una fuente de pórfido roja y blanca cuya pila estaba llena a rebosar de relucientes relojes, collares, cadenas, pendientes y pulseras. En el suelo, arrinconados como si fueran las pieles de animales sacrificados, se apilaban bolsos y monederos, algunos de los cuales yacían abiertos, revelando un abanico de tarjetas de crédito doradas, plateadas y verdes. Caterina fue abriéndose paso entre los objetos hasta que, de pronto, avistó y sostuvo en alto un crucifijo de plata que colgaba de una cadena. Se lo guardó en el bolsillo y llamó a Grattapaglia.

—Creo que he encontrado un modo de complacer a cierto español —le dijo.

—Mientras no entren en el estudio de mis padres... —dijo Blume—. E incluso así, no estoy seguro de que sea buena idea.

—Yo sí creo que es buena idea. Nunca hubiese dicho que mi primo tuviera tanta imaginación. Puede que lo ascienda y todo —bromeó Paoloni.

Blume se pasó el móvil a la mano izquierda para manejar la palanca de cambios.

—No es muy responsable que digamos.

—Por eso resulta divertido —replicó Paoloni—. Además, no se lo esperan y nos permitirá coger al coronel con el paso cambiado.

—No lo sé. ¿Cuánto tardarán?

—Mi primo dice que pueden entrar y salir en quince minutos.

—¿No entrarán en el estudio de mis padres?

—Mi primo se encargará de recalárselo.

—¿Y estamos seguros de lo que ha pasado? —preguntó Blume—. Creo que será mejor que vaya a verlo con mis propios ojos.

—Eso no tiene sentido. Tan pronto como entres en tu casa, caerás en su trampa —repuso Paoloni—. La idea de mi primo es la mejor, con diferencia. En realidad lo asombroso es que sea idea suya. ¿Te he hablado alguna vez de mi tío Filippo y las apuestas quíntuples en el hipódromo de Apiano?

—Ahora no, Beppe. Necesito pensar.

Según el primo de Paoloni, al agente Sudoku, como se había acostumbrado a llamar al carabiniere que vigilaba el piso de Blume, se le había unido otro hombre quince minutos después de que empezara a controlarlo. Seguidos discretamente por el primo, el capitán Sudoku y el recién llegado habían cogido cuatro cilindros de cartón del maletero de un Peugeot 305 y se habían colado en el edificio de Blume aprovechando el momento en que salía una vecina. El primo de Paoloni hubo de esperar diez minutos hasta que otra persona abandonó el edificio y pudo entrar, luego subió las escaleras y recorrió los pasillos hasta dar con el apartamento que llevaba el nombre de Blume escrito en la puerta. Entonces subió el siguiente tramo de escaleras hasta la mitad y esperó. Dos minutos más tarde, los dos hombres volvieron a salir. El primo los oyó cerrar la puerta de golpe al marcharse. Tras asegurarse de que se habían ido, examinó la puerta atentamente.

—O bien tenían llaves, o eran la hostia de buenos —le explicó Paoloni a Blume—. Tienes un bombín normal y corriente, ¿no? La puerta no es blindada ni lleva nada que suponga una dificultad añadida, ¿verdad?

—No, pero sigue siendo más fácil entrar levantando la puerta con una palanca y golpeando el cerradero —señaló Blume—. Por lo que deduzco que no querían dejar rastro.

—Exacto —asintió Paoloni—. Y dice mi primo que vio al otro tío tirando los cilindros de cartón a un contenedor antes de subirse al coche. Luego se fue, y el agente Sudoku volvió a montar guardia delante de tu piso. Fuera lo que fuese lo que había dentro de esos tubos está ahora en tu casa, a la espera de que lo encuentres. O, puesto que sabemos de qué estamos hablando, a la espera de que otros te encuentren a ti con las manos en la masa. Tú dices que son las pinturas que había en la casa de Treacy, y que el coronel las ha mandado poner en tu piso; yo te doy una idea genial y no se te ocurre más que ponerle pegas.

—La idea de que tu primo entre a robar en mi piso tampoco es perfecta.

—Pero es sencilla —replicó Paoloni—. Entran, encuentran lo que sea que los hombres del coronel dejaron allí, las pinturas y sabe Dios qué más, y se lo llevan.

—Si los amigos de tu primo saben cómo entrar a desvalijar un piso, es porque lo hacen habitualmente —insinuó Blume.

—Tu capacidad de deducción no deja de sorprenderme.

—Cállate, Beppe. ¿Y cuál es exactamente la relación de tu primo con ellos?

—No lo sé. Creo que son sus primos, o sobrinos, o algo por el estilo. De la otra rama de la familia. Nada que ver conmigo.

—Déjame que lo piense —repuso Blume—. Te llamo luego.

Pasó por delante de la comisaría de Ostiense y entró en el aparcamiento desierto contiguo a la estación ferroviaria, ahora abandonada, de la que salían los trenes con destino al aeropuerto. Se había proyectado para el Mundial de fútbol de 1990, se inauguró con años de retraso, cerró al cabo de poco tiempo y se había convertido en un buen lugar para aparcar, beber o contratar los servicios de un travesti.

Blume pensó en los homosexuales y en la admirable precisión del inspector Rosario Panebianco, el hecho de que nunca olierá demasiado mal, de que el uniforme le sentara bien, de que supiera mantener la calma. Llevaba las uñas de las manos muy limpias y cortas. Blume se había fijado en ellas un día. Quizá Caterina lo supiera. Las mujeres intuyen esas cosas. Se echaría a reír y diría: «Por supuesto, ¿cómo puede ser que no te hayas dado cuenta hasta ahora?». O bien: «Por supuesto que no, ¿cómo se te ha podido ocurrir semejante tontería?». Era algo que a ella le resultaba obvio, pero a él se le escapaba.

Blume llamó al teniente coronel Nicu Faedda al Departamento de Patrimonio y Fraude Artístico. Faedda y Panebianco, buenos amigos. Jugaban juntos al fútbol.

—¿Comisario? Por fin se digna hablar conmigo.

—Tenía usted razón cuando dijo que el coronel intentaría hacer algo con esas pinturas —concedió Blume—. Las está usando para tratar de incriminarme, para dejarme fuera de juego.

—¿Cómo?

—Haciendo que parezca que me he apropiado de ellas.

Aguardó en silencio. El tono de Faedda determinaría el siguiente paso.

—Haciendo que parezca que se ha apropiado de ellas... ¿Me está diciendo que las

ha recibido en contra de su voluntad?

Era una pregunta razonable, y la había formulado en un tono aparentemente desprovisto de suspicacia. Parecía seguir dispuesto a aceptar las afirmaciones de Blume sin más garantía que su palabra.

—Me las ha colocado —dijo Blume.

Guardó silencio de nuevo, atento a cualquier sonido que indicara incredulidad, pero lo único que dijo Faedda fue:

—¿Dónde?

—En mi piso.

—Debe de estar usando su vieja red de contactos —concluyó Faedda—. Reclamando viejos favores.

—Le agradezco que crea mi versión de los hechos —dijo Blume.

—Si veo la necesidad de cuestionar algún aspecto lo haré más tarde, pero sé qué clase de hombre es el coronel. ¿Tiene usted las pinturas?

—No. He hecho que se las lleven en un falso robo con allanamiento de morada.

Esta vez oyó a Faedda inspirando aire de forma súbita y soltando un suspiro a continuación. Se notaba la tensión en su voz y su esfuerzo por no perder la calma cuando contestó, haciendo gala de una notable capacidad eufemística:

—Eso es sumamente irregular.

—Lo sé —repuso Blume—. Pero lo importante ahora mismo es conseguir que Farinelli quiera recuperarlas cuanto antes. Cuando vaya por ellas, podremos pillarlo.

—¿Cómo va a conseguir que quiera recuperarlas cuanto antes?

—Diciéndole que hay un Velázquez oculto debajo de una de esas pinturas.

—¿Un Velázquez? —Faedda se permitió soltar otro suspiro—. ¿Y acaso lo hay?

—Podría haberlo —contestó Blume.

—Eso me lo tendrá que explicar con pelos y señales.

—Luego. Verá, tiene que ver con algo que Treacy escribió. Como es de suponer, la idea del Velázquez oculto no puede llegar directamente de mí. Pero nos consta que hay alguien en su departamento que le suministra información al coronel. ¿Sabe usted quién es?

—Sin ninguna duda.

—Si filtrara usted una información confidencial, ¿cuánto tardaría en llegar al coronel a través de su informador?

—Una hora a lo sumo —contestó Faedda sin vacilar—. Y hay más de un informador.

—Estupendo. Entonces tiene usted que filtrar la noticia de que me muero por recuperar las pinturas porque he descubierto que una de ellas podría ocultar un Viejo Maestro de valor incalculable.

—¿Y cómo me ha llegado esa información... a través de usted?

—No. A través de Panebianco. Yo se lo conté a Panebianco en confianza, y él se lo ha contado a usted.

O bien Faedda se sentía profundamente ofendido por la sugerencia, o bien se lo estaba pensando, o quizá ambas cosas a la vez, pero fuera lo que fuese su silencio se hizo eterno. Al cabo, dijo:

—Pillar al coronel in fraganti puede no ser suficiente.

—Lo sé —concedió Blume—, pero por algo se empieza. También hay un par de cuadernos interesantes que podrían ayudarle a elaborar una acusación de peso y acabar por fin con su longeva carrera de maestro titiritero.

—Aun suponiendo que todo esto salga bien —replicó Faedda—, aunque consiga todo lo que quiero, cosa que no va a pasar, pero supongamos que sí... Aunque me cubra de gloria, seguiría usted en deuda conmigo. ¿Se ha parado a pensarlo?

—Sí —contestó Blume—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Blume colgó y llamó a Paoloni de nuevo.

—¿Se ha puesto tu primo en contacto con sus amigos ladrones?

—Están esperando instrucciones. Lo único que tienes que hacer es dar la orden. Y necesitarán algún incentivo, claro está.

—En mi piso no encontrarán mucho que llevarse. Como incentivo, prometo ser de lo más benévolo con ellos la próxima vez que los detengan.

—Eso, y ochocientos euros.

—¿Quieren que les pague ochocientos euros por dejar que me desvalijen el piso?

—Ya los pongo yo —repuso Paoloni—. Sé lo difícil que es subsistir con una nómina de policía.

—A la mierda la nómina, es una cuestión de principios —replicó Blume.

—¿Lo hacemos o no?

Blume tamborileó con los dedos en el volante, y luego dijo:

—¿Por qué no me dices que estoy cometiendo un error?

—Porque no creo que lo estés haciendo.

—Estoy bastante seguro de que esto acabará mal.

—Pero ¿lo hacemos o no?

—Supongo que sí —dijo Blume.

—¡Estupendo! Tardarán como mucho una hora, seguramente menos —le aseguró Paoloni—. ¿Nos vemos después?

El móvil de Blume empezó a emitir pitidos, señal de que tenía otra llamada en espera. Antes de colgar, preguntó:

—¿Y qué hay del capitán Sudoku o como se llame?

—Allí sigue, haciendo rompecabezas numéricos, esperándote. No tiene por qué ver nada. Hazte notar cuando vuelvas a casa, o puede que ni se entere.

—De acuerdo, tengo que colgar.

Blume miró el teléfono con ojos achinados, tratando de averiguar qué tecla debía pulsar. No alcanzaba a descifrar las letras de la pantalla, de tan pequeñas que eran. Lo apartó un poco y leyó el mensaje «Aceptar llamada». Pulsó la tecla correspondiente y

se llevó el móvil a la oreja. Silencio.

Sacudió un poco el teléfono, en vano. Se lo puso en la otra oreja, pulsó la tecla verde. Los teléfonos móviles no tenían tono de llamada; no había caído en ello hasta entonces. Fuera quien fuese, ya volvería a llamarlo.

El móvil sonó otra vez, y una voz pidió a Blume que se mantuviera a la espera porque el questore deseaba hablar con él. Imaginó cuál podría ser el motivo. Grattapaglia había asesinado al inspector de asuntos internos. Una de las víctimas del atracador había muerto. Los carabinieri, o bien Buoncompagno, se habían vuelto a quejar de él. Leporelli y Scariglia habían aparecido muertos en sus respectivas celdas. El questore había decidido trasladarlo a Gela, no, peor aún: a Locri. Blume echó un vistazo a su reloj de muñeca: las 15.30.

Mientras esperaba al questore, el teléfono volvió a emitir un pitido y miró la pantalla para ver quién era: Caterina. Tendría que esperar.

Finalmente, el questore se dignó coger la llamada que él mismo había solicitado.

—¡Comisario! Me alegro de hablar con usted, y eso en sí ya es una novedad, ¿no cree?

Blume emitió una especie de gruñido evasivo, que remató sorbiendo aire en lo que podría interpretarse como un suspiro desganado, si eso era lo que requería la ocasión.

El questore parecía estar esperando una respuesta más elaborada. Blume prosiguió en tono cauteloso:

—No hay nada definitivo, de momento...

Al parecer, aquello no era lo que quería oír el questore. Se percibía claramente la irritación en su voz cuando preguntó:

—Bueno, ¿tenemos o no tenemos ya una confesión?

¿Se refería a Leporelli y Scariglia, o...?

—Sé que también se han hallado los bienes robados —continuó el questore—. Al parecer, están todos. O al menos eso es lo que me ha dicho uno de sus hombres, Rospo. Un buen agente, ese tal Rospo. ¿Debería apuntarme su nombre?

¿Rospo había resuelto un caso? Blume no tuvo más remedio que emitir otro gruñido poco comprometedor.

—Desde luego, será un buen golpe publicitario —añadió el questore—. A lo mejor tendría que invitar a la prensa, hacer que les saquen unas cuantas fotos a usted, a Rospo y a unos pocos más delante de todo ese botín.

—Sin duda —aprobó Blume—. Buena idea, lo de las fotos.

Aquello tenía que ver con el atracador.

—Qué soso puede llegar a ser usted, comisario. A ver si disfruta más de sus éxitos. Sabe Dios que no abundan.

Blume estaba a punto de llamar a Caterina cuando volvió a sonar su móvil.

—Adivina dónde estoy —dijo Grattapaglia. Sonaba bastante más contento de lo que Blume recordaba en los últimos meses—. En Piazza di Spagna —añadió

rápidamente, como si temiera que Blume adivinara la respuesta sin pistas y le estropeará la sorpresa.

—Tienes una reunión disciplinaria dentro de quince minutos le recordó Blume.

—Eso ya no me preocupa —replicó Grattapaglia—. Llegaré a tiempo. ¿No vas a preguntarme qué hago aquí, o ya te lo ha dicho Caterina?

—Dímelo tú —repuso Blume.

—Acabo de salir de la embajada española ante la Santa Sede, donde he mantenido una conversación de lo más instructiva con José María Carvalho, el diplomático del otro día, ¿te acuerdas de él?

—Vaya —replicó Blume.

Aquello no podía acabar bien.

—No solo va a retirar la denuncia contra mí, sino que incluso se ha ofrecido a escribirme una carta de recomendación si la necesito. Jamás he visto a un hombre tan feliz por haber recuperado un crucifijo de plata. —Hablando en susurros, como si temiera que lo oyeran, añadió—: Sigue siendo un gallito, y aquel día se lo tuvo bien merecido. Odio tener que reconocerlo, pero Mattiola acaba de salvarme el pellejo. Me ha dicho que seguramente el tipo este pertenece al Horus Deus.

—Querrás decir al Opus Dei.

—Sí, ¿qué he dicho?

Blume preguntó a Grattapaglia de qué estaba hablando. Este le contó todo lo que sabía sobre los Corsi, padre e hijo, y también que Caterina lo había llamado y le había dado el crucifijo. La satisfacción de Blume por el hecho de que las cosas salieran bien se veía empañada por la irritación que le producía no haber estado allí.

—Llegarás tarde a tu cita, sovrintendente.

—Ahora mismo voy en el coche. Llegaré un poco tarde, pero no importa.

Blume sostuvo el móvil con el brazo extendido y buscó entre las llamadas perdidas. Encontró la de Caterina, la llamó y la escuchó mientras le ofrecía una versión más coherente de los hechos.

—Iré para allá en cuanto pueda —dijo—. Primero tengo que hacer algo.

Blume recorrió el aparcamiento con la mirada, y le llamó la atención el vestido de látex azul eléctrico que lucía uno de los cinco travestis que no le quitaban ojo a su coche.

—Una cosa, Caterina. Panebianco. ¿Es...? ¿Crees que él...?

—No. Ha salido. Ha recibido una llamada.

—No, no me refería a eso. Quería preguntarte si sabes... si crees que podría ser homosexual o algo así.

—¿O algo así?

—Tú ya me entiendes.

Caterina soltó una carcajada.

—¿Y tenías que preguntármelo ahora mismo? ¿Cuánto tiempo hace que trabajas con él?

—Seis años. No, siete —contestó Blume.

—Sí. Yo diría que lo es, sin lugar a dudas. ¿Qué te ha hecho sospecharlo así de pronto?

—Sé con quién juega al fútbol.

—Nunca lo había oído llamar así.

—Que no, que juegan al fútbol de verdad —repuso Blume—. Entre otras cosas.

Blume sacó el coche del aparcamiento y se dirigió a su casa en San Giovanni.

Aparcó en doble fila junto a unos contenedores de color verde y abrió la puerta del lado de la calzada, lo que le valió unos cuantos bocinazos de los conductores que pasaban. El coche de su vigilante estaba aparcado unos quince metros más allá. Llamó a Paoloni. Si aquello se le iba de las manos, podría llegar a arrepentirse de cualquier cosa que dijera sin pensar, cosas sobre las que más tarde podría reflexionar un juez con toda tranquilidad.

—Estoy delante de mi piso. Estaba pensando en subir un momento, quizá darme una ducha. Si lo hago, llegaré un poco tarde a nuestra cita, ¿no te importa?

—No, qué va —contestó Paoloni—. ¿Vas a subir ahora mismo a ducharte?

—Sí, ahora mismo.

Eligió las escaleras en lugar del ascensor. En la tercera planta se encontró con la señora Egidi, la portera, que lo fulminó con la mirada sin apenas molestarse en reprimir su ira. Un vecino acababa de decirle que, al parecer, alguien había forzado la puerta del piso de Blume. La anciana dio media vuelta y lo siguió.

—Nadie está a salvo —dijo—. Gitanos, albaneses, negros que venden calcetines en las calles mientras esperan su oportunidad. Necesitamos un sereno. En Nápoles hay algunas casas en las que nadie entra a robar, ¿y sabe por qué?

—Sí. Lo llaman extorsión, pago a cambio de protección. Si me perdona...

Llegó a su puerta y el vecino del piso contiguo, que vivía recluido en casa, abrió su puerta de seguridad reforzada y asomó la cabeza.

—Solo para que lo sepa —anunció—, no he oído nada. De lo contrario, habría llamado a la policía.

—No lo dudo —repuso Blume—. Gracias. ¿Se encuentra usted bien?

El vecino abrió un poco más la puerta.

—Estas cosas... te hacen perder la fe, ¿sabe usted?

—Lo sé —replicó Blume con gesto comprensivo mientras sacaba las llaves.

—No creo que las necesite —insinuó el vecino.

—Lleva usted razón, ya no hay cerradura.

—Siendo usted policía —lo acusó la portera—, no creo que tenga que llamarlos yo. Ya se las apañará.

La señora bajó las escaleras dando pisotones y farfullando algo sobre desastres de fontanería, ladrones y extranjeros. Blume oyó cómo contestaba en tono exasperado a los vecinos de los pisos inferiores. Todo el mundo sabía que había pasado algo. De lo contrario, la portera no se habría adentrado en el edificio.

Blume empujó la puerta del piso, apretando los dientes con fuerza, hasta que la hoja combada se desplazó rayando el suelo del interior. Entró despacio y contempló la devastación que había autorizado.

¿Cómo era posible hacer tanto daño en tan solo un cuarto de hora? Habían tirado los libros al suelo, volcado la tele de una pata da. Habían llevado todos los cajones de la casa a la sala de estar, los habían vaciado sobre la alfombra y los habían arrojado a un rincón. Cuchillos, tenedores, bolígrafos, calcetines, calzoncillos, velas, herramientas de bricolaje, cinta adhesiva, cordel y cientos de objetos más se amontonaban en el suelo. La mayor parte de los cajones parecían dañados. Su costoso amplificador había desaparecido, pero los demás componentes del equipo de música seguían allí, y la colección de cedés estaba desperdigada por todas partes. La mesa de madera de la zona del comedor estaba rayada y la mesa de centro acristalada del salón estaba resquebrajada. Habían volcado su cafetera Kenwood, y el recipiente de pírex estaba en el suelo, hecho trizas, al igual que varios platos y piezas de porcelana. Habían derramado cereales, pasta, harina y cacao por encima de todo.

Habían rajado los cojines del sofá, volcado las sillas. En su habitación, el contenido de los armarios se amontonaba de cualquier manera, mezclado con la ropa sucia. Su maleta preferida no estaba. En la mesilla de noche guardaba ciento veinte euros en efectivo. El dinero había desaparecido, pero su pasaporte seguía allí. Abrió el ropero. Vacío. Lo habían sacado todo. No se podía negar que los muy cabrones, fueran quienes fuesen, eran meticulosos. ¡Y pensar que aquello le había parecido una buena idea!

Temeroso, entró en el estudio, la habitación que albergaba todos los libros de arte de sus padres, las notas de las conferencias, la vieja máquina de escribir paterna, una gran colección de vinilos y parte del mobiliario de cuando aún vivían. Todo estaba intacto. Si habían entrado allí, no habían tocado nada.

Llamó a su propia comisaría y dijo que no había necesidad de convertir aquello en una emergencia, puesto que los ladrones se habían ido hacía rato.

—Bastará con que mandéis un par de agentes en una media hora o así —dijo.

Volvió a la sala de estar y descubrió que podía volver a cerrar la puerta del piso empujándola con cierto esfuerzo. Volvió a colorar un cojín destripado en el sofá y esperó.

Menos de diez minutos después, alguien llamó al timbre siete u ocho veces seguidas, mientras otra persona aporreaba la puerta. Blume se acercó a la entrada y pidió a voz en grito que empujaran desde el otro lado porque la puerta se había quedado atascada.

Desde fuera, empujaron e incluso patearon mientras Blume a su vez tiraba desde dentro. Minutos después, irrumpieron cuatro carabinieri en la estancia y se quedaron boquiabiertos, contemplando aquel caos sin saber muy bien qué hacer. Tras ellos no tardaron en llegar el maresciallo y el juez de instrucción Buoncompagno. Blume se quedó junto a la puerta, poco menos que impidiéndole el paso al juez.

Buoncompagno retrocedió y le enseñó un documento.

—Comisario Blume, según lo dispuesto en los artículos 259,251 y 352 del código penal, ordeno el registro de su vivienda habitual basándome en un informe que merece toda mi confianza... por los siguientes... ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Al parecer, han entrado a robar. Espero que la policía no tarde demasiado. — Volviéndose hacia los carabinieri que seguían arracimados e inmóviles en un rincón de la destrozada sala de estar dijo—: Ayudadme a abrir la puerta del todo. El cabrón del gordo no pasará por esa rendija.

Los interpelados se lo quedaron mirando con gesto ceñudo, sin mover un dedo, pero treinta segundos más tarde todos tiraban de la puerta a la vez para hacerle un hueco al coronel Farinelli.

Este se quedó inmóvil, observando aquel desorden con el rostro bañado en sudor a causa del esfuerzo de entrar y salir del asensor. Volviéndose hacia sus hombres, preguntó:

—¿Habéis hecho vosotros todo esto mientras yo subía? Os dije que respetarais el piso. Pertenece a un comisario de policía.

Se palmeó el corazón, inspiró hondo varias veces, sacó un pañuelo de lino y se enjugó la frente.

—Aquí pasa algo raro. —Miró con gesto alarmado los muebles volcados—. ¿Dónde puedo sentarme?

El maresciallo cogió una silla volcada, le dio la vuelta y la colocó detrás del coronel, pegada a sus muslos. Mientras este se dejaba caer con cautela en el asiento, se produjo un ligero alboroto a su espalda, y aparecieron dos policías. El primero de ellos saludó a Blume y dijo:

—Señor, nos han dado aviso de que...

Se detuvo a contemplar la escena y miró a los presentes sin salir de su asombro.

—¿Ha llamado usted a los carabinieri?

—No, agente. No se preocupe por eso. Ellos tienen orden de registrar la casa. Sabe Dios qué esperan encontrar. Pero vosotros dos podríais pegaros a ellos durante un rato. Como oficial al mando os lo ordeno, y como propietario de la vivienda os doy permiso para hacerlo.

Buoncompagno se sacudió con ímpetu la larga melena gris y señaló a los carabinieri.

—Registrad el piso de arriba abajo —ordenó—. Empezad por el dormitorio. Echad abajo las paredes si hace falta. Ante la mínima sospecha de que...

—¡Esperad! —gritó Blume—. No toquéis nada. Esto es un escenario de delito. Según lo dispuesto en los artículos 354, 355 y 360 del código penal, solicito a todas las personas cuya presencia no sea imprescindible para la investigación del delito cometido que abandonen el lugar de los hechos inmediatamente con el fin de evitar la contaminación de las pruebas.

El juez agitó la orden de registro.

—Esto tiene prioridad.

—Ah, y también según lo dispuesto en el artículo 254, párrafo 2, y... y unos pocos artículos más que no recuerdo... ¿Sería usted tan amable de recordármelos, señor juez?

—No se las dé de listo conmigo, comisario. Ningún fiscal ha recibido notificación alguna de este supuesto delito, y por tanto, como la persona de más autoridad en la sala...

El coronel, todavía esforzándose por recuperar el aliento, habló en un tono tan bajo que el juez se vio obligado a acercarse a él para poder escuchar sus palabras:

—Juez Buoncompagno, haga el favor de callarse de una vez.

Dicho esto, miró a Blume con aire resignado, buscando la complicidad que solo podía darse entre hombres inteligentes.

A continuación inclinó la cabeza ligeramente hacia los dos carabinieri más cercanos.

—Vosotros, acompañad al juez de vuelta a su coche. No me cabe duda de que tiene otros delitos urgentes que atender.

—Aún podrían estar aquí, coronel —adujo Buoncompagno—. Por lo menos deje que busquen en el dormitorio.

El coronel se quitó una migaja de algo que le colgaba del labio y, con un capirotazo, la arrojó en dirección a Buoncompagno.

—Nunca pierde usted la oportunidad de estropear el silencio abriendo la boca, ¿verdad?

—Agenti —anunció Blume, dirigiéndose a los policías, que parecían completamente desorientados—. Quiero que lo examinen todo en busca de huellas.

—No hace falta cargar las tintas, Blume —insinuó el coronel.

—Alguien ha entrado a robar en mi casa, y pienso averiguar quién ha sido.

—Carabinieri —vociferó el coronel—, nos vamos.

Cuando se hubieron marchado, el primer agente se acercó a Blume.

—¿Está usted bien, señor? ¿Han sido ellos?

—Por supuesto que no. Han sido unos ladrones. De verdad. Redacta un informe, coge unas pocas huellas de las paredes, hazlo todo como siempre. No necesito privilegios especiales.

—Tenemos que ir más allá, señor. No podemos dejar que se salgan con la suya quienes han entrado a robar en el piso de un comisario. Como se sepa, quedaremos fatal.

—Es inevitable. Prefiero que pase cuanto antes. Me gustaría que no llegara a oídos del questore, aunque seguramente ya es demasiado tarde para impedirlo. Escucha, te diré lo que puedes hacer por mí: llama a alguien para que venga a arreglarme la puerta. Si hace falta poner otra nueva, que la pongan. Me parecerá bien cualquier precio mientras no pase de... no tengo ni idea. ¿Cuánto cuesta una puerta nueva?

—Si es de seguridad y todo eso, unos dos mil euros —dijo el agente.

—Para lo que sirve, más me valdría colgar una cortina de cuentas. Llamadme si me necesitáis. No puedo quedarme aquí.

—Sí, señor.

—¿Siempre tenemos que quedar en el McDonald's?

—¿Preferirías el Burger King? Opino que los panecillos son demasiado dulces. Podríamos ir a un kebab, si lo prefieres.

—Esta comida acabará matándote —dijo Blume—. ¿No has leído nunca...?

—No —atajó Paoloni.

—Claro. Vaya pregunta.

Paoloni cogió la bandeja y se apartó del mostrador.

—¿No has pedido nada, después de todo este tiempo haciendo cola? —preguntó—. Pillemos esos dos asientos de ahí. Cógeme unas pocas servilletas de papel... Gracias. De todos modos, lo que te acaba matando es el aire que respiras. Lo vi en un programa del Discovery Channel el otro día. Decían que el oxígeno es lo que hace salir las arrugas y lo que desgasta el... algo que tienes dentro y sin lo cual te mueres, básicamente. Así que al final resulta que el oxígeno es lo que nos hace envejecer.

—¿No era el paso del tiempo?

—Al parecer, no. Y bien, ¿qué tal ha ido?

—Podían haberme destrozado un poco menos el piso —rezongó Blume.

—Dijiste que tenía que parecer de verdad.

—Ha sido de verdad. Se han llevado el dinero que había dejado en la mesilla, y las pinturas, claro está. O al menos eso doy por sentado.

—Sí. Estaban escondidas en tu armario. Todas juntas. Han usado una maleta para sacarlas.

—Me he dado cuenta —repuso Blume.

—¿Quieres recuperarla? Puedo arreglarlo.

—No. Esto tiene que seguir su curso natural. No quiero tener nada que ver con esos tipos. No quiero saber absolutamente nada de ellos. Lo único que quiero es que alguien me avise enseguida si intentan vender esas pinturas.

—Si quieres, también lo puedo parar.

—No. Que hagan lo que quieran. Eso mantendrá a Farinelli ocupado durante un tiempo.

—¿Han respetado la habitación de tus padres?

—Sí. La han dejado intacta. ¿Llevaban guantes?

—Yo no estaba allí, ¿recuerdas? —replicó Paoloni—. Pero esos tíos son profesionales. Necesitarías mucho trabajo forense y horas de laboratorio para identificar una fibra o pelo suyos. Demasiadas molestias para un simple robo. Ah, sí, casi me olvido. El coche que estaba vigilando tu piso no era de los carabinieri, ni tampoco robado. De hecho, no parece pertenecer a nadie. La *motorizzazione* elimina de sus archivos vehículos destinados a fines especiales, así que ese coche solo puede

ser cosa de Farinelli, que habrá tirado de sus contactos en la secreta. De todos modos, mis hombres han entrado en tu piso sin que nadie se diera cuenta, han hecho lo que tenían que hacer y han vuelto a salir con una maleta. Luego has llegado tú y el capitán Sudoku ha llamado al coronel en cuanto te ha visto.

Blume dejó a Paoloni comiendo y volvió a la comisaría, consciente de que el coronel y el caso Treacy lo estaban distraiendo de sus obligaciones. Había dejado que las cosas se le fueran de las manos, y eso iba a notarse en cuanto empezaran a repartir las recompensas y favores por detener al atracador y poner entre rejas a la pareja de extorsionadores.

Cuando entraba en el centro de operaciones, apareció Rospo.

—A la inspectora Mattiola se le ocurrió tomar la iniciativa mientras yo estaba...

Por detrás de él el sovrintendente Grattapaglia se acercó a Blume asintiendo cordialmente y posó la mano sobre el hombro de Rospo en lo que podría haber pasado por un gesto amistoso, de no ser porque la mantuvo allí con firmeza.

—La reunión con el inspector no podría haber ido mejor, comisario. Ocho minutos. Los he cronometrado. Me ha dicho que habrá que celebrar otra reunión, más que nada por mantener las apariencias, y que después volvería a mi puesto. —Grattapaglia sonrió—. Debo reconocer que no me sentía así de bien desde hacía algún tiempo. —Los nudillos se le pusieron blancos mientras acentuaba la presión de los dedos y los hundía por debajo de la clavícula del asistente capo, que emitió un gemido—. Rospo y yo tenemos pendiente una pequeña charla sobre la inspectora Mattiola y el reconocimiento del mérito ajeno. Ven aquí.

Rospo hizo una mueca de dolor mientras Grattapaglia lo apartaba de Blume, que miró hacia el otro extremo de la estancia, donde estaba Caterina, al parecer ajena a su presencia. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, como si estuviera leyendo un breviario, pero en sus manos no había nada. Blume se le acercó.

—Esperaba verte exultante de alegría. ¿Qué pasa?

—Ha muerto —dijo—. El viejo Corsi ha muerto. Acaban de llamarme del hospital. La puñalada ha sido superficial, pero al parecer ha muerto de *shock* hipovolémico.

Blume renunció a su plan —nada desinteresado— de reprenderla por haber contravenido el reglamento, haber entrado sola en la vivienda de un sospechoso y no haberse esforzado lo bastante por mantenerlo al tanto de la situación.

—¿Por qué te afecta tanto lo de Corsi? —preguntó Blume—. Lo que quiero decir es que, sí, claro, es algo triste, pero era un anciano, y los ancianos se mueren con nada. Además, tampoco es que lo conocieras personalmente.

—Ya puestos —repuso Caterina—, lo cierto es que los pocos minutos que pasé en su compañía me bastaron para darme cuenta de que tampoco me caía demasiado bien. No es por él. Es el hijo el que me da lástima. He pasado por el despacho de Mariagrazia Gazzani, la jueza que estaba al frente de la investigación por la denuncia que los Corsi interpusieron contra Leporelli y Scariglia. Resulta que el hotel

arruinado era una empresa del hijo, pero la declaración jurada sobre el intento de extorsión la hizo el padre. Quizá sea mucho suponer, pero tengo la impresión de que el hijo hubiese pagado a Leporelli y Scariglia con tal de mantener el negocio a flote. Estaba en un callejón sin salida y el hotel era su gran apuesta. Cuando todo se vino abajo, se tomó la revancha contra el hotel Noantri. Creo que intentaba buscar una salida, pero solo ha conseguido perder todo lo que tenía y encima ha matado al único ser querido que le quedaba...

—Ya basta, inspectora —atajó Blume—. No desperdicies tu compasión. Es un atracador, y desde hoy también un parricida. Tomó sus decisiones.

—¿De veras crees que es así de sencillo?

—No —contestó Blume—. No lo creo. Pero si él te hace sentir así, ¿qué pasará cuando tengas que enfrentarte al dolor de los verdaderamente inocentes?

—He visto a niños muertos. He visto a muchachas asesinadas. Chinas, nigerianas, kurdas. Cuando trabajaba en Inmigración, vi cosas que no podrías ni imaginarte. Bueno, la gente no podría imaginarse, o simplemente no se toma la molestia de hacerlo, porque todos ellos eran extranjeros e ilegales.

—Exacto —replicó Blume—. Así que no desperdicies tu compasión.

—Él no quería matar a su padre, de eso estoy segura. Yo estaba allí.

—A veces pienso que deberíamos olvidarnos por completo de esa manía de distinguir entre lo que la gente quería hacer y lo que acaba haciendo realmente —apuntó Blume—. Piensa en la cantidad de abogados de los que nos podríamos librar. Sabes, los antiguos romanos no tenían en cuenta la intencionalidad. Se limitaban a juzgar el resultado de una determinada acción. Creo que es una forma sensata de ver las cosas. La pena del parricidio entre los romanos, por cierto, consistía en azotar al culpable hasta dejarlo en carne viva, coserlo a un saco de cuero con un perro, una víbora, un gallo y, allá donde lo hubiera, un chimpancé, y luego arrojar el saco a las aguas del Tíber. *Poena cullei*, así se llamaba el castigo. Por desgracia, ya no figura en el código penal.

—Qué espanto... ¿Un chimpancé?

—Eso parece —confirmó Blume.

Caterina reprimió una risita.

—No me lo estoy inventando, conste —dijo Blume.

Caterina enderezó la espalda y lo miró directamente a los ojos.

—Tienes un modo bastante peculiar de animar a la gente.

—Has hecho un gran trabajo, ¿lo sabes? —le dijo Blume—. Y me he enterado de lo que has hecho por Grattapaglia. Es fantástico. Una jugada maestra. Nos deja a todos limpios de polvo y paja.

Caterina asintió.

—Gracias.

—También nos has quitado un gran peso de encima. Ahora podremos respirar más tranquilos, aunque eso significa que deberás sentarte a redactar los informes

sobre lo de esta mañana. Y luego yo tendré que sentarme a firmar todo el papeleo.

—Hay algo más —dijo Caterina—. Angela y Emma han venido esta mañana, después de que te fueras. Y luego Grattapaglia y yo hemos llegado a la conclusión de que Emma miente sobre lo que estuvo haciendo la noche en que Treacy murió. ¿Dónde estabas esta mañana, por cierto?

—Iba a decírtelo. —Blume echó un vistazo a su alrededor, vio a Rospo sentado delante del ordenador, masajeándose el hombro con la frente surcada de arrugas, ceñudo—. Ven a mi despacho.

Tras pedirle a Caterina que le expusiera los detalles de la entrevista con Emma y su madre, Blume la colmó de elogios.

—Y sé que estás protegiendo a Rospo, quitando importancia al hecho de que se ausentara.

Caterina hizo caso omiso de sus halagos y lo miró con gesto expectante.

—Ahora te toca a ti —dijo—. Has cogido el teléfono mientras hablabas conmigo y te has largado sin decir ni media, ¿a qué ha venido eso?

—Te he pedido que me informes de tus diligencias en calidad de oficial al mando. Es algo que no suele funcionar al revés.

—¿Por qué me sales con esas? No tienes ningún derecho a callártelo. Ningún derecho. Yo estoy directamente envuelta en todo esto, al igual que mi hijo. A veces te comportas como un perfecto capullo.

—No puedes hablarme así. No mientras estemos entre estas paredes. Por eso se han hecho reglas para impedir que se den esta clase de situaciones.

—¿Qué situaciones?

—Ya me entiendes... Que lo personal se mezcle con lo profesional.

—No, no te entiendo. Explícamelo.

—Sabes exactamente a qué me refiero —repuso Blume.

Caterina soltó una carcajada.

—Deberías verte en un espejo ahora mismo. Te propongo algo: tú solo cuéntame qué has estado haciendo. Será pan comido, comparado con esta conversación.

—Es mejor que no lo sepas, de verdad. Por tu propio bien.

—Si es por mi propio bien, te doy permiso para alterar mi paz de espíritu —dijo Caterina.

—No. No en este edificio —replicó Blume—. No podemos hablar de esto aquí dentro.

—¿Dónde, si no?

Blume se levantó bruscamente del escritorio.

—Vámonos.

—¿Adónde?

—¿Alguna vez has visto un Velázquez?

—No. Treacy mencionaba un retrato de un papa, no recuerdo su nombre.

—Inocencio X. Giambattista Pamphili, si lo prefieres. —Blume se acercó a la ventana de su despacho y señaló hacia fuera—. Se encuentra a unos veinte pasos de donde estamos ahora.

Salieron de la comisaría y doblaron a mano derecha. Pocos metros más allá de una serie de ventanas con pesadas rejas que jalonaban la fachada a ras de suelo,

llegaron a un portal impresionante sobre el que ondeaba una banderita verde que anunciaba la entrada a la Galleria Doria Pamphili.

—¿Es aquí? —preguntó Caterina.

—No. Esa es la entrada antigua —explicó Blume—. Tenemos que dar la vuelta a la manzana para entrar por Via del Corso.

—¿Has estado aquí recientemente? Creo que no he pisado un museo desde las excursiones del cole —confesó Caterina—. ¿Los visitas a menudo?

—Más o menos —repuso Blume.

—¿Has estudiado algo relacionado con el arte?

—Lo mamé desde pequeño. Mis padres eran historiadores del arte.

Enfilaron Via del Corso. Caterina se quedó rezagada tras un grupo de turistas ataviados con bermudas y pantalones de explorador que se habían arracimado en perfecta formación de tortuga y avanzaban con defensiva cautelada, decididos a no consentir que los autóctonos los barriesen de la acera y los arrojaran al paso de los mortíferos autobuses. Para cuando consiguió bordearlos, Blume había desaparecido. Se disponía a cruzar alegremente el arco monumental de la entrada para internarse en lo que siempre había pensado que era un banco cuando él se asomó y tiró de ella suavemente hacia un apacible patio. Blume enseñó la insignia de la policía al hombre que vendía entradas en una taquilla acristalada, y que se limitó a encogerse de hombros y fruncir el ceño. Luego Blume guió a Caterina por un largo y silencioso pasillo hasta un tramo de escaleras de trazado sinuoso.

—Mi padre se está muriendo —dijo Caterina en medio del silencio—. No sé por qué lo he dicho. Ni tampoco por qué me ha sonado a confesión.

—Te ha sonado a confesión porque me estás diciendo que no sabes cómo te las arreglarás sin él —dijo Blume—. Pero lo harás. Mientras viven, los padres son como dos fuegos: el centro del consuelo, el calor y la luz, pero también de la rabia, la ira y los enfrentamientos más viscerales. Cuando se mueren, dejan a su paso una especie de humareda que sigue expandiéndose hasta que parece contaminarlo todo, incluidos tus actos, y que roba el color a todas las cosas. Así que acabas aceptando que vivirás envuelto en ese humo el resto de tu vida, hasta que un buen día te das cuenta de que se va dispersando, y sabes que eso es bueno, pero no puedes evitar sentirte culpable por ello.

Nada más entrar en la galería, se toparon con un centauro de bronce, y Caterina a punto estuvo de señalar con el dedo como una niña para exclamar: «¡Oh, mira!».

—Estamos solos —constató Blume—. No hay ni un solo turista. Maravilloso.

Una pareja alta y rubia entró en la estancia hablando en holandés.

Caterina se sintió súbitamente cohibida en medio de aquella habitación, entre hileras de estatuas blancas de cuerpos musculosos. Los frescos del techo, de intenso colorido, ilustraban escenas de historias que ella desconocía. No es que hubiese pinturas colgadas en las paredes, es que estaban literalmente cubiertas de cuadros. Lienzos y más lienzos colocados unos por encima otros, en su mayoría demasiado

altos para que nadie pudiera contemplarlos. Los que se encontraban al nivel de los ojos del visitante reflejaban la luz con un brillo negro, alquitranado, bajo el cual Caterina no alcanzaba a vislumbrar apenas nada.

Siguió a Blume hasta el final de un largo pasillo.

—¡Espera! ¿Has visto esto? —Caterina señalaba una pintura en la que seis querubines desnudos parecían enzarzarse en una pelea—. ¡Qué entrañables son...! Quiero decir, también son graciosos. Sobre todo graciosos. Ya veo cómo me estás mirando. No sé apreciar esta clase de cosas, no me hagas sentir ignorante.

—La batalla de los *putti* —informó Blume. Leyó con ojos achinados la placa que había junto al marco—. Aquí pone que lo pintó un tal Andrea Podestà. Nunca había oído hablar de él. Es curioso, creía que... da igual. Lo he visto antes, pero no aquí.

Le tocó el brazo y la condujo hasta una pequeña habitación de planta cuadrada en la que apenas había sitio para los dos, y dijo:

—Ahí lo tienes.

El papa Inocencio X los miró de reojo con gesto hostil desde su inmenso retrato.

—¿A que parece realmente molesto por nuestra irrupción? —dijo Blume—. Me encanta.

—No parece muy contento, desde luego —concedió Caterina. Se volvió para estudiar un busto de mármol blanco del mismo papa en el que este presentaba una expresión más serena y la mirada perdida, indiferente, como si evitara posar los ojos en ellos—. Y aquí tampoco.

—Se nota que Velázquez era alguien de mucho peso en la corte por el hecho de que le consintieran retratar al papa de ese modo, sin que el propio Pamphili pusiera objeciones —afirmó Blume—. No pretende enaltecer su figura, pero por eso mismo lo consigue. Es como cuando alguien se mete con tus defectos: da mucha rabia, pero puesto que significa que eres lo bastante interesante para que se fijen en ti, en el fondo deberías tomártelo como un cumplido.

Blume contempló el retrato, asintiendo con aprobación entusiasta.

—Además —añadió—, imagínate que pudieras mandar a la gente a la mierda con una mirada por los siglos de los siglos. ¿Quién podría resistirse?

Dejaron atrás el retrato y cruzaron despacio la estancia contigua. Blume se detuvo delante de un lienzo en el que una mujer alzaba las manos al cielo junto al cuerpo moribundo de un guerrero.

—Es un Guercino —dijo Blume, dando unos golpecitos en la placa informativa de la pared—. Uno de los pintores que le gustaba copiar a Treacy.

—*Erminia encuentra a Tancredo herido* —leyó Caterina—. ¿Quiénes eran Erminia y Tancredo?

—No lo sé —confesó Blume—. ¿Tancredo no era uno de los caballeros normandos que conquistó el sur de Italia? Sigue siendo un nombre común en esa zona.

—En *El gatopardo* también sale un Tancredo —apuntó Caterina—, aunque salta a

la vista que no es el mismo.

Mientras contemplaban la obra, que, a decir verdad, no era del agrado de Caterina, Blume empezó a hablarle de Faedda, del falso robo en su casa y de su idea de tenderle una trampa al coronel.

—¿Se tragará Farinelli que Treacy ocultaba algo bajo las pinturas?

—Le pedí a Faedda que filtrara la idea en su departamento, y debo decir que el espía del coronel no ha tardado en irle con el cuento. Creo que eso ayudará a Faedda a identificarlo, si es que no lo tenía claro ya.

—Pero ¿se creerá el coronel que hay algo? —insistió Caterina.

—En las pinturas, detrás de las pinturas, debajo de las pinturas. No hace falta que se lo crea, basta con que dude. Lo importante es confundirlo, impedirle tomar decisiones con lucidez. Y está funcionando. El coronel manda colocar las pinturas en mi casa y al cabo de pocas horas pretende recuperarlas. Nunca debió cederme el mando, ni siquiera de forma temporal. La situación se le escapa de las manos y no piensa con claridad. Eso me basta por ahora.

—Te mueves en el filo de la navaja, Alec —dijo Caterina—. Pero el coronel no se arredra ante nada. Ten cuidado.

—Eso es lo que pasa cuando tienes décadas de impunidad a la espalda. Aunque racionalmente sabe que ha perdido buena parte de su poder, ya no tiene el menor sentido de la proporción. Sigue actuando como si no existieran límites. Por eso creo que no tardará en dar un paso en falso.

—Quiero que sufra —confesó Caterina—. Y eso hace que me enfade conmigo misma.

—Es comprensible. El coronel hace daño a la gente. Es lo que ha hecho toda su vida. Pero también es cuidadoso. El daño que pretende infligirme es administrativo, penal y moral, pero no físico. Lo mismo que a ti y a Faedda. Y no tocará a Elia, por supuesto. Hasta él sabe que hay líneas que no se pueden cruzar.

—¿Y qué me dices de los demás?

—¿Quién queda?

—Emma, su madre, Nightingale.

—A ellos sí podría hacerles daño —admitió Blume—. Pero de momento centrará sus energías en mi persona y en tratar de recuperar las pinturas. Luego, con un poco de suerte, Faedda lo cogerá. Ese es el plan.

—Una maniobra de distracción, por así decirlo. ¿Ha sido idea tuya?

—No exactamente.

—¿Qué opinas de la falsa coartada de Emma?

—No se sostenía demasiado, la verdad. Tenemos testigos, y seguramente llevaba el móvil encima, así que podríamos rastrear sus movimientos. Puedes estar segura de que el coronel lo ha hecho ya.

—El hecho de que mintiera significa que estuvo allí pocas horas antes de que Treacy muriera —señaló Caterina.

—También significa que el coronel lo sabe. Pero Treacy murió por causas naturales, así que Emma no tendrá que enfrentarse a una investigación. Por aquí hay un Caravaggio que vale la pena mirar: *Descanso en la huida a Egipto*.

Caterina dejó que Blume la guiara hasta la siguiente sala y le echó un vistazo al cuadro, que no se parecía demasiado a las demás obras de Caravaggio que había visto.

—Odio tener que decírtelo, Alec, pero cuanto más lo pienso, más me convenzo de que la idea del robo en tu casa ha sido una solemne tontería. Por muchas razones.

—Lo sé.

—¿Y bien?

—En aquel momento me pareció buena idea. Me dejé convencer por Paoloni. Ni siquiera es que sea persuasivo, lo que pasa es que siempre tengo la sensación de que estoy en deuda con él.

—¿Quieres saber una o dos de las razones por las que creo que no ha sido buena idea?

—No. Me las sé todas. Yo también he estado dándoles vueltas.

—¿Podemos hablar de una de ellas?

—Si insistes...

—Crees que has logrado desviar la atención del coronel sugiriendo que el Velázquez está oculto debajo de una de las pinturas que desaparecieron de tu casa —empezó Caterina.

Blume la interrumpió:

—No necesariamente una de las que él colocó en mi piso. Podría estar en cualquiera de las pinturas que sacó de la casa de Treacy. Ya habrá empezado a buscarlo en las que siguen en su poder, lo que lo mantendrá ocupado durante algún tiempo, y cuando se dé cuenta de que no está allí, intentará recuperar las que yo mandé robar.

—Y que, dicho sea de paso, no tienes.

—Pero las puedo recuperar fácilmente.

—O eso esperas. Pero ahora imagina que estás equivocado. Es decir, supón que, aunque sea accidentalmente, has dado en la diana y el Velázquez está realmente escondido en una de esas pinturas...

—No lo está. No estoy equivocado.

—¿Nunca te ha pasado que has dicho eso y luego ha resultado que sí estabas equivocado?

—Jamás —repuso Blume.

—No me vaciles.

—Treacy no se arriesgaría a dañar un Velázquez.

—Si es tan improbable, el coronel también llegará a la misma conclusión.

—Sí, pero primero tendrá que comprobarlo. Solo para asegurarse. Si Treacy tuvo la precaución de darle al lienzo una segunda imprimación con yeso, este habrá

conservado lo que haya debajo.

—Pero tú estás seguro de que no lo hizo.

—No, no lo hizo.

—Pareces muy seguro.

—Porque estoy en lo cierto. Eso no sería propio del Treacy que conozco, que jamás aplicaría sus técnicas de falsificación a un Velázquez.

—¿Por qué no?

—Se nota en el tono de su diario. Suena compungido, arrepentido... Está todo allí. El coronel jamás lo captará, porque representa la verdad, la belleza, el perdón. Treacy jamás hubiese pintado encima de un Velázquez. Está escondido en otro sitio, de eso estoy seguro. A no ser que...

—¿A no ser que qué? —preguntó Caterina.

—Se me acaba de ocurrir algo de lo más inquietante —dijo Blume.

—¿El qué?

—Ven, volvamos a mi despacho. —Eché a andar a toda prisa, obligando a Caterina casi a correr para darle alcance—. Por cierto, quería comentarte que la Madonna de Caravaggio se te parece mucho.

—¿De veras?

Caterina intentó evocar la imagen del lienzo, pero no lo había observado con atención. Tendría que volver en otro momento para hacerlo.

No tardaron más de diez minutos en llegar al despacho de Blume.

—Por casualidad no llevarás encima las fotocopias del manuscrito de Treacy, ¿verdad?

—No empecemos con eso otra vez —replicó Caterina—. ¿No tenías los originales?

—Se los di a Paoloni. No importa. Apunté la frase... aquí está.

Blume sacó un bloc de notas del cajón y pasó varias hojas hasta dar con la frase que buscaba, que leyó en voz alta:

Pero ya te he dado lo más valioso que he poseído jamás. Lo tienes delante de los ojos, lo tienes en estas palabras, en nuestros corazones y recuerdos.

Blume dejó el bloc de notas sobre la mesa y miró a Caterina.

—No se me pasó por la cabeza que pudiera ser tan explícito: ¡«Lo tienes delante de los ojos»!

—Angela —dijo Caterina—. ¡Se lo dio a Angela!

—Pero escondido. Eso quiere decir que sí está debajo de una pintura. Estaba equivocado. El Velázquez está oculto en algún lienzo que Treacy regaló a Angela. Todo cuadra.

Con gesto brusco, Blume levantó el auricular del teléfono de su escritorio.

—Llámalas. Dile que descuelgue algún cuadro de Treacy que tenga en las paredes

y que se venga para acá con ellos.

—¿Por qué yo? —preguntó Caterina, ignorando el pesado auricular de color crema que Blume le tendía, al tiempo que cogía su propio móvil.

—Tú la conoces. A ti te hará caso.

Caterina levantó la mano para pedir silencio mientras esperaba el tono de llamada y asintió cuando empezó a oírlo.

—Está sonando... ¿Angela? Soy la inspectora Mattiola. Sí, Caterina. Escuche, puede que suene un poco extraño, pero... ¿Que acaba de irse? Farinelli ha estado allí. ¿Y qué ha...?

Caterina escuchó a Angela y, tras algunas desganadas palabras de consuelo, colgó.

—Demasiado tarde —concluyó—. El coronel y el maresciallo se han presentado en Pistoia. Acaban de irse. Se han llevado varios cuadros que Angela tenía colgados en la pared. Emma estaba allí.

Quince minutos después, Blume estaba sentado en su despacho sin poder evitar sentirse como un perfecto imbécil. Caterina había acabado su turno, y le había dicho que se fuera a casa.

—Lo único que tengo que hacer es esperar a que el coronel mueva ficha —había comentado Blume.

Antes de marcharse, Caterina le había advertido:

—Lo ideal sería que supieras qué ficha va a mover.

—Las mueve un poco más rápido de lo que creía.

Pero Caterina se fue a casa de todos modos. Al fin y al cabo, tenía un hijo esperándola.

Todo eran suposiciones, pero para entonces el coronel, probablemente acompañado por su lacónico maresciallo, podría estar cruzando la frontera suiza llevando en el maletero un lienzo de valor incalculable.

Su móvil empezó a sonar. Con un suspiro, lo sacó del bolsillo. Número oculto.

—Mi maresciallo ha dejado un paquete importante para usted abajo —anunció el coronel—. Le aconsejo que baje y lo recoja ahora mismo.

—¿Un paquete bomba? —aventuró Blume.

—Al contrario: una oferta de negociación.

—Es dinero, ¿verdad, coronel? —preguntó Blume. De pronto, se sentía exultante. El coronel seguía buscando el Velázquez—. ¿Cuánto? —El coronel guardó silencio—. Acaba usted de delatarse —le advirtió Blume—. Siempre grabamos todas las llamadas.

—No le tengo miedo a una grabación. Lo único que quiero es que esta conversación ascienda a otro nivel de inteligencia —replicó el coronel—. Volveré a llamar en diez minutos.

Blume ni siquiera tuvo que bajar a recepción. Un agente con iniciativa le llevó el sobre y se quedó merodeando por allí con la esperanza de ver qué contenía. A juzgar por la forma y el peso del sobre, solo podía ser dinero, y quería confirmarlo para poder ir corriendo a contárselo a sus colegas.

—Gracias, agente. Ya puede marcharse —le dijo Blume.

Tras asegurarse de que estaba solo, lo abrió y echó un vistazo a su interior. Luego contó el dinero, dejando caer los billetes de cincuenta y cien euros en el cajón de su escritorio a medida que lo hacía. No advirtió ninguna secuencia de dígitos ni marcas evidentes en los billetes. Empezó a recuperar la sensación de confianza en su propio juicio.

Cuando el coronel volvió a llamar, Blume le dijo:

—Coronel Orazio Farinelli, qué generoso por su parte regalarme cinco mil euros

así como así.

—¿Quiere dejarse de juegucitos, Blume? Un comisario de policía que finge el robo de su propio piso, que interviene sin el mandato de un juez en un caso que no le ha sido asignado, que retiene pruebas cruciales para dicho caso en forma de cuadernos manuscritos, que emprende una investigación por su cuenta atraído por un premio que vale millones, y que para ello no duda en buscar la complicidad de un antiguo policía apartado del cuerpo por lo que todo el mundo sabe que fue un intento de homicidio y que ahora dirige una empresa de seguridad que se mueve en esa zona gris que queda entre la legalidad y la delincuencia. ¿Y se supone que yo debo preocuparme por quién pueda estar escuchándonos?

—Hablando en plata: entonces, ¿para qué es este dinero?

—Es el adelanto que le corresponde.

—Yo no tengo las pinturas. Ya ha visto usted que han entrado a robar en mi piso.

—Sé que no las tiene. Dejé que se le escaparan entre los dedos.

—Igual que usted, coronel.

—Por eso tenemos que volver a unir fuerzas. Ambos cometimos el mismo error, y ambos necesitamos recuperar esas pinturas para poder examinarlas con tranquilidad. Ese dinero es para que se lo dé usted a quienquiera que las tenga. Prométele más, recupérelas.

—Veo que ha terminado de leer la autobiografía de Treacy. Su pongo que tuvo la ocurrencia de colocarme las pinturas antes de llegar a ese pasaje tan interesante sobre el pintor español. Qué poco considerado por su parte dejarlo para el final, ¿no cree? Y qué gran desventaja para usted que lo escribiera en inglés.

—Si se mostrara más dispuesto a cooperar, podríamos resolver esto juntos.

—Las pinturas que usted colocó en mi casa han sido robadas. Robadas de verdad. Hágase a la idea de que las he puesto en manos de un fideicomiso ciego. Ahora mismo ni usted ni yo tenemos el menor control sobre ellas —dijo Blume.

—No diré más que esto —le advirtió el coronel—: el bienestar de sus amigos debería guiar sus actos. Piense en lo que más daño les haría y hasta dónde estaría dispuesto a llegar para evitar que eso ocurriera. Ese es el grado de compromiso que busco yo.

Dicho esto, el coronel colgó.

Blume se puso en contacto con la centralita desde su teléfono y pidió a la telefonista que llamara a casa de la inspectora Mattiola y le pasara la llamada.

—¿Caterina?

—No, soy Elia. ¿Quiere hablar con mi madre?

—Así que esta noche te quedas en tu casa. Buen chico. Sí, dile que se ponga.

—¿De parte de quién?

—No reconoces mi... Soy el comisario. Blume. Su jefe. Alec.

Trancurridos unos segundos, Caterina se puso al teléfono.

—No me digas que tengo que ir esta noche.

—No, al contrario. Quédate en casa.

—¿Va todo bien?

—Claro. ¿Así que estás en casa?

—Me has llamado al hijo. ¿Seguro que va todo bien?

—Quería decir luego, si estarás en casa luego. Estaba pensando en pasarme luego. Podríamos tomar una copa. ¿Se quedará Elia a dormir?

—Tú no bebes, comisario. Y sí, Elia se queda a dormir. Acaba de volver de casa de un amigo. No estarás sugiriendo que lo mande a casa de mi madre esta noche porque vengas tú, ¿verdad?

—¡No! Que se quede en casa contigo. ¿Pensabas salir?

—No si vas a venir.

—Bien. Quédate en casa. Quedaos los dos. Y cierra la puerta con llave.

—Alec, ¿qué demonios está pasando? ¿Se trata del coronel Farinelli? Sí, ¿verdad? Si ha vuelto a amenazar a Elia, voy a tener que buscar el modo de librarme de esa amenaza de una vez por todas.

—El coronel no hará nada —le aseguró Blume—. Pero quedaos en casa.

—¿Te pasarás por aquí?

—Puede que llegue tarde.

—Ven cuando quieras. No me vendría mal un poco de compañía. De refuerzos.

—Los tendrás —dijo Blume.

Colgó, abrió bruscamente la puerta del despacho y miró hacia fuera. Panebianco no estaba. Hacía bastante tiempo que no lo veía. Blume ordenó a Rospo a voz en grito que entrara en su despacho.

—Te daré una oportunidad para que te redimas por no haber movido un puto dedo esta mañana, y cada mañana, y cada día. Además, cobrarás horas extras —le dijo mientras Rospo entraba—. Quiero que vigiles un edificio. Desde un coche oficial.

Rospo hizo una mueca.

—Elige a alguien con quien te lleves bien, si es que existe, coge un coche y espera delante de esta dirección hasta que yo vaya a relevarte. Impide el paso a cualquier persona de aspecto sospechoso que entre en el edificio.

—¿Lo ordena un juez?

—No, te lo ordeno yo.

—¿No hay orden judicial? —replicó Rospo, inflando las mejillas mientras sopesaba la información—. ¿Por lo menos se trata de un caso nuestro, señor?

—Rospo, te lo advierto...

—Lo haré, por supuesto. ¿Qué clase de sospechosos buscamos?

—Militares, policías, delincuentes, cualquiera capaz de ejercer violencia. Probablemente un par de varones con edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta. Irán armados. No dudes en disparar, llegado el caso.

—¿Quién es el objetivo?

—El objetivo es cualquiera que resulte sospechoso. Tú los abordas, tu compañero

te cubre.

—No me refería a mi objetivo —replicó Rospo—, sino al objetivo de los sospechosos. ¿A quién debo proteger?

—A un niño.

—¿El hijo de alguien?

—De la inspectora Mattiola. ¿Comprendes ahora por qué te he dicho que te daré una oportunidad para redimirte?

Blume giró sobre los talones y luego llamó a Paoloni.

Había surgido un problema.

—¿Sabes eso que suele decirse de que las mejores mentiras son las que se basan en la verdad? —preguntó Paoloni cuando Blume entró en su piso—. Pues es una gilipollez. Las mejores mentiras son las que se basan en mentiras.

—¿Algún problema, Beppe?

—Las cosas se han complicado un poco. Los amigos de mi primo...

—Los ladrones —dijo Blume—. ¿Qué quieren, dinero? Ten.

Dejó sobre la mesa los cinco mil euros en efectivo del coronel.

Paoloni recogió el dinero y se lo devolvió a Blume.

—Quédatelo. Por lo menos mientras te lo explico. El problema es que los dos tipos que entraron en tu piso empiezan a ponerse nerviosos. Hace unas horas los carabinieri los han detenido, los han interrogado sobre algo que no tiene nada que ver con lo tuyo, algo que pasó la semana pasada en Centocelle, y luego los han soltado. Creen que los están siguiendo.

—¿No puedes ayudarlos a darles esquinazo y tranquilizarlos?

—Ya lo he hecho. Ahora están un poco más relajados, pero la cuestión es que no quieren vender las pinturas a nadie de la policía.

—Beppe, diles que elijan un lugar para el intercambio y yo me presentaré allí.

—Están un poco asustados. Te digo que no quieren tratos con la policía. Uno de ellos ha dicho que estaban pensando incluso en quemarlas.

—¿Cómo van a saber que soy policía, Beppe?

—¿Tú? ¿Qué otra cosa ibas a ser, si no?

—Podría ser un comprador extranjero.

—Un comprador extranjero... Anda ya, Alec. Seguramente vieron tu foto cuando entraron a robarte. Yo no se lo he dicho, pero me sorprendería que no dedujeran que eres policía. Es probable que mi primo se lo haya dicho.

—En casa no hay fotos mías.

—Pues de tus padres. Seguramente te pareces a ellos. Piensa un poco, Alec.

Le vino a la mente la imagen de su pasaporte tirado sobre la cama. Los ladrones lo habían sacado del cajón de la mesilla, junto con el dinero en efectivo.

Blume llamó a Faeda desde el móvil.

—Ha habido algunas complicaciones. Lo llamaré en cuanto tenga las pinturas.

Blume colgó el teléfono cerrando la solapa con brusquedad.

—Devuélveme el dinero —dijo Paoloni.

Blume hurgó en el bolsillo, sacó el sobre y se lo arrojó a Paoloni.

—¿Cuánto hay aquí?

—Cinco mil.

—Añadiré otros tres mil. Seguramente empezarán pidiendo quince mil. Conseguir

que bajen hasta ocho mil no debería costarme demasiado. No se les da muy bien negociar.

—Entonces crees que deberías ir tú por las pinturas.

—¿Se te ocurre algo mejor? —repuso Paoloni—. Es la única... —Lo interrumpió el timbre cantarín del teléfono fijo, que desató los gruñidos del perro—. Odia el sonido de ese teléfono —informó Paoloni—. La única persona que me sigue llamando a este número es mi ex. —Señaló al perro, que seguía gruñendo—. Justo lo que estaba pensando yo.

Paoloni cogió el teléfono del aparador, contestó, revolvió los ojos, y se dio la vuelta para que Blume no tuviera que escuchar.

El perro se acercó tranquilamente al comisario, bostezó, encajó la cabeza entre sus piernas y, con el morro pegado a sus genitales, resopló complacido. Un solo mordisco, pensó Blume, bastaría para que aquella bestia lo castrara en venganza por haberlo abandonado en manos de Paoloni.

—No creía que fuera posible, pero Filomena es peor incluso como madre de lo que era como esposa —rezongó Paoloni, colgando el teléfono—. Fabio no ha vuelto a casa al salir de clase, y ella ha dado por sentado que estaba aquí conmigo, jugando a la Playstation. Esa es la peor posibilidad que se le ha ocurrido: videojuegos. Si tuviera la menor idea de lo que se trae realmente entre manos...

Blume no lograba evocar el rostro de Fabio. ¿Qué edad tendría ya, quince, dieciséis? Preguntó por lo único que recordaba:

—¿Sigue jugando al fútbol?

Paoloni asintió con entusiasmo, complacido con la pregunta.

—Sí. De hecho, es capitán de su equipo, así que no puedo decir que sea un completo desastre. Y exagero con lo de su comportamiento. Este año parece haber sentado cabeza. Ha empezado a sacar sietes y ochos en lugar de cuatros y cincos. Hasta me ha dicho que le gustaba... ¿qué era? Las mates, o la ciencia, o algo igual de inverosímil. —Se subió el perro al regazo—. No tiene sentido seguir posponiendo esto. Tú necesitas recuperar las pinturas, y yo puedo ir a buscarlas. Hagámoslo.

—No estoy seguro, Beppe.

—Si tuvieras una idea mejor, ya lo habrías dicho.

Blume consultó su reloj de muñeca. Casi las ocho. ¿Debería irse a casa de Caterina o quedarse esperando a que Paoloni volviera con las pinturas? Podría tardar horas.

—¿De dónde sacarás ese dinero de más?

—Tengo unos ahorros. No te preocupes por eso.

—¿Me llamarás en cuanto acabes?

—Podría tardar un poco. Además, no quiero que me pillen hablando contigo justo después. Mi credibilidad no saldría demasiado... *cazzo!* —El teléfono sonaba de nuevo—. Qué poca paciencia tiene esta mujer.

Paoloni habló con su ex, ora en murmullos, ora alzando la voz. Pronunció algunas

palabras de consuelo, luego se enfadó y acabó estampando el auricular con furia.

—Fabio no está en casa de ninguno de sus amigos, según la desequilibrada de su madre —anunció—. No suele gastarnos esta clase de bromitas. Como digo, últimamente ha mejorado bastante. Cuando pille a ese granuja, voy a retorcerle el pescuezo. ¡Mira que hacer pasar por esto a su madre! Y lo peor es que ella va y la paga conmigo. No es propio de él hacer algo así.

—¿Nunca se va por ahí sin decírselo a nadie? Creía que todos los adolescentes lo hacían.

—No —contestó Paoloni—. Ha hecho de las suyas, pero eso no. Tampoco tiene ninguna necesidad, puesto que siempre le hemos dado bastante libertad. Personalmente, creo que tener amigos es mejor que sacar buenas notas. ¿Qué sentido tiene ser muy listo si acabas más solo que la una? Pero esta vez se ha pasado de la raya, y me va a oír. —Luego añadió, en un tono compungido nada habitual en él—: Oye, ¿te importaría llamar a la comisaría y preguntar si ha habido... ya sabes... accidentes o follones en esta zona?

Blume sacó el móvil precipitadamente, se le fue de las manos y cayó al suelo.

—Claro, ningún problema.

—Pareces casi tan preocupado como su madre —bromeó Paoloni.

—Ve por las pinturas, Beppe.

—A lo mejor debería esperar hasta tener noticias de Fabio.

—Vete ya, Beppe. Te lo digo en serio. Cuanto antes las recuperes...

—¿Qué? Cuanto antes las recupere, antes ¿qué?

—Antes se acabará todo esto. Yo me encargo de Fabio. Te llamaré en cuanto lo encuentre. No tengo nada más que hacer.

Paoloni se levantó, se metió el sobre debajo del brazo y salió de la habitación. Minutos después volvió.

—No te preocupes por devolverme la diferencia.

—Gracias. Te lo agradezco de verdad. Pero te devolveré el dinero.

—Otra cosa. —Paoloni entregó a Blume los tres cuadernos manuscritos—. No tiene sentido seguir guardándolos aquí. Si los quieren, este será el segundo sitio al que vendrán a buscarlos. Yo en tu lugar los quemaría y santas pascuas.

Blume cogió los cuadernos sin demasiado entusiasmo.

—Gracias, Beppe.

—Nada. Oye, cuando has dicho que te encargarías de Fabio... Ha sonado un poco raro.

—¿Qué tiene de raro? Puede que lo encuentre, ya sabes... Quizá un coche patrulla lo vea en una esquina. Y si no lo encuentro será porque ha vuelto con su madre.

—Tú avísame en cuanto sepas algo —dijo Paoloni.

Salieron juntos. Mientras se subía al coche, Paoloni añadió:

—No sé cuánto voy a tardar. Te llamaré en cuanto lo tenga claro. —Hizo una

pausa—. Lo que más me preocupa son las *motorini*. Son ideales para abrirse la crisma. Avísame enseguida si ha habido un accidente.

—No le ha pasado nada, ya verás —lo tranquilizó Blume.

—Sí, ya. Pero tú avísame, ¿de acuerdo?

Mientras Caterina fregaba los platos y se preguntaba a qué podía deberse la extraña visita de Blume y sus advertencias veladas sobre la conveniencia de que se quedara en casa, Elia apareció en el umbral y le informó, con genuino asombro, de que la Roma había metido tantos goles en lo que iba de liga como el Inter de Milán, por más que este le sacara ocho puntos de ventaja en la clasificación. ¿Acaso le parecía justo?

Caterina fingió interesarse por la cuestión y se vio recompensada con una serie de estadísticas que demostraban más allá de toda duda que la Roma, pese a las derrotas acumuladas, no tenía nada que envidiarle a ningún otro equipo de la liga italiana o, puestos a comparar, de Europa.

Dejándose llevar por el entusiasmo, Elia le preguntó a quién creía que deberían poner de delantero centro en el partido contra el Palermo que se disputaría el miércoles por la noche. Caterina frunció el ceño, como si se lo estuviera pensando, hasta que Elia sugirió unos pocos nombres, junto con la opinión que le merecían como jugadores. Caterina eligió uno al azar: Baptista. El niño no salía de su asombro. Ese era exactamente el nombre que tenía en mente. Saltaba a la vista que su madre no estaba tan pez en la materia como podría parecer. Ahora bien, respecto a la defensa, ¿creía que Mexes era mejor que...?

Cuando por fin completó la alineación, Caterina le dijo que se fuera a la cama. Luego entró en su propia habitación, cogió la pistola del escondite del armario y la cargó. Acto seguido descolgó el póster enmarcado que había en el vestíbulo, junto a la puerta. Detrás de este había un hueco en la pared que albergaba el contador eléctrico. Colocó la pistola en su interior y volvió a colgar el póster, que observó por primera vez en mucho tiempo. Era una obra impresionista que representaba un jardín exuberante. Comprobó el nombre del pintor. Camille Pissarro. Seguramente un italiano. Los mejores artistas siempre lo eran.

Caterina consultó el reloj. Ya eran las diez menos cuarto. Elia tenía que estar en la cama a las nueve y media, y por lo general tardaba veinte minutos o menos en quedarse dormido. Habían acordado por mutuo y tácito acuerdo desistir de sus intentos de leerle cuentos antes de dormir. En lugar de eso, lo oyó hablar un poco más de fútbol mientras lo ayudaba a desvestirse, cepillarse los dientes y meterse en la cama. Luego se quedó con él un rato, acariciándole la cabeza hasta que él pidió que parara. Cogió sus deportivas y las llevó al mueble zapatero del vestíbulo. Se fijó en las zapatillas blancas, que necesitaban una buena limpieza. Elia calzaba ya un treinta y cinco, un número menos que ella.

A las diez y cuarto, Caterina entró en la habitación de su hijo, lo besó en la frente y se fijó una vez más en lo mucho que sudaba mientras dormía. Por lo general, dejaba la puerta entornada, por si Elia la llamaba a media noche. A ambos les gustaba

recordarle al otro que no estaban solos en el piso. Últimamente se despertaba menos a menudo. Esa noche cerraría la puerta.

Caterina se desvistió y se puso una camiseta verde, unos pantalones de suave algodón gris y un par de calcetines de lana roja. No era el más seductor de los atuendos, pero estaba en su casa y así solía vestirse de puertas adentro. Además, no tenía intención de seducir a nadie. Si Blume iba a verla era porque alguien había amenazado a su hijo. No era precisamente un buen motivo para maquillarse y ponerse tacones.

Mientras estaba en el cuarto de baño quitándose el maquillaje, sonó el timbre. Se detuvo a medio gesto, con una bola de algodón ennegrecido entre los dedos, y el espejo le devolvió el reflejo de su rostro tenso. Se dijo a sí misma, en voz alta:

—Será él, que llega pronto.

Dejó caer la bolita de algodón en el lavamanos y se fue hacia la puerta. El ruido áspero del timbre volvió a sonar. Caterina descolgó el Pissarro, tocó la Beretta y contestó a través del interfono.

—¿Inspectora Mattiola?

No era Blume. Una mujer. Una chica.

—¿Emma?

—Sí, ¿puedo subir?

—¿Vienes sola?

—Sí.

Caterina hizo una pausa mientras su dedo permanecía suspendido sobre el botón.

—Tengo que hablar con usted, es importante —dijo Emma—. Y hay algo que quiero enseñarle.

—¿No hay nadie más contigo ahí abajo?

—No. ¿A qué se refiere? Hay un coche de policía al otro lado de la calle con dos agentes dentro, si se refiere a eso.

—¿Un coche de la policía o de los carabinieri?

—De la policía.

—¿Cómo has conseguido mi dirección?

—Buscando en el listín. Es usted la única C. Mattiola de Roma.

Caterina esperó unos segundos antes de abrir. Oía la respiración de Emma y el ruido del tráfico.

Se quedó observando el pasillo por la mirilla de la puerta, y justo cuando Emma, que llevaba algo en las manos, alargó el brazo para llamar, abrió la puerta de golpe, lo que cogió a la joven desprevenida. Caterina se sintió levemente culpable por haber sospechado de ella.

Condujo a Emma hasta el salón y la vio mirar alrededor en busca de un lugar en el que sentarse. Finalmente se decantó por el sillón y dejó el objeto que llevaba en brazos en el suelo, vuelto hacia arriba. Era un cuadro enmarcado. Caterina lo miró. Predominaban los tonos oscuros de verde y azul, así como un marrón que recordaba

el barro. Parecía desenfocado, o como si alguien lo hubiese emborronado mientras se secaba. Otro jardín, quizá en los instantes previos a una tormenta. El jardín de una gran casa, o quizá unos jardines públicos. Le gustaba más su Pissarro.

Caterina se sentó en el sofá.

—¿Estamos solas? —preguntó Emma a media voz.

—Mi hijo está en la cama, durmiendo.

—Siento mucho todo esto —se lamentó la joven.

Caterina asintió.

—Dime de qué se trata antes de disculparte por ello.

—Como sabe, el coronel y su maresciallo se han presentado hoy en la casa de mi madre —empezó Emma—. Yo estaba allí, he ido a pasar unos días en Pistoia. El coronel ha dicho que buscaba las pinturas que Treacy le había enviado a mi madre o que ella había cogido de su casa, y mi madre, mirándolo directamente a los ojos, le ha soltado que Treacy le había enviado un cuadro una vez, pero que ella se lo había devuelto. Jamás hubiese imaginado que supiera mentir tan descaradamente. De todos modos, el coronel no se lo ha tragado, y el maresciallo y él han empezado a buscar por toda la casa.

—Podíais haber llamado a la policía.

—Esos dos resultan bastante intimidantes, y cabía la posibilidad de que tuvieran una orden judicial. A toro pasado, es más fácil darse cuenta de todo lo que podías haber hecho —concluyó Emma—. Al cabo de un rato, el coronel ha dado su búsqueda por finalizada. Detrás de él venía el maresciallo con siete cuadros enmarcados bajo los brazos. Cuatro de ellos son obras de Treacy, «al estilo de los Viejos Maestros», como solía decir él con gran desfachatez. El quinto... no recuerdo qué era. Creo que era un lienzo original de algún pintor holandés del siglo diecisiete. Ahora mismo ni siquiera recuerdo su nombre. Ter Borch, quizá. Seguramente era otra falsificación de Treacy. Y los dos últimos cuadros no tenían nada que ver con él. Nos ha dejado todas las obras de estilo moderno, no sin antes destrozarlas, y de paso herir los sentimientos de mi madre. Ha dicho: «Salta a la vista que estas obras modernas son tuyas», y ha empezado a dar vueltas por la habitación, descolgando los cuadros, rompiendo los tableros de los bastidores como si fuera lo más normal del mundo y luego inspeccionando el lienzo, oliéndolo. En un momento dado creo que ha llegado incluso a lamerse el dedo, sonriendo todo el tiempo y negando con la cabeza, como si todas aquellas pinturas le parecieran de lo más ridículas.

Emma se recostó en el sillón con un suspiro y preguntó:

—¿Puedo pedirle una copa?

—Solo tengo los licores que saco y vuelvo a guardar por Navidad sin llegar a abrirlos. ¿Quieres algo de eso?

—¿No tiene vodka?

—No.

—De acuerdo —dijo Emma, y medio se descalzó un pie enfundado en una media.

Caterina bajó los ojos hasta sus propios muslos abiertos, los pantalones de chándal gris.

—Estoy esperando —la apremió.

Emma volvió a tomar la palabra.

—Luego el coronel se sentó, y en ese momento el maresciallo le entregó una carpeta y una lata. El coronel dejó la lata en medio de la mesa, la abrió, cogió una bolita de color marrón envuelta en papel celofán, le quitó el envoltorio y se la metió en la boca. «Dame la mano», me dijo, cogiendo otra bola de la lata. Yo me negué. «Son de Inglaterra. Caramelos de menta Uncle Joe's. Muy difíciles de encontrar aquí». Luego sacó varias hojas con listas de números y el logotipo de la compañía telefónica y las desplegó sobre la mesa. Me explicó que era un listado de todas las conexiones que mi BlackBerry había hecho con las antenas de telefonía móvil y los satélites GPS a lo largo del día en que Treacy había muerto. Y me dijo que aquello demostraba que yo había estado con él hasta tarde. Así que le pregunté cómo podía saber que Treacy había estado conmigo todo ese tiempo, y por unos segundos dejó de chupetear el caramelo, sonrió y dijo: «Buena pregunta. Así me gusta. También habrá que buscar testigos, ¿verdad?». Luego me preguntó si había acompañado a Treacy hasta el lugar en que había aparecido muerto, y yo le dije que lo había acompañado un trecho. «Así que no niegas haber estado con él momentos antes de su muerte», dijo el coronel. Yo le contesté encogiéndome de hombros. Esperaba que me preguntara más cosas, pero entonces anunció: «Nada de eso importa ya, el caso ha sido archivado, puesto que no hay indicios de delito».

Emma se interrumpió y contempló el cuadro a sus pies.

—La pintura que él buscaba es esta.

Caterina volvió a mirar el lienzo. Seguía pareciéndole de lo más normal y corriente.

—¿Estaba escondida en algún sitio?

—No, estaba a la vista —contestó Emma—. El coronel llegó incluso a cogerla, pero la volvió a colgar en la pared con una sonrisita de suficiencia. Es una de las obras que trató con más desprecio, y mientras la sujetaba le dijo a mi madre que era una incompetente y una pobre ilusa. Ni siquiera se fijó en que, de todos los cuadros que había en la casa, aquel era el que disponía de más espacio para él solo. Yo miré a mi madre para comprobar qué efecto tenían en ella los insultos del coronel. Su rostro no delataba ninguna emoción, pero me di cuenta de que sonreía por dentro.

—¿Que sonreía por dentro?

—Sí, una sonrisa triunfal. Lo vi en sus ojos. Pero el coronel no lo vio, porque se dedicaba a contemplar el cuadro con una exagerada mueca de asco. De pronto recordé el modo en que mi madre solía mirar aquel cuadro. A veces ladeando la cabeza, a veces frunciendo el ceño, otras veces sonriendo. En alguna ocasión ha llegado incluso a tocarlo, cosa que jamás le vi hacer con ninguno de los otros cuadros.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó Caterina.

—No tengo ni idea. Pero sé que es el único cuadro que Treacy le envió. Recuerdo cuando llegó, aunque no era más que una niña.

—¿Ha dejado tu madre que te lo llevaras después de que se fueran?

—No ha intentado detenerme, si se refiere a eso. Pero tampoco le he pedido permiso. No se lo merece.

—Hace un momento hablabas de ella como si la admiraras.

—No creo que sea una buena madre. No es lo bastante responsable. A mí me ha tocado pagar las consecuencias de sus caprichos de artista.

—A mí me parece que tampoco has salido tan mal.

—Las apariencias engañan.

—Es la única madre que tienes —repuso Caterina—. Eres joven. Quizá cuando seas un poco mayor puedas perdonarla. Es humana, y los humanos se equivocan. Seguramente ella piensa que ha sido buena madre.

—Mi madre no piensa en eso. Solo piensa en sí misma.

En el silencio que siguió, Caterina trató de oír la respiración de Elia, pero estaba demasiado lejos.

—Treacy solo le mandó un cuadro —insistió Emma, rozando el lienzo con el pie—. Y es este. Recuerdo el día en que llegó, justo antes de que nos mudáramos a Pistoia. Los demás, los que el coronel se ha llevado, siempre habían estado allí. Cuando ya me iba, mi madre me ha dado esto, como si lo justificara todo. Lo arrugué y lo tiré al suelo. Pero también es parte de mi vida, así que volví a cogerlo.

Emma sacó un trozo de papel azul arrugado, un tipo de papel para cartas que Caterina no veía desde hacía años, y se lo dio. Reconoció la letra al instante. En aquella ocasión, Treacy había escrito en italiano.

Querida Angela:

Mantengo lo prometido, y también la distancia. Hace ya algún tiempo, me dio por intentar copiar algunas de las obras de De Chirico y resultó ser más difícil de lo que parecía. Se me daba mejor pintar originales inspirados en sus obras, y te envió el mejor fruto de mis esfuerzos. No fue hasta que traté de copiarlo cuando me di cuenta de lo que tratabas de alcanzar en tus obras. Siempre buscabas la expresividad, y por tanto una verdad que yo dejé de buscar hace muchos años. Por eso me burlaba de ti. Nunca debí hacerlo. Y ahora sé también que burlarme de tus obras ni siquiera es lo peor que te he hecho. Me alegro de que encontraras a Nightingale, aunque me hubiese gustado verte con alguien mejor que él.

No debería haber escrito eso, pero tampoco voy a tacharlo, porque es justo que te lleguen los ecos de la clase de persona que yo solía ser. Siempre me he empeñado en decirte lo que era mejor para ti, cuando, en el fondo, lo que quería decir era que yo era lo mejor para ti. Pero no lo era. Eso no es ninguna novedad, claro está. Me alegro de que te dieras cuenta de ello hace mucho. Por favor, destruye las notas insultantes

que te escribí y borra de tu mente los puñetazos, las bofetadas y los momentos de exquisita tortura basados en la indiferencia y el desprecio. No sé por qué hice esas cosas. Jamás lo sabré. No todo tiene razón de ser, no todos tenemos un lugar en el mundo.

He fracasado. Sigo siendo el mejor dibujante que habrás conocido, quizá el mejor de mi generación, y tengo buen ojo para el color, pero nunca he hallado mi propia voz. Soy un simple copista, un plagiador, un falsificador y un estafador. Sigo afirmando que los artistas de hoy en día no valen nada, y que las grandes obras quedaron en el pasado lejano, pero si fuera menos cobarde, quizá hubiese intentado crear mi propio estilo.

Este es el legado que te dejo. Si lo estudias con atención, verás en él incontables trazos borrados, huellas de otros tantos arrepentimientos, de tantísimos *pentimenti*. Quiero que sepas que son el reflejo de todo el daño que te hice. Si me perdonas, conservarás este lienzo y quizá lo cuelgues en una pared, donde debería convivir en armonía con tus propias obras originales.

Algún día comprenderás mejor aún por qué te envió este cuadro. Imagínanos a los dos en primer plano, sentados en un banco de piedra. Yo cojo una baya de un tejo, tú me dices que el tejo es veneno puro, desde las hojas hasta el fruto. Tu madre te había advertido que no los tocaras. Entonces yo me lo meto en la boca y me lo como, tú pones cara de pánico y yo lo consiento solo para comprobar lo mucho que te importo. Es tan solo uno de tantos gestos crueles, uno de tantos actos que me pesan en la conciencia. Los tejos pueden llegar a vivir mil años. Seguirán allí, exactamente donde los dejamos. Vuelve algún día y piensa en mí.

Tu obra era maravillosa. La hoja del tejo y su semilla serán venenosas, pero no así el fruto.

Te quiero,

Henry

Caterina dobló la carta y se la devolvió a Emma, que la cogió con dedos temblorosos y la dejó caer al suelo, junto a sus pies.

—Yo soy el fruto, ¿entiende? El fruto de Treacy. Esa manera supuestamente poética de hablar y de pensar me repugna. Mi madre también lo hace. *Hippies*, así los llamaban, ¿verdad? Pero Treacy se equivocaba con lo del fruto. También es puro veneno.

—No te sigo, Emma.

—Yo lo maté —afirmó Emma—. Yo maté a Henry Treacy.

En el momento en que Emma pronunció estas palabras, Caterina se recostó en el sofá, y solo entonces se dio cuenta de que llevaba un rato inclinada hacia delante, esperando aquella confesión. Lo había sabido desde el momento en que el novio de Emma, en un alarde de cobardía, había desmentido su coartada.

Emma continuó:

—Fue un accidente. Ni siquiera pretendía hacerle daño. Estaba borracho.

Caterina no dudó de su palabra ni por un instante. Intentó reprimir este acto de fe inmediato por considerarlo impropio de una agente de policía, pero lo cierto es que se notaba que decía la verdad. Imaginar a Emma matando a alguien resultaba casi inconcebible. Pero no era solo eso. La principal preocupación de Emma en ese momento no era afirmar su inocencia, sino confesar los motivos de sus actos. La joven estaba diciendo la verdad. Estaba reviviendo los hechos.

—Henry intentó abrazarme, intentó besarme, y luego empezó a llorar como un niño. Fue asqueroso. Su cara toda arrugada, los pelos de la barba, el olor a cerveza y a vino, a orina, el aliento de viejo...

—¿Intentó propasarse contigo?

—No, no en ese sentido. Estuve toda la noche con él, esperando que me revelara no sé qué cosa superimportante que había dicho que me quería contar, pero lo único que hacía era decirme una y otra vez lo guapa, y lo inteligente, y lo perfecta que era... Hasta que ya no aguanté más. Era mucho más divertido cuando estaba sobrio e irónico, haciendo bromas a mi costa. Luego llegamos a la plaza aquella y empezó a hablar sobre el autorretrato de su despacho, y me preguntó qué veía en él. Y de pronto me cogió, tiró de mí e intentó besarme, no en la boca sino en la cara, en la frente. Forcejamos y lo aparté de mí, pero él seguía suplicándome que lo escuchara, así que le dije que lo haría si primero me soltaba, cosa que hizo. «Nightingale cree que no sé quién eres. Cree que me tiene engañado, y que no soy más que un desecho humano, y puede que tenga razón. Pero sabía quién eras antes incluso de que Nightingale apareciera contigo en la galería y tratara de hacerme tragar otra de sus falsas procedencias, como si acabara de encontrar un tesoro como tú tirado por ahí. Y pensó que yo no me daría cuenta de cómo te trataba, cómo te miraba con cara de arrobo, cómo se le inflaba el pecho cada vez que te veía. Cualquiera se hubiese dado cuenta de que se comportaba de un modo especial contigo. Y la historia que usó como tapadera era ridícula».

»“¿Eso es lo que tenías que decirme?”, le pregunté. “¿Por qué no te encaraste con Nightingale cuando todo empezó? Nunca he podido comprender a qué venía tanta mentira”. Entonces Treacy me miró de un modo que... no puedo describirlo. Orgulloso y triste al mismo tiempo. Una mirada en la que se mezclaban la maldad y

la compasión, y entonces me dijo: “John Nightingale es un cornudo inglés. Tres meses después de que me quitara a Angela, yo volví a hacerla mía, con la diferencia de que él nunca lo supo. Y la volví a hacer mía una y otra vez. Pregúntaselo. Pregúntale a tu madre. John Nightingale no es tu padre, yo lo soy”.

»Creo que grité —prosiguió Emma—. Lo empujé con todas mis fuerzas, en el pecho, con las palmas de las manos. Lo golpeé en el pecho tres veces, y cayó hacia atrás. Oí cómo su cráneo se quebraba al darse contra los adoquines, pero entonces no creí posible que aquel sonido proviniera de su cabeza. Solo oí el crujido más tarde, al recordarlo. Lo sigo oyendo ahora. Pero en aquel momento no lo oí, y Treacy ni siquiera estaba inconsciente, porque seguía llamándome mientras me alejaba corriendo.

Emma estaba sentada con las manos unidas sobre el regazo mientras hablaba con total serenidad. Hasta empleó un tono más grave e intenso al reproducir las palabras de Treacy, y habría sido un perfecto modelo de contención de no ser por las lágrimas que le surcaban las mejillas.

Caterina pensó en el apuesto joven de pelo claro que presidía el despacho de Treacy en la galería, y se preguntó cómo era posible que ni Emma ni Nightingale hubiesen reparado jamás en el parecido que los unía. Se preguntó cómo había podido la madre de Emma ocultarle la verdad a su hija durante tanto tiempo, y por qué.

Emma pidió permiso para ir al lavabo, y cuando regresó tenía la cara lavada. Volvió a sentarse en el sillón, cogió su bolso y sacó del interior la BlackBerry, que enseñó a Caterina al tiempo que decía:

—Fíjese, la tengo apagada. Así mi madre no podrá llamarme y el coronel no podrá dar conmigo.

—¿No dejas que tu madre te llame? —preguntó Caterina, sin molestarse en decirle que tendría que sacar también la batería si no quería que siguieran sus pasos.

—Necesito un sitio donde quedarme —dijo Emma—. Pero ¿dónde? Con la mentirosa de mi madre, con el impresentable de mi novio Pietro...

—¿Qué tal en tu propia casa? —sugirió Caterina.

—¿En el piso que me paga la galería, es decir, que pagaban mi padre muerto y mi expadre, o como se suponga que deba llamarlos? No pienso volver allí.

—Antes o después tendrás que hablar con ellos de todo esto.

—¿Por qué iba a hacerlo? Mi madre no se lo dijo a Nightingale, y este creía que tenía engañado a Treacy. Yo he matado a Treacy, ¿y ahora me toca montar una especie de gran reconciliación familiar? Nightingale, Treacy... Ni siquiera los llamo por sus nombres de pila.

—Emma, si vuelves a decir una sola vez más que lo mataste, si me das a entender que lo que hiciste fue intencionado, te detengo ahora mismo y hago que te lleven a la comisaría acusada de homicidio.

Emma miró a Caterina, horrorizada.

—Y bien, dime, ¿mataste a Treacy intencionadamente?

Emma negó con la cabeza.

—No. Yo... no. Solo trataba de poner distancia entre ambos... No.

—¿Creías que estaba malherido cuando te fuiste corriendo?

—Me daba igual.

—Te lo preguntaré otra vez: ¿se te pasó por la cabeza que pudiera estar herido de gravedad?

Emma cerró los ojos y soltó un largo suspiro.

—No. No se me ocurrió. Jamás he hecho daño físico a nadie en toda mi vida. No tenía ni idea de que fuera tan fácil.

—Las personas son frágiles —repuso Caterina—. Aun así, nos ocultaste información vital cuando te interrogamos al día siguiente, lo que constituye un delito del que serás acusada. Pero eso puede esperar a mañana.

—¿Puedo pasar la noche aquí? —preguntó Emma.

—¿Qué? No. Por supuesto que no.

—Solo esta noche...

—En este piso hay dos habitaciones. Mi hijo duerme en una de ellas. Yo duermo en la otra.

—Podría dormir en el sofá en el que está usted sentada.

—Ni hablar —replicó Caterina—. Para empezar, está la cuestión legal. Yo soy inspectora de policía y tú acabas de reconocer haber cometido lo que podría interpretarse como homicidio involuntario...

—Ah. Pero acaba usted de decir...

—Olvida lo que acabo de decir. Estoy segura de que puedes quedarte en algún hotel. No creo que el dinero sea un problema para ti, ¿a que no?

—No. Ese no es mi problema. Lo que pasa es que tengo la sensación de que me siguen. El coronel me da miedo. No puede dejarme marchar así como así.

—El comisario Blume no tardará en llegar, él podrá acompañarte a algún sitio. Con él estarás a salvo.

—¿Me detendrá?

—No lo sé, Emma. Puede que tenga que hacerlo.

El móvil de Caterina, que estaba en modo silencioso, empezó a vibrar sobre el cristal de la mesa de centro que había entre ambas, y giró hasta quedarse vuelto hacia Emma, que se inclinó hacia delante para leer el nombre que aparecía en la pantalla.

—Hablando del comisario...

Caterina se preguntó cómo reaccionaría Blume ante el cambio de planes para la velada, y qué diría cuando supiera que Emma se había presentado en su piso de forma inesperada. Pero se preocupaba en vano. En cuanto descolgó, Blume le anunció:

—No voy a poder ir. Me ha surgido algo.

Luego colgó sin esperar respuesta y sin molestarse en preguntar si Elia y ella estaban bien.

«Capullo».

Media hora más tarde, mientras se extendía la crema hidratante por el rostro y se masajeaba con los dedos la piel tensa alrededor de los ojos, recordó el quiebro casi elegante con que el viejo Corsi se había arrodillado antes de caer al suelo de su destartado palacio, apuñalado en la espalda por su torpe y desdichado hijo. Caterina secó el lavamanos hasta dejarlo reluciente con la toalla que acababa de usar y colgó otra limpia del borde de la bañera.

Al pasar por delante del salón, de camino al dormitorio, dijo en susurros para no despertar a Elia:

—Ya puedes pasar, Emma.

¿Lo harían por teléfono o cara a cara? Blume abrió la puerta del coche, arrojó a su interior los malditos diarios, cogió el móvil y miró la pantalla para asegurarse de que no había sonado sin que se diera cuenta. Nada. Se encaminó de nuevo a la casa de Paoloni, volviendo sobre sus pasos por la acera sembrada de excrementos caninos y basura. Un coche oscuro avanzó en dirección prohibida por la calle de un solo sentido.

Cara a cara, al parecer, pensó Blume.

El coche se detuvo a su lado. El coronel bajó la ventanilla y su voz sonó en la oscuridad:

—¿Adónde va su amigo?

—¿Acaso no lo estaban siguiendo?

—Mis recursos no dan tanto de sí —replicó el coronel—. ¿Adónde va?

—A buscar a su hijo —le espetó Blume.

El coronel reflexionó sobre estas palabras.

—Su hijo está bien —dijo al cabo de un rato.

—Más le vale —le advirtió Blume.

—No he querido inquietar al pobre hombre —se excusó el coronel—. La idea era hacerle saber a usted lo que estaba en juego.

—Sé lo que está en juego —repuso Blume—. ¿Dónde está Fabio?

—¿El chico? En Torvaianica, creo. Hemos usado su nombre para recogerlo. Se piensa que lo han reclutado para formar parte de una emocionante aventura, y ha jurado guardar secreto. Al parecer, lo más difícil de todo para mis hombres ha sido no romper a reír cuando le han dicho al chico que comprobara si alguien lo estaba siguiendo y que identificara a cierto individuo en un bar. Está siendo una noche de lo más entretenida para todos.

—¿Cuándo volverá a casa?

—¿Cuándo me devolverá las pinturas?

—Mañana por la tarde —contestó Blume—. Antes, imposible.

—Pues será entonces cuando vuelva a casa el hijo de su amigo —dijo el coronel—. Es muy sencillo.

Las palabras del coronel se desvanecieron en la oscuridad del coche y volvieron a tomar forma dentro de la cabeza de Blume. Sería muy difícil, pero debía mantener la calma.

Una llama azul que pronto viró al amarillo alumbró las mejillas y la nariz del coronel. Blume esperó mientras este encendía un puro, y se consoló pensando que aquel ritual podía indicar que se disponía a negociar. Se acercó al coche y notó un olor dulzón a madera y a peladura de naranja procedente del interior del vehículo. El

maresciallo iba sentado al volante.

—Beppe Paoloni es uno de mis mejores amigos. Lo primero que hará si cree que su hijo está en apuros será acudir a mí en busca de ayuda, y tendré que quedarme a su lado —señaló Blume—. Mientras eso ocurra, no podré dar ningún paso para recuperar las pinturas, y mientras él esté buscando a su hijo no podrá ayudarme a mí.

—¿Necesita usted su ayuda?

—Quienes se han llevado los lienzos no quieren negociar con la policía. Con Paoloni, en cambio, sí aceptan hacerlo. Así que mientras su hijo siga en paradero desconocido, todo el mundo está perdiendo el tiempo.

Una bocanada de humo salió por la ventana, y el coronel dijo:

—Eso suena razonable. Y lo último que querría ahora es perder el tiempo. Tenga.

Su mano rechoncha asomó por la ventanilla y ofreció a Blume un Nokia grueso con demasiados botones.

—No sé cómo usar este trasto.

—Ya está llamando. O, mejor dicho, conectando —dijo el coronel.

Blume se llevó el móvil a la oreja y se percató de que el coronel tenía otro teléfono por el que estaba hablando.

—¿Sí?

Al otro lado de la línea había un joven. Blume se dio cuenta de que ni siquiera reconocía la voz de Fabio.

—¿Fabio?

—¿Comisario Blume?

En la voz del chico había una mezcla de decepción y alivio.

—La prueba ha terminado. ¿Puedes llamar a tus padres? A tu padre, mejor. Te está buscando.

Tendría que darle unas cuantas explicaciones a Paoloni.

—Sí, pensaba hacerlo.

—¿Dónde estás ahora?

—En Via del Mare. Estamos volviendo a la ciudad. Me han dicho que lo he hecho bien.

Blume oyó a un hombre diciendo algo al fondo, y la voz insegura y nerviosa de Fabio dándole las gracias.

—Van a dejarme en la línea B del metro. No debo hablar de esta prueba con nadie salvo con usted. Les diré que estaba con unos amigos y se me había agotado la batería.

—No —replicó Blume—. Diles que estaba apagado, no descargado. Tendrás que usarlo ahora para llamar a tus padres.

—Les diré que lo he puesto a cargar en casa de un amigo.

Al final iba a resultar que el chico sí tenía madera de policía. Se le daba bien mentir.

—Bien —dijo Blume.

—¿Satisfecho? —preguntó el coronel cuando Blume le devolvió el teléfono.

Pero ahora era el del comisario el que sonaba, y lo cogió.

Era Paoloni, que llamaba para preguntar si tenía noticias.

—No, Beppe. He llamado a la central. No ha habido accidentes ni nada fuera de lo normal. Estoy seguro de que Fabio estará bien. A lo mejor se le ha acabado el saldo del móvil o algo así.

—Sí, tiene que ser algo así —asintió Paoloni—. Lo que pasa es que su madre está muy nerviosa. Me ha llamado dos veces. Oye, las cosas por aquí van más deprisa de lo que creía, lo que es buena señal. Resulta que estos dos tíos...

Pero Blume no quería que Paoloni hablara de ello en aquel momento, teniendo delante al coronel. Fingió rascarse la oreja con el pulgar y colgó disimuladamente. Luego pronunció unos pocos monosílabos afirmativos y fingió poner fin a la conversación. Cuando volvió a meterse el móvil en el bolsillo lo apagó, por si Paoloni volvía a llamar.

—Coronel, esto de secuestrar y amenazar a niños, por más que lo haga de un modo tan sutil y cordial, y por más que se asegure de que las víctimas ni siquiera se dan cuenta de ello... algún día se va a pillar los dedos. ¿Y sabe qué?, un día de estos algo saldrá mal, alguien lo descubrirá y acabará usted muerto.

—Me dedico a esto desde que era usted un niño, Blume. Y aún no me han pillado.

—Querrá decir que no lo han castigado. Pero sí que lo han pillado. La gente sabe quién es usted, a qué se dedica. La embajada estadounidense lo tiene fichado. Carabinieri, policías, delincuentes y políticos veteranos lo recuerdan, y algunos de los carabinieri más jóvenes están deseando librarse de usted.

—¿Como, por ejemplo, el teniente coronel Faedda? ¿De veras cree que iba a consentir que un joven maricón, sardo por más señas, me controlara? Es usted astuto, Blume, se lo reconozco. Quiero que se ponga en contacto conmigo mañana. Nos veremos, me dará las pinturas, quizá logremos negociar un nuevo trato de algún tipo y luego se acabó lo que se daba. No tenemos por qué volver a vernos nunca más. A decir verdad, ni siquiera quería involucrarme en este asunto. Estaba medio jubilado, ¿sabe? Este será mi último caso. Y como tal, haya o no un Velázquez de por medio, haya o no dinero de por medio, yo decidiré cómo acaba todo. Yo determinaré su destino. Yo decidiré quién merece ser recompensado y quién debe ser castigado. Eso es lo que va a pasar.

Cerró la ventanilla y el maresciallo arrancó, haciendo luces mientras aceleraba calle abajo en dirección prohibida.

Blume volvió a encender el móvil, que empezó a sonar casi al instante.

Era Paoloni.

—Antes se ha cortado —dijo—. Total, que ya los tenemos. Ha sido fácil. Ah, por cierto, Fabio ha llamado. Ya está camino de casa. Gracias por echarme una mano. El muy cabroncete tenía a su madre loca de angustia. —Blume sonrió mientras oía a Paoloni tratando de aparentar una despreocupación que estaba lejos de sentir—.

¿Volvemos a quedar en mi piso?

—No —repuso Blume—. Tengo que irme a mi casa. Te recuerdo que alguien me destruyó la puerta. Cerrar cierra, pero cualquiera podría entrar. Prefiero no dejar el piso desatendido.

—Puedo llevarte las pinturas allí, y mañana se las vendes al coronel. Tú le pides cinco veces más de lo que yo he pagado por ellas, nos repartimos la diferencia y yo saco un beneficio rápido de la inversión de esta noche. Y todos contentos, excepto quizá el coronel, pero que le den.

—Es posible que los hombres del coronel estén vigilando mi piso —le advirtió Blume.

—Si lo están, los veré.

—Sospecho que el tema de la vigilancia se les da mejor de lo que creíamos.

—Dejémoslo entonces. Nos vemos mañana.

A la una de la madrugada, los estragos causados en su piso parecían peores aún. Por un momento pensó que le habían vuelto a entrar en casa, y un incipiente acceso de ira le sacudió el pecho. Estaba furioso consigo mismo por haber permitido que aquello ocurriera. Habían contaminado su piso. Todo parecía sucio. Un olor extraño, punzante como el orín fermentado, lo impregnaba todo. Orín y sal. ¿Qué le habían hecho a su casa? Por debajo del olor a amoníaco de los orines había algo peor. Algo que olía a podredumbre, a muerte.

El hedor parecía provenir de la cocina. Moviéndose con el sigilo de un cazador, registró los armarios. Abrió la nevera. En la balda del centro, una lubina gris flotaba, reluciente, en el líquido de su propia putrefacción.

El trayecto hasta la calle para tirar el pescado hediondo le sirvió para despejar su mente de todo pensamiento. De vuelta en la cocina, abrió un paquete de bicarbonato sódico y lo echó a puñados en la nevera, levantando una tormenta blanca cuya expansión impidió cerrando la puerta de golpe.

Se lavó las manos varias veces seguidas. De pronto, la sola idea de recoger los objetos tirados en el suelo del salón le resultaba abrumadora. Se sentía agotado solo de pensar en cambiarse y asearse para meterse en la cama.

Apoyada contra el lomo agrietado del primer volumen de la *Arquitectura en Italia* de Lotz, su madre lo miraba desde una fotografía con marco de plata. Parecía otra persona. Desconocida, y más joven que él. Habían pasado más de veinte años desde que habían muerto los dos, dejándolo solo. Ahora su memoria se esforzaba por evocar imágenes nítidas de ambos juntos. ¿El olvido era señal de que las cosas mejoraban o empeoraban?

Había un suavizante de ropa llamado Chanteclair Marsiglia que obraba el milagro de devolverle a su madre. Hubiese preferido recurrir a algo menos sintético —y seguramente hasta venenoso—, pero nada funcionaba mejor. Blume conservaba una botella de suavizante debajo del fregadero y de vez en cuando, no demasiado a menudo, lo añadía a la colada.

Se desvistió. En el cuarto de baño, miró el cepillo de dientes con recelo y decidió no usarlo. Por la mañana se compraría uno nuevo. Colocó el colchón en su sitio, estiró la sábana y se tapó con el edredón.

Nada reavivaba el recuerdo de su padre como una ráfaga con aroma a eucalipto entre las marismas de Maccarese y el mar, o alguien en el despacho desenvolviendo un caramelo para la tos. De pronto, allí estaba el profesor James Blume, de pie bajo un árbol de olor balsámico en Seattle, con el rostro todavía reluciente de sudor a causa de la carrera que acababa de perder frente al niño de diez años más veloz de Estados Unidos.

«Rápido como el viento, Alec, lo único que veía era la nube de polvo que levantabas a tu paso», dijo antes de dar una palmada en la corteza surcada de rayas blancas. «El álamo balsámico hace estornudar a tu madre». En la sombra que arrojaba el tronco, su padre acarició las grietas de la corteza. Las hojas triangulares de la copa, agitadas por el viento, jugueteaban con la luz del sol dibujando en su rostro manchas relucientes y sombras oscuras, haciendo que Blume apenas pudiera distinguir sus facciones.

Durante la noche, el móvil de Blume se quedó sin batería. Por la mañana, plantado en mitad de la cocina arrasada, se dio cuenta de que los ladrones también se habían llevado el cargador.

Recogió un poco la casa, y mientras lo hacía sonó el timbre. Blume abrió a un hombre que había venido a medir el marco de la puerta. Regatearon un poco y discreparon con vehemencia sobre la utilidad de los costosos sistemas antirrobo. Cuando Blume dijo que quería una puerta normal y corriente, el hombre señaló el piso sin reprimir su sorpresa por el hecho de que no hubiese aprendido de la mala experiencia.

—Habrían entrado de todos modos —replicó Blume.

—No con la puerta acorazada antipalanca, con resistencia a la presión y sistema antirrobo...

—No —atajó Blume.

—La policía recomienda instalar una puerta de seguridad.

—La policía no sabe nada —replicó Blume.

El hombre pareció ofenderse. Luego se le ocurrió otra cosa.

—Los del seguro no le renovarán la póliza a no ser que...

—¡He dicho que no! —estalló Blume—. Oiga, lo siento. No me lo puedo permitir. ¿Cuánto tardará en ponerme otra puerta?

—Ya que no le interesan los extras de ningún tipo y estamos hablando de una puerta normal, podríamos hacerlo hoy mismo. Siempre que quede alguna en el almacén. Esta tarde, supongo.

—Genial. Habrá alguien aquí esperándolo.

Se despidió del hombre, que se fue visiblemente contrariado, y se puso a buscar su agenda telefónica. Llevaba años sin usarla, pero el número de Paoloni tenía que estar entre sus páginas. Decidió que, de paso, recogería los libros y papeles esparcidos por el suelo, y durante un rato se olvidó incluso del motivo original de aquel desastre. Buscó con más ahínco, pero no quedaba ni rastro de la agenda. Usando el teléfono fijo, llamó a información telefónica, pero el número de Paoloni no era de dominio público.

Al final decidió presentarse directamente en su casa. Era muy típico de Paoloni no haberse molestado en llamarlo a casa.

Blume enchufó el móvil al cargador del coche y trató de usarlo enseguida, pero el símbolo de la batería parpadeaba y el teléfono ni siquiera se encendió.

Pasó varias veces por delante del edificio de Paoloni hasta encontrar un hueco, tres calles más allá, en el que a duras penas metió el coche. Todas las construcciones de la zona formaban parte de un amplio plan de desarrollo urbanístico de principios de los años ochenta. Fachadas de obra vista de un amarillo pálido, ventanas cuadradas con persianas marrones, cornisas de cemento gris. De noche, el conjunto ofrecía mejor aspecto.

Recorrió a pie los ciento cincuenta metros que lo separaban del edificio de Paoloni. Se coló dentro aprovechando que salía una mujer con la bolsa de la compra, frenando la puerta con la mano antes de que esta le diera en las narices y usando la otra para restar importancia al asunto mientras la mujer se disculpaba por no haberlo visto. Con una sonrisa cortés bailándole todavía en los labios, mientras archivaba mentalmente el aspecto y las curvas de la mujer para su posterior contemplación y evaluación, entró en el ascensor, que lo llevó hasta la tercera planta. Al salir, oyó una puerta cerrándose discretamente al fondo del pasillo, como si él no fuera la persona a la que estaban esperando.

En el aire flotaba el olor de algo volátil, agradable pero alarmante: el olor del alcohol con que se limpian los objetos de latón, de la sala de espera del dentista, de un flambeado con coñac. Un olor punzante y ligeramente dulzón. El olor que impregna el aire cuando se dispara un arma de fuego.

Blume apretó el paso con la intención de abalanzarse contra la puerta de Paoloni y abrirla de golpe, pero el piso no quedaba al final del pasillo, sino en medio, así que hubo de frenar para no pasarse de largo.

Solo cuando se detuvo en seco se le ocurrió llamar al timbre. Este sonó con estridencia, pero nadie salió a abrir. Pulsó el botón hasta que se le quedó el dedo blanco y flexionado hacia atrás. Finalmente, lo soltó, retrocedió unos pasos, tomó impulso presionando la espalda contra la pared que tenía detrás y se concentró en acertar con el pie justo por debajo del ojo de la cerradura. Alejó de su mente la certeza de que nunca había visto a nadie echar abajo una puerta como aquella de una patada, y por un momento se convenció a sí mismo de que conseguiría abrirla de par en par, y se vio irrumpiendo en el salón en penumbra de Paoloni. Tomó impulso y asestó una fuerte patada a la puerta, apoyando primero el talón, y se las arregló para golpearla justo donde quería hacerlo. Fue cuanto bastó para que el cerradero se estremeciera. La puerta pareció oscilar en los goznes, pero no cedió. Blume retrocedió de nuevo para asestarle otra patada, pero entonces cambió de idea.

Empuñó la insignia policial y avanzó a grandes zancadas hasta la puerta de un piso tras la cual sabía que lo observaban. El vecino abrió antes incluso de que llamara.

—¿Es usted policía?

—Sí.

—¿Solo lo han mandado a usted?

—¿Cómo?

—He llamado al oír disparos. Sabía que eran disparos. También se ha oído gritos. Y luego la puerta se ha cerrado de golpe.

—No salga de casa —ordenó Blume, sacando el móvil.

—No tenía intención de hacerlo —repuso el vecino, un hombre de mediana edad e incipiente calvicie.

Parecía sereno. Más que Blume.

El gemido que sonaba dentro de su cabeza se tradujo en el ulular real de las sirenas, y supo que la policía había llegado. Dos parejas de agentes, a juzgar por el ruido. El ascensor chirrió y desapareció bajando por el hueco, al tiempo que pesados pasos resonaban escaleras arriba.

Aparecieron dos policías con sus Berettas desenfundadas, que sostenían a los costados, apuntando hacia abajo. Blume levantó la placa en el aire y señaló la puerta. El ascensor se detuvo y dos agentes más, uno de ellos el sovrintendente al mando, salieron de su interior. Uno de ellos llevaba una larga bolsa de tela con cierre de cremallera que abrió al instante, descubriendo un ariete revientapuertas azul de doble mango. A la segunda embestida, el resorte del cerradero salió disparado, la puerta se abrió de golpe y chocó con algo que había en el suelo. Blume fue el tercero en entrar.

Todo lo que necesitaba ver estaba allí mismo, tendido ante él, pero por algún motivo sus ojos se vieron atraídos en primer lugar hacia el impacto de bala en el televisor de pantalla plana de Paoloni. Un orificio pulcro situado en el vértice superior izquierdo. Daba la impresión de que la tele seguiría funcionando perfectamente si la encendía. Delante de la pantalla, tendido boca arriba con los brazos estirados hacia delante como si nadara de espaldas, yacía Paoloni. La lluvia de balas que le habían disparado a la cabeza no parecía haber dejado huella, lo que por unos instantes sumió a Blume en la perplejidad, hasta que bajó la vista y vio las patas de la mesa salpicadas, los zócalos de un viscoso reluciente y los cojines oscurecidos. Paoloni había encajado el último disparo en el rostro vuelto hacia arriba. Su arma estaba en el suelo, fuera del alcance de su mano.

El pesado objeto que había bloqueado la puerta ya no era más que un bulto inanimado. El sovrintendente se había arrodillado para inspeccionarlo de cerca.

—Pobre animal —dijo—. Creo que ha recibido tres balas en la anca antes de soltar a su presa. Es un cane corso. O lo era.

—Lo sé —repuso Blume.

El policía se puso unos guantes de látex, se agachó y abrió la boca del perro.

—Menuda fuerza tendrían estas mandíbulas. —Levantó un poco más los belfos negros del animal—. Tenía razón, mira. Hay tela y sangre. A mí me parece que el perro atacó al asesino antes de que lo abatieran a tiros. Hasta puede que lo haya herido de gravedad. De lo que no hay duda es que esto nos proporcionará una buena muestra de ADN.

El sovrintendente acarició el hocico del perro.

—Buen chico —dijo.

Uno de los agentes jóvenes se acercó. Llevaba escrita en el rostro lívido su condición de novato.

—Conozco a la víctima. Es el inspector jefe Paoloni. Y también lo conozco a usted, señor. Usted es el comisario Alec Blume. Estuve destinado en Collegio Romano hace tres años.

El rostro del policía le resultaba familiar.

—Está muerto, ¿verdad? —preguntó Blume.

El joven agente lo miró sin poder dar crédito a sus oídos; el veterano, con expresión compasiva.

Por terrible que fuera un escenario del crimen, por más que hubiese incluso algún niño entre las víctimas, Blume sabía que, si esperaba un tiempo prudencial, en su mente acababa activándose un resorte de algún tipo que hacía que los pensamientos se desligaran de las emociones y entraran en un estado de serenidad forense. Pero de momento aquel mecanismo de defensa se le resistía. No soportaba mirar a Paoloni, ni tan siquiera al animal negro que yacía muerto junto a la puerta. Reprimió el impulso de salir corriendo, ahogó la sublevación de sus entrañas, del estómago, las arcadas que le sacudían el pecho.

Al cabo de diez minutos empezó a recuperar el control de sí mismo. Seguía sin poder mirar a Paoloni, pero sí pudo empezar a registrar el piso, a planear sus siguientes movimientos, a decidir cómo enfrentarse a los compañeros a medida que iban llegando.

Llevó a cabo el registro de la cocina, el dormitorio y el cuarto de baño, seguido en todo momento por el sovrintendente, que trataba de evitar con disimulo que el comisario invalidara las pruebas.

—¿Qué buscamos, señor?

—Cualquier cosa —replicó Blume.

Las pinturas, que no estarán aquí, se dijo a sí mismo. Las pinturas que, de haberlas dejado en el armario de su propio piso, no habrían llevado a esto. Las pinturas sobre las que pesaba una maldición.

—Sovrintendente, empieza a llamar a todos los hospitales de la ciudad ahora mismo, averigüe si han ingresado a alguien por mordedura de perro. Pero este no es mi escenario del crimen. Precinte todo esto, haga venir a los de criminalística, al médico forense, lo de siempre.

Dicho esto, se encaminó a la puerta.

—¿Se marcha?

—Sí. He llegado unos cinco minutos antes que ustedes. Redactaré un informe y contestaré a sus preguntas más tarde. ¿De acuerdo?

El sovrintendente se interpuso con destreza entre Blume y la puerta al tiempo que decía:

—¿No cree que sería mejor que se quedara aquí, comisario?

—No —replicó Blume, de un empujón lo apartó.

Cuando llegó al coche la emprendió a patadas con la carrocería, y abolló la puerta de tal forma que le costó Dios y ayuda abrirla, lo que le dio una excusa para aporrearla con los puños.

Acto seguido llamó a Caterina para pedirle que buscara la dirección del coronel. Esta le contestó con lo que le pareció el colmo de la irrelevancia.

—¿Has visto a Emma? Se supone que tenía que llamarme para contarme qué tal había ido la charla con su madre.

—Búscame la dirección del coronel y llámame en cuanto la tengas —ordenó Blume, y colgó.

Se puso al volante y se dirigió al centro de la ciudad con la intención de volver a la comisaría si nadie le decía antes dónde encontrar al coronel.

Luego, de un modo tan claro como si una voz le hubiese hablado desde el asiento trasero del coche, tan claro que Blume miró por el retrovisor casi esperando ver a Paoloni allí sentado, sonriendo, susurrándole secretos, comprendió adónde debía dirigirse. Pisó el pedal del embrague y, con un volantazo, se pasó al carril izquierdo y aceleró a fondo, al tiempo que conectaba la sirena. En pocos segundos se había amorrado al coche de delante. Hizo rugir el motor, giró el volante a uno y otro lado en busca de un modo de esquivarlo y puso la sirena a toda potencia. El conductor se apartó a regañadientes y Blume avanzó como una exhalación hasta el siguiente coche.

En el asiento contiguo, su móvil empezó a sonar. Se lo acercó a la oreja.

—Nos han informado de la muerte de Paoloni. —Blume tardó unos segundos en reconocer al teniente coronel Faedda, que hizo una pausa y luego siguió hablando en un tono menos oficial—: Lo siento. Tengo entendido que eran ustedes íntimos. Ya he enviado dos coches patrulla a casa del coronel, pero no está allí.

—¿Y qué me dice del maresciallo que siempre va con él? El maresciallo...

Blume no recordaba su nombre. Se preguntó si lo habría oído alguna vez.

—El maresciallo Farinelli —dijo Faedda—. Su domicilio también está bajo vigilancia. Hemos dado aviso a todas las unidades. Y tenemos el aeropuerto controlado.

—¿Y los hospitales?

—Sí. Ya sé que ha ordenado usted a la Polizia hacer lo mismo. Nos hemos repartido la tarea. Probablemente será allí donde los encontremos.

—Allí será donde encuentren al maresciallo —replicó Blume—. Fue él quien disparó... Un momento, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Farinelli. Creía que lo sabía.

Blume no podía creer que lo hubiese ignorado hasta entonces.

—¿Es el hijo del coronel?

—Hijo no, sobrino. Ni siquiera eso: sobrino nieto. Es el hijo del hijo del hermano mayor del coronel.

—Hágamelo saber en cuanto lo encuentre —pidió Blume.

Un pitido del móvil le indicó que tenía otra llamada entrante.

—Alec, cuánto lo siento. —Era Caterina. Blume no dijo nada, y ella prosiguió—: El coronel vive en Via Boccea, o cerca de allí. La dirección es...

—No pasa nada, ya no la necesito. No está allí.

—¿Quieres que...?

Pero Blume le colgó y, aferrando el volante con ambas manos, condujo por el carril contrario a toda velocidad y con temeraria determinación hasta dejar atrás San Giovanni in Laterano. El coche traqueteaba y derrapaba sobre los adoquines. Por encima de su cabeza, el cielo se veía azul, pero a lo lejos estaba negro. Al otro lado de la verja de la Universidad Irlandesa, una lluvia plateada parecía caer al sesgo, sin alcanzar el suelo.

Mientras bajaba hacia el Coliseo, los nubarrones se hicieron más compactos y oscuros, tanto que parecía haberse hecho de noche. El cielo se tiñó de un gris impenetrable. Cuando la lluvia empezara a caer, inundaría las calles en segundos, haría resbaladizos los adoquines, abriría baches en el asfalto y causaría unos trescientos accidentes, de los que cinco o seis tendrían un desenlace fatal. Los romanos no saben conducir bajo la lluvia. Blume no desconectó la sirena hasta llegar al Trastevere. Aparcó el coche en la esquina de Via Corsini con Via Lungara y se apeó del vehículo. Veinte metros más allá, detenido en la calle a plena luz del día, estaba el *auto blu* del coronel. Blume tiró de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Sacó la pistola y aporreó con fuerza la ventanilla lateral. Al cuarto golpe, se deshizo en miles de añicos cuadrados. Sin molestarse en abrir la puerta, Blume asomó la cabeza al interior del vehículo. Había manchas de sangre en el salpicadero y en el tapizado del asiento.

Su móvil empezó a sonar.

—Lo tenemos.

—Estupendo. ¿Con quién hablo?

—Con el sovrintendente Branca. —Al ver que Blume no lo reconocía, añadió—: El agente que se ha quedado al mando en el lugar de los hechos. Nos ha dicho que buscáramos en los hospitales, y tenía razón. Un maresciallo de los carabinieri ha ingresado en el Sant' Andrea para ser operado de emergencia. Ha perdido mucha sangre. Acaban de comunicármelo por radio. Dicen los médicos que aún no se le puede interrogar.

—Bien —dijo Blume.

Pero nada le hacía sentir bien. Colgó y desconectó el móvil. ¿Por qué no estaba el asiento del conductor completamente echado hacia atrás para acomodar la inmensa mole del coronel? ¿Quién lo había llevado hasta allí?

La puerta verde empotrada en el muro elevado casi parecía cerrada, pero no bien

la tocó casi se vino abajo. Blume la cogió en el último momento, antes de que se desplomara con estruendo y delatara su presencia. Enfiló despacio y con pasos sigilosos el pasadizo entre los dos muros. La humedad que flotaba en el aire y la densa exuberancia de las enredaderas y la hiedra hicieron que se notara los pulmones encharcados. Alcanzó la puerta que daba al invernadero y bajó el pomo con cuidado, deteniéndose cada vez que este emitía un leve crujido. Cuando lo hubo bajado del todo empujó suavemente la puerta, que se abrió con un ligero crujido de bisagras y el ruido del larguero inferior al rascar las baldosas del invernadero de Treacy. Blume entró y cerró la puerta a su espalda con suavidad.

Una embriagadora mezcla de olores —solventes, trementina, parafina y gasolina— impregnaba la estancia. Eran olores que siempre le habían producido euforia, aunque la gasolina también evocaba en él recuerdos nostálgicos. Oyó voces. La de una mujer y la de un hombre, que no era el coronel. Sacó el arma y notó que la empuñadura de polímero seco resbalaba un poco antes de encajar a la perfección entre las protuberancias de la palma de su mano. Pasó junto a la anticuada estufa y apartó suavemente la cortina de cuentas que conducía a la cocina. Los abalorios huecos tabletearon de un modo apenas audible cuando entró de lado. Cruzó la cocina en silencio hasta la puerta que daba al salón, listo para detenerse y evaluar la situación antes de seguir. Enmarcada por la puerta, mirándolo a la cara, con el rostro sonrojado, la blusa desabotonada hasta el pecho y el pelo alborotado, había una mujer de mediana edad a la que nunca había visto pero que sin embargo le resultaba familiar. A su espalda, junto al gran retrato de Henry Treacy que había visto por última vez en la galería, estaba John Nightingale, mirando a Blume y negando con la cabeza como si...

La escena tembló y se desvaneció en el mismo instante en que algo pareció abrirle el cráneo en dos. El dolor, demasiado intenso para permanecer en un solo punto, se expandió y recorrió su cuerpo de arriba abajo, primero como una quemazón, luego en forma de frío glacial, como si la sangre del cuello, la columna y el coxis se le hubiese convertido en hielo. Notó los pies afianzados con firmeza en el suelo y se congratuló de que así fuera, sobre todo porque este empezaba a oscilar ante sus ojos.

Entonces, como salido de la nada, llegó otro impacto salvaje y atroz, y esta vez tuvo miedo, porque sabía que era el penúltimo. No sobreviviría a un tercer aldabonazo como aquel. Movié las manos, solo por comprobar si respondían a su voluntad, y notó en las palmas millones de pequeñas esferas cosquilleantes y punzantes, como incontables alfileres y agujas pero más agradable, como si estuviera tumbado en una playa de arena blanca, y entonces cayó en la cuenta de que debía de estar ya en el suelo.

Después de lo que podrían haber sido varios meses, y desde luego unas cuantas horas, Blume aceptó afligido y a regañadientes la idea de volver en sí. Mientras dejaba atrás aquella acogedora oscuridad y se veía arrastrado de vuelta a un presente

en el que una luz inoportuna presionaba contra sus globos oculares, empezó a temblar. Cerró los párpados con fuerza y gimió. Le llegaban órdenes pronunciadas por voces lejanas, pero se negaba a escucharlas. Un pie menos lejano le propinó una patada, y alcanzó a oler el cuero, el calcetín bajo este. Le faltó poco para romper a llorar.

—No haga nada. Nada en absoluto. Si lo hace, le meteré una bala en la cabeza a esta mujer. ¿Ha llamado pidiendo refuerzos?

Blume abrió la boca para contestar, sin saber a ciencia cierta qué quería decir. Tampoco importaba demasiado, puesto que las palabras que brotaron de sus labios eran incomprensibles incluso para él.

—Hable en italiano —le ordenó el coronel—. Aunque tengo su móvil... La última llamada que ha hecho fue hace casi una hora. Y la última que ha recibido es de hace veinte minutos. No parece que vaya a venir nadie más.

Blume dijo algo más y se quedó allí tendido, preguntándose qué habría dicho. Agua, quizá. Era posible que hubiese pedido agua.

El coronel le ordenó que se sentara en un sillón. Por unos instantes no comprendió qué se refería, puesto que no alcanzaba a ver ningún sillón, pero el pie del coronel no tardó en señalarle la dirección correcta. Cuando por fin localizó el confortable sillón de piel curtida y agrietada, no pudo evitar sentir una enorme gratitud. Se arrastró hasta él y se encaramó al asiento.

La realidad seguía imponiéndose a sus sentidos. Notó un dolor agudo, no en el punto donde lo habían golpeado, sino en un pliegue central del cráneo, un dolor pulsátil que irradiaba hacia fuera.

«Me va a estallar la puta cabeza».

—Como no pare de sangrar pronto, no seguiré doliéndole mucho más tiempo —insinuó una voz con acento inglés.

—Ustedes dos, hablen en italiano —ordenó el coronel.

Blume frunció el ceño. Aquella voz decía lo que él pensaba. Entornó los ojos miró hacia la otra punta de la habitación. Nightingale seguía allí, al igual que la mujer. Seguían allí como dos pasmarotes, en la misma pose tensa y expectante de cuando él había entrado en la estancia, mucho tiempo atrás. Blume se llevó la mano a la nuca y se tocó el pelo empapado. De haber sido calvo como el coronel, quizá se habría desangrado y ya estaría muerto.

Con los ojos arrasados en lágrimas de alegría, dio gracias a Dios por tener pelo.

—Me parece que lo he dejado alélado, comisario —dijo el coronel, que sostenía la pistola apuntando hacia arriba, casi como si pretendiera metérsela en la boca—. Intente razonar. ¿Qué hace usted aquí solo? Siempre necesita por lo menos otra persona para ayudarlo. Yo me he quedado sin mi maresciallo, y apenas puedo hacer nada. Por suerte, estos dos estaban juntos cuando los encontré en el piso de Nightingale. Luego hemos ido hasta la galería para recoger el favorecedor autorretrato de Treacy. Nightingale ha sido tan amable de conducir por mí.

Blume miró de nuevo hacia el retrato. Alguien había frotado el rostro con disolvente hasta hacerlo desaparecer, pero el pelo rubio seguía en su sitio. Se fijó en otra pintura que yacía tirada en el suelo, con un borrón de color indefinido recorriendo el lienzo de punta a punta. Había muchas más. Pinturas de la galería, de casa de Angela, del piso de Treacy. Junto a estas, en una pila abandonada, se amontonaban los carboncillos sobre cartón, los bocetos a pluma y aguada, los dibujos. Sencillos, directos, sin florituras ni capas. Eran incapaces de ocultar nada bajo la superficie, y Blume sintió por ellos un inmediato cariño. En última instancia, eran mejores que todas las pinturas. Aquellos bocetos preparatorios revelaban esperanza, potencial, libertad.

El coronel avanzó hasta el centro de la habitación, empuñó la pistola y apuntó directamente a la mujer.

—Deduzco que ustedes dos no se conocen. Alec, esta es Angela, la madre de Emma, artista fracasada y mujer de virtud fácil. La encontré con el cornudo de John Nightingale en su casa. No deja de tener gracia que nosotros dos sepamos más que nadie sobre los escarceos de Angela y Treacy, excepto la propia Angela, claro está. Al bueno de John se le ha caído la venda de los ojos. Bueno, ya solo nos quedan unas pocas pinturas, aunque no me hago demasiadas ilusiones.

Había oscurecido. Angela trabajaba bajo la luz que arrojaban dos lámparas de pie. Cogió un puñado de bolas de algodón de la mesa. Ante sí, en el suelo, había una botella de solvente con la que empapó el algodón y sus manos, esparciendo un olor punzante por la habitación, y luego restregó con él la pintura que descansaba sobre el caballete. Con la primera pasada, el lienzo se limitó a brillar con más intensidad, como si le hubiesen aplicado otra capa de barniz; con la segunda se volvió opaco, y la tercera dejó tras de sí un manchurrón. Angela se concentró en la parte más clara del cuadro, que frotó con energía. Fuera se oían los truenos, y Blume recordó por qué parecía de noche.

—¿Sabe?, Angela tiene tanta curiosidad como yo —dijo el coronel—. Ya vale. Empieza ahora con el queroseno, querida.

Blume meditó cuidadosamente su respuesta para asegurarse de que vocalizaba bien todas las palabras.

—¿De veras cree que encontrará un Velázquez debajo de uno de esos cuadros? —preguntó.

—He dicho que no albergo demasiadas esperanzas —replicó el coronel—. Pero si no lo encuentro voy a tener que hablar con usted en cuanto hayamos acabado con esto. —Señaló a Angela—. Fíjese en esta mujer. En sus tiempos parecía como salida de la *Anunciación* de Filippo Lippi. La hija no se le parece. Es el vivo retrato de Treacy, cuyo rostro juvenil acaba de borrar Nightingale con mi permiso. Muy simbólico, sin duda. —Se volvió hacia Angela—. ¿O acaso tienes alguna objeción a ser considerada un objeto?

—Tú eres el que tiene la pistola —repuso Angela.

—Bien visto. Cielos, estos vapores se me suben a la cabeza. Comisario, no irá usted a abalanzarse sobre mí ni a hacerse el héroe, ¿verdad? Después del ridículo que ha hecho nada más llegar, estaría bien que se comportara. Nightingale, John, aparte esa mierda de ahí, es evidente que no hay nada debajo. Coja ese de ahí, ese retrato femenino tan oscuro. Parece sospechoso. También parece llevar encima muchas capas de barniz e imprimación. Empiece con el papel de lija, y luego siga con el disolvente.

—¿Qué hace usted aquí, coronel? —preguntó Blume—. ¿Por qué no se ha dado a la fuga, llevándose las pinturas a algún lugar seguro donde pueda examinarlas con tranquilidad?

—No puedo abandonar a mi maresciallo. ¿Por quién me toma? Además, no sé qué le hace pensar que necesito darme a la fuga, comisario.

—Y tanto que lo necesita, créame —repuso Blume.

Había empezado a pensar con claridad y a recordarlo todo. Ya no le manaba sangre de la cabeza, el dolor punzante le había dado una tregua y la imagen de Paoloni acudió a su mente con perfecta nitidez.

—¿Recuerda usted a Craxi?

—Sí, recuerdo a Craxi —repuso Blume.

—¿Cuál fue su gran error?

—No sabría por dónde empezar —replicó Blume.

—La cobardía —señaló el coronel—. Huyó del país para esconderse en Túnez y pasó los siguientes años de su lamentable vida amenazando a sus antiguos aliados políticos. Murió gimoteando. Los políticos a los que amenazaba, gente como Andreotti, Cossiga, Berlusconi, Forlani, Amato, se quedaron en segundo plano. Al cabo de pocos años, todos estaban de vuelta en el poder, y él estaba muerto. Sí que cumplió su amenaza de tirar de la manta, dicho sea de paso, pero nos limitamos a asegurarnos de que nadie le hacía caso.

—¿Adónde quiere ir a parar, coronel?

Blume calculó que podía alcanzar la pistola con tres movimientos. Si veía el modo de reducirlo a dos, lo intentaría. Entonces, para su propio espanto, se dio cuenta de que la pistola que el coronel sostenía era la suya. Eso lo hizo decidirse.

—Mientras siga aquí, saldré victorioso. Si huyo, habré fracasado. En cuanto abandone el país, perderé influencias y poder. Ni siquiera estoy seguro de que exista alguna pintura tan valiosa como para compensar esa pérdida.

—Ha asesinado usted a un antiguo policía.

—Paoloni. Un antiguo guardia de seguridad bancario, un intermediario del lumpen, un personaje de lo más oscuro. No era tan bueno como creía sacudiéndose la vigilancia de encima, ni mucho menos. Se llevó las pinturas de vuelta a su propio piso, lo que demuestra que carecía de imaginación. Yo estaba allí, esperándolo en el coche. No lo he matado yo. Eso ha sido cosa de mi querido, fiel y, por una vez, descuidado maresciallo, que se topó con una reacción violenta tan imprevista como

injustificada cuando lo único que trataba de hacer era allanar el terreno de cara a una negociación.

—Si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo —dijo Blume.

—Me cuesta creer en eso. Mi maresciallo nunca me ha fallado. Pero puede que lleve usted razón. —El coronel volvió la vista hacia el cuadro y se acercó más a él—. Angela, ve dando toques ligeros... eso es, buena chica. Este cuadro me da buena espina. John, haz algo útil en lugar de quedarte ahí tieso como un pasmarote. Pásale a Angela un poco de queroseno.

Blume desplazó el peso de su cuerpo. Si el coronel daba otro paso a la derecha, podría saltar por encima del brazo del sillón.

Intentó moverse, pero en ese momento el coronel se inclinó hacia él y le golpeó en la frente con el costado de la pistola.

Lo intentó, pero el coronel se inclinó hacia él en el mismo instante y lo golpeó en la frente con la parte lateral de la pistola. Luego retrocedió, todavía apuntándole con el arma, el pulso firme, y bramó algo, pero su voz sonaba apagada y lejana. Blume se preparó para recibir un disparo, pero el coronel se había sentado y se enjugaba la frente con el dorso de la mano que empuñaba la pistola. Ya no había ninguna posibilidad de atacarlo. Ninguna posibilidad de levantarse de la silla. Los gases que llenaban la habitación lo estaban asfixiando.

—Le he leído el pensamiento, comisario —decía el coronel—. Su mirada lo ha delatado. Esperaba de usted que se mostrara más flemático, o incluso que le diera un poco igual lo justo o injusto de toda esta cuestión, pero ya ve: se ha llevado un culatazo de su propia pistola. Eso sí que es preocupante, ¿verdad? Si voy por ahí empuñando la suya, quizá sea porque tengo intención de usarla y luego cargarle el muerto.

—El cuadro que busca no está aquí —dijo Blume.

—No esperaba que dijera otra cosa —repuso el coronel—. Intentar ganar tiempo. Ante todo, ganar tiempo. El caso es que le creo.

—No está aquí. —Blume quería hablar lo menos posible para no quedarse sin aire en los pulmones, pero tenía que hablar para salvar su pellejo. Cerró los ojos y se concentró en vocalizar bien—. Podemos quedarnos aquí sentados, mirando. Yo no puedo hacer mucho más. Cuando ella haya acabado de limpiar el último lienzo, verá que tengo razón, aunque por entonces puede que haya muerto desangrado.

—Inclínese hacia delante —ordenó el coronel—. Y un poquito a la izquierda. Hágalo.

Blume obedeció.

—No veo tanta sangre en su espalda. ¿Dónde está la pintura?

—Escondida.

—Sí, claro. Predecible hasta el final, comisario. Oye, cornudo, ¿dónde está el Velázquez?

—¿Qué Velázquez? —preguntó Nightingale—. No tengo ni idea de a qué te

refieres.

—John —dijo el coronel—. Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Desde mediados de los setenta. Sabes que soy muy capaz de matar a esta mujer. A lo mejor no te desagrada la idea, ahora que empiezas a descubrir qué clase de persona es. Se ha presentado en tu piso esta mañana para confesarse, ¿a que sí?

Nightingale asintió.

—¿Quieres que la mate ahora mismo?

—¡No!

—Débil. Siempre has sido débil. No eres un padre. No eres un marido, ni un amante, ni un artista. No eres un hombre. Treacy era fuerte, sincero. No, estoy exagerando, de nada sirve embellecer su recuerdo. De sincero no tenía nada, pero si estuviera aquí ahora estaría muerto en el suelo, o sería yo el que lo estaría. Uno de los dos, porque no habría consentido que le hablara así, ni a él ni a su mujer. Olvidaba que tú no tienes por qué saber nada del Velázquez, pero el caso es que Henry encontró uno. Eso tampoco te lo contó. Adivina dónde está. Te doy tres minutos.

—¿Un Velázquez, Harry? Verás, Harry y yo solíamos toparnos con cosas realmente tontas. Hay mucho arte mediocre, ¿entiendes? Les plantas delante un lienzo viejo, ennegrecido y agrietado en el que aparece la cara blancuzca de algún burgués insignificante pintada por cualquier chapucero sin talento y muchos se tragan que es una reliquia que vale millones. Solo porque sea antiguo, no significa que... Hay árboles más antiguos. Hay piedras más antiguas. No, perdón, perdón, debo ordenar mis pensamientos.

—Apuntaré con la pistola al comisario, si eso te tranquiliza un poco —sugirió el coronel.

—¿Recuerdas el timo de la doble falsificación? Primero Harry falsificaba un cuadro lo mejor que podía; usaba papel de la época, se esmeraba en la firma. Luego, cuando ya estaba terminado, pintaba otra falsificación por encima. Para asegurarnos de que nos pillaban, tenía que lograr que la pintura de la segunda falsificación tuviera una textura demasiado blanda, o bien usaba un color anacrónico. Eso sí, la falsificación de debajo siempre era de un pintor o una escuela relativamente importantes, pero no demasiado, para no forzar la credibilidad. Es impensable que Harry ocultara un Velázquez de ese modo.

—John, John, no me sigues. Esta vez lo tataría para mantenerlo oculto, no para que lo descubrieran.

—No, no te sigo. Harry nunca hubiese pintado nada por encima de una obra de Velázquez.

—¿Y dónde lo hubiese guardado, si lo tenía?

—¿Aquí? —aventuró Nightingale—. O en la cámara acorazada de un banco. No tengo ni idea, la verdad.

Con un leve suspiro, el coronel se levantó, dirigiendo una mirada afectuosa a Blume al pasar por delante de él.

—Ven aquí, John —dijo, instándolo a acercarse con la mano izquierda al tiempo que apuntaba a Blume sin demasiado afán con la derecha.

Nightingale se acercó con una sonrisa insegura en el rostro, sin dejar de hablar.

—Entonces el marchante de turno creía que había descubierto un original auténtico, ¿entiendes?, y aceptaba mi precio de salida sospechosamente irrisorio por un supuesto Bronzino o...

—Sí, sí. Todo eso ya lo sé. No tiene nada que ver con esto. Ahora quiero que reflexiones sobre tres cosas que también sé. Baja las manos a los costados y cierra los ojos mientras te las digo.

Nightingale cerró los ojos pero parpadeó y los volvió a abrir al instante.

—No. Relájate y escucha. Henry Treacy siguió follándose a Angela, y ninguno de ellos te lo dijo hasta que ella ha decidido confesártelo esta mañana, cuando ya no le quedaba más remedio. No, no. Mantén los ojos cerrados. La que creías que es tu hija es de Henry, y él supo quién era en cuanto la vio en la galería. Ahora, por favor, no abras los ojos de sorpresa cuando te diga que ella es, en cierto modo, responsable de la muerte de Treacy Bien. Y la última cosa que quería decirte es que Treacy descubrió una pintura original de Velázquez, hizo que la compraras y luego te la ocultó durante años. ¿Recuerdas cuando te pidió que pujaras por un cuadro?

Nightingale asintió.

—¿Recuerdas qué medidas tenía?

Nightingale estiró los brazos y dibujó un rectángulo en el aire.

—No era muy grande. Unos ciento setenta por noventa centímetros. —Abrió más los brazos—. Quizá un poco más. Doscientos por cien.

—Magnífico. —El coronel avanzó un paso en su dirección—. ¿Sigues pensando en lo que acabo de decirte?

—Sí.

—¿Incluidos los cuernos y las mentiras?

Nightingale asintió.

—Bien. Sigue pensando en eso.

Farinelli, que para entonces estaba como a medio metro de Nightingale, alzó la pistola y le descerrajó un tiro a la oreja.

El estallido fue sonoro, pero la habitación no tardó en absorberlo. Nightingale se desplomó sin apenas hacer ruido mientras los truenos retumbaban tras las ventanas y la lluvia empezaba a azotar los cristales con fuerza. Blume esperaba que Angela gritara, pero el único que gritó fue él, y su voz se vio ahogada por el disparo, los truenos y la lluvia. Angela ya sostenía la cabeza de Nightingale entre sus brazos, pero no había una sola lágrima en sus ojos.

—Nunca me ha gustado —dijo el coronel dirigiéndose a Blume, casi como en un aparte intrascendente.

—Y es la única persona, aparte de Treacy, que sabía que usted vendió falsificaciones a la mafia —apuntó Blume.

—También lo sabe usted —corrigió el coronel—. Y quizá Angela.

Angela se había levantado. Tenía un pie metido en el charco en forma de medialuna que manaba de la cabeza de Nightingale. Sostenía tres pinturas de tamaño similar.

—Esas deben de ser de la medida que buscamos —se congratuló el coronel—. Chica lista. Empezaremos por la de arriba. Deja las otras dos sobre la mesa, encima de los dibujos.

Bajo una generosa capa de barniz y gruesos trazos de pintura aplicados a brochazos, el rostro de un hombre con barba miraba al infinito con gesto afligido. En el fondo se adivinaban dos palomas, o ángeles, o nubes, o manchas de moho.

—No va a estar ahí, coronel —insistió Blume—. Está escondido en otro sitio. Tendría usted que leer sus memorias con más detenimiento.

—Supongo que hay un ochenta por ciento de posibilidades de que lleve usted razón —concedió el coronel—, pero si de algo estoy completamente seguro es que diría usted cualquier cosa con tal de recuperar cierto control y alargar así su vida. Por tanto vamos a comprobarlo, si le parece.

Blume volvió la cabeza hacia Angela para disculparse de algún modo por su fracaso, pero esta miraba fijamente al coronel. No a la pistola, sino a la cara del coronel. En la mano sostenía un encendedor Dunhill plateado de estilo antiguo con la tapa abierta hacia atrás. Tenía el pulgar apoyado en la ruedecilla de la yesca, el canto de la pintura a un centímetro de distancia.

—Ni se te ocurra... —empezó a advertirle el coronel.

Sin apartar la mirada, Angela abrió el encendedor con un golpe de pulgar y este escupió una tenue llama de color naranja que lamió la esquina del lienzo y acto seguido pareció apagarse. Pero justo cuando se extinguía, una fantasmal lengua de fuego azul cruzó el retrato en diagonal, abandonó el lienzo y siguió su ascenso por el brazo de Angela. Esta dio un grito, tiró la pintura lejos y apagó a manotazos la llama

azul, que apenas si quemaba. La pintura desechada, que no había quedado mucho peor de lo que estaba, descendió planeando hasta la mesa y aterrizó sobre las demás pinturas. El coronel pareció relajarse. La llama azul emprendió un lánguido descenso, serpenteando sobre la reluciente superficie pintada de los lienzos, recreándose aquí y allá, a punto de extinguirse.

Blume se percató entonces de que una crepitante lengua de fuego, fruto de la llama original, acariciaba las botellas de disolvente y trementina a los pies de Angela, y que otra llama, esta de color amarillo, se había enroscado en torno a la pata del caballete. El coronel, moviéndose con una rapidez que Blume jamás hubiese esperado, se fue hacia la mesa en la que descansaban los bocetos. Los apartó de un manotazo para llegar a donde estaba Angela, y los dibujos cayeron al suelo, provocando una corriente de aire ascendente. La brillante pátina de disolvente y queroseno en el rostro del hombre de mirada triste prendió fuego al fin, y la llama no tardó en alcanzar los bordes de los demás lienzos de la pila. Angela se apartó de un salto, y al hacerlo volcó la botella de trementina y la lata de queroseno. Blume se levantó del sillón como movido por un resorte; el repentino e instintivo impulso de las piernas y del lado izquierdo del torso le hizo olvidar el aturdimiento y el dolor de cabeza.

Angela llegó hasta él justo cuando se levantaba. Las últimas llamas azules ascendieron y, con una súbita vaharada de aire caliente, toda la zona en la que ella se encontraba segundos antes estalló en llamaradas de color amarillo y naranja. El coronel estaba rodeado por el fuego. Les disparó dos veces, y una de las balas pasó zumbando como un mosquito. Luego nada ocurrió. Al poco, pareció como si el coronel les estuviera arrojando bolas ardientes, al tratar de sacar los bocetos en llamas del círculo de fuego. También parecía estar bailando, fruto de la ira o del pánico, pues las llamas habían prendido en la parte inferior de sus piernas.

Sin previo aviso, la librería que había a su espalda, y todos los libros que contenía, se encendieron con un resplandor amarillo y fueron engullidos por las llamas. En cuestión de segundos, la habitación se llenó de una densa humareda negra. El respaldo del sillón en que se había sentado Blume ardía en solidaridad con el resto del mobiliario. Angela se movió, pero no parecía alejarse del coronel, sino acercarse a él. Del techo empezaron a caer pequeños fragmentos centelleantes, por más que este no pareciera estar ardiendo.

Sacando fuerzas de flaqueza, Blume cogió a Angela con el brazo izquierdo y la apartó de allí. Su intención era ayudarla, pero no tardó en comprender que era él quien se apoyaba en la mujer. El coronel seguía bramando. Se las arreglaron para dar con la puerta de la cocina, pero esta también se había llenado de humo. Avanzaron a trompicones, apartaron la cortina de cuentas y salieron al invernadero de paredes acristaladas. Ambos se pararon en seco, con asombro, al notar el aire fresco y oír la lluvia que tamborileaba con fuerza sobre el techo de cristal. Blume respiró hondo.

La puerta por la que habían salido escupía vaharadas de humo negro, y la cortina

de cuentas traqueteaba enloquecida, zarandeada por las ráfagas de humo que la azotaban desde atrás. Las cuentas más bajas, que habían empezado a arder, chisporroteaban y explotaban como palomitas de maíz. Parecía imposible que hubiesen estado allí dentro hacía apenas unos segundos. De pronto, la cortina de cuentas se convirtió en una serie de finas columnas de fuego, y luego desapareció como si nunca hubiese existido. Entonces vieron una mole enfurecida avanzando en su dirección. Blume observó el objeto en cuestión con una sensación de indiferencia, vagamente consciente de que se trataba del coronel, que se precipitaba hacia ellos, tratando de escapar.

Lo que Angela hizo a continuación habría de permanecer grabado en la memoria de Blume durante muchos años. Se acercó a la estufa y, con extraordinaria fuerza, cogió la gran olla de cobre que descansaba sobre esta. Se asomó fugazmente a su interior, y es posible que en ese instante viera su propio rostro reflejado en el líquido. No bien el coronel apareció tambaleándose en el umbral, lo arrojó en su dirección.

Puede que Angela creyera ver agua en la olla, en cuyo caso sus intenciones eran benignas. Pero no contenía agua sino aceite de base, es decir, aceite de linaza hervido a presión durante horas, según explicaba el propio Treacy en un libro que nunca vería la luz.

Antes incluso de que alcanzara al coronel, el aceite prendió. Con un extraño y sonoro crujido que hizo temblar el suelo, las humeantes llamaradas de color naranja que envolvían a Farinelli estallaron en un fognazo amarillo que pronto se tornó blanco. Con un alarido, el coronel desapareció tras una ardiente cortina de fuego.

Angela cruzó el invernadero a la carrera hasta alcanzar la puerta que daba a la calle, la abrió de un tirón y desapareció tras ella. Una deliciosa ráfaga de aire frío y húmedo irrumpió a través de la puerta recién abierta, invirtiendo la dirección de los remolinos de humo que brotaban de la habitación en llamas, como si esta quisiera succionar todo lo que había vomitado segundos antes. De pronto, el campo visual de Blume se despejó. Daba la impresión de que el fuego había decidido perdonar el invernadero de Treacy.

Sereno, aunque apesadumbrado por cuanto estaba ocurriendo, Blume se acercó al fregadero de granito, puso un cántaro de barro bajo el grifo y dejó que se llenara lentamente de agua fría. Lo recogió, cruzó el humeante hueco que antes presidía la cortina de cuentas, atravesó la cocina ennegrecida, notando con tristeza que también empezaba a arder por arriba, y se asomó a la puerta del salón, tras la cual se extendía un mar de llamaradas blancas. Una mole oscura rodaba por el suelo y, movido por la compasión, Blume le arrojó el contenido del cántaro, pero las gotas de agua se convirtieron en vapor, que estalló casi con tanta saña como lo había hecho el aceite. El coronel se alejó de su nuevo torturador arrastrándose como un animal herido y se adentró de nuevo en el salón, donde los elegantes zapatos de un cuerpo más pequeño y silente empezaban también a arder.

Un abrumador y dulzón olor a comida rápida chamuscada emergió de la

habitación, provocándole náuseas. Blume cruzó la cocina a la carrera en busca del frescor del invernadero. Por encima de su cabeza se sucedían los crujidos y silbidos, como si alguien hubiese arrojado miles de cubitos de hielo al agua caliente. Miró hacia arriba y bajó los ojos al instante, pues una de las hojas de cristal del techo había estallado y se precipitaba hacia abajo en forma de lluvia de esquirlas, seguida por la lluvia de verdad. El fuego no perdonaba nada.

Las llamas empezaban a insinuarse por el armazón que sostenía la techumbre de cristal, y zigzagueaban sobre la viga de madera en la que se apoyaba el acristalamiento. Los vidrios se tiznaban, titilaban y estallaban por doquier, aunque algunas láminas de cristal caían enteras y solo se hacían añicos al estrellarse contra el suelo. El coronel emitió un último bramido, como un toro en la distancia, y Blume oyó la voz de Angela desde el otro lado, llamándolo. Corrió hacia ella y hacia el frescor del aire nocturno mientras a su alrededor llovían cristales, centellas y trozos de madera incandescentes.

Los bomberos aparcaron sus camiones en el jardín, sobre un arriate de narcisos color crema, y desde allí atacaron las llamas, evitando así ocupar la calle, que no tardó en llenarse de carabinieri procedentes de los cuarteles aledaños, algunos de ellos sosteniendo paraguas, y de estudiantes estadounidenses del cercano John Cabot. El fuego seguía ardiendo con furia y los rumores de lo ocurrido empezaron a circular entre la multitud, cuyo ánimo era cada vez más festivo. En medio de aquel caos, sin que nadie se fijara en él ni se molestara en inspeccionarlo, seguía el coche del coronel.

Uno de los primeros en llegar al lugar de los hechos fue Rosario Panebianco, solícito, amable y persuasivo. En cuestión de minutos, había conseguido meter a Angela en una ambulancia bajo escolta. Cuando Blume lo mandó a tomar por saco, asintió comprensivo y no tardó en volver con un enorme paraguas y una chaqueta impermeable de color azul con la palabra «Polizia» impresa en letras reflectantes en la espalda. Antes de irse, ordenó a otro agente que sostuviera el paraguas y no se apartara de Blume.

—Comisario —dijo—, está usted temblando y tiene sangre en el cuello y la espalda. Póngase la chaqueta.

Blume decidió hacerle caso.

Caterina llegó cuando los paramédicos estaban a punto de pedir a los colegas del comisario que lo metieran en la ambulancia a la fuerza. Blume la llamó, ordenó al agente que sostenía el paraguas que se largara y señaló con la cabeza el coche del coronel.

—El manuscrito de Treacy está en el asiento trasero. Cógelo. Luego guárdalo o destrúyelo. Solo es una copia.

—Lo sé —repuso Caterina—. Yo también estaba el día que hicimos las fotocopias, ¿te acuerdas?

Blume la miró, confuso.

—Tenemos que deshacernos de todo: los originales, las copias, todo.

—Yo me encargo de eso. —Caterina señaló las llamaradas y el humo que subían en dirección al cielo al otro lado del muro—. ¿Es verdad eso que dicen, que el coronel está ahí dentro?

—Sí. Y también Nightingale.

—Oh, no —se lamentó Caterina—. ¿Hay alguna posibilidad de que haya salido con vida?

—Ninguna —repuso Blume.

Caterina pasó por encima de un charco de agua que se había formado entre los adoquines, y luego se dio la vuelta.

—Cuando he salido de casa esta mañana, he visto a Rospo dormido en un coche aparcado en la acera de enfrente. No estaba de muy buen humor, ha dicho que se suponía que debías ir a relevarlo. Entonces empecé a preocuparme por ti. Luego has llamado, y justo después me he enterado de lo de Paoloni, y entonces has vuelto a desaparecer. Debería haber adivinado que estabas aquí. Lo siento.

Blume intentó hacer un gesto exculpatario con la mano, pero había perdido la sensibilidad en el brazo, y tampoco recordaba exactamente qué músculos debía tensar.

—Alec, ¿quieres hacer el favor de irte? No puedes seguir ahí plantado, temblando y sangrando bajo la lluvia. Tienes tan mal aspecto que nadie se atreve a acercarse para decirte que te subas a una ambulancia.

Blume consintió que lo llevaran al hospital San Camillo. Lo dejaron languideciendo por un periodo de tiempo indeterminado en una pequeña sala pintada de blanco y verde que olía a atún, hasta que vino un médico, lo examinó, le apuntó con una linterna a las pupilas y se fue a toda prisa. Regresó al cabo de cinco minutos en compañía de tres enfermeros y una camilla. Media hora más tarde, Blume era sometido a una operación de urgencia para eliminar un hematoma intracraneal.

Entonces se durmió.

Cuando despertó, las náuseas y el dolor de cabeza se habían reducido a un nivel soportable, y anunció que estaba listo para marcharse. Lo repitió varias veces, sin obtener ninguna respuesta. Le habían afeitado la nuca y le habían colocado un vendaje exagerado, pero no le dolía en absoluto. Ni siquiera cuando se tocaba la herida. Pensó que podría irse a casa, recoger el piso y cenar algo. Salió de la habitación y expuso sus planes a una enfermera que se encontró en el pasillo, y que lo de vuelta a la cama.

Blume protestó en tono autoritario, pero ella se limitó a hacerlo callar.

—Va a despertar a los demás pacientes.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media de la mañana.

Durmió quince horas más, y al despertar, sumido en un invencible sopor, consintió en pasar otra noche en el hospital. A la mañana siguiente dio las gracias a todo el personal sanitario por el excelente trato recibido. Se las dio incluso al médico que lo atendió. Si de algo podía quejarse, dijo, era del exceso de higiene y del intenso olor a lejía que desprendía la pared de color lima.

El médico se acercó a la pared, la olió, y cuando se dio la vuelta anunció a Blume que tendría que someterse a otra serie de pruebas médicas.

—¿Por qué?

—Fantosmia.

—¿Eso qué es?

—Alucinación olfativa. Podría ser grave.

A la mañana siguiente, se enteró de que los resultados de las pruebas no llegarían

hasta pasados dos días, momento en el que anunció que firmaría el alta voluntaria.

—No debe conducir. ¿Puede venir alguien a recogerlo?

Blume llamó a Caterina.

—Estoy de servicio.

—¿Eso es un no?

—No, pero tengo que informar a los demás de adónde voy.

—Siempre que no te dé vergüenza... —repuso Blume.

Mientras lo llevaba de vuelta a casa, Caterina lo puso al tanto de las últimas novedades.

—Angela Solazzi fue dada de alta en el hospital al poco de ingresar. Se está quedando con Emma. Se ha puesto en contacto con nosotros dos veces, dice que se avendrá a colaborar en todo lo que haga falta.

—Bien.

Blume volvió a verla levantando la olla de cobre, asomándose a su interior y arrojando su contenido al umbral en llamas. Vio su rostro en el momento en que alzaba la olla, su mirada, la misma que le había visto cuando había iniciado el fuego.

—No creo que tenga mucho de qué responder —dijo.

—También hay una buena noticia —anunció Caterina—. El maresciallo ha desarrollado una septicemia a causa de las mordeduras del perro.

—¿Mortal?

—No. Pero al parecer se encuentra sumido en un profundo letargo. Tampoco íbamos a sacarle gran cosa. De eso se encargan los carabinieri.

—Lo más probable es que todo sea cuento —opinó Blume—. Así empieza su defensa.

El móvil de Caterina empezó a sonar. Lo cogió, y al notar el leve temblor de la subordinación en su voz, Blume supo con quién hablaba. Caterina le pasó el teléfono.

—El questore. Quiere hablar contigo.

«Le ha faltado tiempo», pensó Blume. Seguramente había pedido que lo informaran en cuanto Blume saliera del hospital, y alguien en la comisaría se había dado mucha prisa en hacerlo.

Blume cogió el teléfono y, con un tono todavía más áspero de lo habitual por tener a Caterina delante, dijo:

—Aquí Blume.

—¿Qué coño ha pasado, comisario?

—Es una larga historia, señor.

—Una larga historia puede contarse en un largo informe, y con cuatro semanas de baja por enfermedad, que deberán revisarse al concluir ese plazo y seguramente se convertirán en una suspensión de tres meses, tendrá tiempo de sobra para informarme de lo ocurrido con pelos y señales.

—No hay ninguna necesidad de suspenderme, señor —repuso Blume.

—Esta mañana he sabido que el ciudadano británico fallecido, John Nightingale,

murió de un disparo hecho a quemarropa con su pistola, que también ha aparecido en el lugar de los hechos. La noticia ha eclipsado casi por completo el pequeño éxito propagandístico que habíamos cosechado con la detención del atracador de turistas. Un coronel de los carabinieri con una amplísima red de contactos también murió calcinado mientras se llevaba a cabo una investigación interna sobre sus actividades. Un antiguo policía, recientemente cesado en sus funciones en circunstancias por demás sospechosas, murió asesinado horas antes, y, si bien se trata de algo secundario, me han informado de que un juez firmó una orden de registro de su piso, que, para colmo y según parece, ha sido también escenario de un robo que no se ha notificado como es debido. ¿He dicho tres meses? ¿Qué tal treinta y tres años?

—Una investigación me condujo a otra, y luego las cosas... Se me fueron un poco de las manos.

—Y otra cosa. ¿Dónde está el juez de instrucción que ha supervisado todo esto? ¿Existe, por lo menos?

—No exactamente. Buoncompagno y el coronel...

—Buoncompagno ha tenido que rendir cuentas ante la sección disciplinaria del Consejo de la Magistratura por su implicación en este y otros casos. O lo que es lo mismo, su inmunidad se ha desvanecido junto con el coronel y un palacete con jardín, que ha resultado ser propiedad de una rama de la familia Pamphili.

—Podría elaborar una versión resumida del informe en la que toda acción no reglamentaria se vería como el desarrollo natural de una investigación sumamente compleja y atribulada, en la que quizá ha habido una escasa comunicación con las autoridades judiciales pero en la que, a cambio, la policía y los carabinieri han trabajado en estrecha colaboración —afirmó Blume.

—Ya veo que, pese al golpe en la cabeza, sigue siendo usted el mismo zorro taimado de siempre, Blume. Si redacta ese informe, quiero ver también la versión larga. Solo por si alguien, no lo quiera Dios, considera que su versión no es del todo creíble.

—Creo que la embajada estadounidense podría interceder a nuestro favor ante el ministerio —añadió Blume.

—¿Eso cree? Desde luego, sería de gran ayuda que lo hicieran.

—Hay algo que puedo hacer por ellos, y lo único que pediré a cambio es que el ministerio reconozca la habilidad con que el questore de Roma ha tratado un caso sumamente difícil y complejo como este. Apuesto a que... como se llame, ese ministro tan bajito y feo de la Liga Norte, estaría encantado de que los americanos le dieran una palmadita en la espalda.

—No haga promesas que no puede cumplir, Blume.

El comisario devolvió el teléfono a Caterina.

—Creo que ha sido Rospo quien le ha dicho al questore que llame a mi número para hablar contigo —dijo Caterina—. Por si te lo estabas preguntando.

Cuando se detuvieron delante del edificio de Blume, Caterina abrió el bolso, sacó

de su interior un manajo de llaves y se las dio.

—Son tuyas —dijo—. Tu piso tiene una puerta nueva, ¿te acuerdas? Las he recogido por ti.

—Claro. Gracias. —Blume acarició las tres largas llaves—. Supongo que no...

—Tengo que volver con Elia —dijo Caterina.

—Claro.

—Pero llámame.

Cuando entró en su piso se llevó una sorpresa mayúscula y sintió una gratitud infinita. Estaba limpio como una patena. Caterina lo había recogido todo. Los maltrechos cojines yacían en un rincón, a la espera de ser remendados. El fregadero estaba resplandeciente. Sobre la mesa de la cocina descansaban los diarios, algo manoseados y polvorientos. Los llevó al estudio y los archivó.

Cruzó el pasillo y se dirigió a su habitación. La cama estaba recién hecha, la ropa doblada en una pila sobre la reluciente cómoda.

Al día siguiente por la mañana llamó a la embajada estadounidense y pidió que le pasaran con Kristin Holmquist.

—¡Alec! Cómo me alegra tener noticias tuyas. Ahora te llamo yo.

Cumplió su palabra, pero sin prisas. Pasaron tres horas hasta que por fin sonó el móvil de Blume.

—Me he enterado de que has estado otra vez en el hospital.

—En realidad no ha sido más que un chequeo. Ya estoy en casa.

—Estupendo. Empezaba a tener remordimientos por no haber ido a verte.

—Sí, se te nota en la voz —ironizó Blume.

—Pues tú sueñas estupendo —repuso Kristin—. ¿Me llamas por motivos personales o por trabajo?

—Lo segundo. Podemos hablar por esta línea, ¿verdad?

—Claro. No pondría la mano en el fuego por la seguridad de tu teléfono, pero adelante. Trata de ser un poco discreto si vas a proporcionarme más información vital de esa que has venido pasándonos en los últimos tiempos.

—Pues la verdad es que sí tengo algo que puede interesaros. —Blume hizo una pausa, a la espera de respuesta—. ¿Kristin, sigues ahí?

—Estaba conteniendo la respiración de pura ansiedad, ¿no lo has notado? Venga, Alec, suéltalo de una vez. Estoy ocupada.

—Es algo que viene de lejos. Hace mucho que dejó de ser un tema candente o polémico, pero sí tiene cierto peso diplomático. La relación que mantuvieron en aquella época la embajada de Estados Unidos y los cristianodemócratas. El intermediario enviado por Washington cuando el secuestro... ¿El tipo ese que escribe novelas? Hablamos de ello tras una agradable cena mexicana en mi casa...

—Entiendo... —dijo Kristin.

—Estoy bastante seguro de que el manuscrito no llegará a ser de dominio público a menos que yo lo consienta.

—Sería muy amable de tu parte que no lo consintieras. ¿Puedes hacerlo?

—Bueno —repuso Blume—, una opción sería deshacerme de él, y la otra dártelo.

—Prefiero la segunda opción —dijo Kristin—. Más que nada porque me pica la curiosidad. ¿De veras nos los darías esta vez?

—Sí. La cuestión es que tengo que redactar un informe policial muy complejo y me será muy difícil no mencionar las memorias de Treacy para explicar determinadas acciones. Hacerlo podría desencadenar una investigación, despertar el interés de algún juez, con lo que todo se complicaría y saldría a la luz. ¿Entiendes mi problema?

—¿No puedes dejar las memorias de Treacy al margen del informe?

—Podría redactar un informe en el que se hiciera una alusión mínima a los

diarios, pero para hacerlo tendría que contar con el respaldo del questore.

—Conozco a tu questore —repuso Kristin—. Es un buen tipo.

—Por adorable que sea —replicó Blume—, debe responder ante otros.

—Entiendo —dijo Kristin—. Bueno, es posible que en la próxima reunión de la embajada con el ministro, que está programada para dentro de unas tres semanas, uno de mis colegas le haga notar la excelente labor que está llevando a cabo el questore. ¿Crees que eso ayudaría?

—Casi con toda seguridad —dijo Blume.

—Estaría bien que nos viéramos —sugirió Kristin—, en lugar de que vengas a la embajada o de que yo mande a alguien a recoger una copia del manuscrito. ¿Piensas quedarte una copia, por cierto?

—No —respondió Blume.

—¿Qué tal si quedamos algún día de esta semana? Te llamaré.

—Perfecto —dijo Blume.

Se le ocurrió encender la tele, y no daba crédito a lo que veía. Llevaba veinte años sin ver la programación diurna. Estaba escandalizado. Se diría que no quedaba nadie que quisiera tener secretos personales. Cambió a un canal llamado K2 y se dedicó a ver dibujos animados, en concreto una serie titulada *Los padrinos mágicos*, que le pareció estupenda.

El teléfono fijo empezó a sonar, y al contestar oyó una voz femenina y vagamente familiar.

—Alec, soy Filomena —dijo.

Un nombre horroroso, lo había oído no hacía mucho...

—¿Te acuerdas? La mujer de Beppe. Su viuda.

—Lo siento —se disculpó Blume.

—Voy a incinerarlo.

—Eso le habría gustado —dijo Blume.

—¿Le habría gustado que lo incineraran?

—Siempre que primero estuviese muerto, evidentemente.

—Por Dios, no me extraña que te considerara amigo suyo.

—Lo siento —dijo Blume—. Solíamos hablar así entre nosotros.

—¿Vendrás? Será mañana por la mañana, en Viterbo.

—Por supuesto que iré —repuso Blume.

—Hay quien cree que no debería incinerarlo —apuntó—. No es algo que guste demasiado.

—La gente, ya se sabe... —comentó Blume.

—Sí. Oye... Fuera lo que fuese lo que lo llevó hasta la muerte... fue culpa suya, como de costumbre, ¿verdad?

—Fue culpa de la persona que lo mató —replicó Blume.

—Pero él se expuso a que le hicieran daño, ¿verdad?

Filomena parecía desear creer en esta posibilidad, pero Blume no quiso escurrir el bulto.

—No. Yo lo expuse.

—Si de veras lo crees, seguro que te gustaría ponerle remedio, ¿no es así?

—Ojalá pudiera hacerlo, pero no puedo.

—No, no puedes. Eras su mejor amigo, siempre lo decía. Pero también era un hombre violento. Por eso perdió su empleo.

—Era un buen hombre.

Filomena hizo caso omiso de sus palabras.

—Nuestro hijo, Fabio, va por el mismo camino. Tiene el carácter vengativo de su padre. Ahora me toca a mí recoger los añicos y empezar otra vez de cero.

—Si puedo ayudar en algo... —se ofreció Blume.

—Sí puedes —repuso ella—. Sabes quién mató a Beppe, ¿verdad?

—Sí.

—Has dicho que nos ayudarías. Prométemelo.

Blume guardó silencio.

—Prométemelo. Sé que no me conoces demasiado bien, pero yo sí conocía a Beppe, y pese a todo... sé que con tal de salvar a su hijo habría renunciado a la venganza. Quería que Fabio fuera mejor que él, siempre lo decía.

—De acuerdo.

—¿Y me prometes que nadie que trabaje a tus órdenes le hará daño a ese hijo de puta?

—Eso también te lo prometo.

—Y tienes que hacer otra cosa. No ahora mismo, pero pronto. Tienes que hablar con Fabio.

—Lo intentaré —dijo Blume—. Pero no tengo hijos, así que no es algo que se me dé demasiado bien.

—Lo harás estupendamente. Y quiero que le expliques por qué has decidido no vengar la muerte de su padre mediante la violencia, y por qué no debe hacerlo él tampoco.

—No me escuchará. Si yo estuviera en su lugar, no lo haría.

—Puede que sí. O puede que no. Es posible que lo comprenda dentro de unos años. Pero puedes intentarlo. Es tu deber.

—No tengo ni idea de qué decirle. El sistema judicial en este país... no funciona. Nada funciona, esa es la puta verdad. Ese carabinieri se irá de rositas. A lo sumo, si deciden ponerse duros, perderá su trabajo. No habrá consuelo para tu hijo.

—No te he pedido que lo consueles. Eso es cosa mía. Habla con él, sé sincero. ¿Podrás hacerlo?

—No lo sé —contestó Blume.

—Bien, así se hace —repuso Filomena—. No lo sabes, pero lo intentarás. La

incineración será mañana a las diez de la mañana en Via dei Monti Cimini, número 36. No seremos muchos.

Poco antes de la hora de cenar, llamó a Caterina.

—¿Quién ha pagado mi puerta?

—Yo. Me debes dos mil seiscientos euros.

—¿Puedo pasarme a pagarte? Tengo un talonario.

—No hay prisa.

—Bueno... quizá no a pagarte, pero ¿puedo pasarme?

—Me temo que solo me queda pesto de bote —se disculpó Caterina.

—El pesto me encanta —repuso Blume, sentado a la mesa de la cocina.

Hubiese querido decir algo más gracioso, pero se sentía cohibido por los grandes ojos marrones de Elia, que lo miraban fijamente y solo se apartaban de él cuando se volvía hacia su madre para sonreír.

Después de cenar, Blume se sentó en el salón a ver la tele mientras Caterina hacía lo que sea que hacen las madres para conseguir que los niños se vayan a dormir. Le llevó mucho tiempo, y Blume empezaba a interesarse por el argumento de una película de Bruce Willis cuando por fin regresó. A un lado del televisor había una pila de mantas y una sábana.

Caterina se sentó junto a él y asistió a unos minutos de explosiones antes de decir:

—Tengo que explicarte lo de esta ropa de cama. La otra noche tuve visita.

—No, no. No es asunto mío —repuso Blume—. No tienes que explicarme nada, de verdad.

—La visita era Emma Solazzi —aclaró Caterina.

—Ah —dijo Blume, y apagó la tele, dejando a Bruce Willis suspendido en pleno salto al vacío—. En tal caso, puede que sí me interese.

Cuando acabó de relatarle la confesión de Emma, Caterina se sintió aliviada y decepcionada a un tiempo por la tranquilidad con la que Blume había encajado la noticia. Parecía mucho más interesado en ver la pintura que la joven le había dejado.

Temía que le reprochara haber albergado a una sospechosa en su casa, pero sus temores eran infundados. Lo que hizo Blume fue empezar a enumerar los errores que él había cometido, empezando por cuando se había dejado convencer por Paoloni para fingir que unos ladrones habían desvalijado su piso.

—Ahí fue cuando dejé de actuar como un policía digno de ese nombre y entré en un juego que acabó con la vida de mi amigo. Ahí fue cuando debí llamar a Faedda para que me ayudara a tenderle una trampa al coronel. Ahí fue cuando debí llamar a un juez de instrucción, redactar un informe, ordenar los hechos y ponerlos por escrito. Todo lo que hice a partir de entonces fue al margen de la ley. Un juego mortal. Y si tú acabaste con una sospechosa durmiendo en el sofá de tu casa y un carabiniere sin escrúpulos amenazando a tu hijo, también es responsabilidad mía.

—La línea que separa la asunción de responsabilidades y la autocompasión es muy fina, Alec —replicó Caterina—. Cállate ya, que estás a punto de cruzarla.

Blume la miró sin salir de su asombro.

—Te lo digo en serio —insistió Caterina—. Cállate ya. Lo pasado pasado está. Siento mucho lo de Paoloni, y también lo de Nightingale. Pero tú no los has matado. Respecto a lo que hizo Emma y lo que crees que pudo haber hecho su madre... no

nos incumbe a nosotros juzgarlas. Dicho lo cual, ¿quieres ver la pintura o no?

Blume asintió.

—Bien. Iré a buscarla. Mientras tanto, hay una carta ahí encima, en el escritorio, junto a mi portátil. Es la carta que acompañaba al cuadro, se la escribió Treacy a Angela, por si te interesa.

Blume cogió la carta y empezó a leerla.

—Escribía mejor en inglés —apuntó Blume cuando Caterina regresó al salón—. Todo esto de las bayas y los besos, los frutos y los *pentimenti*... Qué espanto. En italiano suena de lo más cursi.

—A lo mejor no es por la lengua, sino por la persona a la que iba dirigida la carta y por su sentimiento de culpa —sugirió Caterina.

Blume observaba la pintura.

—Dios, qué porquería de cuadro.

—Pues a mí ahora me gusta —dijo Caterina—. Al principio no, pero ahora sí. Me gusta que lo pintara reproduciendo el estilo de la mujer a la que quiso.

—La mujer a la que amargó la vida, querrás decir. Y esto difícilmente podría considerarse un homenaje a su estilo. Es una parodia de una mala pintura. O una parodia de De Chirico. A eso se refería en la carta.

—¿De veras? Yo no sé nada de pintura. Me doy cuenta de que no es una gran obra de arte, pero no veo la parodia por ningún lado.

Blume apoyó el cuadro en el sofá y retrocedió para contemplarlo.

—Quizá no la haya. Da la sensación... da la sensación de que corrigió mucho, lo que no parece demasiado coherente con una parodia.

—Además, por la carta se nota que iba en serio. Quería que lo perdonaran.

—¿Te refieres a todo eso de los *pentimenti*? —preguntó Blume—. Es algo más que una forma de pedir perdón. En pintura, es un término técnico. Significa corrección o cambio de idea. Cuando un pintor empieza a dibujar una mano abierta pero al poco decide convertirla en un puño cerrado, o deshacerse de un perro que aparecía en el fondo, o algo parecido, a menudo deja una huella de la composición original. Eso es un *pentimento*. Ven aquí.

Blume la hizo acercarse más a la pintura y señaló el centro del lienzo.

—Mira, ¿lo ves? ¿Esto de aquí qué es, una gruta desierta? Es el punto focal del cuadro, y está situado en medio de las paredes curvas, aunque Treacy se hiciera un lío con las proporciones. Los *pentimenti* se concentran en torno al punto focal del cuadro, y son en buena medida los responsables de que sea una chapuza.

—¿Crees que el Velázquez acabó convertido en cenizas o que está escondido en otro sitio?

—Me estaba preguntando lo mismo —repuso Blume—. Creo que sigue escondido en algún lugar, y Treacy nos dice dónde en sus diarios. Si estoy en lo cierto, algún americano acabará averiguándolo, puesto que he prometido entregar los diarios a la embajada.

—Tú eres americano, averígualo tú —replicó Caterina.

—Ten —dijo Blume, tendiéndole un talón—. Te lo he hecho por dos mil seiscientos euros. No le he puesto nombre ni fecha, ni nada. Lo he firmado y punto.

Caterina cogió el cheque, se fue a la cocina, lo guardó en un cajón y volvió al salón.

—Mañana por la tarde Elia se va de viaje con el colegio. Se van a Venecia y Padua, y luego bajarán hasta Rimini. No me hace demasiada gracia tanta agua.

—No le pasará nada. ¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Cuatro días. Tres noches.

El crematorio de Viterbo no estaba señalado, y Blume tuvo que pedir ayuda a un policía de tráfico local. Este le dijo que siguiera las indicaciones para llegar al McDonald's, luego al supermercado Coop y finalmente al polideportivo.

Llegó un poco antes de la hora prevista y se sumó a un escasísimo grupo de dolientes. Allí estaba Fabio, temblando de rabia y pena a partes iguales mientras su madre lo sujetaba del brazo con fuerza. Filomena lucía un rostro botulinizado, el pelo rubio y unas extrañas mallas bajo una falda demasiado corta. Había envejecido, y lo había hecho sin pizca de gracia. Blume levantó la mano a modo de saludo, pero ella no pareció reconocerlo. Era posible que también él hubiese envejecido sin pizca de gracia.

Una pareja muy mayor —¿los padres de Paoloni, sus exsuegros?—, tres parejas de mediana edad y unas ocho personas más, tres de las cuales Blume reconoció como antiguos policías.

No se tenía por un hombre religioso, pero la incineración laica de su amigo fue el acto más desangelado y sin sentido al que había asistido jamás. Cinco minutos después de que el ataúd desapareciera en una cinta transportadora, todo el mundo se había marchado a excepción de Fabio y su madre, aunque tampoco se les veía por ninguna parte. Probablemente estaban esperando las cenizas. Cuando se subió al coche, el tapizado olía a níquel y asfalto, y se sintió mareado.

Tras pasarse diez minutos rodeando las murallas de la ciudad, Blume aparcó, se apeó del coche y se adentró en el centro histórico, buscando un bar. Encontró uno agradable cerca del palacio papal, donde tomó dos cappuccinos y varias pastas sentado de cara a la ventana, por la que veía el campanario a rayas blanquinegras de la catedral de la ciudad.

Después de apurar el café dio un paseo por las inmediaciones de la catedral, cuyo nombre no atinaba a recordar. Sus pasos lo llevaron a bordear el edificio, en uno de cuyos muros laterales vio un letrero de información turística. San Lorenzo, eso era. Había estado allí antes, mucho tiempo atrás, en una excursión escolar, o quizá con sus padres. No lo recordaba. ¿Qué sentido tenía que te incineraran al lado de un polideportivo vandalizado en las afueras de la ciudad teniendo una magnífica catedral como aquella desierta y con las puertas abiertas? Para algunas personas, el mero valor arquitectónico de un templo como aquel era suficiente para dejar atrás cuanto les resultaba familiar y cruzar medio planeta para verlo con sus propios ojos.

Blume subió el tramo de escaleras que conducía al interior del edificio y comprobó que era el único visitante de aquella mañana.

Se quedó contemplando la nave flanqueada por columnas que conducía al ábside ciego, presidido por un crucifijo, y pensó en Paoloni. El interior del templo era

austero, con frescos desvaídos y unos pocos cuadros en las paredes. Movido por un impulso, encendió un cirio por Paoloni. Luego encendió otro por sus padres y hurgó en los bolsillos en busca de cambio, pero no llevaba encima una sola moneda. Lo más pequeño que tenía era un billete de veinte euros.

Coqueteó con la idea de dejar caer los veinte euros en el cepillo, pero la desechó por ridícula. Sin embargo, no quería marcharse sin haber pagado el euro y medio que debía de los cirios, y apagarlos tampoco parecía una alternativa adecuada. Se quedó unos instantes paralizado por la indecisión.

A la mierda. Dejó caer el billete de veinte euros en el cepillo y se fue a echar un vistazo a las pinturas. Sobre una mesa desatendida había una guía del templo a la venta por quince euros. La cogió, se la llevó a un banco y la hojeó sin demasiado afán. La pintura que tenía ante sí representaba a la Sagrada Familia en compañía de algún santo y era obra de Giovanni Francesco Romanelli, natural de Viterbo.

Blume contempló el lienzo y oyó la voz de su padre pronunciando la palabra «manierista», que en sus labios siempre había sonado como un insulto. Albergaba grandes dudas incluso acerca de Miguel Ángel, y por lo general desdeñaba casi todo el arte de los trescientos años previos a la llegada de los modernistas. Quizá algún día, pensó Blume, desarrollaría sus propias ideas acerca de lo que era bueno y lo que no. Pero la guía parecía estar de parte de su padre. Aquella no era la mejor de sus obras, señalaba con pesar. La mayoría de los lienzos importantes de Romanelli se encontraban en Francia, circunstancia que por una vez no cabía achacar a las tropas napoleónicas y a su saqueo de aquel hermoso país, incomparablemente más rico en cultura que el suyo (Blume buscó el nombre del controvertido historiador del arte y comprobó que era un cura), sino a que Romanelli había perdido todos los encargos en Roma después de que, a la muerte del papa Urbano VIII, príncipe de la familia Barberini, ocupara el trono el papa Inocencio X, el gran papa Pamphili, favorable a España y enconadamente antifrancés, inmortalizado en el famoso retrato de Velázquez y en el busto de Bernini. El cura historiador del arte parecía aprobar la elección del irascible Pamphili, por más que su ascenso al papado hubiese supuesto el exilio del mejor artista de Viterbo.

Blume se levantó, sacó un billete de cincuenta euros de la cartera y lo introdujo —no sin esfuerzo— en el cepillo. De ser creyente, hubiese recitado una oración de agradecimiento. Aunque, después de aquello, no descartaba convertirse.

Acababa de averiguar dónde había escondido Treacy el Velázquez.

Blume hizo un poco de espacio en el salón de su piso, encendió el portátil y cogió unos pocos libros de arte del estudio de sus padres.

Pero sabía que estaba en lo cierto antes incluso de consultar los viejos tomos y las páginas web. Llamó a Caterina a la comisaría.

—Necesito que me traigas un equipo de intervención. Necesitaremos un ariete reventapuertas, tenazas, quizá un martillo, una palanca, un destornillador y una linterna. Cuando lo tengas todo, pasa por tu casa, coge la pintura que Emma te dejó y vente para acá.

—Querían saber para qué necesitaba un equipo de intervención —dijo Caterina al llegar, cuarenta minutos después.

—¿Se lo has dicho?

—¿Cómo iba a decírselo?

Le entregó el cuadro.

—De acuerdo —dijo Blume—. Ahora quiero que mires esto.

Le tendió un libro de arte de Editaba.

—¡Pero si es el cuadro de Treacy! —exclamó Caterina al instante—. No, espera... —Estudió más detenidamente la ilustración, y luego la pintura de Treacy—. Con la diferencia de que los árboles están dispuestos de otro modo, y el muro y el arco tampoco son iguales, y... Creo que me voy a callar antes de quedar como una perfecta imbécil.

—No, tienes razón. Los colores son similares. No se aprecia demasiado bien porque esto es una reproducción, pero aun así se ve que son tonos terrosos, verde, gris, *beige*... y deprimentes, igual que los del cuadro. El tema es el mismo, como también lo es la atmósfera e incluso el tamaño. Has visto el parecido antes que las diferencias, igual que yo.

Caterina escrutó la portada del libro que sostenía entre las manos.

—Giorgio de Chirico —dijo—. Creía que solo había hecho obras surrealistas.

—Lo que estás mirando es un paisaje de Villa Falconieri —dijo Blume.

—¿Cuál de ellos?

—El del libro. El que pintó De Chirico —precisó Blume—. Ahora escucha esto —dijo, abriendo las páginas de un viejo y maltrecho libro de tapas azules:

En el transcurso de su segunda visita a la Ciudad Eterna, Diego Velázquez acudió como invitado de honor a la elegante Villa Medici, donde no cabía sino esperar que una mente de exquisito temperamento artístico, dotada de un sentido estético innato...

—¡Por Dios! —exclamó Blume, arrojando el libro a un rincón—. No soporto tanta prosopopeya. El caso es que, cuando Velázquez residía en Roma y pintó el retrato del papa Inocencio X que vimos hace unos días, se alojaba en Villa Medici. Donde está ahora la Academia Francesa.

Caterina asintió.

—Y estando allí Velázquez pintó los jardines de Villa Medici. No es una obra tan conocida como sus retratos. Ahora escucha: en 1946, Giorgio de Chirico pintó dos paisajes, uno de Villa Falconieri, el que acabo de enseñarte, y otro de Villa Medici. Ambos inspirados en la pintura de Velázquez. Si coges los dos cuadros de De Chirico y los fundes, obtienes una especie de reproducción del lienzo de Velázquez. Así fue como De Chirico rindió homenaje al maestro, al tiempo que lo copiaba. Treacy hablaba de eso en sus notas.

»También sabemos por sus diarios que Treacy era un gran admirador de De Chirico. Habla incluso de un sentimiento de afinidad con él. Y lo que es más: renunció a la oportunidad de lucrarse endosándole obras falsificadas de De Chirico a la sobrina de este cuando se las robaron.

»De modo que ese cuadro tan feo de ahí no es solo un homenaje a Angela, sino que además encierra un mensaje. Personal y profesional. También es una variación sobre el cuadro de De Chirico.

—Que a su vez es una variación sobre el de Velázquez.

—Correcto. Pero el cuadro de Treacy no es una variación elegida al azar. Es un paisaje de un lugar específico. Un parque en el que vivió como invitado. Un parque que ahora está abierto al público, pero que ha pertenecido a la familia Pamphili durante décadas. El parque en el que Angela y él se besaron y se vieron interrumpidos por una mujer inglesa con sus perros.

—Villa Pamphili —dedujo Caterina.

—Que es donde vamos a ir ahora mismo. Trae el cuadro y el equipo.

Blume cruzó la ciudad al volante, tratando de no pisar el acelerador demasiado a fondo. Al llegar a la puerta de San Pancrazio entró en el parque con el coche.

—Ahora despacito. No quisiera atropellar a ningún deportista —dijo—. Aunque esos ciclistas que van haciendo zigzag entre los peatones se lo tendrían bien merecido.

Avanzó despacio por el sendero de grava en dirección al arco del triunfo de Quattro Venti.

—Vamos a ir hasta el mismísimo palacio —anunció Blume.

Avanzaron en medio de un silencio solo roto por el sonoro crujido de la grava bajo los neumáticos.

—Creo que nos han pillado.

Un coche patrulla de la policía municipal se detuvo delante del suyo, y los dos ocupantes se apearon del vehículo.

—Me parece que ha habido una confusión —dijo el vigile—. Según tengo entendido, esta semana patrullamos nosotros el parque, la semana que viene es el turno de los carabinieri y la siguiente os toca a vosotros.

Blume apartó las manos del volante, y solo entonces cayó en la cuenta de que iba en un coche de la policía perfectamente señalizado como tal.

—No, no ha habido ninguna confusión. Estamos aquí por una investigación —replicó Blume—. Vamos a aparcar ahí delante, junto a la capilla.

—Perfecto, en tal caso me apartaré de vuestro camino —repuso el vigile.

Blume avanzó unos metros más y detuvo el coche sobre la hierba que crecía a los pies de una maltrecha encina. Se quedaron sentados en el coche, contemplando el parque, una extensión de terreno ajardinado con desgana y vandalizado sin demasiado afán.

—¿Sabes quién dejó muchos *pentimenti* en sus pinturas?

—¿Velázquez? —preguntó Caterina.

—Correcto.

Blume se apeó del coche, miró hacia el otro extremo de la extensión de césped. Abrió el maletero, sacó la pintura.

—He estado pensando en la carta que Treacy envió a Angela, esa en la que habla de las bayas venenosas del tejo y de un momento especial que compartió con ella. Coge la bolsa de herramientas y sígueme.

Caterina lo siguió por el césped hasta un sendero de grava y luego a lo largo de un muro que se curvaba hacia dentro y luego de nuevo hacia fuera, formando una gran U que recordaba el ábside de una iglesia. En el muro, separados del sendero por un pequeño foso, se sucedían a intervalos regulares bajorrelieves y hornacinas que

habían sufrido lo suyo a manos de los vándalos. En el centro del recodo que formaba el muro había un recinto rectangular cercado por una verja con candado.

—A esto lo llaman el «teatro» —dijo Blume—. No sé si se ha usado alguna vez para representar obras al aire libre, pero si así fuera el público se sentaría allí.

Señaló una zona circular con el empedrado invadido por la maleza, rodeada de árboles de hoja oscura y bayas de color naranja.

—¿Eso de ahí son tejos? —preguntó Caterina.

—Sí, así es —repuso Blume—. Vamos a acercarnos y sentarnos allí, ¿de acuerdo?

Caterina se echó la bolsa al hombro y se sentó en lo que quedaba de un banco de piedra resquebrajado y desfigurado por las pintadas. Blume se sentó a su lado. Pasó un hombre corriendo entre resoplidos, y luego se quedaron a solas.

—Aquí es donde Henry Treacy y Angela estuvieron sentados en 1974, cuando Henry vivía en la casa del guarda y tenían todo este parque para ellos. Se sentaron en este banco y, según sus memorias, aquí se besaron por primera vez.

Caterina posó la palma de la mano en la mejilla de Blume y, pasándole un dedo por detrás de la oreja, acercó al suyo el rostro del comisario. Sus labios estaban secos y el cuello tenso, pese a lo cual le gustó la sensación, así como el aliento de Blume. Pero entonces él se apartó.

—Necesito que mires lo que tienes delante. Observa la escena que tenemos ante nosotros ahora mismo.

Caterina examinó la zona cóncava, los pinos del fondo, el terraplén que formaba un proscenio, el muro de mármol blanco que se curvaba alejándose de ellos, las hornacinas, la mampostería. Era la escena del cuadro de Treacy.

—Dame el cuadro.

—Ten —dijo Blume.

Lo sostuvo ante sí.

—Es esto. Es este paisaje visto desde donde estamos ahora mismo. Ese árbol de ahí ha crecido un poco, y parece haber un poco más de... No, espera. —Se levantó y dio unos pasos a la derecha—. Desde aquí todo encaja. Es como si lo hubiera pintado estando aquí de pie. Ven a verlo.

Blume se le acercó por la espalda y contemplaron juntos el cuadro.

—Treacy conocía este parque como la palma de su mano. Había paseado por él a sus anchas. Había explorado cada rincón, cada recoveco, se sabía de memoria todos sus escondrijos. Los *pentimenti* convergen en el centro de la pintura, que corresponde a esa cámara de ahí.

—¿Crees que Henry Treacy escondió el Velázquez en esa gruta? ¿Y la humedad?

—Las pinturas más antiguas del mundo están en cuevas —repuso Blume—. A menudo, la piedra crea ambientes muy secos.

—¿Por qué no se limitó a darle la pintura a Angela? —preguntó Caterina—. ¿No habría sido lo más fácil?

—¿Quién ha dicho que él quería que fuera fácil? Si ella hubiese conservado el

cuadro y además hubiese leído los diarios, o la autobiografía, o lo que quiera que sean los cuadernos, hubiese encontrado todas las pistas. Treacy lo escondió en el lugar donde se enamoraron.

—¿Y si Angela no hubiese conservado la pintura, ni la carta, ni hubiese leído su autobiografía? —preguntó Caterina.

—Eso significaría que ella no lo habría perdonado, y por tanto que los *pentimenti* de Treacy habrían sido en vano, por lo que Angela no hubiese recibido nada de él a cambio.

—Así que era un arrepentimiento con condiciones.

Caterina cogió la bolsa y se acercaron juntos a la gruta. Cuando la alcanzaron, Blume escrutó el interior y anunció:

—Sería fácil escalar por encima del muro, sin quitar el candado. Hay otra puerta ahí dentro, que debe de dar a una cámara situada bajo el terraplén que hay detrás. Así que venga, dime qué crees: ¿habrá un Velázquez escondido ahí dentro, o llevo todo este tiempo dando palos de ciego?

Caterina lo vio asomarse entre los barrotes de la verja como un niño en el zoo. Ella sostenía en la mano un pesado cortapernos ante el que nada podría hacer el endeble candado que mantenía la verja cerrada, y esperó a que Blume venciera sus propias dudas y se apartara. Entonces cortó la cadena como si estuviera hecha de clips y se adentraron los dos en la cavidad desierta. La luz del sol entraba al sesgo, de modo que la zona central estaba iluminada mientras que los muros a ambos lados permanecían sumidos en la penumbra. Eran blancos y suaves, sin más adornos que un austero enlucido, pero estaban cubiertos de pintadas. Saltaba a la vista que la gente había escalado la verja para acceder a su interior con el solo propósito de ensuciar las paredes con pintura en *spray*. No quedaba un solo edificio en Roma sin «marcar», así que aquel rincón debió de convertirse en un objetivo tentador.

—¿Sabes? —dijo Blume, mirando los garabatos negros, morados y rojos que cubrían las paredes—, mi bloque de pisos está igual.

—Todos los edificios de Roma lo están. A los vigili urbani no se les da demasiado bien pillar a esos mocosos —apuntó Caterina.

—¿Sabes qué pone la pintada de mi edificio?

—¿«W la fica», «Muerte a los maderos», «Debora ti amo», «Lazio merda»? —aventuró Caterina.

—No. Pone «Nada es imposible». Es el lema de una campaña publicitaria de una marca de relojes, o de refrescos o algo por el estilo. Esos chicos se dedican a regurgitar los mensajes de las grandes multinacionales. No son rebeldes. No tienen filosofía, ni ideas propias, ni coraje. Mira, ahí tienes a tus *putti*.

Caterina miró en la dirección señalada. En una hornacina había un bajorrelieve de un grupo de niños con alas de ángel enzarzados en una encendida lucha cuerpo a cuerpo, igual que en la pintura de la Galería Pamphili. Pero alguien los había rociado con *spray* y tenían el rostro desconchado.

Delante de la entrada había una segunda puerta, alabeada por la humedad y el paso de los años. Estaba cerrada pero no había candado ni cadena, y nada impedía abrirla. El espacio al que daba era una réplica más angosta y oscura de la primera cámara. Caterina sacó la linterna y recorrió la estancia con el haz de luz.

En aquella habitación cerrada a cal y canto apenas sobrevivían algunos insectos. Las hojas marchitas del suelo producían un desagradable chirrido al revolotear, mecidas por la suave brisa.

—Más pintadas, y una vieja manta —señaló Caterina, apuntando con la linterna a las paredes y el suelo de hormigón—. Colillas y un viejo paquete de Rizla.

—Aquí hay sobre todo pintadas antiguas —apuntó Blume—. Menos pintura en *spray*, y más garabatos hechos a golpe de navaja y rotulador indeleble.

—El arqueólogo de pintadas —bromeó Caterina—. Aquí hay un pene erecto, ahí hay otro y... ah, mira, otro más.

—También hay tetas por todas partes —señaló Blume—. No está mal. Algún que otro hito futbolístico de hace siglos: «Liverpool 4, Roma 2». Algún seguidor del Lazio tenía por costumbre venir aquí a celebrar los triunfos de los años de gloria del club, a principios de los ochenta.

—Pues este de aquí, «Kossiga = Amerika», tiene que ser de los años setenta u ochenta —dijo Caterina—. «Fuera judíos», un clásico donde los haya. Y aquí alguien ha pintado un conejito adorable.

—Por aquí hay un pitufo —replicó Blume.

—¿Qué clase de persona se cuele en una cámara recóndita para desfigurar una obra de arquitectura barroca con la imagen de un conejito o un pitufo? —se preguntó Caterina—. Alguien ha dibujado a un perro tirándose a un gato. En realidad, está bastante bien hecho. Igual que este: es una diana con el rostro de alguien en medio. Cossiga de nuevo, creo.

—Yo también solía hacer eso de pequeño —recordó Blume—. De hecho, todavía lo hago. Dibujo círculos alrededor de las caras y luego añado el punto de mira.

—Hay un montón de cruces celtas y símbolos anarquistas —prosiguió Caterina, moviendo la linterna a uno y otro lado, inspeccionando el techo—. No podemos llegar a lo alto de la pared sin algo a lo que subirnos.

Blume pasaba la mano izquierda por los muros y se detenía de vez en cuando para limpiarse las yemas de los dedos restregándoselas en la chaqueta.

—Empecemos por inspeccionar las zonas de fácil acceso —sugirió—. Primero, lo que está a la altura de los ojos. Veamos: todo este lienzo de muro negro está recubierto por una fina capa de polvo, así que tiene que absorber la humedad procedente del terraplén que hay detrás. Yo no pondría el Velázquez ahí dentro. Pero el muro que hay entre esta cámara y la de fuera está perfectamente seco.

—También podría estar en la primera cámara —observó Caterina.

—Podría —repuso Blume—, pero si yo quisiera ocultar algo, escogería esta habitación, donde no hay la menor posibilidad de que se viera desde fuera, a

diferencia de la primera. Si lo hizo de día, la luz del sol penetra en la primera cámara, lo que habría supuesto un riesgo, y si lo hizo de noche más aún, puesto que habría necesitado luz artificial y esta se habría visto fácilmente desde fuera. Además, conviene recordar que, llegados a este punto, solo intentaba ocultar la pintura en un lugar seguro, no esconderla de alguien que entrase aquí dentro buscándola deliberadamente. Quería que Angela la encontrara.

—Las paredes son de yeso suave. ¿Crees que Treacy habría sabido revocarlas así de bien?

—Desde luego. Hacía sus propios marcos, pinturas, tinta, tableros, papel, disolventes... Estoy seguro de que probó la pintura al fresco. Debía de ser un magnífico estucador.

—Eso quiere decir que tuvo que entrar aquí dentro cargando un saco de yeso.

—Sí —convino Blume—. A lo mejor lo dejó aquí el día de antes... ¿Qué haces?

—Esto.

Caterina había cogido la palanca de la bolsa y arremetió contra la ordinaria imagen de un pene eyaculando.

—Aaagh... Me ha dolido hasta a mí —dijo Blume, viendo la potente vibración ascender por las muñecas y brazos de la inspectora—. Prueba a clavarla en la pared.

Caterina siguió su consejo, pero solo logró mellar el enlucido.

—Podríamos probar con el ariete revientapuertas —sugirió Blume.

—Primero déjame intentarlo en tu lado —repuso Caterina.

Blume se apartó.

—Estaba pensando —dijo— que abrir un hueco en un muro macizo y luego volver a rellenarlo es mucho trabajo. Sería más fácil elegir un sitio que ya tuviera un nicho o una repisa y luego taparlo. Así que deberíamos ir golpeando la pared con los nudillos y buscar algún punto que suene a hueco.

Caterina alumbró con la linterna el lienzo de pared en el que Blume había estado apoyado.

—Ahí hay otra de tus miras telescópicas —señaló.

—No —dijo Blume—, se supone que eso es el símbolo de la paz.

—Es verdad —concedió Caterina—. Alguien ha pintado incluso una paloma de la paz al lado, y luego algún bromista le ha dibujado encima un punto de mira. Qué derroche de ironía fina...

Pero Blume no contestó. Le cogió la linterna de las manos y apuntó con el haz hacia la paloma atrapada entre las rayas de la mira telescópica.

—¿Sabes cuál es el emblema de los Pamphili? —preguntó.

—Hubiese dicho las abejas, pero a juzgar por cómo miras esa paloma... Si es que es una paloma. Un pájaro así, con las alas plegadas hacia atrás, jamás podría volar.

—Los de las abejas eran los Barberini. El símbolo de la familia Pamphili es la paloma. Pero hay algo que no sabes, porque hasta ahora no se me había ocurrido mencionártelo. El tercer cuaderno de Treacy tenía un dibujo en el corte delantero. Ya

sabes, algo dibujado en el canto de las páginas cerradas.

—Yo solía hacer eso en mis tiempos de estudiante con los libros de texto, mientras tú te dedicabas a dibujar miras telescópicas —dijo Caterina.

—Ya. Bueno, la imagen que Treacy dibujó en el canto del cuaderno era una paloma. No le di mayor importancia porque no parecía tenerla. Tú nunca la habrías visto porque solo tenías las fotocopias del cuaderno, al igual que el coronel.

Caterina permanecía de pie junto a él, sosteniendo la palanca.

—¿Me permites?

—Faltaría más.

Caterina clavó el extremo afilado de la palanca en el ojo de la paloma y, sin apenas esfuerzo, abrió un boquete en el estuco.

Moviendo la palanca hacia delante y hacia atrás, fue arrancando sin dificultad trozos de yeso. El hueco que había abierto tenía forma de arco y era aproximadamente del mismo tamaño y forma que la solapa de un buzón. El muro a ambos lados del agujero estaba hecho de toba, y cada vez que lo golpeaba caían a sus pies terrones de arenilla naranja y amarilla, pero no avanzaba demasiado.

—Intenta golpear hacia abajo —sugirió Blume.

—Cállate. Y sujeta bien la linterna.

Caterina cogió el pie de cabra y atizó la pared con todas sus fuerzas. El yeso y el mortero empezaron a saltar sin apenas ofrecer resistencia, haciéndola estornudar. Al cabo de pocos minutos había abierto un hueco en la pared con forma de ojo de cerradura.

—Es un nicho estrecho, parecido a los que hay fuera. Seguramente hay uno igual en la cámara al otro lado de la puerta —dijo Blume—. Pero este tiene que ser el que buscamos.

Caterina se agachó y chasqueó los dedos con impaciencia por encima del hombro hasta que Blume le tendió la linterna, que usó para alumbrar el angosto orificio. Luego se levantó e intentó sacudirse el polvo que la cubría.

—Está ahí —anunció.

—¿Estás segura?

—Hay un paquete envuelto en celofán amarillo y una especie de cinta adhesiva.

—¿Puedes sacarlo?

—Claro.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—He pensado que te gustaría hacerlo a ti —replicó Caterina.

—Hazlo tú —dijo Blume.

Dicho esto, sostuvo la linterna mientras Caterina introducía ambas manos en el nicho y sacaba de su interior el paquete profusamente envuelto, lo bastante pequeño para caber debajo del brazo.

Caterina lo sostuvo contra la pared y, por unos instantes, se quedaron los dos inmóviles en la penumbra. Se permitió a sí misma apoyarse levemente en el hombro de Blume, y notó que él hacía lo mismo.

—Apenas se ve nada aquí dentro —dijo ella al fin.

Sin una palabra, Blume se agachó, cogió el paquete y se lo puso debajo del brazo.

—Voy a llevarme esto a mi piso. Te esperaré allí. Vuelve a la comisaría, deja el coche patrulla, coge el tuyo y vente a mi casa —dijo—. Pero fuera de servicio.

Caterina lo llevó de vuelta a casa en completo silencio. Blume iba sentado a su lado, mirando fijamente hacia delante y sujetando el paquete como si le fuera la vida

en ello.

—Nos vemos aquí dentro de una hora —fue lo único que dijo Blume al apearse del coche.

Caterina estuvo de vuelta al cabo de treinta y cinco minutos. El paquete seguía intacto, apoyado sobre los cojines desventrados del sofá.

Blume estaba sentado en el suelo del salón, cúter en mano.

—Está dentro de una funda, a juzgar por el tacto.

Rajó el plástico azul y empezó a arrancar sucesivas capas de plástico de burbujas, una lámina de silicona, tiras de algodón blanco y finalmente un tablero de refuerzo. Luego le dio la vuelta para examinar el lienzo.

—Es marrón —fue cuanto acertó a decir Caterina.

El pequeño dibujo, que apenas era más grande que un diario doblado en dos, parecía constar de tan solo tres tonos: café, té y orín. Su decepción era tan grande como pequeña era la pintura.

Pero él la miraba con verdadero arrobo.

—Sé que no lo entiendes todavía, pero espera... —Salió de la habitación y volvió tan deprisa, trayendo un libro de arte de grandes dimensiones, que ya debía de tenerlo abierto y listo para consultar en la habitación contigua—. Mira: la figura femenina que se ve a la izquierda del cuadro, apartando la cortina roja y mirando hacia la rueca. Ahora observa el lienzo que hemos encontrado. No hay cortina, ni rueca, ni color, pero fíjate en la pose. Es un estudio para la misma obra. Fíjate en el lienzo, fíjate en la línea... No sé. No soy experto en arte, pero yo creo en eso. Creo en Treacy. Esto es auténtico.

—¿Te fías de la palabra de un falsificador muerto?

Caterina no quería aguarle la fiesta, pero tampoco dejarse arrastrar por una creencia equivocada.

—Me fío de esta historia.

—¿Por qué? —preguntó Caterina.

—Porque él no escribía para engañar. Pintaba para engañar, pero incluso entonces le dejaba las verdaderas mentiras a Nightingale. Creo que era sincero en sus manuscritos. Ellos nos han permitido llegar hasta aquí.

—¿Y tanto vale esto?

—Cielo santo, sí, Caterina. Más de lo que podamos imaginar. En cuanto se haya demostrado que lo pintó Velázquez, se venderá por... no sé. Decenas de millones de euros, sin duda. Llevará mucho tiempo demostrar que lo pintó él, sobre todo siendo Treacy la fuente. Los cuadernos ayudarán. Eso significa que quizá no pueda cumplir lo que le prometí a Kristin.

—¿Quién es Kristin? —preguntó Caterina.

—Una conocida que trabaja en la embajada estadounidense, ya te lo contaré en otro momento.

—¿Decenas de millones?

No le parecía justo que un rectángulo de papel amarillento valiera lo que ni ella y ni todos sus colegas juntos ganarían trabajando a lo largo de varias vidas.

—Sí —insistió Blume—. Decenas de millones. Dentro de unos años, quizá, cuando la obra haya quedado autenticada más allá de toda duda. Pero si se la enseñaras a las personas adecuadas e hicieras algunas promesas, te avanzarían algunos millones en el acto. Si quisieras, no te llevaría más de un par de días sacar una fortuna de esto.

Caterina se sentó. Visto desde aquel ángulo, el lienzo parecía más negro que marrón. Los ojos de Blume brillaban como si tuviera fiebre. Caterina movió la cabeza, y la pintura pareció cambiar de tono otra vez. De pronto, le recordaba el color de la cola antigua y reseca en el lomo desvencijado de un viejo diccionario. Blume se había sentado junto al cuadro, había rodeado el marco con el brazo y lo miraba de soslayo, al tiempo que lo inclinaba para captar distintos ángulos de luz.

Caterina decidió que no le gustaba el cuadro.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—Podríamos hacernos inmensamente ricos —repuso Blume.

—Dirían que no tenemos derecho a quedárnoslo. Somos funcionarios públicos y esto pertenece al Estado. De momento.

—Cuando alguien encuentra algo así, se lo queda y punto —replicó Blume—. Así funcionan las cosas. Se utiliza el dinero para contratar a una legión de abogados, y en pocos años se logra amasar una fortuna inimaginable. No te gusta demasiado la idea, ¿verdad?

—No. El coronel consiguió convencerme durante medio día de que te dejarías comprar, hasta que me demostraste que estaba equivocada, y me avergoncé de haberlo pensado —dijo Caterina—, pero ahora...

—Tienes miedo.

—Sí —admitió.

—¿No te resulta tentador?

—Sí. Pero también me indigna y me asusta.

—¿Sabes?, el gran arte sirve para mantener a raya al pueblo —comentó Blume—. De eso se trata, en el fondo. Consideramos que algo es genial solo si se vende por una suma astronómica, o si un montón de gente rica y culta habla mucho de ello. Treacy lo sabía, pero sigo pensando que disfrutó de veras con este hallazgo. Es un boceto de algo que fructificó más tarde y pasó a formar parte del canon. Lo que tiene de emocionante es el potencial que encierra. El dibujo en sí... quién sabe lo bueno que pueda ser.

—Yo no quiero tener nada que ver con esto —afirmó Caterina.

—Es lo desorbitado de la suma lo que te echa para atrás, ¿verdad? —preguntó Blume—. Supón que nos dieran... qué sé yo, cincuenta millones de euros a cada uno. Piensa en todos los muebles de Ikea que has comprado, todo el tiempo que has tenido que apañártelas con cosas viejas, lo mucho que te ha costado reunir tu propia

colección de libros, esa alfombra tan bonita que fue un pequeño despilfarro pero que no te arrepientes de haber comprado. De pronto, es como si todos esos años de trabajo en el cuerpo policial peor remunerado de Europa saltaran en pedazos. Sería como reducir todo ese esfuerzo a una empresa ridícula. Podrías comprar las posesiones de toda una vida en una sola tarde, usando menos de lo que te darían los intereses en un año sobre ese capital. Eso es lo que no me gusta de la idea de volverme inmensamente rico de la noche a la mañana. Invalidaría todos mis esfuerzos anteriores, haciendo que cuanto he vivido hasta ahora pareciera carente de sentido.

Al oír sus palabras, Caterina sintió que le quitaban un peso de encima. No se había dado cuenta de lo tensa que había estado hasta entonces. Oírle decir aquello supuso un alivio inmenso, y aún seguía asintiendo, encantada con su razonamiento, cuando Blume añadió:

—Pero volverme inmensamente solvente de la noche a la mañana... eso sería otro cantar.

—¿A qué te refieres?

—Imagina que ganases suficiente dinero para comprar una casa más grande, enviar a Elia a estudiar al extranjero, irte de vacaciones, contratar a alguien que te ayudara con la casa y no tener que seguir trabajando como policía. No hablo de una fortuna incalculable, sino tan solo de una gran suma de dinero que te hiciera la vida más cómoda sin desmerecer tus esfuerzos pasados ni abrirte las puertas a un círculo social que te es ajeno. Eso sería mejor, ¿a que sí?

—Supongo que sí —replicó Caterina, contemplando el oscuro objeto apoyado contra el sofá junto a Blume—. Pero...

—Espera. ¿A quién pertenece de veras este cuadro? —preguntó Blume.

Por ridículo que pareciera, Caterina temía que aquella fuera una pregunta trampa, y reflexionó unos segundos antes de contestar.

—A la república de Italia, imagino. O a Angela. Suponiendo, de entrada que Treacy fuera su legítimo propietario, no hay duda de que se lo regaló a ella —concluyó Caterina.

—Exacto. Así que la beneficiaria es Angela y, por extensión, Emma. Será ella quien herede la fortuna con el tiempo. La misma que mató a su padre de un empujón —señaló Blume—. Quizá, tras una batalla legal de quince años, decidieran darte alguna muestra de gratitud. Aunque solo fuera el cero coma cinco por ciento del probable valor de esto, seguramente podrías dejar la policía.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo no quiero dejar la policía. No sabría qué hacer con mi vida, ni adónde ir.

—Yo tampoco —repuso Caterina.

—Piénsatelo. Piensa en tu hijo. Estás sola. Es un trabajo peligroso, mal pagado, con unos horarios demenciales, y acabas llevando dentro toda la violencia que ves a diario. Puede que algún día esa violencia te alcance, y entonces tu hijo tendrá que valerse por sí solo. Los ricos viven más tiempo. No descartes la idea sin más.

Piénsalo.

—Y mientras me lo pienso, ¿qué pasa?

—Creo que seguiré adelante con mi plan de todos modos: devolver el cuadro a su legítima propietaria. Y si ella te ofrece una recompensa, como creo que hará, ya decidirás qué hacer con ella.

—¿Y tú no te quedarás con nada?

—No lo necesito. Nadie depende de mí. No tengo hijos, ni familia, ni deudas.

—Siempre solo.

—Sí —dijo Blume.

Caterina se acercó hasta el sofá, apartó el cuadro y se sentó en su lugar junto a Blume.

Caterina tiró de la sábana para cubrirse los hombros, se estremeció un poco y dijo:

—Nunca llegarán a publicarse, ¿verdad?

Blume apartó la sábana de su propio cuerpo y observó las leves marcas de quemaduras que tenía en el antebrazo.

—Lo dudo. Treacy nunca acabó las memorias. Y su historia no tuvo lo que se dice un final feliz, ¿verdad?

—¿Quieres decir que no es eterno, como tú? —preguntó Caterina. Alargó la mano y le tiró de la oreja—. Así de cerca te veo las arrugas, ¿y sabías que tienes las sienes canosas?

—Canosas no, plateadas —corrigió Blume—. A Treacy lo mató su propia hija. Espero acabar mejor que él.

—A lo mejor deberías tener una hija antes de ponerte a sacar conclusiones optimistas. A mí me parece triste que nadie vaya a leer los diarios de Treacy. Al final yo tampoco pude hacerlo. Solo aquel trozo del principio, contigo, y luego seguí un poco más por mi cuenta hasta que me vi obligada a dejarlo. ¿Cómo acaban?

—Con el narrador muerto en una fría calle del Trastevere y una inspectora llamada Mattiola palpándole la base del cráneo para descartar una contusión por contragolpe —dijo Blume.

Caterina movió la cabeza en señal de negación.

—Mira que eres malo... Ahora en serio, ¿cómo acaban?

—No lo recuerdo con exactitud —repuso Blume—. No siempre seguía... un orden cronológico. Hay trozos crípticos, a ratos incluso ininteligibles. Pero sí que sabemos cómo acabó la historia. Lo sabemos incluso mejor que él.

—Y su versión de los hechos, ¿cómo acaba?

—Se vuelve inconexa, se fragmenta en notas sueltas, frases a medio acabar, otras sin sentido aparente, garabatos. Se estaba muriendo.

—Me gustaba escucharte mientras leías. Cuando lo dejamos Treacy estaba en Londres. ¿Qué pasó luego?

—Volvió a Irlanda, se hartó de todo aquello y decidió venirse a Roma caminando.

—Muy gracioso —dijo Caterina. Le dio la espalda y tiró de la sábana para se arrebujarse bajo ella—. Me interesa saber cómo vino a parar a Italia, qué le parecía vivir aquí, siendo un extraño en una tierra extraña. Quiero saber qué les pasó a sus padres, si los volvió a ver alguna vez. Quiero saber cómo empezó su vida aquí y cómo acabó más solo que la una.

Blume estiró el cubrecama y arropó a Caterina con él por encima de la sábana.

—Lo decía en serio —repuso—. Se echó a la carretera y cruzó Francia a pie hasta llegar a Italia.

—¿Esa es la parte que viene ahora?

—Sí —confirmó Blume. Salió de la habitación, regresó con el primer cuaderno de notas y volvió a meterse entre las cálidas sábanas junto a ella. Lo abrió por el principio y empezó a pasar páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba—. Íbamos por aquí.

Caterina cerró los ojos.

—Lee, Alec. Bien alto y despacito.

Después de recalar en Londres volví a Irlanda durante unos meses, pero las cosas no acababan de funcionar. No tenía a nadie allí, y lo único que hacía era despilfarrar el poco dinero que había ahorrado tomando una pinta tras otra de cerveza negra en la barra del Sinnotts. Fue allí, en una tarde gloriosa, mientras iba por la cuarta pinta, donde empecé a acariciar la idea de echar a andar y dejarlo todo atrás. Literalmente.

Nadie me cree cuando digo que llegué caminando a París y luego a Roma, pero eso fue justo lo que hice, con la ayuda del *ferry*. El trayecto a pie propiamente dicho empezó en Normandía, pero emprendí viaje bajo la llovizna de una mañana gélida, cuando salí de la estación de Killiney Hill en dirección a Bray para coger el tren de media mañana con destino a Rosslare, en el condado de Wexford. Allí, aquella misma noche, subí a bordo del *ferry* que habría de llevarme hasta Cherbourg. Estábamos en junio, pero el Atlántico conservaba un humor tempestuoso e invernal, y me hizo rodar de un lado al otro de la litera en la que intentaba conciliar el sueño, sin éxito, para luego rociarme con una bruma helada cuando subí a cubierta a vomitar, con gran éxito.

Fondeamos en Cherbourg a la hora de comer, y tras haber vaciado por completo el estómago durante la noche, tenía un hambre voraz. Desde entonces, cada vez que he vuelto a Francia he buscado un cruasán tan sabroso, jugoso y perfecto como el que comí aquella mañana en un bar de Cherbourg. Tuve que echar mano de la mímica y señalar lo que quería comer como un mono adiestrado, y me percaté de que un grupo de marineros queapestaban a diésel se reían a mi costa envueltos en el humo del tabaco negro, pero el hambre pudo más que la vergüenza. También pudo con cuatro días de la cantidad de dinero diaria que me había asignado a mí mismo. No fue hasta el tercer día de mi estancia en tierras galas cuando comprendí cómo me habían estafado.

Tenía cheques de viaje en libras esterlinas y algunos francos. Los cheques habían sido un regalo de despedida de mi padrastro, la víspera de mi partida. Los había sacado del bolsillo de la chaqueta con una expresión de fingida sorpresa, como si alguien los hubiese metido allí y acabara de descubrirlos, o como un tío bondadoso que sacara golosinas y calderilla del bolsillo. «Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? Tu herencia, cabroncete. Lo bastante para vivir sin grandes lujos durante un mes».

Debo decir en descargo de ambos, mi madre y mi padrastro, que seguramente esperaban tenerme de vuelta pronto, pero lo cierto es que no volví a verlos. Él se

murió repentinamente a causa de un fallo cardíaco pocas semanas antes de mi llegada a Roma. Mi madre me envió un telegrama, seguido de varias cartas, a una dirección postal de la oficina de correos de Piazza San Silvestro, la más importante de la ciudad, pero yo llegué varias semanas más tarde y no me molesté en comprobar si tenía correo hasta que pasaron varias semanas más. Para cuando leí las cartas, mi padrastro llevaba muerto casi dos meses y mi madre estaba tan dolida que había decidido no volver a dirigirme la palabra. Y no lo hizo, aunque no creo que lo dijera en serio. Ocho meses más tarde, cuando por fin conseguí una dirección propia en Roma y escribí a la oficina postal para pedirles que me reenviaran el correo a dicha dirección, recibí la carta de un abogado en la que me hacía saber que también ella había muerto, de un derrame cerebral. El funeral ya se había celebrado. El abogado me aseguró que había sido un acto muy digno, que él había asumido los costes del sepelio y que me enviaría la parte «restante» de la herencia. Lo último que supe del abogado fue cuando vi su firma estampada en un talón por una suma escandalosamente irrisoria que llegó justo a tiempo para mi primera Navidad italiana.

Pero aquella mañana en Cherbourg, con el viento marino azotándome las orejas y las correas de la mochila del ejército empezando a desollarme los hombros, emprendí la primera etapa de lo que habría de convertirse en un incierto periplo de seis meses y tres mil kilómetros.

Al echar la vista atrás, me resulta difícil explicar por qué decidí hacer el recorrido a pie. La idea era llegar a Roma, destino inexcusable en 1969 para un aspirante a pintor con querencia por el estilo clásico y cierta sofisticación en los modales. También pensaba que, de paso, aprendería francés, y no iba mal encaminado, aunque aprendí mucho menos de lo que esperaba. Había leído a Baudelaire, Rimbaud y Leonard Cohen. Lucía el pelo largo y seguía los consejos espirituales de las estrellas del *rock* psicodélico. Y por supuesto quería alejarme todo lo posible, sin prisa pero sin pausa, de Monica, de Irlanda y de mi antiguo yo.

Tenía una pequeña tienda de campaña agujereada. Aquella noche no llovió, pero arreció el viento. Empecé a caminar en la dirección equivocada por una carretera secundaria que bordeaba la costa. Monté la tienda en un campo labrado, cerca de un lugar llamado Cosqueville. Todos los pueblos acababan en «ville». Dormí entre los caballones de dos surcos y al día siguiente me desperté más muerto que vivo a causa del frío, la humedad, el lumbago y una sed terrible. Había llenado una botella de agua en los lavabos de los muelles de Cherbourg, pensando que con eso tendría bastante.

Busqué la casa a la que pertenecían los campos. O, mejor dicho, mientras me acercaba a la casa una jauría de perros salió a darme caza y me persiguió sin piedad. Creo que estaba llorando cuando por fin llegó el granjero, dispuesto a rematarme con un rifle de aspecto militar.

Me miró, prestando especial atención a mi pelo, y luego, pensando que estaba sin duda ante un ser andrógino, medio mujer, medio hombre, que no regía del todo y no suponía ninguna amenaza para él, por lo que me envió con su mujer. «Eau, eau»,

suplicaba yo una y otra vez. Al granjero y su mujer todo aquello les parecía desternillante, pero me dieron agua y leche, y también crepes enrollados de trigo sarraceno, y luego me indicaron el modo de llegar a Saint Lo, que al parecer consideraban mi destino final, pues ¿qué podía haber más allá? O quizá creían que me refería a dicha población cada vez que suplicaba «eau, eau» desesperadamente.

La noche cayó antes incluso de que llegara a Carenten y doblé a la izquierda por error, con lo que me dirigí de nuevo a la costa. Tuve que montar mi tienda agujereada en otro campo y quedarme allí tendido, oyendo al mar insomne dando vueltas toda la noche y las olas azotaban y arrastraban los guijarros en una playa cercana, tratando de imaginar cómo serían Italia y el clima cálido del sur. La lluvia caía en rachas oblicuas, y por la mañana la escarcha era tan afilada y dura que llegué a pensar que me atravesaría las botas. Puede que fuera el hambre, el frío o simplemente la juventud, pero aquella mañana en la que podía haber muerto de frío me sentí más feliz, vivo y rebosante de esperanza que nunca. Di la espalda al Atlántico y eché a andar tierra adentro, al encuentro de mi futuro, que tendría por telón de fondo París, la Provenza, Florencia y por último Roma, con su arquitectura de color ocre, su ruinoso decadencia y sus incontables días de sol y calor.

Toda aquella vida hermosa se extendía ante mis ojos.

Caterina dormía, la respiración regular, la boca abierta en una diminuta O.
Blume cerró el libro.

AGRADECIMIENTOS

Tengo una especial deuda de gratitud con Cormac Deane por sus aportaciones en el aspecto estructural y creativo, y con Ciaran Deane por ofrecerme apoyo psicológico, crítica constructiva y ánimos. No habría iniciado, y mucho menos culminado, esta empresa sin el cariño y la paciencia de mi familia en Roma. Gracias, Marion, por tus asiduas llamadas y por oírme desgranar mis quejas y logros. También deseo dar las gracias a Sarah Ballard, Michael Fishwick y Ben Adams.

Ciertos aspectos técnicos hacen que esté en deuda con Giuseppe De Rosa, cuya página web se puede visitar en www.ilcollezionista.it, y lo mismo podría decirse del ispettore «Beppe», el sovrintendente «Mimmo» y el excelente periodista Luca Pietrafesa.